

F. J. Gómez Espelosín

Alianza editorial

Introducción a la Grecia antigua

Segunda edición

Si bien es indudable que Grecia ha constituido siempre un punto de referencia ineludible en todos los campos de nuestra cultura, también lo es que este predominio se ha visto acompañado en numerosas ocasiones por tópicos, purismos o ignorancias que han tergiversado de manera importante su verdadera imagen. Apoyada en una estructura sumamente pedagógica que articula cada etapa en cuatro apartados –panorama general, problemas fundamentales, fuentes y bibliografía básica–, esta *Introducción a la Grecia antigua* constituye, pese a las evidentes e insoslayables dificultades que presenta la empresa y que Fco. Javier Gómez Espelosín señala en su introducción –la escasez y el desequilibrio de las fuentes de información, las grandes diferencias de sensibilidad y de experiencia entre aquel mundo y el nuestro–, una síntesis inmejorable de la civilización griega y sus avatares.



F. Javier Gómez Espelosín

Introducción a la Grecia antigua



Primera edición: 1998
Segunda edición, revisada y ampliada: 2014

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Cabeza arcaica griega procedente de Crotona, Italia.
© De Agostini Picture Library / G. Dagli Orti / Index - Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-8734-6
Depósito legal: M-5.830-2014
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Presentación

La historia del mundo griego no constituye un cuerpo cerrado de conocimientos dadas las condiciones de nuestra documentación, que progresa de manera lenta pero importante, y el inevitable cambio de perspectivas que una lectura más atenta y crítica de los datos disponibles impone cada vez con más fuerza con independencia del poder mayor o menor de influencia que las modas y tendencias intelectuales (estructuralismo, marxismo, antropología sociológica, posmodernismo, deconstructivismo...) puedan ejercer sobre los estudiosos o sobre el público en general. La reedición de un libro como el presente, cuya versión original se escribió hace ya unos cuantos años, exigía necesariamente una completa y exhaustiva revisión del texto. Desde aquella fecha hasta ahora ha cambiado la visión de muchos aspectos esenciales de la historia del mundo griego gracias a la presencia de nuevos datos que entonces no se tenían o tan solo empezaban a aflorar y a intuirse. Ha cambiado también la perspectiva con la que se enfocan determinados te-

mas cruciales debido a los avances experimentados en algunos campos y a la forma de abordarlos mucho menos apegada a prejuicios clasicistas que en la actualidad resultan completamente insostenibles. Ha avanzado también de forma implacable la bibliografía disponible sobre muchos de los temas tratados, lo que dejaba obsoletas algunas secciones y algunos de los títulos que se ofrecían como lecturas complementarias.

Ya dentro de un terreno más personal, también mi propia perspectiva se ha visto enriquecida con la experiencia, después de numerosas lecturas e investigaciones. Hemos actualizado así los contenidos, las perspectivas y el aparato bibliográfico, pero hemos decidido mantener la estructura básica del libro con sus correspondientes secciones, ya que seguimos pensando que encaja perfectamente dentro del objetivo de proporcionar una visión introductoria al complejo fenómeno de la historia del mundo griego de forma accesible pero también rigurosa y fundamentada. El lector encontrará así nuevos apartados que no figuraban en la edición original, otros que han sido profundamente remodelados en su contenido y redacción con el fin de aportar mayor coherencia interna y facilitar su asimilación, y todo el conjunto ha sido así ampliamente revisado en su redacción, tratando de hacerla mucho más fluida y discursiva y eliminando párrafos y pasajes que no aportaban la información necesaria o parecían completamente redundantes con otras partes de la obra. Espero que el esfuerzo haya merecido la pena y que los nuevos y antiguos lectores puedan encontrar un libro más útil y eficaz a la hora de introducirlos en una etapa de la historia que es sin duda compleja, matizada, diversa, debatida y desafiante a la comprensión en numerosos aspectos, pero que también resulta al mismo tiempo una

experiencia estimuladora y fascinante en el intento de entender y aprender una historia y una cultura excepcionales como fueron las de los griegos de la antigüedad.

Debo dar las gracias al editor Javier Setó, por las facilidades dadas para su revisión, y a los comentarios críticos pero tremendamente útiles de Stella Theodoraki. Todos los posibles errores que todavía pueden encontrarse son exclusiva responsabilidad del autor de estas páginas.

Alcalá de Henares, febrero de 2014

Nota sobre el origen de algunas citas

Para las citas de cierta extensión, me he valido de traducciones ajenas cuyo origen consigno a continuación: el texto de la página 88 pertenece a la traducción de la *Ilíada* llevada a cabo por E. Crespo y publicada en Biblioteca Clásica Gredos. Los textos de Jenófanes de Colofón (p. 136) y de Safo (p. 137) se han tomado de la *Antología de la poesía lírica griega (ss. VII-IV a. C.)* de Carlos García Gual (Alianza Editorial, 1980). Los fragmentos de la *Historia de la guerra del Peloponeso* de Tucídides citados en las páginas 311-316 se han extraído de la traducción de Antonio Guzmán Guerra (Alianza Editorial, 1989). Por último, los versos de la *Eneida* citados en la página 597 pertenecen a la traducción de la misma hecha por Rafael Fontán Barreiro y publicada por Alianza Editorial en 1986.

Por último, destacar que en las transcripciones del griego he seguido el sistema que M. Fernández-Galiano describe en *La transcripción castellana de los nombres propios griegos* (S.E.E.C., Madrid, 1961).

Introducción a la Grecia antigua

1. La invención de Grecia

1.1. Una imagen de Grecia

La idea de Grecia ha constituido una referencia ejemplar e insustituible desde Roma hasta nuestros días que ha modelado las ideas, las tendencias y las actitudes de una parte considerable de nuestra cultura occidental. Desde entonces y hasta ahora han sido constantes las muestras de admiración y elogio hacia los logros conseguidos por la civilización griega en casi todos los terrenos. Sin embargo, esta idea de Grecia constituye en buena parte una construcción intelectual moderna, que al menos desde el Renacimiento hasta buena parte del siglo XX, ha ejercido constante influencia en diferentes campos. En la educación, con la presencia ineludible de las lenguas clásicas como parte importante de los *curricula* académicos hasta hace bien poco y la exaltación de los valores educativos fundamentales inspirados en la cultura griega. En la vida pública, con la conciencia de nuestra condición de herederos de un legado político e institucional que se ha plasmado en la aceptación generalizada

del sistema democrático y en la forma arquitectónica de los edificios y monumentos más representativos. En el mundo de la literatura y las artes, con la consideración de los temas clásicos como modelos de imitación constante a lo largo de los tiempos.

Esta idea de Grecia, construida desde la idealización y la distancia, se inició ya en el Renacimiento, gracias al entusiasmo por la literatura griega definitivamente conservada a través de la imprenta y por el arte cuyos referentes artísticos fundamentales eran las copias romanas de antiguos originales griegos ya desaparecidos que iban surgiendo del suelo de la ciudad de Roma. Los restos arquitectónicos y escultóricos griegos originales, que se hallaban en Grecia, permanecían en la distancia, ya que tras la caída del imperio bizantino en 1453, el territorio griego había quedado dentro de los dominios turcos, completamente separado del occidente europeo, y los viajeros europeos que llegaban hasta allí eran más bien escasos. De hecho, las primeras exploraciones científicas del suelo griego tuvieron lugar tan solo a partir del siglo XVIII con la llegada a Atenas de los arquitectos ingleses James Stuart y Nicholas Revett, que, financiados por la londinense Sociedad de los Dilettanti, tenían la misión de dibujar con precisión las ruinas atenienses y establecer sus medidas. No resulta así nada extraño que los principales impulsores de la idealización de Grecia nunca llegasen a pisar el suelo griego ya que el viaje a Grecia resultaba todavía por entonces una empresa complicada y repleta de numerosos riesgos y dificultades. Este fue el caso del estudioso alemán Johann Joachim Winckelmann, que consideraba el arte griego clásico como la forma suprema de expresión artística en la que aparecían reflejados los ideales de belleza y libertad, que los modernos tan solo podían imi-

tar para conseguir tales cimas de perfección. Winckelmann nunca llegó a contemplar una obra original griega e hizo todas sus especulaciones filosóficas y estéticas instalado en el confort de Roma, donde habían sido halladas las esculturas que eran objeto de su interés. Tampoco el poeta alemán Johann Wolfgang Goethe, que era otro admirador compulsivo de los griegos inspirado por Winckelmann, viajó hasta Grecia y tuvo que conformarse con la posibilidad de contemplar auténticos templos griegos en Paestum al sur de Nápoles, cuando apenas se acaba de descubrir este increíble emplazamiento griego.

De esta forma, la imagen extraída de los textos conservados, ahora ya cuidadosamente editados por la imprenta, y los ideales estéticos procedentes de la contemplación de copias romanas que se equiparaban a sus originales griegos fueron los elementos principales que contribuyeron a forjar esta imagen idealizada de Grecia. El resultado era un mundo poblado de sabios, políticos, poetas, filósofos y artistas en el que imperaban la libertad, la sabiduría moral y científica, la belleza, la razón y la armonía como máximos ideales. Un cuadro idílico que chocaba además con el despotismo, la ignorancia, la depravación o la intolerancia y el fanatismo de las épocas precedentes o posteriores. La floración de este genio extraordinario y único que no tenía precedentes solo podía explicarse mediante la aparición casi milagrosa de esta cultura singular. Se habló así de la existencia de un *milagro griego* que situaba a esta cultura excepcional fuera de las contingencias históricas y la dejaba aislada en medio del espacio y el tiempo, sin que hubieran ejercido sus influencias otras culturas de su entorno, algunas de ellas mucho más antiguas y avanzadas como Egipto o las civilizaciones del Próximo Oriente. Solo la existencia de un «genio grie-

go» de carácter atemporal habría hecho posible la expresión constante de todas estas cualidades políticas, literarias, artísticas y filosóficas y explicaba la supremacía indiscutible de la cultura griega frente a todas las anteriores o contemporáneas, que no habían conseguido alcanzar estos niveles de excelencia y perfección. La existencia de este genio griego era la única causa que permitía explicar el surgimiento de esta Grecia ideal. Este aislamiento y supremacía de Grecia se vio además reforzado por la consolidación de los estudios de filología clásica a partir del siglo XVIII en Alemania con la fundación de la denominada *Altertumswissenschaft* (la ciencia de la Antigüedad), que proporcionó el rigor y el prestigio científico necesarios a las disciplinas relacionadas con el estudio del mundo griego, y la presencia de estos estudios, y especialmente de la lengua, como uno de los ejes fundamentales del nuevo programa educativo alemán impulsado por Wilhelm von Humboldt en la universidad alemana del siglo XIX. De esta forma, esta imagen ideal de Grecia se afianzó y se convirtió en el modelo de referencia ineludible de toda la cultura europea que como heredera legítima de aquel antepasado glorioso aspiraba a reproducir los niveles de racionalidad política e intelectual y de perfección estética y moral alcanzados por aquel. Las naciones europeas buscaban su modelo de referencia en aquella cultura y trasladaban hacia el pasado las cualidades que deseaban implantar en el presente. Expresiones que se han hecho célebres como la del poeta romántico inglés Percy Bisshe Shelley «Todos somos griegos», o la del también poeta norteamericano Edgar Allan Poe «La gloria que fue Grecia», vienen a reflejar de forma sintética la hegemonía indiscutible de esta imagen ideal y modélica de Grecia en toda la cultura occidental.

1.2. Del estereotipo a la realidad

Sin embargo, existen importantes diferencias y matizaciones entre esta imagen ideal y modélica de Grecia y la realidad mucho menos amable y más cruda y cambiante de la historia del mundo griego. A partir del siglo XIX, tras la liberación griega del imperio otomano, se hizo posible un mejor conocimiento de los restos griegos y se iniciaron campañas de exploración arqueológica, impulsadas primero por las escuelas extranjeras que se instalaron en Grecia y más tarde también por el nuevo gobierno griego, que han permitido el hallazgo de nuevos restos materiales y de numerosas inscripciones. Al mismo tiempo, una lectura de las fuentes literarias conservadas con una perspectiva más objetiva y distante ha hecho también posible la emergencia de una visión diferente del mundo griego antiguo, menos idealizada y más crítica en su afán de ajustarse al contexto histórico de su propio tiempo. Finalmente, el mejor conocimiento de las culturas orientales tras el desciframiento de la escritura cuneiforme a mediados del siglo XIX y las sucesivas excavaciones efectuadas en aquellos territorios han puesto de manifiesto la existencia de sorprendentes paralelismos con la civilización griega que revelan la falsedad de una Grecia aislada de su contexto y destacan en cambio los efectos evidentes de la interacción y el contacto casi constante que hubo entre todas estas culturas a lo largo de la historia.

De entrada, hay que subrayar el hecho de que Grecia como tal nunca existió. No hubo, en efecto, ninguna entidad política unitaria y homogénea que portase dicho nombre ni la multiplicidad de comunidades políticas griegas, que pasaron en algunos momentos del millar, llegaron nunca a estar unidas bajo una misma bandera, ni siquiera en los

momentos en los que vivieron un mayor desafío a su independencia, como las invasiones persas a comienzos del siglo V a. C. o la lucha contra la hegemonía macedonia primero en el siglo IV a. C. y contra la romana después a partir del siglo II a. C. No existió tampoco casi nunca una idea clara y bien definida de lo que era Grecia desde el punto de vista geográfico. Solo las regiones de Grecia central y el Peloponeso pertenecían de forma indiscutible a la Hélade, que era el término que los propios griegos utilizaban. El resto de los territorios de la actual península balcánica quedaba diluido en medio de un ámbito más ambiguo, en el que las fronteras imaginarias se definían a través de prejuicios políticos y culturales que primaban la vida urbana desarrollada y la práctica de la agricultura como criterios fundamentales. Quedaban así fuera de la Hélade las regiones más occidentales y septentrionales de la península, mucho más agrestes y con formas de vida diferenciada, como el Epiro, Etolia o la propia Macedonia, con independencia de las evidencias de carácter étnico o lingüístico que permitían integrar dichos territorios dentro del conjunto de la Hélade. Ciertamente no existía una completa homogeneidad desde el punto de vista étnico, ya que en la formación de los griegos habían intervenido diferentes elementos de origen balcánico, egeo o anatolio, ni tampoco en los terrenos lingüístico, cultural o religioso. No existía efectivamente una lengua común, sino una enorme diversidad dialectal que complicaba en ocasiones el mutuo entendimiento entre unas gentes y otras. Solo a partir del período helenístico, a finales del siglo IV y principios del III a. C., surgió una lengua común, la *koiné diálektos,* que vino progresivamente a diluir dicha diversidad dentro de un marco lingüístico común. Tampoco existía homogeneidad en el terreno religioso a pesar de que

se veneraba por todas partes a los mismos dioses, ya que cada comunidad tenía su propia divinidad protectora y recibía atributos diferentes en función del lugar donde era venerada, además de existir formas de culto diferenciadas para la misma divinidad. Esta diversidad se extendía también al terreno político, con la existencia simultánea de comunidades organizadas en *pólis,* que se estructuraban en torno a un centro urbano más o menos bien desarrollado como núcleo principal de actividad política, y otras muchas denominadas *éthnos,* en las que centros de población pequeños y dispersos se agrupaban en torno a un santuario común. Tampoco hubo un esquema común de evolución política uniforme y general que fuera desde la monarquía hacia la democracia, sino que cada una de las diferentes comunidades políticas desarrolló su propio sistema de gobierno en función de circunstancias políticas locales diferenciadas. La existencia de los llamados santuarios panhelénicos, como Olimpia o Delfos, que congregaban estacionalmente a todos los griegos en los festivales competitivos que allí se celebraban, o el fenómeno de los poemas homéricos, compuestos en una lengua casi artificial cuya temática principal giraba en torno a una hazaña llevada a cabo por todos los griegos en conjunto contra un enemigo exterior, ponen de manifiesto la necesidad de establecer vínculos comunes entre unos y otros y aglutinar en torno a unos cultos determinados o a unos ideales heroicos a unas comunidades regidas por intereses locales que tenían como objetivos fundamentales la defensa a ultranza de su autonomía y la autosuficiencia económica.

El mundo griego no se identifica tampoco de manera exclusiva con la cuenca del Egeo y la península balcánica que ocupa actualmente el estado griego moderno. El auténtico

escenario geográfico griego se extendía por toda la cuenca mediterránea, ya que a partir del siglo VIII a. C. fueron numerosas las fundaciones griegas que se instalaron a lo largo y ancho de sus costas. Como afirmaba Platón en su diálogo *Fedón,* los griegos eran como hormigas o ranas que habitaban en torno a una charca cuya extensión iba desde las columnas de Heracles (el estrecho de Gibraltar) hasta el río Fasis (el actual Don, en Rusia). La existencia de Massalia (la actual Marsella), Cirene (en la Libia actual), Siracusa y Acragante (actual Agrigento) en Sicilia o las numerosas ciudades establecidas en el sur de Italia, en la propia Sicilia o en las costas del mar Negro ilustran claramente esta situación. Algunas de ellas eran comunidades florecientes y prósperas y llegaron a protagonizar también importantes capítulos de la historia griega, por lo que resultaría injusto reducir la geografía griega activa tan solo a la Grecia central o el Peloponeso.

También resulta complicado establecer unos límites cronológicos precisos de la historia del mundo griego, a diferencia, por ejemplo, de lo que sucede con Roma, que abarca su cronología desde la propia fundación de la ciudad en el siglo VIII a. C. hasta la desaparición efectiva de su imperio en el siglo V d. C. No existe una fecha definida que marque con claridad el inicio de la historia griega ya que solo a partir del siglo XVI a. C. podemos estar seguros de la presencia de griegos en la península balcánica tras el descubrimiento de que las tablillas micénicas transcribían una forma de griego arcaico. Es muy probable que la presencia griega en la región del Egeo pueda retrotraerse hasta los inicios del segundo milenio a. C., pero no podemos determinar el momento preciso en el que se produjo. Tampoco resulta fácil establecer el final, ya que la polis griega como estructura política funda-

mental no desapareció de golpe con la sumisión de las ciudades griegas al dominio macedonio en el año 338 a. C. sino que, como recordó en su día Louis Robert, la ciudad griega no murió en Queronea, ni bajo Alejandro ni en el curso de toda la época helenística. Incluso se mantuvo con una cierta vitalidad durante el Imperio romano a pesar de las limitaciones que suponía el dominio de una potencia hegemónica, especialmente en el terreno de la política exterior. Una fecha que podría resultar significativa en este sentido sería quizá la victoria de Augusto en Accio en el año 31 a. C., que significó la caída de la última de las monarquías helenísticas y el inicio práctico del Imperio romano, ya que a partir de entonces el mundo griego en su totalidad quedó incorporado como una provincia más dentro de esta nueva estructura política y entró así a formar parte de la historia de Roma.

La imagen idealizada de la civilización griega ha creado además falsos modelos que no se ajustan del todo a la realidad. Uno de los ejemplos más representativos es la falsa idea de la escultura griega que surgió a partir de la contemplación de las copias romanas de las grandes obras del período clásico o helenístico conservadas en Roma. Las estatuas de mármol blanco y radiante que habíamos imaginado nunca tuvieron este aspecto en los frontones o frisos de los templos y santuarios de las ciudades griegas. Por el contrario, estaban pintadas con colores que pueden resultar extravagantes y chillones al gusto moderno, educado en el ideal neoclásico de la pureza marmórea, y que todavía provocan una cierta sensación de extrañeza y perplejidad en numerosos espectadores modernos.

Otro de los estereotipos que tampoco se ajusta del todo a la realidad es la de una cultura griega en la que la razón constituía el eje fundamental de todas sus realizaciones. Se

creía que los griegos habrían superado pronto las especulaciones de carácter mítico como forma de explicar el mundo o de justificar el papel del hombre dentro del universo y habían avanzado rápidamente hacia criterios más racionales en sus intentos de explicación. La famosa expresión «Del mito al Logos» (del mito a la Razón), acuñada por el estudioso alemán Wilhelm Nestle, que sirvió de título a una de sus obras, ha hecho ciertamente fortuna a la hora de definir la evolución del pensamiento griego. Sin embargo, el mito era mucho más que un conjunto desvertebrado de historias dramáticas de carácter fantástico y primitivo. De hecho, los esquemas de pensamiento utilizados en el mito sobrevivieron mucho más allá de la supuesta revolución de los primeros filósofos, tal y como puede comprobarse en la historia de Heródoto, en la que dichos esquemas ocupan todavía un lugar destacado. En la percepción del pasado de los propios griegos apenas hubo separación entre lo que nosotros consideramos mito y la historia propiamente dicha, ya que consideraban plenamente aceptables como históricos acontecimientos como la guerra de Troya o las aventuras de Heracles y los Argonautas. Esta imagen de pura racionalidad se puso además casi definitivamente en entredicho con la brillante monografía del estudioso irlandés Eric Robertson Dodds, cuyo título *Los griegos y lo irracional* ponía ya de manifiesto la presencia indiscutible de elementos claramente irracionales dentro de la cultura griega, como el orfismo y el dionisismo, por no mencionar la creencia en los oráculos y en toda clase de presagios y manifestaciones divinas.

Tampoco resulta hoy ya admisible el encumbramiento de un lugar y una época privilegiados como la Atenas de Pericles, que es todavía celebrada por algunos como la cuna de

la democracia, la cultura y las libertades. El atenocentrismo que domina la historia griega es resultado en primer lugar de la concentración de la mayor parte de los testimonios disponibles sobre dicha ciudad, en detrimento de las demás, que tan solo aparecen cuando entran en contacto o colisión con la polis ateniense. La existencia de un imperio ateniense y la política hegemónica desplegada por este en la segunda mitad del siglo V a. C. colaboraron también de forma importante a establecer y consolidar dicha supremacía cultural. Sin embargo, el carácter belicista del régimen ateniense, su dominio imperial sobre otras ciudades del Egeo, la violencia exhibida por el propio *démos* (el pueblo en asamblea) de Atenas en determinadas actuaciones contra las ciudades y las personas de sus aliados o enemigos y las enormes diferencias que singularizan el sistema democrático ateniense con respecto al actual nos obligan a considerar de forma más crítica y mesurada dicho período, ya que como ya expresó en su día el historiador suizo Jacob Burkhardt, autor de una monumental historia de la civilización griega en la parte final del siglo XIX, ninguna persona pacífica y prudente hubiera deseado vivir en aquellos tiempos.

1.3. Dificultades de información

El conocimiento del mundo griego presenta además considerables limitaciones y dificultades. Nuestras fuentes de información resultan claramente insuficientes para que podamos reconstruir con exactitud y detalle las circunstancias políticas, sociales, económicas y culturales de aquellos tiempos, ya que tan solo representan algunas puntas de iceberg aisladas que no reproducen la imagen completa del mundo

que tratamos de reconstruir. Se trata de un mundo en ruinas, no solo materiales sino también en el terreno literario y artístico. Han desaparecido las ciudades y sus espacios públicos, los santuarios, las grandes obras escultóricas y casi toda la pintura que decoraban todos estos ámbitos. Los ambientes domésticos y cultuales han quedado reducidos a los hallazgos casuales de algunos establecimientos, sobre todo los santuarios, y a los ajuares procedentes de las tumbas excavadas, que representan solo una mínima parte del total de los objetos existentes. Ha desaparecido también una gran parte de las obras literarias que se compusieron, ya que solo conservamos un veinte por ciento de la literatura griega. Muchas obras solo han llegado hasta nosotros de manera tan fragmentaria y parcial que no nos permite hacernos una idea precisa de su auténtico carácter o de su contenido. La mayoría de las obras conservadas, incluidas aquellas que denominamos «historias», formaban parte de una tradición literaria que estaba sometida a los condicionantes de los géneros respectivos y a las expectativas y gustos del auditorio al que dichas obras iban destinadas, un contexto de comunicación (se ha denominado «saber compartido») del que estamos completamente excluidos los estudiosos y los lectores modernos. Existen así numerosos pasajes que no llegamos a entender del todo por falta de concreción, que no debió parecer estrictamente necesaria a quienes compartían el mismo contexto histórico, o por nuestro desconocimiento de sus implicaciones. La mayor parte de las historias conservadas no eran contemporáneas a los acontecimientos narrados, como la de Tucídides, que escribió sobre la guerra del Peloponeso como testimonio de primera mano, sino que fueron redactadas en épocas muy posteriores. Sus limitaciones de conocimiento eran importantes, ya que las fuentes fundamentales a

las que podían recurrir para recabar información eran de carácter oral y apenas existían archivos públicos, dado el reducido nivel de la administración pública. Hoy sabemos además que la tradición oral solo merece fiabilidad hasta la tercera generación y que convierte el pasado más remoto en un espacio completamente imaginario que es preciso inventar a base de fabulaciones. Tampoco los registros públicos, cuando se conservan parcialmente a través de inscripciones, se hallan exentos de manipulaciones e intereses particulares o de la influencia de la propaganda oficial. Las historias que poseemos son, por tanto, en buena parte, relatos elaborados a posteriori cuyo interés principal no era la reconstrucción objetiva del pasado, sino su adaptación en función de los intereses y problemas del tiempo en que fueron elaboradas. Nos ofrecen, en definitiva, una imagen mítica o distorsionada de un pasado en el que buscaban la ejemplaridad política y moral y mostraban su actitud de crítica o elogio hacia los protagonistas en función de su adecuación a tales objetivos. Desconocemos además la mayor parte de las historias locales de las ciudades griegas, con excepción de Atenas, sobre la que se centran la mayoría de los relatos conservados, ya que fueron historiadores atenienses o residentes en la ciudad, como Heródoto, los que llevaron a cabo la crónica de los acontecimientos. Conocemos así la historia de otros estados griegos solo de manera tangencial cuando sus intereses se cruzan de alguna manera en el camino de Atenas, como es el caso de Tebas o Esparta, pero nos falta toda la literatura específica, que en algunos casos existió, acerca del conjunto del mundo griego.

El resto de la documentación disponible, que consiste en los restos materiales conservados de ciudades y santuarios, en las inscripciones y monedas o en los objetos de todo tipo que se recuperan generalmente de los enterramientos, espe-

cialmente cerámica, armamento y objetos de adorno personal, representan también una mínima parte de la existente en su día, ya que la mayoría de materiales han ido desapareciendo en el curso del tiempo como resultado de la destrucción, del saqueo, de los accidentes ocasionales como los incendios o de catástrofes naturales como los terremotos y las erupciones volcánicas, de la fundición, en el caso de los objetos metálicos, o de la continua reutilización, en el caso de piedras, esculturas, estelas o inscripciones. Las ruinas actuales, reconstruidas con mayor o menor fortuna, y las numerosas piezas que contemplamos en los museos no permiten hacernos una idea exacta del aspecto real que tuvieron en su día los centros urbanos con sus ágoras y templos repletos de ofrendas y dedicaciones de todas clases, con su decoración escultórica completa y pintada, con los altares y estelas que jalonaban las vías de acceso, con las brillantes y esplendorosas ceremonias que se celebraban a lo largo de un calendario repleto de este tipo de fiestas, o con la continua circulación de mercancías y gentes procedentes de los lugares más variados que confluían en los puertos más frecuentados o en aquellos santuarios que por su prestigio eran especialmente concurridos. Solo las modernas recreaciones virtuales, no siempre hechas con acierto y precisión, nos permiten salvar levemente este abismo infranqueable entre un mundo lleno de vida, con olores y sabores, y los restos mudos e inertes que han conseguido sobrevivir hasta nosotros. Una simple lectura de las páginas de Pausanias, que en sus viajes por Grecia a lo largo del siglo II d. C. pudo ver todavía en pie muchas de estas ciudades y templos, resulta suficiente para tomar conciencia de la distancia que nos separa de aquel mundo, como por ejemplo cuando describe la vía sagrada de Delfos y los diferentes monumentos que la jalonaban, convertidos en la actualidad

en un simple amasijo de ruinas carentes de sentido y espectacularidad para la mayoría de sus visitantes.

1.4. Los griegos y nosotros

Existe también un abismo casi infranqueable entre la mentalidad y la sensibilidad modernas, construidas sobre unos valores que son herederos de toda una tradición que empieza con el cristianismo y culmina en la Revolución francesa, y algunos aspectos fundamentales del mundo griego antiguo. Aspectos como la esclavitud, la democracia sustentada en el imperialismo, la posición secundaria de la mujer fuera de toda discusión, el abandono a su suerte de los más débiles y de los desheredados, la continuidad de las guerras y su carácter casi ritual, el espíritu competitivo llevado hasta sus máximos extremos, la ética de la venganza, el desprecio del trabajo manual, la actitud desdeñosa o segregadora hacia los otros pueblos o la presencia dominante de los oráculos son algunos de los ejemplos más relevantes de dicho contraste. Existen también importantes diferencias en cuestiones tan fundamentales como la religión en un mundo donde no se podía trazar una línea divisoria entre el ámbito propiamente religioso y el profano, tal y como sucede en la actualidad. La propia percepción de la naturaleza y el paisaje no era similar a la nuestra, movida por criterios sentimentales o estéticos. La percepción griega de la naturaleza se hallaba estrechamente condicionada por la presencia constante de lo sobrenatural y de sus manifestaciones, que habían dejado además huellas imborrables y bien perceptibles en casi todos los rincones de su geografía. Los griegos contemplaban así un paisaje diferente y animado en el que

todos sus elementos en sus formas particulares o como simple escenario de sus hazañas reflejaban la presencia y acciones de la divinidad.

También existen diferencias considerables incluso en aquellos terrenos, como la democracia o el teatro, en los que nos sentimos herederos directos de la experiencia griega. La experiencia política particular de un grupo de varones, numéricamente reducido, ejercida de manera directa y con todos los condicionantes sociológicos de una pequeña comunidad, no resulta fácilmente extrapolable a las democracias actuales de carácter representativo que funcionan en países cuya población está distribuida entre grandes ciudades y que se apoyan en la maquinaria administrativa de un aparato de Estado mucho más complejo o en las organizaciones burocráticas de los partidos políticos. Tampoco el fenómeno teatral, que se hallaba profundamente integrado en la trama política, social y religiosa del mundo ateniense, tiene en principio mucho que ver con el espectáculo moderno, convertido en un producto cultural sin aparentemente otro tipo de implicaciones.

Ciertamente se trataba de un mundo de reducidas dimensiones, provisto de una tecnología rudimentaria y con recursos escasos, que generaba fuertes tensiones en el entorno social y político, altamente condicionado por estas limitaciones, y cuya capacidad de respuesta a este entorno hostil resultaba insuficiente y a veces excesivamente cruel y agresiva para los parámetros modernos. Sin embargo, en contraste con la dureza implacable de estas condiciones, destacan la tremenda fuerza y energía desplegada en muchas de sus realizaciones culturales, algunas de las cuales ejercieron ya desde la propia Antigüedad una poderosa fascinación sobre otros pueblos, al menos entre sus elites,

como revela la asombrosa cantidad y calidad de la cerámica ática hallada en tierras etruscas o algunos otros objetos en tierras más lejanas como la crátera de Vix, casi en el centro de Francia, o la de Heuneburg, en Alemania. Las profundas diferencias que nos separan de los griegos habrían convertido este mundo en algo «desesperadamente ajeno», una expresión que popularizó Moses Finley tras adoptarla de su aplicación más concreta a la tragedia griega por parte del estudioso norteamericano John Jones. Sin embargo, a pesar de todo ello, los atractivos de la cultura griega resultan ciertamente considerables y la sitúan en una cierta posición hegemónica con respecto a otras culturas, antiguas y modernas, que no han conseguido tocar tan de cerca la sensibilidad y el gusto de las sociedades occidentales. La curiosidad innata por descubrir y explicar las cosas, la forma de dar expresión a determinados sentimientos y emociones, como la fuerza del amor o el terror a la vejez, el elevado nivel de perfección artística y técnica que alcanzaron en arquitectura, pintura o escultura, el grado de profundidad con que abordaron algunas cuestiones de carácter político o ético, una literatura altamente elaborada desde el punto de vista formal y estético, o la clara conciencia de vivir en medio de un universo incierto, frágil y efímero, plagado de toda clase de sombras y peligros, constituyen solo algunos de sus logros indiscutibles.

Los griegos, en suma, aunque vivían diseminados en pequeñas comunidades en medio de un paisaje áspero y duro y se hallaban separados por irreconciliables diferencias que culminaban frecuentemente en enfrentamientos mutuos, protagonizaron una experiencia histórica singular e irrepetible cuyos ecos han perdurado a través de los vaivenes caprichosos del tiempo gracias al testimonio imborrable de lo que

nos ha quedado de sus manifestaciones artísticas y literarias. Este libro no tiene otro objetivo que servir de guía introductoria a este proceso histórico que aun con todas las correcciones y desmitificaciones que una perspectiva histórica crítica impone, no deja de constituir una experiencia educativa y humana fascinante.

1.5. Bibliografía fundamental

BASLEZ, M. F.: *Les sources littéraires de l'histoire grecque,* Armand Colin, París, 2003.

CONSTANTINE, D.: *Los primeros viajeros a Grecia y el ideal helénico* (trad. cast.), FCE, México, 1989.

COOPER, C.: *Epigraphy and the Greek Historian,* Toronto University Press, 2008.

DOVER, K. J. (ed.): *Perceptions of the Ancient Greeks,* Blackwell's, Oxford, 1992.

DUBOIS, P.: *Out of Athens. The New Ancient Greeks,* Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2010.

DYSON, S. L.: *En busca del pasado clásico. Una historia de la arqueología del mundo clásico en los siglos* XIX *y* XX (trad. cast.), Ariel, Barcelona, 2008.

EISNER, R.: *Travellers to an Antique Land. The History and Literature of Travel to Greece,* The University of Michigan Press, Ann Arbor, 1991.

ETIENNE, R. y ETIENNE, F.: *La Grèce antique. Archéologie d'une découverte,* Découvertes Gallimard, París, 1990.

GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: «Los riesgos de la distancia o algunas reflexiones sobre la irrecuperabilidad del mundo antiguo», *Cuadernos de Filología Clásica,* 23, 1989, pp. 97-116.

— *El milagro griego. Luces y sombras,* Editorial Académica Española, Saarbrücken, 2013.

HALL, J. M.: *Artifact & Artifice. Classical Archaeology and the Ancient Historian,* University of Chicago Press, 2014.

HARLOE, K.: *Winckelmann and the Invention of Antiquity. History and Aesthetics in the Age of Altertumswissenschaft,* Oxford University Press, 2013.

JOCKEY, P.: *La Grèce antique,* Idées reçues, Le cavalier bleu, París, 2005.

MORRIS, I. (ed.): *Classical Greece. Ancient Histories and Modern Archaeologies,* Cambridge University Press, 1994.

RESZLER, A.: *Les nouvelles Athènes. Histoire d'un mythe culturel européen,* París, 2004.

REYNOLDS, L. D. y WILSON, N. G.: *Copistas y filólogos: las vías de transmisión de las literaturas griega y latina* (trad. cast.), Gredos, Madrid, 1995.

SHANKS, M.: *Classical Archaeology of Greece. Experiences of the Discipline,* Routledge, Londres, 1996.

STONEMAN, R.: *The Land of Lost Gods. The Search for Classical Greece,* Londres, 1987.

TAPLIN, O.: *Greek Fire,* Londres, 1989.

THOMAS, C. G. (ed.): *Paths from Ancient Greece,* Brill, Leiden, 1988.

TSIGAKOU, F. M.: *Redescubrimiento de Grecia. Viajeros y pintores del romanticismo* (trad. cast.), Ediciones del Serbal, Barcelona, 1985.

VLASSOPOULOS, K.: *Unthinking the Greek Polis. Ancient Greek History beyond Eurocentrism,* Cambridge, 2007.

WHITLEY, J.: *The Archaeology of Greece,* Cambridge World Archaeology, Cambridge University Press, 2001.

2. De Micenas a Homero (1700-800 a. C.)

2.1. Panorama general

2.1.1. El mundo micénico

La presencia griega en la península balcánica se remonta probablemente a la primera mitad del segundo milenio a. C. como resultado de un largo proceso de sucesivas infiltraciones en este espacio geográfico que tuvieron lugar a lo largo de los siglos. Sin embargo, solo a partir del siglo XVI a. C. tenemos la seguridad de que nos hallamos ante una cultura que podemos calificar como griega, debido al hecho de que sabemos que sus gentes hablaban ya una forma de griego arcaico, tal y como aparece reflejada en las numerosas tablillas de arcilla halladas en algunos de estos centros de poder.

A partir de estos momentos emergen una serie de reinos o principados de reducida extensión territorial cuyos dirigentes controlaban una cantidad no despreciable de rique-

zas, según podemos apreciar a partir de los restos hallados en algunas de sus tumbas, como las que Heinrich Schliemann descubrió en Micenas, en las que encontramos máscaras funerarias de oro, armas y vasos de bronce, copas de oro, apliques dorados de la ropa, dagas con relieves incrustados, gemas, figurillas de marfil y otros adornos de esta clase. Otro tipo de tumbas más monumentales, denominadas *thóloi,* que consisten en un largo corredor que conducía a una cámara circular cubierta por una cúpula, fueron saqueadas ya en la Antigüedad y han aparecido vacías de su contenido original, pero hemos de imaginar la presencia en ellas de objetos de lujo y riquezas muy similares. Sus ocupantes eran elites guerreras que acumularon tal cantidad de bienes, de materiales preciosos diversos y de procedencia también diversa, mediante el control de las rutas comerciales y de intercambios que surcaban la cuenca oriental del Egeo. Estas rutas y el flujo de mercancías y materias primas se hallaban anteriormente bajo el control de la llamada civilización minoica de Creta, que sobre todo en la primera mitad del segundo milenio a. C. consiguió un elevado nivel de bienestar y refinamiento en sus diferentes realizaciones a juzgar por los restos hallados en la propia Creta, como los complejos palaciales de Cnosos, Festos, o Zakros, o en la cercana isla de Tera. Este cambio de hegemonía en la cuenca egea debió de realizarse de manera lenta, ya que los nuevos dominadores micénicos no solo adquirieron de los cretenses la mayoría de los productos de lujo que aparecen en sus tumbas, sino que adoptaron también todo el sistema de complejos palaciales cretenses y las formas de control burocrático por el que se gestionaban, incluido su sistema de escritura, que adaptaron a su propia lengua. Este cambio de hegemonía, la cretense por la micénica, se comprueba en la

propia isla de Creta a partir del 1400 a. C., cuando los micénicos ocupan el antiguo complejo palacial cretense de Cnosos, tal y como podemos comprobar por la existencia de tablillas escritas en su lengua.

Así, a partir de 1500 a. C., en lugares como Micenas, Tirinto y Pilos en el Peloponeso o Tebas en Beocia aparece este tipo de complejos arquitectónicos que a través del testimonio de sus registros contables revelan el grado de complejidad y control que alcanzaron estos centros de poder a la hora de organizar la producción de bienes y alimentos junto con su redistribución posterior entre las gentes que poblaban sus respectivos territorios. Estos centros poseían una estructura política y social fuertemente jerarquizada bajo la dirección de un rey o gobernante supremo *(wánax)* y contaban con todo un séquito de oficiales y funcionarios locales que controlaban la circulación de bienes y la organización del trabajo.

Los reinos micénicos se convirtieron en una de las grandes potencias de la cuenca oriental del Mediterráneo a partir de estos momentos (1500 a. C.) y entraron en contacto con Egipto y algunos centros de las costas sirio-palestinas, como Ugarit, donde se han encontrado numerosos ejemplares de la típica cerámica micénica (jarras de estribo). Sus productos se expandieron también por el resto del Mediterráneo hasta alcanzar la isla de Sicilia y algunas zonas de Italia por occidente y las costas de Asia Menor y Siria por oriente. Iban a la busca de metales como el cobre y el estaño o de materiales exóticos como las piedras preciosas, el ámbar o el marfil.

En la fase final del dominio micénico, a partir de 1300 a. C. se construyeron poderosas fortalezas como las de la propia Micenas, Tirinto o Gla en Beocia, que parecen indicar la

existencia de un creciente clima bélico entre unos reinos y otros o el temor generalizado de que se produjeran ataques procedentes del exterior. En torno al 1200 a. C. se inicia así un período de destrucciones que se prolongará durante casi una generación y cuya principal consecuencia será la desaparición de los centros de poder micénicos que durante casi trescientos años habían ejercido una auténtica hegemonía sobre la cuenca oriental del Egeo y una buena parte del Mediterráneo.

2.1.2. Perfiles de un período complejo

Tras el hundimiento de los complejos palaciales micénicos a lo largo del siglo XII a. C. se inició un largo período que los estudiosos denominaron en un principio Edad Oscura debido sobre todo a la falta de testimonios de carácter literario, ya que la escritura había desaparecido con los centros de poder micénicos, donde era el dominio exclusivo de un grupo reducido de especialistas, y a la pobreza del material arqueológico que documentaba dicha época, dada la ausencia de grandes construcciones como las grandes tumbas, los complejos palaciales o las imponentes fortalezas del período precedente.

Hoy en día, sin embargo, se han introducido importantes matizaciones y variaciones en la consideración global de toda esta época gracias a los importantes descubrimientos realizados en lugares como Lefkandi en la isla de Eubea, Nicoria en Mesenia, Kalapodi en la Fócide o la propia Atenas, que revelan la existencia de una cierta continuidad con el período inmediatamente anterior, un cierto grado de prosperidad en determinadas comunidades y la temprana

reanudación de las vías de comunicación con las regiones orientales de la cuenca mediterránea, que nunca llegaron a interrumpirse del todo. La imagen de abandono, pobreza o aislamiento generalizados que parecía caracterizar todo este período se ha matizado y precisado así de forma considerable, si bien la disminución del número de establecimientos, el descenso evidente de la población, una mayor escasez de lugares de culto que resulten identificables y la menor intensidad y frecuencia de los contactos con las regiones más allá de la cuenca egea constituyen algunas de las características de al menos las fases iniciales de dicho período. El impacto de la oleada de destrucciones que provocó el final del mundo micénico parece así que no afectó por igual a todas las regiones. Mientras algunas experimentaron con toda crudeza sus consecuencias, como fue el caso de Mesenia o algunas zonas de la Argólide, otras, como el Ática, apenas mostraron signos evidentes de las dramáticas consecuencias de tales rupturas. Tampoco se trata de un período uniforme desde el punto de vista cronológico ya que estamos hablando de casi quinientos años. Hubo, por tanto, diferentes fases evolutivas cuya cronología se ha establecido a partir de los estilos de cerámica, que siempre ha constituido el indicador arqueológico más representativo a causa de su buena conservación y de las casi constantes variaciones que experimentan su forma y su decoración. Se distinguen así:

– Un período *submicénico,* que abarcaría los tiempos inmediatos que siguieron al final de los reinos micénicos desde el 1125 hasta el 1050 a. C.
– Un período *protogeométrico,* que abarcaría entre el 1100/1050 hasta el 900 a. C.

- Un período propiamente *geométrico*, que iría desde el 900 hasta el 700 a. C., dividido a su vez en tres subfases:
  a) Geométrico antiguo, del 900 hasta el 850 a. C.
  b) Geométrico medio, del 850 al 760 a. C.
  c) Geométrico tardío, del 760 al 700 a. C.

La primera fase que sucedió a la desaparición efectiva de los reinos micénicos fue una época de inestabilidad caracterizada por los movimientos frecuentes de población entre unos lugares y otros de la cuenca del Egeo, por la creación de nuevos asentamientos en lugares más seguros del interior, y por el inicio de un lento y gradual proceso de reorganización de las diferentes comunidades, tanto a nivel puramente territorial, como en el plano político, social y económico. El arqueólogo británico Anthony Snodgrass sugirió en su día la posibilidad de que se hubiera producido el paso de una economía fundamentalmente agrícola a una de carácter pastoril, ya que existían entonces amplios espacios de terreno disponible y así podrían explicarse algunos fenómenos como la ocupación estacional de los asentamientos o la conservación de los nombres originales de muchos lugares micénicos por haber sido regularmente frecuentados. Muchos espacios quedaron desiertos tras la caída de los reinos micénicos ya que no se daban las condiciones para el cultivo extensivo de la tierra con ciertas garantías de productividad. Sin embargo, parece aconsejable relativizar los resultados de dicha hipótesis ya que la evidencia resulta insuficiente, pues se basa tan solo en el análisis de los restos de fauna en Nicoria, que indican un elevado consumo de ganado bovino al inicio de este período, o la práctica desaparición del olivo en lugares como Macedonia y el lago Copais en Beocia, y en algunos indi-

cios como la aparición de pequeñas figuras de ganado bovino en el inicio de santuarios como Olimpia desde finales del siglo X a. C. o la evaluación de la riqueza en bueyes que se vislumbra en los poemas homéricos. Además es casi seguro que no todas las comunidades adoptaron este estilo de vida, que quedó quizá reducido a las zonas periféricas y marginales, y que regiones prósperas como el Ática o Eubea mantuvieron su economía agrícola básica.

Grupos dispersos de población comenzaron a organizar su vida de nuevo sin la protección que representaban los centros de poder micénicos y por ello los nuevos asentamientos no adquirían carácter definitivo y algunos de ellos ni siquiera permanecieron ocupados más allá de una generación. Se explica así que la mayor parte de las estructuras arquitectónicas que detecta la arqueología sean de carácter efímero frente a la monumentalidad de las construcciones del período anterior. La pobreza de los ajuares refleja igualmente el modo de vida itinerante, motivado por la confusión e inseguridad de los tiempos.

Otros cambios que pudieron haber afectado a la vida diaria de las gentes, aunque de forma muy desigual y diversificada según las zonas, fueron la modificación aparente de las costumbres funerarias con la sustitución de la cremación del cadáver por la inhumación y la extensión del hierro como metal básico para la fabricación de armas y herramientas de todo tipo. Aunque la cremación se convirtió en la forma habitual de enterramiento, la inhumación todavía se mantuvo como rito habitual para los niños y quizá también para todos aquellos de rango inferior. El hierro podía encontrarse con mayor facilidad en la cuenca egea y no era necesario importar desde lugares lejanos el estaño, un componente imprescindible para la fabricación del bronce.

Aunque hubo cierta continuidad en algunos de los antiguos centros de poder micénicos, como Micenas, Tirinto o Tebas, incluso después de las destrucciones, resulta probable que el conjunto de la población experimentara una reducción considerable, y por tanto, los establecimientos dispersos, pequeños y estacionales constituyeron la norma. Las nuevas sociedades emergentes se construían bajo el dominio de aquellos «potentados» locales, herederos quizá de los antiguos oficiales micénicos denominados *qa-si-re-u (basiléus*, término que en griego posterior designaría al rey) que habían quedado ahora como los más altos representantes de la antigua jerarquía.

A pesar de todos los cambios que experimentó este largo período, se produjo también un cierto grado de continuidad con la época anterior, que resulta bien visible en algunos aspectos importantes. En primer lugar, la lengua que se siguió utilizando era la misma, el griego, que sabemos que ya se hablaba durante el período micénico. También muchas de las divinidades que aparecen mencionadas en las tablillas corresponden a los dioses griegos habituales, pues incluso Dioniso, que parecía haberse incorporado posteriormente al panteón griego, figuraba ya en ellas. Igualmente, existe también continuidad en la tradición mítica ya que los ciclos que conocemos parecen haber estado vinculados de alguna manera a los principales centros de poder micénicos, como Tebas, Argos, Micenas, Esparta o Yolco en Tesalia, tal y como ya anticipó en su día el estudioso sueco de las religiones Martin Nilsson en un momento anterior al desciframiento de las tablillas. Incluso se detecta cierta continuidad de la actividad cultual en algunos santuarios como los de Atenea en Mileto, de Apolo en Abai en Kalapodi (Fócide), en Amiclas en Esparta y

en algunos lugares de Creta como Kato Syme o las cuevas de Dicté o del Ida, que muestran signos de actividad que van desde el período micénico hasta la época arcaica, pasando, por tanto, a lo largo de la denominada Edad Oscura. De hecho, algunos de los que se convertirán en grandes santuarios de carácter panhelénico en los tiempos posteriores, como el Istmo u Olimpia, comenzaron su actividad cultual durante este período mediante la acumulación de ofrendas, incluso mucho antes de que se iniciara cualquier tipo de construcciones estables.

A finales del período, en el siglo IX a. C., comienzan a apuntarse algunos cambios espectaculares que se plasmarán en el siglo siguiente, en el curso de la época arcaica. El crecimiento de los lugares de ocupación refleja seguramente un aumento de la población, empieza a percibirse una actividad religiosa a través de las ofrendas que comienzan a aparecer en los grandes santuarios, se construyen los primeros templos y cobran enorme vitalidad las comunicaciones a larga distancia con el creciente contacto con los fenicios que articularán el trazado de las grandes rutas comerciales hacia occidente y aportarán una contribución decisiva como el alfabeto a las nacientes comunidades griegas de esos momentos.

2.1.3. El *heróon* de Lefkandi

Uno de los hallazgos principales que ha contribuido a arrojar luz sobre este período es el que se produjo en Lefkandi, en la isla de Eubea, donde se encontraron los restos de una comunidad comparativamente amplia e inusualmente próspera para el nivel general que teníamos hasta entonces ates-

tiguado para este período. A medio camino entre las dos ciudades más importantes de la isla en la época inmediatamente posterior, Calcis y Eretria, se halló un promontorio alrededor del cual se agrupaban una serie de necrópolis de diferentes períodos que datan la ocupación del lugar desde época micénica hasta el final de la llamada Edad Oscura. Quizá el hallazgo más espectacular son los restos de un edificio de forma absidal datable entre el 1000 y el 950 a. C. de gran tamaño (unos 45 metros de largo), comparado con el habitual que presentan las casas de este período, y con una cierta complejidad en su estructura interna. Construido sobre cimientos de piedra, sus paredes estaban hechas de ladrillos de barro enlucidos y su techo a doble vertiente y de paja se hallaba sostenido por una fila de columnas de madera en el centro y por una columnata exterior. Bajo el suelo de la estancia principal de las cinco en que se hallaba dividido el espacio interior se encontraron dos enterramientos. El primero de ellos contenía los restos incinerados de un varón de mediana edad, que habían sido depositados en un ánfora de bronce de manufactura chipriota datable en el siglo XII a. C., junto con sus armas de hierro y una navaja de afeitar, y los restos de una mujer más joven que había sido enterrada con sus adornos personales, como unos pectorales de oro, un collar de oro, fayenza y cristal, unos pendientes de oro, o unos anillos de electro y de oro. La presencia junto a su cabeza de un cuchillo de hierro con un mango de marfil hizo pensar a los excavadores que la mujer podría haber sido sacrificada de forma ritual durante la ceremonia fúnebre del individuo enterrado al lado. El segundo de los enterramientos contenía los restos de cuatro caballos con los correspondientes bocados de hierro todavía en sus bocas. Parece que una vez concluida la ceremonia funeraria el

edificio fue desmantelado y enterrado para quedar convertido en un gigantesco túmulo. La interpretación más aceptada es que pudo haber sido la morada del líder de una pequeña comunidad que habría conseguido su estatus superior a través de sus proezas militares y de la exhibición de su generosidad hacia el resto de la comunidad. Un *big man* según la terminología de los antropólogos modernos que han estudiado dicha figura en sociedades contemporáneas como Melanesia, en las que el gobierno de un solo individuo de carácter carismático tenía como fundamento principal la superación de sus posibles rivales en muestras de generosidad basada en la producción doméstica poco desarrollada y en el botín de guerra. Sin embargo, la existencia de algunos indicios que sugieren que la ceremonia funeraria tuvo lugar antes de la construcción del edificio indicaría que podría ser interpretado como una especie de mausoleo, es decir uno de los primeros ejemplos de *heróon* (santuario en honor de un héroe), que habría sido levantado en honor del guerrero enterrado allí con su consorte y sus caballos siguiendo un tipo de ritual funerario que se asemejaba de forma sorprendente al que aparece descrito en los poemas homéricos. Representaría de esta forma el tipo de autoridad que regía estas pequeñas comunidades, un individuo aupado a esta posición preeminente por el prestigio militar y su generosidad, pero que tras su muerte dio inicio a un cierto poder dinástico por su supuesto parentesco con la divinidad, en la medida en que las necrópolis posteriores se organizaron en torno al túmulo erigido en su memoria.

Efectivamente, las laderas de la colina que ocupa el túmulo fueron ocupadas por tres grandes cementerios de diferentes épocas, de los cuales el más rico en hallazgos es el denominado Toumba, situado al pie del mencionado tú-

mulo. Corresponde a la segunda mitad del siglo X a. C., que fue la época de esplendor de Lefkandi como muestra la presencia abundante de metales preciosos y objetos de lujo importados procedentes de Egipto, Chipre y el Próximo Oriente y la influencia de los estilos de la cerámica ática, tesalia y chipriota sobre la producción local. La existencia de contactos internacionales de la comunidad, tanto dentro del marco geográfico del Egeo como más allá de sus límites parece así un hecho evidente. Las importaciones continuaron durante el siglo IX a. C. pero hacia el final del mismo la comunidad parece haber entrado en declive hasta su abandono definitivo a finales del siglo VIII a. C. Las distintas fases por las que atravesó la historia de este establecimiento, con momentos sucesivos de prosperidad y decadencia, ponen de manifiesto las condiciones cambiantes de todo este período y su incidencia en pequeñas comunidades como esta.

2.1.4. Atenas

La región del Ática permaneció relativamente al margen de los efectos provocados por la desaparición de los centros de poder micénicos o al menos sufrió sus consecuencias en un grado mucho menor que otras regiones. El historiador ateniense Tucídides señala que la escasa fertilidad del suelo ático habría disuadido a los invasores y habría convertido la región en un lugar de refugio para los que huían de los lugares arrasados. Ciertamente, su evidencia para concluir tales afirmaciones carecía de todo fundamento, ya que ninguna tradición oral existente podía remontarse tan atrás. Una cierta continuidad de la cultura micénica

en el Ática puede apreciarse en el extenso cementerio de Perati, donde se han excavado doscientas diecinueve tumbas que proporcionan la evidencia de una cierta prosperidad y de la existencia de contactos con ultramar a través de los ornamentos de oro y plata o de amuletos y sellos de origen egipcio y oriental que aparecen en los enterramientos. También la aparición de la cerámica submicénica que constituye una variante local de la del período inmediatamente anterior (el denominado Heládico Tardío IIIC durante el que la cultura micénica persistió a lo largo de casi un siglo) parece un indicio de esta situación. Al inicio del período parece que la mayor parte del territorio del Ática se hallaba despoblado hasta que muchos de estos lugares volvieron a poblarse de nuevo a través de lo que se ha denominado colonización interna de la región. Algunos estudiosos han situado la unificación política del Ática durante este período apoyándose en la homogeneidad de los estilos cerámicos en todo el territorio y en el hecho de que solo la ciudad de Atenas figura en el *Catálogo de las naves* homérico (ver más adelante). Sin embargo ninguno de los dos argumentos parece definitivo. La homogeneidad cultural no siempre se corresponde con la unidad política y son de sobra conocidas las acciones de manipulación e interpolación que intervinieron en la redacción definitiva del mencionado *Catálogo de las naves*. De hecho, sabemos que la posesión de la isla de Salamina fue un constante motivo de disputa con Mégara todavía en tiempos muy posteriores, durante las épocas de Solón y Pisístrato, ya en pleno siglo VI a. C. El territorio del Ática, a pesar de la aparente unidad que le otorga su condición de península, se hallaba compartimentado interiormente en diferentes regiones como la llanura que rodea la propia ciudad de Atenas, que está circundada de

montañas hacia el norte, este y oeste, y por el mar hacia el sur *(pedíon),* la banda costera que discurre hacia el suroeste para terminar en el cabo Sunion *(parália),* y las tierras del interior situadas más allá del monte Pentélico que incluyen también la costa oriental del Ática *(mesógeia).* Por ello parece muy probable que el proceso de unificación política del Ática no se hubiera llevado a cabo todavía por aquel entonces dado que numerosas evidencias invitan a pensar que dicho proceso no se concluyó hasta una época muy posterior, que seguramente hay que fijar en el siglo VI a. C. Muchas de las acciones llevadas a cabo por el tirano Pisístrato en este período (véase más adelante) indican su deseo de conseguir esta unificación del Ática en una sola comunidad política. Por ello, lo más probable es que la concentración en Atenas de todo el poder político del Ática, como núcleo urbano de la nueva comunidad que se extendía hasta los límites del territorio, fuese un proceso lento y gradual que solo concluiría del todo a finales del período arcaico. Se detecta así a lo largo del período la emergencia de una cierta jerarquización social que se tradujo en la aparición de una serie de grandes clanes familiares que protagonizarían la historia posterior de Atenas. A diferencia de los *big men* antes mencionados, dichos clanes, asentados en una parte del territorio, se acabaron convirtiendo en linajes hereditarios con formas de poder más elaboradas que desembocarán en el surgimiento de la polis. Las ricas ofrendas de las tumbas y las grandes ánforas y cráteras que señalaban los enterramientos constituyen los signos arqueológicamente visibles de la existencia de dicha aristocracia. Un ejemplo de esta riqueza lo constituye la tumba de una mujer datable hacia el 850 a. C. que se ha denominado por la riqueza de su ajuar la de la Rica Dama Ateniense. Las

ofrendas halladas en la tumba revelan el rango social elevado de la mujer en cuestión a través de diversos objetos de adorno personal muy elaborados y de clara procedencia oriental, como un par de pendientes de oro con granadas suspendidas de plaquetas de oro masivo de forma trapezoidal decoradas con técnicas de granulación y filigrana, lo que revela las conexiones de ultramar atenienses en esos momentos. La mujer se hallaba además embarazada o acababa de dar a luz a partir de los restos de los huesos de un feto hallados en la tumba. Entre los objetos hallados destaca también una *píxis* o caja de arcilla de forma alargada usada para guardar los más delicados objetos, que tiene como tapa cinco modelos de graneros en forma de colmena en una demostración quizá de la riqueza agrícola que atesoraba la familia de la difunta. Otras *píxides* algo posteriores de este período llevan como tapa figuritas de caballos, que constituía otro claro símbolo de estatus aristocrático. Atenas se convirtió también durante este período, especialmente a partir del siglo XI a. C. en un importante centro productor de cerámica de gran calidad que se difundió por otras partes del Egeo y en el punto focal de una red de comunicaciones con el exterior, especialmente con las islas del Egeo y Chipre, que pone de manifiesto la pujanza y la prosperidad de la comunidad que habitaba por entonces la región del Ática.

2.1.5. La singularidad de Creta

La isla de Creta desempeñó un papel destacado en todo este período de transición por la existencia en la isla de claras continuidades con el período precedente y la perviven-

cia de materiales y objetos, sobre todo de carácter funerario, que remitían a su glorioso pasado minoico, como los sellos. Su posición geográfica la convertía además en un eslabón casi inevitable de las rutas marítimas que enlazaban oriente con occidente. En este terreno destacan los hallazgos del puerto de Kommos, en la costa sur de la isla, que podrían reflejar la presencia fenicia en el lugar, como los abundantes fragmentos de cerámica fenicia, la mayoría procedentes de ánforas de transporte, y la presencia de un santuario con tres pilares. Lo más factible es que los fenicios utilizaran el lugar como punto de aprovisionamiento y estada en el curso de sus rutas, ya que no se han encontrado restos de zonas de habitación claramente ocupadas por ellos. Los hallazgos del cementerio de Tekke en Cnosos proporcionan también evidencia sobre los contactos marítimos de la isla con las regiones más orientales, como el tesoro que lleva este nombre (Tekke) que contiene una serie de adornos personales de alta elaboración artesanal en el uso de técnicas como la granulación y la filigrana. Otro objeto significativo de los contactos con ultramar de la isla es un vaso con forma de pato procedente de Cerdeña. El tesoro fue encontrado en una tumba tipo *thólos* minoica que había sido reutilizada. Otro importante hallazgo de este cementerio cretense es el llamado Cuenco Tekke datado en torno al 900 a. C., que lleva una inscripción de unas doce letras fenicias que se han interpretado como la expresión «cuenco de X, hijo de Y».

Como lugar de intensos contactos entre griegos y fenicios, la isla ha sido propuesta como uno de los posibles enclaves donde pudo haberse producido la adopción del alfabeto, ya que seguramente otras técnicas artesanales procedentes del mundo oriental siguieron esta ruta.

2.1.6. Chipre, crisol de gentes y culturas

La isla de Chipre tuvo siempre una enorme importancia dentro de la historia del Mediterráneo oriental por su abundancia de cobre y su posición geográfica a medio camino entre las regiones orientales y el Egeo. A lo largo de los siglos XIV y XIII a. C., la isla vivió un período de gran prosperidad con algunos centros urbanos importantes como Enkomi, situado en la costa oriental, tal y como revela la riqueza espectacular de sus tumbas, en las que abundan los ejemplos de cerámica micénica de gran calidad y los objetos de metales y materiales preciosos procedentes de Egipto y el Próximo Oriente. Otro centro importante fue Kition, en la costa suroccidental de la isla, que se convirtió a comienzos del siglo XIII a. C. en una próspera ciudad portuaria. Los desórdenes que afectaron a todo el Egeo y las regiones más orientales a partir del 1200 a. C. incidieron también de modo importante en la isla, que sufrió algunas de sus consecuencias, como el abandono de algunas poblaciones y la destrucción de algunos centros de poder. Sin embargo, Chipre se convirtió en lugar de refugio al que acudieron gentes procedentes del Egeo, particularmente micénicos, que escapaban de los disturbios que significaron el final de la civilización palacial micénica. La continuidad fue la norma en la isla a pesar de los cambios introducidos por los recién llegados. De hecho, no se perdieron nunca ni la escritura ni los contactos con el exterior y los principales centros de poder se recuperaron con relativa facilidad. El aluvión de gentes griegas dio paso en el siglo XI a. C. a la creación de una serie de ciudades-estado independientes cuyo sistema político estaba basado en la realeza micénica, pero se adaptó a las condiciones locales y a los modelos de

los principados orientales con los que la isla se hallaba en casi constante contacto. Destacan especialmente Salamina, Palepafos, Kurion y Amatunte. La continuidad de la cultura micénica en la isla y los continuos contactos con los pueblos orientales convirtieron a Chipre en un auténtico crisol de culturas y en un eslabón fundamental dentro de la red de intercambios y relaciones entre el mundo griego y los imperios del Próximo Oriente, que se intensificarían a lo largo de la edad arcaica con la presencia de los fenicios ya en la isla a partir del siglo IX a. C.

2.2. Problemas fundamentales

2.2.1. La guerra de Troya

La realidad histórica de la guerra de Troya constituye un tema de debate constante entre los estudiosos de este período. Dentro de la propia cronología griega, la guerra de Troya representaba un acontecimiento real y decisivo de su propia historia y se situaba en un remoto pasado que habría que datar hacia el 1184 a. C. (en su traducción a la cronología actual). Sin embargo, desde una perspectiva histórica moderna el asunto resulta algo mucho más complicado. El descubrimiento de los restos arqueológicos de lo que fue la ciudad de Troya en la colina de Hissarlik en el año 1872 a cargo de Heinrich Schliemann parecía confirmar el carácter histórico de la leyenda. Este curioso y estrafalario personaje, a quien a pesar de todos sus defectos debemos atribuir el descubrimiento de la protohistoria griega, creyó vivamente haber encontrado las huellas materiales del conflicto que se menciona en los poemas homéricos, y de hecho tras sus

excavaciones en Troya marchó hacia el Peloponeso en busca de la morada de sus enemigos griegos, sacando a la luz las ciudadelas y tumbas de Micenas y Tirinto. Sin embargo, las dificultades para dar carta histórica al conflicto no estaban todas resueltas ni siquiera desde la perspectiva arqueológica. El montículo artificial excavado por Schliemann contenía los estratos sucesivos de nueve ciudades y era preciso identificar cuál de ellas había sido objeto del ataque de las tropas griegas coaligadas. La primera opción de Schliemann fue el nivel II, y el descubrimiento del que denominó «tesoro de Príamo» no hacía más que confirmar aparentemente sus expectativas. Sin embargo, hoy sabemos que dicho estrato corresponde a una fecha muy anterior a la de la supuesta guerra ya que hay que situarlo hacia el 2300 a. C., casi un millar de años antes. Es además probable que el famoso tesoro fuera el resultado de acumular pequeños hallazgos realizados por separado a lo largo de la campaña en un solo conjunto con el fin de impresionar al público. El propio Schliemann asumió al final de su vida que pudo haber estado equivocado y siguiendo el consejo de otros estudiosos se inclinó más a favor de los estratos VI o VII para su identificación con la mítica ciudad del asedio, dado que aparecía una cerámica similar a la encontrada en sus excavaciones del Peloponeso. Fue su arquitecto, Wilhelm Dörpfeld, quien continuó las excavaciones en Hissarlik después de la muerte de Schliemann en 1890. El resultado principal de su trabajo, centrado ya en el nivel VI del montículo, fue el descubrimiento de una poderosa muralla defensiva provista de puertas de entrada y una torre de vigilancia que parecía adecuarse mejor a las necesidades de la gesta épica. La Troya del estrato VI era una ciudad rica y próspera a juzgar por los objetos hallados, algunos de ellos

procedentes de Mesopotamia, Egipto y Chipre, y por las grandes casas del interior de la ciudadela, que pudo alcanzar este nivel de prosperidad gracias a su estratégica posición a la entrada de los estrechos. La ciudad fue finalmente destruida tras cientos de años de habitación, y en opinión de Dörpfeld, esta sería la prueba definitiva que cerraría todo el debate en una manifestación incontestable de que Schliemann se hallaba en lo cierto. Sin embargo, el agente causante de dicha destrucción pudo haber sido un terremoto según parece deducirse de las pruebas arqueológicas.

Una nueva propuesta de identificación de la ciudad homérica fue la del arqueólogo americano Carl Blegen, que reemprendió las excavaciones en Hissarlik en 1932. Tras confirmar la hipótesis del terremoto como causa de destrucción del estrato final del nivel VI, optó por el estrato VIIa como protagonista idóneo de la leyenda homérica, ya que presentaba indicios claros, en su opinión, de que había sido destruida tras un asedio. Situó la datación del acontecimiento entre los años 1260-1240 a. C., antes de que los propios reinos micénicos que habían tomado parte en la coalición atacante hubieran sufrido los graves problemas que culminaron en su definitiva desaparición. Sin embargo, su elección no parecía la adecuada a la vista de la pobreza de los restos encontrados. Troya era en esos momentos una ciudad pobre que trataba a duras penas de recuperarse entre las ruinas de la devastación producida por el terremoto que había destruido la ciudad anterior. La datación de la cerámica hallada en este nivel sitúa además la fecha de destrucción de la ciudad entre los años 1230 y 1190 a. C., un período de tiempo poco apropiado para que los micénicos hubieran sido los autores directos de la destrucción. Los interrogantes acerca de la

identidad precisa de los atacantes quedaban así de nuevo sin respuesta.

Una nueva campaña de excavación se inició en 1988, esta vez bajo la dirección del arqueólogo alemán Manfred Korfmann, con el uso de renovadas metodologías arqueológicas y la ayuda de una tecnología más sofisticada. El gran descubrimiento de Korfmann y su equipo fue el hallazgo de la denominada ciudad baja que se extendía al pie del montículo de Hissarlik, lo que significaba un notable incremento del supuesto tamaño de la ciudad, ya que pudo albergar una población de hasta diez mil habitantes. Este descubrimiento sensacional ponía de manifiesto que los antecesores de Korfmann habían limitado su actividad a lo que era tan solo la ciudadela o parte alta de la ciudad. Korfmann declaró que el nivel VIIa, que había tenido una larga duración, desde 1300 hasta 1180 a. C., había sido finalmente destruido a causa de una guerra a partir de los rastros de incendio detectados en alguna parte de la excavación y de las puntas de flecha y proyectiles para honda, dispuestos en montones, que se encontraron en algunas partes de la ciudad baja. Todo parecía indicar que la ciudad había sido víctima de un asedio, incluido el cuerpo de una muchacha que apareció semienterrado en un espacio público. Sin embargo, no se pronunciaba acerca de la identidad concreta de sus agresores, que podrían haber sido los micénicos o los denominados *Pueblos del Mar* (véase más adelante).

Junto al testimonio de la arqueología otra aportación importante a la posible solución del problema proviene de las informaciones aportadas por los textos hititas. El imperio hitita ejerció su dominio sobre casi todo el territorio de Asia Menor durante buena parte de la segunda mitad del segundo milenio a. C. y fue en buena medida contemporá-

neo con los reinos micénicos. Los archivos hallados en su capital, Hattusas, nos ofrecen una serie de textos significativos, relativos a los problemas que el imperio tenía en las regiones más occidentales de sus dominios y limítrofes, por tanto, con las áreas de expansión del mundo micénico, que podrían implicar directamente a la ciudad de Troya. Todo ello se basa en la admisión de dos equivalencias fundamentales. La primera es que el término hitita *Ahhiyawa,* con el que se designa a un reino limítrofe implicado directamente en disturbios que afectan a las regiones occidentales de su imperio, haga referencia a los aqueos, es decir los griegos micénicos (que Homero denomina *Achaiói).* La segunda es que la ciudad que los hititas denominaban *Wilusa* corresponda a la Troya homérica, llamada también *(W)ílios* (de ahí el nombre *Ilíada).* Aunque existe un acuerdo casi general sobre la ecuación correcta de ambos términos, las discusiones de detalle continúan ante la confusión existente acerca de la geografía occidental del imperio hitita, que menciona en sus textos una serie de pueblos y países difíciles de ubicar con exactitud dentro del marco geográfico del occidente de Asia Menor. En los textos emergen también otros nombres de algunos protagonistas destacados que presentan tentadoras ecuaciones, como las de *Piyamaradus* con Príamo, *Alaksandos* con Alejandro, el otro nombre de Paris, o *Millawata* que haría referencia a la ciudad de Mileto. De cualquier modo, lo que estos textos reflejan es el confuso panorama político de los años previos a la destrucción final del imperio hitita, que tuvo lugar hacia 1200 a. C., y nos dan a conocer una serie de conflictos locales en toda la región costera de Asia Menor en los que podrían haber estado directamente implicados los micénicos, que de hecho se hallaban ya presentes en algunos establecimientos de

esta zona como Mileto. Estos textos harían además referencia no a una sola guerra de Troya, sino a una serie de conflictos escalonados en el tiempo que habrían afectado directamente a la región donde estaba ubicada la ciudad de Troya. De hecho, todos los testimonios disponibles hacen referencia a esta diversidad de conflictos, desde la tradición épica griega, que menciona un ataque de Heracles a la ciudad antes del de Agamenón, hasta las fuentes hititas, que hablan de al menos cuatro guerras desde el siglo XV hasta el XIII a. C., y arqueológicas, según las cuales la ciudad habría sufrido al menos tres destrucciones a lo largo de su historia. Teniendo en cuenta el carácter altamente especulativo de todas las soluciones ofrecidas hasta ahora, la fragilidad y ambigüedad de los testimonios presentados, la dificultad de vincular los acontecimientos mencionados en los textos y los datos ofrecidos por la arqueología, y el carácter literario y convencional de la poesía épica griega, que podría haber magnificado con tonos heroicos un simple conflicto ocasional sin demasiada importancia (tal y como ha sucedido en otros casos bien conocidos como el de Roncesvalles y la *Chanson de Roland),* es muy probable que el problema de la guerra de Troya no obtenga una solución definitiva y continúe siendo objeto de especulación e incluso de la fantasía desbordada por parte de especialistas y aficionados que buscan desesperadamente una respuesta concreta y simple.

Así las cosas, parece lo más lógico pensar que un simple acto ocasional de pillaje, de los numerosos que tenían lugar en aquellos momentos y que constituían una de las fuentes principales de riqueza de los reinos micénicos, en una zona repetidamente visitada y conocida como debió ser la región de la Tróade, se fue progresivamente magnificando y enriqueciendo a lo largo de las sucesivas generaciones de *aedos*

(cantores que interpretaban los poemas épicos) hasta convertirse en un tema principal de toda la poesía épica. Otra posibilidad es que a un núcleo original micénico, que pudo haber dejado sus huellas dentro de la tradición épica griega, se fueran añadiendo sucesivamente otros elementos posteriores relacionados con las leyendas de fundación de las ciudades griegas de Asia Menor, en las que destacaban los conflictos entre los recién llegados y los habitantes indígenas de la zona.

2.2.2. La desaparición de los reinos micénicos

Uno de los principales problemas de este período es la determinación de las causas concretas que provocaron el derrumbamiento final de los reinos micénicos. Hubo propuestas que buscaban una única causa determinante, como una invasión generalizada de pueblos procedentes del exterior de la cuenca egea, una catástrofe natural o climática, o la existencia de guerras internas entre los distintos reinos. Sin embargo, estas explicaciones simplistas han dado paso a una visión más compleja del fenómeno en la que una serie de diferentes factores intervinieron de forma coordinada y complementaria.

El grado de sofisticación que alcanzó la civilización micénica dependía efectivamente del equilibrio de una serie de factores estrechamente dependientes unos de otros para conseguir su máxima eficacia. Entre ellos se hallaban la agricultura y el mantenimiento del nivel de producción de alimentos, la metalurgia y la obtención de las materias primas adecuadas para la fabricación de utensilios y armas, la especialización artesanal y la elaboración para el consumo

de una elite dependientes del funcionamiento de las rutas y circuitos comerciales con Oriente, el nivel de población y el tamaño de los asentamientos, e incluso el conjunto de creencias religiosas asociado al mantenimiento de una estructura jerárquica determinada dentro de la escala política y socioeconómica.

La buena marcha del sistema requería un equilibrio constante y armonioso entre sus diferentes elementos, así como su adecuación a las condiciones del medio ambiente. Cualquier circunstancia que implicara cierto desequilibrio en uno de los factores mencionados podía acarrear una serie de reacciones en cadena que irían incidiendo de forma sucesiva en todo el engranaje restante. Un desastre natural, por ejemplo, por limitadas que fueran sus consecuencias inmediatas, crearía las condiciones adecuadas para el aumento de la tensión en diferentes campos y el posible estallido de la violencia generalizada. El descontento creciente de la población ante un problema de desabastecimiento en el suministro de alimentos provocaría sin duda conflictos de orden interno en cada uno de los reinos. Esta situación de inestabilidad interna incrementaría el riesgo de conflictos entre los diferentes reinos en la pugna constante por el dominio de las mejores tierras o por el control de las fuentes de riqueza mineral y comercial. Del mismo modo, desde el exterior de sus fronteras se acentuaría la presión ejercida desde sus límites por poblaciones de carácter nómada que basaban buena parte de sus recursos en los ataques de saqueo sobre las poblaciones sedentarias más próximas. El clima de guerra imperante que podemos detectar a comienzos del siglo XIII a. C. por todas partes a través de las fortificaciones, construcciones defensivas y representaciones figuradas, redundaría en un descenso de la mano de obra dedicada a

las tareas agrícolas, y esta circunstancia provocaría a su vez un declive considerable de la producción. Las rutas comerciales se volverían inseguras a causa de las frecuentes incursiones de saqueo y la industria artesanal sufriría, de esta forma, un trastorno importante.

Esta situación generalizada de inseguridad y de cierto vacío de poder debió de ser aprovechada por las poblaciones montañesas de los confines del mundo micénico, especialmente en las regiones noroccidentales de la península balcánica, que decidieron ampliar su campo de acción en busca de botín. En estas circunstancias de confusión comenzarían a ser frecuentes las conjuras internas, las traiciones y defecciones, fenómenos todos ellos corrientes en épocas de inseguridad y de crisis. Los campos sin cultivar por falta de protección, los talleres vacíos, la deserción de los lugares de asentamiento fueron las consecuencias inmediatas de esta situación.

En este estado de confusión hicieron su aparición un conjunto de gentes de carácter heterogéneo desde el punto de vista étnico, al que los textos egipcios de la época denominan de forma genérica *Pueblos del mar,* que se había agrupado con la finalidad de llevar a cabo expediciones conjuntas de saqueo indiscriminado e incluso con el objetivo de buscar nuevas zonas de asentamiento. Se les ha atribuido una buena parte de responsabilidad en la caída final de las fortalezas micénicas y en la oleada de destrucciones masivas que afectaron a toda la cuenca oriental del Mediterráneo. Sin embargo, estos pueblos resultan difíciles de identificar con precisión salvo en el caso bien conocido de los filisteos *(peleset)* que se asentaron finalmente en la región que todavía lleva su nombre (Palestina). No obstante, es muy posible que dichos pueblos representen más un sínto-

ma de estos tiempos que la causa de todos los males, como señaló en su día la arqueóloga británica Nancy Sandars. En su opinión, no representarían otra cosa que la continuación de la piratería endémica, propia de estos períodos de confusión, que habían llevado a cabo estados guerreros de reducido tamaño y que había sido moneda corriente durante siglos en el Mediterráneo oriental.

El aumento creciente de la violencia no hizo, por tanto, más que dar el golpe de gracia a un sistema que posiblemente había alcanzado ya el límite de sus posibilidades. El derrumbamiento final no sería otra cosa que la consecuencia irremediable de la dislocación completa de un sistema socioeconómico que se sustentaba en un equilibrio delicado y frágil entre numerosos factores que no era posible controlar del todo en un mundo de recursos limitados y en medio de una naturaleza imprevisible. El modo de vida artificial de los antiguos centros políticos no fue capaz de sostener el esfuerzo y se fue produciendo el colapso gradual de todas sus estructuras. Un hecho significativo de este declive es que a finales del siglo XII a. C. la población se vio reducida hasta casi un diez por ciento con respecto a la existente cien años antes.

2.2.3. La migración griega a Asia Menor

Una de las características del período que siguió a la desaparición de los centros de poder micénicos fueron los movimientos de población, especialmente hacia las costas occidentales de Asia Menor al otro lado del Egeo. La tradición conservada habla de tres grandes grupos, el eolio, el jonio y el dorio, que ocuparían sucesivamente de norte a sur estas

regiones costeras. Es muy probable que el fenómeno se produjera a lo largo del período en una serie de oleadas sucesivas más que de una manera única y momentánea. A pesar de la apariencia de un fenómeno migratorio conducido desde una ciudad o región determinada, como fue el caso de Atenas para los jonios, se trató más bien de un conjunto de gentes procedentes de diferentes puntos de la geografía griega continental. El destino elegido no resultaba además del todo desconocido para los griegos, que ya desde época micénica habían frecuentado aquellas regiones y establecido en la zona algunos enclaves, si bien es cierto que ninguno de ellos ofrece una evidencia clara de continuidad en su ocupación desde el período micénico hasta estos momentos. La llegada de los primeros grupos de población se detecta con la aparición en algunos lugares del suelo asiático de ejemplares de cerámica Protogeométrica. La evidencia arqueológica, casi limitada a los restos de cerámica, revela que los efectivos de este primer contingente de población griega en la zona no fueron muy numerosos y que debemos situar su llegada no antes del siglo X a. C., que es el momento al que remite la mayoría de los hallazgos. La presencia de algunos restos de cerámica submicénica en lugares como Mileto o Éfeso podría retrotraer esta fecha algo más atrás, quizá a finales del siglo anterior. Nos hallamos así ante un fenómeno de larga duración, que se extendió en el tiempo desde su fecha inicial a finales del siglo XI a. C., su posterior intensificación a lo largo del siglo X y la consolidación definitiva de estas comunidades griegas en todas estas regiones a lo largo de los siglos IX y VIII a. C.

La región del norte fue poblada al parecer por griegos eolios, procedentes quizá de Beocia y Tesalia a juzgar por sus respectivos dialectos. El centro de mayor importancia

fue sin duda la isla de Lesbos. A diferencia de lo que sucedió en la región central de Jonia, las comunidades del norte permanecieron más aisladas y en una relación distante con el pueblo indígena que habitaba la zona, los misios, que apenas mostró interés alguno por la forma de vida griega.

La parte más meridional de la costa fue poblada por elementos de origen dorio quizá en un momento algo posterior a los dos anteriores. Los habitantes indígenas de la zona, los carios, acogieron favorablemente a los recién llegados y llegaron incluso a cohabitar con ellos de forma pacífica en muchas comunidades, como Ceramos y Yasos.

Estos territorios reunían todas las condiciones adecuadas para que la instalación de comunidades griegas como grandes valles de tierra cultivable, encajonados entre montañas, que iban a parar al mar siguiendo el curso de ríos como el Caístro, el Caico y el Meandro. La costa presentaba además buenos fondeaderos que podían servir como puertos y ofrecía además islotes y pequeñas penínsulas que resultaban muy adecuadas como protección y defensa. La región no se hallaba además muy poblada en aquellos tiempos y no existía ningún poder político organizado que pudiera obstaculizar el establecimiento de los griegos. Para colmo, algunos de estos lugares, como Mileto, ya habían sido antes visitados, si es que no habitados de forma regular, por cretenses y micénicos. En sus comienzos, la mayoría de los establecimientos no fueron otra cosa que una serie de aldeas de reducidas dimensiones instaladas en las pequeñas penínsulas que sobresalían de la costa. Un muro defensivo circundaba un conjunto heterogéneo de construcciones que se amontonaban unas contra otras sin ningún orden regular. Un ejemplo de este tipo de comunida-

des es Esmirna, cuyo emplazamiento arcaico ha sido muy bien excavado.

Sobre la relación de estos primeros griegos con los habitantes indígenas de la zona contamos con el dudoso testimonio de una serie de leyendas que han sido transmitidas por historiadores de época tardía. Posiblemente reflejan, aunque de forma ciertamente difusa y distorsionada, un eco de la realidad histórica de aquellos primeros momentos en los que los recién llegados se vieron obligados a compartir espacio vital con los habitantes indígenas de la región. Este podría ser el caso de la anécdota que cuenta Heródoto sobre las mujeres de Mileto, que habían acordado no llamar por su nombre a sus maridos ni sentarse nunca a comer en la mesa con ellos. El motivo de esta decisión tan singular sería el asesinato de sus padres, hermanos y maridos por parte de los griegos cuando se establecieron en la zona. Sin duda, esta anécdota refleja de algún modo las conflictivas relaciones iniciales entre los recién llegados y los indígenas, cuando necesitados los primeros de mujeres tomaron a la fuerza a las indígenas de la región. De hecho, muchas de estas comunidades albergaron poblaciones de carácter mixto, y todavía en pleno siglo V a. C. era posible encontrar griegos de esta región que tenían madres indígenas, como el mismo Heródoto, cuya madre era de origen cario.

Desconocemos en cambio todo lo relativo al desarrollo histórico de estas regiones, ya que las tradiciones conservadas carecen por lo general de validez a causa de su carácter tardío y, en gran medida, ficticio. El estudio de la situación dialectal, ya que fue a lo largo de esta época cuando se constituyó el mapa lingüístico griego que iba a predominar en los tiempos posteriores, solo sirve para establecer criterios de cronología relativa en la situación respectiva de

unos grupos sobre otros, aunque no nos proporciona datos concretos sobre la historia de estas comunidades ya que no contamos con documentos contemporáneos. El testimonio de la arqueología tampoco resulta particularmente esclarecedor en este aspecto, puesto que nos permite conocer algunos elementos de su civilización material o el tamaño y duración de los asentamientos, pero no nos revela los acontecimientos que sucedieron ni nos aporta ninguna luz sobre cuestiones tan importantes como el desarrollo político de estas comunidades nacientes o sobre las fuerzas espirituales que allí se pusieron en marcha.

2.2.4. La invasión doria

Otro de los grandes movimientos de población que hubo durante este período, que ha sido denominado invasión doria resulta, en cambio, todavía mucho más discutible y problemático que los anteriores. La supuesta llegada de los dorios al Peloponeso procedentes del norte habría sido el principal agente de la destrucción del mundo micénico y de la instalación de este colectivo, los dorios, en todas estas regiones a partir de aquellos momentos. La tradición legendaria interpretaba la llegada de los dorios al Peloponeso como el retorno de los Heráclidas, los descendientes de Heracles, en busca del reino del que sus antepasados habían sido expulsados un siglo antes. La distribución dialectal parecía avalar dicha leyenda ya que el dorio era el dialecto generalizado en el Peloponeso y en aquellas áreas a las que emigraron posteriormente. También la tradición que atribuía una determinada distribución tribal similar en todas las comunidades de origen dorio. A estas aparentes certezas

se vino a sumar el testimonio de una arqueología todavía poco precisa que relacionaba directamente la aparición de nuevos artefactos y formas culturales con la presencia de recién llegados desde las regiones del norte. Así se pensaba que algunos cambios decisivos como un determinado tipo de cerámica doméstica bruñida y hecha a mano, una fíbula de bronce en forma de arco de violín, un determinado tipo de espada, el empleo de la cremación, la práctica de enterramientos individuales en tumbas de cista y el conocimiento de la técnica del hierro constituían los signos arqueológicamente visibles de la llegada de los dorios. Sin embargo, un análisis más crítico de nuestras fuentes de información y de las tradiciones legendarias contenidas en ellas y un conocimiento mejor y más preciso de las realidades arqueológicas ha demostrado la fragilidad de esta clase de argumentos.

En primer lugar, la historia de una lengua o un dialecto no tiene por qué coincidir del todo con la del colectivo de gentes que la hablaban. Existe además la posibilidad de que los rasgos lingüísticos que comparten los dialectos griegos sean el resultado del contacto repetido entre hablantes de zonas contiguas geográficamente más que la herencia de un protodialecto hablado en su día en la supuesta madre patria original de los hablantes. Tampoco resultan consistentes los rasgos institucionales atribuidos a los dorios en conjunto, ya que no se atestiguan en todas partes, como por ejemplo Corinto, que era de origen dorio, y la evidencia de estos nombres tribales es de época tardía, raramente anterior al siglo V a. C. La presencia de tribus como base de unidades de carácter político y militar como forma racional de división del cuerpo cívico supone la existencia de comunidades sociopolíticas muy organizadas, una circunstancia difícil de admitir para estos primeros tiempos. Finalmente, el testi-

monio de la arqueología ha demostrado que algunas de las supuestas innovaciones, como la cerámica hecha a mano, la fíbula, la espada o la inhumación individual en tumba de cista, aparecen ya atestiguadas en el mundo micénico con anterioridad a la época de las destrucciones. Otras como el uso de la cremación aparece curiosamente mejor atestiguada en las regiones jonias como el Ática y Eubea que en el Peloponeso dorio, y la tecnología del hierro que no se empezó a difundir hasta el siglo XI a. C. tuvo su origen en el Próximo Oriente a través de Chipre más que en las regiones situadas al norte de los Balcanes. La secuela de destrucciones afectó además a otros muchos lugares como la isla de Paros, que nunca fue habitada por los dorios. Por su parte, la zona de llegada de los supuestos invasores, como Laconia, sede de la futura Esparta, y Mesenia, presentan a lo largo de los siglos XII y XI a. C. un cuadro de agudo declive en el número de enclaves arqueológicamente identificables, lo que sugiere un abandono masivo de ellos más que la llegada de nuevos contingentes de población. Solo en el curso del siglo X a. C. se encuentran indicios de la llegada de nuevos habitantes a Esparta y Corinto, pero las afinidades estilísticas de su cerámica son con las áreas griegas más occidentales de Acaya, Élide y Etolia, más que con la Grecia septentrional o central, de la que habrían provenido los dorios. La continuidad y duración de la tradición literaria acerca de la invasión doria, que ya parece haber existido en época arcaica, tampoco demuestra su existencia casi cuatro siglos antes y parece más bien el producto final de un proceso acumulativo de tradiciones originalmente independientes entre sí que pretendía establecer una identidad común para un conjunto de comunidades muy diversas en su origen.

2.2.5. Los poemas homéricos y la historia

Uno de los problemas más debatidos entre los estudiosos es la validez histórica de los poemas homéricos, la *Ilíada* y la *Odisea,* para ser utilizados como fuente de información histórica. Dada la naturaleza tradicional de la poesía épica, que constituye el resultado de un largo proceso de transmisión oral que podría remontar hasta el período micénico, y su puesta por escrito en algún momento de la segunda mitad del siglo VIII a. C., que sería la época del poeta que los compuso, se ha propuesto que el mundo que aparece plasmado en los poemas podría reflejar elementos históricos de cada uno de los períodos por los que dicha tradición fue circulando, desde sus inicios en el mundo micénico hasta el comienzo de la época arcaica, pasando por la denominada Edad Oscura.

Se ha sugerido así la posibilidad de que algunos elementos muy antiguos que aparecen en los poemas puedan evocar algunas realidades del mundo micénico, como el esplendor de algunos palacios, el rito de la inhumación o la existencia de grandes escudos. Sin embargo, el mundo micénico, tal y como lo conocemos a través del testimonio de las tablillas, con su elevado nivel de organización y estructuración, no tiene nada que ver con el que aparece retratado en los poemas homéricos.

El historiador norteamericano Moses Finley propuso en su día identificar la sociedad que aparece retratada en los poemas, particularmente en la *Odisea,* con una parte de la denominada Edad Oscura, la que correspondería a los siglos X y IX a. C. Sus argumentos principales eran la ausencia casi completa de la polis en los poemas y el hecho de que algunos rasgos como el énfasis en los trípodes y calderos de

bronce, la práctica de la cremación y el monopolio comercial de los fenicios retrotraían hasta dichas fechas, la datación más factible del mundo descrito en ellos. Sin embargo, tales argumentos apenas resultan hoy convincentes, ya que algunos rasgos de la polis aparecen apuntados ya en los poemas y los trípodes y calderos de bronce o la cremación continuaron en uso en tiempos posteriores. La *Odisea* describe un mundo dominado por reyezuelos y nobles que poseían las mejores tierras y los mejores rebaños, habitaban en mansiones señoriales y dedicaban su tiempo a la práctica de la piratería o a realizar incursiones en busca de botín. Un mundo, en definitiva, que pivotaba en torno al *oíkos* (la casa señorial con sus tierras y las gentes que dependían de ella) como centro de poder y origen de todas las iniciativas y actividades sociales y económicas. Sin embargo, ignoramos hasta qué punto el cuadro descrito se corresponde con la sociedad de aquellos momentos ante la falta de otros testimonios que lo corroboren.

Se ha querido detectar también la presencia de algunos elementos que reflejarían aspectos de la vida cotidiana de los tiempos del poeta, como los símiles y las comparaciones que ilustran determinadas situaciones. A través de ellos percibiríamos aspectos de la naturaleza que resultaban familiares, ecos de algunas costumbres de las gentes comunes o determinados rasgos que caracterizaban a los nuevos tiempos como el uso del hierro o la práctica de la pesca. Dado que en el mundo de los héroes predominaba claramente el uso del bronce y se consumía carne en las comidas, los símiles se convertirían en una forma de establecer un nexo de unión entre un mundo y otro, el de los héroes y el de las gentes comunes, el de la ficción poética y el de la realidad más prosaica, como cuando se utiliza la imagen

de bandadas de moscas que sobrevuelan sobre los cántaros rebosantes de leche en los establos para dar una idea visual del avance de las tropas griegas hacia Troya.

Sin embargo, lo cierto es que el mundo o la sociedad descritos en los poemas no se corresponden de manera estricta con ninguno de los períodos históricos mencionados. El poeta describe una época heroica, distante y lejana del mundo contemporáneo del auditorio al que iban destinados. Sus personajes pertenecen a una época remota, son de una estatura y condición muy superior a los mortales corrientes y se hallan cercanos a los dioses que se entremezclan frecuentemente en la acción. Las hazañas realizadas por ellos pertenecen también a un pasado remoto.

Sin embargo, no se trata de un mundo completamente ficticio, inventado por el poeta a partir de la nada. Las instituciones y la mentalidad que reflejan debieron de resultar familiares tanto al poeta como a su auditorio, ya que solo así podían adquirir sentido para sus contemporáneos, de la segunda mitad del siglo VIII a. C., que era quien a fin de cuentas validaba la veracidad y autoridad del poeta y su relato. La sociedad descrita en los poemas debía ajustarse así de alguna manera a las realidades y expectativas de su público presentándole un cuadro que resultara coherente y asumible desde la perspectiva política, social o económica de su propia realidad contemporánea. De todas formas, el poeta intentaba imponer un efecto de distancia épica que marcaba claramente la separación entre el mundo descrito en los poemas y el de su auditorio. Esta tendencia arcaizante se aprecia ya en la propia lengua de los poemas, que es una forma de griego artificial que nunca se habló en ninguna parte del mundo griego. Era el resultado final de un largo proceso en el curso del cual se habían ido acumulando for-

mas dialectales diferentes, formas arcaicas junto a otras más evolucionadas e incluso formas completamente artificiales surgidas por las exigencias de la métrica. Este mismo efecto distanciador explica también la naturaleza extraordinaria de sus principales protagonistas a la que nos hemos referido antes. Algo similar sucede con muchos de los objetos y materiales que aparecen en el curso del relato. Algunos de ellos resultan efectivamente arcaicos como el yelmo hecho de colmillos de jabalí, las armas de bronce o el uso del carro en la guerra. Otros son fruto de la pura invención como algunos objetos extraordinarios como el escudo de Aquiles que había elaborado el dios Hefesto a petición de la madre del héroe. La presencia de seres extraordinarios como monstruos, ríos y caballos que hablan contribuía también a destacar este efecto distanciador entre el relato y el mundo real.

La yuxtaposición de elementos que caracteriza a los poemas puede apreciarse en un aspecto tan importante como la forma de combate. Aunque la forma habitual de combate entre los héroes era el enfrentamiento individual cuerpo a cuerpo en el que primaba sobre todo el propio valor y el apoyo de la divinidad, nos encontramos en algunos pasajes con alguna escena en la que aparece reflejada una nueva táctica mucho menos individualista y de carácter más corporativo, en la que el factor fundamental era el mantenimiento de la disciplina y el orden compacto de la fila de guerreros que se apoyaban mutuamente con sus pequeños escudos.

La arqueología también parece haber aportado su contribución a resaltar el contenido histórico de los poemas si juzgamos por los hallazgos de Schliemann en la ciudadela de Micenas, que demostraron la plena justificación de los

calificativos épicos empleados en los poemas para referirse a la ciudad de Agamenón como «la rica en oro». Los hallazgos arqueológicos han confirmado también la existencia de algunos objetos más sorprendentes, como el casco de cuero recubierto de dientes de jabalí que llevaba Odiseo, el enorme escudo de Áyax hecho con siete pieles de buey recubiertas de una capa de bronce, o, incluso, la famosa copa de Néstor que estaba adornada con clavos de oro y tenía dos palomas en sus bordes. Se trataba en todo caso de objetos de carácter excepcional cuya rareza se fue acentuando con el paso del tiempo. Su desaparición contribuyó a promover todavía más su recuerdo esplendoroso y lo mantuvo vivo entre las nuevas generaciones que ya no habían tenido la oportunidad de contemplarlos. Algo similar debió de suceder con ciertas técnicas artesanales como la incrustación en metales o con algún tipo de adornos arquitectónicos como los que se han encontrado en las tumbas de Micenas y en el palacio de Tirinto. Los *aedos* trasladaron la presencia de tales objetos desde el ámbito cotidiano en el que habían existido al de lo maravilloso. El poeta, ajeno por completo a las preocupaciones de carácter histórico, se limitaba solo a embellecer su mundo fantástico con todos los medios a su alcance. Algunos podían haber existido de verdad, aunque fuera en los estratos más antiguos del largo proceso de composición oral, otros, en cambio, eran solo el resultado de la exageración poética habitual, que tendía a magnificar las cosas por naturaleza, o de la simple inventiva del poeta. El ejemplo más sobresaliente es quizá el mencionado escudo de Aquiles, fabricado por el dios Hefesto, en cuya superficie se hallaba representado todo el universo. Resulta difícil imaginar que algún día podamos encontrar un objeto semejante.

Sea como fuere, lo que parece indiscutible es la existencia de un cierto sentido histórico en los poemas, tal y como revelan el extremo cuidado puesto en la correcta sucesión de las distintas generaciones de héroes o el encadenamiento causal que domina el desenvolvimiento de la acción, en un esquema lógico en el que unos acontecimientos son la causa inmediata de los que suceden con posterioridad. Esta conciencia histórica *avant la lettre,* es decir antes de que aquella emergiera como tal con los primeros historiadores, constituye un fenómeno específicamente griego. Ciertamente, dicha perspectiva histórica no es algo frecuente en otras tradiciones épicas en las que predominan claramente los elementos fantásticos y sobrenaturales.

Con todos sus condicionantes y limitaciones, los poemas homéricos nos permiten percibir un tipo de realidad histórica que va más allá de la referencia específica a determinados acontecimientos o del reflejo puntual de ciertas instituciones. En la *Ilíada* ha quedado reflejado todo un código de valores heroicos, punto central de toda la ética aristocrática que estuvo vigente a lo largo de toda la época arcaica y durante buena parte de los períodos posteriores. De acuerdo con este código, el objetivo vital era la consecución de la *areté* (la excelencia en todos los terrenos, que implicaba la superioridad sobre los demás). También se concedía la máxima importancia a la *dóxa* (la opinión social) que derivaba del continuo ejercicio y exhibición de estas cualidades. Esta ética de carácter esencialmente aristocrático imperaba de forma clara en todas las manifestaciones vitales, desde la demostración del valor supremo en el momento del combate, que llevaba a preferir la muerte a la deshonra que significaba la derrota, hasta escenarios más lúdicos pero no menos fundamentales en la escala de valores como era la

práctica de las competiciones deportivas. Esta mentalidad de carácter esencialmente agonístico (competitivo), que será la característica definitoria de toda la cultura griega y marcará especialmente el modo de vida y comportamiento de sus elites, se encuentra expresada a modo de paradigma ejemplar en los poemas homéricos.

La *Odisea,* por su parte, nos permite vislumbrar el conjunto de experiencias, emociones y actitudes mentales que caracterizaron los últimos tiempos de la denominada Edad Oscura y los primeros momentos de la Edad Arcaica. La frecuencia de las navegaciones a ultramar con fines comerciales o simplemente en busca de mejores condiciones de vida puso a los griegos en contacto con nuevos horizontes geográficos y pueblos desconocidos que contribuyeron, sin duda, a estimular la imaginación y suscitaron entre sus protagonistas directos una serie de tensiones, temores y expectativas. La mayoría de los viajes de exploración discurrió seguramente por rutas bien conocidas, pero algunos de ellos se adentraron en espacios menos conocidos con toda la carga de aventuras y peligros que comportaban. Los expedicionarios llegaban a tierras desconocidas después de una azarosa navegación de cabotaje, expuestos a los caprichos del mar y a los temores que despertaban las tormentas, los animales marinos o la actitud hostil de los indígenas. Un tipo de experiencias que podemos encontrar reflejadas en la *Odisea,* pero recreado ahora de forma poética y trasladado a un universo mítico en el que predominan los elementos de carácter mágico y sobrenatural.

Los viajes de Odiseo no constituyen, por tanto, la traducción poética de un acontecimiento histórico determinado ni sus diferentes episodios pueden ser situados dentro de un mapa real aun con ciertas licencias poéticas. El escenario de

sus hazañas no fue, efectivamente, ni las regiones del Mediterráneo occidental, como sugería Estrabón, ni el espacio desconocido del océano exterior, tal y como propuso Crates de Malos, que han sido posteriormente secundados en esta dirección por aventureros modernos con mayores o menores conocimientos tales como Victor Bérard, Timoty Severin o Ernle Bradford. Los viajes de Odiseo transcurren en un ámbito mítico, un espacio puramente imaginario a cuya configuración contribuyeron de forma decisiva los cuentos de marinos, algunos elementos del folclore popular o las leyendas que circulaban por entonces en boca de los propios *aedos*. Sin embargo, algunos ingredientes extraídos de la realidad histórica desempeñaron también su papel en este proceso de elaboración poética, si bien resultan prácticamente imposibles de identificar. El mundo descrito en los poemas homéricos constituye así en el fondo una especie de mundo imaginario que no podemos situar en un espacio o tiempo determinados.

2.3. Las fuentes

2.3.1. Las tablillas micénicas

La única documentación escrita de que disponemos acerca de los reinos micénicos son las tablillas de arcilla encontradas en algunos de los complejos palaciales excavados, particularmente en Cnosos, Tebas y Pilos. Estas tablillas están escritas en un silabario derivado del empleado en Creta al que se denominó Lineal B. Como demostró en su día el arquitecto británico Michael Ventris, dicho sistema transcribía una forma de griego arcaico. Era una forma de escritura

completamente inadecuada para representar gráficamente una lengua como el griego con un sistema vocálico tan rico que solo fue utilizada con fines burocráticos, como el de facilitar la contabilidad de un sistema tan complejo como el que regía en los centros de poder micénicos. Las tablillas conservadas corresponden tan solo al último año de las anotaciones y registros de las respectivas administraciones micénicas, ya que habitualmente eran reutilizadas de nuevo una vez que se había concluido el ciclo de producción. El incendio que destruyó los complejos palaciales y los edificios que las albergaban coció el barro blando del que estaban hechas y las convirtió en un testimonio prácticamente imborrable que ha perdurado hasta nosotros. Las tablillas contienen sobre todo diferentes clases de listas de personas, materiales y objetos, así como nombres de divinidades a las que se asignan determinados bienes en el complejo sistema de redistribución micénico. También se encuentran diferentes nombres y denominaciones de los oficiales que llevaban a cabo las órdenes y acciones que aparecen reseñadas en ellas. Nos permiten apreciar el elevado nivel de control que había en estos reinos, la enorme movilidad de bienes y personas a través del sistema de redistribución que se gestionaba desde el centro de poder correspondiente, o la compleja jerarquización de sus clases dirigentes y de sus funcionarios. Gracias a ellas, también conocemos algunos de los nombres de sus divinidades o la importancia decisiva de determinados productos como el bronce y los objetos de lujo que afluían constantemente de las rutas comerciales que controlaban. En algunos casos conocemos también la procedencia o el destino de algunas gentes y productos como las esclavas originarias de Asia Menor o la presencia de materias primas procedentes de Oriente gracias al voca-

bulario específico con el que se las designa. No contienen, en cambio, ninguna mención de los acontecimientos o de los protagonistas principales que en ellos intervinieron. La historia del mundo micénico queda así sumida en medio del anonimato, ya que desconocemos por completo los nombres propios de sus reyes, las batallas libradas contra sus enemigos o las alianzas y pactos que establecieron con sus vecinos más próximos, como los cretenses o los hititas, o sus enemigos más lejanos.

2.3.2. Los griegos y el pasado

La relación de los griegos con el pasado no era exactamente igual que la nuestra. En primer lugar, no establecían diferencia alguna entre lo que nosotros denominamos mito y la historia propiamente dicha, ya que uno y otra conformaban en conjunto la existencia de la humanidad. Las hazañas de los héroes que aparecen reflejadas en los relatos míticos se situaban en un pasado remoto que había dejado además sus huellas materiales visibles en el paisaje y la naturaleza, bien en forma de restos de tumbas monumentales (que actualmente identificamos con antiguos *thóloi* micénicos), grandes fortificaciones como las de Micenas, bien en determinados rasgos físicos de montañas, bosques, ríos o promontorios costeros que habían sido escenario de algunos de los episodios fundamentales de la vida de aquellos lejanos antepasados. El hallazgo casual de algunos objetos excepcionales como antiguos sellos con sus correspondientes representaciones, armas u otro tipo de adornos personales constituía también una prueba material de la existencia de aquellos tiempos y del carácter excepcional de los individuos que los

habían poseído o utilizado. La conciencia de la existencia de una edad heroica entre los griegos se pone de manifiesto en el famoso esquema de la sucesión de las edades asociadas a los metales, oro, plata, bronce y hierro, que era de origen oriental y aparece descrita en la poesía de Hesíodo (véase más adelante). El poeta se vio obligado a insertar esta edad heroica dentro de este esquema inmediatamente antes de la que le había tocado vivir.

Ordenaban el mundo a través de la sucesión de las distintas generaciones, convirtiendo así a la genealogía en el instrumento principal para explicar el desarrollo de la historia y la relación con otros pueblos y culturas, que quedaban integrados a través de este procedimiento dentro de su propio esquema de las cosas. Esta sucesión se aplicaba también a los antiguos héroes, ya que no todos ellos habían sido contemporáneos, tal y como podemos apreciar en el relato sobre la guerra de Troya, que habría sufrido al menos dos ataques diferentes por parte de los griegos. El primero fue encabezado por Heracles y antecedió varias generaciones al conducido por Agamenón, que constituyó el tema favorito de los poemas épicos. Calculaban la duración de cada generación en torno a los treinta o cuarenta años, un sistema que situaba acontecimientos como la guerra de Troya en el año 1184 a. C. en su traducción correspondiente al cómputo cronológico moderno. Hay que recordar que no existía ninguna forma de calendario universalmente aceptado entre los griegos y que cada comunidad utilizaba sus propios criterios a la hora de datar acontecimientos, como listas de magistrados o de sacerdotes de un culto importante. Esta afición a las listas, como la de los vencedores en los juegos olímpicos confeccionada por Hipias en el siglo V a. C. y la conservación parcial de algunas inscripciones en las que se

hallaban grabadas, como la *Crónica de Lindos* o la lista de los arcontes atenienses, facilitó la tarea a todos aquellos que ya en la propia Antigüedad trataron de establecer una cronología común que sirviera de marco a toda la historia griega. Esa fue la labor de Eratóstenes primero, en el siglo III a. C., y más tarde de Eusebio de Cesarea, un obispo del siglo IV d. C. que compiló una serie de tablas cronológicas a partir del intento de sincronización de diferentes documentos a los que había tenido acceso. Las imprecisiones y los errores habidos en el curso de la transmisión hasta nuestros días nos impiden conocer con exactitud las fechas de la mayor parte de los acontecimientos de la historia griega que deben ser así datados de forma imprecisa y aproximada. La ausencia de archivos reales con sus listas de monarcas y acontecimientos destacados, como los que se encuentran en las culturas del Próximo Oriente, ha contribuido también a esta circunstancia.

Los griegos ignoraban la historia de su pasado más remoto debido a la ausencia de fuentes de información fiables. Sin embargo, la imperante necesidad de explicar el estado actual de las cosas con relación al pasado les conducía a inventar nexos de unión ficticios a través de secuencias genealógicas que no tenían fundamento real alguno o estaban basadas en falsas etimologías o parecidos casuales entre diferentes términos. El héroe Perseo fue así considerado el antepasado de los persas tan solo por la aparente similitud del término, al igual, seguramente, que los reyes macedonios se hacían descender de Argos a través del parecido del nombre de la ciudad con el de su dinastía, Argéadas. La necesidad de encontrar antecesores ilustres forzó también a muchas ciudades griegas a inventar falsos orígenes que entroncasen con los principales ciclos míticos griegos como el

de Heracles, creando así leyendas de fundación completamente ficticias. Este mismo procedimiento genealógico se utilizó también para establecer una relación directa con los antiguos héroes por parte de las elites dirigentes como forma de legitimar su posición privilegiada dentro de la sociedad y para explicar el origen de los pueblos no griegos con los que fueron entrando en contacto e integrarlos dentro de su esquema de explicación histórico. Vemos así aparecer dentro de la genealogía griega nombres como Belo, Egipto o Fénix que explicaban el origen y el lugar dentro de la historia de pueblos como los babilonios, los egipcios o los fenicios. El horror al vacío y la necesidad de completar un marco temporal claro a través de la sucesión de las distintas generaciones resultaron así determinantes a la hora de crear nombres y personajes sin historia (dentro de los ciclos míticos griegos) que únicamente tenían la función de proporcionar una imagen tranquilizadora y asumible de un pasado lejano y desconocido. Esto explica la importancia y vitalidad de las tradiciones míticas a lo largo de toda la historia griega.

2.3.3. Los poemas homéricos

Los poemas homéricos, la *Ilíada* y la *Odisea,* constituyen el único testimonio escrito que podría ser utilizado para la historia de este período. Sin embargo, no son una fuente de información histórica en el sentido estricto del término, al menos tal y como la entendemos en la actualidad. Los poemas homéricos pertenecen por completo al género de la poesía épica, una poesía de carácter tradicional que fue transmitida mediante recitación oral en un largo proceso que po-

dría remontar incluso hasta el período micénico. Los *aedos* (cantores) eran los encargados de su recitación ante un auditorio. Constituían una de las pocas profesiones especializadas reconocidas socialmente en la sociedad antigua, junto con el adivino, el médico o el artesano. Disfrutaban de un estatus particular dentro de la comunidad, ya que poseían el don divino de evocar mediante la memoria las grandes hazañas del pasado y educaban y alegraban con su relato la mente y el corazón de las gentes. Su inspiración procedía de las Musas, las divinidades que poseían el prodigioso don de la memoria, que hablaban a través del poeta y transmitían de esta forma la sabiduría divina a los hombres, tal y como se destaca en un momento dado de la recitación:

> Decidme ahora, Musas, dueñas de olímpicas moradas,
> pues vosotras sois diosas, estáis presentes y lo sabéis todo,
> mientras que nosotros solo oímos la fama y no sabemos nada,
> quiénes eran los príncipes y los caudillos de los dánaos.
> El grueso de las tropas yo no podría enumerarlo ni nombrarlo,
> ni aunque tuviera diez lenguas y diez bocas,
> voz inquebrantable y un broncíneo corazón en mi interior,
> si las olímpicas Musas, de Zeus, portador de la égida,
> hijas, no recordaran a cuantos llegaron al pie de Ilio.

Los *aedos* no eran, sin embargo, meros transmisores del saber divino, sino que podían ampliar o modificar el relato tradicional transmitido hasta esos momentos gracias a la posesión de ciertas habilidades técnicas como su extraordinaria capacidad memorística y una serie de recursos que les ayudaban a desarrollar su relato. Cada recitación constituía así una nueva versión final del poema que a su vez sería modificada sucesivamente por otros *aedos* posteriores en fun-

ción de las expectativas y deseos de su auditorio. Algunos de estos recursos los conocemos hoy mejor tras los estudios realizados por el investigador americano Milman Parry a mediados del siglo XX en el área de los Balcanes, donde todavía subsistía un tipo de sociedad tradicional en la que predominaba la oralidad. Quizá el más importante era el uso de *fórmulas,* un conjunto de palabras que estaban estrechamente asociadas entre sí y a una cierta estructura de carácter rítmico que resultaban fáciles de memorizar. Expresaban una idea esencial para definir acciones, tierras, ciudades o personajes.

Otro recurso eran las denominadas *escenas típicas,* que se repetían constantemente a lo largo del poema, como la celebración de sacrificios, los banquetes, la despedida del guerrero, o certámenes funerarios en honor del héroe caído. Había también una serie de temas recurrentes como aquellas acciones o atributos que era posible aplicar a cualquier héroe de los que protagonizaban los poemas, tales como su lealtad a los compañeros, su valor en las acciones de guerra o su confianza en la protección divina.

Ciertamente, los poemas orales balcánicos estudiados por Parry no poseían las dimensiones monumentales de la *Ilíada* o la *Odisea* ni su elevada calidad artística, pero nos permiten entender mejor las posibilidades que tenían estos *aedos* especializados en un tiempo en el que la escritura todavía no se había desarrollado plenamente.

Desde la Antigüedad se atribuyó la autoría de los poemas a un tal Homero a pesar de las numerosas incertidumbres que todavía planean sobre la existencia de un poeta con este nombre. Es probable que en el estadio final del proceso de composición épica resultase decisiva la intervención creativa de uno o varios poetas, capaces de componer y reagrupar

alrededor de un único tema una serie de episodios que circulaban anteriormente por separado, tras unirlos mediante los encadenamientos lógicos y dramáticos. Sin embargo, no podemos dilucidar la cuestión de manera definitiva.

Existe de hecho un amplio debate acerca de la autoría concreta de los poemas que comenzó en el siglo XVIII, con el planteamiento de la denominada *cuestión homérica* por el estudioso alemán Friedrich Wolf, que abogaba por una autoría múltiple de los poemas. Esta escuela denominada analista propugnaba la unificación final en un poema mayor de unidades más breves que habrían existido con anterioridad de forma independiente, o bien la ampliación progresiva de un poema inicial de extensión más reducida.

Otra escuela, denominada unitaria, atribuía, en cambio, los poemas a un único autor y explicaba los aparentes fallos que se detectan en ellos, como algunas incoherencias, repeticiones o contradicciones, como el resultado inevitable de las diferentes etapas creativas o de la evolución personal de su autor.

Una tercera escuela, denominada neoanalista, ha tratado de aproximar ambas posturas y ha reconocido en los poemas el resultado de las diferentes etapas de un largo proceso de creación oral y la intervención decisiva de un solo poeta que les habría dado la forma definitiva. Este poeta, quizá llamado Homero, habría demostrado su maestría en el dominio de los recursos técnicos a su alcance y habría aportado además una concepción grandiosa a todo el conjunto.

El tema central de la *Ilíada* es la cólera de Aquiles, tal y como se anuncia en el primer verso del poema. No narra la guerra de Troya a pesar del título, que se le dio con posterioridad a la propia composición de la obra. Los acontecimientos narrados tienen lugar en algunos días del penúltimo año de la guerra, el noveno, aunque existen alusiones

al conflicto como tal en algunos episodios determinados como la descripción detallada de las fuerzas griegas en el canto segundo (el llamado *Catálogo de las naves)* o la enumeración que hace Helena de los principales caudillos griegos desde las murallas de la ciudad asediada. Las acciones se suceden de acuerdo con una concepción de conjunto que no olvida nunca su tema principal, la cólera de Aquiles, primero contra Agamenón por haberle arrebatado una de sus esclavas favoritas, y más tarde contra Héctor por haber dado muerte a su compañero Patroclo. Las escenas de batalla se combinan con las asambleas de los dioses, en las que se toman las decisiones clave que afectan al desarrollo de los acontecimientos. Estas intervenciones divinas sirven para acentuar el encadenamiento entre las diferentes partes de la acción y ponen de relieve el sentido trágico de todo el conjunto, ya que se cumple de forma inexorable lo decretado por el destino. En medio, una serie de gestos y emociones profundamente humanas que sirven para subrayar el aspecto humano de los personajes y su limitada capacidad de elección en un universo en el que priman los designios divinos y la presión colectiva de la comunidad.

La *Odisea* tiene como tema central el accidentado regreso del héroe, Ulises u Odiseo, a su patria tras el final de la guerra. Se trata de una obra diferente de la *Ilíada*. Además del tema troyano, encontramos un relato de viaje fabuloso por mares desconocidos y el tema de la venganza de Ulises sobre los pretendientes que asediaban a su esposa durante su ausencia. La narración combina hábilmente diferentes escenarios y perspectivas. Nos encontramos con la evocación personal del protagonista y con el relato en tercera persona de los distintos acontecimientos que se van sucediendo entre tanto en la patria del héroe. El tono heroico

del relato resulta también menos elevado que en la *Ilíada*. Odiseo solo cuenta con la ayuda de su hijo Telémaco, que prepara su regreso al hogar, y de la diosa Atenea, que le secunda en todas sus aventuras. El protagonista es además un tipo diferente de héroe, más moderno que Aquiles y en consonancia con el espíritu de una nueva época. Acosado por dificultades de todas clases, las va superando con astucia, paciencia y entereza, y demuestra además una enorme confianza en sus posibilidades.

Los poemas homéricos constituyen un fenómeno cultural de carácter excepcional dentro de la civilización griega, ya que su papel dentro de ella solo puede compararse con el que desempeñó la Biblia dentro de la cultura judaica, a pesar de tratarse de dos casos bien diferenciados debido al carácter sagrado de esta última. Casi desde el mismo momento de su creación se convirtieron en el modelo de la educación cívica y moral de los griegos y en un punto de referencia inevitable a la hora de tratar y dirimir todo tipo de cuestiones, como la posición preeminente de una ciudad o su derecho a un territorio determinado.

2.3.4. La cerámica geométrica

Otro de los testimonios que se han utilizado para el estudio de la parte final de todo este período es la cerámica llamada geométrica que se produjo en lugares como la Argólide, Eubea o Creta, pero alcanzó su desarrollo más espectacular en Atenas. Esta denominación procede de la forma de decoración predominante de carácter geométrico con la que se decoraban las paredes de estos vasos. La cerámica geométrica no constituye un fenómeno casual o repentino, sino

que representa la culminación de un largo proceso de desarrollo que se había iniciado con la cerámica submicénica, continuó después con la denominada protogeométrica, para culminar finalmente en la geométrica. La mayoría de las formas de los vasos se mantuvo con algunas ligeras innovaciones de carácter técnico. Los cambios afectaron sobre todo al estilo decorativo y a la mejor calidad de su factura. El empleo del torno de alfarero, más rápido, facilitó la producción de formas más esbeltas y mejor terminadas. Los círculos y semicírculos que predominaban en la decoración de la fase protogeométrica fueron sustituidos por una enorme abundancia de meandros, zigzags y otros motivos de carácter geométrico que se disponían en bandas a lo ancho de la superficie del vaso. Un rasgo fundamental de este nuevo sistema decorativo era el contraste entre el claro y la sombra. Sin embargo, al lado de estos vasos de decoración geométrica exclusiva se desarrollaron otros en cuya decoración predominaban las figuras de animales como caballos, cabras y ciervos. Sin embargo, poco antes del 750 a. C. comenzó a emerger un nuevo estilo en el que la figura humana, aunque fuera de forma estilizada y trazada a silueta, empieza a adquirir un destacado protagonismo. Por lo general, el esquema básico consistía en una cabeza de perfil con un torso frontal de forma triangular del que sobresalían los brazos y las piernas. Por primera vez, el ornamento geométrico central deja paso a una amplia escena figurada, la denominada *próthesis* en la que el cadáver del difunto yace sobre su ataúd rodeado de gentes que se lamentan. En la parte baja se representa un friso continuo con una escena de batalla en la que intervienen naves, si bien da la impresión de que se encuentran varadas junto a la costa. Todo ello aparece en una crátera datable hacia el 770 a. C. que

hoy se encuentra en el Museo Metropolitano de Nueva York. Poco después, al inicio de la fase llamada del Geométrica tardío surge la que se ha considerado la primera personalidad del arte ateniense. Se le denomina el Maestro de Dipilón porque la mayoría de las obras que se le atribuyen se han encontrado en este cementerio ateniense. Realizó cráteras y ánforas de carácter monumental para satisfacer la demanda de sus clientes aristocráticos que utilizaban dichos vasos como marcadores de sus tumbas. Sus clientes eran tanto hombres como mujeres, ya que mientras las cráteras eran los monumentos funerarios adecuados para los hombres con escenas de procesiones de carros, desfile de guerreros y escenas de batalla acompañando al tema de la *próthesis* central, las ánforas estaban destinadas a las mujeres y en ellas la escena central de la *próthesis* aparecería a veces acompañada por frisos de animales como ciervos o cabras. El Maestro de Dipilón encontró así una forma de expresar cualquier tipo de actividad humana a pesar de que no contaba con ninguna tradición de pintura figurada anterior en la que basar su obra. Se ha suscitado la cuestión acerca de si estas escenas de guerra poseen un carácter estereotipado que las haría aplicables a cualquier acontecimiento de esta clase que hubiera podido tener lugar en aquel momento, o si retratan más bien un episodio concreto asociado a los ciclos míticos griegos que circulaban ya por aquel entonces. Se ha sugerido así la posibilidad de que en un fragmento de una crátera con pedestal conservada en el Louvre pueda haberse representado una escena de *aristeía* (acto valeroso de guerra) correspondiente al ciclo de Néstor, el anciano rey de Pilos que aparece en la *Ilíada,* que en su juventud habría combatido contra dos individuos cuyos cuerpos se hallaban unidos entre sí. La escena cobraría sen-

tido si tenemos en cuenta que una de las familias aristocráticas más destacadas de Atenas era la de los Neleidas, que proclamaban su descendía de tan ilustre antepasado. Existen otras escenas que presentan el mismo dilema, ya que si bien algunos indicios apuntan hacia la representación de un episodio mítico concreto, como el naufragio de Odiseo o la historia de Teseo y Ariadna, también es posible que se trate tan solo de escenas de género una vez que han sido imitadas y distorsionadas en sus detalles en otras obras posteriores que no ofrecen ya ninguna clave de lectura en esta dirección.

La mayoría de estas ánforas fue realizada por un grupo reducido de artesanos para el consumo de un círculo también reducido de familias atenienses. En ellas aparecen reflejados, por tanto, los intereses y las preocupaciones que afectaban a este grupo social privilegiado de la sociedad ática de aquel tiempo. Constituyen de esta forma un testimonio importante para el historiador acerca de la mentalidad e incluso de las formas de vida de aquella sociedad.

La cerámica geométrica de otros lugares como Argos presenta también escenas figuradas como el domador de caballos u otros aspectos relacionados con la vida de este animal de prestigio aristocrático. Esa misma temática aparece en la cerámica de Eubea, como podemos comprobar en la crátera ovoide denominada Cesnola a partir del nombre de su descubridor, que fue encontrada en Chipre. Datada hacia el 750 a. C., presenta también motivos relacionados con el caballo, comiendo en el pesebre o en el campo, si bien se añade una escena de clara influencia oriental como la del árbol de la vida flanqueado por animales de forma heráldica. Tanto en Eubea como la Argólide los temas de las escenas figuradas están estrechamente relacionados con los intere-

ses mundanos de sus patrones, aficionados a la cría de caballos como un objeto de prestigio. La tradición cretense resulta, en cambio, algo diferente, ya que poseían dos fuentes de inspiración que no estaban al alcance de otros lugares como la tradición minoica anterior y el influjo temprano de las culturas orientales, dada la presencia de artesanos del metal en la isla que han dejado sus huellas evidentes en algunos objetos suntuarios como los famosos escudos de la cueva del Ida.

La gran difusión del estilo geométrico por otras regiones griegas, especialmente la Argólide, Beocia y Corinto, que son limítrofes del Ática, ilustra claramente la importancia de las exportaciones atenienses y su poderosa influencia sobre el resto de los talleres.

2.3.5. ¿Un período sin historia?

El estudio del período que siguió a la destrucción final de los reinos micénicos, desde finales del 1200 hasta el siglo IX a. C., casi cuatrocientos años, resulta especialmente complicado para el historiador a causa de la exasperante escasez de fuentes de información. La ausencia total de textos escritos, a excepción de los poemas homéricos, que pertenecen como tales a la última fase del período, nos impide contar con una narración de los acontecimientos de este largo período o conocer los nombres y acciones de sus principales protagonistas. Tampoco tenemos referencias fragmentarias o alusiones de carácter indirecto procedentes de las fuentes orientales. La existencia de una «comunidad internacional» en la cuenca oriental del Mediterráneo, bien comunicada entre sí a través de la diplomacia y el comercio, que

caracterizó al inicio de la segunda mitad del segundo milenio a. C., se vio bruscamente interrumpida por el período de disturbios y destrucciones que se inició en el siglo XII a. C. en toda esta zona y que afectó de forma particular a la cuenca egea. Esta interrupción de los contactos dejó parcialmente aisladas a la mayoría de las regiones del mundo griego, que se vio así obligado a reiniciar un largo proceso de aprendizaje a partir de los escasos cimientos que habían quedado de la época anterior.

Ante la ausencia completa de fuentes escritas, el único recurso con que contamos es el testimonio de la arqueología, a pesar de los numerosos problemas de toda índole que comporta. Los objetos son mudos por definición, ya que somos nosotros quienes debemos extraer de ellos la información pertinente mediante las deducciones e inferencias correspondientes. Solo series de objetos, continuas y bien catalogadas como la cerámica, nos permiten establecer las líneas generales de la sucesión cronológica de toda esta época. Sin embargo, la gran dispersión de los emplazamientos excavados y la relativa pobreza de los hallazgos materiales hicieron pensar en una precariedad generalizada como característica definitoria de todo este período. La arquitectura en piedra desapareció casi por completo y, por tanto, apenas han quedado restos de edificaciones de carácter monumental. Las artes figurativas presentan una gran austeridad decorativa. El patrimonio iconográfico se reduce a motivos lineales y geométricos dentro de un repertorio artístico muy limitado del que la figura humana casi ha desaparecido por completo.

Existen, sin embargo, algunas excepciones dentro de este desolador panorama. Algunos lugares presentan una estratificación continuada desde el final del mundo micénico

hasta el siglo VIII a. C. y han sido objeto de una cuidada excavación. La prospección arqueológica ha contribuido también a aumentar considerablemente nuestras informaciones sobre regiones mal conocidas del mundo griego como Mesenia, donde se aprecia ya una cierta división de la población en pequeños emplazamientos.

Otra opción mucho más problemática es el análisis de la tradición legendaria de carácter oral, que puede haber dejado sus ecos en los *mitos* que conservaron por escrito autores de épocas muy posteriores. La época micénica de las grandes fortalezas y de sus príncipes guerreros aparece ciertamente como referencia lejana y difusa en muchos de los mitos griegos. Sin embargo, no siempre resulta posible dar el gran salto en el vacío que supone retrotraer estos elementos míticos hacia un pasado remoto, que ya era, sin duda, mal conocido entonces por sus propios descendientes. En el mejor de los casos, tales elementos más antiguos fueron reelaborados posteriormente bajo unas condiciones bien diferentes y con unos presupuestos ideológicos muy distintos. Solo en algunos lugares como Atenas o Creta, en los que hubo una cierta continuidad, se trató de mantener los vínculos con el pasado más remoto. En la mayoría de los casos, las tradiciones volvieron a crearse sobre nuevos moldes y en función de los nuevos esquemas de vida y pensamiento.

Nos faltan por tanto los elementos constitutivos básicos a la hora de reconstruir las líneas fundamentales de la historia de este período. Una época en la que, al igual que en las demás, los acontecimientos se fueron sucediendo unos a otros, algunos individuos destacados adquirieron protagonismo y se llevaron a cabo determinadas realizaciones culturales. Todo ello ha quedado, sin embargo, sumergido casi por completo en el olvido y la oscuridad de unos tiempos remo-

tos a causa de la desesperante falta de testimonios. La historia prosiguió su curso implacable, generando acciones y personajes en tramas paralelas o relacionadas, pero nosotros no tenemos, hoy por hoy, manera alguna de recuperarlas.

2.4. Bibliografía fundamental

a) El mundo micénico

BURNS, B. E.: *Mycenaean Greece, Mediterranean Commerce and the Formation of Identity,* Cambridge University Press, 2010.

CASTLEDEN, R.: *Mycenaeans,* Routledge, Londres, 2005.

CULTRARO, M.: *I Micenei,* Carozzi, Roma, 2009.

SCHOFIELD, L.: *The Mycenaeans,* The British Museum Press, Londres, 2007.

SHELMERDINE, C. W. (ed.): *The Cambridge Companion to the Aegean Bronze Age,* Cambridge, 2008.

VAN DE MIEROOP, M.: *The Eastern Mediterranean in the Age of Ramesses II,* Basil Blackwell, Oxford, 2007.

b) La Edad Oscura

DEGER-JALKOTZY, S. y LEMOS, I. S.: *Ancient Greece: From the Mycenaean Palaces to the Age of Homer,* Edinburgh University Press, 2006.

DESBOROUGH, V. R. *d'*A.: *The Greek Dark Ages,* Londres, 1972.

LANGDON, S.: *Art and Identity in Dark Age Greece, 1100-700 B. C. E.,* Cambridge University Press, 2008.

LEMOS, I. S.: *The Protogeometric Aegean: The Archaeology of Late Eleventh and Tenth Centuries B. C.,* Oxford, 2003.

SCHNAPP GOURBEILLON, A.: *Aux origines de la Grèce (XIII-VIII siècles avant nôtre ére). La génese du politique,* Les Belles Lettres, París, 2002.
SNODGRASS, A. M.: *The Dark Age of Greece,* Edimburgo, 1971.
THOMAS, C. G. y CONANT, C.: *Citadel to City-State. The Transformation of Greece 1200-700 B.C.E.,* Indiana University Press, Bloomington, 1999.
WHITLEY, J.: *Style and Society in Dark Age Greece. The Changing Face of a pre-literate Society 1100-700 BC, New Studies in Archaeology,* Cambridge, 1991.

c) El período geométrico

COLDSTREAM, J. N.: *Geometric Greece, 900-700 B.C.,* 2.ª ed. Londres, 2003.
DREWS, R.: *Basileus. The Evidence for Kingship in Geometric Greece,* New Haven-Londres, 1983.
LANGDON, S. (ed.): *New Light on a Dark Age. Exploring the Culture of Geometric Greece,* University of Missouri, Columbia, 1997.

d) La guerra de Troya

BERNABÉ, A.: «Hetitas y Aqueos. Aspectos recientes de una vieja polémica», *Estudios Clásicos,* 90, 1986, pp. 123-137.
BRYCE, T.: *The Trojans and their Neighbours,* Routledge, Londres, 2006.
CLINE, E. H.: *The Trojan War. A Very Short Introduction,* Oxford, 2013.
KORFMANN, M.: «Was there a Trojan War? Troy between Fiction and Archaeological Evidence», en M. M. Winkler (ed.), *Troy: From Homer's Iliad to Hollywood Epic,* Blackwell, Oxford, 2007, pp. 20-26.

LATACZ, J.: *Troya y Homero. Hacia una resolución de un enigma* (trad. cast.), Destino, Barcelona, 2003.

SHERRAT, S.: «The Trojan War: History or Bricolage?», *Bulletin of the Institute for Classical Studies,* 53. 2, 2010, pp. 1-18.

STRAUSS, B.: *La guerra de Troya (ensayo histórico)* (trad. cast.), Edhasa, Barcelona, 2008.

e) La desaparición de los reinos micénicos

DICKINSON, O.: *El Egeo: de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro* (trad. cast.), Bellaterra, Barcelona, 2010.

DREWS, R.: *The End of the Bronze Age. Changes in Warfare and the Catastrophe ca. 1200 B.C.,* Princeton, 1993.

MORRIS, I.: *Historia y cultura. La revolución de la arqueología* (trad. cast.), Edhasa, Barcelona, 2007.

MUSTI, D. (ed.): *La transizione dal Miceneo all' alto arcaismo. Dal palazzo alla città,* Roma, 1991.

SANDARS, K.: *The Sea Peoples, Ancient Peoples and Places,* Londres, 1978.

f) La migración jonia

LEMOS, I. S.: «The Migrations to The West Coast of Asia Minor: Tradition and Archaeology», en J. Cobet, V. von Graeve, W. D. Niemeier y K. Zimmemann (eds.), *Frühes Ionien. Eine Bestandsaufnahme,* Mainz, 2007, pp. 713-727.

SAKELLARIOU, M. B.: *La migration grecque en Ionie,* Atenas, 1958.

VANSCHOONWINKEL, J.: «Greek Migrations to Aegean Anatolia in the Early Dark Age», en G. Tsetskhladze (ed.), *Greek Colonisation. An Account of Greek Colonies and Other Settlement Areas,* vol. 1. Brill, Leiden, 2006, 115-141.

WILL, E.: *Doriens et ioniens. Essai sur la valeur du critère ethnique appliqué à l'étude de l'histoire et la civilisation grecques,* París, 1956.

g) Homero y la realidad histórica

CARTER, J. B. y MORRIS, S. P. (eds.): *The Ages of Homer,* The University of Texas, Austin, 1995.

GRETHLEIN, J.: «Homer and Heroic History», en J. Marincola, L. Llewellyn-Jones y C. Maciver (eds.), *Greek Notions of the Past in the Archaic and Classical Eras. History withouth Historians,* Edinburgh Leventis Studies 6, Edimburgo, 2012, pp. 14-36.

MORRIS, I.: «The Use and Abuse of Homer», *Classical Antiquity,* 5, 1986, pp. 81-138.

MURRAY, O.: «Omero e l'Etnografia», en *Atti del VII Congresso internazionale di studi sulla Sicilia antica, Kokalos,* 34-35, 1988-1989, vol. I, pp. 1-17.

PATZEK, B.: *Homer und seine Zeit,* Beck, Múnich, 2003.

RAAFLAUB, K. A.: «A Historian's Headache. How to read Homeric Society», en N. Fisher y H. Van Wees (eds.), *Archaic Greece. New Approaches and New Evidences,* Duckworth, Londres, 1998, pp. 169-193.

SNODGRASS, A. M.: «An Historical Homeric Society?», *Journal of Hellenic Studies,* 94, 1974, pp. 114-125.

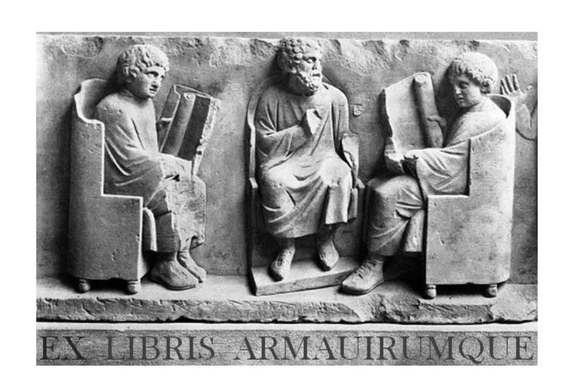
h) Las tablillas micénicas

CLINE, E. H., BECKMAN, G. M. y BRYCE, T.: *The Ahhiyawa Texts,* Writings from the Ancient World, Society of Biblical Literature, 2011.

DUHOUX, Y. y MORPURGO, D. A. (eds.): *A Companion to Linear B. Mycenaean Greek Texts and their World,* Peeters, Lovaina la Nueva, 2008.

i) Los poemas homéricos

CARLIER, P.: *Homero* (trad. cast.), Akal, Madrid, 2005.
DALBY, A.: *La reinvencion de Homero. El misterio de los orígenes de la épica* (trad. cast.), Gredos, Madrid, 2008.
DE JONG, I. (ed.): *Homer. Critical Assessments,* Routledge, Londres, 1998.
FINKELBERG, M. (ed.): *The Homer Encyclopedia, 3 vols.,* Wiley Blacwell, Oxford, 2011.
FOWLER, R. (ed.): *The Cambridge Companion to Homer,* Cambridge University Press, 2004.
GONZÁLEZ GARCÍA, F. J.: *A través de Homero. La cultura oral de la Grecia antigua,* Santiago de Compostela, 1991.
KIRK, G. S.: *Los poemas de Homero* (trad. cast.), Paidós, Buenos Aires, 1968.
NAGY, G.: *Homer the Preclassic,* University of California Press, Berkeley-Los Ángeles, 2010.
POWELL, B. B.: *Homer*, Blackwell Introduction to the Classical World, Oxford, 2004.
— y MORRIS, I. A.: *New Companion to Homer,* Brill, Leiden, 1997.



3. El mundo de la Edad Arcaica (800-500 a. C.)

3.1. Panorama general

3.1.1. Una época de descubrimientos

El siglo VIII a. C. representa el inicio de una etapa decisiva en la historia del mundo griego. A partir de estos momentos se producen una serie de profundas transformaciones que afectaron prácticamente a todos los terrenos. Algunas de ellas ya habían empezado a gestarse en el período precedente, pero fue en esta época cuando se consolidaron de forma definitiva. Desde la reorganización de las nuevas comunidades que iban a configurar el desarrollo de la historia griega a la expansión por todas las costas del Mediterráneo de establecimientos griegos, junto con fenómenos tan determinantes como la reaparición de la escritura a través de la adopción del alfabeto fenicio, el surgimiento de la literatura, el nacimiento de las leyes escritas, el intento de ordenación cohe-

rente y racional del universo, la construcción de edificaciones monumentales de carácter religioso o la aparición de un instrumento decisivo como la moneda. Tuvo lugar un aumento notable de la población tal y como se desprende de algunas necrópolis del Ática, de Argos o Creta, si bien dicho criterio presenta algunos problemas pues podría reflejar más el aumento de las víctimas por diferentes causas que el número de los vivos. Sin embargo, el aumento evidente de establecimientos rurales en islas como Melos o Keos o en zonas como la Argólide y el Ática parece indicar que se produjo efectivamente dicho crecimiento demográfico, aunque sujeto a las variaciones locales y regionales. También aumentó de manera indudable el número de santuarios y el de ofrendas votivas dedicadas en ellos, hasta el punto de que este contexto sagrado sustituye ahora a las tumbas como fuente de objetos de valor, particularmente de bronce.

Este fue también el momento en el que los griegos entraron en contacto con los grandes imperios orientales de una forma más intensa y continuada que en el período anterior. De hecho, puede afirmarse que casi todos los cambios introducidos fueron el resultado directo o indirecto de los contactos e interacciones que el mundo griego estableció a lo largo de este período con las culturas más avanzadas de Egipto y del Próximo Oriente. Su incidencia se dejó sentir en todos los campos, ya que frente a unas comunidades pequeñas y dispersas emergían en el horizonte inmediato culturas poderosas y milenarias que a pesar de los cambios que también habían experimentado en la parte final del segundo milenio a. C. todavía podían exhibir sus grandes realizaciones o sus fastuosas ciudades a la vista de sus sorprendidos y admirados visitantes. Egipto y los grandes imperios orientales, asirios, babilonios y persas, constituyeron el horizonte

vital de algunos griegos que viajaron hasta allí como mercenarios, comerciantes, especialistas o artesanos, y de rebote estimularon la fascinación en sus lugares de origen a través de los relatos de aquellos o de la exhibición de numerosos y espectaculares objetos que encontraron acomodo en sus santuarios más importantes. La actividad mediadora de otros pueblos como los fenicios o los chipriotas tuvo también su importancia decisiva dentro de todo este proceso de emulación y adaptación desde el lado griego. Pero el mundo griego amplió también sus horizontes en otras direcciones a través de la fundación de numerosos establecimientos a lo largo de todas las costas del Mediterráneo, donde entraron también en contacto con otras culturas como los etruscos, los celtas o los iberos, dando pie a un proceso de interacción que tuvo también importantes consecuencias para sus agentes respectivos. Aunque el localismo atávico de las comunidades griegas prosiguió casi inmutable a pesar de todos los cambios, la inevitable mezcla con otras gentes a lo largo del proceso de fundación tuvo también importantes consecuencias en el terreno simbólico e ideológico, ya que fue en estos momentos cuando comenzaron a perfilarse las señas de identidad de la civilización griega, reforzadas por dos elementos simbólicos tan importantes como los poemas homéricos y la aparición de los grandes santuarios panhelénicos. Fue también un período de crecimiento demográfico que impulsó la búsqueda de nuevos espacios que habitar y se consolidaron las tendencias ya emergentes en el período precedente de remodelación y reordenación del territorio y de la sociedad que acabarán dando forma al mundo griego de los siglos posteriores. El papel desempeñado en este proceso por las nuevas comunidades surgidas a lo largo de las costas mediterráneas resultó determinante, ya que partían de cero a la hora de organi-

zar el espacio y la sociedad sin los condicionantes previos que habían caracterizado a las antiguas comunidades de la península balcánica y de la cuenca egea en general. No es casualidad que surjan en estos nuevos territorios los primeros legisladores y las primeras formas de ordenación urbana regular como resultado aparente de una repartición equitativa del espacio a ocupar por la nueva comunidad. Una época, en suma, rica en experiencias de todo tipo en la que los contactos y los intercambios con otras culturas desempeñaron un papel decisivo, como podemos apreciar en la prosperidad cultural y artística de las ciudades griegas de Asia Menor, vecinas de reinos poderosos como los frigios y lidios, que, también en su papel de intermediarios, trazaron el camino hacia nuevos horizontes geográficos e intelectuales de estas activas y emergentes comunidades.

3.1.2. Una definición de la polis

La polis se convertirá en la forma típica y quizá más generalizada de organización sociopolítica entre los griegos. Aristóteles la definía como «una comunidad de ciudadanos con un sistema de gobierno» *(koinonía politón politeías).* Se pone así de manifiesto que el elemento fundamental de este tipo de organización eran los individuos que actuaban como ciudadanos. Una polis es básicamente sus ciudadanos, tal y como se puso de relieve en diferentes momentos de la historia griega. De hecho, los griegos denominaban a las poleis por sus gentilicios (atenienses, corintios...) más que por sus topónimos (Atenas, Corinto...). Sin embargo, existía también una traducción espacial de la polis a pesar de que el territorio como tal no desempeñase el papel fundamental

que juega en los estados modernos. La estructura espacial de la polis estaba compuesta por un centro urbano de reducidas dimensiones *(ástu)* y un territorio adyacente *(chóra)* con los campos de cultivo que sustentaban a la comunidad. La originalidad de la polis griega viene definida precisamente por este carácter compacto e indisoluble que formaba esta unidad del medio urbano con su entorno rural. Más allá del territorio de la polis se extendían los límites o *eschatiaí,* habitualmente un espacio de nadie compuesto por tierras sin cultivar o estériles en forma de bosque o barbechos que lindaban con las comunidades vecinas. A veces se trataba de tierras más fértiles y eran, por tanto, frecuente motivo de conflicto entre unas poleis y otras. En estos confines se erigieron algunos santuarios dedicados a divinidades protectoras como Ártemis o Apolo que contribuyeron a definir el territorio de la comunidad y sirvieron también de frontera simbólica con las comunidades vecinas estableciendo una zona de transición entre ambas mediatizada por la presencia de la divinidad.

La polis constituía lo que los antropólogos han denominado «una comunidad corporativa y cerrada». Solo los ciudadanos eran miembros de pleno derecho de la comunidad, con capacidades políticas por modestas que fueran y la posibilidad de poseer tierras. Existía una cierta tendencia a la endogamia como forma de proteger la autonomía e independencia de la comunidad de interferencias exteriores. La polis representaba también el predominio de lo público frente a lo privado, tanto en el terreno político como en el personal. Existía así una cierta igualdad política que no garantizaba, sin embargo, la igualdad en el terreno social y económico. El principal elemento de cohesión de la comunidad era el vínculo religioso que unía a todos sus ciudada-

nos entre sí, ya que los individuos se sentían miembros activos de ella solo en la medida en que participaban de los cultos y ceremonias en honor de sus divinidades protectoras. De hecho, el único edificio de carácter monumental que adornó durante mucho tiempo el espacio urbano era el templo consagrado a la divinidad, que se erigía por lo general en la zona más elevada y protegida *(acrópolis)*.

Por lo general las poleis griegas eran comunidades de reducidas dimensiones, si exceptuamos los casos de Atenas y Esparta que constituyen más la excepción que la regla. Ambos estados controlaban territorios que eran muy superiores a la extensión media habitual. La polis de Atenas ocupaba el territorio del Ática que alcanzaba los mil seiscientos kilómetros cuadrados, y Esparta controlaba bajo su poder uno todavía mayor de ocho mil cuatrocientos. Por contra, una región como Beocia, que ocupaba dos mil quinientos kilómetros cuadrados, se hallaba repartida entre doce poleis diferentes, Fócide, con mil seiscientos, contaba con veintidós comunidades políticas diferentes, y por último, la pequeña isla de Cos, que apenas contaba con ciento setenta y tres kilómetros, abarcaba tres estados distintos dentro de su territorio.

3.1.3. La expansión griega por el Mediterráneo

A partir de mediados del siglo VIII a. C., las riberas del Mediterráneo comenzaron a poblarse de comunidades griegas desde un extremo hasta el otro. La Hélade dejó de ser un término aplicable únicamente a la península balcánica y a algunas regiones costeras de Asia Menor para abarcar en su conjunto a casi toda la cuenca mediterránea. Fue un movimiento

migratorio de escala mucho mayor que los movimientos del período precedente, que concluyeron con la implantación de las ciudades jonias en Asia Menor. Tenemos también mucha más información acerca de este fenómeno, bien a través de las fuentes literarias, aunque aparecen contaminadas por ciertos elementos legendarios a la hora de explicar la fundación de la nueva comunidad, bien mediante el testimonio de la arqueología, que ha ido progresivamente aumentando nuestros conocimientos sobre los nuevos establecimientos y sus relaciones con las culturas indígenas. El término colonización griega para designar este fenómeno parece hoy en discusión y desuso, debido a las enormes diferencias que existen entre la expansión griega hacia ultramar y el fenómeno colonial moderno, en el que una metrópoli imperial establecía fundaciones dependientes de un territorio conquistado con el fin de explotar sus recursos económicos. Los propios griegos utilizaron el término *apoikía* (casa lejos de la casa) para designar a estos nuevos establecimientos, sin que implicara una relación de estricta dependencia con la supuesta metrópoli de origen. De hecho, cada una de las nuevas fundaciones se convertía en una nueva comunidad independiente que solamente mantenía con su lugar de procedencia original vínculos de carácter sentimental o religioso. No se produjo además, en muchos casos, una emigración organizada por una sola comunidad de origen, sino que los recién llegados procedían de diferentes lugares del mundo griego. En algún caso, incluso, las tensiones existentes entre la nueva fundación y la supuesta metrópoli de procedencia desembocaron en un conflicto permanente, como sucedió entre Corcira y Corinto. Existe además una importante cuestión de cronología relativa que pone en entredicho la visión tradicional de unas fundaciones hechas desde

comunidades del continente balcánico o las islas del Egeo que ya habían alcanzado su configuración definitiva desde el punto de vista político, ya que en algunos casos las nuevas fundaciones precedieron a sus respectivas metrópolis a la hora de constituirse como comunidad política organizada.

Las causas que propiciaron esta salida masiva de gentes en busca de nuevas tierras son complejas y no pueden reducirse a un único motivo. El estudioso norteamericano John Graham ha llamado la atención acerca de los condicionantes activos y pasivos que posibilitaron dicho fenómeno. En primer lugar, el deseo y la necesidad de ir en busca de nuevas tierras. En un período de crecimiento demográfico, la escasez de tierras cultivables y el régimen de propiedad fundiria que primaba al primogénito en detrimento de los demás descendientes actuaron como condicionantes activos en la marcha de aquellos que se vieron desposeídos en busca de mejores oportunidades en el exterior. Las poleis que impulsaron este fenómeno eran por lo general estados con un territorio exiguo que no podía dar cabida y alimento a una población numerosa. El escaso o nulo papel que los dos grandes estados territoriales griegos, Atenas y Esparta, desempeñaron dentro de este fenómeno de expansión resulta ciertamente significativo a este respecto.

Otro condicionante activo fue el considerable flujo de exiliados políticos que generaba la disputa por el poder en el seno de las aristocracias dominantes en las poleis griegas y sus secuelas. Muchos de ellos se sumaron también al movimiento migratorio de estos momentos e incluso a veces lo encabezaron convirtiéndose en sus líderes. Tampoco hay que descartar un número indeterminado de aventureros que iban en busca de un enriquecimiento fácil, seducidos por el

señuelo de los relatos de marinos que hablaban de países de ensueño situados en ultramar. Ciertamente no podemos pasar por alto las razones de orden psicológico que pudieron incidir en muchos de los casos a la hora de tomar la trascendental decisión de la partida. La inquietud, la ambición, la esperanza o el simple deseo de conocer tierras nuevas pueden y deben de haber desempeñado su papel dentro del complejo de motivos que impulsó a muchos a lanzarse a esta aventura.

Sin embargo, estos deseos no habrían podido ser llevados a la práctica sin la existencia de ciertos condicionantes pasivos que resultaban favorables en estos momentos. En primer lugar, el conocimiento de la ruta a seguir así como los posibles obstáculos que uno podía encontrar. En la mayoría de los casos, estas expediciones no partían hacia lo desconocido sino que sabían a dónde dirigirse con mayor o menor precisión gracias a las informaciones previas suministradas por los fenicios, que habían antecedido a los griegos en su expansión mediterránea en al menos casi un siglo, y las rutas comerciales que discurrían por estas aguas desde tiempos casi inmemoriales. Conocemos algunas iniciativas individuales de este tipo, como la que menciona Heródoto acerca de un tal Coleo de Samos, que fue capaz de arribar hasta la lejana y mítica Tartesos y conseguir allí enormes ganancias. La existencia de *empória* (lugares de intercambio en los que confluían navegantes de diferentes procedencias) a lo largo del Mediterráneo, como los de Gravisca en Etruria o Náucratis en Egipto, favoreció también la circulación de informaciones acerca de los nuevos territorios de ultramar. Otro centro en el que las informaciones fueron acumulándose con el paso del tiempo fue el santuario de Delfos, al que los expedicionarios acudían an-

tes de iniciar su viaje con el objetivo de buscar la protección de Apolo. Fueron posiblemente muchos los que tras haber conseguido éxito en sus viajes regresaron al santuario con el fin de dar las gracias al dios y dejar allí constancia de su fama y fortuna a través de ricas y espléndidas ofrendas.

Otro factor decisivo fue el estado de la técnica y los recursos navales disponibles para emprender largos viajes por mar. La considerable mejora efectuada en las condiciones de la navegación resultó determinante a este respecto. No es extraño, por tanto, que las primeras poleis que iniciaron el fenómeno de la expansión ultramarina reunieran dos condiciones esenciales, como su reducido tamaño y su favorable posición junto al mar, como las ciudades de Eubea, Calcis y Eretria, que fueron las pioneras en este proceso de expansión hacia el sur de Italia, o Corinto y Mégara, que dominaban el istmo y con ello buena parte del tráfico que circulaba por el golfo de Corinto, o por último Focea o Mileto en las costas de Asia Menor, pioneras también en los viajes por el Mediterráneo occidental y hacia las costas del mar Negro.

3.1.4. La fundación de establecimientos

El procedimiento habitual a la hora de fundar un nuevo establecimiento se iniciaba con la elección de un fundador *(oikistés),* que se convertía en el líder de la expedición con plenos poderes. Por lo general, eran miembros de las clases dirigentes que contaban con el prestigio necesario para encabezar con ciertas garantías una operación de esta envergadura. El elegido debía proporcionar seguridad al grupo expedicionario y ofrecer soluciones en los momentos de pe-

ligro que se presentasen a lo largo del viaje. La consulta previa al oráculo de Delfos otorgaba a los expedicionarios el grado de confianza necesario para emprender la aventura, dotaba de legitimidad religiosa a la nueva fundación y justificaba su apropiación de las nuevas tierras. La elección de los expedicionarios se llevaba a cabo por sorteo, o por una leva de carácter forzoso. Por lo general, el número de expedicionarios debió de ser al principio bastante reducido, sin llegar nunca a superar el millar de hombres. Una vez establecida la nueva fundación acudían desde la metrópoli nuevos refuerzos que completaban la población de la nueva polis. Por fin, se llevaban a cabo dos actos rituales obligados como eran el sacrificio para obtener buenos augurios y el tomar el fuego del hogar sagrado de la metrópoli para trasladarlo al nuevo establecimiento. El viaje se realizaba en naves de guerra de un tamaño relativamente reducido en el que se amontonaban las gentes y los utensilios correspondientes.

Los emplazamientos elegidos eran pequeñas islas situadas frente a la costa, penínsulas o promontorios que sobresalían de la misma y lugares cercanos a la desembocadura de los ríos. Los tres emplazamientos presentaban características similares ya que permitían una fácil defensa contra posibles ataques de los indígenas de los alrededores y posibilitaban al tiempo el establecimiento de un contacto regular con esas mismas gentes pero sin la necesidad de correr riesgos innecesarios. Con el paso del tiempo, la mayoría de estos establecimientos acabaron trasladándose a la costa, y fue en ese lugar donde finalmente acabó de fundarse la nueva polis. Aunque al comienzo se elegía un promontorio de fácil defensa que pudiera controlar las tierras de cultivo colindantes, el trazado de estas nuevas ciudades se hizo

posteriormente completamente regular. De esta forma se aseguraba la igualdad en la distribución de los lotes de tierras *(kléros)* entre los recién llegados que partían de cero en la nueva fundación, dejando atrás las antiguas situaciones de privilegio que condicionaban la estructura de las poleis egeas. Sin embargo, pronto empezaron a constituirse también en estas nuevas fundaciones aristocracias dominantes, tal y como atestigua la riqueza de algunas tumbas, que no parecen encajar con una sociedad regida por patrones igualitarios.

Se establecía el culto al fundador a la manera del culto heroico, se propiciaba su protección mediante ofrendas y sacrificios y se erigía también un santuario en los límites del territorio para acotar el espacio cívico de la nueva ciudad frente al mundo indígena y establecer, al tiempo, una vía de apertura hacia él. La presencia de individuos como Zaleuco y Carondas en el sur de Italia y Sicilia en la figura de nuevos legisladores ilustra el nivel de experimentación social y política que se produjo en estos nuevos establecimientos de ultramar.

3.1.5. Los eubeos

Los principales protagonistas de la primera fase de la expansión griega hacia ultramar fueron los eubeos, cuyas huellas podemos seguir aparentemente de un extremo al otro de la cuenca mediterránea. Los contactos de la isla con las regiones del Próximo Oriente parecen bien probados desde el punto de vista arqueológico tras los hallazgos de numerosos objetos de esta procedencia en las tumbas situadas en torno al llamado *heróon* de Lefkandi, que ya ha sido tra-

tado anteriormente. Estos contactos, que se intensificaron a comienzos del período arcaico parecen haber tenido como centro el emporio de AL MINA, situado en la desembocadura del Orontes en la parte septentrional de la costa siria. La presencia griega, más o menos estable o estacional, en el lugar parece incuestionable a pesar de las dificultades que comporta su estudio arqueológico. Situado en la confluencia de diferentes rutas comerciales que procedían del interior de Mesopotamia y de Anatolia, el establecimiento presentaba todas las ventajas en este terreno y los eubeos pudieron desempeñar un papel clave en la fundación del establecimiento en algún momento del siglo VIII a. C., a pesar de que ha quedado excluida la posibilidad de que se trate de una fundación griega, ya que sus construcciones y la mayoría de los testimonios escritos encontrados apuntan hacia un establecimiento propiamente indígena similar a otros de la misma zona. Sin embargo, el alto porcentaje de cerámica de tipo eubeo hallada en el lugar indica posiblemente la presencia estacional de navegantes de esta procedencia.

También podría haber constancia de la presencia de navegantes eubeos en el extremo occidental del Mediterráneo. Así, los nombres de islas acabados en *-oussa* (una terminación propia del dialecto eubeo) que jalonan la ruta, desde Cerdeña y Córcega hasta Cádiz pasando por las Baleares, parecen un indicio significativo, al igual que una noticia aislada que nos informa de que las Columnas de Heracles se denominaron antes de Briareo, un titán venerado en Eubea, o los ejemplares de cerámica eubea encontrados en la ciudad de Huelva.

La presencia eubea se halla confirmada, en cambio, en la península itálica a través de la que se considera la primera

fundación griega en la zona. Se trata de PITECUSAS, en la isla de Isquia, en la bahía de Nápoles, fundada un poco antes de la mitad del siglo VIII a. C. Parece que se trataba de un *empórion* ya que se han encontrado vestigios de la actividad de talleres artesanales, sobre todo metalúrgicos y cerámicos. Los eubeos compartieron espacio con gentes fenicias con las que pudieron llegar a mezclarse a juzgar por los hallazgos de sus necrópolis. Muchas de las familias que se establecieron allí poseían esclavos y, al parecer, conocían el uso de la escritura, que se hallaba muy difundido, tal y como lo prueban hallazgos como la llamada copa de Néstor, que lleva grabada una de las primeras inscripciones griegas, o la primera firma conocida de un ceramista. Se importaban bienes a gran escala desde los lugares más variados. Las buenas relaciones con la aristocracia etrusca de la zona fueron quizá los fundamentos que facilitaron el establecimiento griego en este lugar.

Poco después, los eubeos fundaron CUMAS sobre la costa norte de esta misma bahía. La zona ofrecía enormes ventajas desde todos los puntos de vista como tierras fértiles en su proximidad, un fácil suministro de materias primas, y grandes oportunidades de comerciar con las comunidades itálicas del interior y en especial con los establecimientos etruscos de la zona, como Capua. Su posición estratégica en el control de las rutas comerciales que discurrían por aquellas zonas fue una de las razones principales que explican el establecimiento de una *apoikía* en este lugar.

Los eubeos fueron también los primeros en instalarse en Sicilia, donde fundaron NAXOS sobre la costa oriental de la isla hacia el 734 a. C., y poco después LEONTINOS y CATANE con el objetivo de controlar la mayor llanura de la isla situada al pie del Etna. La posición estratégica de Naxos en el

control de las rutas marítimas que discurrían desde el mundo griego hacia Italia constituye también un factor destacable. Poco tiempo después, los propios eubeos instalados en Cumas fundaron ZANCLE, en pleno estrecho de Mesina, que constituye el primer ejemplo de una fundación nueva a partir de otra un poco anterior en la misma zona. Los eubeos instalados en Zancle junto con otros contingentes venidos de la isla griega y quizá de otras partes del mundo griego fundaron al otro lado del estrecho REGIO, y establecieron así un control casi absoluto de las aguas por donde discurría toda la navegación hacia el Mediterráneo occidental. Finalmente, los eubeos fundaron MILAI e HÍMERA en la costa septentrional de Sicilia, situadas en una posición inmejorable para el comercio con la península ibérica o como escala en la ruta comercial que unía Etruria y Cartago.

Los problemas internos de Eubea a causa de la disputa entre sus dos principales ciudades, Calcis y Eretria, por la llanura lelantina que se hallaba entre ambas pudieron desembocar en un conflicto armado, el primero del que tenemos noticia, entre estas dos ciudades, y esta circunstancia significó el final de las acciones de expansión exterior de la isla.

3.1.6. Las ciudades del istmo: Corinto y Mégara

Las dos grandes ciudades situadas en el istmo de Corinto, la propia Corinto y Mégara, desempeñaron también un papel destacado en las nuevas fundaciones griegas. Corinto fundó SIRACUSA en la costa oriental de Sicilia bajo la guía de un miembro de la aristocracia dominante entonces en la ciudad griega, los Baquíadas. El lugar presentaba caracte-

rísticas muy favorables como una isla cercana a la costa, donde se instalaron en primer lugar los recién llegados, dos excelentes puertos muy bien resguardados y la proximidad de una llanura fértil regada por el río Anapo. La fundación casi simultánea de CORCIRA por los corintios en las costas occidentales griegas muestra claramente las intenciones de controlar las rutas que conducían hacia las regiones más occidentales del Mediterráneo siguiendo una ruta bien conocida desde hacía tiempo. La ocupación de la llanura cercana a Siracusa significó el conflicto con las poblaciones locales que ya la ocupaban anteriormente, los sículos, que se convirtieron en la fuerza de trabajo dependiente de los grandes propietarios de tierras. La difusión por todo el Mediterráneo occidental de la fina cerámica corintia y de diversos objetos metálicos pone de manifiesto el dominio conseguido por Corinto en este terreno gracias a las *apoikíai* establecidas en esta zona.

Gentes procedentes de Mégara fundaron MÉGARA HIBLEA en la costa oriental de Sicilia en el 727 a. C. La fundación de la nueva ciudad solo fue posible tras la cesión de las tierras necesarias por parte de un monarca local. El lugar ha sido muy bien excavado gracias al hecho de que fue ya abandonado en la antigüedad y nunca fue reocupado de nuevo. Podemos comprobar sobre el terreno la precisa reorganización del espacio que se produjo tras la fundación con la distribución de lotes de tierra equiparables. La ciudad muestra el esquema regular de las calles trazadas a cordel con un centro público como núcleo. Asimismo se ha podido comprobar también la naturaleza diversa de los fundadores, aunque el núcleo principal de ellos proviniera de Mégara. El lugar disponía de facilidades portuarias, de suministro de agua y de una pequeña llanura agrícola. Debido a la imposibilidad de

extender su territorio en las proximidades a causa de la presencia de otras fundaciones griegas, Mégara Hiblea fundó una nueva *apoikía* en la costa meridional de la isla, SELINUNTE. Instalada en la proximidad de los establecimientos fenicios y de las rutas que estos frecuentaban, esta situación facilitó los contactos e intercambios con dichos establecimientos.

3.1.7. Las fundaciones aqueas

Hacia finales del siglo VIII y comienzos del VII a. C., contingentes llegados desde Acaya, la región más septentrional del Peloponeso, fundaron algunos establecimientos importantes en las costas meridionales de Italia. La primera de todas fue SÍBARIS, situada en la desembocadura del río Cratis, que controlaba una de las llanuras más fértiles de la zona. La ciudad disfrutó de una riqueza casi legendaria a causa de su privilegiada posición en medio de una llanura aluvial extraordinariamente fértil y del dominio que ejercía sobre un extenso territorio; sin embargo, las dificultades arqueológicas del lugar impiden un mejor conocimiento del establecimiento. Síbaris erigió también nuevas fundaciones por la zona con la llegada de nuevos contingentes aqueos, como METAPONTO, en el actual golfo de Tarento, con la finalidad de obstaculizar la expansión hacia el sudoeste de esta fundación espartana. El lugar poseía además una ubicación geográfica y estratégica privilegiada, ya que estaba situada entre dos ríos y permitía conectar siguiendo su curso las dos riberas de la península itálica. Proporcionaba además oportunidades para el comercio con las poblaciones locales del interior. Las excavaciones han revelado el plano de la ciudad que constituye el mejor

ejemplo de la organización de un territorio de ultramar que tenemos a nuestra disposición. Otra de las fundaciones de Síbaris, hacia el 600 a. C., fue POSEIDONIA sobre la costa occidental de Italia por donde pasaban las rutas marítimas que iban hacia el norte y el oeste del Mediterráneo. Facilitaba también el contacto con los etruscos, que constituían un conjunto de ciudades-estado independientes regidas por aristocracias que dominaban el centro y el norte de la península itálica. Los restos de sus magníficos templos, que despertaron la admiración emocionada del poeta alemán Goethe, revelan la existencia de una comunidad grande y próspera.

Otros contingentes aqueos fundaron más tarde, hacia el 708 a. C., CROTONA, que ocupaba un promontorio con puertos a ambos lados que ofrecían la mejor protección para las naves del golfo de Tarento. Muy pronto extendió su territorio con nuevas fundaciones como CAULONIA, hacia el sur de la misma costa, con el fin de impedir el avance de fundaciones vecinas situadas en aquella dirección. Controlaba extensos territorios fértiles y tenía una posición dominante sobre el mar al estar situada en una colina abrigada por dos cabos.

3.1.8. Otras fundaciones

Otros contingentes griegos participaron también en la fundación de establecimientos en estas regiones de Sicilia y el sur de Italia. Destaca la fundación de TARENTO por los espartanos hacia el 706 a. C. por medio de un contingente compuesto fundamentalmente de individuos que por diferentes circunstancias habían adquirido un estatus marginal dentro de la sociedad espartana, posiblemente a causa de su condi-

ción de hijos ilegítimos. Ocupaba una excelente posición estratégica, ya que estaba instalada en una pequeña península que separaba dos grandes puertos unidos por un estrecho canal. Poseía así una situación privilegiada dado que disfrutaba de un magnífico puerto natural y dominaba las llanuras agrícolas de las regiones del interior, a pesar de que se hallaban pobladas por comunidades indígenas hostiles.

Otro establecimiento importante fue LOCRIS EPIZEFIRIA, fundado en el sur de Italia entre finales del VIII a. C. y comienzos del VII a. C. por gentes venidas de la Lócride, una región agreste y montañosa de la Grecia central. Las noticias que poseemos acerca de las razones de su fundación nos hacen pensar que fue el resultado de las disputas políticas y sociales internas de la patria de origen. Se hallaba situada entre Crotona y Regio y no poseía un extenso territorio. El lugar ya estaba habitado por los sículos. Una curiosa historia nos da a entender que el procedimiento seguido para la fundación fue el fraude a la población indígena al engañarles mediante un falso juramento.

Otra fundación destacada fue GELA, en las costas meridionales de Sicilia, en la que intervinieron contingentes rodios y cretenses hacia el 688 a. C. Disponía de tierras fértiles y ocupaba una posición estratégica en el control de las rutas de navegación que iban hacia el Mediterráneo occidental. La propia Gela fundó un siglo más tarde un nuevo establecimiento, ACRAGANTE, que dominaba un extenso territorio y se convertiría con el tiempo en una de las ciudades más prósperas de Occidente.

Una fundación de los colofonios, procedentes de Asia Menor, a mediados del siglo VII a. C., fue SIRIS, que tuvo una breve historia ya que resultó destruida por una coalición de ciudades aqueas en la primera parte del siglo VI a. C.

Solo dos potencias bien organizadas como los etruscos y los cartagineses supusieron un serio obstáculo en este proceso de expansión griega por estas regiones. El resto de los pueblos indígenas de la zona apenas representó una amenaza seria para los planes de establecimiento griegos. Algunos de ellos incluso adoptaron pronto ciertas formas de vida griega, como los élimos en sus centros de Segesta y Erice en Sicilia, o fueron sometidos a la fuerza, como los sícanos.

3.1.9. El norte del Egeo y los estrechos

Las regiones situadas al norte del Egeo y en la zona de los estrechos atrajeron desde muy temprano la atención de los griegos. Aunque guardaban todavía cierta similitud con el territorio propiamente griego, presentaban también, sin embargo, importantes diferencias. Los veranos eran más lluviosos, los inviernos más fríos, y existían grandes ríos que tenían un curso estable a lo largo del año. La región estaba provista de grandes llanuras en la desembocadura de estos ríos con valiosos recursos agrícolas y con montañas que proporcionaban abundante madera y considerables recursos minerales, especialmente de metales preciosos. Los habitantes indígenas de la zona eran los tracios, que habitaban en ciudades fortificadas y tenían fama como guerreros. Su actitud hacia los griegos fue generalmente hostil, si bien con el tiempo empezaron a adquirir productos griegos y fueron muchos los esclavos tracios que llegaron hasta el mundo griego, especialmente mujeres, ya que al parecer eran muy apreciadas como amas de cría. Se las puede reconocer en las representaciones de la cerámica por los numerosos tatuajes que llevan en el cuello, brazos y piernas.

Fueron de nuevo los eubeos, probablemente a lo largo del siglo VIII a. C. los que establecieron fundaciones en la península calcídica, con sus tres promontorios sobresalientes. Sin embargo, fue la isla de Paros la que desempeñó el papel fundador más importante en esta zona del norte del Egeo, con su conquista, hacia mediados del siglo VII a. C., de la isla de TASOS, situada frente a la costa tracia, en cuyas proximidades se encontraban importantes yacimientos de oro. El procedimiento utilizado fue el uso de la fuerza, según podemos deducir del testimonio contemporáneo del poeta Arquíloco, que al parecer combatió en la zona. Toda la región quedó así abierta al establecimiento de fundaciones por parte de algunas islas del Egeo como Andros o Quíos. La isla de SAMOTRACIA, famosa por su santuario de los grandes dioses, fue ocupada durante el siglo VI a. C. por los samios. El carácter mixto del enclave puede comprobarse a través de las dedicaciones religiosas halladas en el santuario. A pesar de los muchos atractivos que toda esta región ofrecía para los establecimientos griegos, la actitud hostil de los tracios desalentó a muchos, y solo consiguieron su objetivo aquellas ciudades próximas que podían suministrar refuerzos y contingentes con cierta regularidad.

Mileto y Mégara fueron las protagonistas principales en la ocupación de la región de los estrechos, ya que se hicieron con el completo control de toda la zona. Mileto fundó CÍZICO en el primer cuarto del siglo VII a. C. y Mégara estableció cuatro importantes establecimientos como ÁSTACO, SELIMBRIA, CALCEDONIA y BIZANCIO. Tanto Mileto como Mégara vieron obstaculizada su expansión hacia el interior de sus respectivos territorios por otras potencias vecinas más poderosas, el reino de Lidia en el caso de Mileto y la ciudad de Atenas en el de Mégara. La gran importancia que tenían

estos estrechos para el control del tráfico marítimo que circulaba por allí impulsó a los atenienses a fundar su primer establecimiento en SIGEO, en el lado sur de la entrada al Helesponto, en la segunda mitad del siglo VI a. C.

3.1.10. La región del mar Negro

El mar Negro era una región relativamente desconocida y alejada para los griegos. Era un mar desprovisto de islas, a diferencia del Egeo, con fuertes vientos y un clima más frío y húmedo, y sus riberas orientales y meridionales resultaban prácticamente inaccesibles a causa de las montañas que descienden casi hasta el mar y estaban habitadas por poblaciones hostiles. A causa de estas condiciones desfavorables le dieron al principio el nombre de *áxeinos* (inhospitalario), que luego cambió a *eúxeinos* (favorable al extranjero) cuando ya sus costas se hallaban pobladas por establecimientos griegos a partir del siglo VII a. C. Solo los estuarios de los grandes ríos ofrecían buenas condiciones para fundar un establecimiento. Sin embargo, había otro tipo de ventajas, como la existencia de puertos protegidos, pescado abundante, sal y vías de penetración hacia el interior del país a través de los grandes ríos que lo surcaban.

La lejanía de estas regiones favoreció que muy pronto se convirtieran en el escenario de algunos de los ciclos míticos griegos principales. Allí llegaron en sus andanzas personajes como Heracles, Ifigenia, Io o el titán Prometeo, que había sido encadenado por Zeus a una roca de la cadena del Cáucaso situada en los confines de la región. Sin embargo, el más popular de todos fue la historia de los Argonautas que recorrieron toda la zona hasta sus confines en busca del

vellocino de oro, que se localizaba en la lejana Cólquide, la región más oriental del mar Negro. Los importantes hallazgos arqueológicos en esta zona ponen de manifiesto la existencia de una brillante y sorprendente civilización indígena que contaba con una agricultura desarrollada y una metalurgia floreciente.

Las poblaciones indígenas que habitaban las costas occidentales del mar Negro eran los tracios, que ocupaban territorios provistos de llanuras fértiles y con densos bosques capaces de proporcionar abundante madera. En las costas del norte y en su interior habitaban los escitas, una serie de pueblos nómadas y semisedentarios que basaban su forma de vida en la cría de caballos, ovejas y vacas, en un poco de agricultura y en la caza. Su carácter nómada y su espíritu belicoso –la guerra era un rasgo endémico de la vida en la estepa– suscitaron extrañeza y temor entre los griegos. Según algunos relatos griegos, los escitas comían carne humana, bebían en los cráneos vaciados de los enemigos muertos y practicaban sacrificios humanos con los extranjeros. Se han encontrado grandes tumbas principescas bajo una especie de túmulos –los denominados *kurganes*– que contenían gran cantidad de riquezas, como adornos personales, utensilios de montar, armas e incluso caballos. Muchos de los objetos encontrados son de clara factura griega. Entre las costumbres escitas destaca la práctica de una técnica de carácter mágico-religioso conocida como «chamanismo», que permitía realizar un viaje al más allá, interrogar a los dioses y espíritus, conseguir la familiaridad con el mundo animal, tan importante en su forma de vida, y adquirir unos poderes especiales de curación. Este tipo de práctica religiosa puede haber influido en algunos aspectos extáticos de la religión griega.

La ciudad de Mileto fue la protagonista principal de las fundaciones griegas en las regiones del mar Negro, aunque parece probable que en esta gigantesca empresa tomaran también parte contingentes de otras ciudades jonias. Entre los motivos que impulsaron esta expansión hay que considerar también junto a los puramente comerciales o económicos la presión que los lidios realizaban en aquellos momentos sobre todas las ciudades griegas de Asia Menor y en particular sobre Mileto, forzando a emigrar a una parte importante de sus habitantes. El primer establecimiento se instaló en la isla de BEREZÁN situada junto a las costas septentrionales del mar Negro y frente a la desembocadura del Borístenes (actual Dnieper), en el primer cuarto del siglo VII a. C., con la función de intercambiar productos con las poblaciones escitas del interior. Sin embargo, hacia el 600 a. C. los griegos se trasladaron a tierra firme y fundaron el establecimiento de OLBIA. Las relaciones de los griegos con los escitas tuvieron una doble vertiente. Con los poderosos reinos escitas del interior, los griegos mantuvieron relaciones políticas, religiosas y comerciales a través de los establecimientos griegos de la costa. Estas fundaciones se hallaban bajo la protección de estos reyes, que conseguían de este modo los objetos de lujo importados, que realzaban su prestigio, y el vino, que al parecer era uno de los productos más apreciados. Sin embargo, la asimilación de las costumbres y el modo de vida griegos más intensa se produjo entre los indígenas que vivían en los territorios próximos a las fundaciones, que fueron utilizados como campesinos dependientes.

Sobre la costa occidental del mar Negro, los milesios fundaron ISTROS en la desembocadura del río que llevaba este nombre (el actual Danubio), a mediados del siglo VII a. C.

La región poseía llanuras fértiles, lagunas abundantes en pescado y minas. Poco después establecieron en medio de la costa meridional del mar Negro la fundación de SÍNOPE sobre una península rocosa que contaba con buenos fondeaderos.

A comienzos del siglo VI a. C., los milesios intensificaron su ocupación de la zona mediante la llegada de nuevos contingentes de refuerzo que fundaron nuevos establecimientos y agrandaron algunos de los ya existentes mediante la construcción de edificios en piedra y la ocupación del territorio adyacente como *chóra*. Se fundan así en la península de Crimea, a la entrada del mar Azov (que los griegos denominaban laguna Meótide), establecimientos como PANTICAPEO, MIRMEKION y TIRITAKE; al otro lado del estrecho, HERMONASA y FANAGORIA, y finalmente, al fondo del mar de Azov, TÁNAIS en la desembocadura del río que lleva ese nombre (el actual Don).

Otra fundación griega importante de la zona fue HERACLEA PÓNTICA, en la costa meridional del mar Negro, llevada a cabo por los megarenses en colaboración con los beocios en el 575 a. C. Un rasgo peculiar de esta fundación fue el sometimiento de la población indígena local, los llamados *mariandinos*, que fueron utilizados como fuerza de trabajo servil.

Nuevas oleadas de emigrantes jonios llegaron a la zona hacia la mitad del siglo VI a. C. debido a la presión ejercida por los persas. Los milesios fundaron así ODESOS en la costa occidental y FASIS, GIENOS y DIOSCURIAS en la Cólquide, al fondo oriental del mar Negro. Las *apoikíai* originales, algunas de las cuales consistían en poco más que cabañas semienterradas para protegerse del duro clima de la zona, se convirtieron en estos momentos en verdaderas ciudades con

instituciones políticas y religiosas, sus propias monedas y una *chóra* bien organizada y cultivada, es decir auténticas poleis. Las ciudades griegas de la región se convirtieron pronto en comunidades ricas y prósperas, a lo que contribuyó de forma decisiva la buena relación que tenían con los indígenas en la mayoría de los casos. A través de estos establecimientos y siguiendo el curso de los grandes ríos fluían hacia el interior los productos manufacturados griegos, el vino y el aceite, que eran muy bien acogidos entre las elites indígenas. Los griegos obtenían a cambio grano en abundancia, madera, pescado salado, pieles y esclavos.

3.1.11. La zona adriática

La fundación de establecimientos griegos en la costa noroccidental de Grecia y en toda la región del Adriático presenta algunas singularidades. En primer lugar, los pueblos que habitaban la parte más meridional de esta zona hablaban una forma de griego a pesar de que no habían desarrollado formas políticas como la polis. Su forma de organización era una especie de comunidad tribal denominada *éthnos* en la que poblaciones dispersas a lo largo de un mismo territorio, unidas solo por la fuerza de la costumbre y de la religión, se regían bajo el gobierno de una asamblea periódica que se reunía en el santuario común.

En segundo lugar, la mayor parte de las fundaciones que se establecieron en esta zona mantuvieron desde el principio una relación de dependencia respecto de su metrópoli. Casi todas ellas fueron fundaciones de Corinto y más tarde de Corcira, que había sido en un principio una fundación de los eubeos pero pasó más tarde a manos corintias. El objetivo

principal de Corinto era crear una ruta comercial hacia el mar Adriático que pudiera controlar las vías marítimas. Algunas de las fundaciones realizadas en la última parte del siglo VII a. C. como AMPRACIA o LEUCADE tenían la función de asegurar la ruta hacia el Adriático. Las principales fundaciones se establecieron sobre las costas de Iliria al norte como APOLONIA, fundada en colaboración por corintios y corcireos, y EPIDAMNO, fundada ya solo por Corcira junto con algunos exiliados políticos de Corinto. La población indígena de la región eran los ilirios, un pueblo indoeuropeo que, a pesar de su reconocida hostilidad inicial, mostró pronto su afición por los productos griegos. Algunos tesoros hallados en el interior del país revelan la influencia corintia y constituyen un testimonio elocuente del interés ilirio por los productos griegos. En el lado italiano del Adriático solo se han hallado dos establecimientos del período arcaico, ADRIA y SPINA, situadas en el delta del río Po. Tienen gran interés porque representan dos establecimientos de tipo comercial y de carácter mixto, compuestos de elementos etruscos y griegos, que gozaron de una gran prosperidad, tal y como revelan los numerosos ejemplares de cerámica ática de gran calidad hallados en la zona que hoy pueden verse en el museo de Ferrara.

3.1.12. El norte de África

La fundación de establecimientos griegos en el norte de África se redujo al delta del Nilo y a una pequeña parte de la costa actual de Libia. El caso de Egipto resulta ciertamente singular. El único establecimiento griego en el país, NÁUCRATIS, fue un enclave comercial *(empórion),* organizado

bajo el estricto control del faraón. Confluyeron allí diferentes comerciantes procedentes de todas las ciudades griegas de Asia Menor y de las islas en busca del grano egipcio, que intercambiaban por vino, aceite y plata. La influencia griega en la región apenas se hizo notar, ya que, a diferencia de lo que sucedía en las demás regiones, en Egipto los griegos debieron adaptarse a las exigencias del país y al dictado de sus gobernantes, que deseaban fomentar la presencia de mercenarios y comerciantes dentro de su territorio pero en enclaves bien delimitados y controlados por la autoridad local.

La costa de Libia, denominada CIRENAICA, ofrecía mejores condiciones. Sus fértiles tierras costeras estaban habitadas por una población mixta de bereberes, dividida en tribus y gobernada por reyes. Su modo de vida era esencialmente de tipo pastoril y no existían por ello centros de población importantes. Conocemos muy bien la historia de la fundación de CIRENE, gracias al relato de Heródoto y a una inscripción que contiene, al parecer, el decreto de fundación original de la ciudad, además de una cantidad respetable de testimonios arqueológicos. Fue fundada por los griegos de la isla de Tera, que se vieron obligados a salir de su patria a causa de una prolongada sequía. Después de varias tentativas fracasadas, se establecieron por fin en el lugar que más tarde sería Cirene gracias a la aparente colaboración de los indígenas de la zona, que en realidad trataban de evitar así que los griegos ocuparan la costa. La prosperidad del nuevo establecimiento se basaba en su extraordinaria riqueza agrícola y ganadera, así como en el monopolio comercial de una planta llamada silfio que tenía al parecer propiedades curativas y podía servir también de alimento. Su comercio era un privilegio real y la planta en cuestión constituyó el emblema que adornaba las monedas acuñadas

en la ciudad. Su historia resultó muy turbulenta desde el punto de vista político, debido a la sucesión de guerras civiles y a los continuos cambios de régimen, desde la monarquía inicial hasta la democracia. Hubo también problemas con los indígenas de la zona cuando con el tiempo Cirene fundó a su vez otros establecimientos en la región en detrimento de sus ocupantes anteriores, que quedaron reducidos a las zonas más áridas del interior de la región. Con la fundación de Apolonia, que se convirtió en el puerto de Cirene, la ciudad participó de lleno en el sistena de intercambios internacionales. Otras fundaciones fueron EUHESPÉRIDES y TAUQUIRA. BARCA, por su parte, fue fundada por un grupo de disidentes de la ciudad. Gracias a la riqueza de sus recursos, a las buenas relaciones iniciales con la población indígena y a su inmejorable posición estratégica, la ciudad se convirtió en una de las comunidades griegas más prósperas y florecientes.

3.1.13. El lejano Occidente

Entre los griegos empezaron a circular muy pronto relatos legendarios acerca de las inmensas riquezas de los confines occidentales de la cuenca mediterránea. Estos remotos lugares habían sido escenario de algunos episodios del ciclo de Heracles, uno de los héroes griegos más importantes. La aparición de restos de cerámica griega en Huelva deja abierta la posibilidad de una temprana frecuentación griega de estas latitudes, quizá a través de los eubeos, pero la presencia fenicia en toda la zona, bien atestiguada arqueológicamente, conduce a suponer que pudieron haber sido los fenicios los que transportaron hasta allí esta clase de objetos

entre sus mercancías. La primera noticia que tenemos de un contacto directo griego con las tierras de la península ibérica nos la proporciona Heródoto, que menciona la historia del viaje extraordinario de un comerciante de Samos, Coleo, que después de atravesar las columnas de Heracles (estrecho de Gibraltar) logró llegar hasta el emporio de Tartesos y consiguió allí una gran fortuna. Posiblemente hay que situar el viaje hacia mediados del siglo VII a. C. a pesar de todos los elementos fantásticos que lo rodean, como la prolongada acción del viento que le desvió de su ruta cuando iba en realidad hacia Egipto. Sin embargo, es el mismo Heródoto quien atribuye el verdadero descubrimiento de estas apartadas regiones a los foceos de Asia Menor, ya que, según afirma, fueron los primeros griegos que emprendieron largos viajes por mar y quienes descubrieron de forma sucesiva los mares Adriático y Tirreno, Iberia y el mencionado reino de Tartesos. Viajaban en naves de guerra y establecieron muy buenas relaciones de amistad con el monarca indígena de aquella remota región. Sin embargo, no se ha encontrado ningún establecimiento griego en las proximidades de Tartesos ni en toda la costa andaluza. Las únicas fundaciones foceas reconocidas son las de Massalia (la actual Marsella) y Empórion (Ampurias). Ambos establecimientos eran enclaves comerciales que apenas contaban con territorio adyacente. Es muy posible, sin embargo, que los navegantes griegos frecuentaran la costas levantinas peninsulares de forma estacional, tal y como parecen probar algunos establecimiento como la Pícola, en Santa Pola, que a pesar de su carácter indígena revelan indicios de una tímida pero importante presencia griega. Resultan igualmente significativos algunos de los posibles resultados de esta presencia en las culturas indígenas de la zona como la

escritura o la estatuaria en piedra, que revelan claros indicios de la influencia griega.

La fundación principal de todo el lejano occidente fue sin duda MASSALIA, establecida por los foceos hacia el 600 a. C. El lugar ocupa una posición estratégica sobre la costa y posee un magnífico puerto, además de hallarse en las proximidades de la desembocadura del Ródano, un río por el que discurrían importantes rutas comerciales. Desde Massalia se estableció un fructífero comercio con los reyezuelos indígenas del interior del país, celtas que poseían una cultura de la última Edad del Hierro. El testimonio más impresionante de este comercio a larga distancia lo constituye el hallazgo en una necrópolis situada a unos quinientos kilómetros de la costa de una magnífica crátera de bronce (la crátera de Vix), que fue posiblemente elaborada en talleres del sur de Italia. Es probable que como otros muchos objetos de lujo hallados en la región esta monumental vasija desempeñase la función de don destinado a atraerse el favor de los gobernantes locales para que facilitaran la circulación del comercio griego. Parece que el impacto griego sobre la región fue considerable y de hecho los foceos realizaron nuevas fundaciones en NIKEA (la actual Niza), ANTÍPOLIS (Antibes) y THELINÉ (Arles).

EMPÓRION constituye hasta la fecha el único establecimiento griego bien identificado en toda la península ibérica. Fue fundado desde Massalia poco después del 600 a. C. Su mismo nombre es claramente indicativo de la naturaleza comercial del emplazamiento. Primero se establecieron sobre una isla frente a la costa, hasta que con el paso del tiempo se trasladaron a ella y erigieron una ciudad en la que habitaba una comunidad mixta de griegos e indígenas de la región. El caso de Empórion representa un buen ejemplo

de las complejas relaciones que mantenían griegos e indígenas en este tipo de establecimientos.

La llegada masiva de refuerzos procedentes de Focea, cuando cayó en manos de los persas, significó el inicio de serios problemas con etruscos y cartagineses, que se coaligaron para poner freno a los desmanes comerciales y a las razias piráticas de los foceos. La batalla de Alalía, librada en aguas de Córcega hacia el 540 a. C., resultó determinante para el destino de los griegos en la zona a pesar de su resultado incierto frente a sus contendientes, ya que se redujeron de forma definitiva sus posibilidades de expansión en estas regiones del Mediterráneo occidental.

3.1.14. La emergente Jonia

Una de las regiones griegas más florecientes a lo largo del período arcaico fue Jonia, situada en la zona central de la costa occidental de Asia Menor. Durante el período precedente se habían establecido en la región inmigrantes procedentes del continente que habían ido poblando los fértiles valles que forman los ríos Hermo y Meandro. Tras un confuso período inicial de luchas por los asentamientos, la región quedó dividida en doce ciudades. Dos de ellas, QUÍOS y SAMOS, se hallaban en las islas situadas frente a la costa asiática. Las otras diez restantes se escalonaban a lo largo de la costa, de norte a sur, en el siguiente orden: FOCEA, CLAZÓMENAS, ERITRAS, TEOS, LÉBEDOS, COLOFÓN, ÉFESO, PRIENE, MIUNTE y MILETO. ESMIRNA, situada al norte de Jonia y de origen eolio, fue también absorbida por los jonios en época temprana. La mayoría de estas ciudades poseían amplios territorios en el interior y utilizaban

como mano de obra a la población indígena. Esta es quizá una de las claves que explica el rápido desarrollo de estas comunidades y su importante movimiento intelectual. Muchos de sus habitantes se vieron así liberados del trabajo y podían disfrutar del ocio necesario para el desarrollo de estas actividades. Su privilegiada posición al lado de reinos como Frigia primero y Lidia después, que se hallaban en estrecho contacto con los grandes imperios del Próximo Oriente, pudo resultar igualmente decisiva a este respecto. Su proximidad a las rutas comerciales que atravesaban la península anatolia les permitió entrar en contacto con las ideas y formas artísticas más avanzadas de estas civilizaciones. Estos contactos se dejaron sentir también en una forma de vida más refinada y lujosa que la del resto de los griegos. Los objetos de lujo importados de Oriente, las ropas cuidadas y la suntuosidad de algunos edificios públicos fueron otras consecuencias de esta situación ventajosa. Resulta muy reveladora a este respecto la áspera crítica del poeta Jenófanes de Colofón hacia sus conciudadanos:

> Habiendo aprendido de los lidios inútiles lujos
> mientras estaban exentos de odiosa tiranía,
> acudían al ágora no menos de mil en total,
> con mantos teñidos de púrpura todos,
> jactanciosos, ufanos de sus muy cuidadas melenas,
> impregnados de ungüentos de aroma exquisito.

No es casual que hicieran su aparición en esta zona los poemas homéricos y una buena parte de la poesía lírica o que se iniciara aquí la especulación sobre los fenómenos de la naturaleza a cargo de una serie de individuos bien distin-

tos que aunamos bajo el término equívoco de «primeros filósofos».

Las condiciones materiales eran las más favorables para el despegue cultural. A la riqueza agrícola de la región y la fácil disponibilidad de una fuerza de trabajo servil se vinieron a sumar otras actividades como el comercio y las empresas de ultramar. Mileto emprendió la fundación de establecimientos en la zona de los estrechos y en las costas del mar Negro, Focea lanzó sus barcos de guerra hacia el lejano Occidente y algunas islas, como Samos y Quíos, comenzaron a desarrollar un importante comercio. La pujanza de estas actividades se pone de manifiesto a través de la difusión de la cerámica jonia por todo el Mediterráneo y de la presencia notoria de comerciantes jonios en el enclave comercial de Náucratis, en el delta del Nilo. Como resultado de todos estos contactos y de su apertura hacia el exterior, el ambiente de Jonia se caracterizó por un cierto cosmopolitismo social que se refleja en la posición de las mujeres dentro de la sociedad. A pesar de que su patria se situaba más al norte, los versos de la poetisa Safo resultan significativos del alto grado de refinamiento material y psicológico que algunas mujeres disfrutaban en aquella región y en aquellos momentos:

> Dicen algunos que un ecuestre tropel, la infantería
> otros, y esos, que una flota de barcos resulta
> lo más bello en la oscura tierra, pero yo digo
> que es lo que uno ama.

El espíritu abierto de las gentes de Jonia se puso también de manifiesto en la curiosidad que demostraron hacia todo tipo de fenómenos, desde las exóticas costumbres de los

pueblos no griegos, tal y como debieron describirse en obras como la de Hecateo o ya más en firme en la de Heródoto, hasta las especulaciones cosmológicas sobre la forma y composición del universo por individuos como Tales o Anaximandro. Jonios fueron también los primeros viajeros hasta tierras lejanas, como el samio Coleo, que navegó hasta los confines occidentales, o Escílax de Carianda, que exploró las aguas del Índico hasta el golfo pérsico.

Sin embargo, la vecindad con los reinos orientales tenía también sus inconvenientes. Las ambiciones expansionistas de estas potencias se centraron muy a menudo en estas regiones de Asia Menor. Con Frigia las relaciones fueron cordiales, como revelan los numerosos objetos de metal de esta procedencia que se encuentran en las ciudades griegas o las ofrendas hechas en el santuario de Delfos por el más conocido de sus reyes, el semilegendario Midas. Pero a comienzos del siglo VII a. C. el reino frigio se vino abajo ante las incursiones de los cimerios, nómadas procedentes del norte que tras atravesar el Cáucaso arrasaron Asia Menor y algunas partes del Próximo Oriente. Sus incursiones de saqueo afectaron a las ciudades jonias durante la primera parte del siglo VII a. C. Una de ellas, Magnesia del Meandro, sufrió los efectos de esta oleada invasora, y otras como Colofón debieron realizar grandes esfuerzos defensivos para protegerse de ella.

Tras la caída de Frigia, Lidia ocupó el lugar de primera potencia en la zona. Muy pronto se convirtió para los griegos en un centro de atracción al que los poetas líricos de este período aluden constantemente como punto de referencia ideal. Sus relaciones con las ciudades griegas fueron cambiantes. En ocasiones, la tendencia expansionista de la dinastía mérmnada chocó frontalmente con las aspi-

raciones de las ciudades griegas y algunas de ellas pasaron, al menos temporalmente, bajo la órbita del dominio lidio, como Colofón y Esmirna. Las presiones que ejercieron los sucesivos monarcas lidios incidieron en la política interna de las ciudades jonias, dando lugar al surgimiento de tiranías en algunas de ellas, como es el caso de Trasibulo en Mileto, que supo hacer frente a los ataques del rey lidio Aliates. Éfeso, otra de las grandes ciudades de la región, supo mantener buenas relaciones con este monarca lidio y sacar partido de las desgracias de sus vecinos consiguiendo anexionarse su territorio. El tirano local llevó a cabo una alianza matrimonial con Aliates y comenzó a edificar el imponente templo de Ártemis, que se iba a convertir con el paso del tiempo en una de las siete maravillas de la Antigüedad.

El grado de interacción entre griegos y lidios se hizo todavía más patente con el último de sus reyes, Creso. Después de varios intentos por apoderarse de Éfeso, finalmente hizo un tratado con la ciudad y colaboró ampliamente en la construcción del gran templo. Algunos de los enormes tambores de las columnas de este templo que se conservan en el Museo Británico de Londres llevan grabada la inscripción recordatoria «Creso erigió esto». Con las restantes ciudades jonias desarrolló una política más agresiva y se hizo pronto con el control de la zona. Las ciudades que quedaron a salvo, como Mileto, sufrieron en cambio importantes conflictos internos en los que se mezclaban las causas de tipo económico y étnico, posiblemente motivados por una rebelión de la población campesina que era utilizada como mano de obra servil. Aun con todos estos problemas, las ciudades jonias continuaron su desarrollo y produjeron una brillante generación de pensadores que

han sido considerados los primeros filósofos de la historia. Sin embargo, negros nubarrones empezaban a avistarse por el este. El creciente poderío medo se iba haciendo cada vez más patente y en el 546 a. C. el reino lidio caía ante el imparable avance de los persas de Ciro. De esta forma se abría un nuevo período de la historia griega para las ciudades jonias y los griegos del continente, que pronto iban a sentir sobre sus cabezas el peso de la amenaza persa.

3.1.15. La historia del mundo griego arcaico

La diversidad regional que caracteriza al mundo griego durante todo este período y la falta de testimonios hacen prácticamente imposible una historia detallada de cada una de las poleis que conformaban el panorama helénico de esos momentos. La pérdida de todas las historias locales y la distancia temporal ha provocado que la mayor parte de las informaciones que poseemos procedan de fuentes más bien tardías como Plutarco que aunque seguramente pudo consultar fuentes más antiguas, sus objetivos no eran los de un historiador moderno sino los de un autor de biografías con fuerte inclinación moralista que daba también entrada en su obra al material de carácter legendario. Desconocemos los caminos seguidos por estas informaciones hasta su confluencia en la historia de Heródoto o los tratados de Aristóteles en los siglos V y IV a. C., y todavía menos cuando se trata de una de las obras variopintas del período imperial romano. Nos encontramos con un auténtico puzle de noticias aisladas y dispersas carente de todo contexto que no nos permiten establecer una secuencia aproximada de los acontecimientos ni siquiera de algunas de las potencias más

importantes del período como Tesalia, que era una de las regiones más ricas y poderosas de todo el territorio griego. Dividida en cuatro cantones que eran controlados por las grandes familias dominantes como los Aleuadas de Larisa, los Escópadas de Cranón o los Equecrátidas de Farsalo, podía situarse todo el territorio bajo un solo mando en la persona del *tagós*, que era el cargo público más importante, una especie de comandante supremo, al que todos los tesalios debían obediencia. Gracias a la riqueza que le proporcionaban sus grandes llanuras, a la existencia de una población servil como los *penestas* y a una poderosa caballería, desempeñó un papel fundamental en la historia de este período. Habría así intervenido en la guerra lelantina en Eubea al inicio del período y ya casi al final del mismo en Atenas en ayuda del tirano Hipias en el 511 a. C. Su posición hegemónica dentro de la anfictionía que controlaba el santuarios de Deméter en Antela le proporcionó también un importante prestigio. Su intervención en la denominada primera guerra sagrada en torno al santuario de Delfos en el primer cuarto del siglo VI a. C. determinó la ampliación de la anfictionía a Delfos y convirtió al consejo anfictiónico en el supervisor y defensor oficial del culto pítico.

Otro protagonista destacado de la historia arcaica fue la ciudad de Argos en el Peloponeso. Aunque la presencia de la ciudad moderna sobre la antigua obstaculiza las investigaciones arqueológicas, algunos importantes hallazgos como la tumba de la Panoplia, datable a finales del siglo VIII a. C., revelan la riqueza de sus elites dirigentes. El contenido del ajuar funerario, que incluía un haz de espetones de hierro, un par de soportes para el fuego de origen oriental, una coraza de bronce y un casco también de bronce del tipo denominado asirio, pone de relieve que en esos momentos un

miembro de la clase dirigente argiva poseía ya los elementos básicos del armamento hoplita. La calificación como argivos de algunos de estos elementos y la pericia militar de sus soldados han llevado a pensar a algunos estudiosos que esta innovación de la táctica de guerra podría estar asociada a la ciudad de Argos, y en concreto a uno de sus gobernantes más célebres, Fidón, que habría regido los destinos de la ciudad en la primera parte del siglo VII a. C. Argos se convirtió bajo su dominio en una potencia militar importante que aspiraba a la hegemonía regional y hubo de enfrentarse, por ello, con su vecina y rival, Esparta, a la que consiguió vencer en la batalla de Hisias en el 669-8 a. C. Dentro de su poderosa campaña de propaganda tendente a reforzar sus aspiraciones, que se basaba en la gloria de sus antepasados ilustres como Agamenón, quiso controlar también el santuario de Olimpia. Además de la invención de la táctica hoplítica, se le atribuyen también la acuñación de la primera moneda de plata en Egina, que habría estado asimismo bajo sus dominios, y la imposición de una serie de pesos y medidas en el Peloponeso. Sin embargo, numerosas incertidumbres e interrogantes planean todavía sobre esta importante figura de la historia arcaica griega.

Conocemos también la existencia de algunos de los otros grandes tiranos de la época y la opulencia de sus cortes o algunos aspectos de la política de alianzas y de ordenación política y social que llevaron a cabo, como Clístenes de Sición, Teágenes de Mégara o Cípselo de Corinto, a quien sucedió en el poder su hijo Periandro; pero apenas podemos trazar la historia de estas comunidades políticas más allá del anecdotario rico y significativo que es posible extraer al respecto de obras como la de Heródoto, más interesado en resaltar algunos de sus vicios y perversidades. Percibimos el

entramado de ciertas alianzas como las que cuajaron a raíz de grandes conflictos y constatamos a veces de forma clara la existencia de profundas diferencias y animadversiones dentro del mosaico diverso de los estados griegos de este período como la rivalidad atávica entre Atenas y Egina, Argos con Esparta, o focidios, locrios y beocios con los tesalios. Sabemos de algunos acontecimientos importantes como las mencionadas guerras, la lelantina y la primera sagrada, pero las noticias de que disponemos al respecto aparecen entreveradas de elevadas dosis de propaganda hecha a posteriori y de fabulación que han llevado a muchos estudiosos a plantearse su propia condición como tales hechos históricos. Conocemos así acontecimientos, batallas, y protagonistas con mayor o menor densidad, pero nos sigue faltando, en definitiva, ese contexto general que salvando las dificultades de una datación incierta y de una factulidad en muchos casos discutible nos permita encajar cada una de las piezas que tenemos a nuestra disposición en el lugar que le correspondería dentro de un relato coherente y ordenado.

De forma no casual, la mayoría de nuestras informaciones se concentran sobre Atenas y Esparta, que ya a partir de esta época alcanzaron un cierto protagonismo a pesar de no haber tomado apenas parte en la expansión a ultramar. Podemos seguir con cierto detalle el relato del desarrollo de sus instituciones a lo largo de este período, aunque no exento de numerosas matizaciones e interpretaciones discordantes. Eran dos estados muy diferentes, con formas y modos de vida diametralmente opuestos. Atenas había conseguido unificar todo el territorio del Ática en torno a un centro político, que estaba en la ciudad de Atenas, e inició una fase de crecimiento económico y desarrollo político que la convertiría al final de este período en una de las grandes poten-

cias del mundo griego. Todos los habitantes del Ática eran atenienses por igual y se consiguió formar un estado unificado sin ninguna clase de súbditos internos, a diferencia de lo que sucedió en Esparta, Tesalia, Sición o Creta.

Esparta estableció su poder sobre el dominio a la fuerza de los territorios vecinos y creó de esta forma una serie de estatus políticos y sociales muy diferenciados que se acabarían convirtiendo en una de sus fragilidades internas como estructura política organizada. Dotada de estructuras arcaicas como una monarquía doble, evolucionó en el sentido contrario de Atenas y se fue cerrando cada vez más sobre sí misma, dejando atrás la pujanza y la brillantez cultural y artística de los primeros tiempos, con el único objetivo de continuar su expansión territorial y autodefenderse de sus numerosos enemigos internos y externos. Se decía que su apariencia exterior era la de un campamento militar más que la de una ciudad. Como afirmó Tucídides, resultaría difícil evaluar la grandeza pasada a partir de sus restos materiales, a diferencia de lo que sucedía con Atenas, que a través de sus restos visibles mostraba la grandeza y el poderío de su historia pasada. En sus propias palabras, «si Esparta quedara desierta y solo quedaran los templos y los cimientos de los edificios, las generaciones futuras nunca creerían que su poder fue equivalente a su fama».

3.1.16. La emergencia de la polis de Atenas

Los problemas habituales de este período derivados de la superpoblación y de la crisis agraria encontraron mejores soluciones en Atenas gracias sobre todo a la extensión territorial de los dominios de la polis que abarcaba toda la re-

gión del Ática. Sin embargo, a la larga, la *stásis* (lucha faccional, conflicto interno) hizo su aparición como en el resto de las ciudades griegas. Es posible que las elites dirigentes atenienses, el conjunto de familias denominado de forma colectiva *eupátridas* (los de ilustre cuna), o al menos una parte significativa de ellos, buscase el consenso y el pacto para tratar de evitar el estallido del enfrentamiento violento, que condujo en muchas comunidades a la instauración de tiranías. Sin embargo, a pesar de ello hubo al menos un intento por hacerse con el poder de este modo hacia el año 630 a. C., por parte de un individuo llamado Cilón que había obtenido la victoria en los juegos olímpicos y contaba con el apoyo del tirano de Mégara, con quien se hallaba directamente emparentado. La tentativa fracasó de forma estrepitosa y se produjo la muerte violenta de los partidarios del aspirante a tirano a pesar de que habían buscado refugio en un recinto sagrado. La tradición atribuía a los Alcmeónidas, una de las más poderosas familias aristocráticas atenienses, la responsabilidad directa de las acciones de carácter sacrílego que había comportado el asesinato de los partidarios de Cilón. Esta acusación ejercería una influencia constante en casi toda la historia ateniense posterior y revela la enorme importancia que este tipo de mensajes tenía dentro de la acción política habitual.

Un oscuro legislador llamado Dracón hacia el 620 a. C. trató de poner término a la cadena de asesinatos partidistas que estos acontecimientos habían desencadenado en Atenas mediante la promulgación de un código de leyes, que, según el testimonio de Plutarco, estaba escrito «más con sangre que con tinta». Apenas sabemos nada de esta legislación, y es muy probable que la mayoría de las reformas atribuidas a Dracón fuesen instauradas por Solón, que fue

el verdadero artífice de las reformas ya en la generación siguiente.

Solón es efectivamente la primera personalidad definida que encontramos en la historia ateniense. Hasta nosotros han llegado incluso algunos de sus fragmentos poéticos, en los que expone su pensamiento y alude a la trascendencia de su actuación política en la primera década del siglo VI a. C. Solón era un miembro más de los *eupátridas* que había sido elegido *arconte* (cargo oficial más importante) en el 594 a. C. Su misión era poner freno a los disturbios por medio de un arbitraje justo que diera a cada uno de los bandos en conflicto la parte adecuada a sus posibilidades y merecimientos, tal y como él mismo pone de manifiesto en uno de sus versos:

> Di al pueblo la parte que le correspondía, sin privarle de honor ni exagerar su estima.
> Y de los que tenían el poder y destacaban por ricos, también de estos me cuidé para que no sufrieran afrenta.

Su primera medida fue la liberación de las cargas *(seisachtheía)* que suponían la reducción a la condición de esclavos de una buena parte de la población campesina del Ática. Muchos pequeños campesinos pasaron así de la condición dependiente de *hectémoro* (término interpretado en el sentido de que estaban obligados a pagar un sexto de su cosecha anual a su acreedor) a ser campesinos libres. Rescató además a otros muchos que habían sido esclavizados a causa de las deudas e incluso liberó a muchos otros que habían sido vendidos en el exterior por este mismo motivo. Sin embargo, no cedió a la pretensión de estas mismas gentes para que se llevara a cabo un reparto de tierras a partes

iguales *(isomoiría)*. De esta forma provocó el descontento en ambas partes, ya que quizá esperaban unas medidas más radicales en uno y otro sentido. El papel de Solón como mediador aparece claramente reflejado en sus propios versos:

> Me alcé enarbolando mi escudo entre unos y otros y no les dejé vencer a ninguno injustamente.

La paz social, aunque inestable, quedó garantizada por un tiempo y desaparecieron casi de forma definitiva las formas tradicionales de explotación personal del campesino libre. Sin embargo, esta liberación de cargas, que garantizaba la libertad personal, no les libraba de llevar una existencia precaria. Solón quiso consolidar la paz social por medio de la promulgación de un código de leyes escritas. Posiblemente reemplazó al código de Dracón y amplió el dominio de competencias de la justicia común de la polis a otros campos aparte del asesinato, como el matrimonio, las sucesiones, herencias, sacrificios o funerales. Sin embargo, sus medidas más decisivas fueron las reformas constitucionales que introdujeron una jerarquía social basada en la riqueza como único criterio y establecían en función de ella la participación en los cargos militares y políticos. Solón repartió a la población ateniense en cuatro clases censitarias que tenían como base la riqueza expresada en *medimnos* (una medida de producción agrícola correspondiente a unos treinta y seis litros). En lo más alto de la jerarquía se hallaban los denominados *pentakosiomedímnoi* (ciudadanos que poseían un patrimonio equivalente a la cantidad de quinientos *medimnos*). Les seguían los *hippeís* (caballeros), que poseían una riqueza tasada en más de

trescientos *medimnos*. A continuación venían los *zeugítai* (palabra que tiene que ver con yugo), con una riqueza superior a los doscientos *medimnos*. Por último estaban los *thétes,* clase compuesta por todos aquellos con ingresos inferiores a esta última cantidad.

Los cargos más altos quedaron restringidos a la primera de las cuatro clases. Los cargos principales, los nueve *arcontes*, eran anuales, pero al finalizar el año sus ocupantes pasaban a formar parte del consejo del *Areópago* (colina de Ares), denominado así por el lugar donde celebraban sus reuniones. Era el baluarte fundamental de las antiguas familias *eupátridas* que dominaban el estado ateniense. Las dos clases siguientes podían acceder a cargos menores y, sin duda, formaron parte de un nuevo consejo establecido por Solón, denominado *Bulé,* compuesto por cuatrocientos miembros, cuya primera función parece que era preparar los decretos y reuniones de la asamblea. Por fin, los *thétes* quedaban excluidos de todo cargo y solo tenían libre acceso a una asamblea desprovista de poderes reales y ejecutivos.

El objetivo de las reformas era claro. Los *eupátridas* perdieron la exclusividad del poder, que ahora se veían obligados a compartir con nuevos ricos que no poseían una genealogía ilustre como soporte ideológico de su posición. Los pequeños propietarios, que constituían una buena parte de la población total del Ática y eran los componentes de la falange hoplítica que defendía a la ciudad, recibían su participación en el gobierno de forma significativa, pero su ascenso no suponía el final del predominio de los *eupátridas*. Por último, el *démos,* que representaba a la mayoría de la población, era reconocido como parte integrante de la ciudadanía y adquiría de este modo un papel político, aunque ciertamente todavía muy reducido. La polis ateniense em-

pezaba así a tomar forma y el sentido de comunidad cívica, apoyado en las libertades personales y en la existencia de un código de leyes accesible a todos, comenzaba a hacerse realidad. Es posible, además, que algunas medidas como la instauración de un tribunal popular, la *Heliea,* o el reconocimiento de la asamblea como electorado activo reforzasen de modo considerable la posición del *démos* de cara al futuro desarrollo de los acontecimientos.

3.1.17. La tiranía de Pisístrato

La obra de Solón no fue duradera ya que no sirvió para garantizar la paz social en Atenas. Se había asegurado la posición personal y jurídica de los pequeños campesinos pero no su condición económica, y además, habían regresado a la ciudad gentes que no poseían medios de subsistencia claros ya que no se había producido ningún reparto de tierras. Sin embargo, la cancelación de las deudas había sumido en el caos a las clases dirigentes al enriquecer a unos y arruinar a otros al dejar sin posibilidad de adquirir una fuerza de trabajo casi servil para sus propiedades. Una forma de resolver el problema fue la incorporación de esclavos extranjeros en los inicios del siglo VI a. C. Los conflictos siguieron así enconados y las rivalidades en el seno de la elite dirigente acentuaron este descontento generalizado y trataron de canalizarlo a su favor. La postura del *démos* a favor de una facción nobiliaria u otra iba a resultar decisiva a partir de entonces para el desarrollo de la historia de Atenas y algunos miembros ambiciosos de las elites dirigentes, conscientes de esta circunstancia, sabrían obtener las ventajas correspondientes a su favor.

Así se explica, en parte, el acceso al poder de Pisístrato, un miembro destacado de las clases dirigentes que había ganado mucha popularidad gracias a su victoria sobre los megarenses y su reconquista de la isla de Salamina. Consiguió un cuerpo armado propio para su protección tras haber fingido haber sido víctima de sus rivales políticos. No consiguió mantenerse en el poder ya que fue apartado del mismo por la alianza oportunista de dos de sus rivales. Tuvo que esperar a una tercera tentativa exitosa para hacerse finalmente con el poder en Atenas en el 545 a. C. Pisístrato supo ganarse el apoyo del *démos,* compuesto fundamentalmente por los campesinos libres que servían en la falange hoplita, en medio de un contexto político de lucha entre dos facciones aristocráticas que contaban con el respaldo de sus respectivas clientelas. En su promoción política influyó de forma decisiva el prestigio que había adquirido como dirigente militar en la guerra contra la vecina Mégara. Pisístrato contó, sobre todo, con el apoyo del *démos* campesino y de una banda de mercenarios, pero no marginó por completo a sus rivales de las elites dirigentes permitiéndoles ejercer cargos públicos durante su mandato.

El gobierno de Pisístrato resultó beneficioso para Atenas, según reconoce Aristóteles cuando afirma que «gobernó la ciudad con moderación y más como ciudadano que como tirano». A pesar de que impuso su poder por la fuerza, mantuvo en funcionamiento las instituciones establecidas por Solón sin ninguna clase de modificaciones. Su gobierno significó para Atenas un período de paz y prosperidad. Las casas particulares estaban mejor construidas, los servicios públicos mejoraron de forma evidente como las fuentes que aseguraban el suministro de agua a la ciudad y se estimuló el comercio y la exportación de forma considerable, como

parecen atestiguar las grandes cantidades de cerámica ática que se encuentran por todo el Mediterráneo en esos momentos, especialmente las copas. Su deseo de impulsar la actividad marítima se concretó en la conquista de Salamina, que arrebató de las manos de su rival y vecina Mégara, y en el establecimiento de dos importantes puntos de apoyo en el Helesponto en la ruta hacia el mar Negro. Favoreció a los pequeños campesinos a través de préstamos con cargo a un impuesto sobre la tierra cultivada que consistía en un diezmo de sus rentas.

El propio centro urbano de Atenas experimentó también cambios importantes. Se construyó el primer gran templo de Atenea sobre la colina de la acrópolis, se iniciaron los trabajos del templo de Zeus Olímpico, se erigieron diversos santuarios y se levantó un altar a los doce dioses en el ágora. Este tipo de obras públicas no solo contribuía al embellecimiento de la ciudad y fomentaba el orgullo cívico de sus habitantes, sino que proporcionaba también trabajo a los más pobres.

Sin embargo, su principal logro parece haber sido la consolidación del proceso de unificación del Ática y la promoción de una conciencia cívica basada en la capacidad de integración social de los cultos religiosos. La decisión de instaurar tribunales de justicia itinerantes, que se explica como destinada a favorecer la productividad agrícola, pudo haber estado encaminada también a la promoción de un sentimiento de solidaridad entre el centro urbano y la periferia rural a través de la dispensación de la misma clase de justicia. Instituyó también festivales y procesiones ceremoniales vinculadas a ciertos cultos como instrumento con el que potenciar esta unidad. Propició así las fiestas en honor de las divinidades políadas, como Atenea, y desarrolló el

culto de Dioniso, bajo cuya advocación aparecerán los primeros concursos dramáticos. Determinados cultos como el de Deméter en Eleusis o el de Ártemis en Braurón recibieron un nuevo impulso con la construcción de templos en el propio lugar y en la misma acrópolis de Atenas o en sus inmediaciones, estableciendo de este modo entre el centro político de Atenas y su periferia rural los necesarios vínculos rituales y físicos, cuando se celebraban las procesiones que discurrían desde la ciudad hasta los santuarios mencionados. El impulso dado a la fiesta de las Panateneas, que adquirió desde entonces un brillo especial, la introducción de la recitación pública de los poemas homéricos en el curso de la celebración y la promoción de figuras heroicas como Heracles y Teseo dentro del imaginario popular ateniense constituyen otras de las operaciones de prestigio y fundamentación ideológica llevadas a cabo por Pisístrato y quizá también durante el gobierno de sus hijos, ya que resulta complicado establecer diferencias entre uno y otro período. Proporcionó así una cohesión a la ciudad que no había conocido hasta entonces. Desarrolló además una acertada política exterior de carácter pacífico, mediante el establecimiento de buenas relaciones con las ciudades griegas más importantes y con algunos reinos extranjeros, como Lidia o el imperio persa. Gracias a su reforzamiento de las posiciones sobre el Egeo y a su control de los recursos mineros del monte Pangeo en Tracia obtuvo importantes ingresos que le permitieron acuñar las primeras monedas de plata adornadas con la lechuza, símbolo de la diosa protectora de la ciudad, que iban a convertirse en uno de los instrumentos principales del futuro poderío ateniense.

A la muerte de Pisístrato le sucedieron sus hijos Hiparco e Hipias, que no supieron conservar el poder heredado de

su padre. El asesinato de Hiparco a causa de un asunto de celos provocó el endurecimiento del gobierno de su hermano Hipias y fue a la larga uno de los factores que condujeron al final de la tiranía. Hipias adoptó medidas muy severas contra todos los sospechosos a raíz del complot y procedió al destierro de unos y a la ejecución de otros. Los aristócratas exiliados, y especialmente los miembros de la familia de los Alcmeónidas que habían sobornado al santuario de Delfos para que indujera a la colaboración a los espartanos, encabezaron así la oposición contra el tirano. Finalmente consiguieron su objetivo en el 510 a. C. tras varias tentativas sin éxito, gracias a la intervención armada del rey espartano Cleómenes I, e Hipias fue obligado a abandonar la acrópolis, donde se había atrincherado, y a salir de Atenas. Los autores de la muerte de Hiparco, Harmodio y Aristogitón, aunque actuaron claramente por un asunto personal y fueron asesinados de inmediato por los guardias del tirano, fueron posteriormente encumbrados por los atenienses a la condición de auténticos héroes por haber derribado la tiranía y les erigieron una estatua en medio del ágora.

3.1.18. Las reformas de Clístenes

Tras la caída de la tiranía y la retirada de los espartanos, continuaron las luchas internas en el seno de las elites dirigentes de Atenas. Uno de los contendientes, el alcmeónida Clístenes, consiguió imponerse a sus rivales capitaneados por Iságoras tras contar con el apoyo decisivo del *démos* a su facción. Para consolidar su posición intentó desarbolar el entramado de carácter tribal que constituía el soporte principal del poder de los aristócratas. Las *tribus* y las *fra-*

trías eran efectivamente estructuras comunitarias de integración social, basadas en una supuesta relación de parentesco y en un culto común, que favorecían la influencia local y regional de las grandes familias a través de un sistema de clientelas, dado que ostentaban el sacerdocio de los principales cultos y ejercían así un papel dirigente indiscutible dentro de las respectivas comunidades. Apenas sabemos nada acerca de su funcionamiento ya que la mayor parte de nuestros testimonios son de época tardía y retrotraen estructuras y organizaciones de su propia época hasta tiempos más antiguos. Estudios como del francés Denis Rousell han demostrado la complejidad y variedad de las estructuras del parentesco arcaico, su desarrollo paralelo al de la polis y su papel en la integración parcial del individuo en grupos locales que iban vertebrando la comunidad en un sentido corporativo. La propia dinámica de los grupos de presión locales a favor de sus intereses convirtió a estas agrupaciones en verdaderas clientelas políticas de los clanes dominantes en cada uno de los distritos territoriales. En cada una de las regiones naturales del Ática, la llanura con la ciudad *(pedíon),* las zonas costeras del suroeste *(parália)* y las zonas del interior *(mesógaia),* los vínculos de dependencia política y socioeconómica así establecidos supeditaban a una gran parte de su población a los intereses políticos de las grandes familias que dominaban estas zonas.

Clístenes procedió, por tanto, a una auténtica remodelación y reestructuración del espacio cívico ateniense. Dividió el Ática en treinta unidades denominadas *tritias* (tercios) y constituyó diez nuevas tribus distribuyendo las *tritias* en diez grupos. Cada una de estas nuevas tribus contenía tres *tritias,* procedentes de cada una de las tres regiones naturales que configuraban el territorio ateniense. Cada

tritia contenía a su vez una serie de aldeas y granjas que fueron designadas como *démos,* que se convirtieron a partir de entonces en las unidades territoriales que formaban la polis de Atenas. Su objetivo principal era eliminar o aminorar los vínculos de clientela regional y asentar la unidad de la ciudad sobre unas bases completamente nuevas, ya que con la división en *démos* había conseguido integrar en la estructura cívica a aquellas gentes que no formaban parte del *démos* ateniense con anterioridad. De hecho, cada individuo, que hasta ahora se denominaba con su propio nombre y el de su padre, como forma de identificación, pasó a denominarse ahora con el nombre del *démos* respectivo. De esta forma, campesinos pobres y artesanos venidos del exterior podían acceder ahora al conjunto de la ciudadanía por medio de las nuevas agrupaciones.

Clístenes reemplazó también la antigua *Bulé* de Solón por un nuevo organismo con el mismo nombre pero compuesto ahora de quinientos miembros, a razón de cincuenta individuos por tribu que eran elegidos por sorteo. Los elegidos debían ser mayores de treinta años sin ningún requisito previo condicionado por el nacimiento o el censo de riqueza, ejercían su cargo solo durante un año y podían ocuparlo tan solo dos veces a lo largo de su vida. Esto abría la posibilidad a que la mayoría de los atenienses, fueran de la condición que fueran, pudiesen desempeñar esta función al menos una vez en su vida. Los cargos públicos supremos, los *arcontes*, aumentaron también hasta diez, uno por cada tribu. Asimismo se atribuye a Clístenes la institución de los diez *estrategos* o comandantes militares supremos, que procedían igualmente de cada una de las tribus. El *Areópago*, baluarte fundamental del poder político aristocrático, iba viendo mermadas sus atribuciones de forma creciente con

la asunción de funciones por parte de la *Bulé.* Sin embargo, el definitivo golpe de gracia estaba todavía por llegar, y aunque se habían dado importantes pasos hacia la democracia, faltaban todavía algunos aspectos fundamentales.

Fuesen cuales fuesen los motivos personales o políticos que impulsaron a Clístenes a emprender toda esta serie de reformas, la realidad es que confirió su fisonomía definitiva a la ciudad griega al conceder la igualdad jurídica *(isonomía)* a todos los ciudadanos atenienses y depositar el poder en el centro de la propia comunidad.

Los rivales de Clístenes no se rindieron, sin embargo, en sus aspiraciones de recuperar el poder político e Iságoras, su cabeza visible, llamó de nuevo en su ayuda a los espartanos. La llegada de un pequeño contingente espartano bajo el mando del rey Cleómenes provocó la huida de Clístenes de Atenas en el 508 a. C. y el destierro de numerosas familias que habían formado parte del nuevo régimen. Sin embargo, cuando Iságoras y sus aliados espartanos trataron de establecer un Consejo formado por trescientos individuos y proceder a la desarticulación de la *Bulé,* el conjunto de la ciudad se sublevo contra la intromisión extranjera y obligaron a Cleómenes e Iságoras a buscar refugio en la acrópolis. Dos días después se rindieron y devolvieron su gobierno mayoritario a Atenas. El peligro no había pasado del todo, ya que el monarca espartano planeó un ataque contra la ciudad desde diferentes puntos con la colaboración de Calcis y Tebas con el objetivo de convertir a Iságoras en tirano de Atenas. El descubrimiento de este asunto por algunos aliados espartanos provocó la desbandada temprana de los corintios y del otro monarca espartano. Atenas se enfrentó sucesivamente a tebanos y calcidios por separado y consiguió una gran victoria contra ellos. Clístenes y los exi-

liados regresaron a Atenas y ante el temor de una nueva invasión espartana enviaron mensajeros a la corte persa con el fin de solicitar su ayuda ofreciendo a cambio su sumisión al nuevo poder emergente que ya controlaba todo el territorio de Asia Menor.

3.1.19. La singularidad de Esparta

La característica más singular de Esparta fue la peculiar relación entre polis y territorio, tal como señaló en su día Moses Finley. Los dos acontecimientos decisivos que marcan toda la historia de Esparta en época arcaica son la institución de la realeza doble y las reformas de Licurgo por un lado, y la conquista y dominación de Mesenia por otro. Acerca de la figura de Licurgo es muy poco lo que sabemos, ya que nuestros testimonios proceden de las tradiciones de carácter mítico recogidas por autores de época posterior como Plutarco en su biografía de Licurgo, en la que predominan los elementos de ficción. Hasta el siglo VII a. C., la historia de Esparta discurrió por los cauces habituales de otras muchas ciudades griegas, tal y como puede apreciarse en los fragmentos del poeta lírico Alcmán, que alude a los coros de doncellas en los festivales, en los restos de algunos santuarios como el de Ártemis Orthia con sus ricas ofrendas y en la tradición que otorga a Esparta un papel preponderante en la evolución de la música griega. Al igual que en otras ciudades durante este período, Esparta sufrió también la *stásis,* tal y como podemos comprobar a través de los versos del poeta Tirteo.

Sin embargo, la conquista de Mesenia cambió por completo la situación a lo largo del siglo VII a. C., sobre todo

con la denominada «segunda guerra mesenia» que tuvo lugar en la parte final de esta época. Las continuas exhortaciones al combate y la apelación al buen gobierno *(eunomía),* que aparecen con insistencia en los poemas de Tirteo, constituyen una prueba inequívoca de las dificultades que atravesaba Esparta en aquellos momentos. Los conflictos internos que desgarraban el estado espartano dieron a los mesenios la oportunidad para rebelarse y esos mismos problemas internos impidieron una fácil solución del conflicto. A la vista de estas circunstancias, los espartanos optaron por una solución definitiva que liquidase la *stásis* interna, garantizara su seguridad interior frente a las posibles rebeliones y asegurase su supremacía militar frente a los estados enemigos vecinos como Argos y Tegea, con los que rivalizaba por el dominio del Peloponeso.

Estos cambios decisivos se hallaban estipulados en la llamada *Gran Retra,* una especie de constitución a la que algunos estudiosos niegan toda realidad y cuya fecha precisa es ampliamente debatida. El poder quedó dividido entre dos reyes, el consejo de ancianos *(gerusía)* y la asamblea de los *Hómoioi* (iguales), que se convirtieron en un cuerpo militar de elite con sus vidas dedicadas por completo a la formación militar y al servicio del estado. Este grupo reducido de espartanos residía en la ciudad de Esparta y ejercía su dominio sobre un extenso territorio de más de cinco mil kilómetros cuadrados que abarcaba las regiones de Laconia y la vecina Mesenia, que gozaba de un territorio fértil más abundante que la mayoría de los estados peloponesios. El resto de la población quedaba repartida en dos grandes grupos. El primero estaba compuesto por los llamados *periecos (períoikoi,* los que habitan en los alrededores), hombres libres que vivían en sus propias comunidades pero carecían de autono-

mía política y militar. Estaban obligados a formar parte del ejército regular espartano y a ponerse a sus órdenes. El segundo estaba formado por los *hilotas,* que agrupaba a la mayor parte de la población y se hallaba en una clara condición de dependencia del estado espartano, del que eran auténticos esclavos. Debían cultivar las tierras y ocuparse de los pastos de los espartanos y carecían de toda clase de libertades, incluida la de movimiento dentro del propio territorio. El elevado número de los *hilotas* con relación al de los propios espartanos condicionó de manera decisiva el desarrollo posterior de la historia de Esparta. El estado espartano se convirtió en un verdadero campamento militar que tenía como objetivo principal la formación de un ejército disciplinado presto en todo momento a la autodefensa, como única forma de control posible que evitase las sublevaciones masivas de la población dependiente. Esta situación condicionó igualmente toda su política exterior, ya que imposibilitaba la salida al exterior de un ejército espartano ante el temor constante a una sublevación generalizada de los sometidos.

Todo el sistema se regía por un modelo de educación e integración social ciertamente singular conocido como *agogé,* que estaba destinado a formar individuos fuertes y capaces desde el punto de vista físico y a alentar las virtudes del patriotismo y la camaradería entre los compañeros de armas. Un estricto sistema de selección natural marginaba desde el nacimiento a los más débiles o físicamente deformes, que según la leyenda eran arrojados desde lo alto del monte Taigeto. Se eliminaban toda clase de afectos y vínculos familiares mediante la temprana separación del niño de los padres a los siete años, cuando comenzaba su educación bajo la supervisión del estado. Cada joven quedaba integrado en una especie de grupo bajo el mando de

los de mayor edad, que sometían a duras y complicadas pruebas a los recién llegados para comprobar su valentía y sus condiciones físicas. La norma imperante era la austeridad y en muchos casos se veían obligados a robar para alimentarse, demostrando de este modo sus capacidades de supervivencia. Aquellos que fracasaban eran sometidos a severos castigos y humillados por los jóvenes mayores, que ejercían un control casi absoluto sobre sus vidas. De esta forma se fomentaban cualidades como la disciplina, la obediencia y la uniformidad. Dentro de este ambiente era normal que surgieran afectos de carácter homosexual dada la estrecha convivencia entre unos y otros y las fuertes tensiones que debían soportar y la reducida convivencia conyugal, que solo tenía como objetivo la procreación.

Los que a la edad de veinte años conseguían superar estas pruebas entraban a formar parte de la *sisitía,* o comedores comunes de la comunidad adulta espartana, que se costeaban a cargo de sus propios miembros. Cada ciudadano espartano recibía del estado un lote de tierra *(kléros)* que constituía su principal fuente de recursos. Solo de esta forma se conseguía pertenecer al grupo exclusivo de los Iguales. Sin embargo, los espartanos no se hallaban a salvo del azar y de las circunstancias individuales a pesar de este énfasis abrumador en la vida colectiva. Fueron muchos los que acabaron perdiendo progresivamente su estatus como espartiatas y quedaron en una situación marginal debido al fracaso en alguna de las difíciles pruebas que debían afrontar, a la derrota militar o a la privación de su *kléros,* lo que les impedía contribuir al mantenimiento de su correspondiente *sisitía.*

Esta concentración exclusiva en el aspecto militar favoreció la existencia de un ejército formidable, bien discipli-

nado y formado para el combate y acostumbrado a resistir todo tipo de contrariedades, y la entrega de las actividades económicas en manos de los periecos y los *hilotas,* que se ocupaban respectivamente del comercio y de la provisión de alimentos. En Esparta no se utilizó la moneda ni se desarrolló el urbanismo como en el resto de las ciudades griegas.

Sin embargo, a pesar de las apariencias, todavía subsistía en algunos sectores de la sociedad espartana un cierto modo de vida aristocrático, como revelan los numerosos objetos importados de lujo de marfil que se han encontrado en el santuario de Ártemis Orthia, los magníficos ejemplares de la cerámica laconia, que constituía un bien de tipo suntuario, la fina estatuaria de madera, los trabajos en bronce, y finalmente, la existencia de algunos vencedores en las carreras de carros de Olimpia procedentes de Esparta. No obstante la mayor parte de esta clase de refinamientos desapareció en la última parte del siglo VI a. C., cuando quizá el sistema se vio obligado a cerrarse sobre sí mismo y se agudizaron las presiones sobre el cuerpo militar dirigente que constituía el núcleo básico del estado espartano.

La propia estructura del estado espartano favorecía además la proliferacion de tensiones y conflictos. La existencia de una monarquía doble constituía ya en sí misma un elemento de tensión, pues ambos reyes eran los líderes militares del ejército, poseían privilegios especiales y recibían honores públicos en sacrificios y banquetes. Sin embargo, no gozaban de plena autonomía ya que se hallaban bajo la supervisión de unos cargos públicos denominados *éforos* (supervisores) que eran casi plenipotenciarios en sus atribuciones. El conflicto casi permanente entre los monarcas y los *éforos* constituye una de las constantes de la historia

espartana. Los *éforos* eran cinco y constituyen seguramente el resultado de una extraña combinación entre algunos rituales arcaicos de iniciación, propios del peculiar sistema educativo espartano, y las funciones populares en su misión de velar por el correcto funcionamiento del estado.

Las otras dos instituciones básicas eran la *gerusía* o consejo de ancianos y la *apélla* o asamblea popular de los espartanos, que poseía la decisión final en cuestiones importantes a pesar de su reducida capacidad ejecutiva. El conjunto de la sociedad espartana estaba distribuido en tres tribus dorias *(Pámphuloi, Hilléis* y *Dumánes)* y en cuatro *obas* o aldeas que constituían la base territorial de reclutamiento. Una sociedad, en suma, articulada en un solo cuerpo dirigente, aparentemente homogéneo, que imponía su predominio sobre el resto de la población de estatus semidependientes *(periecos)* o completamente serviles *(hilotas)*, pero en la que subsistían dentro del propio núcleo dirigente profundas diferencias de riqueza, estatus o incluso de tipo étnico. Un episodio como la fundación de Tarento revela la existencia de estas tensiones internas y el tipo de soluciones radicales con las que se solventaban. Los *parthéniai* (nacidos de las doncellas), posiblemente descendientes de la unión de mujeres espartanas con elementos ajenos al cuerpo espartiata durante la larga campaña militar contra Mesenia, fueron excluidos de la comunidad y enviados a ultramar a finales del siglo VIII a. C. Esta tendencia a una exclusividad creciente del grupo dirigente y la enorme capacidad para generar estatus marginales o dependientes acabaron siendo la causa principal de la decadencia de Esparta con el correr de los tiempos.

3.1.20. El sentido de la religión griega

El conjunto de creencias y prácticas rituales que nosotros denominamos religión, un término que curiosamente no tiene traducción al griego ya que es de origen latino, se hallaba profundamente implicado en todas las manifestaciones de la civilización griega, tanto políticas, sociales o culturales. La religión, que solo podría traducirse al griego a través de un término como *eusébeia* (piedad y respeto hacia los dioses), formaba parte indisoluble de la vida cotidiana de la polis. Era precisamente a través de su participación en los ritos comunes que la ciudad organizaba en honor de la divinidad protectora como cada individuo se sentía miembro activo de la comunidad. Estas prácticas cultuales integraban a los ciudadanos y les proporcionaban el sentimiento de cohesión social necesario. Estos vínculos de naturaleza religiosa fueron los que los tiranos intentaron promocionar mediante la creación de festivales religiosos de carácter cívico que implicaban a toda la comunidad y daban sentido a sus instituciones.

Las creencias religiosas constituyeron también una de las señas de identidad colectiva griegas, ya que era el único vínculo en la práctica capaz de unir, aunque fuera de forma esporádica, a un mundo fragmentado en pequeños particularismos políticos. En todas partes se reconocía a los mismos dioses, a pesar de la diversidad existente, y enseguida adquirieron un enorme prestigio e importancia en el conjunto de la vida griega una serie de santuarios de carácter panhelénico, a los que acudían estacionalmente gentes procedentes de todos los rincones del mundo griego.

Una de las mayores dificultades que existen para comprender la religión griega es su naturaleza politeísta, que la distancia enormemente de nuestra moderna experiencia en

este terreno, que va asociada habitualmente al ejercicio de religiones de carácter monoteísta y dogmático. La gran riqueza de cultos y divinidades en el mundo griego resulta ciertamente sorprendente. Los dioses griegos pertenecían al orden natural del mundo. Eran percibidos como potencias que ponían de manifiesto su presencia a través de acciones determinadas. No eran, sin embargo, omnipotentes ni eran los creadores del mundo. En buena medida se hallaban sujetos al orden natural y apenas podían modificarlo o alterarlo sin graves consecuencias. Eran, en definitiva, poderes reconocidos como tales desde siempre, y por ello la expresión corriente entre los griegos no era «creer en los dioses», como es frecuente entre nosotros, sino *nomízein toús theoús* (reconocer a los dioses, es decir su poder). Era comprensible, por tanto, que las nuevas divinidades de otros pueblos fueran asimiladas con cierta facilidad al panteón helénico una vez reconocido el tipo de poder que representaban. No existía así diferencia alguna entre dioses verdaderos y falsos, ya que se trataba simplemente de potencias que eran reconocidas y veneradas desde antiguo y otras que poseían una historia más reciente.

Una consideración global de las creencias griegas puede dar la impresión de que se caracterizaban por su completo pesimismo, ya que la vida humana aparecía como algo efímero y cargado de miserias, sometida por completo al capricho y arrogancia de unos dioses que no mostraban especial preocupación por los seres humanos. Toda la literatura de este período está llena de expresiones de esta índole, como los versos de Mimnermo de Colofón:

> No hay un solo hombre al que Zeus no envíe los males por millares.

Otro poeta, Semónides de Amorgos, consideraba que los hombres eran «criaturas de un día que no saben por qué camino llevará el dios a cada uno de nosotros hasta su destino».

Esta concepción pesimista de la vida entre los griegos se vio reforzada por la conciencia de la precariedad humana y de la existencia de un destino que decidía implacable lo que a cada uno le había tocado en suerte (*móira* o parte que a cada uno le ha tocado), sin que los propios dioses pudieran evitarlo. A pesar de ello se creía que los dioses velaban por la justicia (*díke*) y solían castigar a aquellos que transgredían los límites establecidos para la existencia humana (*húbris*). La necesidad de tomar conciencia de estos límites para la condición mortal es lo que expresa la máxima délfica *gnóthi seautón* (conócete a ti mismo), que ha sido entendida habitualmente en otra dirección.

Esta autoconciencia de las limitaciones de la vida humana produjo, sin embargo, un efecto contrario al pesimismo como el deseo de obtener el máximo provecho del momento presente. El historiador de las religiones Mircea Eliade lo expresó en su día como «el gozo de vivir, descubierto por los griegos, revela la bienaventuranza de existir, de participar en la espontaneidad de la vida y en la majestuosidad del mundo». La mayor parte de las manifestaciones humanas, tanto las de tipo puramente profano, como juegos, danzas, competiciones, espectáculos, banquetes, trabajos diarios o el amor, como aquellas otras más específicamente religiosas, como cánticos, plegarias y sacrificios, adquirieron en conjunto un elevado sentido religioso que al hombre moderno, más habituado a la separación de las dos esferas, le resulta muy difícil entender.

3.1.21. Los principales dioses griegos

Los dioses griegos ofrecían la apariencia de un grupo familiar fuertemente jerarquizado en el que podía reconocerse el reflejo de la propia experiencia humana. El denominado panteón olímpico (el conjunto ordenado de los dioses) era, por tanto, un modo de ordenar y conceptualizar el universo que los griegos atribuían a los dos grandes poetas de este período, Hesíodo y Homero. Así, la amenazante diversidad y variedad de fuerzas hostiles que condicionaban la vida humana eran percibidas de un modo ordenado y tranquilizador al quedar integrada dentro de un orden natural sancionado por los dioses. Esta omnipresencia de la divinidad constituía un sentimiento ambiguo entre el temor y el asombro que los griegos denominaban *thámbos*.

La poderosa imaginación creativa de los griegos y su racionalismo práctico les condujo a fraccionar la presencia divina polimorfa en individualidades concebibles a su medida. Así se crearon, a través de los poetas y los artistas plásticos, las imágenes antropomórficas de los dioses como prototipos de belleza física que a partir de Homero dominan todo el panorama cultural griego. Sin embargo, les atribuyeron también un comportamiento similar a los humanos, con pasiones, deseos y rencores que ocasionaban frecuentes peleas y conflictos entre ellos. La profunda diferencia que separaba a los dioses de los hombres era su condición de inmortales. Así, los seres humanos, aunque trataban con cierta familiaridad a los dioses y se sentían cercanos a ellos, al final se veían obligados a reconocer la distancia infranqueable que los separaba.

Los dioses habitaban en el monte Olimpo, que estaba situado al norte de Tesalia, al cual al principio tuvieron que defender del ataque de fuerzas del caos como los gigantes,

y allí celebraban asambleas en las que decidían sobre el destino de los hombres.

ZEUS era el dios principal del panteón olímpico griego. Era un dios de carácter celeste de origen indoeuropeo que, según Homero, había recibido en el reparto del universo «el cielo inmenso, a la vez con su esplendor y sus nubes». Tenía como atributos «lluvioso», «el que envía los vientos favorables», «el que amontona las nubes», «el que truena» o «el que fulmina con el rayo», propios de este ámbito de su soberanía. Zeus había impuesto su dominio sobre una serie de divinidades oscuras de carácter primordial e informe, como su propio padre Crono, que había llegado a devorar a todos sus hijos, y se unió con una serie de diosas de diversa índole, como Metis (la prudencia), Themis (la equidad), Eurinome, Mnemosine, Leto, Deméter y finalmente Hera, que fue considerada su esposa oficial. Tuvo innumerables amores con diosas de carácter ctónico (relacionado con la tierra), como Dione, Europa o Semele. Algunos estudiosos han creído interpretar esta clase de uniones como el reflejo del proceso de asimilación por parte de los griegos de las deidades prehelénicas locales. Zeus fue acumulando con el tiempo casi todas las atribuciones y significados, tal y como proclama solemnemente el poeta Esquilo:

> Zeus es el éter, Zeus es la tierra, Zeus es el cielo. Sí, Zeus es todo lo que está por encima de todo.

Era el señor de los fenómenos atmosféricos, protector del hogar y de la abundancia (pues afectaba también a la fertilidad de los campos), garante de las leyes y defensor de la ciudad. Zeus aparece así como el dueño absoluto de todo el universo. Su carácter panhelénico puede apreciarse en los

numerosos santuarios consagrados a él por toda la geografía griega. Incluso tenía un oráculo en Dodona, en la región del Epiro, en el que se practicaba la adivinación mediante la interpretación del movimiento de las hojas del roble sagrado.

POSEIDÓN era uno de los dos hermanos de Zeus a quien había correspondido el mar como dominio en el reparto del universo. Se trata, por su nombre, de un antiguo dios de la tierra o espíritu masculino de la fertilidad, como revelan su relación con los caballos, unos animales de carácter infernal, y la condición monstruosa de muchos de sus hijos, como Polifemo, Tritón, Erecteo o las Harpías.

HADES era otro hermano de Zeus, a quien había correspondido en el reparto el reino de los muertos. Apenas se le nombraba y fueron escasos los lugares en los que fue objeto de culto. También las representaciones artísticas de su figura son excepcionales, como una placa de terracota procedente de Locri, en el sur de Italia, en la que aparece de perfil, sentado en el trono junto a Perséfone. Su reino era subterráneo y sus súbditos, los muertos, tan solo meras sombras carentes de vida.

APOLO destaca sobre toda la segunda generación de los dioses y se ha considerado que representa la encarnación más perfecta del espíritu griego como exponente de la mesura, del justo medio que promueve el respeto de la ley y el orden y conduce a la armonía. Era también el dios de la purificación ritual, que constituía una de las obsesiones de la mentalidad religiosa griega. La historia mítica de Apolo está repleta de desmanes cometidos por el dios que luego se vio obligado a purgar. En muchos lugares donde tenía santuarios sustituyó a divinidades anteriores de carácter ctónico o de origen prehelénico, como en Delfos, donde tenía su

principal santuario. Era, al tiempo, el dios de la música y las artes y aparece representado con la lira como uno de sus atributos principales. A través de sus oráculos, como los de Delfos o Claros en Asia Menor, transmitía el conocimiento de esta serenidad de conducta *(sophrosúne).* Sin embargo, presenta también un aspecto extático que lo relaciona con personajes extraños de carácter taumatúrgico (que realizaban maravillas) como Aristeas, Abaris o Hermótimo, capaces de desaparecer y reaparecer en lugares distantes, o con personajes más reales aunque con cierto aire legendario como Pitágoras, que también obraba milagros y reflejaba en sus enseñanzas estos aspectos.

HERMES era el mensajero de los dioses y desempeñaba también funciones tan diferentes como guía de los viajeros, señor de los confines y de las propiedades, dios de los mercados, y encargado de conducir a los muertos al Hades *(psuchopompós).* Tenía fama de habilidoso, mentiroso y ladronzuelo.

HEFESTO poseía una gran habilidad y destreza artísticas y se distinguía del resto de los olímpicos por su condición deforme.

ARES era el dios de la guerra y se caracterizaba por su extrema crueldad y violencia.

ATENEA era quizá la principal divinidad femenina griega. Nació completamente armada de la cabeza de Zeus y era una diosa de condición varonil que iba siempre armada y acompañaba y protegía a los grandes héroes como Heracles, Aquiles u Odiseo. Su atributo más característico era la inteligencia práctica *(métis).* Representaba el carácter sagrado de ciertos oficios y habilidades y con el tiempo se convirtió en el símbolo de la ciencia divina y de la sabiduría humana.

HERA era inicialmente la diosa protectora de Argos y tras convertirse en la esposa oficial de Zeus pasó a ser la protectora tutelar del matrimonio. Toda su mitología está repleta de las numerosas infidelidades de su esposo y de la cólera con que persiguió a sus rivales más destacadas, como Leto, que fue la madre de Apolo y Ártemis, o a alguno de los hijos bastardos de Zeus, como Heracles.

ÁRTEMIS presenta todo el aspecto de una divinidad de carácter oriental, al menos tal y como aparece representada en el denominado Vaso François, de forma heráldica entre dos ciervos que nos recuerda su atributo de «señora de los animales» o a algunas diosas orientales de la vegetación. Sus dominios eran los bosques y las fieras que habitaban en ellos. Aunque en el mundo griego era la diosa virgen por excelencia, presentaba también rasgos inconfundibles de una antigua diosa madre, como en su santuario de Éfeso, donde se la representaba con una multitud de pechos que reflejaban su antigua función. Compartía con Hera la función de educadora de los jóvenes *(kurótrophos)*. Esta divinidad con claros rasgos arcaicos y primitivos se convirtió finalmente en la divinidad tutelar de los cazadores, de los animales salvajes y de las muchachas.

AFRODITA parece otra divinidad de origen oriental ya que mostraba claras analogías en su iconografía y sus atributos con diosas cananeas y babilonias, como Tanit o Isthar. De hecho, su nacimiento se asociaba a la isla de Chipre, que fue un lugar de encuentros y mezcla entre las diferentes culturas del Mediterráneo oriental. Afrodita insuflaba el deseo sexual en animales, hombres y dioses por igual y basaba, por tanto, su dominio en la universalidad de este impulso natural. Como ha señalado el historiador de las religiones Mircea Eliade, «se trata en definitiva de una justificación religiosa de la sexualidad».

3.1.22. Otras divinidades al margen del Olimpo

DIONISO era una de las divinidades no estrictamente olímpicas que desempeñaron también un papel destacado dentro del mundo religioso griego. Era una divinidad de carácter contradictorio, que estaba relacionada con la fecundidad vegetal y con el poder embriagador y extático del vino. Su propio origen híbrido (su madre había sido una mujer) era indicativo de su condición enigmática y paradójica. Transmitía una experiencia religiosa derivada del éxtasis y el frenesí que ponían fuera de sí a los seres humanos. Sus ritos se celebraban por la noche en los campos y sus protagonistas eran mujeres en trance, denominadas Ménades o Bacantes. Su mitología hace referencia a la resistencia y oposición que el dios tuvo que afrontar para imponer finalmente su culto. Relacionado con los misterios fundamentales de la vida, el nacimiento y la muerte, Dioniso representaba una experiencia religiosa total que, dada la forma y calidad de su culto, tuvo enseguida una enorme difusión por toda Grecia.

DEMÉTER era otra divinidad importante en este terreno, junto a su hija Perséfone, que eran objeto de culto en Eleusis, cerca de Atenas, y constituyeron un tipo de experiencia religiosa diferente a la de los dioses olímpicos, a pesar de que la diosa se contaba entre ellos. Los misterios celebrados en Eleusis desempeñaron un papel importante dentro de las creencias y prácticas religiosas griegas. Todos podían tomar parte en ellos, mujeres y esclavos incluidos, con la única condición de hablar griego, a causa de la importancia decisiva que tenían las palabras pronunciadas en el curso de las ceremonias. Se trataba de una experiencia singular en la vida de todo ser humano, tal y como proclama el *Himno a Deméter:*

> Dichoso el hombre que viviendo en su tierra ha contemplado estos misterios. Pero el que no ha sido iniciado y el que no ha tomado parte en los ritos no poseerá después de la muerte las cosas buenas de allá, en las sombrías moradas.

Apenas sabemos nada de lo que sucedía en el interior del santuario de Eleusis, ya que la pena capital pendía sobre aquellos que contaran en público lo sucedido. Sin embargo, es muy posible que se tratara de una serie de ritos relacionados con la esperanza de la inmortalidad. A través de un ceremonial de carácter espectacular, del propio paisaje en el que se desarrollaban los ritos y de las circunstancias esotéricas que rodeaban todo el proceso y, quizá también, según han apuntado algunos, de la ingestión de algún tipo de sustancia alucinógena, los participantes iniciados en los misterios alcanzaban un estado tal de excitación que contemplaban una visión colectiva y adquirían un sentimiento de profunda solidaridad con las dos diosas. Seguramente, tras lo visto y vivido en Eleusis se creía que las almas de los iniciados podrían gozar de una existencia bienaventurada después de la muerte.

El ORFISMO fue otro culto de estas características que asumía como fundador al héroe mítico Orfeo, capaz de hacer entrar en éxtasis a toda la naturaleza con sus canciones y su música. Dado que había acudido al Hades en busca de su esposa y había conseguido regresar con vida de esta experiencia, sus seguidores, un grupo mucho más reducido que los fieles de los misterios de Eleusis, pretendían poseer conocimiento acerca del destino humano, de la relación con la divinidad y de la vida después de la muerte. Creían que en cada uno de los seres humanos existía una chispa de la divinidad y que solo a través de una vida

pura, lejos del sexo, de ciertos alimentos y de los sacrificios sangrientos, podía alcanzarse a liberar de su tumba corporal (*sóma séma,* el cuerpo una tumba). Los órficos fueron una especie de movimiento contracultural que ejerció gran influencia en otros pensadores posteriores como Platón.

HESTIA era una divinidad menor que fue identificada con el Hogar sagrado y convertida así en el centro del culto familiar.

PAN era una divinidad arcadia de los pastores y las montañas, que se representaba con los cuernos, orejas y patas de una cabra.

CIBELES y ATIS eran divinidades de clara procedencia oriental y estaban vinculadas a cultos de la fertilidad.

Las NINFAS eran una serie de divinidades de la naturaleza que poblaban bosques, montes, árboles y aguas.

3.1.23. Las relaciones con la divinidad

La relación del hombre griego con la divinidad se canalizaba, sobre todo, a través de la ceremonia del sacrificio. Por lo general, se sacrificaban animales, y una vez degollados, sus restos eran quemados ante el altar de la divinidad. Lo que se ofrecía a los dioses eran habitualmente las entrañas de las víctimas cubiertas de grasa a través del humo que ascendía hasta el cielo. El resto de la carne del animal se consumía en un banquete ritual colectivo que constituía, sin duda, un momento excepcional en la vida monótona del campesino griego. Mediante el sacrificio se conmemoraba el corte radical que se había producido en su día entre dioses y hombres, a través del diferente reparto de las porcio-

nes, pero servía al mismo tiempo para restablecer un vínculo de unión entre ambos mundos.

La otra respuesta ritual fundamental era la plegaria. A través de ella, los hombres intentaban también aproximarse a la divinidad, se dirigían a ella con precisión y cortesía, sin olvidar la explícita mención de sus títulos y atributos, y trataban de establecer un vínculo de obligaciones mutuas mediante el recordatorio de la realización de sacrificios pasados. El sacrificio y la plegaria constituyen, por tanto, las dos respuestas rituales adecuadas a la doble experiencia que el hombre griego tenía de la divinidad, a la vez cercana y distante, que caracterizaba a la religión griega.

La divinidad se comunicaba con los seres humanos a través de los sueños, los presagios, los oráculos, algunas palabras casuales o el vuelo de los pájaros. Era un tipo de lenguaje ambiguo y contradictorio ya que requería una clase especial de intérpretes capacitados para entender y transmitir el auténtico mensaje de la divinidad. Eran los únicos intermediarios válidos para entenderse con la divinidad y averiguar las causas que habían provocado su ira y las formas de ponerle remedio, cuando sucedía una desgracia o catástrofe, como una plaga o una epidemia. Por este motivo los adivinos, vates e intérpretes de sueños desempeñaron un papel tan destacado en la vida griega. Se les consultaba prácticamente ante cualquier tipo de actividad que uno se disponía a emprender, por cotidiana que fuese, e incluso los ejércitos en campaña iban siempre acompañados de un personaje de esta clase.

Hay que destacar, por último, un aspecto particularmente importante en la relación del hombre con los dioses que llegó a convertirse casi en una verdadera obsesión como la purificación ritual, ya que se creía en la necesidad inevitable de

liberarse de toda clase de impurezas en el momento de entrar en relación con los dioses. Esta sensación de impureza podía ser provocada por la comisión de un acto sacrílego y criminal o por el simple contacto con los misterios inquietantes del nacimiento y la muerte. Por ello, las mujeres embarazadas o quienes habían mantenido relaciones sexuales debían purificarse antes de iniciar cualquier acto religioso. Originariamente se pensaba en una verdadera suciedad material capaz de contaminar a toda la comunidad, pero este *míasma,* que era como lo designaban los griegos, acabó convirtiéndose en una mancha de carácter moral. La enorme importancia que tenía el acto de purificación se pone de manifiesto con la presencia de una pila de agua a la entrada de los grandes santuarios y de los templos.

3.1.24. Santuarios y festivales panhelénicos

Los festivales constituyen el marco de referencia principal de las prácticas religiosas griegas. La celebración de festivales ocupaba casi un treinta y tres por ciento del calendario griego y conocemos más de trescientos festivales en doscientos cincuenta lugares diferentes, lo que ilustra la enorme importancia que desempeñaron en la cultura griega. La mayor parte tenía su origen en celebraciones de carácter agrario que tenían el objetivo de propiciar la fluidez de las fuerzas de la naturaleza, incrementando las cosechas y la fertilidad en los animales y los seres humanos. Con el paso del tiempo se convirtieron en celebraciones oficiales de la polis y eran fijadas en el calendario de forma arbitraria. Eran el marco efectivo de participación del individuo en la vida de la comunidad. En el curso de la celebración se su-

cedían representaciones de carácter ritual, sacrificios, procesiones, comidas en común, danzas, acciones de carácter sagrado, y competiciones y certámenes de carácter atlético y musical. Su objetivo era ahora estimular la riqueza de la comunidad, propiciar el cambio y olvidar el pasado, pues al menos por unos instantes el individuo dejaba su condición de sujeto privado y sometido al paso del tiempo para sumergirse, casi de forma inconsciente, en un universo colectivo y de carácter atemporal.

La familia y la ciudad constituían el centro de las prácticas religiosas griegas a través de una serie de ritos de iniciación que marcaban el paso de una fase de la vida a otro (infancia, pubertad, efebía...) y de las ceremonias rituales que jalonaban la vida del ser humano (matrimonio, funerales...). Sin embargo, hubo una serie de santuarios que atrajeron desde muy temprano la atención y el interés de una buena parte del mundo griego hasta adquirir un carácter panhelénico que reforzó su prestigio. Se hallaban situados, curiosamente, en lugares carentes de importancia política, con la intención de mantener separados la hegemonía político-militar y el prestigio religioso.

El santuario de Zeus en Olimpia fue uno de los más importantes. Se encontraba en la región de Élide, al noroeste del Peloponeso, en el fértil valle del río Alfeo, y alcanzó enseguida una gran fama por las brillantes ofrendas que recibía, sobre todo de objetos de bronce, y por las competiciones de carácter atlético que allí se celebraban. Se iniciaron en el 776 a. C. y tenían lugar cada cuatro años. Los heraldos griegos *(theoroí)* viajaban por todas las ciudades griegas proclamando una tregua sagrada que, al menos de forma temporal, ponía término a los conflictos existentes en esos momentos, y facilitaba la presencia en Olimpia de innume-

rables peregrinos y atletas de todas las partes del mundo griego. Los aristócratas de cada ciudad competían en los juegos y los triunfadores conseguían la gloria personal y un considerable prestigio para su patria de origen, por lo que Olimpia se convirtió en un auténtico escaparate de las excelencias de cada una de las poleis griegas. Las magníficas ofrendas se iban acumulando en el santuario y la competición que se desarrollaba en el estadio se reflejaba también en este terreno. La prueba más importante y prestigiosa era la carrera de carros. También se celebraban otras pruebas, como carreras a pie, saltos de longitud, lanzamiento de jabalina y de disco, una especie de boxeo y una lucha, denominada «pancracio», en la que todos los golpes estaban permitidos.

El santuario de Apolo en Delfos, situado en una región montañosa de la Fócide, fue otro de los grandes santuarios panhelénicos. Aunque también tenían lugar competiciones atléticas y musicales en los juegos píticos, su fama se debe sobre todo a la existencia de un oráculo que adquirió una importancia extraordinaria a lo largo de la historia griega. A Delfos acudían griegos procedentes de todas partes e incluso algunos monarcas no griegos, como el frigio Midas y el lidio Creso que realizaron allí espectaculares ofrendas. Las consultas se realizaban a través de una sacerdotisa denominada *pitia* (por el epíteto del dios, pitio) que poseía condiciones especiales. Se sentaba sobre un trípode, aspiraba una especie de gas que emanaba de una grieta que había en el suelo y masticaba laurel, que era el árbol sagrado de Apolo, como formas de entrar en trance y en comunicación con el dios. Después emitía una respuesta corta e ininteligible que requería la interpretación de los sacerdotes del dios. Escribían la respuesta final en verso sobre una tablilla y se la entregaban

al consultante. La mayoría poseían un carácter ciertamente ambiguo, lo que facilitaba la posibilidad de su cumplimiento. Sin embargo, no se trataba de un simple vaticinio del futuro, sino que era necesario proceder a una correcta interpretación racional del mismo, como sucedió con el oráculo dado a los atenienses antes del ataque persa en el 480 a. C., que vaticinaba como única posibilidad de salvación unas murallas de madera. A renglón seguido se produjo un debate en la asamblea ateniense acerca del verdadero sentido del oráculo, si se trataba de una fortificación con la que rodear la acrópolis o si se refería a la construcción de una flota, tal y como propugnaba Temístocles.

El santuario de la diosa Hera en la isla de Samos tuvo gran importancia durante este período debido al impresionante número de ofrendas de procedencia oriental que se han encontrado en el curso de las excavaciones. Allí se construyó también uno de los primeros altares de carácter monumental y uno de los primeros templos, un *hecatómpedon,* es decir un edificio alargado de cien pies que fue embellecido con una columnata exterior.

Otros santuarios destacados fueron el de Poseidón en el istmo de Corinto, el de Hera en Perachora, cerca del mismo lugar donde también se han hallado numerosos objetos votivos de bronce, el de la misma diosa en Argos, situado en los límites de la ciudad, o el de Apolo en Termon, Etolia, que aglutinaba a toda la región circundante.

El santuario de Asclepio en Epidauro fue otro santuario importante por el carácter médico del dios. Los enfermos de todas clases acudían en busca de curación, cuya prescripción se producía a través del sueño. Los sacerdotes lo interpretaban e indicaban los remedios adecuados si es que la curación total no se había producido durante el sueño del

paciente. Epidauro no era exactamente un lugar de curación milagroso al estilo de Fátima o Lourdes, sino que hizo las veces de un auténtico hospital y de hecho fue allí donde la medicina griega dio sus primeros pasos como ciencia.

3.1.25. El mundo de los héroes

En la imaginación griega había una categoría intermedia entre los dioses y los hombres a los que se denominaba héroes, que fueron protagonistas destacados de numerosos ciclos míticos y objeto de culto en muchos lugares del mundo griego. El estudioso italiano de las religiones Angelo Brelich definió a los héroes como unos personajes que tuvieron una muerte especial y mantenían una estrecha relación con aspectos cruciales de la civilización como la medicina, la adivinación, la fundación de ciudades, la iniciación a la pubertad o con ciertas actividades humanas fundamentales. Pertenecían al tiempo inmemorial que había seguido a las generaciones divinas. La mayoría de los héroes eran descendientes de los dioses, tuvieron un nacimiento irregular o fueron abandonados al nacer y alimentados y criados por fieras salvajes. A lo largo de su corta vida llevaron a cabo grandes hazañas y perecieron generalmente de forma violenta. Sin embargo, después de su muerte adquirieron un valor religioso fundamental al convertirse en genios tutelares que protegían la ciudad y a sus habitantes de toda clase de males. Gozaron siempre de una gloria inmortal a través de los relatos míticos.

A pesar de sus rasgos ambivalentes y monstruosos, los héroes se convirtieron en los antepasados ilustres que las elites dirigentes reclamaban como linaje. Muchos mortales inclu-

so, que llevaron a cabo grandes hazañas, fueron heroizados después de su muerte y recibieron culto en sus comunidades respectivas. El más conocido y popular de todos los héroes griegos fue sin duda alguna Heracles. Su rasgo más característico y definitorio era el uso de la fuerza bruta. En sus numerosas representaciones en cerámica y relieves escultóricos aparece vestido con una piel de león y armado con un enorme garrote. Su aventura más célebre consistió en la realización de los doce trabajos, que le fueron impuestos, a modo de pruebas, a instancias de su mortal enemiga la diosa Hera. Por medio de estas acciones, Heracles limpió la tierra de monstruos y se convirtió en el benefactor por excelencia de la humanidad. Se trató, por tanto, un héroe civilizador que compaginaba a un mismo tiempo un comportamiento extremadamente generoso con acciones desenfrenadas y excesos de toda índole. Esta ambivalencia, que constituía una de las características definitorias del héroe, fue posiblemente una de las razones de su inmensa popularidad.

Otro héroe importante fue el ateniense Teseo, a quien los atenienses atribuían la unificación del territorio del Ática. Sus hazañas más importantes fueron la muerte del monstruoso minotauro, que significó la liberación de Atenas del oprobioso yugo del cruel Minos, y la de numerosos malhechores que acechaban a los viajeros en las regiones del istmo cercanas a Atenas. Otros héroes como Aquiles u Odiseo, relacionados con el ciclo troyano, gozaron también de un indiscutible prestigio y una cierta popularidad. Aquiles representaba el paradigma de los ideales aristocráticos que ensalzaban las cualidades del valor y la amistad. Odiseo era un héroe más popular e incorporaba las cualidades de la sagacidad y la astucia necesarias para la supervivencia en un mundo hostil. Otros ciclos míticos importantes fueron el te-

bano, del que sobresale especialmente la figura de Edipo, posiblemente el más trágico de todos los héroes griegos al no poder evitar su terrible destino de matar a su padre y casarse con su madre, la fabulosa expedición de los Argonautas en busca del vellocino de oro con Jasón a la cabeza, el de Perseo, un personaje más propio del cuento popular que consiguió dar muerte a la terrible Gorgona con medios mágicos, o el de Meleagro que protagonizó la cacería del jabalí de Calidón. Sin embargo, conocemos sus historias solo a través de una fuente tardía como el manual mitológico atribuido a Apolodoro, compuesto quizá en el siglo I d. C., ya que no se han conservado ninguno de los poemas épicos que narraban sus hazañas.

3.1.26. Arte y religión

La estrecha relación de todas las actividades humanas con las creencias y prácticas religiosas en el mundo griego afectó también de forma clara a sus manifestaciones artísticas. También el creciente triunfo de la comunidad sobre el individuo que caracterizaba a la polis quedó igualmente reflejado en este terreno. El edificio principal de la comunidad era sin duda alguna el templo en honor de la divinidad y era en este empeño en el que se invertían la mayor parte de recursos, dado que exigía un coste enorme en materiales y mano de obra, por el orgullo cívico que suponía para sus constructores, el conjunto de la comunidad, que llegaba incluso a rivalizar con otras ciudades vecinas en la magnificencia y grandiosidad de estas construcciones, como puede apreciarse en las ciudades de Sicilia o de Asia Menor. Igualmente, las esculturas en piedra estaban destinadas en su

mayor parte a representar a la divinidad o a servirle de ofrenda en los santuarios, donde se han encontrado la mayor parte de los ejemplares que conservamos. Sin embargo, existen también piezas de carácter privado, costeadas por algunos individuos miembros de las elites dirigentes que encargaban grandes estatuas como marcadores de sus tumbas o como ofrendas particulares en los principales santuarios de la época.

El contacto con Egipto y las culturas del Próximo Oriente tuvo importantes repercusiones en este terreno, ya que tanto la escultura como la arquitectura en piedra fueron el resultado directo del influjo ejercido por artesanos orientales inmigrantes en suelo griego, como pudo haber sucedido en Creta, o de la emulación provocada por la contemplación de las grandes construcciones egipcias y su estatuaria de carácter monumental o de manifestaciones similares, salvando las distancias, que podían apreciarse en las regiones costeras de Siria frecuentadas por los griegos. Sin embargo, dichas tradiciones orientales se pusieron en práctica dentro de un contexto político y sociológico completamente diferente al de sus modelos, ya que en el mundo griego no existían grandes monarquías capaces de costear obras de tal envergadura para glorificarse a sí mismas. Esta circunstancia decisiva impulsó el desarrollo sin precedentes de estas nuevas habilidades técnicas, hasta el punto de alcanzar cotas cualitativas bien diferenciadas de las de sus modelos originales.

Fue a lo largo de este período cuando se elaboró la estructura del templo griego que iba a predominar en toda la historia posterior. En un comienzo se trataba simplemente de un edificio absidal precedido por un porche con dos columnas, construido en madera sobre zócalo de piedra y con

un tejado a dos aguas cubierto de paja o ramaje. Es así como hay que imaginar quizá el primer templo de la diosa Hera en Argos a partir de una maqueta en terracota hallada en el lugar. Más adelante, posiblemente en la primera mitad del siglo VII a. C., se comenzó a utilizar la piedra como material de construcción para todo el edificio y el tejado se cubrió de piezas de terracota. Hicieron también su aparición otros elementos más distintivos, como el *peristilo* (columnas alrededor de todo el edificio), y el plano interior se dividió en varias estancias *(pronaos*, *cella* y *opistodomos).* Sin embargo, el paso decisivo a la escala monumental no se produjo en todas partes al mismo tiempo y fueron algunos santuarios panhelénicos, como el de Istmia en Corinto o Delfos, los que desempeñaron un papel difusor de las nuevas técnicas. Comenzaron también más tarde, ya a partir del siglo VI a. C., a distinguirse diferentes órdenes constructivos, como el dórico y el jónico, diferenciados por la forma de las columnas. Los templos se llenaron asimismo de esculturas que decoraban casi todas sus partes altas como el frontón, los frisos y las metopas.

El templo griego era la morada de la divinidad que albergaba su estatua de culto y las ofrendas que se le hacían. De hecho la palabra griega *naós* (templo) está relacionada con el verbo *naío* (habitar). Las ceremonias de culto se desarrollaban en el exterior del edificio, normalmente en un altar de piedra situado delante de la fachada principal.

La escultura siguió un camino similar en su evolución a partir de los modelos orientales originales. Las distintas fases de este proceso creativo pueden apreciarse en el paso gigantesco que se produce desde las primeras esculturas en piedra, procedentes de Creta a mediados del siglo VII a. C., como la denominada Dama de Auxerre, que representa po-

siblemente una diosa en posición frontal, hasta los denominados *kúroi* (jóvenes) y *kórai* (muchachas) en las que las técnicas egipcias adoptadas han dado ya paso a nuevas creaciones originales que superan notablemente los esquemas de frontalidad imperantes en sus modelos iniciales. Incluso los primeros ejemplares de este tipo, más próximos a sus modelos, presentan ya evidentes innovaciones como su carácter exento y su desnudez. A diferencia de los artesanos egipcios, anclados dentro de una tradición religiosa conservadora que exigía la continuidad de las mismas formas, los escultores griegos tuvieron la posibilidad de experimentar continuamente tanto con el material utilizado, que pasó de la caliza al mármol, como con la forma y fisonomía de las estatuas en un intento de explorar todas las posibilidades de representación que ofrecía el cuerpo humano, con la posición de la figura o con el modelado del ropaje en el caso de la estatuaria femenina.

Existe una cierta cantidad de *kúroi* a lo largo de este período, que algunos han interpretado como representaciones de Apolo, si bien en la mayoría de los casos parecen haber sido estatuas de carácter funerario, marcadores de tumbas destinados a conmemorar y recordar la muerte de un aristócrata, ya que aparecen como jóvenes atletas en clara referencia a las actividades deportivas que practicaban los miembros de las elites dirigentes y alguno conserva la base con la inscripción que lleva el nombre del difunto. Las *kórai* han aparecido, sin embargo, en el interior de un pozo de la acrópolis de Atenas y revelan así que debieron ser ofrendas dedicadas en santuarios, que era el otro escenario habitual de este tipo de esculturas. Conocemos de hecho un grupo escultórico de este tipo en el santuario de Hera en Samos en el que aparece representada toda una familia y

que constituía la ofrenda de prestigio de una poderosa familia local que podía costear una pieza de estas características.

De la pintura griega no han quedado restos, aunque posiblemente tuvo una importancia menor que durante la edad del bronce, si bien podemos apreciar los logros conseguidos en este campo dentro de la cerámica. La influencia oriental se dejó sentir de manera especial en este terreno hasta el punto de que se ha llegado a calificar toda una fase, que se concentra especialmente en el siglo VII a. C., como orientalizante. Uno de los principales centros de producción de este tipo de vasos fue Corinto, que extendió sus productos por todo el Mediterráneo. Algunos de ellos como el aríbalos se utilizaba para contener el aceite perfumado que empleban los atletas en los gimnasios. El estilo llamado protocorintio, que se desarrolló entre el 725 al 625 a. C., dio luego paso a un estilo más maduro en el que la influencia oriental se plasmaba en la presencia de frisos de animales repetitivos con todos los espacios intermedios rellenos de una decoración floral exuberante que se aprecia sobre todo en la forma del *olpe* (jarra de vino). Sin embargo, el mercado corintio empezó a dar paso a los productos de Atenas que sobre todo a partir del siglo VI a. C. resultaban más atractivos con el denominado estilo de figuras negras que representaba escenas del mito. El denominado Vaso François, por el nombre de su descubridor, una enorme crátera decorada en sucesivos paneles por la superficie del vaso e incluso en la base y las asas, constituye una de sus mejores y más brillantes ilustraciones. Atenas ya había desarrollado a lo largo del siglo VII a. C. el denominado estilo protoático, que ha dejado como ejemplos algunas grandes vasijas como el ánfora de Eleusis, que representa como escena principal el ataque de Odiseo y sus hombres

para cegar al cíclope. A partir del 550 a. C., algunos ceramistas atenienses elevaron de forma considerable el nivel de su arte mediante la realización de auténticas obras maestras como las de Exequias y su representación del suicidio de Áyax sobre la superficie de un ánfora. La competencia entre los principales ceramistas atenienses forzó la innovación constante de las técnicas, y el estilo de figuras negras dio paso al de figuras rojas hacia el 530 a. C., con la realización de obras de gran calidad pictórica que harían de este tipo de cerámica ática una de las más apreciadas en todo el mundo griego.

3.1.27. El significado del mito

El mito era un relato tradicional de carácter oral que hacía referencia a las principales preocupaciones e instituciones sociales. En los mitos se mezclan diferentes tipos de elementos, algunos de carácter fantástico, incluso con aspectos brutales (como el canibalismo o el incesto), otros de carácter ideal o utópico, e incluso algunos de ellos podrían interpretarse como un lejano y difuso recuerdo de algunos acontecimientos históricos. El mito era para los griegos el marco explicativo que permitía dar sentido a los fenómenos de la naturaleza y a los acontecimientos y situaciones de la sociedad humana. Constituye el auténtico código de referencia de toda la cultura griega. Los griegos utilizaron el mito para reflexionar sobre los problemas esenciales de la vida humana que afectaban tanto al individuo como a la comunidad, y se convirtió, por tanto, desde muy temprano, en el contenido fundamental de su literatura y su arte. Dentro de la propia cultura griega cumplió una función didáctica y ejemplificadora. En opinión de algunos autores,

como Platón o Plutarco, el mito era la forma más adecuada de educar a los jóvenes, a causa de su inmadurez intelectual. A diferencia del cuento popular, el mito sitúa la acción en un espacio y un tiempo determinados (frente al indeterminado «érase una vez...») y sus personajes representan individuos concretos con sus nombres en lugar de estereotipos de carácter general (el rey, el malvado, el valiente, el cobarde...).

A partir del período helenístico, el mito dejó de ser un elemento activo dentro del mundo griego para convertirse en un simple elemento de erudición que era el objetivo de poetas de carácter docto como Calímaco o de recopilaciones como la atribuida a Apolodoro. Esta es la forma en la que los mitos han llegado hasta nosotros, desactivados ya de su plena viveza intelectual y religiosa.

Se han hecho a lo largo del tiempo numerosos y muy diferentes intentos de lecturas e interpretación, dada su gran riqueza simbólica, su extraordinario poder imaginativo y su capacidad educativa. Sin embargo, su papel fundamental dentro de la cultura griega fue expresar toda una concepción particular del mundo.

3.1.28. Un estilo de vida aristocrático

Durante la época arcaica se fueron consolidando, casi en paralelo, tanto la conciencia de pertenencia a una comunidad como la expresión de un fuerte sentido individualista, al menos en el terreno emocional o sentimental. Esta segunda tendencia aparece expresada, con importantes matizaciones, en la poesía lírica y en las primeras obras de arte firmadas por sus respectivos autores. El anonimato de las

épocas precedentes se rompió de forma definitiva y emergen ahora ante nosotros las primeras individualidades más o menos definidas de la historia griega. Expresan una mentalidad de carácter esencialmente aristocrático en todos los terrenos, desde el puramente marcial, con la exaltación inmortal del valor y el sacrificio, a otros de carácter más lúdico como los juegos y competiciones que se realizaban en los festivales religiosos o el banquete comunal o *simposio*.

El código de valores heroicos que aparece definido en los poemas homéricos se convirtió muy pronto en el verdadero ideal de conducta y emulación de las elites dirigentes. El objetivo final era conseguir la *areté* (la excelencia o la capacidad de ser el mejor) a imitación, al menos simbólica, de los grandes héroes de la épica. Se generó así un poderoso espíritu competitivo que caracteriza toda la cultura griega yendo incluso más allá de los círculos aristocráticos. La palabra clave de esta forma de entender las cosas era *agón* (lucha, enfrentamiento, contraposición). El prestigio social se conseguía sobre todo por el valor en las gestas militares, tal y como puede apreciarse incluso en el caso de algunos líderes políticos como Solón o Pisístrato. Hay que recordar también el gusto por los *agónes* entre el público ateniense a través de los diálogos cruzados de las tragedias en el teatro o de los discursos en los tribunales o en la asamblea. Como señaló en su día Moses Finley, el *agón* «era la expresión excepcional ritualizada, no militar, de un sistema de valores en el que el honor era la virtud más alta por la que uno lucha, incluso a costa de su propia vida, y la pérdida del honor, la vergüenza, era el desastre más intolerable que podía ocurrirle a un hombre».

Una de las manifestaciones ritualizadas de este espíritu competitivo eran los juegos atléticos, en los que participa-

ban los miembros de las familias más ilustres de las ciudades griegas. Solo ellos disponían de la riqueza y el ocio necesarios para entrenarse y tener así opciones de ganar la competición, dado que solo el vencedor conseguía la gloria. Las ciudades concedían por votación honores públicos a los vencedores que incluían comidas a cargo de la ciudad y estatuas honoríficas. Algunos contrataban incluso los servicios de poetas profesionales especializados como Píndaro y Baquílides, que componían himnos en honor del vencedor que exaltaban los valores aristocráticos y equiparaban sus hazañas y condición a la de los héroes, otorgándoles así la fama y la gloria inmortal. Los vencedores en los juegos estaban entre los individuos más famosos y populares de su tiempo y la ciudad asumía como propia la gloria conseguida por su representante.

Los jóvenes realizaban ejercicios físicos en los *gimnasios* (lugares desnudos, de *gumnós,* por el hecho de que realizaban los ejercicios desnudos) en presencia de sus instructores, que eran hombres maduros encargados de su educación. La pederastia era un fenómeno frecuente dentro de este contexto, dada la frecuencia y asiduidad de la compañía masculina y la marginación social de la mujer. Existían ciertas normas como la edad de los jóvenes amados que establecían que la relación no fuera más allá de la salida del vello.

Otro contexto social de este estilo de vida era el *simposio* (bebida en común). Se trataba de un banquete de carácter ritual en el que los comensales comían y bebían acompañados de recitaciones, cantos o discusiones acerca de política, amor y otras cuestiones. Estaba presidido por el *simposiarca,* una especie de maestro de ceremonias encargado de determinar la proporción de agua que había que añadir al vino, dado su carácter espeso y la prolongación de la sesión,

y el número de copas que cada comensal podía consumir. Los asistentes eran únicamente hombres, si bien asistían músicos, danzantes y acróbatas entre los que podían figurar algunas mujeres. Dentro de este contexto se producían también relaciones sexuales, bien con prostitutas o con muchachos jóvenes.

La ideología aristocrática se traducía de igual forma en el uso de la terminología con las designaciones respectivas de *agathoí* (buenos) para los miembros de las elites dirigentes y *kakoí* (malos) para el resto de la población que no compartía sus ideales y forma de vida. Los parámetros de belleza y vigor físico, que se lograban en la práctica de los ejercicios físicos y el cuidado corporal, se mezclaban con una educación y una forma de vida lujosa y sofisticada, que se concretaba en actividades como el *simposio*.

Este ideal competitivo afectaba a todos los terrenos de la cultura griega, desde los festivales religiosos con sus diferentes certámenes y competiciones hasta la propia vida política de cada ciudad, y provocó también tensiones inevitables entre individuo y comunidad, que constituye un tema fundamental de toda la reflexión política griega.

3.2. Problemas fundamentales

3.2.1. La génesis de la polis

Uno de los principales problemas de la época arcaica es sin duda el origen de la polis como forma de organización sociopolítica griega. En una época de transformaciones profundas como esta unos factores incidían de forma necesaria en el desarrollo de los otros y crearon así una situación de

interdependencia ciertamente compleja que no se puede explicar recurriendo a una sola causa. Anthony Snodgrass ha calificado este momento como una «revolución estructural» que afectó a todos los campos de la experiencia humana. El rápido progreso de la agricultura provocó un importante crecimiento demográfico que hizo que en algunas regiones como el Ática la población se multiplicara por siete en apenas dos generaciones. La producción artesanal experimentó igualmente un progreso considerable tanto en el terreno de la cerámica como en el de la metalurgia. En los santuarios nacientes se detecta en efecto una gran abundancia de ofrendas en forma de trípodes, calderos –algunos de talla imponente– y armas. Esta proliferación de santuarios locales consagrados a la divinidad protectora del lugar o a la persona del fundador, en el caso de las nuevas fundaciones de ultramar, revela también el proceso de diversificación y estructuración de las nuevas comunidades.

Algunos estudiosos han destacado el papel determinante que desempeñaron los santuarios periféricos en este proceso de construcción de la comunidad política a la hora de delimitar su territorio y definir el ámbito legítimo sobre el que ejercía la soberanía. Estos santuarios se encontraban situados en los límites del territorio y su principal función parece haber sido establecer las fronteras de la nueva comunidad frente a sus vecinos griegos o a los pueblos indígenas de las proximidades en el caso de los establecimientos de ultramar. Dos buenos ejemplos de esta clase son el célebre Heraion de Argos o el templo de Apolo en Dídima, cerca de Mileto. Ambos estaban consagrados a divinidades como Hera y Apolo, que debían velar por la consolidación de los dominios civilizados frente al ámbito salvaje de los confines y asegurar por tanto el paso de un espacio al otro. Esta mi-

sión quedaba en manos del grupo de guerreros de la nueva comunidad, compuesto sobre todo por los jóvenes, sobre los que estas divinidades ejercían su labor de protección.

Otros estudiosos han puesto el acento en el desarrollo del culto heroico dentro de este proceso de estructuración del espacio a nivel ideológico. Sus orígenes hay que buscarlos quizá en las grandes tumbas micénicas que fueron redescubiertas en aquellos momentos. Estas tumbas se convirtieron así en el centro de culto que permitía a una comunidad enraizar sobre un territorio determinado y crear entre sus miembros los sentimientos de posesión y pertenencia que eran necesarios desde un punto de vista afectivo y psicológico. En torno a este centro se crearon rituales y mitos que fueron utilizados como instrumento de legitimación por parte de la elite dirigente de la comunidad, que tendía a identificar su propia genealogía con la de los antiguos héroes que creían que estaban allí enterrados. Estos vínculos privilegiados con el pasado legendario, asociados a una situación de poder y predominio económico, sentaron las bases de las aristocracias locales que ejercieron el dominio en estas primeras comunidades.

Existen también diversas opiniones a la hora de explicar este fenómeno. Algunos, como John Nicholas Coldstream, explican este comportamiento como un fenómeno asociado a la difusión de la poesía épica, dado el sentimiento de inferioridad que los griegos del siglo VIII a. C. habrían experimentado con relación a sus antecesores de la edad heroica. Por otro lado, el mencionado Anthony Snodgrass sostiene que el culto heroico habría servido para propiciar a los antiguos propietarios de las tierras sobre las que ahora se asentaban muchos recién llegados, profundamente impresionados por el carácter monumental de las antiguas

tumbas micénicas que todavía permanecían a la vista. En el Ática, en cambio, el culto heroico habría sido el recurso utilizado por las antiguas comunidades locales con la finalidad de establecer diferencias con la llegada masiva de emigrantes y resaltar así su prestigio y su mayor antigüedad y vinculación con el territorio ático.

El culto a las divinidades protectoras y a los héroes fundadores habría sido así el vínculo principal que fue capaz de aglutinar a los diferentes individuos como miembros de la reciente comunidad mediante la participación en sus ritos. La reapropiación del pasado expresada a través del culto heroico favoreció la toma de conciencia de la comunidad. Solo un vínculo de esta naturaleza religiosa podía garantizar y legitimar el sentimiento de cohesión de la nueva comunidad frente a la impresión de un simple agregado circunstancial de gentes sin otra clase de lazos que el asentamiento en una localidad determinada.

Se ha sugerido también la posibilidad de que al comienzo de este proceso se produjera un cierto estímulo procedente de las regiones orientales del Mediterráneo, en concreto de Fenicia, dadas las relaciones intensas que mantuvieron griegos y fenicios en aquellos primeros momentos de la época arcaica. De hecho, las ciudades fenicias eran una serie de comunidades políticas independientes unas de otras, cada una con su divinidad correspondiente, sus instituciones propias de gobierno y su territorio dependiente. Sin embargo, sin descartar la posible incidencia de dicho estímulo, este proceso se había iniciado ya mucho antes en el mundo griego, favorecido sobre todo por el desarrollo de las circunstancias políticas que caracterizaron el final del período precedente y por una geografía que facilitaba el aislamiento natural. La estrecha vinculación entre la condi-

ción de ciudadano y la propiedad de la tierra indica también la importancia que el paso a una economía fundamentalmente agrícola tuvo en todo este proceso. La lucha por la posesión de la tierra, tanto en el propio interior de la polis como entre los diferentes estados vecinos, será efectivamente una de las constantes que marcarán el desarrollo de la historia griega.

3.2.2. Cambios políticos y sociales

Durante el período arcaico se produjeron una serie de importantes transformaciones en el terreno político y social. La desaparición de los reinos micénicos había dejado el poder en manos de dignatarios locales que ejercieron el papel de líderes de las nuevas comunidades ahora emergentes a lo largo de la llamada Edad Oscura. Sin embargo, la aparente fragilidad de estos personajes que debían mantener su posición hegemónica frente a las aspiraciones de otros rivales dio paso a la emergencia de grupos de *oligarquías* (el gobierno de unos pocos) que desempeñaron el poder en la mayoría de las ciudades griegas durante este período. No obstante, las diferencias entre los habitantes de estas comunidades no eran considerables. Aunque la fuente fundamental de riqueza y trabajo era la tierra, muy pronto surgieron también otras oportunidades de generar riqueza como la producción de vino o aceite que podía exportarse hacia mercados exteriores que precisaban o apreciaban tales productos o el simple traslado de mercancías de unos lugares a otros que denominamos comercio. De hecho, a finales del siglo VII a. C. se encuentran numerosas ánforas destinadas a servir como medios de transporte de estos productos dis-

persas por todo el Egeo y una parte del Mediterráneo lejos de sus centros de producción o manufactura, y todo este extenso espacio geográfico, el Mediterráneo, se hallaba salpicado de enclaves en los que intercambiar toda clase de bienes *(empória)*. En el mundo griego arcaico no existían grandes terratenientes a la manera del Imperio romano posterior ni los más ricos disponían de recursos ilimitados. Tampoco poseían grandes mansiones o tumbas como los miembros dirigentes en los imperios orientales contemporáneos. En una tierra escasamente fértil, con recursos escasos y reducidas dimensiones, podía considerarse rico a quien no precisaba trabajar a diario para subsistir, ya que podía dejar en manos de esclavos o de trabajadores ajenos el cultivo de sus campos. Aunque los más ricos poseían las mejores tierras y se hicieron poco a poco con el control de las parcelas de sus vecinos más pobres e incluso convirtieron a estos en campesinos dependientes que utilizaban como mano de obra, sus dominios apenas alcanzaban dimensiones espectaculares, a juzgar por el tamaño de la propiedad agrícola más grande que conocemos, que no superaba las treinta hectáreas. La mayoría poseía pequeñas fincas, que en ocasiones se veían reducidas a un simple huerto que producía apenas lo necesario para la subsistencia de la propia familia. Las condiciones precarias habituales no permitían una mala cosecha o un período de sequía prolongado, ya que solo cabía recurrir al endeudamiento con vecinos más prósperos, pues no existían instituciones financieras ni la aportación del estado. La única garantía era la propia fuerza de trabajo y el pedazo de tierra que se tenía en propiedad. Por ello, muchos pequeños propietarios se convirtieron en auténticos campesinos dependientes que, en muchos casos, rozaban el nivel de la esclavitud.

Estas elites oligárquicas establecían también relaciones de carácter matrimonial con las de otras ciudades, dando lugar a una auténtica red internacional que garantizaba su mantenimiento en el poder y evitaba la entrada en estos medios elitistas de otras capas de la población.

Aun con todo, las sociedades griegas de la época resultaban mucho más homogéneas y menos estratificadas desde el punto de vista sociológico que las de sus vecinos más próximos, los grandes imperios orientales. Estas circunstancias favorecieron el peso creciente de la comunidad como tal con la ampliación progresiva de los poderes de decisión al ámbito colectivo a través de la creación de una serie de instituciones comunes como el consejo o la asamblea. De hecho, hacia mediados del siglo VI a. C., en una inscripción procedente de la isla de Quíos aparecen mencionados un *basileus* que ostenta unas determinadas atribuciones y un consejo del pueblo *(Bulé)* que tiene asignada la atribución de poderes como el de recibir las apelaciones e imponer multas. Poco después, hacia el 525 a. C., empezamos ya a encontrar al *démos* como órgano colectivo comunitario que adopta decisiones en varias ciudades griegas.

Ciertamente, el proceso no se produjo sin traumas. La *stásis* (conflicto interno) se extendió por todas partes a lo largo de este período. El progresivo endeudamiento de numerosos pequeños propietarios generó el estallido de disturbios y enfrentamientos internos en casi todas las ciudades griegas que condujeron al establecimiento de tiranías o a una serie de reformas políticas como manera de mitigar el descontento social. La creación de nuevas fuentes de riqueza, como el comercio exterior, al que se dedicaron tanto algunos miembros de las clases dirigentes como campesinos independientes que buscaban medios de vida que la posesión

de la tierra no les garantizaba, y sobre todo su creciente participación en la defensa militar de la ciudad a través de la falange hoplita, suscitó también conflictos por la pretensión justificada de este colectivo de tomar parte activa en la gestión de los asuntos públicos. Estas tensiones han quedado reflejadas en la poesía lírica contemporánea, como los versos de Teognis o de Solón. Las oligarquías de las ciudades griegas habían basado su monopolio del poder y su hegemonía social en la posesión de tierras y caballos, en la adquisición y exhibición de objetos de lujo importados de oriente o fabricados *ex professo* para su consumo, en una genealogía ilustre que se remontaba en algunos casos hasta la propia divinidad y en la defensa militar de la comunidad. Las circunstancias cambiantes del período desafiaron abiertamente este predominio político y dieron paso progresivamente a un nuevo escenario político y social.

Donde fue posible la consecución de un acuerdo, se hizo a través de una serie de figuras que se encargaron de impulsar y poner por escrito unas leyes comunes que hasta esos momentos habían ejercido en exclusiva los miembros de las elites dirigentes mediante la aplicación de una justicia arbitraria y descaradamente partidista, tal y como se queja amargamente Hesíodo en su disputa con su hermano por la herencia paterna:

> los reyes devoradores de regalos que se las componen a su gusto para administrar este tipo de justicia.

Esta clase de individuos surgieron especialmente en las nuevas comunidades del sur de Italia, como Carondas en Catana y Regio, o Zaleuco en Locri, que exigían un ordenamiento legislativo con el fin de establecer el marco adecua-

do que permitiera un desarrollo social armonioso, libre de las contradicciones y conflictos que minaban las antiguas ciudades de la Grecia continental. El legislador sabio se convirtió en una figura venerada y respetada por todos, dado que su misión principal era, ante todo, mediar y ejercer como árbitro de unas tensiones sociales cada vez mayores que enturbiaban la vida cotidiana de las ciudades. Las leyes promulgadas eran, al parecer, muy severas, y pretendían poner freno a la cadena interminable de venganzas y asesinatos que se sucedían casi a diario a consecuencia de las incesantes luchas internas. Sin embargo, estas leyes no significaron la consecución de la igualdad absoluta a pesar de que representaron un avance considerable en las demandas de la población. Sus fundamentos seguían siendo esencialmente aristocráticos y plasmaban en términos jurídicos las desigualdades ya existentes en el terreno económico.

La obsesión por una justicia verdadera no debió de ser exclusiva de Hesíodo. La amplia capa de pequeños propietarios, a la que pertenecía el poeta, que afrontaban toda clase de riesgos para conservar su patrimonio y su independencia económica, compartió sin lugar a dudas esta clase de preocupaciones.

3.2.3. La tiranía

Las disputas políticas y sociales que alteraban profundamente la vida de las ciudades griegas desembocaron en muchos lugares en la instauración de un gobierno individual denominado tiranía que accedía al poder a través del uso de la violencia. El término tirano era de origen lidio y solo adquirió las connotaciones de carácter peyorativo que hoy le

damos en época posterior. La hostilidad manifiesta de las oligarquías gobernantes de cuyas filas había salido el tirano que ocupaba el poder es la principal responsable de esta actitud negativa. Se le atribuían todo tipo de brutalidades y excesos, incluidos los de carácter sexual como la violación de las hijas y esposas de los individuos más destacados de la ciudad. El temor a que no se respetaran las reglas establecidas para la sucesión en el desempeño de los cargos públicos entre los miembros de la clase dirigente condujo a la proclamación de determinadas medidas de carácter preventivo, como las que aparecen formuladas en una inscripción procedente de Dreros en Creta de la segunda mitad del siglo VII a. C. en la que se limita la duración en la ocupación de estos cargos al frente de la ciudad.

Los tiranos griegos accedían al poder mediante el apoyo de un pequeño grupo de hombres armados que la ciudad les había asignado tras haber fingido ser víctima del ataque de sus rivales, como a Pisístrato, o con la contratación de mercenarios o gracias al apoyo de otros tiranos ya establecidos con los que mantenían vínculos familiares. Por lo general, contaban también con el apoyo popular, dado que veían en esta clase de régimen una forma de solucionar la grave crisis política y social. Muchos de los tiranos llevaron a cabo una política de duras represalias contra los miembros de las oligarquías dominantes a través de exilios y ejecuciones, pero en algunos casos llegaron también a un cierto entendimiento con estos medios permitiéndoles ocupar cargos públicos y compartir de este modo el control del estado. Su actuación política favoreció a la masa de pequeños propietarios campesinos, que se encontraban agobiados por las deudas, y, sobre todo, a esa creciente población urbana formada por artesanos y comerciantes, que reclamaba

parcelas de poder más acordes con el papel que empezaba a desempeñar dentro de la ciudad.

Los tiranos más destacados fueron los de Corinto, Cípselo y su hijo Periandro, que desarrollaron una política comercial muy activa. Construyeron una especie de calzada a través del istmo *(diólkos)* por la que los barcos eran arrastrados de una costa a la otra sin necesidad de dar la vuelta completa a todo el Peloponeso y cobraban tasas considerables por ello. Una prueba de la intensa actividad industrial de estos momentos es el abundante número de cerámica corintia que encontramos dispersa por todo el Mediterráneo. También surgieron tiranías en otras ciudades del istmo como Mégara y Sición y en muchas ciudades de Asia Menor y las Cícladas. Algunos nombres ilustres son el de Pítaco de Mitilene, en la isla de Lesbos, que se hizo célebre por los ataques inmisericordes del poeta Alceo en sus versos, Trasibulo en Mileto, que supo mantener la independencia ante los ataques lidios, y finalmente Polícrates de Samos, que, gracias a contar con una poderosa flota, dio a su patria un período de gran prosperidad y construyó además un túnel que atravesaba una montaña y proveía de agua a la ciudad.

Existió una clara correlación entre el surgimiento de las tiranías y el alto nivel de desarrollo económico de algunos centros urbanos como los antes mencionados. Las oligarquías gobernantes habían fracasado en la resolución de los conflictos ya que no supieron poner fin al creciente endeudamiento de una buena parte de la población campesina que constituía la espina dorsal de las ciudades griegas, no ofrecieron perspectivas de mayor participación política a los nuevos sectores de la población que empujaban con fuerza, ni fueron tampoco capaces resolver sus propios enfrentamientos internos, que fueron debilitando la comuni-

dad. Los conflictos con otras ciudades vecinas fueron minando también la resistencia y la moral de estas clases dirigentes.

Los tiranos, en cambio, ofrecieron soluciones mediante una política exterior activa y emprendedora, ya que afianzaron la posición de sus ciudades a través de la conquista militar, como Fidón o Polícrates, o mediante un sistema de alianzas matrimoniales con otros tiranos. Fomentaron el espíritu cívico y crearon una conciencia de comunidad política mucho más firme de la que existía hasta entonces gracias a las importantes obras públicas que emprendieron, como la construcción de templos, calzadas o túneles, y a la instauración de espléndidos festivales religiosos. El *démos* se consolidó, primero desde un punto de vista económico gracias al impulso dado al comercio y a la artesanía y posiblemente también al apoyo a los pequeños propietarios rurales a través de préstamos, y segundo desde un punto de vista social, ya que se sintió mucho más integrado dentro de la comunidad.

El gran problema de la tiranía era su continuidad ya que dependía de las cualidades y el carácter personal del tirano, que no siempre encontró respuesta en sus descendientes directos. La mayor parte apenas duró más allá de una generación. Las conjuras oligárquicas pusieron fin a esta clase de experiencia política.

3.2.4. Una nueva forma de combatir

Un factor decisivo en los cambios y transformaciones de este período fue la introducción de una nueva forma de combatir como la falange hoplita *(hópla* era el nombre que recibía

todo el equipo, compuesto de un escudo, una lanza, un yelmo, el coselete y las grebas). El combate individual de carácter aristocrático fue sustituido por una forma de combate más comunitaria en la que primaba el mantenimiento del orden y la disciplina de una fila de guerreros dispuesta en formación de seis a ocho filas de profundidad que basaba su fuerza en la contundencia del choque frontal contra las filas enemigas. Los miembros de la falange se apoyaban unos a otros con sus escudos y lanzas y estaban obligados a realizar los movimientos de ataque y defensa bien coordinados entre sí. La defensa del territorio de la ciudad se hallaba ahora en manos de un grupo más amplio de ciudadanos capaces de costearse con sus propios medios el armamento necesario. Eran, sin embargo, auténticos aficionados ya que no se dedicaban a tiempo completo al ejercicio de las armas, sino que debían hacer campaña en las épocas del año en que su fuerza de trabajo no resultaba ya necesaria en las labores estacionales del campo. Los hoplitas portaban sobre su cuerpo treinta y cinco kilos de peso, y dada la estación del año en que combatían es de imaginar que se veían agobiados por el sudor y el calor provocado por su pesada armadura. No veían ni oían en sus laterales dada la forma del yelmo y tenían como única salida el avanzar sin pausa hasta la ruptura de las filas enemigas y su retirada posterior. Las batallas se sucedían casi de manera ritual en una llanura de los confines de los respectivos contendientes, ya que este tipo de formación no poseía capacidad para proceder al asedio de una ciudad o para combatir en territorio irregular y escarpado. En el momento del encuentro se desencadenaba una auténtica guerra de nervios previa entre las dos formaciones rivales mediante cantos y gritos que pretendían asustar al enemigo y forzar una retirada prematura que evi-

tase el choque frontal definitivo. Una vez iniciado el combate, la violencia utilizada y la apertura de huecos en las filas rivales conducían a la retirada de los más débiles y daba paso a la matanza o captura de los supervivientes. La duración no excedía casi nunca de la media hora dadas las características del equipamiento y las circunstancias climáticas. Los vencedores erigían un trofeo (su significado es precisamente el de lugar de la vuelta o retirada de los enemigos) y procedían a la captura del botín consistente sobre todo en el armamento rival, que era luego dedicado en un santuario o vendido para obtener recursos.

La polémica gira en este caso sobre el momento y las circunstancias concretas en que se produjo esta innovación. Algunos estudiosos piensan que evolucionó gradualmente a lo largo de los siglos IX, VIII y VII a. C., mientras que otros sugieren que emergió de forma repentina con la invención de este tipo de armamento hacia mediados del siglo VII a. C. Se ha atribuido esta invención al tirano Fidón de Argos, ya que allí se ha encontrado la más antigua armadura hoplítica en la tumba de un guerrero en torno al 720 a. C. De cualquier forma, esta táctica dependía claramente del crecimiento económico, ya que cada hoplita debía costearse el equipo, y probablemente a finales del siglo VII a. C. una cuarta o una tercera parte de los ciudadanos era ya capaz de poseer su propio equipamiento militar.

El paso siguiente fue reclamar mayor participación para los miembros de la falange, ya que en sus filas combatían mano a mano individuos de la antigua clase dirigente con pequeños propietarios que habían mejorado su posición económica y, en consecuencia, ya no resultaba factible la distinción entre unos y otros en un terreno decisivo como este.

3.2.5. La introducción del alfabeto y la moneda

Un factor decisivo en los cambios y transformaciones de este período fue la adopción y adaptación del alfabeto como sistema de escritura. Con la desaparición de los reinos micénicos se perdió también la escritura y durante casi cuatrocientos años la cultura griega fue completamente oral. La adopción del alfabeto fenicio fue un hecho de trascendentales consecuencias no solo para el desarrollo de muchas de las facetas de la cultura griega arcaica, sino también para el resto de la historia occidental, pues todos los alfabetos occidentales, incluido el latino, derivan de él. Era un sistema de escritura mucho más sencillo y operativo que el complicado silabario del lineal B que utilizaban los escribas micénicos. El alfabeto se difundió muy pronto por todas partes y entre un número de gentes cada vez mayor, facilitando la alfabetización de extensas capas de la población. La adopción del alfabeto se produjo posiblemente en algún momento de la segunda mitad del siglo VIII a. C. en alguno de los lugares de contacto entre fenicios y griegos, quizá *empória* como Al Mina, la isla de Chipre, o Pitecusas, donde han aparecido algunas de las más antiguas inscripciones griegas, como la que contiene la firma del ceramista o la llamada copa de Néstor con tres líneas en forma de verso que tienen un claro tinte homérico, ambas datables hacia el 720 a. C.

Es también probable que el proceso de adopción del alfabeto se produjera de forma independiente en diferentes lugares del mundo griego, lo que explicaría la existencia de diversos alfabetos locales, denominados *epicóricos,* que presentan leves diferencias entre sí. Una adaptación necesaria fue la introducción de las vocales, que el alfabeto semítico no utilizaba y que resultan fundamentales para una lengua

con un vocalismo tan desarrollado como el griego. Para ello se utilizaron signos consonánticos fenicios que el griego no necesitaba, como *aleph* que en fenicio servía para indicar una breve aspiración y que se utilizó en griego para representar la vocal «a». Este desarrollo del sistema vocálico completo se encuentra ya en las más antiguas inscripciones, como la que aparece sobre un vaso del Dipilón procedente de Atenas que contiene el siguiente texto:

> que reciba esto aquel de los danzantes que divierta con mayor gracia.

Otra posibilidad es que la adopción del alfabeto la llevaran a cabo comerciantes emprendedores que lo consideraron un sistema eficaz de contabilidad y recogida de datos, muy necesario para operaciones de larga distancia y más cuando el volumen de los intercambios se iba intensificando de forma progresiva. Sin embargo, las inscripciones que han llegado hasta nosotros no son de tipo comercial, sino que la mayor parte son ofrendas votivas, anuncios conmemorativos, firmas de artistas, marcas de propietarios sobre los vasos, maldiciones y epitafios fúnebres. Más tarde se emplearon también para redactar los nuevos códigos de leyes y posiblemente para poner por escrito los poemas épicos. Se ha sugerido incluso que la notación vocálica pudo haber sido inventada con esta finalidad a la vista de la naturaleza métrica de las primeras inscripciones conservadas.

Fuera como fuese, hemos de recordar que se han perdido de forma definitiva los materiales perecederos como la madera, el cuero, la cera o el papiro, en los que quizá se le dieron otros usos bien diferentes de los que podemos apreciar en materiales duros como la arcilla o la piedra. Sin embar-

go, es significativo que los griegos no desarrollaran un estilo de escritura cursiva más adecuado a la tinta y a la arcilla húmeda y perseveraron, en cambio, en la línea recta y delgada del grafito. El carácter personal de muchas de las inscripciones conservadas revela la extensión de la alfabetización.

Otro elemento decisivo introducido durante este período fue la moneda. Las primeras emisiones surgieron en la segunda mitad del siglo VII a. C. en el reino de Lidia, pero enseguida le siguieron algunas ciudades griegas entre el 600 y el 570 a. C. Su principal misión en los primeros momentos de circulación no fue de tipo económico sino ideológico y representativo: proclamar orgullosamente la autonomía política de la ciudad emisora. Obedecía así a la misma tendencia de consolidación de los valores comunitarios por la que las leyes se habían puesto por escrito y habían pasado a ser patrimonio común. La moneda exteriorizaba la conciencia cívica de la ciudad y constituía su símbolo externo más emblemático. Su utilización en el comercio local queda descartada ante la escasez de pequeñas acuñaciones adecuadas para dicho fin, y su reducida difusión exterior revela igualmente su uso improbable como patrón de intercambio en el comercio de ultramar. Con el paso del tiempo fue adquiriendo, sin embargo, una importancia cada vez mayor gracias al desarrollo de algunos aspectos fiscales del estado, como el cobro de tasas aduaneras, de puertos y mercados, y multas, o de la financiación de ejércitos mercenarios, para los que constituía la única forma viable de pago.

3.2.6. La influencia oriental en la cultura griega

Uno de los principales problemas que se plantean a la hora de estudiar la época arcaica es el peso decisivo de la influen-

cia de las civilizaciones egipcia y del Próximo Oriente en la génesis de muchos de los fenómenos de este momento, como la adaptación del alfabeto, la presencia de temas y motivos en el arte y la literatura, la emulación de técnicas arquitectónicas y escultóricas, la difusión de ciertas ideas y creencias en el terreno mítico y religioso, e incluso algunas de las innovaciones políticas, sociales y militares de este período, como la propia polis, el simposio o la táctica hoplítica. El estudioso alemán Walter Burkert ha calificado como auténtica revolución orientalizante todo este período. De hecho, incluso los más reticentes a reconocer esta clase de influjos han admitido la existencia incuestionable de un período orientalizante en la historia de la civilización griega, que habría afectado especialmente al siglo VII a. C., aunque se habría tratado de un fenómeno de carácter puntual y siempre los griegos habrían mejorado o ampliado tales innovaciones. Sin embargo, hoy sabemos que se trata de un fenómeno mucho más amplio y complejo que la mera adopción de algunos temas literarios y motivos y técnicas artísticas que habría afectado a casi todas las etapas de la civilización griega.

La existencia de contactos del mundo egeo con las civilizaciones orientales se remonta a la Edad del Bronce, con la presencia incluso de un estilo denominado internacional que definía a muchas de las manifestaciones artísticas de este período a causa de las dificultades de distinguir con precisión el lugar de origen de determinados objetos de lujo que se encuentran dispersos por todo este amplio espacio geográfico. El descubrimiento de algunos naufragios de la parte final de este período, como los de Gelidonia y Ulu Burun, en las costas meridionales de Asia Menor, ha confirmado esta impresión y ha revelado el tráfico incesante de

mercancías, y quizá también de gentes e ideas y técnicas, desde Egipto y las costas sirio-palestinas hasta los centros egeos, pasando por Chipre y el sur de Anatolia. Este flujo se vio seriamente afectado por los disturbios que a partir del siglo XII a. C. tuvieron graves consecuencias en toda esta zona, pero los contactos nunca llegaron a interrumpirse del todo, y aunque con menor intensidad y continuidad, paulatinamente se fueron recuperando a partir del siglo IX a. C. Hubo zonas con un mayor grado de continuidad, como las islas de Creta y Chipre, que desempeñaron además un papel destacado por su posición geográfica intermedia en las rutas que enlazaban ambos mundos. Los hallazgos de procedencia oriental en lugares como la isla de Eubea (Lefkandi), Atenas, el norte de Siria (Al Mina) y la isla de Isquia (Pitecusas) resultan extraordinariamente ilustrativos de este fenómeno. Otros lugares de gran interés que evidencian la presencia de numerosos objetos de procedencia oriental son los grandes santuarios panhelénicos, sobre todo los de Hera en Samos y Peracora y Zeus en Olimpia, donde se han hallado numerosas ofrendas como los calderos de bronce o los trípodes del mismo metal, que tienen su origen en talleres orientales. Parece confirmada la presencia de artesanos itinerantes orientales en algunos lugares del mundo griego como Creta, a juzgar por los sorprendentes hallazgos en la cueva del Ida de objetos elaborados en bronce como un espléndido escudo, o en otros lugares como Lindos en la isla de Rodas.

También parece confirmado el papel destacado de los fenicios como intermediarios en todo este proceso. La tradición épica *(Ilíada* y *Odisea)* y mítica (la historia de Cadmo) reflejan esta clase de relaciones entre griegos y fenicios, que han confirmado los testimonios arqueológicos, como el ha-

llazgo de un santuario fenicio en el puerto cretense de Kommos. También tuvo un papel fundamental el efecto difusor que tuvieron algunos objetos exóticos asociados a modos de vida suntuarios que podían contemplarse en algunos de los grandes santuarios griegos mencionados. Casos como el de Delfos gozaron de un prestigio internacional considerable debido a sus funciones oraculares y fueron el escenario de importantes y costosas ofrendas por parte de ciertos monarcas orientales como el frigio Midas o el lidio Creso.

La arqueología parece detectar también la presencia griega, aunque sea estacional y esporádica, en algunos lugares como las costas de Cilicia, en el sur de Asia Menor, el norte de Siria y las costas sirio-palestinas. Se ha destacado ya anteriormente el protagonismo de los eubeos en todo este tráfico de gentes y objetos con estas regiones orientales del Mediterráneo. También la arqueología en combinación con algunas informaciones literarias revela la presencia de piratas y mercenarios griegos en estas regiones del Próximo Oriente y Egipto como otro de los agentes que intervinieron activamente en esta clase de contactos, ya que muchos de ellos regresaron a sus patrias de origen llevando consigo objetos valiosos como botín de guerra o exhibiendo públicamente los premios y distinciones que habían obtenido en el curso de sus campañas a sueldo de los monarcas orientales. Unas anteojeras de caballo encontradas en Samos, que llevan inscrito el nombre del rey Hazael de Damasco, o la estatua erigida en Priene por un tal Pedón, que había regresado triunfante de Egipto, constituyen algunos ilustres ejemplos de este fenómeno.

Al mismo tiempo, los avances realizados en el mejor conocimiento de las lenguas orientales han permitido estable-

cer comparaciones y paralelismos con la literatura griega y evaluar así la influencia de temas, motivos e incluso rasgos de estilo y composición de las literaturas orientales en esta clase de medios griegos que parecían fuera del alcance de este tipo de influencias. Así, incluso la épica homérica se ha visto afectada, ya que determinadas escenas encuentran claros paralelismos en obras de las literaturas acadia, babilonia, hitita o ugarítica. Esta influencia afecta igualmente a otros campos como los mitos, algunas creencias religiosas y formas y estilos artísticos.

Se ha creído detectar también la presencia en el mundo griego de adivinos itinerantes y expertos en purificaciones de origen oriental que pudieron haber transmitido no solo sus particulares habilidades en este terreno, sino también algunos elementos de su sabiduría mitológica.

Obtenemos de esta forma no solo un amplio listado de aspectos fundamentales de la cultura griega que pudieron verse influidos por los contactos con las civilizaciones orientales, sino también algunos de los posibles agentes que vehicularon dicha influencia, las vías de comunicación por las que discurrió dicho proceso y sus diferentes etapas. En este sentido resulta fundamental nuestro mejor conocimiento de los reinos frigio y lidio a través de las excavaciones de sus respectivas capitales, Gordion y Sardes, ya que ambos desempeñaron un papel destacado en todo este proceso a través de su prolongado y continuo contacto con las ciudades griegas de la costa de Asia Menor. No hay que olvidar además su papel como transmisores y conservadores de tradiciones culturales mucho más antiguas, como la hitita en el caso de los frigios. La relevancia de la ruta terrestre a través de la península anatolia no resta importancia a otras alternativas como la ruta marítima que discurría a través de las

ya mencionadas islas de Creta y Chipre o la costa cilicia de Asia Menor hasta las costas sirio-palestinas.

Todas estas circunstancias valoradas en conjunto nos ayudan a conocer mejor la verdadera escala y dimensiones de un proceso histórico de tanta envergadura, complejo y multidireccional, como los contactos e interacciones que tuvieron lugar en los inicios de la edad arcaica entre las civilizaciones orientales y el mundo griego, que nos permite explicar y entender mejor algunas de las manifestaciones fundamentales de la propia cultura griega.

3.2.7. Griegos y bárbaros

La distinción fundamental de la humanidad entre griegos y bárbaros que caracteriza la cultura griega al menos hasta época helenística pudo haberse originado a lo largo de este período a pesar de la opinión más difundida que la sitúa como consecuencia directa de la victoria griega contra los persas en el primer cuarto del siglo v a. C. El término bárbaro se ha interpretado tradicionalmente como una expresión de carácter onomatopéyico que reproduciría figuradamente la forma extraña e ininteligible de hablar (bar, bar, bar) que tenían todos los pueblos no griegos, si bien se ha apuntado también recientemente la posibilidad de se tratara de un término de origen babilonio, *barbaru,* que significaba extranjero. Aunque toda la ideología asociada a dicho estereotipo cultural, con connotaciones deterministas provocadas por el clima y sus consecuencias políticas y culturales, la naturaleza despótica, servil y decadente de los bárbaros se configura a lo largo de los siglos v y IV a. C., y fue durante el período arcaico cuando los griegos entraron en

contacto de forma masiva con otras culturas en el curso del proceso de expansión por todas las costas del Mediterráneo y el mar Negro. El contraste entre las formas de vida griegas y las de las culturas indígenas que encontraron en su camino pudo haber constituido el acicate para proceder a esta diferenciación de carácter global y para consolidar la conciencia de cierta unidad cultural entre los propios griegos, que no habían demostrado hasta entonces ninguna coherencia dentro de este terreno.

Los griegos se encontraron con situaciones diferentes en cada una de las regiones en las que decidieron instalarse. En algunos lugares como Sicilia o el sur de Italia, los indígenas no representaron un gran problema y fueron sometidos con relativa facilidad por los griegos, que utilizaron a estas poblaciones como mano de obra servil, o se valieron del engaño y el fraude para establecerse y expulsar a sus habitantes. En otros, como las costas del mar Negro, tuvieron que contar siempre con el consentimiento de los reyezuelos indígenas de la región o ni siquiera intentaron establecerse en algunas zonas a causa del temor que despertaban sus habitantes.

Sin embargo, en la mayoría de los casos, las relaciones fueron cordiales a largo plazo, basadas en el activo papel de intercambio que la fundación griega desempeñaba de cara al mundo indígena circundante. Los indígenas se sentían atraídos por algunos productos griegos elaborados como el vino o los aceites perfumados, o manufacturados como la cerámica u otra clase de objetos de metal, y acudían en masa al propio establecimiento griego o los encargaban a través de intermediarios. La crátera de Vix, que se halló en el interior de Francia a casi quinientos kilómetros de la costa, constituye un buen ejemplo de la escala monumental que a veces adquiría este intercambio de bienes. Es también pro-

bable que los propios griegos se adentrasen hacia el interior del país y transportasen en persona esta clase de objetos, tal y como parecen probar la presencia de algunos santuarios griegos en el seno de comunidades indígenas, que podían servir de lugares de parada y posta para estos aventurados comerciantes que viajaban utilizando vías de penetración como grandes ríos, como el Ródano en Francia o los ríos rusos de la ribera del mar Negro. Los hallazgos de Garaguso en el interior de Lucania (sur de Italia), donde se han encontrado en las tumbas depósitos votivos de carácter genuinamente griego en el seno de una comunidad indígena, o los de Peschanove en el interior de Ucrania, donde se hallaron los restos del naufragio de un pequeño bote que transportaba quince vasos de bronce completos, son algunos ejemplos significativos.

Las elites dominantes de las culturas indígenas obtuvieron de esta forma una gran cantidad de objetos de lujo que luego enterraban en sus tumbas como un signo revelador de su riqueza y prestigio. Los sensacionales hallazgos de las tumbas escitas del sur de Rusia, los numerosos objetos griegos procedentes de las tumbas etruscas del norte de Italia o hallazgos más esporádicos como los de Francia o España constituyen una muestra patente del nivel que alcanzaron estos intercambios. No sabemos, sin embargo, lo que los griegos recibían a cambio de este tipo de mercancías. Posiblemente se trataba de productos perecederos o textiles que no han dejado rastro alguno, o de esclavos, como parece que sucedió con las fundaciones del mar Negro. La riqueza agrícola de las regiones circundantes a los establecimientos griegos, la abundancia de ganado con excelentes pieles, el suministro de metales o la mera existencia de poblaciones indígenas enfrentadas entre sí, que procuraban

prisioneros, constituían razones más que suficientes para interesar a los griegos establecidos en sus proximidades. De hecho, los griegos proporcionaron también en muchos casos ayuda militar decisiva a reyezuelos de la zona en los enfrentamientos con sus vecinos. Esta utilización de los griegos como fuerza mercenaria se pagaba con esclavos, que eran vendidos en el propio establecimiento, o con moneda, que era acuñada también en el lugar para estos gobernantes nativos. De esta forma, un establecimiento griego proporcionaba una amplia gama de servicios al mundo indígena de sus alrededores a un nivel que iba mucho más allá del mero intercambio de bienes.

Estas relaciones culminaron en ocasiones con el establecimiento de comunidades mixtas en muchos lugares dada la frecuencia de los matrimonios con mujeres indígenas en la periferia de las zonas rurales cercanas y dependientes de los establecimientos griegos, como algunas poblaciones de la costa del mar Negro a las que se designa como «griegos mezclados» (*mixéllenes*). Incluso se llegó a crear un reino a base de este tipo de población, como el del Ponto, que tenía como capital la ciudad griega de Panticapeo.

Los griegos ejercieron un papel cultural tan importante dentro de las culturas locales con las que entraron en contacto a lo largo de este período que algunos han hablado de helenización de las mismas como un proceso unidireccional que habría afectado de forma casi exclusiva a los receptores, las culturas indígenas, sin que la cultura emisora, la griega, se hubiese visto afectada de forma significativa por estos contactos. Sin embargo sabemos hoy en día que el proceso discurrió en ambas direcciones a pesar del indudable atractivo que ejercieron sobre las elites locales las formas de vida griegas, particularmente el *simposio* con todo

su ceremonial e instrumentos, que se traduce arqueológicamente en el hallazgo de numerosas vajillas y vasos empleados en este contexto por todas partes en el Mediterráneo. Las vías habituales de la influencia griega sobre las comunidades indígenas fueron el intercambio comercial ya mencionado y los centros de culto. Muchos santuarios griegos se establecieron en los límites de la comunidad griega o en el seno de comunidades indígenas del interior y se convirtieron en una vía de acceso cultural tanto para los indígenas, que adoptaron formas, objetos y lugares de culto griegos, como para los propios griegos, que asimilaron algunas de las divinidades locales. El caso del templo inacabado de Segesta, en el interior de Sicilia, parece un caso claro de apropiación de un elemento de culto griego, como era la forma exterior de un templo que nunca se llegó a construir, para albergar en su interior un antiguo culto indígena. El santuario de los grandes dioses en Samotracia, al norte del Egeo, fue un establecimiento mixto en el que griegos e indígenas ofrecieron culto de forma indiscriminada. Uno y otro caso nos ilustran sobre la compleja gama de reacciones que se produjo en este encuentro de culturas.

A pesar del abundante material arqueológico de que disponemos, resulta difícil valorar la extensión que alcanzó esta corriente helenizadora entre los pueblos indígenas en cada una de las regiones. En la mayor parte de los casos resulta casi imposible distinguir entre verdaderos griegos, nativos helenizados, nativos a los que simplemente les gustaban los objetos griegos e hicieron uso de ellos con asiduidad, o comunidades mixtas de unos y otros. Se trata, por lo general, de material procedente de las tumbas y la cuestión de los nombres tampoco resulta definitiva, ya que en muchos casos un nombre griego podía esconder un indígena heleni-

zado, como parece que sucedió con las mujeres que los primeros griegos tomaron entre los nativos. El secreto del «éxito» griego entre la población indígena hay que achacarlo a la eficacia de su forma de organización social y política, la polis, que se mostró como un sistema fácil de exportar y adaptar a condiciones diversas, y a la posesión de un modelo cultural mucho más cohesionado y fuerte que el de las poblaciones con las que entraron en contacto. Es significativo en este sentido el hecho de que solo Egipto, que poseía una cultura y una forma de vida avalada por una tradición milenaria, resistió a los encantos de la cultura griega. En efecto, a diferencia de lo que sucedió en otras partes, los griegos se vieron aquí obligados a someterse al dominio político de los faraones y al influjo de la poderosa tradición cultural del país.

Sin embargo, a pesar de esta fluidez aparente de los intercambios y las intensas relaciones establecidas con los medios indígenas, existen indicios que muestran la aparición de ciertas prevenciones y recelos. Sabemos así que en Epidamno, en la costa adriática, fue necesario elegir un cargo público especial para que se encargase de los intercambios comerciales con los ilirios por los problemas que suscitaba su llegada masiva a la propia ciudad griega. Otro caso curioso es el de Empórion, en la península ibérica, donde un muro transversal vigilado constantemente separaba las comunidades griega e indígena, a pesar de que ambas compartían una misma muralla exterior de fortificación defensiva.

La diversidad de situaciones y la diferencia de nivel cultural entre unos pueblos y otros convierten el fenómeno del contacto de los griegos con otras culturas a lo largo de este período en una compleja y extensa amalgama en la que caben todo tipo de actitudes y reacciones, desde la colabora-

ción y el estímulo hasta el recelo, el temor y el simple rechazo y la explotación de unos por otros. El surgimiento del concepto de bárbaro pudo haberse así gestado en estos momentos, aunque toda su elaboración conceptual se llevase a cabo a lo largo de la época posterior.

3.2.8. El descubrimiento del mundo

La expansión de los griegos por extensas zonas de la cuenca mediterránea y del mar Negro y sus contactos más o menos cuantificables personalmente con las monarquías orientales tuvieron el efecto de suscitar una gran curiosidad por el mundo exterior, en el aspecto geográfico, etnográfico y natural, y dar inicio a las primeras representaciones del mundo conocido que había experimentado una gran ampliación de horizontes durante este tiempo. Estos intentos de representación pueden apreciarse ya en los poemas homéricos, como la imagen del mundo grabada sobre el célebre escudo de Aquiles o en los repertorios como el *Catálogo de las naves* o la lista de los contingentes troyanos, que revelan un cierto interés etnográfico por la catalogación de pueblos diversos. Esta misma tendencia se deja sentir también en la *Odisea* a través del relato del protagonista, sin importar que sus viajes discurran por un espacio completamente imaginario y fantástico. A un nivel más abstracto, Hesíodo procedió en la *Teogonía* a ordenar el cosmos de una forma inteligible que permitiera explicar el estado actual del universo, aunque fuera a base de imágenes extraordinarias extraídas del mito y de la genealogía.

Sin embargo, a lo largo del siglo VI a. C. los esfuerzos se encaminaron en Jonia en otra dirección, como fue la bús-

queda de modelos inteligibles para explicar la forma del orbe recurriendo a la geometría y las matemáticas, en particular con imágenes como la del círculo o la esfera, que se prestaban bien a diferentes operaciones de cálculo. Uno de estos primeros filósofos, Anaximandro, habría trazado incluso el primer esbozo de un mapa de la tierra que resulta imposible de reconstruir a través de las noticias de carácter fragmentario que poseemos. Parece que se trataba de un modelo geométrico de la tierra, reducido a algunas líneas y formas esenciales que tenían como objetivo el hacer visible su estructura. El logro de Anaximandro se inscribe en medio de un debate teórico abierto en aquellos momentos en Jonia acerca de la forma de la tierra en el que las opiniones variaban desde un disco plano y algo cóncavo hasta la forma esférica. En todas estas preocupaciones tuvo mucho que ver también la influencia de la sabiduría oriental al respecto, ante todo en forma de observaciones astronómicas sobre el movimiento del sol y el curso de los astros. También se dejó sentir la influencia imponente del mito a pesar de los esfuerzos por sustituir sus esquemas explicativos. La imagen del océano primordial que rodeaba toda la tierra, tal y como aparece en los poetas, reaparece sin duda en las concepciones de Tales, que imaginaba la tierra surgida de las aguas y flotando en medio de ellas como una tabla de madera. Anaximandro en cambio la concebía como una especie de tambor de columna que flotaba sin sujeción alguna en medio del universo.

Este tipo de especulaciones fueron complementadas con una descripción pormenorizada de las diferentes regiones que conformaban la *ecúmene* (tierra habitada), un concepto abstracto por encima de las diferencias locales que empezaba a abrirse paso durante estos momentos. En el pro-

ceso de acumulación de nuevos conocimientos geográficos desempeñaron un papel destacado las informaciones procedentes de los primeros viajes de ultramar que pudieron confluir en los denominados «periplos». Eran relatos relativamente escuetos de una navegación de cabotaje a lo largo de las costas que prestaban especial atención a los principales accidentes geográficos, como golfos, cabos y promontorios, a los lugares más apropiados para el refugio o el aprovisionamiento en el curso del viaje y al carácter favorable u hostil de los pueblos indígenas que se encontraban en el curso de la ruta. Quizá al principio no eran más que simples guías de navegación de carácter práctico, pero poco a poco fueron adquiriendo mayores pretensiones literarias y se introdujeron descripciones sobre los pueblos del interior, que ponían el acento sobre todo en sus costumbres más exóticas y llamativas. A pesar de que no ha llegado hasta nosotros ninguna de estas obras, conocemos algunos de los nombres de sus autores más significativos, algunos de ellos responsables directos también de exploraciones por tierras desconocidas, como Escílax de Carianda, que escribió una descripción de las costas del océano Índico como resultado de una expedición emprendida por encargo del rey persa Darío I, o el de un tal Eutímenes, que podría haber navegado desde Marsella hacia las aguas del océano Atlántico e introducido en la imaginación griega las fantasías y los terrores que circulaban acerca de aquellos confines extremos del mundo.

Sin embargo, la figura más destacada en este campo es Hecateo de Mileto, que compuso una *Periégesis* (guía alrededor del mundo) en la que describía los pueblos y tierras del mundo habitado y establecía además una división entre los tres continentes principales, Europa, Asia y Libia (la de-

signación griega de la parte de África que conocían). Solo conocemos escasos fragmentos de dicha obra que proceden de un resumen de un léxico compuesto por un autor bizantino, Esteban de Bizancio, en el siglo VI d. C. La mayoría consiste simplemente en la mención de un lugar y su adscripción a uno de los tres continentes sin más comentario adicional. Sin embargo, esta obra debió de influir de manera considerable en Heródoto, que constituye nuestro único testimonio completo acerca de los conocimientos geográficos de este período y de los viajes de exploración que se llevaron a cabo. A lo largo de su relato podemos comprobar que la realidad y la ficción se mezclaban en estas historias, como resultado de las tradiciones legendarias locales o de la interpretación distorsionada que daban los griegos a las pocas noticias que llegaban desde aquellas remotas regiones.

La obra de Heródoto nos permite conocer la ampliación de horizontes de aquellos momentos y su plasmación en los conocimientos de la época con un mundo más extenso en el que los antiguos confines oceánicos se ven progresivamente sustituidos por la aparición de extraños pueblos o por la existencia de desiertos y parajes completamente inhóspitos hasta donde no llegaban ya las informaciones. La inclusión de las ciudades de Asia Menor dentro del marco político del imperio persa tuvo un doble efecto en este proceso de conocimiento y representación del mundo exterior. Por un lado favoreció la circulación de las informaciones a través de sus inmensos territorios ampliándose considerablemente el número de viajeros que se trasladaban de unas partes a otras. Por otro, esta forzada sumisión a un poder extranjero suscitó la necesidad de reforzar la autoconciencia de afirmación griega, que veía confirmadas sus aspiraciones en este sentido mediante la diferenciación evidente de la for-

ma de vida griega frente a las del resto de los pueblos que les rodeaban. Fueron, por tanto, cada vez más frecuentes y abundantes las descripciones del mundo o de países bárbaros individuales, que destacaban sobre todo las costumbres singulares de estos pueblos en contraste con las maneras típicamente griegas, inaugurándose así todo un género de literatura geográfica y etnográfica que continuaría en vigor a lo largo de toda la Antigüedad.

3.3. Las fuentes

3.3.1. La naturaleza de la historia arcaica

El conocimiento de la época arcaica griega presenta numerosos problemas de todo tipo ya que apenas contamos con testimonios contemporáneos. De toda la literatura de la época, solo han llegado hasta nosotros algunos escasos fragmentos de los poetas líricos o de los primeros filósofos jonios, que nos ofrecen un panorama desigual y carente de un hilo conductor que nos permita captar la secuencia de los acontecimientos. Tan solo contamos con la historia de Heródoto para acceder a un relato bien sea de carácter puntual y anecdótico de algunos acontecimientos de este período. Sin embargo, Heródoto escribió en la segunda mitad del siglo V a. C., cuando las tradiciones orales que utilizaba habían ya distorsionado claramente la memoria de estos hechos o los habían recreado de acuerdo con intereses y preocupaciones contemporáneas. De hecho, la mayor parte de las historias narrativas acerca del período arcaico se basan en noticias aisladas que nos proporcionan autores que escribieron muchos siglos después como Estrabón, Plutarco o

Pausanias. A veces resulta factible indagar acerca de su procedencia a través de la práctica denominada en alemán *Quellenforschung* (búsqueda de fuentes), que permite remontarnos a las obras consultadas por estos autores, si bien no siempre resulta fácil establecer la cadena de transmisión seguida desde un autor, el más antiguo y cuya obra generalmente no ha llegado hasta nosotros, al otro, el más reciente y conservado. Así, es probable que Plutarco en su biografía del legislador espartano Licurgo utilizase la perdida *Constitución de los espartanos* compuesta dentro de la escuela aristotélica, pero de cualquier modo esto nos permite retrotraer nuestras fuentes de información solo hasta el siglo IV a. C., y proceder todavía más hacia atrás, hasta el período contemporáneo a los hechos, el siglo VII a. C., constituye ya una tarea prácticamente imposible y en todo caso tremendamente arriesgada. De hecho, casi es imposible remontarnos más allá de este período, el siglo IV a. C., dado que a la falta de testimonios se une la circunstancia de que la mayoría de los autores del período arcaico son poco más que simples nombres a los que resulta imposible atribuir cualquier contenido con seguridad.

Otro problema importante es el de la datación. Como es bien sabido, las convenciones cronológicas en el mundo griego variaban de ciudad en ciudad y resulta, por tanto, enormemente complicado establecer un cuadro cronológico general en el que integrar todos los escasos datos disponibles en este terreno. En la mayor parte de las ciudades se solía nombrar cada año a partir del cargo público más importante que ejercía el poder en dicho período, como el mayor de los cinco *éforos* en Esparta o el denominado *arconte epónimo* en Atenas. Sin embargo, dado que los arcontes atenienses, para los que contamos con algunas listas

posteriores e incompletas, asumían su cargo en verano la traducción de los años griegos a nuestra cronología moderna adopta a veces una cifra doble como 511/10 a. C. Otra forma de datación en el mundo griego eran las listas de vencedores en los juegos confeccionadas por autores como Hipias en el siglo V a. C. o Aristóteles y Calístenes en el IV a. C. Ninguna de estas listas ha sobrevivido hasta nosotros, pero es posible que la lista recogida por el filósofo cristiano Sexto Julio Africano en el siglo III d. C. que nos ha conservado el obispo Eusebio de Cesarea en su *Crónica* esté basada en aquellas. Sin embargo, resulta difícil conceder credibilidad a la lista de Hipias que se remontaba hasta el origen de los juegos en el 776 a. C. más allá del siglo VI a. C. cuando todavía podían recordarse en el seno de las familias de los triunfadores algunas de estas victorias. Finalmente, se utilizó también como forma de cómputo cronológico la serie de cargos religiosos como el de las sacerdotisas en el santuario de Hera en Argos por parte del historiador Helánico de Lesbos, también del siglo V a. C. La obra de Helánico no se ha conservado, pero parece que establecía sincronismos con las listas espartanas y atenienses mencionadas. Sin embargo, hubo que esperar al historiador helenístico Timeo para que este intento de sincronismo incluyera también las listas olímpicas, si bien el primero que dató los acontecimientos por olimpíadas fue Eratóstenes en el siglo III a. C. A partir de estos intentos de sincronizar las diferentes cronologías griegas se dio paso al esquema cronológico moderno después de diferentes ajustes con la tradición hebrea y la romana, que solo concluirían al inicio del siglo XVII.

Estas dificultades de datación afectan también a los testimonios materiales, ya que la mayor parte de las inscripciones conservadas del período arcaico se datan a partir de la

forma de las letras, dado que sabemos que experimentaron una variación y una evolución en su forma a través del tiempo. A veces es el testimonio cruzado de la datación arqueológica el que proporciona la fecha aproximada, como el estilo de la cerámica sobre la que se halló la inscripción o su utilización como material de construcción en una edificación posterior.

3.3.2. Hesíodo

Uno de los primeros testimonios con que contamos para este período es el poeta Hesíodo que, a diferencia de Homero, representa un individuo de carne y hueso aproximadamente bien identificado. Era hijo de un comerciante de la región de Cumas en Asia Menor que fracasó en su actividad y acabó instalándose en la aldea beocia de Ascra. Compuso, a comienzos del siglo VII a. C., al menos dos grandes poemas épicos, la *Teogonía* y los *Trabajos*. La primera representa un intento de ordenación de la genealogía divina y de la evolución del universo. En los *Trabajos* proporciona una serie de consejos útiles acerca de la forma más adecuada de vivir a su hermano Perses, con quien Hesíodo mantenía un litigio por la herencia paterna. A lo largo del poema se describen algunas de las principales faenas agrícolas, se alude a los temores que suscitaba la navegación y a los riesgos que comportaba o se reprueba la codicia de unos jueces arbitrarios que dictaban sus sentencias guiados por el soborno. Hesíodo se convierte de esta forma en un testimonio contemporáneo que plantea sus problemas e inquietudes personales y nos permite atisbar, de manera indirecta, un cierto panorama de la época que le tocó vivir. Era un poeta

inspirado por las Musas, tal y como relata su encuentro con las Musas en el monte Helicón mientras estaba cuidando su ganado al inicio de la *Teogonía.* Tiene así clara conciencia de su misión educadora de la comunidad, lo que explica en cierto modo su afán didáctico. Posiblemente hizo ya uso de la escritura para su composición, aunque la recitación oral continuaba siendo la forma de difusión mayoritaria entre el público. Su obra, especialmente la *Teogonía,* muestra además claros indicios de influencia oriental.

3.3.3. Los poetas y su tiempo

Los primeros testimonios directos con que contamos acerca de este período son los fragmentos de los poetas líricos griegos, que han llegado hasta nosotros en un lamentable estado de conservación. En la mayoría de los casos se trata de pequeños fragmentos transmitidos por autores tardíos, como gramáticos, lexicógrafos y autores de antologías, que citan sus versos como ejemplos para ilustrar sus teorías gramaticales, sus indagaciones léxicas o para ejemplificar un tópico moral. Algunos fragmentos se han conservado a través de los papiros hallados en Egipto, aunque, por lo general, quedan reducidos a veces a simples pedazos de palabras. En estas condiciones de transmisión no podemos saber si el fragmento conservado constituye un ejemplo representativo de la obra de un determinado poeta o se trata por el contrario de un caso excepcional, y a veces ni tan siquiera tenemos la seguridad de que las propias palabras conservadas sean las originales y no el resultado de correcciones filológicas posteriores, ya que dichos términos presentaban problemas de comprensión a causa de su peculia-

ridad dialectal. Recientemente se ha puesto también en tela de juicio el carácter autobiográfico de sus obras con el argumento de que constituyen más bien una síntesis acumulativa de las tradiciones de cada ciudad que la obra concreta y personal de un único individuo.

La poesía lírica se componía además de una serie de géneros literarios y hay que tener en cuenta sus convenciones y requisitos, como la adopción de personas ficticias o estereotipadas que no representan la realidad histórica del propio poeta. De cualquier forma, los escasos fragmentos conservados de los primeros poetas líricos griegos constituyen un importante testimonio histórico. A través de ellos podemos entrever los enfrentamientos políticos entre la aristocracia y los tiranos, ponen de manifiesto la poderosa influencia del reino de Lidia sobre las ciudades jonias o insinúan aspectos fundamentales del período, como los primeros ecos de la aventura de ultramar o la creciente importancia de los mercenarios. Sin embargo, su aportación principal es, quizá, el conocimiento que nos proporcionan de los valores y las actitudes que imperaban en este período. Reflejan el código aristocrático de valores o la nueva concepción del amor y la amistad. Tenemos ahora ante nosotros, por primera vez, a personajes que aunque sea de manera tópica y convencional expresan sentimientos y emociones, en agudo contraste con el período precedente envuelto en el anonimato general para el que solo contamos con el frío y mudo testimonio de la arqueología. La historia recupera, bien sea de forma genérica, la vida y la pasión de sus protagonistas directos.

ARQUÍLOCO DE PAROS es uno de los primeros poetas conocidos de este período. Vivió probablemente durante la primera mitad del siglo VII a. C. y participó directamente en

la expansión ultramarina de su ciudad, la isla de Paros, hacia la isla de Tasos y las costas de Tracia situadas frente a ella. A través de sus versos percibimos los ecos de algunos de los acontecimientos de este período en los que los miembros de las elites dirigentes adoptaban un protagonismo destacado en busca de mejores oportunidades de fama y fortuna. Uno de sus fragmentos expresa su desprecio hacia el ideal heroico afirmando que perdió el escudo en una batalla contra los tracios y huyó después para salvar su vida sin importarle aparentemente la vergüenza que comportaba este acto de cobardía. En otro, conservado en un papiro que se halla hoy en día en Colonia, describe abiertamente su relación amorosa con la hermana de la joven a la que pretendía.

HIPONACTE DE ÉFESO, datable hacia mediados del siglo VI a. C., poseía un gran ingenio y una extraordinaria capacidad de crítica. Adoptó en sus poemas el papel de mendigo al que la fortuna ha dado la espalda y sus fragmentos aparecen repletos de un léxico en el que se entremezclan las expresiones populares, coloquiales y de carácter obsceno, con algunos términos procedentes de los dialectos locales.

SAFO y ALCEO, ambos de la isla de Lesbos, reflejan el sofisticado estilo de vida de las elites dirigentes en las ciudades griegas de Asia Menor y sus estrechas vinculaciones con el vecino reino de Lidia, que tanto influía en sus vidas. Safo expresa sus sentimientos amorosos hacia las muchachas que formaban parte de su *thíasos* (grupo de gente que celebraba un rito en común) y Alceo revela el odio que los aristócratas forzados al exilio como él experimentaban hacia los tiranos que dominaban la ciudad. Tanto en una como en otro hay que contar con las convenciones del género literario utilizado y el contexto de la recitación, quizá coros de muchachas en el caso de Safo y *simpósia* en el de Alceo.

TIRTEO, que hay que datar en el siglo VII a. C., constituye un testigo excepcional del cambio decisivo de la sociedad espartana y su sistema de valores. Sus temas principales eran la exhortación a los jóvenes para luchar a favor de su patria y su insistencia en los ideales heroicos y en la vergüenza y deshonor que implicaba la cobardía.

ALCMÁN, que vivió también en Esparta en la segunda mitad del siglo VII a. C., constituye un testimonio excepcional sobre la intensa vida ritual y comunitaria de esos momentos a través de los coros de muchachas, con su ambiente sensual y festivo, y exalta los goces que proporcionan la canción y la bebida en los festines aristocráticos.

TEOGNIS DE MÉGARA fue también un poeta individual de la primera mitad del siglo VI a. C., pero la mayor parte de los fragmentos que se han conservado constituyen el resultado de la tradición poética de la ciudad, que ha agrupado bajo su nombre poemas de diferentes épocas. En estos poemas se ponen de relieve las transformaciones que estaba experimentando la sociedad griega en aquellos momentos, así como el recelo y la desconfianza que suscitaban los nuevos ricos y los recién llegados entre los antiguos miembros de las clases dirigentes. Nos transmiten así condensados los ideales vigentes de la mentalidad aristocrática griega.

SOLÓN en sus poemas nos ofrece un panorama algo más conciliador que intenta asumir de forma pacífica los traumas del cambio provocado por el ascenso social de nuevas gentes que van afianzando su posición frente a los antiguos miembros de las elites dirigentes, que habían sido hasta entonces los dueños absolutos de vidas y haciendas.

Los poetas ocupaban una posición influyente y destacada dentro de la sociedad de su tiempo. El estudioso francés

Marcel Detienne los definió en su día como auténticos «maestros de verdad», ya que poseían una clase especial de sabiduría a través de la inspiración y la trasmitían a toda la comunidad desde su posición destacada como jefes del coro, legisladores, *simposiarcas* en el banquete o generales al frente de un ejército. El poeta era, en resumidas cuentas, un auténtico jefe religioso, moral y político que comunicaba a la comunidad su conocimiento del pasado, le explicaba el curso de la vida y le proporcionaba unas normas de comportamiento, tal y como ha señalado Rodríguez Adrados. Desde esta perspectiva se explica la importancia que adquirieron los poemas homéricos y la *Teogonía* de Hesíodo a la hora de configurar el universo religioso griego. Asignaron una figura definida a sus dioses y ordenaron el relato desde los orígenes de la humanidad hasta su tiempo. Nunca fueron considerados libros sagrados pero gozaron de una gran autoridad y prestigio indiscutible a lo largo de toda la cultura griega.

3.3.4. Los primeros filósofos

Otro testimonio contemporáneo importante es el de los llamados primeros filósofos jonios. Sus fragmentos nos permiten apreciar el apasionante debate ideológico que se estaba produciendo por aquel entonces en los principales centros urbanos de Asia Menor, como Mileto, Éfeso o Colofón. En ellos se reflejan sus esfuerzos por explicar de una forma racional el universo, aunque sin abandonar del todo los mecanismos del mito. Percibimos el horizonte cultural de la época, en el que Egipto ocupaba una posición destacada. Sus planteamientos naturalistas y cosmológicos plas-

man la influencia creciente de las ideas orientales, pero nos revelan también el tipo de inquietudes e interrogantes que el encuentro con culturas diferentes iba suscitando entre las elites intelectuales de estas regiones griegas, que fueron pioneras en tantos aspectos de la cultura de la época.

Los propios griegos los denominaron sabios o físicos. A veces se expresaban en verso, como los poetas, pero sus contenidos tenían otras intenciones y seguramente otra clase de auditorios más restringidos. Así Jenófanes de Colofón se expresó a través del verso para criticar los excesos e inmoralidades que los poemas épicos atribuían a los dioses.

La verdadera revolución de estos primeros pensadores consistió sobre todo en el planteamiento de problemas y la forma en la que los presentan, más que en las respuestas que ofrecieron. La formulación de algunas preguntas esenciales como «¿qué hubo al principio?» o «¿cuál es el papel del hombre dentro del universo?» o «¿por qué suceden las cosas?» iniciaron una forma de pensar que les distanciaba aparentemente del mito como recurso explicativo del orbe y les conducía hacia una actitud más científica. Poseían la certeza de la existencia de regularidades en el seno de la naturaleza, lo que abría la posibilidad de explicaciones más generales y daba lugar a argumentos más racionales que los que el relato mítico podía proporcionar. El intenso contacto de las ciudades griegas jonias con los reinos vecinos de Asia Menor y con las culturas orientales y el naciente cosmopolitismo de una ciudad como Mileto, que había emprendido su expansión por ultramar, tuvieron seguramente mucho que ver con la emergencia casi simultánea de este tipo de personas.

Sus primeros intereses se centraron en la naturaleza del *kósmos* (universo ordenado) y el ser de las cosas, tal y como

reflejan los fragmentos de las obras de Tales de Mileto, Anaximandro de Mileto o Heráclito de Éfeso. Otros, como Pitágoras de Samos, que desarrolló la mayor parte de su actividad en el sur de Italia, centraron su atención en aspectos más espirituales y elaboraron toda una doctrina mística de la transmigración de las almas después de la muerte. Se ha destacado el hecho de que este tipo de nueva racionalidad constituye un producto claro de la ciudad como comunidad cívica de iguales, cuyo poder de decisión se depositaba en el centro de ella. Habían sometido los fenómenos de la naturaleza a examen y habían planteado el problema del origen del mundo en términos de debate, y abrieron así la vía a una forma de pensamiento independiente de las creencias religiosas que más adelante hallará también su propio lenguaje y acabará centrándose en el hombre como preocupación fundamental.

3.3.5. Los testimonios materiales

Aparte de los testimonios literarios, contamos también con inscripciones, monedas y restos materiales para completar nuestro conocimiento de este período. Las inscripciones nos proporcionan un contacto directo con el mundo de la época. La mayoría no son más que un puñado de palabras puestas en verso para expresar una dedicatoria, una conmemoración o una simple expresión de alegría o lamento. Inscritas sobre materiales de todas clases, como piedra, cerámica, bronce o plomo, nos introducen también en el universo personal y diario de la vida y la muerte de las gentes de la época. Sabemos así de las vicisitudes personales de un mercenario griego en Egipto o de los sentimientos profun-

dos que se expresan en un epitafio. Otras inscripciones, menos numerosas desgraciadamente, consisten en registros de carácter público, como leyes, decretos, tratados o cualquier otra clase de transacciones de ámbito interestatal que puedan ser de interés para la comunidad. En algún caso, estos documentos públicos nos han llegado a través de copias que fueron realizadas en un momento posterior debido al carácter venerable de estas inscripciones, convertidas en un auténtico monumento que había que preservar. Estas inscripciones, escritas en el dialecto y alfabeto locales, constituyen también un testimonio importante sobre la diversidad existente en estos momentos de la historia griega entre unos lugares y otros y nos revelan así mismo el grado de autogobierno que estas comunidades habían alcanzado y su nivel de alfabetización, ya que su puesta por escrito implicaba la posibilidad de que fuera leído por otros.

Las monedas de la época aparecieron relativamente tarde, a mediados del siglo VI a. C., y en consecuencia no afectan a la mayor parte del período. Su testimonio nos proporciona información importante acerca de la imagen que las ciudades griegas emisoras deseaban proyectar de sí mismas y pueden aportarnos también algunas conclusiones sobre la naturaleza del comercio de esta época a través de mapas de su distribución y de la comparación de los patrones de peso.

Los restos arqueológicos constituyen otra forma de acercamiento directo a la realidad inmediata de la época, aunque en el caso del período arcaico presentan algunas importantes limitaciones. Los centros principales han continuado habitados a lo largo de la historia, por lo que resulta casi imposible recuperar los restos de época arcaica. Algunos son, incluso hoy en día, ciudades importantes como Marsella, Tebas o Siracusa. Otros, como las ciudades de Jonia en Asia Menor, al-

canzaron gran importancia a lo largo de la época helenística y romana y, por tanto, los restos arqueológicos que salen a la luz con más facilidad son los de estos períodos. Es muy diferente el caso de aquellos lugares marginales que más tarde fueron abandonados, como las ciudades de la costa del mar Negro o los emporios coloniales de Náucratis en Egipto o Al Mina en Siria, cuya excavación ofrece aparentemente mejores perspectivas. Además de los restos urbanos, la arqueología trata de recuperar también otro tipo de información, como la intensidad de ocupación de un territorio determinado, los esquemas de poblamiento o la delimitación de las zonas de influencia económica y cultural. El estudio intensivo de determinadas regiones como Beocia o la excavación sistemática de santuarios religiosos como el de Peracora en el istmo de Corinto constituyen importantes fuentes de información sobre las condiciones materiales de la época o sobre el mundo de las creencias religiosas.

La excavación de las regiones limítrofes del mundo griego ha deparado también importantes sorpresas para el conocimiento de la época arcaica. Los hallazgos de cerámica y otros objetos de factura griega en las tumbas de los príncipes galos, de los reyezuelos escitas o de los dirigentes de las ciudades etruscas constituyen una parte muy importante del material arqueológico. De hecho, en su día se creyó que la cerámica griega de figuras rojas y negras, que aparecía en grandes cantidades en las tumbas etruscas, tenía precisamente este origen, por lo que el famoso ceramista inglés Josiah Wedgwood dio a su fábrica el nombre de la región itálica. Esta clase de objetos, la mayoría de gran calidad, nos permite conocer no solo las tendencias artísticas de la época y su evolución correspondiente, sino el grado de influencia que los establecimientos de ultramar griegos ejercieron sobre las

elites indígenas que convirtieron estos productos griegos en objetos de prestigio y poder que se llevaron consigo a la tumba. Otros, en cambio, como los numerosos objetos de adorno encontrados en las tumbas escitas, son de clara factura griega pero están decorados con temas propiamente indígenas. Revelan así el grado de penetración de las influencias artísticas griegas en las sociedades indígenas, que en muchos casos afectaron a la forma de los objetos pero no a su contenido.

3.3.6. Tradiciones legendarias

Las tradiciones de carácter oral constituyen también hasta cierto punto un testimonio contemporáneo de la época arcaica. Sin embargo, las conocemos a través de autores posteriores, como los historiadores Heródoto o Tucídides, ya en pleno siglo V a. C., el geógrafo Estrabón, del siglo I a. C., o escritores de la época imperial, como Plutarco, autor de conocidas biografías, o Pausanias, que tenía claras aficiones anticuaristas. Estas tradiciones tienen su procedencia en dos ámbitos fundamentales como son las grandes familias aristocráticas que estaban preocupadas por difundir su prestigio y asegurar su supremacía dentro de la comunidad que gobernaban y algunos santuarios importantes, como el de Delfos, donde se fue acumulando con el correr de los tiempos un conjunto considerable de noticias e informaciones de todo tipo. Ciertamente estas tradiciones no nos proporcionan una información histórica en estado puro, ya que en su origen han intervenido factores de distorsión como la tendencia a idealizar el pasado remoto, la exageración habitual a la hora de elaborar los recuerdos o la intromisión de elementos folclóricos procedentes del cuento popular y de la

leyenda mítica. Es el caso de ciertas leyendas de fundación de ciudades que pretendían remontar a los tiempos más lejanos asociando la familia del protagonista a las figuras de los antiguos héroes o integrando sus acciones dentro de cualquiera de los grandes ciclos míticos como el de Heracles, el de los Argonautas o el de los Regresos de los héroes desde Troya (los *Nóstoi).*

Las tradiciones míticas constituyen también una fuente contemporánea con algunas salvedades. Contamos con algunos testimonios contemporáneos como los denominados *Himnos homéricos,* compuestos a lo largo de este período, o *Catálogo de las mujeres* y el *Escudo de Heracles,* atribuidos a Hesíodo, que narran acontecimientos del mito. Sin embargo, la mayor parte las conocemos sobre todo gracias a obras tardías como la atribuida a Apolodoro, que constituye la primera obra sistemática sobre mitología que ha llegado hasta nosotros, o a los escolios (comentarios marginales añadidos a los textos que derivan de la erudición de los antiguos gramáticos alejandrinos). Es muy posible que muchos de los datos que aparecen en estos comentarios se remonten a autores de finales de la época arcaica o de comienzos del período clásico. Tendríamos así acceso a ciertas tradiciones antiguas que tuvieron vigencia en aquellos tiempos y fueron luego conservadas por la afición anticuarista de algunos autores como Ferécides o Helánico de Lesbos. Sin embargo, la línea que une estas tradiciones de carácter mítico con la historia real se interrumpe en muchos puntos a causa del alto grado de fabulación y fantasía que caracteriza a estos relatos. A pesar de ello, los mitos reflejan algunas de las preocupaciones colectivas de los hombres de la época y, aunque algo distorsionados, ciertos acontecimientos trascendentales del período, como la acción unificadora de algunas co-

munidades o episodios relacionados con la expansión por la cuenca del Mediterráneo.

3.3.7. La historiografía

Los primeros escritores en prosa preocupados por registrar los hechos del pasado de una forma sistemática surgieron a finales de este período. Sin embargo, nuestros conocimientos se limitan a un puñado de nombres sin más como Cadmo y Dionisio de Mileto. Sobresale entre ellos Hecateo de Mileto, cuyas obras *Periégesis* y *Períodos ges* (circuito de la tierra) solo las conocemos a través de fragmentos. Hecateo trató de imponer un criterio racional y cronológico en las genealogías que en diferentes tradiciones remontaban a los tiempos heroicos e incluso hasta los propios dioses. Intentó describir también de forma ordenada el mundo conocido hasta entonces, ofreciendo información de carácter etnográfico sobre los diferentes pueblos y regiones. Los dos rasgos que le avalan como pionero del nuevo género histórico son su intento por someter a criterios más racionales el cúmulo de leyendas míticas transmitidas hasta entonces y la importancia de las observaciones personales extraídas en el curso de sus posibles viajes.

Sin embargo, todos nuestros conocimientos sobre la época arcaica que tienen un cierto carácter sistemático proceden de la obra de Heródoto, considerado ya por Cicerón como el verdadero padre de la historia. Escribió su obra hacia la mitad del siglo V a. C., como exiliado, y utilizó como fuentes de información a su predecesor Hecateo y algunas de las tradiciones de carácter oral a las que nos hemos referido. A lo largo de sus páginas desfilan todos los conoci-

mientos que se habían ido acumulando hasta entonces en el mundo griego sobre casi todos los temas. Constituye así una especie de repertorio de las tradiciones orales que pudo registrar en el curso de sus viajes, resultado de sus conversaciones con los guías locales o con los personajes influyentes de una determinada ciudad o región, así como todas aquellas noticias de sus antecesores que llamaron su atención o suscitaron su interés.

Heródoto calificó su tarea como el resultado de su *historíe,* un término relacionado con la raíz del verbo «ver» que expresa la idea de un conocimiento que es resultado de la propia experiencia investigadora, a través de la propia observación personal *(ópsis)* y el testimonio oral de otros *(akoé).* Recorrió buena parte del mundo conocido y fue recogiendo en el curso de sus viajes toda clase de informaciones. Centró su atención en aquellos hechos particularmente gloriosos que eran dignos de ser recordados y en todo lo que suscitaba su admiración y asombro, desde el espectáculo de la propia naturaleza hasta las construcciones humanas más sobresalientes y todos aquellos usos y costumbres de los pueblos bárbaros que resultaban chocantes y curiosos.

Aunque el objetivo de su historia era el relato de la guerra contra los persas, solo los cinco últimos de los nueve libros que componen sus *Historias* están dedicados a la narración del conflicto. A lo largo de los cuatro primeros, Heródoto pasa revista a la historia del mundo griego y describe la situación actual del mundo bárbaro, de un extremo del orbe al otro. Nos proporciona, por tanto, noticias importantes sobre el proceso de expansión griega por el Mediterráneo, sobre las tiranías en algunas ciudades o sobre las conflictivas relaciones de las ciudades de Asia Menor con sus poderosos vecinos del este, lidios primero y persas

después. Sin embargo, no se trata de una mera compilación de datos y anécdotas carente de una visión global que proporcione unidad a todo el conjunto. La obra de Heródoto, aunque compleja y abigarrada en su contenido, posee una clara estructura general tanto desde un punto de vista literario como desde el ideológico. Toda su narración está presidida por una serie de pautas morales e ideológicas bien definidas, como los principios de la sabiduría délfica, que destacaban la importancia de la moderación en las acciones humanas y los peligros que entrañaba la demasía y el orgullo excesivo. Posee también una cierta visión trágica del mundo que presenta al ser humano a merced de las fuerzas superiores de un destino caprichoso e ineluctable que apenas permiten ninguna capacidad de decisión. Sin embargo, trató de introducir cierta racionalidad en el acontecer humano que paliase los condicionantes habituales como la presencia constante de los dioses o el peso ineludible de las maldiciones familiares atávicas.

No obstante, a pesar de su aparente ruptura con el pasado legendario que representaba la poesía épica, Heródoto continuó aferrado a las formas y los mecanismos del mito en su narración. Algunas de las historias que narra presentan ciertas similitudes con los mitos a pesar de que sus protagonistas son ahora personajes históricos de carne y hueso en lugar de los antiguos héroes. Instancias determinantes como los oráculos continúan así ejerciendo un papel concluyente en el desarrollo de la acción y en su solución definitiva. Este es el caso del tirano Polícrates de Samos, cuyo destino parece fijado ya de antemano hasta su trágico desenlace a pesar de todos los esfuerzos por evitar su cumplimiento. No conviene olvidar el carácter fundamentalmente literario de una obra como la de Heródoto a pesar de su interés por asentar

sus testimonios sobre bases firmes y establecer una marco de causalidad histórica. Su objetivo principal era explorar las causas y antecedentes que habían conducido al conflicto con los persas y tan solo mostraba interés por la historia anterior en la medida en que tales acontecimientos habían condicionado, en su opinión, los orígenes y el desarrollo del enfrentamiento entre griegos y persas.

3.4. Bibliografía fundamental

a) General

BAURAIN, Ch.: *Les Grecs et la Méditerranée orientale. Des siècles obscurs à la fin de l'époque archaïque,* Nouvelle Clio, París, 1997.

BOARDMAN, J. y HAMMOND, N. G. L. (eds.): *The Cambridge Ancient History,* III part 3: *The Expansion of the Greek World. Eighth to Sixth Century B. C.*, Cambridge, 2.ª ed., 1982.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J.: *La polis y la expansión colonial griega siglos VIII-VI,* Síntesis, Madrid, 1991.

HALL, J. M.: *History of the Archaic Greek World*, Blackwell, Oxford, 2.ª ed., 2013.

JEFFERY, L. H.: *Archaic Greece. The City States c. 700-500 B. C.,* Methuen, Londres, 1976.

MURRAY, O.: *Grecia arcaica* (trad. cast.), Taurus, Madrid, 1988[4].

OSBORNE, R.: *La formación de Grecia 1200-479 BC* (trad. cast.), Crítica, Barcelona, 2001.

RAAFLAUB, K. A. y VAN WEES, H. (eds.): *A Companion to the Archaic Greece,* Wiley Blackwell, Oxford, 2009.

SHAPIRO, H. A. (ed.): *The Cambridge Companion to the Archaic Greece,* Cambridge, 2007.

STARR, Ch. G.: *The Economic and Social Growth of Early Greece 800-500 B. C.,* Nueva York, 1977.

b) La polis y su origen

DE POLIGNAC, F.: *La naissance de la cité grecque,* París, 1984.
HANSEN, M. H.: *Polis et Cité-état. Un concept antique et son équivalent moderne* (trad. fr.), Les Belles Lettres, París, 2001.
— *Polis. An Introduction to the Ancient Greek City-State,* Oxford University Press, Nueva York, 2006.
MORRIS, I.: *Burial and Ancient Society. The Rise of the Greek city-state,* Cambridge, 1987.
MURRAY, O. y PRICE, S. (eds.): *The Greek City from Homer to Alexander,* Oxford, 1990.
RHODES, P. J. y MITCHELL, G. (eds.): *The Development of the Polis in Archaic Greece,* Routledge, Londres, 1997.
ROUSSEL, D.: *Tribu et Cité. Études sur les groupes sociaux dans les cités grecques aux époques archaïque et classique,* Les Belles Lettres, París, 1976.
SNODGRASS, A.: *Archaeology and the Rise of the Greek State,* Cambridge, 1977.
STARR, Ch. G.: *Individual and Community. The Rise of the Polis. 800-500 B. C.,* Nueva York, 1986.

c) La expansión a ultramar

ANTONELLI, L.: *I Greci oltre Gibilterra,* L'Erma di Bretschneider, Roma, 1997.
BOARDMAN, J.: *Los griegos en ultramar. Comercio y expansión colonial antes de la era clásica* (trad. cast.), Alianza Edit., Madrid, 1975.
BOUFFIER, S. (ed.): *Les diasporas grecques. Du détroit de Gibraltar à l'Indus (VIII s. av. J.-C à la fin du III s. av. J.-C),* Sedes, París, 2012.
D'ERCOLE, M. C.: *Histoires méditerranéennes. Aspects de la colonisation grecque de l'Occident à la mer Noire (VIII-IV s. av. J.-C.),* Errance, Arles, 2012.

DEMETRIOU, D.: *Negotiating Identity in the Ancient Mediterranean. The Archaic and Classical Greek Multiethnic Emporia,* Cambridge University Press, 2012.
DESCOEUDRES, J. P. (ed.): *Greek Colonist and Native Populations,* Oxford Clarendon Press, 1990.
DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.: *La colonización griega en Sicilia,* British Archaeological Reports, Oxford, 1989.
GRAHAM, A. J.: *Colony and Mother City in Ancient Greece,* Ares, Chicago, 1983.
HODOS, T.: *Local Responses to Colonization in the Iron Age Mediterranean,* Routledge, Londres, 2006.
LANE FOX, R.: *Héroes viajeros. Los griegos y sus mitos* (trad. cast.), Crítica, Barcelona, 2009.
MALKIN, I.: *A Small Greek World. Networks in the Ancient Mediterranean,* Oxford University Press, 2011.
RIDGWAY, D.: *El alba de la Magna Grecia* (trad. cast.), Crítica, Barcelona, 1997.
ROUILLARD, P.: *Les Grecs et la Péninsule ibérique du* VIII *au* IV *siècle avant Jésus Christ,* De Boccard, París, 1991.
TSETSKHLADZE, G. R. y DE ANGELIS, F.: *The Archaeology of Greek Colonisation. Essays dedicated to Sir John Boardman,* Oxford, 1994.
TSETSKHLADZE, G. R.: *Greek Colonisation. An Account of Greek Colonies and Other Settlements Overseas,* 2 vols., Brill, Leiden, 2003 y 2008.
— (ed.): *The Greek Colonisation of the Black Sea Area. Historical Interpretation and Archaeology,* Franz Steiner Verlag, Stuttgart, 1998.

d) Las tiranías

ANDREWES, A.: *The Greek Tyrants,* Londres, 1956.
LEWIS, S.: *Greek Tyranny,* Bristol Phoenix Press, Exeter, 2009.
MCGLEW, J. F.: *Tyranny and Political Culture in Ancient Greece,* Cornell Univ. Press, Ithaca, 1993.
MOSSE, Cl.: *La tyrannie dans la Grèce antique,* París, 1969.

e) Las reformas militares

HANSON, V. D.: *The Western Way of War: Infantry Battle in Classical Greece,* University of California Press, Berkeley-Los Ángeles, 2000.
— (ed.): *Hoplites. The Classical Greek Battle Experience,* Routledge, Londres, 1991.
KAGAN, G. y VIGGIANO, G. F. (eds.): *Men of Bronze. Hoplite Warfare in Ancient Greece,* Princeton University Press, 2013.
SCHWARTZ, A.: *Reinstating the Hoplite: Arms, Armour and Phalanx Fighting in Archaic and Classical Greece,* Historia Einzelschriften 207, Franz Steiner Verlag, Stuttgart, 2009.
VAN WEES, H.: *Greek Warfare: Myths and Realities,* Duckworth, Londres, 2004.

f) Atenas arcaica

ANDERSON, G.: *The Athenian Experiment: Building an Imagined Political Community in Ancient Attica, 508-490 B. C.,* University of Michigan Press, Ann Arbor, 2003.
BLOK, J. y LARDINOIS, A. (eds.): *Solon of Athens. New Historical and Philological Approaches,* Brill, Leiden, 2006.
DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J.: *Solón de Atenas,* Crítica, Barcelona, 2001.
LAVELLE, B. M.: *The Sorrow and the Pity: A Prolegomenon to a History of Athens under Pesisistratids. 560-510 B. C.,* Historia Einzelschriften 80, Stuttgart, 1993.
— *Fame, Money, Power: The Rise of Peisistratus and 'democratic' Tyranny at Athens,* University of Michigan Press, Ann Arbor, 2005.
LEVÊQUE, P. y VIDAL NAQUET, P.: *Clisthene l'athénien,* París, 1964.
LEWIS, J: D.: *Solon the Thinker. Political Thought in Archaic Athens,* Duckworth, Londres, 2008.

MOSSE, Cl.: «Comment s'élabore un mythe politique. Solon, père fondateur de la démocratie athénienne», *Annales ESC*, 34, 1979, 425-437.

SANCISI-WEERDENBURG, H.: *Peisistratos and Tyranny. A Reappraisal of the Evidence,* Amsterdam, 2000.

THOMAS, R.: *Oral Tradition and Written Record in Classical Athens,* Cambridge University Press, 1989.

VALDÉS GUÍA, M.: *Política y religión en la Atenas arcaica,* BAR, Oxford, 2002.

— *La formación de Atenas,* Pórtico, Zaragoza, 2012.

g) Esparta arcaica

CHRISTIEN, J. y RUZE, F.: *Sparte: Géographie, mythes et histoire,* Armand Colin, París, 2007.

FORNIS, C.: *Esparta. Historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico,* Crítica, Barcelona, 2003.

KENNELL, N. M.: *Spartans. A New History,* Wiley Blackwell, Oxford, 2010.

MALKIN, I.: *Myth and Territory in the Spartan Mediterranean,* Cambridge, 1994.

h) Jonia

EMLYN-JONES, C. J.: *The Ionians and Hellenism,* Londres, 1980.

GORMAN, V. B.: *Miletos, The Ornament of Ionia. A History of the City to 4000 BC,* University of Michigan Press, Ann Arbor, 2001.

GREAVES, M. A.: *Miletos. A History*, Londres, 2002.

— *The Land of Ionia. Society and Economy in the Archaic Period,* Wiley Blackwell, Oxford, 2010.

LLOYD, G. E. R.: *The Revolution of Wisdom. Studies in the Claims and Practice of Ancient Greek Science,* Univ. of California Press, Berkeley-Los Ángeles, 1987.

ROEBUCK, C.: *Ionian Trade and Colonisation,* Nueva York, 1959 (reimpreso en Ares, Chicago, 1984).

STEADMAN, S. R. y MCMAHON, G. (eds.): *The Oxford Handbook of Ancient Anatolia. 10,000-323 B. C. E.,* Oxford University Press, 2011.

SWEENEY, N. M.: *Foundation Myths and Politics In Ancient Ionia,* Cambridge University Press, 2013.

i) Grecia y Oriente

BURKERT, W.: *The Orientalizing Revolution. Near Eastern Influence on Greek Culture in the Early Archaic Age* (trad. ingl.), Cambridge, Mass., 1992.

DIHLE, A. y FELDMEIER, R.: *Hellas und der Orient: Phasen wechselseitiger Rezeption,* Julius Welthausen Vorlesung 2, Walter De Gruyter, Berlín, 2009.

GEORGES, P.: *Barbarian Asia and the Greek Experience. From the Archaic Period to the Age of Xenophon,* The John Hopkins University Press, Baltimore, 1994.

GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: *Memorias perdidas. Grecia y el mundo oriental,* Akal, Madrid, 2013.

GUNTER, A. C.: *Greek Art and the Orient,* Cambridge University Press, 2009.

HAUBOLD, J.: *Greece and Mesopotamia. Dialogues in Literature,* Cambridge University Press, 2013.

MAZZARINO, S.: *Fra Oriente e Occidente,* Florencia, 1947 (reimpr. Rizzoli, Milán, 1989).

MORRIS, S. P.: *Daidalos and the Origins of the Greek Art,* Princeton University Press, 1992.

WEST, M. L.: *La filosofia greca arcaica e l'oriente* (trad. ital.), Il Mulino, Bolonia, 1993.

— *The East Face of Helicon. West Asiatic Elements in Greek Poetry and Myth,* Oxford, 1997.

j) Las creencias religiosas

BREMMER, J.: *La religión griega. Dioses y hombres. Santuarios, rituales y mitos* (trad. cast.), El Almendro, Córdoba, 2006.
BURKERT, W.: *Religión griega. Arcaica y Clásica* (trad. cast.), Abada, Madrid, 2007.
BUXTON, R.: *Todos los dioses de Grecia* (trad. cast.), Oberón, Madrid, 2004.
EASTERLING, P. E. y MUIR, J. V. (eds.): *Greek Religion and Society,* Cambridge, 1985.
KINDT, J.: *Rethinking Greek Religion,* Cambridge University Press, 2012.
PEDLEY, J.: *Sanctuaries and the Sacred in the Ancient Greek World,* Cambridge University Press, 2006.
PRICE, S.: *Religions of the Ancient Greeks,* Cambridge University Press, 1999.
SISSA, G. y DETIENNE, M.: *La vida cotidiana de los dioses griegos* (trad. cast.), Temas de Hoy, Madrid, 1994.

k) El mito y su significado

BERMEJO, J. C.: *Grecia arcaica: La mitología,* Akal, Madrid, 1996.
— *et alii: Los orígenes de la mitología griega,* Akal, Madrid, 1996.
BUXTON, R.: *Imaginary Greece. The Context of Mythology,* Cambridge, 1994.
DOWDEN, K.: *The Uses of Greek Mythology,* Routledge, Londres, 1992.
GARCÍA GUAL, C.: *Introducción a la mitología griega,* Alianza Edit., Madrid, 1992.

GANTZ, T.: *Early Greek Myth. A Guide to literary and Artistic Sources,* The John Hopkins Univ. Press, Baltimore, 1993.
GRAF, F.: *Greek Mythology. An Introduction* (trad. ingl.), John Hopkins Univ., Baltimore, 1993.
HARD, R.: *El gran libro de la mitología griega* (trad. cast.), La Esfera de los Libros, Madrid, 2008.

l) El estilo de vida aristocrático

ADKINS, A. W. H.: *Merit and Responsability. A Study in Greek Values,* Oxford, 1960.
ARNHEIM, M. T. W.: *Aristocracy in Greek Society,* Thames and Hudson, Londres, 1977.
DUPLOUY, A.: *Le prestige des elites. Recherches sur les modes de reconnaissance sociale en Grèce entre les X et V siècles avant J. C.* Les Belles Lettres, París, 2006.
HOBDEN, F.: *The Symposion in Ancient Greek Society and Thought,* Cambridge University Press, 2013.
MURRAY, O. (ed.): *Sympotika,* Oxford, 1990.
MUSTI, D.: *Il simposio,* Laterza, Bari, 2001.
STARR, Ch. G.: *The Aristocratic Temper of Greek Civilization,* Nueva York, 1992.

m) Ideología y arte

BOARDMAN, J.: *Greek Sculpture. The Archaic Period,* Thames and Hudson, Londres, 1978.
— *Athenian Red Figure Vases. The Archaich Period,* Thames and Hudson, Londres, 1975.
GAGARIN, M.: *Early Greek Law,* Univ. of California Press, Berkeley-Los Ángeles, 1986.
GIULIANO, A.: *Arte greca. Dalle origini all'età arcaica,* Il Saggiatore, Milán, 1986.

HAVELOCK, E. A.: *Dike. La nascita della coscienza* (trad. ital.), Laterza, Roma-Bari, 1981.
— *The Literate Revolution in Greece and Its Cultural Consequences,* Princeton, 1982.
HURWITT, J. M.: *Art and Culture of Early Greece 1100-480 B. C.,* Cornell University Press, 1985.
SANCISI-WEERDENBURG, H.: *Peisistratos and Tyranny. A Reappraisal of the Evidence,* Amsterdam, 2000.

n) Griegos y bárbaros

BONFANTE, L. (ed.); *The Barbarians of Ancient Europe. Realities and Interactions,* Cambridge University Press, 2011.
GRUEN, E. S. (ed.): *Cultural Identity in the Ancient Mediterranean*, University of California Press, Los Ángeles, 2010.
HARRISON, T. (ed.): *Greek and Barbarians,* Edinburgh University Press, 2002.
SKINNER, J. E.: *The Invention of Greek Ethnography. From Homer to Herodotus*, Oxford University Press, 2012.
VLASSOPOULOS, K.: *Greeks and Barbarians,* Cambridge University Press, 2013.

o) El descubrimiento del mundo

BALLABRIGA, A.: *Le soleil et le Tartare. L'image mhytique du monde en Grèce archaïque,* París, 1986.
DIHLE, A.: *I Greci e il mondo antico* (trad. ital.), Giunti, Florencia, 1997.
GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la Greia antigua,* Akal, Madrid, 2000.
JACOB, Ch.: *Geografia y etnografía en la Grecia antigua,* Bellaterra, Barcelona, 2008.

p) Poetas y filósofos

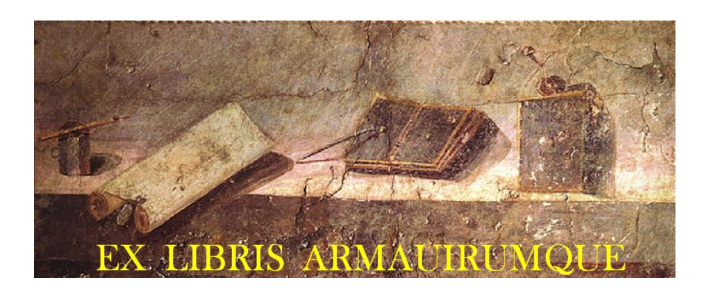
ADRADOS, F. R.: *El mundo de la lírica griega antigua,* Alianza, Madrid, 1981.
BARNES, J.: *Los Presocráticos* (trad. cast.), Cátedra, Madrid, 1992.
BERNABÉ, A.: *Los filósofos presocráticos: Literatura, lengua y visión del mundo*, Evohé, Madrid, 2013.
DETIENNE, M.: *Los maestros de verdad en la Grecia arcaica* (trad. cast.), Taurus, Madrid, 1986.
FRAENKEL, H.: *Poesía y filosofía de la Grecia arcaica. Una historia de la épica, la lírica y la prosa griegas hasta la mitad del siglo* V (trad. cast.), Visor, Madrid, 1993.
PODLECKI, A. J.: *The Early Greek Poets and their Times,* Vancouver, 1984.

q) Las fuentes

BAKKER, E. J., DE JONG, I. J. F. y VAN WEES, H. (eds.): *Brill's Companion to Herodotus,* Brill, Leiden, 2012.
CHRISTESEN, P.: *Olympic Victor List and Ancient Greek History,* Cambridge University Press, 2008.
DEWALD, C. y MARINCOLA, J.: *The Cambridge Companion to Herodotus,* Cambridge University Press, 2006.
ETIENNE, R., MÜLLER, Ch. y PROST, F.: *Archéologie historique de la Grèce antique,* Ellipses, París, 2000.
EVANS, J. A. S.: *Herodotus, Explorer of the Past,* Princeton, 1991.
FEHLING, D.: *Herodotus and his Sources. Citation, Invention and Narrative Art* (trad. ingl.), Bristol, 1989.
GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: «La lírica arcaica como fuente histórica: condicionantes y perspectivas», *Estudios Clásicos,* 94, 1988, 7-22.
GOULD, J.: *Herodotus,* Weidenfield and Nicholson, Londres, 1989.

HARTOG, F.: *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre,* París, 1980.
KRAAY, C.: *Archaic and Classical Greek Coins,* Cambridge, 1976.
LATEINER, D.: *The Historical Method of Herodotus,* University of Toronto Press, 1989.
LÓPEZ EIRE, A. y SCHRADER, C.: *Los orígenes de la oratoria y la historiografía en la Grecia clásica,* Zaragoza, 1994.
LIPPOLIS, E. y ROCCO, G.: *Archeologia greca. Cultura, società, politica e produzione,* Mondadori, Milán, 2011.
MONTANARI, F., RENGAKOS, A. y TSAGALIS, Ch. (eds.): *Brill's Companion to Hesiod,* Brill, Leiden, 2009.
MYRES, J. L.: *Herodotus, Father of History,* Oxford, Clarendon Press, 1953.
NENCI, G.: «La storiografia preerodotea», *Critica Storica,* 6, 1976, 1-22.
— y REVERDIN, O. (eds.): *Hérodote et les peuples non grecs,* Entretiens sur l'Antiquité Classique, Tome XXXV, Ginebra, 1990.
PEARSON, L.: *The Early Ionian Historians,* Oxford, 1939.
ROBERTS, J. T.: *Herodotus. A Very Short Introduction,* Oxford University Press, 2011.
ROMM, J.: *Herodotus,* Yale University Press, 1998.
SAKELLARIOU, M.: *Between memory and Oblivion. The Transmissions of Early Greek Historical Traditions,* Atenas, 1990.
SNODGRASS, A.: *Arqueología de Grecia,* (trad. cast.), Crítica, Barcelona, 1990.
VERDIN, H.: «Notes sur l'attitude des historiens grecs à l'égard de la tradition locale», *Ancient Society,* 1, 1970, 183-200.
WHITLEY, J.: *The Archaeology of Ancient Greece,* Cambridge University Press, 2001.
WOODHEAD, A. G.: *The Study of Greek Inscriptions,* 2.ª ed., Cambridge, 1981.

4. La época clásica (500-400 a. C.)



4.1. Panorama general

4.1.1. Los griegos y el imperio persa

La experiencia de los griegos con los grandes imperios del Próximo Oriente apenas había resultado traumática para sus intereses colectivos. Tanto el imperio neoasirio de los siglos IX a VII a. C., como el neobabilonio, después en el curso del VI a. C., se hallaban demasiado lejos del marco de actuación griega preferente que era la cuenca del Egeo y el Mediterráneo central. Hubo sin duda griegos que entraron en contacto directo con estos imperios, sobre todo piratas y mercenarios. Las primeras menciones de los griegos en los textos asirios tienen estas características, ya que aluden a la presencia ocasional de atacantes por mar a las ciudades fenicias que se hallaban bajo su dominio. Los *yauna* (jonios), que era el término que los orientales utilizaban para designar a los griegos de forma general, figuran así mencionados

en diferentes clases de testimonios y parece que su presencia militar como mercenarios se halla bastante bien atestiguada al menos en lo que se refiere a Egipto o Babilonia, pero pudo también haber afectado a Asiria, si bien aquí los testimonios resultan algo más problemáticos. En el caso de Egipto, donde pudieron entrar en combate con los ejércitos asirios, algunos de sus nombres han quedado grabados en las piernas del gigantesco coloso de Abu Simbel y contamos además con el testimonio de Heródoto al respecto. Por lo que hace referencia a Babilonia, conocemos también el caso particular del hermano del poeta Alceo, que combatió en la región de Judea al servicio del rey babilonio, y tenemos algunos testimonios arqueológicos significativos como elementos de armaduras griegas procedentes de Carquemish, en el norte de Siria, o los restos de una fortaleza que pudo servir de campamento en Meshad Hasavyahu, en los límites de Israel con Palestina.

Las noticias procedentes de estas experiencias individuales o colectivas generaron en el mundo griego una imagen extraordinaria de estos imperios, gobernados por poderosos monarcas que habían llevado a cabo numerosas conquistas, con capitales espectaculares como Nínive o Babilonia, o con parámetros de riqueza completamente diferentes de los que imperaban en el mundo griego de aquellos momentos.

Esta visión exótica y distante de los grandes imperios orientales cambió de repente con la entrada en escena del imperio persa a mediados del siglo VI a. C., cuando agrupó bajo su poder todas las regiones de Oriente conocidas hasta entonces. Su rápida conquista del reino lidio llevó el imperio persa hasta las mismas puertas de las ciudades griegas de Asia Menor, que a partir de esta época entraron a

formar parte de sus dominios. Sin embargo, los griegos que aprovecharon la apertura de oportunidades que significaba la entrada en el imperio persa fueron numerosos con su participación como mercenarios en sus ejércitos, o con su presencia entre los círculos dirigentes persas como asesores militares, artesanos especializados o médicos, que eran al parecer especialmente valorados. Las condiciones del viaje habían mejorado notablemente gracias al sistema viario que los persas desarrollaron poniendo en comunicación todas las partes de su imperio. Esta circunstancia fue seguramente bien aprovechada por algunos para aumentar de forma considerable sus conocimientos sobre el mundo o para tener acceso a los grandes centros orientales que ahora se hallaban bajo la soberanía persa. La interacción entre los griegos y el imperio persa constituye así un fenómeno de gran trascendencia histórica que aparece empañado por el episodio puntual de las guerras que libraron algunos estados griegos, entre los que figuraban de forma destacada Atenas y Esparta, contra las ambiciones expansionistas de algunos monarcas como Darío I o Jerjes. La victoria griega en el conflicto y la destacada participación de Atenas en la misma desencadenaron una propaganda oficial tendente a conmemorar el acontecimiento que establecía una diferencia irreductible entre ambos mundos, representada en la heroica defensa de las libertades por parte griega y en el despotismo bárbaro que encarnaban los persas. Este contraste abismal entre un mundo y otro quedó también traducido en el terreno geográfico con el enfrentamiento entre Europa y Asia, Occidente y Oriente, con toda la carga simbólica que desde entonces ha tenido dicha dicotomía. La magnificación de la victoria ateniense en Maratón y su transformación en mito ha perdurado casi

hasta la actualidad, a través de una perspectiva parcial, partidista y distorsionada que requiere importantes matizaciones desde una crítica histórica de los hechos mucho más rigurosa. El desequilibrio evidente en nuestras fuentes de información, ya que casi todas nuestras noticias proceden del lado griego, constituye uno de los obstáculos principales. No existía una tradición histórica narrativa entre los persas, y las únicas fuentes que han llegado hasta nosotros son las inscripciones reales como la de Behistún, que resaltan el protagonismo de los monarcas implicados y la impiedad de sus enemigos, o los archivos conservados en las tablillas de Persépolis, que nos revelan algunos detalles importantes acerca del funcionamiento preciso de la maquinaria imperial aqueménida. A pesar de estas dificultades, todavía podemos percibir, incluso a través del testimonio fundamental de Heródoto, algunas de las exageraciones de la propaganda ateniense y el intento descarado de convertir la victoria sobre los persas en el argumento principal para legitimar la hegemonía ateniense posterior sobre la mayor parte de las ciudades griegas del Egeo.

4.1.2. Jonia y los persas

Tras la conquista de Lidia por los persas en el 546 a. C., las ciudades griegas de la costa de Asia Menor quedaron integradas dentro del imperio aqueménida. Sin embargo, fue con la subida al trono de Darío I en el 519 a. C. cuando comenzó una nueva fase de expansión hacia las fronteras orientales y occidentales del imperio. En el 521 a. C., Darío I capturó la isla de Samos, que había estado gobernada hasta entonces por el tirano Polícrates. En 514 a. C. inició

hacia el norte una campaña de castigo contra los escitas que tenía su punto de partida en el puente tendido sobre el Danubio, dejado bajo la custodia de los jonios. Los escitas, a quienes Darío no había conseguido dar caza a través de su extenso y casi vacío territorio, propusieron a los jonios que abandonaran el puente, dejando así sin escapatoria posible al ejército persa. Sin embargo, el tirano de Mileto, Histieo, lo rechazó poniendo de manifiesto las ventajas, al menos en el terreno individual, que comportaba la colaboración con los persas en contra de cualquier posible intento de rebelión, tal y como había sucedido ya en otras partes del imperio. Aunque Darío I se vio obligado a retirarse de la campaña contra los escitas, consiguió poner fin a sus ataques e incursiones contra los territorios del imperio, añadió una nueva provincia a sus dominios, Tracia, y afianzó sus posiciones en el Egeo. Muchos de los establecimientos griegos en el Helesponto y en las costas del norte del Egeo quedaron, por tanto, bajo la dominación persa. Los persas instauraron tiranías como forma de favorecer su dominación hegemónica, pero las ciudades griegas conservaban su autonomía salvo la obligación de prestar contingentes militares al ejército persa con hombres y naves y aportar el tributo, que podía considerarse moderado. Los persas fueron también respetuosos con los cultos locales, pero no realizaron ofrendas importantes en los santuarios griegos ni contribuyeron a su construcción a la manera de los monarcas lidios que retornaban así a las ciudades griegas una parte de los tributos pagados. Sin embargo a pesar de todo, puede decirse que este período resultó positivo desde el punto de vista económico para dichas ciudades, al menos para algunas de ellas como Mileto, que fueron capaces de construir grandes templos a lo largo del mismo. La organización del imperio

persa en satrapías agilizaba y favorecía la tarea de control de tan inmensos territorios, ya que el sátrapa ejercía un dominio casi absoluto sobre la zona que tenía bajo su mando. Esta circunstancia resultó decisiva en la relación del imperio persa con los griegos, ya que estos personajes ambiciosos, vinculados a la familia real en ocasiones, fueron casi siempre los auténticos protagonistas de dichas relaciones con sus intentos constantes de ampliar su esfera de poder. Así, el sátrapa de Sardes aceptó la oferta de sumisión ateniense en el 506 a. C. a cambio de recibir ayuda contra los espartanos. La corte real persa se hallaba demasiado lejos del territorio griego, a tres meses de distancia por la llamada vía real, que conducía desde Sardes a Susa, y eran los sátrapas de la zona los encargados de tratar con las ciudades griegas. De hecho, solo un monarca persa, Jerjes, pisó en persona el suelo griego en todo el largo período de relación entre ambos mundos que se extendió a algo más de doscientos años.

Dentro de este contexto de intensas e interesadas relaciones entre los sátrapas persas y las clases dirigentes de las ciudades griegas hay que interpretar el inicio del conflicto que culminó en la llamada rebelión jonia a comienzos del año 499 a. C. Todo giró en un principio en torno a la isla de Naxos, que había caído en manos de la facción democrática contra los oligarcas locales que ocupaban el poder con la aquiescencia persa. Los exiliados se dirigieron a la ciudad de Mileto y solicitaron a su nuevo tirano Aristágoras que colaborase en su restauración. Aristágoras aceptó la propuesta y solicitó la ayuda del sátrapa persa ofreciéndole saldar los gastos de la campaña con el botín conseguido en el curso de ella. Sin embargo, la expedición contra Naxos fracasó y el tirano vio frustradas sus ambiciones de medrar

con los persas, temiendo además que su fallida tentativa concluyera con el castigo persa correspondiente. Aristágoras no tenía otra salida que intentar una rebelión abierta contra el dominio persa, tratando de conseguir para ello el mayor apoyo posible del resto de las ciudades griegas, especialmente Esparta o Atenas. En primer lugar, adoptó algunas medidas internas que favorecían el paso a un régimen de carácter democrático e hizo lo mismo en otras ciudades griegas de la zona, colaborando en la expulsión de sus tiranos propersas. Era una forma de aumentar el número de sus partidarios, consciente de que muchos griegos todavía asociaban el dominio persa con el gobierno de la tiranía. Su intento de conseguir ayuda al otro lado del Egeo no tuvo mucho éxito si tenemos en cuenta que tan solo consiguió el apoyo de Atenas, que decidió enviar veinte naves en ayuda de los rebeldes, y de Eretria, que colaboró con cinco naves. La escasa respuesta a la petición de ayuda jonia se explica quizá por el predominio de los intereses locales griegos ante cualquier clase de campaña general, el temor a las posibles represalias persas o simplemente la adecuación a un *statu quo* que no perjudicaba los intereses de la mayoría de los griegos.

Los rebeldes marcharon hacia el interior y consiguieron alcanzar Sardes, que fue luego incendiada. Aunque la rebelión se extendió hasta la isla de Chipre, los sátrapas locales, a los que los rebeldes habían cogido desprevenidos en un principio, reorganizaron sus fuerzas e hicieron frente al levantamiento. Primero sometieron Chipre y más tarde las ciudades de los estrechos. Tras el restablecimiento del orden en estos enclaves estratégicos, todo el potencial bélico persa se concentró sobre la Jonia rebelde. Los atenienses se retiraron y muchos jonios lamentaron haber dado su apoyo

inicial a Aristágoras, que terminó huyendo de Mileto y fue asesinado a traición. Darío envió un fuerte contingente a la zona bajo el mando de Histieo, que hizo defección de los persas e intentó capitanear la rebelión. Sin embargo, los milesios no le abrieron las puertas y hubo de retirarse en busca de refugio hacia los dominios que poseía en el norte del Egeo. Los jonios fiaron todas sus expectativas en el combate naval que se libró en las aguas de Lade en el año 495 a. C., pero la incompetencia e indisciplina de sus tripulaciones facilitó la tarea de la flota persa, que rompió con facilidad las líneas griegas tras la retirada previa de los samios. Mileto fue arrasada y sus habitantes deportados a una región del golfo Pérsico. La represión afectó también al resto de las ciudades griegas de la zona, a pesar de que Darío decidió actuar con cautela y moderación política. Abandonó el sistema basado en sistemas tiránicos de origen aristocrático que tantos enemigos le había granjeado entre los jonios y se establecieron regímenes de una cierta autonomía cívica y el tributo se determinó sobre bases catastrales fijas y equitativas. De esta forma, la situación política no solo no empeoró con relación a la situación precedente, sino que incluso mejoró en algunos aspectos. Sin embargo, el gran período de florecimiento de Jonia pasó a la historia. Histieo, el último promotor activo de la rebelión, fue finalmente capturado y decapitado a instancias del sátrapa de la zona, que no quiso enviar al prisionero hacia la corte persa. La rebelión jonia fracasó de forma estrepitosa a causa de la falta de un mando coherente, de una estrategia bien definida y, lo más importante, de una idea clara de los objetivos reales que perseguía.

4.1.3. Causas y dimensiones del conflicto

Heródoto identifica el inicio de la gran guerra con los persas con el deseo de venganza que provocó en Darío I el envío de la ayuda ateniense a la sublevación jonia. Menciona así la anécdota de que Darío habría encargado a uno de sus servidores que se la recordara a diario a los atenienses con la finalidad de no olvidarse del agravio sufrido. Sin embargo, la reacción resulta mucho más compleja que una simple cuestión de afrenta y deseos de venganza personal.

Los acontecimientos internos del mundo griego, especialmente los de la propia Atenas, desempeñaron un papel decisivo. Es poco probable que tanto Darío como su sucesor, Jerjes, tuvieran intenciones muy precisas sobre unos territorios situados en los confines más occidentales de su imperio a casi tres mil kilómetros de distancia de Susa. Tampoco parece que los propios griegos fueran conscientes de que los persas podrían efectuar una invasión en toda regla de sus territorios. El relato de los acontecimientos que tenemos se hizo, sin duda alguna, a posteriori y desde un punto de vista casi exclusivamente ateniense. Desde esta postura retrospectiva y declaradamente partidista, los atenienses debían ser presentados como las víctimas heroicas del ataque persa que acabarían finalmente rechazando y siendo vencedores.

Los acontecimientos internos de Atenas desempeñaron un papel determinante. Sin embargo, nuestras noticias al respecto no son muy claras y se prestan, por tanto, a diversas especulaciones. Es posible que en un principio, cuando los atenienses retiraron su contingente de ayuda a los jonios, experimentasen cierto temor a una posible represalia persa, tal y como podría deducirse de la elección al arcon-

tado de uno de los Pisistrátidas, con la idea de apaciguar las posibles intenciones hostiles persas. A fin de cuentas, el tirano Hipias, el hijo superviviente de Pisístrato, estaba bajo la protección del sátrapa de Sardes y se le consideraba uno de los instigadores principales de la animadversión persa hacia Atenas. Sabemos también, por otro lado, que la caída y destrucción de Mileto causó una profunda conmoción entre los atenienses a juzgar por la elevada multa que se le impuso a Frínico, un autor trágico que se había atrevido a poner en escena este acontecimiento. También fue por entonces cuando Temístocles debió de hacer su aparición en el escenario político ateniense como uno de los adversarios destacados de cualquier posibilidad de entendimiento con los persas, una postura que estaba, al parecer, auspiciada por el clan aristocrático de los Alcmeónidas. Por último, las propias actividades que los persas emprendieron en aquellas regiones a finales de la década de los noventa suscitaron una cierta inquietud entre los griegos. Sin embargo, parece que el objetivo principal de estas expediciones no era otro, en un principio, que liquidar los últimos flecos que habían quedado pendientes con la sublevación jonia, especialmente los asuntos de Tracia. Es decir, un tema exclusivo de la política interna del imperio aqueménida.

Sin embargo, en medio de todo este complejo de circunstancias y factores, es posible que algunos griegos contemplaran el restablecimiento persa en el Egeo como una amenaza evidente para el mantenimiento de la autonomía griega. Desde esta perspectiva, resulta mucho más comprensible la actitud beligerante ante el restablecimiento persa y la oposición frontal contra los que se inclinaban hacia un cierto entendimiento con el imperio aqueménida. Dentro de este contexto, MILCÍADES jugó un papel destacado y decisivo.

Tras haberse visto obligado a abandonar sus posesiones en Tracia a causa del avance persa, agrupó a su alrededor a todos los enemigos de la consolidación de las posiciones persas y a quienes temían el restablecimiento de la tiranía que los persas habían auspiciado.

El rey persa era conocedor de la situación confusa y de las rivalidades regionales que desgarraban el territorio griego, ya que contaba con buenos informadores al respecto, como el ya mencionado Hipias, y quiso sacar partido de estas circunstancias interviniendo como factor de la discordia, bien por medio de alianzas, bien a través del empleo de la intimidación y la fuerza. La idea fundamental era ampliar su área de influencia y consolidar una zona de seguridad en la frontera occidental de su imperio mediante la instalación de regímenes favorables a su dominio. De hecho, una ciudad como Egina contempló con buenos ojos una expedición contra Atenas, que era su enemiga tradicional, e inició las hostilidades por su cuenta sin esperar la llegada de los persas. Darío envió heraldos a todas las ciudades griegas para pedir «la tierra y el agua» como forma de sumisión, que fue violentamente rechazada por atenienses y espartanos. Los primeros ejecutaron a los heraldos, en contra de la costumbre sagrada, y los espartanos los arrojaron a un pozo para que consiguieran por sí mismos la tierra y el agua que buscaban. Los propósitos persas, sin embargo, cumplieron su objetivo, ya que muchas ciudades griegas aceptaron la sumisión o adoptaron una posición neutral que resultaba ofensiva para los griegos que militaban en el bando antipersa, especialmente atenienses y espartanos. La acusación de «medismo» (adoptar el bando persa) se convirtió desde entonces, y especialmente al final de la guerra, en una auténtica arma arrojadiza en las continuas discordias que enfrentaban a los

griegos entre sí y la excusa perfecta para un castigo o una intromisión en sus asuntos internos.

4.1.4. Maratón y su significado

En el 492 a. C., Dario I envió a su yerno Mardonio al mando de una flota por las costas del norte del Egeo. Aunque el objetivo anunciado de la expedición persa era castigar a Atenas y Eretria por su colaboración en la rebelión jonia, es muy probable que pretendiera también conseguir la sumisión del mayor número posible de ciudades griegas en el curso de su ruta. Sin embargo, la flota persa fue presa de un terrible desastre a la altura de la península del monte Athos a causa de una tempestad que mermó de forma considerable sus efectivos. Más tarde, en el verano del 490 a. C., los persas enviaron un nuevo contingente de unos treinta mil hombres que atravesaron el Egeo con el fin de evitar una catástrofe similar a la sucedida unos años antes. Devastaron a su paso la isla de Naxos, que había sido el origen de la rebelión jonia, y ocuparon la isla sagrada de Delos. Más tarde se dirigieron hacia Eretria, que sucumbió ante el ataque persa a pesar de su resistencia. La ciudad fue también devastada, sus templos incendiados en venganza por la acción similar de los rebeldes jonios en Sardes, y la población esclavizada en su totalidad.

El siguiente objetivo persa era Atenas. Hipias, que viajaba con la flota persa y que aspiraba probablemente a su restauración en el poder, tuvo seguramente mucho que ver con la forma en la que se desarrollaron las operaciones. Posiblemente convenció al almirante persa, Datis, para que desembarcara en la costa nororiental del Ática con la idea

de agrupar a sus partidarios, que se le unirían en su camino hacia Atenas, donde esperaba además encontrar escasa resistencia, dada la presencia de una facción propersa en el interior de la ciudad. Sin embargo, sus cálculos fallaron por completo. Milcíades consiguió que triunfara en la asamblea la propuesta de resistir con las armas al invasor y se enviaron nueve mil hoplitas a Maratón que tuvieron que marchar durante toda la noche para llegar de madrugada al lugar tras salvar la distancia de algo más de cuarenta kilómetros. Los atenienses decidieron enviar también una petición de ayuda urgente a Esparta, que fue acogida favorablemente, pero ciertos protocolos de carácter religioso, como esperar a la salida de la luna llena, impidieron el envío inmediato de tropas de auxilio. Solo unos mil hoplitas de Platea, una pequeña ciudad beocia situada en los límites entre Atenas y Tebas, acudieron en ayuda de los atenienses. Los hoplitas atenienses ocuparon las colinas frente a las posiciones persas y esperaron inútilmente la llegada de los espartanos. Los persas, por su parte, esperaban también que se produjera una traición en las filas atenienses, tal y como ya había ocurrido anteriormente en otros casos en el curso de los enfrentamientos con los griegos. Finalmente, los *estrategos* (generales) atenienses se decidieron a actuar, a pesar de que la mitad, cinco, eran partidarios de regresar a Atenas y hacerse fuertes en la defensa de la ciudad. El voto de Calímaco, el *arconte polemarco* que tenía bajo su responsabilidad las acciones de guerra, resultó decisivo en el desempate a favor de la tesis de Milcíades, a pesar de que los persas contaban con caballería y arqueros que podían desarbolar la falange ateniense antes de llegar al choque frontal en el que los griegos llevaban las de ganar a causa de su mejor armamento pesado. Finalmente, bajo el mando de Milcíades se inició

una carga a la carrera que sorprendió a los efectivos persas. Los atenienses extendieron sus líneas con el fin de evitar ser desbordados por las alas y consiguieron una trabajada victoria que dejó un saldo de ciento noventa y dos atenienses muertos en combate. No sabemos el número de las bajas persas, ya que la cifra apuntada por Heródoto supone la multiplicación por cien de cada tres víctimas atenienses (seis mil cuatrocientos). Fuera como fuese, lo cierto es que los persas pudieron volver a embarcarse y prosiguieron su navegación hacia Atenas con la mayor parte de sus efectivos casi todavía intactos. Los vencedores debían regresar a Atenas con toda urgencia si no querían entregar a los persas, que habían sido alentados desde el interior por los traidores mediante señales con espejos, una ciudad desprovista de defensores. Enviaron apresuradamente un mensajero a Atenas para que anunciara la victoria y de esta forma los que habían quedado en la ciudad recibieron una importante inyección de moral y se aprestaron a la defensa. Finalmente, arribaron los hoplitas desde el campo de batalla y ante la inminente llegada de la flota persa pudieron comprobar que nada había sucedido entretanto en la ciudad durante su ausencia. La flota persa decidió retirarse ante la perspectiva de volver a tener que batirse con las mismas tropas que unas horas antes les habían obligado a retirarse en desbandada.

Esta escaramuza que apenas tuvo consecuencias en el bando persa, adquirió enseguida, sin embargo, tintes heroicos entre los atenienses y a través de su propaganda en el resto de las ciudades griegas y en toda la historia posterior. La victoria inspiró a los atenienses una confianza desmedida en su propio valor y en la fuerza de sus instituciones como comunidad. Se creía que la ciudad había sido prote-

gida por los dioses a la vista de la supuesta presencia entre las filas atenienses de antiguos héroes locales como Equetlo o de una divinidad agreste como Pan. Los combatientes fueron ensalzados como héroes y la batalla simbolizó a partir de entonces a toda una generación, que fue considerada modélica e insuperable por la posteridad. La época de Maratón quedó así grabada en muchas mentes griegas como la hazaña gloriosa por antonomasia del nuevo estado ateniense. Es significativo que el poeta trágico Esquilo, que había conseguido siempre el triunfo en todos los certámenes dramáticos a los que había concurrido, hiciera tan solo constar en su epitafio que había tomado parte en la batalla.

Maratón fue la primera victoria de los griegos contra los persas. Como señaló en su día el historiador francés Edouard Will, fue «la última manifestación ateniense de una cierta sociedad militar, de la comunidad hoplítica... en definitiva, la victoria de una clase social». La visión persa debió de ser bien diferente, dado que no se había producido ningún desastre irreparable ni ninguna derrota afrentosa, tal y como nos la describen las fuentes griegas. Para el almirante persa Datis la cosa no pasó de un mero incidente desafortunado que empañaba someramente una brillante campaña por el Egeo. De hecho, Datis regresó a Susa como vencedor de su expedición contra las islas, ya que había logrado el objetivo de aislar las costas de Jonia del continente europeo y afianzado así las fronteras occidentales del imperio. Los propósitos iniciales se habían cumplido y solo había salido mal la frustrada expedición contra Atenas, que podía encontrar un fácil chivo expiatorio en la persona de Hipias, que había calculado mal sus posibilidades. El balance general seguía resultando favorable, aunque, como en otras muchas regiones limítrofes del vasto imperio persa, quedasen todavía por someter algu-

nos pueblos marginales que vistos desde la lejanía de la corte de Persépolis no inquietaban demasiado al monarca persa.

4.1.5. Entre las grandes batallas

Los diez años que transcurrieron entre la batalla de Maratón y la vuelta a las hostilidades en el 481 a. C. estuvieron marcados por acontecimientos decisivos en ambos bandos. El imperio persa tuvo que hacer frente a diversas rebeliones, como las de Egipto o Babilonia, que supusieron un serio contratiempo, y a la propia muerte de Darío a finales del año 486 a. C. Su sucesor, Jerjes, abrumado por todos estos problemas, no tuvo ocasión de ocuparse del mundo griego hasta que hacia finales de la década restableció el orden en el interior de sus propios dominios.

También los acontecimientos de Atenas tuvieron su trascendencia. La ciudad había sido a lo largo de todos estos años el escenario de ásperas luchas políticas por el poder entre destacados miembros de las clases dirigentes, y esta circunstancia afectó de forma clara al desarrollo de las instituciones. Fue hacia esos años cuando comenzó a utilizarse un procedimiento diseñado para proteger a la ciudad de individuos ambiciosos que aspiraban a acaparar un poder excesivo por encima de sus pares de la elite. Se le denominó *ostracismo,* por los fragmentos de cerámica *(óstraka)* en los que se escribía el nombre del acusado, que si reunía seis mil votos en su contra en la asamblea se procedía a su expulsión de la ciudad durante diez años. También por aquel entonces, en el 487 a. C., los nuevos *arcontes* fueron elegidos por vez primera por sorteo entre una lista de candidatos previos elegidos por los *démos.* De esta forma, el *Areópago,*

al que iban a parar los ex *arcontes* y que constituía el baluarte fundamental del poder oligárquico, quedó debilitado de forma creciente tras la integración de personajes de rango secundario que ponían en entredicho el predominio tradicional de los *eupátridas*.

Mientras tanto, en el resto del mundo griego seguían prevaleciendo las preocupaciones de carácter regional sobre cualquier otro tipo de consideraciones, lo que produce la impresión de que no existía sensación de peligro ante una invasión persa inminente. La preocupación principal de los atenienses en estos momentos era su guerra contra la vecina isla de Egina; y un asunto interno como los sucesivos intentos de su ambicioso rey Cleómenes I por restablecerse en el poder, tras su forzado exilio del año 490 a. C. era el que concentraba la atención de los espartanos. Sin embargo se produjo una nueva expedición persa bajo el mando directo del propio monarca con unos efectivos muy superiores a los de la expedición anterior. Después de atravesar el Helesponto mediante un puente de barcas, la invasión se inició por el norte del Egeo. Jerjes intentó sacar también partido de las tensiones internas y de las rivalidades regionales entre los griegos. Con esta impresionante exhibición de fuerza perseguía conseguir el apoyo de todos los indecisos y oportunistas que podían contemplar su aparición en escena como la ocasión perfecta para llevar a cabo sus pretensiones hegemónicas. Jerjes utilizó para ello la intimidación y la fuerza junto con la propaganda, en la que desempeñó un papel destacado la actitud equívoca y ambigua del oráculo de Delfos, que fue luego acusado de filopersa.

De hecho, solo treinta y un estados firmaron una alianza militar en Corinto para enfrentarse a los persas en medio de un ambiente en el que parecían imperar la neutralidad y la

indiferencia de la mayoría. Los espartanos junto con sus aliados peloponesios constituían la fuerza griega más considerable. Atenas, por su parte, contaba con importantes recursos financieros procedentes de la explotación de un nuevo filón en las minas de Laurión en el Ática. TEMÍSTOCLES convenció a la asamblea para que los nuevos recursos fueran utilizados en la construcción de una potente flota naval de doscientas *trieres* (naves de guerra con tres filas de remeros a ambos lados), que iba a convertirse en la base de la futura hegemonía ateniense en todo el Egeo.

El objetivo de la resistencia griega era frenar el avance persa hacia el sur. Una vez perdida Tesalia, que había pasado ya a manos persas, el lugar adecuado para dicho objetivo era el paso del desfiladero de las TERMÓPILAS que abría el camino hacia la Grecia central desde las regiones del norte. Allí se situaron los contingentes griegos bajo el mando de los espartanos con la idea de cerrar el paso a las tropas persas. La flota griega se situó también a la entrada del estrecho del Euripo, casi en paralelo a Termópilas, con el objetivo de impedir el avance por mar de la escuadra persa. Los propósitos griegos se vieron frustrados cuando, a causa de una traición, los persas hallaron un camino que les franqueaba el paso de las Termópilas y consiguieron vencer la tenaz resistencia espartana. El sacrificio heroico del rey Leónidas y sus trescientos espartanos, que perecieron en el intento, no resultó sin embargo inútil, ya que sirvió para proteger la retirada de la flota del cabo Artemisión, dado que ya no tenía ningún objeto continuar allí tras haber sido superada la barrera terrestre. El esfuerzo espartano fue reconocido, tal y como testimonian los muchos epigramas que se dedicaron a los caídos. Uno de los más conocidos dice:

Oh extranjero, anuncia a los Lacedemonios
que aquí yacemos por haber obedecido sus órdenes.

Una vez abierta ya la ruta de la Grecia central, los partidarios de los persas se incrementaron de forma notoria entre sus habitantes, como los beocios, locrios y dorios. Todo quedaba por tanto a merced de la flota que se había batido en retirada hacia la bahía de Salamina.

4.1.6. Salamina y Platea

La retirada del contingente griego hacia el istmo de Corinto dejó abierto a los persas el camino hacia Atenas. La ciudad había sido evacuada por casi todos sus habitantes hacia Salamina, a excepción de unos cuantos que, confiando en su correcta interpretación de las palabras del oráculo de Delfos acerca de defender la ciudad con murallas de madera, se habían atrincherado de esta manera en la acrópolis. Los persas asaltaron sus posiciones y prendieron fuego a los templos que allí había tras aniquilar a todos los que se habían refugiado en el lugar. La ocupación persa de Atenas suscitó un debate entre los aliados griegos, ya que los espartanos pretendían que la flota se retirase también hasta el istmo junto con las fuerzas terrestres con el fin de organizar en este punto clave la resistencia general. Sin embargo, Temístocles era bien consciente de que la única oportunidad de los griegos residía en presentar batalla naval a los persas en los estrechos de Salamina, dado que era la única forma de neutralizar el desequilibrio de efectivos entre uno y otro bando. Temístocles argumentó a favor de la permanencia en Salamina con la amenaza a los demás griegos de marchar

con todas sus pertenencias hacia Italia y abandonar todo intento de lucha, pues si Atenas estaba destruida y en manos de los persas, los atenienses no tendrían ya otras expectativas de futuro.

La cuestión era ahora obligar a Jerjes a presentar batalla en aquel lugar tan poco favorable a sus intereses. Temístocles ideó para ello una estratagema que consistía en enviar un mensajero al rey persa con la idea de comunicarle que los griegos se hallaban presa del desconcierto y que pretendían escapar del lugar a la mañana siguiente, facilitándole de esta forma una oportunidad inmejorable de cortarles la huida y conseguir una fácil victoria sobre sus enemigos. Jerjes mordió el anzuelo y creyó en las palabras del falso informante. Ordenó, en consecuencia, que la flota persa bloqueara las salidas de la bahía para impedir por sorpresa la supuesta desbandada de la flota griega. Las cosas salieron como había planeado Temístocles y la batalla se libró finalmente en aquel angosto espacio que separaba la isla de Salamina de las costas atenienses. El reducido espacio obstaculizaba las maniobras de la numerosa flota persa que doblaba al menos los efectivos griegos. Las naves persas se estorbaban unas a otras y fueron así presa fácil de la escuadra griega, que poseía unos barcos más ligeros y provistos de una mayor capacidad de maniobra. El enfrentamiento resultó un auténtico desastre naval para los persas.

Un factor decisivo en la victoria, junto con la habilidad táctica de los almirantes griegos y la estratagema urdida por Temístocles, fue sin duda el espíritu de lucha que impulsaba a los griegos. Esquilo, que combatió en la batalla, reflejó en su tragedia *Los Persas,* que se representó ocho años después, este momento decisivo en el que los combatientes griegos eran conscientes de que se jugaban su pro-

pia supervivencia tal y como se aprecia en el grito que enarbolaban:

> Oh hijos de los helenos, marchad adelante, liberad a la patria, liberad a vuestros hijos y vuestras esposas, los altares de los dioses patrios y las tumbas de los antepasados. Ahora es la lucha por todo.

Tras la derrota, Jerjes emprendió la retirada hacia el norte, temeroso de que la flota griega pudiera cortarle el paso o incluso llegar a capturarlo. Los restos de la poderosa flota persa se dirigieron hacia los estrechos con el fin de proteger la retirada del monarca. Temístocles quiso perseguir a la flota persa, pero el almirante espartano Euribíades se negó a correr un riesgo innecesario. Atenas se había salvado y se había disipado de momento la amenaza que pendía sobre el Peloponeso.

Sin embargo, quedaba todavía un poderoso ejército persa en tierra que bajo el mando de Mardonio seguía representando una grave amenaza para los griegos. La táctica persa no había variado con el desastre de Salamina. Mardonio intentó negociar con los atenienses y trató de atraerlos hacia la órbita persa. Los atenienses buscaron sacar partido a su favor de estos intentos de presión persa en su negociación con los espartanos a la hora de decidir el lugar en que se libraría el decisivo combate final. Ante el temor de una defección de Atenas, los preparativos se aceleraron y tuvo lugar la mayor concentración de tropas de toda la historia griega antes del período helenístico. A comienzos de septiembre del 479 a. C., tuvo lugar la batalla junto a la ciudad beocia de PLATEA.

Atenas tuvo que ser evacuada de nuevo ante el avance persa. Los casi cincuenta mil hoplitas griegos que se reunie-

ron en Platea bajo el mando del espartano PAUSANIAS consiguieron una victoria aplastante sobre el ejército persa. Su general Mardonio cayó en la batalla, el campamento persa fue arrasado y los supervivientes se retiraron hacia el norte. La enorme superioridad de los hoplitas griegos sobre los combatientes persas, peor equipados en la ropa y el armamento para estas circunstancias, a pesar del valor que demostraron en el combate, resultó decisiva en el triunfo final, aunque también es posible que a la fuerza de las armas se sumara la firme convicción de estar luchando por su propia supervivencia como comunidades libres y autónomas frente a la amenaza de quedar reducidos a una satrapía más del imperio aqueménida.

En el curso del mismo año, la flota griega cruzó el Egeo hacia Asia Menor ante la llamada de ayuda de Samos y destruyó la escuadra persa que estaba estacionada en el promontorio de MICALE, en las cercanías de Mileto. Con la destrucción del contingente persa se aseguraba el dominio griego sobre el Egeo, pues poco tiempo después se eliminaron también las guarniciones persas del Helesponto, en las ciudades de Sesto y Bizancio. La gran invasión persa había fracasado de forma definitiva.

4.1.7. Las consecuencias de la guerra

Una primera consecuencia de la guerra contra los persas fue el engrandecimiento del prestigio de Atenas. Sin duda, aun contando con la evidente exageración parcial de nuestras fuentes, algunos hechos decisivos permanecen inalterables. La victoria fue posible gracias a la flota ateniense y, sobre todo, a la estrategia diseñada por Temístocles. Sin ella,

sin el sacrificio de sus bienes materiales (la ciudad tuvo que ser evacuada en dos ocasiones) y sin la resistencia a las tentadoras ofertas de paz de los persas en los momentos más difíciles, el papel de los batallones peloponesios y la disciplina espartana no habrían sido suficientes para lograr la victoria contra un ejército persa tan numeroso. También contribuyeron, ciertamente, otros factores como los errores tácticos cometidos por los generales persas, la inadecuación de su armamento o la participación involuntaria de algunos elementos naturales, como las tempestades, que diezmaron la flota persa en dos ocasiones frente a las costas griegas. Aun con todo, el valor y la audacia de sus generales, como Milcíades, Leónidas, Temístocles y Pausanias, resultó también determinante en el resultado final.

Otra consecuencia, en paralelo con la anterior, fue la consolidación del sentimiento patriótico ateniense a través del proceso de exaltación continuada de una victoria trabajada y difícil. Se construyó así la imagen de un conflicto que había enfrentado a un puñado de hombres libres contra un ejército inmenso compuesto de siervos. Sin embargo, ante tales exageraciones parece necesario relativizar los términos de la victoria griega así como su papel dentro del esquema general de la historia. Se ha sostenido así la idea de que el triunfo griego significó la victoria definitiva de un Occidente que representaba la libertad sobre un Oriente caracterizado por el despotismo opresor, facilitando de este modo el curso de la historia posterior.

Hoy en día sabemos, efectivamente, que los persas ejercieron el control sobre su imperio mediante el uso de una cierta tolerancia en el terreno político y económico, que permitía cierto margen de acción a la propia autonomía, y que no utilizaron la fuerza para imponer sus ideas o sus

creencias religiosas. El propio carácter mixto de la civilización persa, compuesta a partir de diversas y diferentes influencias, resulta ciertamente revelador del trato que dieron a los pueblos y culturas sometidos. Incluso, en el caso hipotético de que los persas hubieran conseguido la victoria, es muy probable que hubiera tenido un carácter precario, ya que tarde o temprano la crisis que afectó al imperio de Asia habría acabado también por influir en sus dominios europeos y, por tanto, los griegos habrían contado con nuevas oportunidades para emanciparse.

En el terreno de los hechos, las consecuencias fundamentales de la victoria contra los persas afectaron de manera principal al propio desarrollo interno de la historia griega. Atenas evolucionó hacia una democracia radical, gracias al poder ascendente del colectivo de remeros que tanta importancia había tenido en la victoria final de Salamina. Su posición como potencia hegemónica del mundo griego empezó a tomar forma y se suscitaron también las rivalidades y recelos entre los miembros de la confederación peloponesia que tenían a Esparta como indiscutible líder. Las líneas centrales de la época clásica se habían diseñado, por tanto, a lo largo de estos años complicados, difíciles y decisivos de las campañas contra Persia durante de las dos primeras décadas del siglo V a. C.

4.1.8. La hegemonía de Atenas

El papel dirigente de los espartanos dentro de la Liga helénica que había conseguido la victoria contra los persas no tenía muchas expectativas de futuro dadas las peculiares condiciones del estado espartano, condenado a mantener

su ejército no muy lejos de sus dominios peloponesios si deseaba seguir ejerciendo el control tanto dentro del propio estado como de su alianza regional exterior. Sin embargo, la victoria sobre los persas exigía una continuidad de la ofensiva a través de la flota que controlara el Egeo y mantuviera bajo su esfera de influencia a las islas y ciudades de la costa de Asia Menor para evitar posibles nuevas invasiones persas. Pero esta era una prerrogativa de los atenienses más que de los espartanos, que suponían ilusamente que las condiciones volverían a su estado previo antes de la guerra sin necesidad de iniciar ningún tipo de política agresiva en esta dirección. Trataron así de persuadir en vano a los atenienses para que no construyeran nuevas fortificaciones en su ciudad argumentando que siempre podrían contar con la ayuda espartana para su defensa de un posible nuevo ataque persa. Sin embargo, mientras las negociaciones entre unos y otros proseguían su lento curso, Temístocles llevó a cabo su objetivo de reconstruir las murallas de Atenas, lo que proporcionaba a la ciudad una mayor independencia respecto a una futura intromisión en sus asuntos internos de su eventual y circunstancial aliado espartano. Esparta mantenía todavía la dirección nominal de la flota, a pesar de que sus efectivos eran mayoritariamente atenienses e intentó persuadir a los jonios para que emigraran de sus patrias hacia el continente, pero fracasó en su tentativa, dado que los jonios preferían continuar en sus ciudades y confiar sus asuntos a la protección de la flota ateniense. El papel de Pausanias al frente de la flota aliada también tuvo mucho que ver en la actitud de los jonios, que no contemplaban con buenos ojos la duplicidad del almirante espartano, desdeñoso hacia los demás griegos y deseoso al parecer de alcanzar un acuerdo con los persas que le garantizara una posi-

ción personal prominente dentro de su imperio si el mundo griego era finalmente sometido. Los espartanos lo destituyeron del cargo, pero ante la oposición jonia decidieron dejar de enviar otros comandantes que lo sustituyeran por temor a la posible corrupción ante el oro persa, como había sucedido con Pausanias, y ante el deseo de dejar el mando en manos de Atenas, que era todavía por entonces su aliado. Esparta renunciaba así de manera clara a sus pretensiones de hegemonía helénica a favor del dominio en el interior del Peloponeso. De esta forma quedaba definitivamente abierto el camino hacia el expansionismo y la hegemonía de Atenas. Era la gran oportunidad de tomar el control de la alianza, de usar su flota para proteger las rutas comerciales y de abastecimiento de Atenas y para promover los intereses particulares de la ciudad sin necesidad de emplear la fuerza. Al menos en principio.

En el 477 a. C., Atenas y sus aliados decidieron en la isla sagrada de Delos formar una alianza de carácter defensivo bajo el liderazgo ateniense y las directrices impuestas por Arístides, según las cuales las ciudades más grandes contribuirían con hombres y naves mientras que las más pequeñas lo harían con el dinero necesario para sufragar los gastos de campaña. El mando de la flota aliada recayó sobre Cimón, ya que el candidato más idóneo, Temístocles, había sido exiliado de la ciudad ante las sospechas de que aspiraba a la tiranía. Perseguido por todo el Egeo por la acusación espartana de haber conspirado con los persas, acabó finalmente refugiándose en la corte persa de Artajerjes I, donde obtuvo considerables honores y riquezas.

La Liga defensiva griega incluía a casi todas las ciudades griegas del Egeo y la mayoría de las ciudades jonias de Asia Menor. Estaba gobernada por un consejo común compues-

to a partes iguales por todos sus miembros y se estableció una contribución *(phóros)* en naves o dinero, proporcional a las capacidades de cada uno de ellos. El tesoro de la Liga quedó custodiado en Delos y se nombró a su cargo a unos tesoreros denominados *hellenotamíai*. Desde un principio, los atenienses asumieron la dirección de la Liga en todos los terrenos, tanto en el militar, por su capacidad superior en este campo, como en el económico (los *hellenotamíai* eran al parecer atenienses). Por medio de esta confederación, los atenienses incrementaron de forma notable su potencial militar y se convirtieron en la potencia hegemónica de todo el Egeo ante el creciente recelo de Esparta. Atenas supo reunir bajo una misma bandera las reivindicaciones griegas de autodefensa ante el peligro persa y la defensa de sus propios intereses como potencia naval que la impulsaban a ejercer un control absoluto de todo el Egeo.

El verdadero artífice de la Liga fue CIMÓN, un aristócrata partidario de un entendimiento con Esparta y en contra de un ambiente político cada vez más hostil hacia la ciudad espartana dentro de la asamblea y los medios políticos de Atenas. Cimón inició sus operaciones de limpieza de las últimas bolsas de resistencia persa en el norte del Egeo y atacó las ciudades que se negaron a entrar en la alianza fundada recientemente. La dureza con la que Atenas trataba a muchas ciudades griegas que se negaban a pagar o a proporcionar efectivos y recursos a la flota le generó una gran impopularidad por todo el Egeo, y de hecho sus iniciales aliados fueron paulatinamente convirtiéndose en auténticos súbditos. La flota ateniense creció de forma considerable a expensas de los aliados más reluctantes que preferían pagar en lugar de aportar sus propios efectivos a la flota común.

El peligro persa no había pasado del todo, ya que Jerjes reunió doscientas naves y un ejército de tierra en el río Eurimedonte, al sur de Asia Menor. Cimón consiguió una espectacular victoria en el mismo día del 468 a. C. y dio al traste con la nueva tentativa de invasión persa. La victoria hizo pensar a muchos griegos que ya no era necesaria la existencia de la flota, a lo que se sumaba su creciente desconfianza sobre los métodos de Atenas y sus auténticas intenciones. La ciudad ejercía en paralelo sus dos obligaciones, la de cabeza visible de la Liga y la de ciudad con intereses propios de cara a la hegemonía en el Egeo, y actuaba con absoluta desinhibición en este sentido, y llegó incluso a instalar colonos en la isla de Esciros, donde Cimón había recuperado el cuerpo de Teseo. Un conflicto con Tasos respecto de las minas de la región desembocó en el asedio de la ciudad por la flota comandada por Atenas en el año 465 a. C. Los espartanos, alarmados ante tal comportamiento decidieron atacar Atenas para forzarla a retirar el asedio, pero un terrible terremoto que provocó una sublevación generalizada de los *hilotas* cambió por completo las circunstancias, ya que la primera urgencia era salvar la ciudad y para ello se recurrió a solicitar la ayuda de Atenas. A pesar de que en Atenas imperaba en esos momentos la tendencia contraria, que defendía la supremacía ateniense a costa de cualquier miramiento hacia Esparta, Cimón sacó adelante su propuesta de acudir en ayuda de los espartanos. Los rebeldes mesenios fueron reducidos a la fortaleza de Itome, donde fueron asediados. Poco después, en el 462 a. C., Esparta tuvo que volver a recurrir a solicitar la ayuda ateniense, pero en esta ocasión los recelos se impusieron y el contingente ateniense fue rechazado y tuvo que regresar a Atenas con todo el oprobio que tal desaire comportaba. La ira resultante en

Atenas se cobró su primera víctima en Cimón que fue exiliado mediante el *ostracismo* a consecuencia de su fracaso.

La situación política interna de Atenas había experimentado un giro importante a la llegada de Cimón con sus tropas de Esparta. Sus rivales políticos, Efialtés y Pericles habían conseguido volver a la asamblea en su contra y sacar adelante algunas reformas decisivas en el avance de las instituciones hacia la democracia más radical. En el 461 a. C. consiguieron transferir algunos poderes cruciales que todavía ejercía el *Areópago* hacia la *Bulé.* El punto central de la disputa era el control de los cargos públicos, ya que los que habían desempeñado un cargo debían rendir cuentas de su gestión *(euthúne)* al finalizar su mandato, con la consiguiente imposición de una sanción en el caso de que se demostrara que no se había cumplido con lo esperado. Los cargos seguían siendo desempeñados tan solo por las dos clases censitarias superiores establecidas por Solón, pero su gestión no escapaba ya al control popular ejercido a través de la *Bulé.* Al *Areópago* solo le quedaron algunas atribuciones como la jurisdicción sobre los crímenes de sangre y algunos asuntos relativos al derecho sagrado. A partir de entonces, la institución quedó desdibujaba en el conjunto de la vida política ateniense y se puede situar en este mismo momento el verdadero nacimiento de la democracia ateniense.

4.1.9. Pericles y su época

El ostracismo de Cimón y el asesinato de Efialtés facilitaron la emergencia de PERICLES en el escenario político ateniense. Su aparición en la vida pública no fue repentina, ya que había participado activamente en la ofensiva contra el *Areó-*

pago junto a Efialtés y había incluso intentado conseguir una sanción contra Cimón. Formaba parte de la facción de los llamados demócratas radicales, que tenían como objetivos principales la ampliación de la hegemonía ateniense en el exterior a través de la expansión de la Liga naval y del debilitamiento progresivo de Esparta y el máximo desarrollo de las prerrogativas políticas del *démos* en cuyo apoyo basaban buena parte de su supremacía política en Atenas en detrimento de sus rivales.

Los dos grandes frentes de la política exterior de Atenas de estos momentos eran la ofensiva simultánea contra Persia y Esparta. En el 460 a. C., Atenas decidió enviar una flota de doscientas naves a Egipto en ayuda de la rebelión que había estallado allí contra el dominio persa. Los intereses de Atenas en la operación iban más allá de la simple colaboración con un súbdito rebelde en la lucha contra los persas. Egipto constituía una importante reserva de grano y su control podía resultar decisivo a la hora de asegurar los suministros de una ciudad como Atenas, que siempre dependía en este aspecto de las importaciones exteriores, sobre todo si tenemos en cuenta que la otra zona de abastecimiento de trigo, el mar Negro y Tracia, estaba sufriendo ahora una evolución política incierta con el desarrollo de nuevos poderes locales en estas regiones. Las operaciones se prologaron durante seis años y Atenas continuó enviando durante este tiempo refuerzos a los rebeldes egipcios. La aventura egipcia concluyó, sin embargo, en un estrepitoso fracaso cuando toda la flota ateniense, unos doscientos cincuenta barcos, fue aniquilada en el delta del Nilo en el 454 a. C. Esta derrota provocó el traslado del tesoro de la Liga desde Delos a Atenas por temor a que sufriera un ataque de los persas. La situación se estabilizó, sin embargo, con el retor-

no del exilio de Cimón, que llevó a cabo una brillante campaña en Chipre contra las fuerzas persas en el 451 a. C.

No fue esta su única actuación bélica en el exterior si juzgamos a partir del testimonio de una lista de víctimas hallada en una inscripción datable en el 459 a. C. que muestra que efectivos atenienses estaban luchando en aquellos momentos en toda la cuenca oriental del Mediterráneo.

En sus intentos por conseguir el aislamiento político de Esparta, trató de atraer a su lado a los aliados descontentos de la Liga peloponesia y especialmente a Corinto, que era el apoyo más fuerte con que contaban los espartanos en este terreno. Consiguió la alianza de Argos, Mégara, Egina y algunas ciudades beocias e intentó conseguir influencia en toda Grecia central, tanto a través del santuario de Delfos, una política que ya había iniciado el exiliado Temístocles, como mediante el mantenimiento de la división en Beocia, que perseguía impedir el predominio de una ciudad enemiga como Tebas. Para ello se alió siempre con todos aquellos que podían serle útiles en este cometido, con independencia de su tendencia o de su régimen político. El conflicto con Esparta, aunque se mantuvo latente a través de la guerra desplegada entre sus respectivos aliados, culminó con el tratado de paz firmado en el 446 a. C. por Pericles después de haber recuperado por la fuerza la isla de Eubea, que se había sublevado en ese mismo año. La vulnerabilidad de Atenas en estos momentos aconsejaba esta capitulación aparente, después de que se hubieran producido varias rebeliones consecutivas de algunos de sus aliados como algunas ciudades beocias o la mencionada Eubea. Sin embargo, la estrategia seguida por Pericles era evitar problemas en el exterior con sus principales enemigos, reforzar su posición con las ciudades aliadas en la Liga

naval, mantener la recaudación del tributo y continuar su intento de centralizar todo el poder en Atenas. La paz significaba el final de sus aspiraciones hegemónicas en la Grecia central, así como de sus intentos de avance en el propio Peloponeso, pero se reconocía de manera implícita su hegemonía naval en el Egeo y en el este, donde Atenas obtenía carta blanca para sus actuaciones futuras.

El final de las hostilidades con el imperio persa que se produjo de manera efectiva con las victorias de Cimón en el 451 a. C. pudo haberse plasmado también en un tratado de paz, en el 449 a. C., que se conoce como PAZ DE CALIAS, si bien algunos estudiosos niegan la existencia de dicho acuerdo. Entre sus cláusulas se reconocía la autonomía de las ciudades jonias de Asia Menor, que dejaba ya carente de sentido a la Liga defensiva contra Persia. Sin embargo, para los atenienses la Liga constituía en esos momentos un instrumento mucho más determinante que un mero organismo ideal destinado a la defensa del mundo griego contra el invasor persa, ya que se había convertido en la práctica en un auténtico imperio puesto al servicio de la reciente democracia radical.

Pericles se convirtió de este modo en el dirigente político más poderoso de Atenas, ya que fue durante su prolongado mandato de casi treinta años cuando la expansión del poder de Atenas alcanzó sus cotas más altas. Era de origen aristocrático, relacionado con la poderosa familia de los Alcmeónidas, y poseía una fuerte personalidad. Su tesón y perseverancia en el mantenimiento de su programa, su energía en el mando y su impresionante poder de convicción fueron las dotes principales que le mantuvieron en el poder. Fue reelegido como *estratego* (máximo cargo militar) quince años seguidos y, aunque siempre respetó la legalidad vi-

gente, gozó de poderes tan amplios que el propio Tucídides, que era su admirador, llegó a afirmar que «en apariencia se trataba de una democracia; en la realidad era el gobierno de uno solo».

Su personalidad ha quedado plasmada en el célebre busto del escultor Crésilas (de cuyo original perdido subsisten tres copias), que se ha convertido en el símbolo típico de este momento de esplendor. Según nos cuenta Plutarco en su biografía del estadista ateniense, aunque estaba bien conformado en el resto de su cuerpo, tenía un pequeño defecto en la cabeza que hacía que se le representase siempre con el yelmo puesto para tratar de disimularlo. Los cómicos se aprovecharon para sus burlas de este defecto calificándole como «cráneo en forma de cebolla marina». Sin embargo, el atractivo de su persona debió dejarse sentir con fuerza entre una gran mayoría de los atenienses, que le escuchaban con atención y seguían aparentemente sumisos sus propuestas. Su potente voz tronaba en la asamblea, por lo que recibió el sobrenombre de «el Olímpico». El filósofo Aristóteles le calificó como sabio *(phrónimos)*.

Existen sin embargo algunas importantes matizaciones al esplendor aparente de su personalidad y de la época en la que gobernó. Era un belicista y un decidido partidario del mantenimiento del imperio ateniense a toda costa y de las actuaciones bélicas necesarias para conservarlo o ampliarlo. De hecho se empleó con energía en campañas como la de Eubea y posteriormente contra la isla de Samos, que se había rebelado en el 440 a. C. No gozaba de la compañía de las masas, ya que era de carácter más bien reservado, altanero y poco propenso a dejarse ver entre la multitud, a diferencia de su enemigo político Cimón, que abría las puertas de sus fincas a la muchedumbre para que pudiera disfrutar

de su frutos con libertad. Tampoco sus cualidades intelectuales parecen destacables si tenemos en cuenta que sus relaciones con las personalidades más descollantes de su tiempo en este terreno no fueron tan estrechas como se ha llegado a creer. Como ha demostrado el estudioso norteamericano Philip Stadter, no parece que le interesaran las especulaciones de Anaxágoras o de Protágoras, ni tuvo precisamente una relación cordial con el dramaturgo Sófocles, al que reprochaba su desmedida afición a los muchachos, por lo que hemos de considerar injustificada la existencia de un círculo de intelectuales y artistas en torno a su persona como eje principal. Su relación con el escultor Fidias, que fue el autor del proyecto escultórico del Partenón, no pasó al parecer del campo estrictamente político y profesional de quien había contratado las obras. Sí fue importante, en cambio, su relación con Aspasia, una mujer de Mileto con aptitudes intelectuales, que influyó activamente en el carácter y la formación retórica de Pericles, tal y como revela la enorme hostilidad que suscitó entre sus enemigos políticos, que la tachaban de «la impúdica concubina de ojos de perro». Bajo su mandato, el sistema democrático ateniense alcanzó su máximo desarrollo en la evolución de las instituciones y se impulsaron obras de gran esplendor artístico que convirtieron a Atenas en la ciudad más importante de todo el mundo griego.

4.1.10. Democracia e imperialismo

La organización del imperio ateniense se vio reforzada entonces de modo considerable mediante algunas medidas de carácter excepcional. En los primeros años de la década de

los cuarenta se impusieron por decreto a toda la Liga las monedas y el sistema de pesos y medidas atenienses y se estableció un riguroso sistema para la percepción del tributo. Además, se dividió todo el territorio de la Liga en cinco distritos diferentes para facilitar precisamente la recaudación de los tributos. Los inspectores y las guarniciones atenienses aumentaron con el objeto de someter a un mayor control a todos los aliados.

El dominio ateniense sobre sus aliados se extendía así a todos los terrenos. En el ámbito político, el verdadero centro de decisión se trasladó a la asamblea ateniense. Desde el punto de vista jurídico, también los atenienses ejercían el control total desde el momento en que los aliados estaban obligados a desplazarse a Atenas para dirimir sus querellas y demandas legales. Por último, se instalaron colonias militares en el territorio aliado, las denominadas *cleruquías,* que posibilitaban que ciudadanos atenienses recibieran concesiones de tierras en detrimento de los habitantes locales. De esta forma, todos los atenienses, tanto ricos como pobres, se beneficiaban con la posesión del imperio y el dominio que Atenas ejercía implacablemente sobre sus aliados. Los más acaudalados evitaban así su obligación de contribuir con sus propios recursos al pago de los impuestos públicos, como las *liturgías,* consistentes en la financiación de un servicio público como fletar una nave o equipar un coro para el teatro, y tenían la posibilidad de adquirir propiedades inmobiliarias en ultramar. Las gentes comunes extraían también un considerable provecho mediante las *cleruquías,* ya que significaban la oportunidad de poseer unas tierras que no podían conseguir en su propia patria y se beneficiaban también de su participación en los tribunales populares, cuya actividad se había visto incre-

mentada con el traslado de las decisiones judiciales a Atenas. Por último, el tributo era gastado en construcciones públicas que proporcionaban trabajo a la mayoría de los ciudadanos y contribuían a insuflar un sentimiento de orgullo entre los atenienses dado que podían constatar de manera visible la hegemonía de su ciudad, en la que participaban de manera activa.

La democracia ateniense empezó a adquirir su forma definitiva también durante este período. Hacia el 457-456 a. C. se abrió el acceso al arcontado a la tercera clase de ciudadanos establecida por Solón, los *zeugítai.* Se instituyó el sorteo como forma de selección de todos los cargos, salvo aquellos que requerían competencias técnicas específicas, como los mandos militares o los puestos relacionados con las finanzas, que permanecieron sujetos al procedimiento electoral. Todos los ciudadanos, o al menos una gran mayoría de ellos, tenían así la posibilidad de acceder a uno de los principales cargos públicos. Sin embargo, el paso decisivo fue posiblemente la asignación de una paga o un sueldo para quienes desempeñaban esas funciones públicas, lo cual permitía que cualquier ciudadano, fuese cual fuese su fortuna particular, participara en la gestión efectiva de los asuntos públicos. Los *thétes,* o clase inferior de Solón, quedaron excluidos del arcontado, si bien sus posibilidades reales de participación se vieron incrementadas por el poder ascendente de la asamblea, el Consejo de los quinientos *(Bulé)* y los tribunales populares y, sobre todo, a través de los diferentes órganos correspondientes que regían y actuaban en cada uno de los *démos* que constituían la polis de Atenas. Las ventajas de que disfrutaban los ciudadanos con el imperio hicieron necesaria la promulgación de una ley restrictiva para el acceso a la ciudadanía, que quedaba

reservada solamente a aquellos que tenían padre y madre atenienses.

4.1.11. La Atenas de Pericles

La ciudad de Atenas había sufrido importantes destrucciones con las invasiones persas. Su centro cívico y sagrado, la acrópolis, había sido saqueado y sus templos incendiados. Pericles propuso la reconstrucción de los templos que hasta entonces habían sido dejados en ruinas como recordatorio de la barbarie persa. Inició así un ambicioso programa de construcciones públicas que fue financiado en su mayor parte a cargo del tesoro de la Liga, que ahora estaba en Atenas. De esta forma pretendía exaltar el entusiasmo patriótico de los atenienses, que podían contemplar la traducción en piedra de la grandeza gloriosa de su ciudad, y causar una profunda impresión al resto de los griegos y especialmente a los aliados cuando acudían en masa a Atenas para participar en el festival de las Panateneas o para dirimir sus causas judiciales en los tribunales. El programa de construcciones públicas no solo afectó a la ciudad, ya que se edificaron también el *telestérion* de Eleusis, en el que se celebraban los misterios, los templos de Poseidón en Sunión y de Némesis en Ramnonte, y los largos muros que unían la ciudad de Atenas con su puerto del Pireo. En Atenas se construyeron el odeón de Pericles y los templos de Hefesto y Dioniso. Sin embargo, el punto central de todo el programa fue la reordenación de la acrópolis con la edificación del nuevo templo de Atenea, que se iba a convertir en el emblema principal de la ciudad, el PARTENÓN.

El templo dedicado a la diosa Atenea *Parthénos* (virgen) se edificó sobre los cimientos del inacabado templo de Atenea que había sido destruido por los persas en el 480 a. C. y su construcción duró desde el 447 hasta el 438 a. C. Todo el conjunto presenta una grandiosidad incomparable. Ningún otro templo griego, ni siquiera los grandes santuarios de Asia Menor con sus dimensiones colosales, produce la misma impresión. La pericia de sus arquitectos, Ictinos y Calícrates, se pone de manifiesto en algunos detalles técnicos, como la ligera curvatura del basamento, destinada a corregir la ilusión óptica que podía deformar su aspecto exterior. La sabia mezcla de los estilos dórico y jónico, el ensanchamiento de la fachada con la creación de siete intercolumnios y su disposición interior constituyen otros de sus rasgos destacados. El edificio estaba destinado a albergar la estatua de la diosa, obra de Fidias, que fue también el auténtico supervisor de toda la labor arquitectónica de la acrópolis. La gigantesca estatua de Atenea (unos doce metros) era de madera pero estaba recubierta de oro y marfil y representaba a la diosa armada, sosteniendo sobre la palma de su mano derecha una victoria alada. Tanto su pedestal como su escudo estaban decorados con escenas míticas que representaban el triunfo de la civilización sobre la barbarie, de la inteligencia y mesura griegas *(sophrosúne)* sobre el uso desmedido e irracional de la fuerza bárbara *(húbris)*. Solo conservamos de tan impresionante obra algunas réplicas en tamaño reducido de época tardía y las descripciones que nos ofrecen autores como Pausanias o Plinio el Viejo.

La decoración escultórica se extendió a casi todas las partes del edificio. Los dos frontones, los frisos interiores y las metopas contienen todos ellos representaciones de carácter mítico, alusivas al triunfo de la diosa y al engrandecimiento

y prosperidad de la ciudad. Los temas de ambos frontones son respectivamente el nacimiento de Atenea de la cabeza de Zeus y su disputa con Poseidón por el patrocinio del Ática. A lo largo del friso interior se representa la procesión de las Panateneas, que desde el ágora ascendía hasta el templo para ofrendar a la diosa un nuevo peplo sagrado. Puede incluso que exista una alusión simbólica al pasado reciente de Atenas si se acepta la hipótesis de que las ciento noventa y dos figuras que componen el friso representan a los atenienses caídos en la batalla de Maratón. Otra interpretación apunta la posibilidad de que la procesión del friso se concibiera como un vivo contraste con la interminable hilera de personajes que aparecían representados en la *apadana* (sala de audiencias) del palacio de Persépolis, confrontando así de manera simbólica los ciudadanos libres de Atenas con los súbditos del imperio aqueménida. Por último, en las metopas vuelven a aparecer los temas relativos al triunfo de la civilización sobre la barbarie, representada esta vez por gigantes, amazonas, centauros y troyanos. Todo el programa escultórico constituye así un mensaje de ideología cívica y patriotismo ateniense traducido en piedra. Toda la ciudad se sentía representada en el templo y se destacaba en primer plano la protección divina que Atenea dispensaba a sus habitantes.

A pesar de su agitada historia (fue primero iglesia, después mezquita y finalmente polvorín bombardeado por los venecianos), el Partenón se ha conservado en un estado aceptable, aunque ha sufrido serios deterioros en su estructura y ha perdido elementos tan significativos como sus relieves escultóricos y su policromía.

A la entrada de la acrópolis se construyeron los Propileos, que servían de entrada monumental a la acrópolis y fueron

construidos por el arquitecto Mnesicles. En una de sus alas laterales albergaba pinturas murales impresionantes. El programa contribuyó así a proporcionar trabajo a muchos atenienses (se calcula que cerca de mil personas trabajaron en el proyecto) y otorgó a la ciudad un prestigio sin paralelo.

4.1.12. Democracia y teatro

Uno de los fenómenos culturales más característicos de este período es el TEATRO, especialmente la tragedia. La tragedia no era un simple espectáculo destinado al entretenimiento, sino una ceremonia en la que los ciudadanos atenienses participaban activamente. Surgió en el contexto de un festival en honor de Dioniso y las representaciones tenían lugar durante la celebración de las grandes Dionisias o Dionisias urbanas en Atenas. El propio edificio teatral se hallaba en el interior del santuario o junto al templo de Dioniso y en el centro de la *orchéstra* (espacio circular donde danzaba el coro) había un altar donde se oficiaba un sacrificio antes de las representaciones. Estas se sucedían de forma ininterrumpida a lo largo de toda la jornada en medio de una atmósfera en la que se entremezclaban el fervor religioso, la concienciación cívica y el debate político, la expresión de la vitalidad ateniense y un deseo de diversión y entretenimiento que rompía con la monotonía cotidiana. Era un momento especial en la vida de los atenienses en el que casi todo estaba permitido y cada individuo se sumergía dentro de un universo colectivo que apenas tenía trabas ni limitaciones. Era lógico que tales festivales se celebraran en honor de una divinidad como Dioniso, con sus ritos y manifestaciones de carácter extático.

Los atenienses acudían en masa a las representaciones en una media de trece a catorce mil personas. También había numerosos visitantes de otras partes del mundo griego, ya que se celebraban en primavera con la apertura de la estación propicia para la navegación. Todo el mundo tenía acceso libre al teatro, incluso quizá las mujeres, y se sufragaba la entrada de los más pobres por medio de un fondo común denominado el *theorikón* (relacionado con la raíz de *theoréin,* contemplar). Los asistentes permanecían en sus asientos desde primeras horas de la jornada hasta el final del día tras haber asistido a la representación de tres tragedias y un drama satírico, presentados a concurso por los autores. La inmensa mayoría acudía pertrechada de alimentos que consumía durante el curso de las representaciones. El público vociferaba y manifestaba su aprobación o desacuerdo a lo que se decía en escena por medio de silbidos, abucheos o pataleos. No era al parecer infrecuente que tuviera que intervenir el servicio del orden, compuesto por arqueros escitas provistos de largos bastones, para restablecer la calma entre el auditorio. La distensión del ambiente y la posibilidad de exteriorizar las emociones hacían soportable una estancia tan prolongada en el teatro. Sin embargo, conviene no olvidar que la cultura griega seguía difundiéndose todavía de manera fundamentalmente oral, tal y como revela la importancia rítmica en la prosa que pone de manifiesto que su finalidad principal era ser declamada en público y no leída en privado, y los espectadores atenienses estaban más habituados a largas audiciones en otros medios como la asamblea o los tribunales. Otras razones que explican la popularidad del teatro en Atenas son el carácter excepcional de las representaciones, la popularidad del dios en cuyo honor se celebraban los festivales, la gratuidad del

espectáculo y la condición de escaparate social que la ocasión representaba a la hora de establecer contactos mutuos o demostrar su relevancia y prestigio sociales.

A pesar de la popularidad del espectáculo, no sabemos el grado de comprensión e implicación de la mayoría de los asistentes ya que las obras representadas suponían una cierta complejidad y una serie de sutilezas literarias. Es probable, por tanto, que hubiera diferencias en la percepción del espectáculo entre unos espectadores y otros. De hecho, el cómico Aristófanes ironiza acerca de la preferencia del auditorio por la comedia, resaltando la imposibilidad de ausentarse de las tragedias si no querían perder su asiento al carecer de alas que les permitieran salir del teatro por unos momentos y regresar más tarde cuando empezaba la comedia. De todas formas, parece significativo que hayan llegado hasta nosotros los mejores autores y sus obras más destacadas.

Las representaciones tenían lugar al aire libre y solo intervenían tres actores, por lo que era habitual que algunos representaran varios papeles a la vez. Los actores eran solo hombres y utilizaban máscaras que servían para caracterizar a los personajes, hacerlos más visibles al público y ampliar el sonido de sus voces. El coro formaba parte integral de la obra con sus cantos y danzas y expresaba la voz de la comunidad a través de sus reflexiones acerca de la acción que se ponía en escena.

La mayoría de las obras trataban asuntos relacionados con la vida política de la ciudad, como las tensiones entre los intereses individuales o familiares y los comunitarios por lo que el teatro se convirtió en un auténtico foro de debate en el que se exponían esta clase de problemas. Las grandes cuestiones morales se planteaban mediante tramas extraí-

das del mito que gracias a su carácter paradigmático y generalizador facilitaba el distanciamiento del público hacia los personajes y permitía concentrar su atención en el desarrollo de la acción y en las reflexiones que se hacían sobre las cuestiones planteadas. De esta forma, el teatro se convirtió también en un medio fundamental de educación cívica.

ESQUILO formó parte de la generación gloriosa de Maratón y muestra su orgullo de pertenecer a una gran ciudad. La preponderancia del aspecto colectivo resulta también patente ya que los personajes principales de sus tragedias quedan relegados ante el coro, que se erige en representante y portavoz de la propia comunidad. Algunas de sus tragedias aluden de forma expresa a acontecimientos contemporáneos, como *Los Persas,* que hace un relato heroico de la batalla de Salamina, o su trilogía *La Orestea,* que pone de manifiesto las tensiones y conflictos que ha sido necesario superar para el establecimiento de la democracia.

SÓFOCLES era prácticamente contemporáneo del gran momento ateniense que se vivió bajo Pericles. Desempeñó incluso importantes cargos como la *estrategia* y refleja el optimismo humanista de este período de esplendor en uno de los coros de la *Antígona:*

Muchas cosas maravillosas existen
pero ninguna más maravillosa que el hombre.

Como ciudadano ejemplar fue elegido para albergar en su casa al dios Asclepio cuando su imagen llegó desde Epidauro hasta Atenas. Su interés se centró en los grandes problemas de la existencia humana, como la lucha del ser humano contra un destino ininteligible. Los dioses están también omnipresentes y aunque algunos de sus héroes como Edipo,

Antígona, Áyax o Filoctetes despiertan simpatía, al final acaba imponiéndose un sentimiento profundo de la omnipotencia divina. Este complicado antagonismo entre lo divino y lo humano queda reflejado en el propio Sófocles, que representa el prototipo del hombre feliz que se debate, sin embargo, entre cuestiones terribles y dolorosas.

EURÍPIDES pertenece por su mentalidad a una época algo posterior, aunque comenzó a producir durante esos años. Los grandes ideales cívicos iban dejando paso a cuestiones de carácter más individualista como la irracionalidad de las pasiones humanas y el trastorno que ocasionan en las vidas de los seres humanos. Le interesaba la búsqueda y el análisis de las cuestiones, no su resolución definitiva. Su «incapacidad» para desempeñar el papel educativo encomendado a los autores trágicos constituye el motivo de la crítica mordaz a que le sometieron los cómicos, en especial Aristófanes. Efectivamente, la doctrina cívica y moral presente en Esquilo y Sófocles está ausente de la obra de Eurípides. Consiguió pocos triunfos en los concursos dramáticos, a diferencia de sus dos antecesores, y al final tuvo que abandonar Atenas.

Los festivales dramáticos constituían un elemento fundamental de propaganda del ideal cívico ateniense. La ceremonia de apertura se convertía en una manifestación del poderío ateniense, ya que se hacía desfilar armados a los huérfanos de los caídos en combate, que habían sido educados a cargo del estado y se proclamaban en público los honores concedidos a los benefactores de la ciudad, que ocupaban las primeras filas de asientos (la *proedría)* como demostración de su prestigio. Los concursos dramáticos se financiaban a través de la *coregía,* una *liturgía* o prestación de servicios públicos costeada por los ciudadanos con re-

cursos, que aprovechaban la ocasión para aumentar su prestigio mediante la exhibición orgullosa del triunfo obtenido en el certamen, estimulando así la competencia entre las clases dirigentes. Todo el certamen estaba bajo la supervisión de un cargo público designado al efecto que debía rendir cuentas tras su finalización ante la asamblea. Un jurado, elegido entre los ciudadanos por medio de un complicado sistema, premiaba al ganador, que era coronado por su triunfo en el odeón construido por Pericles al pie de la acrópolis en imitación a las salas persas provistas de numerosas columnas. Todos los asuntos se posponían durante esos días dedicados a ensalzar y promover los valores cívicos y el orgullo ateniense a través de una experiencia singular e irrepetible que todos los ciudadanos podían compartir.

La COMEDIA ANTIGUA constituye el otro género dramático de estos momentos. Su nacimiento hay que relacionarlo con los *kómoi* o procesiones de carácter burlesco que tenían lugar en el curso de los ritos agrarios. El coro ocupaba un papel central, bien en forma de personas, bien de animales, lo que quizá entronca de nuevo con sus orígenes bufos en cierto tipo de festividades en los que individuos disfrazados de animales cantaban y danzaban, tal y como aparecen representados en algunos vasos del siglo VI a. C. Sin embargo, a diferencia de la tragedia, que situaba la acción en el remoto pasado mítico, la comedia ponía en escena los problemas del momento que preocupaban e inquietaban a los atenienses. En un momento dado de las obras, los actores del coro se despojaban de sus máscaras y se dirigían al público para hacer comentarios acerca de la actualidad más palpitante o para transmitirle algún tipo de enseñanza política o moral.

La comedia antigua ha quedado reducida al nombre de ARISTÓFANES. Le tocó vivir en el período más incierto de la historia ateniense, durante la guerra con Esparta, y tuvo que contemplar el estado lamentable en que se hallaban casi todos los asuntos de Atenas. Estaba vinculado familiarmente a los intereses del campesinado más próspero y deploraba siempre el empeño de los belicistas por seguir manteniendo el imperio a costa de las pérdidas y sufrimientos que experimentaban los agricultores atenienses año tras año. Lamentaba profundamente el estado actual de las cosas y expresaba su añoranza por los momentos gloriosos del pasado, que concentraba en la generación de Maratón, que eran contemplados ahora desde la distancia como una época dorada de Atenas, en la que las virtudes cívicas predominaban y se hallaban al frente de la ciudad individuos nobles y valerosos que sabían dirigir el estado con equidad y justicia y eran capaces de controlar los excesos del *démos*.

Todas sus obras conservadas reflejan el malestar de su tiempo y muestran una crítica continua del presente de Atenas. Así, en *Avispas* la ciudad se convierte en un tribunal permanente en el que los numerosos jurados populares solo buscan la remuneración instituida por Cleón. En las *Nubes* es la nueva educación sofística, que había acabado con la tradición y los valores y solo perseguía el beneficio personal a expensas de la misma justicia, la que constituye el objeto central de su crítica. En *Caballeros* son los líderes del momento, unos individuos corruptos y miserables que se amoldaban con facilidad a los caprichos de un *démos* voluble al que no sabían dirigir con acierto. En *Tesmoforias* y *Ranas* es el arte nuevo que había degradado las tradiciones venerables para ocuparse de toda clase de incontinencias y pasiones. En *Acarnenses,* su héroe Diceópolis, con

cuyos modestos ideales se identificaba el propio Aristófanes, llegaba a firmar una paz individual por separado que colmaba todas sus aspiraciones. En *Lisístrata,* la búsqueda obsesiva de la paz llevaba a las mujeres a realizar una huelga sexual con sus maridos para obligarles a firmar el armisticio. En *La Paz,* el protagonista debía cabalgar a lomos de un escarabajo hacia los cielos en busca de la diosa inaccesible de la paz, añorada ampliamente por las gentes del campo, que estaban cansadas de los años de guerra y de sus secuelas negativas.

Aristófanes perseguía, sin duda, divertir al auditorio y para ello utilizaba los recursos habituales, como la broma fácil, la obscenidad atrevida o la parodia, de la que era un consumado maestro. Sin embargo, sus aspiraciones iban mucho más allá del mero entretenimiento del público. Sus obras poseen también una fantasía ilimitada, que se plasma a veces en lo absurdo e inverosímil de algunas de sus historias, y un tono lírico elevado, que las dota de una dimensión peculiar y acentúa la gran capacidad imaginativa de su composición.

4.1.13. El estilo de vida ateniense

La sociedad ateniense estaba dividida entre hombres libres y esclavos, ciudadanos y extranjeros, y hombres y mujeres, al igual que otras muchas ciudades griegas. Los ciudadanos de pleno derecho eran una minoría con relación al total de la población. Los niños permanecían hasta los siete años en el seno familiar, luego pasaban a la escuela, donde recibían una instrucción elemental basada fundamentalmente en el entrenamiento físico y en el aprendizaje de la música y la recitación poética. Aquellos que disponían de recursos sufi-

cientes pasaban a los trece años al GIMNASIO, donde se realizaban ejercicios físicos e impartían sus lecciones filósofos y poetas. A partir de los quince años y hasta los veinte entraban en la *efebía,* durante la que se entrenaban militarmente y recorrían los límites del territorio en labores de vigilancia. A los veinte alcanzaban la mayoría de edad y a los treinta se casaban y podían ya desempeñar cargos públicos. Al menos entre los estratos sociales con recursos, era habitual tener concubinas y esclavas con las que mantenían relaciones sexuales sin ningún tipo de reprobación o censura.

Las MUJERES se hallaban excluidas de la ciudadanía a pesar de su papel a la hora de engendrar nuevos ciudadanos. La vida de las mujeres era muy diferente a la de los hombres, dada su posición legal subalterna siempre dependiente del pariente varón más próximo, el padre, el marido, el hijo o el tío. Durante sus primeros años participaban en numerosas ceremonias religiosas públicas, hasta que a la edad de catorce años, una vez alcanzada la pubertad, se casaban. El matrimonio implicaba la transmisión de la propiedad familiar, y por ello era un asunto gestionado exclusivamente por hombres. El matrimonio entre primos era frecuente e incluso el propio marido designaba a veces en su testamento al futuro marido de su esposa, una vez muerto aquel, o en caso de divorcio. La mujer era entregada al marido provista de una dote que, aunque era gestionada por el marido, debía ser devuelta en caso de divorcio al nuevo guardián de la mujer. Su función principal era procurar un heredero legítimo hasta el punto de que la esterilidad acarreaba el divorcio. La elevada tasa de mortalidad a la hora de dar a luz constituía un riesgo habitual que las mujeres debían afrontar. Pasaban la mayor parte del tiempo recluidas en su casa, en una habitación *(gineceo)* que no tenía acceso directo des-

de el exterior de la vivienda. Tenían a su cargo la administración de la casa, el control de los esclavos, dado que era normal que cada familia tuviera al menos uno o dos de ellos, y ocupaban su tiempo en tejer e hilar los vestidos para toda la familia. Sus principales obligaciones quedan reflejadas en un texto de Platón:

> Si lo que quieres es la virtud de la mujer, no es difícil explicar que es necesario que ella administre bien la casa conservando cuanto contiene y siendo sumisa a su marido.

Esta disparidad de posiciones dentro de la sociedad ateniense entre hombres y mujeres se pone también de manifiesto en los consejos que da Jenofonte acerca de la administración de la casa:

> Conviene más a la mujer estar tras la puerta que asomarse a ella; para el hombre en cambio no es aconsejable permanecer en casa.

La importancia de la legitimidad de los herederos explica en buena parte la condición recluida de las mujeres atenienses, ya que se les consideraba débiles y fácilmente persuasibles ante el acoso de los varones. Su papel social quedaba reducido a los festivales religiosos y algunas ceremonias como los funerales. Participaban anualmente en el festival denominado *Tesmoforias* en honor de Deméter en el que en un contexto exclusivamente femenino celebraban la fertilidad de la tierra y de sus propios cuerpos, liberadas al menos durante estos días de la presión social cotidiana que vigilaba sus labores y actividades. Estos patrones de vida variaban en el caso de las familias con menos recursos, ya que probablemente las mujeres se veían obligadas a salir del hogar y tra-

bajar fuera vendiendo comida o actuando como nodrizas, comadronas o tejedoras a pesar de la amenaza que dicha situación representaba para la reputación personal y familiar.

Los METECOS eran los numerosos extranjeros afincados en Atenas que estaban excluidos de la ciudadanía y sus privilegios como votar en la asamblea, servir como jurado en los tribunales, ejercer cargos públicos o casarse con ciudadanas atenienses. Eran individuos libres que se habían instalado en Atenas de forma definitiva y se ocupaban de tareas relacionadas con la artesanía y el comercio a causa del rechazo habitual de la mentalidad griega hacia todas las prácticas de carácter manual. Debían pagar una tasa especial y tenían la obligación de prestar servicio con las armas en caso de necesidad. El gran número de metecos en Atenas explica el decidido impulso comercial e industrial que convirtió la ciudad en la más poderosa del mundo griego. El Pireo llegó a ser uno de los grandes puertos del Mediterráneo como centro de importación y redistribución de mercancías. Muchos metecos ejercieron incluso labores de carácter financiero mediante préstamos para el comercio a gran escala, una actividad que proporcionaba sustanciosos beneficios en caso de tener éxito. Las prostitutas *(pornái)* y *heteras* (una clase más sofisticada de prostitutas que asistían a los *simpósia*) eran también extranjeras.

Los ESCLAVOS eran otro colectivo marginado de la ciudadanía. La existencia de la esclavitud era una práctica unánimemente admitida y se consideraba a los esclavos una propiedad que podía comprarse y venderse con plena libertad. Los esclavos atenienses eran bien tratados por lo general e incluso a veces podían asistir al teatro y hasta tomar parte en algunos ritos, como los misterios de Eleusis. Los atenienses tenían además algunas restricciones legales sobre un trata-

miento indiscriminado de sus esclavos y no poseían sobre ellos el derecho absoluto de la vida y la muerte. Su testimonio en los tribunales debía obtenerse, sin embargo, a través de la tortura. Sus ocupaciones en los talleres de Atenas o en los campos apenas diferían de las que desempeñaban los artesanos y los pequeños campesinos de condición libre.

La ausencia de grandes propiedades agrícolas o de grandes factorías industriales impidió la concentración de un número considerable de esclavos. La mayor parte de los esclavos eran prisioneros de guerra, infelices capturados por los piratas o nativos procedentes de los establecimientos del mar Negro, que se habían especializado precisamente en esta clase de tráfico. Se les compraba en mercados destinados a tal efecto. El propio estado poseía también un cierto número que empleaba como policía, guardianes de prisión o como empleados públicos en las construcciones y limpieza de la ciudad. Aquellos que desempeñaban tareas domésticas, ejercían de pedagogos o acompañaban a los niños a la escuela recibían un trato agradable e incluso eran considerados a veces como miembros de la familia.

Solo los que trabajaban en las minas de plata de Laurión recibieron un trato más duro, debido a las infames condiciones de dicha actividad sin apenas miramientos hacia la seguridad o la higiene. De hecho, muchos esclavos escaparon a menudo de las minas y acudieron en busca de refugio al cercano santuario de Poseidón en el cabo Sunion. Fue precisamente en las minas donde se produjo la única rebelión de esclavos de la que tenemos noticia en todo el siglo V a. C.

Por lo general, la vida diaria de los atenienses, especialmente en el campo, era modesta y monótona. Solo los numerosos festivales que llenaban el calendario concedían un momento de tregua y diversión en la lucha diaria por la su-

pervivencia. La dureza y sequedad del suelo ático obligaba a un duro esfuerzo para obtener sus frutos. La tecnología era también rudimentaria y el ganado se reducía a unas pocas cabezas, sobre todo de cabras, cerdos y carneros. Cada campesino cultivaba su pequeña parcela de tierra ayudado por su familia y quizá con el apoyo de algún esclavo. En Atenas y el Pireo existían numerosos talleres artesanales de reducido tamaño que se agrupaban por especialidades en determinadas zonas de la ciudad, como el barrio del Cerámico, que difundió su producción de vasijas por todo el Mediterráneo. Había también artesanos especializados en el trabajo del metal que fabricaban armas y estatuas de bronce, astilleros en el Pireo, herreros, zapateros, tejedores, curtidores, carniceros y toda clase de oficios necesarios para el desarrollo de las actividades diarias. Por lo general, se trabajaba de encargo, pues era imposible almacenar mercancías dada la falta de espacio y recursos. Patronos y aprendices compartían la misma tarea en largas jornadas de trabajo. Al Pireo, sin embargo, afluían toda clase de productos y mercancías procedentes del exterior gracias al dominio ateniense de los mares. El nivel de los intercambios fue aumentando hasta un grado que hizo necesaria la presencia de una nueva figura como el banquero. Normalmente, este tipo de individuos cambiaban moneda, efectuaban préstamos y recibían dinero en depósito.

La propia ciudad de Atenas presentaba un aspecto poco cuidado desde el punto de vista urbanístico. Sus calles eran estrechas y empinadas y se agolpaban de manera desordenada hacia las laderas de la acrópolis. La basura y la suciedad se amontonaban con cierta facilidad y la falta de agua corriente acentuaba los peligros de epidemias. Solo el *ágora* ofrecía un aspecto abierto y bien ordenado donde tenían

lugar todo tipo de reuniones y encuentros. En ella se hallaban los edificios públicos, que eran las únicas construcciones de cierta relevancia arquitectónica en la Atenas de aquellos momentos, y en su centro se desarrollaban los mercados, las exhibiciones más diversas y las lecturas y discursos públicos. Todos aquellos que podían permitirse el lujo de vivir de las rentas escasas que les proporcionaban sus propiedades rústicas, paseaban y charlaban de forma incesante en sus alrededores. Esta clase de personajes ociosos son los que aparecen continuamente en los diálogos literarios o figuran representados como espectadores en talleres y mercados en algunas escenas de los vasos cerámicos.

Las casas eran, por lo general, pequeñas y tenían un mobiliario escaso. Tampoco la ropa resultaba distintiva, pues casi todo el mundo vestía de la misma forma, con excepción de unos pocos que podían permitirse tejidos de mejor calidad. También la dieta alimentaria era frugal. Su menú diario se componía habitualmente de una especie de puré de legumbres con higos secos y olivas. La carne era más bien un alimento excepcional que solo se consumía los días de los grandes festivales, como las Panateneas o las fiestas en honor de Dioniso. El vino era también poco corriente, con excepción de los banquetes o SIMPÓSIA, que constituían una de las escasas diversiones masculinas. Las diferencias de riqueza entre unos atenienses y otros quedaban un tanto diluidas por la simplicidad de su forma de vida.

4.1.14. Los griegos de Occidente

El mundo griego de Occidente tuvo sus principales escenarios en la isla de Sicilia y en el sur de Italia, donde se halla-

ban los establecimientos más importantes, especialmente Siracusa, que se convertirá en otra de las grandes potencias hegemónicas del mundo griego. Las ciudades eran ricas y poderosas, ya que contaban con extensos territorios y buenas tierras agrícolas de las que habían desplazado a las poblaciones indígenas de la zona, reduciendo a algunas de ellas al estatus de población servil dependiente. El comercio de grano hacia el Egeo y el de vino hacia Cartago junto a las tasas que imponían al tráfico comercial que discurría por sus puertos significaron otras fuentes importantes de riqueza para los sicilianos, que edificaron grandiosos templos en honor de sus dioses. Las grandes diferencias de riqueza, mucho mayores que las existentes en las ciudades del Egeo, generaron fuertes tensiones sociales en el interior de las ciudades que desembocaron en violentas guerras civiles y en la instauración de tiranías hacia comienzos del siglo V a. C., cuando este tipo de régimen había comenzado ya a desaparecer en el mundo egeo. Los tiranos sicilianos, impulsados por los estamentos con más recursos como forma de evitar el triunfo del *démos,* eran mucho más poderosos que sus correspondientes en el Egeo dado que gobernaban sobre estados mucho más ricos y centralizados, poseían un ejército compuesto por mercenarios y desplazaban a su antojo poblaciones enteras de unas partes a otras de la isla con el fin de reforzar sus capitales, como hicieron Gelón de Siracusa o Terón de Acragante, actuando así más a la manera de los monarcas orientales que de sus homónimos griegos. Pusieron en práctica una política de alianzas matrimoniales, emprendieron una gran actividad constructiva y contaron con el apoyo militar de numerosos mercenarios, lo que les permitió emprender ciertas aventuras expansionistas, como la de los tiranos de Siracusa, que sometieron toda la isla

bajo su dominio. Su prestigio dentro del mundo griego fue enorme, como atestiguan sus triunfos en los juegos y la vitalidad cultural de sus cortes, a las que consiguieron atraer poetas de la fama de Esquilo, que precisamente murió en Gela. Las magníficas monedas emitidas por Siracusa constituyen otro testimonio indudable de la riqueza y poderío de la ciudad en estos momentos.

La figura de Gelón es sin duda la más destacada de todo este ámbito. Asumió la tiranía en la ciudad de Gela a la muerte del tirano anterior, valiéndose de su posición como comandante de la caballería. En 485 a. C. intervino en la ciudad de Siracusa para ayudar a los nobles que estaban a punto de ser expulsados gracias a la combinación de fuerzas entre los ciudadanos más pobres y los nativos dependientes. Sin embargo, Gelón se hizo con el dominio de la ciudad. Aumentó su tamaño y su población forzando el traslado de otras poblaciones cercanas como Camarina, Gela o Mégara Hiblea y ejerció el poder de una manera dinástica, ya que entregó Gela a su hermano Hierón y se alió matrimonialmente con Terón, el tirano de Acragante, que era la otra gran ciudad griega de la isla. Precisamente dicha alianza fue el origen del primer gran enfrentamiento con los cartagineses instalados en la parte noroccidental de la isla, desde cuyos establecimientos controlaban un importante tráfico comercial. La toma de Hímera, cuyo tirano era aliado de los cartagineses, por parte de Terón significó el inicio de las hostilidades. Cartago envió un fuerte contingente armado y Terón tuvo que solicitar el apoyo de su pariente Gelón, que acudió en su ayuda con una enorme cantidad de efectivos militares. La batalla se libró en Hímera en el año 480 a. C. y su victoria convirtió a Gelón en el individuo más poderoso de toda la isla y del occidente griego en general.

Sospechosamente se quiso hacer coincidir el triunfo sobre los cartagineses con la derrota de los persas en Salamina, quizá en un intento de magnificar las hazañas de Gelón, que dedicó también un trípode de oro en Delfos para glorificar su victoria, y de equiparlas a las conseguidas en esos momentos contra los persas. Gelón murió en 478 a. C. en pleno apogeo de su gloria y fue sucedido en el poder por su hermano Hierón, que dejó a su vez a otro hermano, Polízalo, a cargo de Gela. Hierón mantuvo la paz con los cartagineses, pero libró una batalla naval contra los etruscos en las proximidades de Cumas en 474 a. C. Un testimonio magnífico de su victoria es un casco etrusco, conservado en el Museo Británico, que fue dedicado como trofeo en el santuario de Olimpia y lleva inscrita la dedicatoria triunfal del tirano. Al igual que su antecesor, lanzó una campaña propagandística para glorificar las hazañas de los tiranos sicilianos. Así cuando ganó la carrera de carros en el certamen de Delfos en 470 a. C., contrató al poeta Píndaro para conmemorar su triunfo y reclamó para Hímera y Cumas un mérito equivalente a Platea y Salamina en su obsesión por presentarse como los auténticos salvadores del mundo griego. La dedicatoria en el 474 a. C. del famoso Auriga de bronce con todos sus arreos y el carruaje en Delfos, a cargo de Polízalo de Gela, hermano de Gelón e Hierón, ilustra también esta clase de tentativas.

El creciente poder de Siracusa había provocado el declive de todos sus posibles enemigos de la zona, desde Cartago y los etruscos a los fenicios instalados en Sicilia y sus aliados nativos, los élimos. Sin embargo, las ambiciones personales dieron al traste con el predominio de las tiranías en la isla. Polízalo intentó mediante la ayuda de Terón apoderarse de Siracusa, pero Hierón derrotó a los agreso-

res y los habitantes de Acragante expulsaron al hijo de Terón, que había perdido la batalla, y establecieron una democracia. La muerte de Hierón en 467 a. C. significó también la expulsión de la familia del tirano de la ciudad y el estallido de una guerra civil entre los siracusanos y los mercenarios al servicio del tirano. El caos y las guerras civiles se extendieron por toda la isla, ya que muchos de los que habían sido trasladados a la fuerza por los tiranos regresaron a sus ciudades y pretendieron recuperar sus propiedades que habían sido cedidas a los mercenarios. Una resolución común acabó finalmente con esta caótica situación en el 461 a. C., mediante la cual los antiguos ciudadanos recuperaban su derecho al retorno y los nuevos (exmercenarios) obtenían derechos cívicos parciales. Se crearon de este modo diferentes poleis en las que convivían de manera más o menos ordenada antiguos y nuevos ciudadanos, antiguos mercenarios y nativos. Aunque muchas de estas ciudades establecieron democracias como sistema de gobierno, lo cierto es que se trataba de comunidades mucho menos cohesionadas socialmente que las del Egeo y en las que los medios aristocráticos conservaban importantes atribuciones de poder. En Siracusa se contraponían así un cuerpo de generales electos y los llamados *demagogos* (líderes del *démos),* que como resultado de sus conflictos dieron lugar a la introducción de la versión siracusana del ostracismo ateniense, llamado aquí *petalismós* porque los nombres de los expulsados se escribían en hojas de olivo *(pétaloi).*

El vacío de poder creado por la resolución común favoreció, al menos temporalmente, las aspiraciones de los indígenas sometidos de la isla. Los élimos, en la parte occidental, abandonaron sus aldeas y se concentraron en la ciudad de Segesta, que desempeñaría un papel destacado en la políti-

ca mediterránea en el curso del siglo. En la parte oriental de la isla, un líder nativo llamado Ducetio creó una Líga de los sículos que llegó a emitir moneda e incluso fundó una nueva ciudad en el 453 a. C. Su intento de rebelión fracasó ante la fortaleza de una Siracusa cada vez más poderosa a pesar de la caída de sus tiranos.

El crecimiento siracusano despertó las suspicacias y recelos de Atenas, que vino a entrometerse en este mundo complejo lleno de rivalidades. Ya había mostrado mucho antes su interés por el Occidente mediterráneo a causa de su riqueza agrícola, un bien precioso para una ciudad como Atenas con un importante déficit en este terreno. En el 433 a. C., Atenas firmó un pacto de alianza militar con algunas ciudades no dorias, como Leontinos y Regio, y tras el estallido del conflicto en la isla en el 427 a. C., las ciudades jonias que se oponían a las dorias en torno a Siracusa, pidieron la intervención de Atenas, que envió un importante contingente a la isla en 424 a. C. Sin embargo, las aspiraciones hegemónicas atenienses suscitaron recelos entre sus propios aliados locales, que finalmente alcanzaron un acuerdo de paz con sus rivales y rechazaron la ayuda de Atenas. Un nuevo intento posterior de crear una coalición antisiracusana por parte de Atenas en el 422 a. C. volvió a fracasar. Finalmente tendría lugar la expedición siciliana del 415 a. C. (véase más adelante), que culminó en un verdadero desastre y fue una de las causas decisivas en la derrota ateniense en la guerra contra Esparta.

Ciertamente, era un mundo con importantes problemas de todo tipo. Algunos de orden externo como la presencia cercana de dos potencias como las ciudades etruscas y los cartagineses que impedían su expansión territorial y con los que hubieron de librar grandes batallas. Otros de orden inter-

no, como la compleja composición étnica y social de sus ciudades, la inestabilidad causada por los mercenarios estacionados en la isla, que habían sido utilizados por los tiranos, y las disensiones y conflictos armados entre diferentes ciudades griegas, algunas de las cuales acabaron siendo destruidas por sus enemigos, como Sibaris, arrasada por sus vecinos de Crotona en el año 510 a. C. Sin embargo, a pesar de todo, los griegos de occidente alcanzaron un enorme grado de riqueza y prosperidad que se pone de manifiesto en sus grandes realizaciones arquitectónicas, cuyos restos resultan todavía visibles, en sus brillantes obras de arte y su intenso apogeo cultural.

Muchas de estas ciudades se edificaron mediante una planificación urbanística regular en forma de damero, sobre todo en el sur de Italia, y las casas privadas eran grandes y espaciosas. Se construyeron impresionantes conjuntos de templos como los de Acragante, que poseía una riqueza extraordinaria procedente de las tasas del comercio con Cartago, Selinunte, Siracusa o Posidonia, al sur de Nápoles, cuyas ruinas continúan suscitando todavía hoy la admiración de los visitantes modernos. El orden dórico se impuso de manera total. Los talleres de escultura produjeron también obras importantes, como el llamado trono Ludovisi. Los santuarios de la región contenían magníficos exvotos, en especial las famosas placas de terracota halladas en el santuario dedicado a Perséfone en Locri, donde aparece una de las escasas representaciones de Hades. Sus gobernantes triunfaban en las pruebas atléticas de los grandes festivales panhelénicos, dedicaban en ellos magníficas ofrendas y eran objeto de los cantos de alabanza de poetas como Píndaro. En algunos lugares, como Elea, se desarrolló toda una escuela de filosofía con representantes como Parménides y

Zenón, que se ocuparon principalmente de problemas relacionados con el ser y la identidad. Los seguidores de Pitágoras fundaron sectas de tipo místico-filosófico que se extendieron por el sur de Italia y participaron de forma activa en la política de sus ciudades, y en Crotona vivió un médico tan destacado como Alcmeón, que fue muy apreciado por Aristóteles.

4.1.15. La guerra del Peloponeso

Según Tucídides, la verdadera causa de la guerra entre Atenas y Esparta fue el temor suscitado entre los espartanos y sus aliados por la creciente hegemonía y el expansionismo de Atenas. Atenas había empezado a inmiscuirse en el Occidente griego y había interferido de forma clara en los intereses de Corinto en el Adriático. Tanto Esparta como Corinto, que era su principal aliado, empezaron a sentirse amenazados por las ambiciones atenienses. La acumulación de incidentes desembocó finalmente en el desencadenamiento del conflicto entre las dos potencias griegas del momento. Atenas contemplaba ya esta posibilidad a la vista de la adopción de algunas medidas especiales de protección en previsión del inminente conflicto, como el traslado de los tesoros de los templos de los diferentes *démos* del Ática a la acrópolis de Atenas a través de un decreto de Calias en el año 434 a. C.

Los dos acontecimientos que desencadenaron el conflicto fueron la interferencia de Atenas en los establecimientos que formaban parte de la esfera de influencia corintia y el decreto contra Mégara. Atenas aceptó la alianza con Corcira en el 433 a. C. contra Corinto y obligó a la ciudad de Poti-

dea, otra fundación corintia situada en la península calcídica al norte del Egeo, a derruir una parte de sus murallas, entregar rehenes y a rechazar a los cargos públicos que los corintios les enviaban anualmente. Los de Potidea pidieron ayuda a los espartanos y se rebelaron contra Atenas. Un año después impusieron a la ciudad de Mégara un decreto que le prohibía el acceso a los mercados atenienses y a todos los puertos de su imperio. Dichas medidas cerraban toda salida al exterior a la ciudad del istmo y le causaron un grave perjuicio económico.

El conflicto estalló definitivamente tras los incidentes sucedidos en la ciudad de Platea, aliada de Atenas. En el año 431 a. C. los tebanos intentaron tomar la ciudad pero fracasaron en su tentativa, y a consecuencia de ella los plateos ejecutaron a los prisioneros tebanos en contra de las normas establecidas. Tebas contraatacó y Platea pidió la ayuda de Atenas. Esparta intervino en el conflicto como aliada de Tebas, dando así inicio a las hostilidades declaradas entre unos y otros.

La guerra enfrentó a casi todas las ciudades del mundo griego, ya que los dos principales contendientes contaban con sus correspondientes aliados y ejercían su influencia sobre extensas áreas de la geografía griega continental. Durante casi treinta años (431-404 a. C.), el mundo griego se dividió en dos bandos irreconciliables. Del lado de Atenas estaban casi todas las ciudades del Egeo y de las costas centrales de Asia Menor (Jonia). En el bando espartano militaban casi todas las ciudades del Peloponeso, una buena parte de las de Beocia y del mundo griego de Occidente. Eran dos mundos diferenciados y opuestos. Atenas se había convertido a lo largo de la primera parte del siglo V a. C. en una democracia radical que controlaba un auténtico imperio con

un *démos* relativamente compacto que se beneficiaba de las ventajas del sistema y en una ciudad abierta y cosmopolita que acogía a toda clase de artistas, poetas y pensadores de todos los rincones del mundo griego. Por el contrario, Esparta dirigía una Liga de estados desiguales y sometidos a graves presiones internas a causa de los componentes étnicos heterogéneos que constituían su población. Atenas contaba con una poderosa flota y controlaba la mayor parte del Egeo. Esparta poseía la superioridad en el combate terrestre gracias a su disciplinado y poderoso ejército, muy difícil de batir en campo abierto. Como afirma Tucídides, al inicio de su relato sobre la guerra:

> ambos bandos se aprestaban a ella estando en su pleno apogeo y con toda suerte de preparativos, y [...] el resto de los pueblos de Grecia se coaligaban a uno u otro [...]. Esta vino a ser la mayor convulsión que vivieron los griegos y una parte de los bárbaros y, por así decir, incluso la mayoría de la humanidad.

La guerra se desarrolló en tres fases sucesivas. La primera denominada guerra arquidámica discurrió entre el 431 y el 421 a. C. La segunda se inició con la firma de un tratado de paz en el 421 a. C. y concluyó con la desastrosa derrota ateniense en Sicilia en el 413 a. C. La tercera y última fase, denominada guerra jonia, se libró entre el 412 y el 404 a. C. y concluyó con la derrota final de Atenas.

Pericles condujo a Atenas a la guerra y convenció a la asamblea de que podía ganarse a través de una táctica que consistía básicamente en el mantenimiento a toda costa de su hegemonía marítima y de asegurar el suministro de trigo procedente del mar Negro y de la madera necesaria para la construcción de las naves que procedía de Tracia y Mace-

donia. Consciente de la superioridad espartana en campo abierto, instó a la mayor parte de la población del Ática a que se concentrara dentro de las murallas de Atenas, que tenía asegurado el abastecimiento gracias a los largos muros que unían la ciudad con su puerto del Pireo y al predominio marítimo de su flota. Mientras tanto, por medio de ella podría realizar incursiones a lo largo de las costas del Peloponeso hostigando a sus enemigos, capturando puntos destacados de ellas y ejerciendo una constante presión sobre su seguridad interna.

Los espartanos bajo el mando de su rey Arquídamo invadieron el territorio del Ática y devastaron las cosechas en el intento de provocar la salida de los atenienses en su defensa y forzar así una batalla en toda regla. Repitieron esta operación durante los dos años siguientes sin éxito alguno en sus intenciones, teniendo que conformarse con la destrucción de los campos. Atenas por su parte llevó a cabo una expedición de saqueo contra Epidauro, expulsó a los habitantes de la isla de Egina y los reemplazó por atenienses e intentó establecer guarniciones permanentes en territorio enemigo (*epiteichismós*).

Sin embargo, todos los planes de Pericles se vinieron estrepitosamente abajo con la aparición de una terrible epidemia en Atenas provocada en buena parte por el hacinamiento de gentes en la ciudad, que se habían visto obligados a ocupar todos los edificios y espacios públicos disponibles, incluso los muros que unían Atenas y el Pireo, donde se habían establecido chabolas para albergar este exceso de población. La epidemia diezmó de modo considerable la población de Atenas y causó la muerte de una de cada cuatro personas, extendió el desánimo y minó la moral de sus ciudadanos, que buscaron la paz con Esparta y destituyeron y

multaron a Pericles. Tucídides nos describe el estado lamentable de la ciudad durante estos terribles momentos:

> La concentración de gente venida de la campiña a la ciudad agravó la situación de la población y no menos la de los propios refugiados: como no había viviendas se alojaban en chozas asfixiantes, en plena canícula, por lo que la mortandad se producía entre un completo desorden. Según iban muriendo, se acumulaban los cadáveres unos sobre otros, o bien deambulaban medio muertos por los caminos y en torno a las fuentes todas, ávidos de agua. Los templos en los que se les había instalado estaban repletos de cadáveres de gente que había muerto allí. Y es que como la calamidad les acuciaba con tanta violencia y los hombres no sabían qué iba a ocurrir, empezaron a sentir menosprecio tanto por la religión como por la piedad.

Pericles fue de nuevo repuesto en su cargo, pero pereció víctima de la peste en el 429 a. C. junto con sus dos hijos legítimos y su esposa ateniense. A pesar de la detallada descripción de la enfermedad que nos ofrece Tucídides, que la sufrió también en sus propias carnes pero consiguió sobrevivir, resulta prácticamente imposible identificarla con seguridad y es muy probable que se trate de una enfermedad que ya no existe en la actualidad. Sus efectos fueron catastróficos, pues además del número de víctimas, desapareció también buena parte de la generación que había ejercido el poder en la ciudad y resultó difícil ocupar todos los cargos con los candidatos más idóneos. Los sucesores de Pericles eran así individuos de otra clase que no respondían del todo a los parámetros aristocráticos de los dirigentes atenienses tradicionales. Abandonaron la táctica de resistencia dentro de los muros de la ciudad e iniciaron una serie de

operaciones de alto riesgo con el fin de destruir definitivamente al enemigo. Buscaron el apoyo de las regiones más occidentales de Grecia, como Acarnania y Etolia, e incluso intentaron llevar a cabo alianzas en Sicilia aprovechando el enfrentamiento entre las ciudades de origen jonio y dorio de la isla. Sin embargo, todas estas estrategias fracasaron a pesar de los logros conseguidos en alguno de estos campos por el general Demóstenes. En el 430 a. C., los atenienses capturaron Potidea y los espartanos asediaron Platea. Dos años después se produjo la rebelión de Mitilene, que era uno de los principales aliados de Atenas. La asamblea votó la ejecución colectiva de los mitileneos, pero se retractó de su drástica decisión al día siguiente y envió una nave a toda prisa para impedir el cumplimiento de la sentencia, que llegó justo en el momento adecuado. En el 427 a. C., los espartanos consiguieron finalmente tomar Platea y ejecutaron de forma sumaria a sus habitantes a pesar de que se habían rendido y vendieron como esclavos a mujeres y niños. Esparta, por otro lado, intentó cortar la ruta hacia el norte del Egeo y estableció una colonia al sur de Tesalia, en Heraclea de Tráquide, en el 426 a. C. Al año siguiente se produjo un acontecimiento que pudo haber variado el curso de la guerra pero quedó finalmente en un incidente más debido quizá a la poca inteligencia demostrada por los dirigentes atenienses en dicha coyuntura. El mencionado Demóstenes estableció una base fortificada en un promontorio situado en la bahía de Pilos en el suroeste del Peloponeso y consiguió asediar al contingente espartano compuesto de unos cuatrocientos efectivos que había sido enviado para contrarrestar el ataque hasta la isla de Esfacteria que cerraba la bahía. El pánico se desató en Esparta ante la noticia, ya que los efectivos asediados representaban nada menos que el diez por ciento de to-

dos los espartiatas *(homóioi)* y se temía además la posibilidad de una insurrección de la población servil y de los mesenios. Esparta solicitó una tregua que fue rechazada enérgicamente por Cleón, que dominaba ahora la asamblea ateniense, y el asunto se demoró sin solución hasta que el propio Cleón acudió en persona al lugar con la intención de traer consigo hasta Atenas a los rehenes espartanos en un tiempo récord, cosa que consiguió.

En el 424 a. C. fracasó definitivamente el intento de extender la hegemonía ateniense en Beocia tras la desastrosa derrota sufrida por los atenienses en Delión a manos de los tebanos. Los espartanos en esos momentos iniciaron una ofensiva en el norte del Egeo bajo el mando de Brásidas, su general más activo en el exterior, que consiguió capturar importantes plazas de la costa norte del Egeo que suponían una tremenda pérdida para los recursos atenienses. La pieza más importante de toda la zona era la ciudad de Anfípolis, que controlaba las rutas de la región y los accesos a los recursos mineros y madereros de esta área. El fracaso de Tucídides, que actuaba como general en esos momentos, al impedir la revuelta de la ciudad antes de la llegada de los espartanos le costó el exilio de Atenas durante veinte años, durante los que compuso su historia. Se firmó una tregua con los espartanos, pero una nueva rebelión en la zona, esta vez la ciudad de Scione, dio al traste con el armisticio ya que los espartanos pretendían que la defección se había producido antes de la firma del tratado, en contra de la opinión de los atenienses. La revuelta fue finalmente reprimida y sus habitantes ejecutados. Cleón acudió a la zona con un fuerte contingente armado con la intención de recuperar Anfípolis y se libró una batalla que concluyó con la muerte de los dos principales protagonistas, Cleón y Brásidas, en el 422 a. C.

Ninguno de los dos bandos había conseguido avances definitivos después de diez años de campañas. Ambos deseaban la paz por diferentes razones. Los espartanos querían recuperar los rehenes de Pilos y contemplaban la posibilidad de una nueva guerra con Argos, su eterno rival en la hegemonía sobre el Peloponeso. Los atenienses se habían visto seriamente afectados por la pérdida de Anfípolis y la derrota de Delión. En estas circunstancias se procedió a la firma de un tratado de paz en el 421 a. C. negociado por Nicias desde el lado ateniense, que dejaba las cosas casi como al inicio de la guerra.

El clima bélico y de violencia no desapareció con la firma de la paz. La brutalidad que había alcanzado la contienda en alguna de sus fases agudizó los conflictos internos en las diferentes ciudades entre facciones que ahora tenían la posibilidad de solicitar la ayuda de uno de los dos bandos. Partidarios de la oligarquía y de la democracia dirimían sus enfrentamientos con una violencia inusitada, tal y como refleja Tucídides:

> Recayeron sobre las ciudades con motivo de las revueltas muchas y graves calamidades, como las que se suceden y sucederán siempre, mientras la naturaleza humana siga siendo la misma, violencia mayor o menor y cambiando de aspecto de acuerdo con las alteraciones que se presenten en cada circunstancia. En efecto, tanto las ciudades como los individuos tienen mejores disposiciones de ánimo, porque no deben hacer frente a necesidades ineluctables. En cambio, la guerra, al eliminar las facilidades de la vida cotidiana, es una maestra de modales violentos y modela el comportamiento de la mayoría de los hombres en consonancia con la situación del momento.

Una de las víctimas de la violencia imperial ateniense fue la pequeña isla de Melos, que trataba inútilmente de mantener su autonomía y neutralidad. Uno de los protagonistas destacados de la siguiente fase de la guerra fue ALCIBÍADES, un miembro de la familia de los Alcmeónidas que hizo todo lo que estuvo en sus manos para dinamitar el acuerdo conseguido con los espartanos. Era un individuo cínico y oportunista hasta el extremo, sin otras convicciones que la promoción de sus propios intereses personales. Era el típico exponente de la nueva educación sofística que proclamaba la relatividad absoluta y el carácter reversible de los argumentos empleados. Adquirió pronto un gran carisma y prestigio entre los atenienses por su condición de vencedor en los juegos de Olimpia en el 416 a. C. Impulsó una política de continua expansión territorial y se convirtió en uno de los principales promotores de la expedición contra Sicilia, en el año 415 a. C. Su poder de persuasión fue suficiente para convencer a la asamblea y conseguir su voto favorable a pesar de la oposición de Nicias. Sus argumentos más convincentes eran la promesa de una fácil victoria en Sicilia y la esperanza que muchos ponían en las inmensas riquezas de la isla, dos circunstancias que podrían contribuir de forma decisiva a la victoria final sobre Esparta.

Los preparativos para la expedición fueron considerables. Una flota compuesta por ciento treinta y cuatro trirremes y numerosas naves de carga, con cinco mil hoplitas y mil quinientos infantes, partió hacia Sicilia en el mes de agosto del 415 a. C. La expedición no pudo empezar peor su andadura. Un acto de vandalismo la noche antes de la partida de la expedición había provocado la decapitación de los *hermas,* estatuas de culto divino en forma de un pilar con la cabeza del dios y un falo erecto que se situaban en los cruces

de caminos para proteger a los viajeros. También se rumoreó que los misterios de Eleusis habían sido profanados. Uno de los implicados en el caso fue el propio Alcibíades, que se hallaba ahora al frente de la expedición. Fue por tanto reclamado de vuelta a Atenas para ser juzgado por los sacrilegios cometidos. Alcibíades huyó a refugiarse en Esparta, donde secundó sin escrúpulos la causa enemiga, aconsejando el envío de refuerzos a Siracusa y la fortificación de un lugar en el territorio del Ática, Decelía, que se convertiría en refugio de los esclavos que huían de las minas de Laurión, cerca de veinte mil, y que ocasionaron un serio problema a la economía de la ciudad.

La flota ateniense quedó bajo el mando de Nicias y Lámaco, que no estuvieron a la altura de las circunstancias. Fracasaron en su intento de atraerse aliados dentro de la isla y tuvieron que afrontar en solitario las extraordinarias defensas de Siracusa y su considerable poderío militar. El asedio de Siracusa iniciado por los atenienses fracasó también debido a las excelentes fortificaciones de la ciudadela siracusana. La muerte de Lámaco en las operaciones de asedio dejó solo a Nicias al frente de las tropas. La situación empeoró además con la llegada de los refuerzos espartanos bajo el mando de Gilipo. Nicias solicitó también refuerzos a Atenas, que envió un nuevo contingente militar al mando de Demóstenes, pero la suerte ya estaba echada. Los siracusanos habían derrotado a los atenienses en una gran batalla naval antes de la llegada de Demóstenes, que solo tuvo la posibilidad de intentar capturar la muralla siracusana. Su fracaso en este empeño aconsejaba como única instancia la retirada de las tropas atenienses de la isla. Las discusiones entre Nicias y Demóstenes y algunos presagios como un eclipse de luna demoraron la partida. Los siracusanos volvieron a vencer a la

flota ateniense y bloquearon sus efectivos en el puerto de la ciudad. Los atenienses se vieron forzados a desembarcar y a emprender una retirada por tierra en busca de refugio en alguna ciudad aliada de la isla, como Camarina. Atrapados finalmente por los siracusanos, los atenienses fueron severamente derrotados y masacrados. Los escasos supervivientes se vieron obligados a sufrir una lenta y pavorosa agonía hacinados en unas enormes cuevas de piedra, denominadas «latomías», que se convirtieron en la tumba de la mayoría de ellos. El desastre siciliano, en el que no solo se habían comprometido los mejores recursos humanos y materiales, sino también las principales esperanzas, significó un duro e irreversible golpe en la moral de guerra de Atenas.

A pesar del desastre de Sicilia, los atenienses demostraron una gran capacidad de resistencia. Volvieron a construir una flota y consiguieron restablecer un cierto equilibrio en la correlación de fuerzas con sus rivales. Sin embargo, los costes excesivos de la operación vaciaron el tesoro de la ciudad y la situación con sus aliados no hizo más que deteriorarse, ya que muchos de ellos solicitaban la ayuda de Esparta para emprender la rebelión. Además volvía a emerger de nuevo el protagonismo persa a través del apoyo financiero que los sátrapas de la zona podían ofrecer a los contendientes, especialmente a Esparta, que veía en los recursos persas la posibilidad de construir una flota que hiciera frente a la hegemonía naval de los atenienses. El papel de Alcibíades jugando a tres bandas, Persia, Esparta y Atenas fue decisivo en estos confusos momentos. La rebelión de los aliados jonios se extendió por todas partes, pero aun en estas circunstancias los atenienses fueron capaces de hacerse con el control de Samos, que se convirtió en la base de operaciones de su flota en toda la zona.

Mientras tanto la inestabilidad política se había apoderado de la ciudad y aumentaron los intentos de conjura de los círculos aristocráticos atenienses. Alcibíades instigó desde Samos un golpe de estado en Atenas en el 411 a. C. que trató de establecer el dominio oligárquico mediante la reducción del cuerpo cívico a cinco mil efectivos, mientras un consejo compuesto por cuatrocientos miembros impuso el gobierno del terror en la ciudad. Su intento por persuadir a la flota estacionada en Samos fracasó, sin embargo, a causa de la mediación de Alcibíades, que había decido cambiar de nuevo de bando, esta vez al lado de los demócratas. El golpe fracasó y se instauró un régimen mixto basado en el cuerpo cívico de los cinco mil, que incluía a todos los que podían costearse el armamento y detentar cargos sin recibir sueldo alguno. Los atenienses bajo el mando de Alcibíades consiguieron una importante victoria sobre los espartanos en Cízico en el 411 a. C. y pudieron así recuperar el tributo de la zona y remediar sus dificultades económicas. Alcibíades regresó triunfante a Atenas después de su exitosa campaña en la región de los estrechos y fue recibido como un auténtico salvador de la ciudad. Exonerado de sus acusaciones, fue elegido general supremo de Atenas.

La situación de popularidad no duró mucho tiempo, ya que una derrota sufrida en un lugar de la costa de Asia Menor significó su caída en desgracia ante el *démos* ateniense, tan proclive al cambio de opinión. No fue reelegido como general en el 406/5 a. C. y decidió retirarse a una fortaleza del Quersoneso, en Tracia, que había construido como dominio personal. El nuevo comandante espartano Lisandro organizó una poderosa flota con la que consiguió derrotar a la flota ateniense en los alrededores de Lesbos y bloquear el resto de sus naves en Mitilene. Atenas se vio obligada a

ejecutar medidas de carácter extraordinario como la fundición de las ofrendas de oro y plata de los templos y la oferta de libertad a los esclavos y de ciudadanía a los *metecos* dispuestos a combatir en la guerra. En un mes reunieron una potente flota y fueron capaces de derrotar a los espartanos en las islas Arginusas al sur de Lesbos en el 406 a. C. Sin embargo, esta victoria tuvo consecuencias negativas para Atenas, ya que los generales vencedores, entre los que se encontraba el hijo de Pericles con Aspasia, fueron condenados a muerte por la asamblea tras haber sido juzgados en masa de forma ilegal por haber abandonado a los caídos después de que se levantara una fuerte tormenta que podía poner en peligro la salvación de toda la flota.

La batalla final de la guerra se libró en la región de los estrechos en el 405 a. C. La impericia de los generales atenienses, que trataban en vano de atraer a los espartanos al combate y debían luego recorrer una larga distancia en busca de suministros, facilitó la victoria de Lisandro, que había observado atentamente la situación y pilló por sorpresa a los atenienses mientras se hallaban dispersos en busca de alimentos. En la lucha perecieron cerca de cuatro mil atenienses y se perdieron ciento sesenta naves. Tras la victoria espartana en Egospótamos, Lisandro se dirigió hacia Atenas e inició el asedio de la ciudad, a la que habían acudido en masa todos los efectivos que se hallaban en ultramar. Tras ocho meses de asedio, los atenienses capitularon en el año 404 a. C. Esparta permitió la supervivencia de Atenas a pesar de las intenciones tebanas y corintias de destruir de forma definitiva la ciudad. Se convirtieron así en nuevos aliados de Esparta y su capacidad naval quedó reducida a tan solo doce naves. Los largos muros que enlazaban la ciudad y su puerto fueron derruidos y se vio obligada a renunciar a

todas sus posesiones más allá del Ática. La ciudad quedaba bajo el gobierno de un cuerpo compuesto por treinta individuos de procedencia aristocrática a los que se denominó los Treinta tiranos que gobernaron de forma arbitraria y llevaron a cabo sus venganzas personales. Atenas concluía así un período de gran esplendor. El imperio que había sido uno de los factores determinantes de su grandeza y prosperidad durante la primera mitad del siglo fue también la causa determinante de su ruina. Aunque algunos han pensado que la explicación principal reside en la dificultad de armonizar un régimen de carácter democrático en el interior con la dirección de un imperio en el exterior, las causas de la derrota final son mucho más complejas e intervinieron decisivamente una serie de factores como la mala dirección militar de algunas operaciones, los desastres sufridos por la peste y la expedición a Sicilia, las presiones internas de aristócratas y aliados y el propio potencial militar espartano reforzado en la última etapa con el oro persa.

Un año después, los exiliados consiguieron expulsar de la ciudad a los Treinta y volver a instaurar la democracia.

4.1.16. En busca de la perfección

Durante el siglo V a. C., el desarrollo de la arquitectura y la escultura alcanzó unas cotas elevadas en su vertiente artística y técnica. La maestría, belleza y coste de la mayor parte de los templos construidos durante este período sobrepasó ampliamente a sus predecesores. Los arquitectos expresaban a través de sus edificios el ideal de la *pólis* como comunidad de ciudadanos que honraba a los dioses y al mismo tiempo mostraba orgullosa su dominio sobre la

naturaleza. Los monumentos más excepcionales en este terreno se encuentran en la acrópolis de Atenas, si bien sabemos que otras ciudades como Siracusa contaron también con magníficos edificios que no se han conservado de la misma forma. Fuera de Atenas asimismo encontramos algunos ejemplos como el templo de Apolo en Basae en medio de las montañas de Arcadia, que ha sobrevivido casi intacto debido a su posición marginal lejos de los centros de poder principales. Otros magníficos ejemplos son los templos de Posidonia en Italia, o Selinunte y Acragante en Sicilia, que se han conservado también en excelentes condiciones. Construyeron también otros edificios como teatros y fortificaciones que cambiaron por completo el aspecto físico de muchas ciudades.

También los escultores intentaron alcanzar un nuevo sentido de la humanidad idealizada a través del denominado estilo severo que contrasta las expresiones serenamente calmadas de los rostros de sus estatuas con las sonrisas estereotipadas del período precedente. Los más importantes escultores realizaron sus obras en bronce a través de la técnica denominada de la cera perdida, pero los ejemplares que se han conservado provienen de los hallazgos casuales de naufragios, como las dos extraordinarias figuras de guerreros recuperadas en 1972 del mar en el sur de Italia, conocidas como los bronces de Riace. Se trata de dos auténticas obras maestras que procedían quizá del santuario de Delfos, desde donde eran trasladadas a Roma en el momento del naufragio de la nave que las portaba. Por su fecha, estilo y perfección técnica se ha sugerido la posibilidad de que fueran obras tempranas del escultor Fidias, una de las figuras más destacadas de este período, del que conocemos los trabajos realizados en la decoración escultórica del Par-

tenón. Otro magnífico ejemplar de la estatuaria griega en bronce de este período es el Zeus o Poseidón hallado en el cabo Artemisión que puede contemplarse en el Museo Nacional de Atenas. Al igual que las anteriores, era de un tamaño superior al natural y encarna las cualidades de contención, dignidad y fuerza varonil que constituían los ideales del arte de este momento. La mayor ligereza del bronce proporcionaba una mayor libertad de acción a los escultores, que no podían conseguir piezas como estas en materiales más duros como la piedra, que habría requerido soportes para sujetar los dos largos brazos extendidos que debían sostener el rayo o el tridente. Desgraciadamente, no tenemos la oportunidad de valorar los resultados de otros grandes escultores de la época como Mirón o Policleto, cuyos originales en bronce, como el lanzador de disco (discóbolo) o el portador de la lanza (doríforo) se han perdido y solo nos quedan las copias romanas correspondientes de estas extraordinarias obras. Mirón compuso también grupos escultóricos como Atenea y Marsias, en los que las figuras individuales aparecen enlazadas por la acción común que realizan. Su interés por el movimiento le convirtió en una de las figuras clave en la conquista de la *mímesis* (imitación) y del abandono del hieratismo arcaico. Policleto compuso además un tratado en el que exponía las reglas de su arte y las proporciones precisas en la representación de la anatomía humana. Contamos, en cambio, con algunas muestras sobresalientes de la decoración escultórica que adornaba los templos de los grandes santuarios, como las metopas del tesoro de los atenienses de Delfos, las del templo de Zeus en Olimpia o una parte de la decoración del santuario de Asclepio en Epidauro o del templo de Apolo Epicurio en Basae. La escultura alcanzó un desarrollo muy rápido en el

curso del siglo V a. C., que fue perfeccionando cada vez más los logros alcanzados al inicio de esta época. Los llamados mármoles Elgin, que constituyen el conjunto conservado en Londres de la decoración escultórica del Partenón, constituyen un ejemplo paradigmático del nivel de calidad técnica y artística alcanzados en una obra colectiva en la que Fidias desempeñó un papel dirigente destacado. Algunos relieves votivos nos proporcionan también un buen ejemplo de la pericia artística alcanzada en este período, como la denominada Atenea pensativa de la acrópolis de Atenas, el relieve de Eleusis en el que aparecen representados Deméter, Perséfone y Triptólemo, y algunas estelas funerarias procedentes del Cerámico.

Sabemos finalmente de la existencia de numerosas pinturas murales que decoraban las paredes de algunos edificios públicos como la denominada Stoa Poikile de Atenas, donde estaba representada la batalla de Maratón. Sin embargo, no se han conservado ninguna de estas obras ni conocemos tampoco ninguna muestra del gran artista de este momento, el pintor Polignoto, que al parecer representaba en sus pinturas el carácter *(éthos)* individual y se afanaba por expresar la profundidad y el realismo en sus composiciones situando a las figuras a niveles diferentes y mostrándolas hacia atrás o hacia delante fuera del plano de superficie. Pausanias nos describe dos grandes composiciones de Polignoto en la *Lesche* (pórtico o galería) de los Cnidios en Delfos como la toma de Troya y el descenso de Ulises al Hades, cada uno de los cuales contenía más de setenta figuras. Hemos de contentarnos con algunos ecos de la pintura de esta época que han llegado hasta nosotros en las paredes interiores de las tumbas de Posidonia, como la escena del saltador que muestra a un individuo en pleno lanzamiento hacia

el vacío, con algunos detalles de ejecución que pueden remitir a las grandes creaciones originales de la época como su vitalidad y energía o el intento de expresar la profundidad. También encontramos ecos de la pintura en la decoración pictórica de algunos vasos de la época cuyos autores trataron de secundar las innovaciones de Polignoto, como una crátera itálica que representa a Odiseo y sus compañeros en el momento de cegar al Cíclope. De igual modo intentaron imitar a los escultores del período mediante el trazado de ropajes semitransparentes como los de las esculturas del Partenón, aunque a menudo con una cierta torpeza. La clase de vasos de carácter funerario denominados *lékuthoi* con fondo blanco constituyen también otro ejemplo de este intento de reflejar en la pintura y decoración de vasos los logros técnicos y artísticos conseguidos más plenamente en la pintura mural.

En la cerámica se impuso a lo largo del siglo V a. C. el estilo denominado «de figuras rojas». La invención de esta técnica que constituye la inversión del esquema anterior de figuras negras se llevó ya a cabo en la parte final del siglo anterior. Fue uno de los muchos experimentos que se hicieron durante este tiempo en el barrio de los ceramistas atenienses, pero resultó a la postre el más exitoso. Pintores del más alto calibre decoraron las superficies de los vasos. Algunos nombres han llegado hasta nosotros a través de las firmas de sus autores que aparecen inscritas sobre el mismo vaso. Otros son meras atribuciones al lugar donde han sido hallados o a la ciudad donde se encuentra el museo que los alberga en la actualidad. Se habla, así, del pintor de Berlín, del de Madrid, del pintor de Aquiles o del pintor de Pan, en función de los temas centrales de su obra. Los principales nombres son Eufronio, Eutímides, Macrón y Duris. Las

figuras quedaban del mismo color del fondo de la arcilla, se dibujaban los detalles con un pincel y el fondo se rellenaba de un negro vidriado.

4.2. Problemas fundamentales

4.2.1. El funcionamiento de la democracia

La valoración objetiva del sistema democrático de Atenas ha dividido a los estudiosos. Algunos han insistido en el hecho de que se tratase de una democracia directa que se ejercía mediante la participación activa de los ciudadanos en las instituciones. Otros, en cambio, han resaltado su carácter restrictivo, ya que la mayor parte de la población, prácticamente tres cuartos del total, compuesta por mujeres, metecos y esclavos, se hallaba excluida de la ciudadanía y se ha calculado que los ciudadanos con plenos derechos tan solo representarían unos cuarenta mil de los más de trescientos mil que vivían en el Ática. En esta misma línea se han señalado también otros factores esenciales que limitaban la participación efectiva de los propios ciudadanos en las instituciones, como la distancia de la ciudad, donde tenían lugar las asambleas, la disponibilidad de tiempo libre, pues aunque los cargos públicos comenzaron a remunerarse a partir de un momento dado, no así la asistencia a la asamblea, que implicaba una considerable pérdida de tiempo laboral efectivo para quienes dependían de su trabajo diario como forma de subsistencia, o la complejidad de algunos temas, que dejaba su discusión y gestión en manos de unos pocos expertos que acumulaban de esta forma crecientes parcelas de poder.

Otro aspecto a destacar de esta polémica es la influencia que las grandes familias y algunos individuos carismáticos siguieron ejerciendo a la hora de ocupar cargos y ganar elecciones, tanto a nivel local como de la propia polis, a pesar de todas las reformas realizadas, y en particular la de Clístenes. El sorteo de los cargos era, a veces, un procedimiento sujeto a manipulación en el que podían interferir factores como el soborno, la coacción o la simple influencia personal. La gran diferencia con los tiempos anteriores radicaba en que en estos momentos era preciso granjearse el favor de la mayoría, pero existían múltiples procedimientos para conseguir este objetivo, tal y como ha establecido el estudioso británico John Kenyon Davies, que considera tres tipos de dependencias mediante las que estos círculos de poder podían ejercer su influencia sobre la gran mayoría del cuerpo cívico. En primer lugar, en el ambiente cultual, ya que ciertas familias desempeñaban de forma hereditaria una especie de sacerdocio en algunos cultos locales y podían ejercer así su ascendiente. En segundo término a través del poder social que ejercían en las instituciones intermedias, como fratrías y tribus. Y por último, a través del poder de la riqueza, que se dejaba sentir en la estrecha dependencia de una buena parte de los pequeños campesinos del Ática con respecto a algunos importantes propietarios. No resultaba difícil, además, ganarse la gratitud y el consiguiente apoyo de un buen número de gentes. El también británico Peter John Rhodes ha señalado algunos de estos procedimientos, como convertirse en garante de quien había sido acusado o había tomado un contrato público, efectuar préstamos a quien los necesitaba, conseguir una cierta reputación mediante la actuación como árbitro de disputas, el simple hecho de conocer por sus nombres a la gente, o cualquier clase de gesto a

favor de la comunidad, como pagos para la construcción de edificios públicos o la aportación de ciertas contribuciones voluntarias en respuesta a una apelación especial.

Estos mecanismos de la vida comunitaria permitieron el dominio continuado de los grupos aristocráticos dentro de la vida política ateniense. La mayoría de sus componentes hicieron uso continuado de sus recursos para ganar influencia, prestigio y poder en cuotas y niveles que, normalmente, se hallaban vedados a individuos con escasos medios. Aunque durante la época de Pericles se extendió considerablemente la participación democrática, la «carrera política» resultaba mucho más corta y fácil para quien tenía a su favor riqueza, conexiones sociales o una posición destacada.

Un individuo solo podía empezar a ocupar cargos públicos a partir de los treinta años. Hasta entonces, podía ir adquiriendo una cierta experiencia en el ejercicio de cargos secundarios de los muchos que existían en la justicia o en las finanzas. Sin embargo, las mejores oportunidades se conseguían en el ejército. La reputación militar continuó siendo un elemento fundamental en el currículo de cualquier ciudadano que aspirase a desempeñar puestos de importancia. De hecho, el poder ejecutivo de la democracia residía en manos de los *estrategos,* que eran además los únicos que podían resultar reelegidos. Todos los demás cargos eran anuales y solo podían ser desempeñados dos veces a lo largo de la vida.

El Consejo de los quinientos, o *Bulé,* constituía un freno importante para el ejercicio de la plena soberanía de la asamblea. Su misión principal era la de preparar el trabajo de aquella sometiendo a su aprobación los decretos pertinentes. Sin embargo, sabemos que, en ocasiones, actuó de forma autónoma con pleno control sobre asuntos tan im-

portantes como la llegada y salida de embajadores extranjeros. Su poder y su influencia fueron creciendo gracias al desequilibrio notable que existía entre el número de reuniones de la *Bulé,* casi trescientas al año, y el más reducido de la asamblea, que podía alcanzar las cuarenta. Por último, la *Bulé,* por su composición social, fue un cuerpo selecto que llegó a desarrollar un cierto carácter elitista. Aunque tenía una función representativa dentro del sistema político ateniense (estaba compuesto por cincuenta miembros de cada una de las diez tribus, elegidos por sorteo entre los diferentes *démos* que componían cada una de ellas), sus miembros efectivos eran, en buena parte, políticos ricos y resueltos. Era, por tanto, factible que en su seno se crearan grupos de presión o dinastías políticas que, mediante los mecanismos indicados, podían perpetuarse en el poder durante años. Empezó a existir, además, una clase de políticos profesionales, los llamados *demagogos* (conductores o líderes del *démos),* que, gracias a su dominio de la oratoria y a su pericia técnica en determinados asuntos, como las leyes o las finanzas, adquirieron pronto un enorme poder entre la multitud a expensas de la asamblea. La complejidad de los asuntos hizo necesaria su presencia y de hecho ejercieron funciones valiosas y definidas, como las actividades fiscales, dentro de una maquinaria estatal que se hallaba casi enteramente en manos de aficionados (*amateurs,* en el sentido literal).

Otro aspecto negativo de la democracia ateniense que se ha destacado es su carácter imperialista. Estos dos términos, democracia e imperio, que parecen incompatibles en la mentalidad moderna, no lo fueron para los propios atenienses, para quienes el ejercicio de la libertad implicaba tan solo su libre capacidad de acción sin importar que estas

acciones implicasen el sometimiento a la hegemonía propia. No debemos olvidar que nuestra noción de libertad, que conlleva la reciprocidad absoluta en la acción, proviene de la Revolución francesa y, por tanto, no resulta aplicable a la mentalidad griega. Como señaló en su día el estudioso francés Pierre Levêque, «la democracia ateniense era imperialista no por accidente sino por esencia. Su principal objetivo era el de asegurar una vida decente a los ciudadanos, incluso a los menos favorecidos». Para ello, Atenas necesitaba disponer de grandes recursos que solo le podía proporcionar la posesión de un imperio. La mayoría de los atenienses compartía además la opinión de que su imperio estaba plenamente justificado y era lógico esperar que los aliados financiaran con el tributo su sistema, pues no en vano habían sido los atenienses los que habían luchado por la libertad y autonomía de los griegos contra los persas.

Sin duda, la democracia ateniense presentaba importantes limitaciones y acabó generando, además, un cierto carácter absentista entre los ciudadanos, que dejaron el control de las instituciones en manos de profesionales y desocupados. Algunos estudiosos destacados como el norteamericano Moses Finley consideran que a pesar de todos los posibles defectos, el balance general del sistema fue necesariamente satisfactorio. Por primera vez en la historia, un pueblo se hacía cargo de su propio destino mediante una experiencia que facilitaba el paso de todos los ciudadanos por alguno de los muchos cargos públicos existentes. A lo largo de sus vidas, la mayoría de los atenienses podía tener la doble experiencia de ejercer el poder y obedecer a sus dictados. A la cabeza del estado ateniense estaba la asamblea y por encima de ella no existía ninguna otra cabeza visible. La representación efectiva del estado la desempeñaba el cuerpo de

los PRÍTANOS, formado por los cincuenta miembros de cada tribu que se iban turnando a lo largo del año en el desempeño de esta función. Un elemento esencial en el éxito pragmático de la democracia ateniense fue el sentido comunitario, reforzado por la religión con sus mitos y tradiciones. Una experiencia política plena en el mejor sentido de la palabra que, con sus muchos defectos y limitaciones, tuvo el valor de constituirse en ejemplo y modelo histórico, difícil de trasladar a otros contextos pero rico en toda clase de enseñanzas.

Otros, en cambio, son mucho menos optimistas y consideran que las limitaciones humanas, el amateurismo general de los cargos e instituciones, la ineficacia y el abuso que se puso de manifiesto en algunas decisiones clave, la contundencia demostrada en el ejercicio del imperio, así como otros defectos ya señalados en la propia Antigüedad por los críticos del sistema, ofrecen una perspectiva mucho menos favorable.

4.2.2. La condición femenina en la mentalidad griega

A la hora de considerar la visión que los griegos tenían de la condición femenina es importante adoptar una clara perspectiva histórica que evite de entrada algunas consideraciones de carácter anacrónico. No hemos de olvidar, en efecto, que la posición de la mujer en todas las sociedades arcaicas se veía altamente condicionada por su posición «pasiva» a la hora de proceder a la defensa de la comunidad frente a cualquier tipo de agresión exterior. La guerra era solo cosa de hombres, como le recuerda Héctor a su esposa Andrómaca en la célebre escena de despedida que encontramos en el

canto VI de la *Ilíada,* y para las mujeres quedaban reservadas las labores del hogar y la tutela de los hijos. No en vano, la mujer formaba parte integral del botín de guerra de los vencedores, tal y como puede apreciarse también en el mismo poema homérico. Es la obligada cesión de la cautiva de Aquiles a Agamenón la que origina la cólera del héroe contra los aqueos y su rey, proporcionando de esta forma el *leitmotiv* a toda la trama sucesiva de la historia.

En todas las culturas ha existido, además, una cierta tradición popular de carácter misógino que aparece reflejada en refranes, canciones, fábulas o parodias locales. En este sentido, la cultura griega no constituye ninguna excepción a la regla y ofrece la misma gama de motivos dentro de este ámbito. La cultura griega, como casi todas, era obra de varones y, por tanto, lo que ha llegado hasta nosotros traducido en su literatura y arte es precisamente el universo mental masculino. De hecho, ni siquiera cuando en la literatura griega aparecen alegatos de protesta en defensa de la condición femenina, como el discurso de Medea en la tragedia de Eurípides, tenemos la completa seguridad de que constituyan un fiel reflejo de la postura de las mujeres de la época y no se trate más bien de la representación muy particular que los hombres se hacían de aquella. En este sentido, resulta llamativa la tradición que nos presenta a Eurípides como un personaje algo misógino que tuvo repetidos problemas con el sexo opuesto a lo largo de su vida.

Un hecho incuestionable es que hombres y mujeres llevaban vidas separadas por completo que solamente confluían en determinadas ocasiones muy señaladas. Las mujeres se hallaban excluidas de algunas actividades sociales como el banquete y no era frecuente que acudieran al ágora, donde los hombres solían encontrarse para realizar las compras

del día o simplemente para charlar entre sí. La actividad política, otro polo de atracción de la vida comunitaria griega, era también un campo reservado en exclusiva a los hombres. Por el contrario, las mujeres celebraban cultos y festivales a los que los varones no tenían acceso y pasaban las horas del día reunidas en el *gineceo* o en lugares muy determinados, como el lavadero o el telar, donde realizaban algunas de las actividades principales que les estaban encomendadas. No podemos deducir a partir de esta situación la existencia de un sentimiento de frustración extendido entre las mujeres, ya que ni contamos con testimonios que nos permitan proceder de este modo ni, seguramente, las mujeres griegas tenían las expectativas inconclusas que pudieran alentar dicha sensación. Por el contrario, la impresión que se desprende de ciertas escenas de *gineceo* o de otra clase que aparecen representadas en la pintura de los vasos es la de un ambiente relajado e indiferente a las tensiones cotidianas que generaba el mundo de los hombres. Esa misma impresión se desprende también de los escasos testimonios propiamente femeninos con que contamos, como los poemas de Safo de Lesbos, en cuyo universo afectivo los hombres no parecen ocupar un lugar muy relevante.

Tampoco sabemos gran cosa de la situación de la mujer en la mayoría de las ciudades griegas con excepción de Atenas, a la que se refieren la mayoría de nuestras fuentes de información. Dentro de la sociedad ateniense se detecta una cierta preocupación masculina por la defensa de su honor personal que impulsaba a la estrecha vigilancia de la mujer y su reclusión en ámbitos propios inaccesibles a los varones. Cuando la mujer alcanzaba su período de madurez sexual, los padres acordaban el matrimonio y evitaban de esta forma riesgos innecesarios traspasando además la

responsabilidad de velar por el honor hacia el marido. Las parejas estaban claramente descompensadas a la vista de la gran diferencia de edad que separaba a los cónyuges, con un marido ya entrado en los treinta, curtido en todas las lides de la vida, y una esposa completamente inexperta en el terreno sexual ya que acababa de acceder a la pubertad con apenas catorce años. Eran más que previsibles las diferencias emocionales, sentimentales y de actitud entre unos y otras, por lo que este lapso generacional ahondó todavía más el abismo que ya separaba el mundo masculino del femenino.

Existía también el sistema de dote que actuaba a modo de chantaje moral preventivo sobre la conducta de las jóvenes núbiles. Una buena dote significaba de hecho la posibilidad de un buen matrimonio, por lo que actuaba a la manera en la que las herencias lo hacían sobre los jóvenes herederos, ejerciendo un control efectivo sobre su conducta hasta que llegaba el momento de recibir el legado. Por fin, las mujeres quedaban por lo general confinadas en el hogar, como ya se ha dicho, y sus salidas al exterior se veían reducidas a las actividades tradicionales que les estaban encomendadas. Ciertamente, esta evidencia se refiere sobre todo a las mujeres del sector social que podríamos catalogar como clase media, el estrato mayoritario de la sociedad ateniense. Sin embargo, tanto por arriba como por abajo de esta escala social, los muy ricos y los que carecían de recursos, estas normas quedaban supeditadas a la conveniencia o a la necesidad de sobrevivir.

Estas normas sociales reflejan la existencia de un sentimiento de recelo y desconfianza por parte del varón ateniense con respecto a la mujer, dado que parece que en todo momento podía esperarse lo peor de su parte. Sin em-

bargo, no era solo el resultado de un sentimiento de superioridad masculina frente al sexo opuesto que confrontaba la fortaleza y actividad del varón con la debilidad y pasividad de la mujer. Se trataba también de la enorme desconfianza del varón hacia el poder sexual que se atribuía a las mujeres, capaces de ejercer la seducción sin ninguna posibilidad de defensa masculina ante los atractivos femeninos. Algunas anécdotas míticas hacen referencia claramente a este desmedido e incontrolable poder sexual de la mujer, como la seducción de Zeus por Hera con el fin de distraerle de la acción de guerra y poder ejecutar sus planes con más libertad, o el mito de Tiresias que, como personaje hermafrodita, era capaz de valorar adecuadamente el poder sexual respectivo de unos y otras. Tiresias, fue elegido como árbitro en el debate conyugal entre Zeus y Hera acerca de la cuestión de si el hombre o la mujer obtenía mayor placer en el acto amoroso. Tiresias desveló así el secreto femenino tras afirmar que de cada diez partes, la mujer conseguía nueve y como consecuencia fue castigado con la ceguera por Hera.

Este exceso en el disfrute de la sexualidad por parte de la mujer no constituye una cualidad si tenemos en cuenta el lugar destacado que ocupaba la moderación entre las virtudes griegas. Así, en una de las comedias de Aristófanes, en un diálogo entre el razonamiento justo y el injusto, se menciona que Peleo, el padre de Aquiles, fue abandonado por Tetis cuando comprobó que no era *hubristés* (que habría que entender en este contexto como «lujurioso») y no estaba por tanto dispuesto a pasar toda la noche en la cama.

Este temor casi atávico a la condición femenina queda también bien ilustrado en el mito de las Amazonas, las célebres mujeres guerreras que representaban para los grie-

gos la imagen invertida de la sociedad normal, con todos los riesgos que ello entrañaba. Las Amazonas se dedicaban por completo a la guerra, montaban a caballo y tiraban con arco. Su relación con el varón quedaba reducida al momento puntual de tener que procrear la especie, e incluso se exponía a los niños varones. Constituían así un serio desafío a las funciones específicas como madres y esposas que la mujer tenía encomendadas en la sociedad griega, y se convertían en seres temibles que llegaban incluso a devorar carne humana, según nos cuenta Esquilo. Su amputación de uno de los dos pechos, que dio lugar a la falsa etimología de su nombre *ámazon* (sin pecho), desafiaba también tanto la función materna como los criterios de belleza femenina establecidos por el hombre. Se las situaba en los confines del orbe habitado, junto al río Termodonte, en la costa septentrional de Asia Menor, si bien el avance progresivo de los conocimientos geográficos provocó su desplazamiento posterior hacia Oriente, donde las habría encontrado Alejandro Magno, en los confines nororientales de Asia, más allá del río Yaxartes (actual Sir Daria).

Dentro del programa iconográfico griego que aparece por ejemplo representado en el Partenón, las Amazonas compartían espacio con otros seres monstruosos, como los gigantes y los centauros, que suponían una seria amenaza para la civilización como fuerzas del caos y el desorden. Los principales héroes griegos como Heracles, Aquiles o Teseo tuvieron que combatir contra ellas y su victoria representa un cierto poder de sumisión sexual si tenemos en cuenta que Heracles consiguió el cinturón de Hipólita, que era el símbolo de la virginidad femenina, que Teseo raptó a Antíope, lo que constituía un procedimiento habitual de matrimonio, por ejemplo, entre los espartanos, y que Aquiles

se sintió terriblemente injuriado por Tersites cuando este difundió por todas partes que el héroe se había enamorado de Pentesilea y le mató por ello.

Esta concepción negativa de la condición femenina se expresa también a través de otros aspectos como la sublimación de la virginidad en diosas como Atenea, Hestia o Ártemis, una tradición que continuaría después en el mundo griego en la particular devoción popular hacia la Virgen María. Una explicación posible sería el intento por encontrar una figura femenina que permitiera satisfacer ciertas necesidades afectivas fundamentales sin el riesgo de quedar expuesto a las tentaciones y peligros que entrañaba la sexualidad femenina. La figura de Atenea presenta en este sentido rasgos inequívocos. Nacida de la cabeza de Zeus, no tenía madre real, muestra continuamente una apariencia masculina y aparece constantemente ocupada en las acciones de guerra. Manifestaba además una descarada preferencia por el varón, tal y como demuestra al inclinarse a favor de Orestes a pesar de que había matado a su madre, y aparece continuamente como la protectora infatigable de los principales héroes griegos. Pueden interpretarse también en esta línea la extraña idea de conseguir perpetuar la especie por otros procedimientos, que se expresa en el *Hipólito* de Eurípides y que volvemos a encontrar de nuevo en el *Paraíso perdido* de Milton.

Este temor hacia la condición femenina se encuentra también reflejado en la tipología de la mujer del poema de Semónides de Amorgos, que establece una ecuación entre una buena esposa y la abeja, dado que se creía que dicho insecto mostraba una absoluta indiferencia hacia el sexo, hasta el punto que llegaba a atacar a los que utilizaban perfumes, que constituyen un símbolo evidente de incita-

ción a la sexualidad. De hecho, la palabra *mélissa* (abeja) fue utilizada por los filósofos neoplatónicos para designar a las almas puras.

A pesar de todo este bagaje, sin embargo, pudo haber existido también una valoración positiva de la condición femenina, si bien siempre en clave masculina y como resultado de su apoyo a los valores fundamentales establecidos por el hombre. Esta actitud se puede percibir en la galería de mujeres heroicas que desfilan en el tratado de Plutarco *Acerca de las virtudes de las mujeres,* donde se recogen, seguramente, materiales de épocas precedentes. Incluso una personalidad tan poco proclive al sexo femenino como pudo haber sido Platón creó la sorprendente figura de Diótima, la mujer sabia que comparte, aunque sea momentáneamente, escena con los personajes masculinos de sus diálogos. Una posición, por tanto, la de la mujer y la condición femenina dentro de la mentalidad griega, difícil de dirimir del todo y de aceptar en sus términos por una sensibilidad y unos valores que han experimentado una evolución radical desde entonces hasta nuestros días.

4.2.3. Crisis moral y revolución intelectual

Como señaló en su día Pierre Levêque, «la guerra del Peloponeso desquició todas las estructuras». Los cambios que provocó en todos los terrenos fueron ciertamente considerables. Muchos campesinos se arruinaron definitivamente con las destrucciones sucesivas a que los espartanos sometieron anualmente los campos del Ática y la emigración forzada hacia la ciudad se convirtió para muchos en un hecho ya irreversible. Fue precisamente en estos momentos cuan-

do se produjo un cierto desequilibrio entre la población de la ciudad y la del campo poniendo en entredicho uno de los pilares de la polis. La pérdida de vidas humanas fue también considerable dada la diferencia de la guerra del Peloponeso con las anteriores, en las que el vencedor solía contentarse con la puesta en fuga del vencido y la captura del botín de guerra. En esta ocasión, sin embargo, los combates fueron especialmente virulentos y sanguinarios, ya que el objetivo que se perseguía era la aniquilación física del rival y su ruina definitiva. El hundimiento moral ocasionado por la peste que asoló Atenas no hizo sino aumentar con la derrota decisiva del 404 a. C. y la imposición consiguiente de un régimen oligárquico bajo la supervisión espartana. El espíritu cívico, que desde Pisístrato se había ido imponiendo con fuerza en Atenas, decayó de forma espectacular a favor de intereses individualistas que solo buscaban el beneficio y la salvación personal en perjuicio de los intereses públicos.

Estas profundas perturbaciones sociales tuvieron también algunos efectos menos negativos, como el hecho de que se produjera una cierta emancipación de la mujer, obligada por las necesidades de la guerra a adoptar un nuevo protagonismo social, que condujo por ejemplo a una intensificación de los sentimientos familiares. La sumisión total del ciudadano a los intereses comunes de la ciudad dio paso a nuevas preocupaciones de carácter más personal que derivaron en importantes reflexiones de carácter literario o filosófico. Por muchos motivos, este final del siglo V a. C. presenta una imagen de Atenas bien diferente de la de la edad de Pericles, pero no menos interesante, debido a la trascendencia y vigor de los resultados intelectuales que se alcanzaron en estos momentos.

El MOVIMIENTO SOFISTA constituye un fenómeno representativo de los nuevos tiempos y a la vez fue también una de sus causas. Los sofistas eran, por lo general, una especie de maestros-conferenciantes profesionales que impartían sus enseñanzas a cambio de una buena remuneración a todos aquellos que las solicitaban y podían costearlas. Su público habitual eran los jóvenes aristócratas deseosos de novedades y de acción, a quienes las enseñanzas sofísticas proporcionaron un importante instrumento para sus objetivos políticos como la técnica de la persuasión, sin importar los fines perseguidos con ella. Eran, en efecto, maestros de retórica que enseñaban las artes del discurso y la capacidad de manipular hábilmente cualquier clase de argumentos. Su pensamiento fue dispar y tan solo algunos rasgos generales los caracterizan como conjunto. Así, intentaron basar su pensamiento y su acción en la razón humana como único fundamento y establecieron una distinción básica entre la naturaleza *(phúsis)* y la ley *(nómos)*. El carácter puramente convencional de las leyes basadas en la costumbre permitía así su transgresión sin ningún tipo de escrúpulos. El resultado de este relativismo moral fue el surgimiento de individuos cínicos y escépticos capaces de poner en entredicho todas las normas, socavando de esta forma los fundamentos sobre los que se había asentado la sociedad griega desde los inicios de la época arcaica. Esta faceta explica la hostilidad hacia ellos en muchas capas de la sociedad y los ataques y burlas de que fueron objeto en la comedia. Sus intereses variaron de unos sofistas a otros, desde la física y la biología hasta la lógica y la ética. Sin embargo, el interés principal de sus discípulos era conseguir el predominio político en la asamblea o en los tribunales mediante el uso de la habilidad retórica. En una sociedad

como la ateniense en la que la capacidad de persuasión tenía tanta importancia, el arma empleada por los sofistas les convirtió en un verdadero peligro para las instituciones.

PROTÁGORAS de Abdera fue el más famoso de los sofistas, que proclamaba la relatividad de todo conocimiento, traducida en la frase «el hombre es la medida de todas las cosas», una actitud agnóstica hacia los dioses, y enseñaba la forma de conseguir el triunfo mediante la gestión práctica de los asuntos públicos y privados. Otra figura importante fue GORGÍAS de Leontinos, que sostenía también una postura escéptica y deslumbró a los atenienses con la brillantez y novedad de su estilo retórico. Fijo también las reglas del discurso. Otros representantes del movimiento sofista fueron también PRÓDICO de Ceos, un estudioso de la lengua, HIPIAS de Élide, un geómetra, o figuras más polémicas como ANTIFONTE y CALICLES, que defendieron la doctrina del triunfo natural del más fuerte.

Una de las figuras más curiosas y singulares de estos momentos fue, sin lugar a dudas, SÓCRATES. A pesar de que se le conoce como uno de los más célebres filósofos, no llegó nunca a escribir una sola línea. La información sobre su pensamiento y sus actitudes nos ha llegado a través del testimonio de sus dos grandes discípulos, Platón y Jenofonte. Sócrates ejerció una profunda influencia sobre Platón, hasta el punto de que toda su vida estuvo marcada por la experiencia de su maestro. Jenofonte, sin embargo, era un personaje mucho más banal y su recuerdo de Sócrates aparece algo más desdibujado, ya que no dejó en él una impronta tan duradera. La popularidad de Sócrates en Atenas debió de ser considerable a juzgar por las burlas de que fue objeto en la comedia, especialmente por parte de Aristófanes, que lo identificaba groseramente con los sofistas y

lo representaba como uno más de ellos. Participó activamente en la vida pública ateniense ya que combatió en lugares tan decisivos como Potidea y Delión, durante la guerra del Peloponeso, y formó parte del jurado popular que condenó a muerte a los generales vencedores en la batalla de Arginusas, y fue uno de los pocos que votó su absolución. Fue acusado de corromper a los jóvenes y de no creer en los dioses de la ciudad y condenado a muerte. Conservó su coherencia vital hasta el final de su vida al aceptar la decisión del tribunal sin inmutarse, ante la desesperación de sus discípulos, que habían sobornado al guardián para que le dejase escapar de la cárcel.

Sócrates recorría las calles de Atenas y dialogaba con sus conciudadanos, a los que sometía a un interrogatorio muy particular. Dejaba a su interlocutor sumido en la *aporía* (incertidumbre o falta de salida) y trataba de poner de manifiesto su inseguridad y falta de convicción en las creencias y opiniones más corrientes. Afirmaba que su función en la sociedad era ayudar a que la verdad interior que todo hombre lleva dentro de sí saliera a la luz, tal y como hacía su madre, que era comadrona. Se le ha asociado a veces con los grandes reveladores de doctrinas, pero a diferencia de ellos, Sócrates no pretendía salvar al hombre en general, sino a cada individuo en particular. Su interés central por el hombre, a diferencia de los primeros filósofos jonios, constituye quizá su rasgo más sobresaliente. En su curiosa actividad, hay, como señaló en su día el filósofo francés George Bastide, una incitación a la vida del espíritu, un intento por hacer reflexionar a cada uno de los ciudadanos de Atenas, despertándoles de su somnolencia habitual, motivo por el que el mismo Sócrates se hacía comparar con el tábano. Su condena a muerte refleja las inquietudes en las que se debatía

Atenas en aquellos cruciales momentos. Las nuevas creencias y actitudes de carácter personal e individualista, que echaban por tierra el viejo ideal de la polis y ponían en entredicho todos los valores de la comunidad, eran percibidas como una grave amenaza para la supervivencia de las instituciones democráticas. Sócrates fue elegido como chivo expiatorio de unas tendencias de las que él mismo abominaba, pero con las que fue identificado de forma errónea gracias a la incansable labor crítica de los cómicos. Su fuerte personalidad, inquebrantable, y su genialidad debieron de constituir de cualquier forma una seria provocación para quienes seguían creyendo en la sumisión total del individuo a los dictados de la comunidad.

Uno de los ámbitos más afectados por la crisis moral fue, sin duda, el de la religión tradicional de la polis. Un sentimiento de escepticismo sobre el culto a las divinidades protectoras empezó a difundirse entre la gente ante la creencia, cada vez más generalizada, de que los desastres del momento ponían de manifiesto un cierto distanciamiento de la divinidad. Este espíritu escéptico se deja sentir en los sofistas y en las obras de Eurípides. En consecuencia, surgieron con mayor fuerza ciertas corrientes religiosas que abogaban por un contacto personal más intenso con la divinidad como forma de conseguir la salvación individual. La polis como tal ya no proporcionaba esa sensación protectora de cohesión social, que arropaba al individuo y le hacía sentirse miembro de un colectivo a través de su participación en las brillantes ceremonias cívicas. Además, las críticas a la religión tradicional por parte de los sofistas y, en general, por todo el movimiento intelectual de estos momentos minaron de forma decisiva todo el entramado en que se basaba la polis. Los cultos que ahora se impusieron tenían, por tanto, una

estrecha relación con el individuo y con sus posibilidades de salvación personal.

Uno de los cultos que alcanzó mayor difusión fue el de ASCLEPIO, el dios de la medicina. En la propia Atenas se le dedicó un santuario al pie de la acrópolis. Sin embargo, su centro de culto más importante, Epidauro, que en el siglo siguiente se llenó de hermosas construcciones, como el teatro, el mejor, sin duda, de los que se han conservado. Asclepio era la representación del dios bienhechor que se compadecía de las miserias humanas y asistía y consolaba a los hombres en sus tribulaciones y enfermedades. La mayoría prefería acudir a dioses menores, pero más cercanos a su corazón, que a las grandes divinidades cívicas. En medio de este ambiente de inseguridad colectiva, podemos interpretar algunos acontecimientos como el proceso de Sócrates por ateísmo o la reacción contra Alcibíades por la profanación de los misterios de Eleusis, o incluso la histeria colectiva que precedió a la expedición ateniense contra Sicilia por la mutilación de los *hermas*. El proceso que abría el camino de las religiones orientales hacia el mundo griego, con sus dosis de superstición, astrología y misticismo, comenzaba a ponerse en marcha. Su culminación llegaría a lo largo de la época helenística.

4.2.4. La pervivencia de la aristocracia

Uno de los aspectos más llamativos de este momento es la pervivencia del código de valores aristocráticos durante la democracia ateniense. El estilo de vida competitivo entre las clases dirigentes se mantuvo en vigor y el sistema democrático no hizo más que trasladar el escenario de competi-

ción al ámbito político, en la asamblea y los jurados populares, por conseguir el apoyo de la mayoría y recibir el reconocimiento de la comunidad a través de la concesión de determinados honores, como la *proedría,* que otorgaba la posibilidad de ocupar las primeras filas del teatro a la vista de todos, o la exhibición del triunfo en un certamen dramático mediante la erección de un monumento conmemorativo.

Los miembros de las grandes familias aristocráticas de Atenas continuaron, sin duda, dirigiendo los destinos de la ciudad aun a pesar de la consolidación del sistema democrático. Su posesión de la tierra, que constituía la base principal y a veces exclusiva de su riqueza, les concedía unos determinados privilegios y la posibilidad de establecer una red de clientelas en el seno de las cuales ejercían su influencia. Este tipo de relaciones de dependencia política y social se hizo sentir no solo en los niveles de la política local, sino también en el más alto nivel comunitario de la polis. Su monopolio de determinadas funciones, como el desempeño de las *liturgías,* que no siempre eran consideradas una carga, aupaba también a sus miembros al primer plano de la sociedad. Las acciones militares de renombre, que eran origen de prestigio social, fueron también llevadas a cabo por los miembros de las clases dirigentes, ya que eran ellos los que desempeñaban los cargos de la *estrategia.* El triunfo colectivo de la armada, en la que participaban de forma activa las clases bajas de la población, era siempre, por necesidad, algo mucho más gris y difuminado que escapaba a la gloria personal.

La pervivencia del código de valores aristocrático y de su forma de vida se expresa en la continuidad de la importancia que se concedía a la victoria en los juegos, que seguía

siendo todavía en este período un motivo de prestigio personal. Los poemas compuestos en honor de los vencedores por poetas como Píndaro o Baquílides ilustran bien este aspecto, ya que elogiaban a los triunfadores y equiparaban su gloria a la de los grandes héroes del pasado, con los que llegaba a establecer en algunos momentos un cierto paralelismo. Píndaro compuso poemas en honor de los vencedores en los cuatro grandes juegos, los de Olimpia, los de Delfos, los del Istmo de Corinto y los de Nemea. Aunque era de origen tebano, sintió una profunda admiración por Atenas y compuso poemas laudatorios al servicio de numerosos aristócratas de todas las regiones del mundo griego. Parece que se le erigió una estatua en el ágora de Atenas después de su muerte, lo que indica la popularidad de una obra como la suya, dedicada por completo al elogio de los valores aristocráticos en un período como este de predominio de la democracia. Poseía un extraordinario dominio de las técnicas poéticas y alcanzó en sus poemas un elevado nivel de perfeccionismo formal. Supo combinar acertadamente aspectos como la alabanza de la persona y de la patria del vencedor con la exaltación de su propio arte, que hacía inmortales a quienes eran objeto de sus cantos, y el relato mítico que reforzaba unos y otros.

Baquílides compuso la misma clase de poesía que Píndaro, pero sus obras carecen de la profundidad y de la brillantez imaginativa del poeta tebano. Una parte importante de su obra ha llegado hasta nosotros a través de los papiros. Destaca sobre todo un *ditirambo* que presenta el diálogo entre el jefe del coro y el resto de la formación.

La expresión con la que se autodesignaban los miembros de la aristocracia era *kaloikagathoí* (literalmente los «bellos y buenos»), que representaba un nuevo predicado de exce-

lencia. El segundo término ya había tenido antes un matiz ético y político, pero el primero de ellos no había desarrollado con anterioridad ningún tipo de referencia a una clase social determinada. La expresión que combinaba los dos términos surgió en el siglo V a. C. como forma de designación de un valor social, pero llegó a ser también indicativa de una excelencia cívica general que en algún caso pudo haberse aplicado también a atenienses que no eran de orígenes aristocráticos. Ello nos da una idea de la evolución sufrida por esta clase de valores desde el ámbito de la individualidad arcaica hasta el universo más colectivo de la polis democrática, percibida esta también desde un punto de vista aristocrático. Como ha señalado Robin Seager, a través de un proceso elaborado y sutil la democracia adoptó el lenguaje aristocrático del triunfo individual y redefinió sus conceptos clave de una forma consecuente con el principio fundamental de la supremacía de la ciudad. Aunque en un principio era patrimonio de un grupo social reducido, más tarde fue difundiéndose a través de la escala social transformando un código de valores y unos modos de vida que acabaron por definir perfectamente a toda la cultura griega en general.

4.3. Las fuentes

4.3.1. Una perspectiva general

Para el estudio de la época clásica contamos sobre todo con el testimonio de los dos grandes historiadores contemporáneos del momento, Heródoto y Tucídides. El primero cubre la primera parte del período, cuando tuvo lugar el conflicto con los persas, que se convirtió en el tema principal

de sus *Historias*. El segundo se ocupa, en cambio, en su relato de la última parte del siglo V a. C., ya que eligió como tema central de su historia la guerra del Peloponeso. Sin embargo, no tenemos una narración secuenciada de la parte central del siglo, justamente el período de entreguerras en el que se produjo el engrandecimiento de Atenas tras la victoria contra los persas y suscitó los temores y recelos de Esparta que conducirían de forma irremediable a la guerra del Peloponeso.

Toda nuestra evidencia se concentra además, de manera casi abrumadora, sobre Atenas, ya que la mayor parte de los testimonios epigráficos y de los hallazgos arqueológicos pertenecen a este ámbito. La historia del resto de las ciudades griegas queda más bien en penumbra dada la falta de testimonios al respecto. La propia Esparta suscitó la atención de los escritores atenienses solo por haber sido el enemigo principal de Atenas a lo largo de todo este período y, más tarde, por la atracción que despertó su sistema de gobierno entre algunos intelectuales atenienses contrarios a la democracia.

Atenas se convirtió además en el centro de producción de una serie de formas y géneros literarios que nos proporcionan también una cantidad considerable de información, como el teatro, en el que aparecen reflejadas algunas de las actitudes y preocupaciones que afectaban al ciudadano común, o los discursos pronunciados ante la asamblea o los tribunales. En la comedia, por ejemplo, se satirizaban y parodiaban personalidades políticas concretas y algunas de las tendencias de moda como el movimiento sofista o el deterioro creciente de la vida pública a todos los niveles. Respecto a la oratoria, aunque los ejemplos más ilustres pertenecen al siglo siguiente, algunos ecos literarios como el

discurso fúnebre de Tucídides nos permiten hacernos una idea de la riqueza y complejidad de este género en el desarrollo político y judicial de la vida ateniense de aquellos momentos. Esta literatura contemporánea tiene también sus limitaciones, como las convenciones del género que introducían ciertas distorsiones, como la parodia exagerada en la comedia o el objetivo de convencer al tribunal con toda clase de subterfugios retóricos en la oratoria. Hay que contar también con la parcialidad de sus autores, que se hallaban directa y apasionadamente implicados en la dinámica política y social del momento.

El predominio de la vida pública en Atenas, que el sistema democrático contribuyó a potenciar, produjo una cantidad enorme de documentos en forma de inscripciones sobre piedra o sobre otro tipo de materiales como el papiro o la madera que se han perdido de manera irremediable debido a su carácter perecedero. Este tipo de documentos comenzó a abundar sobre todo a partir del año 460 a. C. Se han conservado sin embargo algunos de los que fueron grabados en piedra y fueron luego exhibidos al público en el ágora o en los recintos sagrados de los santuarios. Tenemos así a nuestra disposición listas de magistrados que permiten establecer ciertas precisiones en la cronología, listas de tributos que nos dejan entrever en alguna medida la complejidad del sistema de financiación del estamento democrático, inventarios de construcciones públicas como los templos que nos revelan algunas condiciones de la fuerza de trabajo empleada y su coste, y un sinfín de dedicatorias e inscripciones de carácter conmemorativo que ilustran las numerosas facetas de la vida pública ateniense a lo largo de toda esta época. Al mismo tiempo, gracias al lenguaje altamente estandarizado que utilizan, podemos hacernos una idea de

cómo se llevaban los asuntos públicos en Atenas y qué tipo de temas eran considerados lo suficientemente importantes para que quedaran registrados en piedra como testimonio imperecedero.

Atenas ha sido también privilegiada en el terreno arqueológico por la calidad y cantidad de los hallazgos. Las excavaciones del ágora han proporcionado una serie de materiales que ilustran a la perfección algunos de los procedimientos que regían la vida política y judicial de los atenienses. Tenemos, así, ejemplos concretos de clepsidras, una especie de relojes de agua que servían para delimitar el tiempo de intervención de los oradores en la asamblea, numerosos ejemplares de *óstraca,* los trozos de cerámica utilizados para votar en contra de un personaje impopular, o los restos de un *klerotérion,* un instrumento para elegir a los jueces que consistía en un tubo vertical colocado junto a una serie de filas con ranuras en las que se insertaban las tablillas con los nombres de los individuos que salían elegidos si la fila de sus nombres coincidía con una bola blanca de las que se introducían al azar por el tubo. Poseemos también una gran cantidad de *graffiti* inscritos por doquier que nos acercan a los pormenores de la vida cotidiana, recipientes para medir líquidos, pesos y medidas que nos ilustran sobre la pujante vida económica de la ciudad y una serie de utensilios diversos como sandalias, peines, objetos de tocador, herramientas, adornos, juguetes y hasta una sillita de niño hecha de cerámica que nos ponen en contacto directo con la vida cotidiana ateniense. Contamos también con la evidencia procedente de una serie de complejos de edificios en el ágora que nos permiten reconstruir de manera fiable el ambiente y el escenario principal del centro de actividad de la Atenas de entonces.

Sin embargo no solo la vida urbana de Atenas ha sido objeto del estudio arqueológico. Recientes estudios como los que se han llevado a cabo en regiones tan diversas como Etolia, Beocia o el Ática, han puesto también de manifiesto las condiciones de vida en el medio rural, la distribución de la población en los asentamientos agrícolas o las características del paisaje rural. Las nuevas tendencias de esta disciplina han irrumpido también en el campo de la arqueología clásica. Así, los denominados «artefactos» se han convertido en un testimonio importante que ilustra determinados aspectos sociales, religiosos o ideológicos del mundo griego. Los intentos por comprender la estructura social ateniense a partir del modo en que los vasos cerámicos eran depositados en las tumbas, los santuarios y las casas, o la propuesta de explicar la forma y decoración de los pequeños vasos de figuras rojas a la luz de la mitología ateniense constituyen algunos ejemplos de esta tendencia. Se abren así nuevas perspectivas para una mejor comprensión de muchos aspectos materiales de la cultura griega y de la función y significado de numerosos objetos dentro de ella.

4.3.2. Heródoto y su historia de las guerras persas

El testimonio de Heródoto constituye nuestra principal fuente de información acerca del conflicto con los persas. Heródoto, a pesar de que había nacido en Halicarnaso, en el sur de Asia Menor, vivió largo tiempo en Atenas y escribió allí una parte de su obra. No era, por tanto un testimonio imparcial y objetivo de los hechos dados los vínculos sentimentales y afectivos que le unían a Atenas. Enfocó así su atención preferente sobre la actuación ateniense en la

guerra y resaltó su papel determinante en la victoria final. Juzgó la actuación de las demás ciudades en el conflicto desde la perspectiva ateniense o al menos estuvo muy condicionado por ella en función de la actitud favorable u hostil que tenían hacia Atenas. Elaboró su relato desde una perspectiva épica que convertía a los principales protagonistas en héroes que se elevaban así por encima del resto de los personajes. Su configuración narrativa de la historia se hallaba también condicionada por sus pretensiones literarias, que le conducían a presentar los acontecimientos en un orden determinado con el fin de cumplir los objetivos que se había trazado al inicio de su obra:

> que el tiempo no borre los hechos de los hombres y para que las grandes hazañas realizadas bien por los griegos o por los bárbaros no caigan en el olvido.

Esto le llevó a hacer coincidir en el tiempo a una serie de personajes y acontecimientos que habían actuado o sucedido en momentos diferentes de la historia. Los aspectos narrativos imperaban sobre cualquier clase de consideraciones de tipo histórico.

Su historia refleja también un punto de vista predominantemente griego que ignora en buena medida las circunstancias y vicisitudes del bando contrario. Se hizo inevitablemente eco de la propaganda política de los vencedores, que buscaba magnificar su victoria y enaltecer las dimensiones épicas del conflicto. Como hombre de su tiempo, en su obra aparece también reflejada la dicotomía ideológica entre griegos y bárbaros que alcanzó su elaboración conceptual durante este período con el triunfo sobre los persas que parecía corroborar la superioridad natural de la forma de vida

griega sobre la de sus enemigos. Una bipartición política y moral del mundo entre libertad y despotismo, orgullo cívico y servidumbre, civilización y barbarie que marcaría la óptica griega de la percepción del mundo al menos hasta el período helenístico.

A pesar de todos estos condicionantes, su visión del conflicto entre griegos y persas puede calificarse de equilibrada, ya que no dudó en destacar el valor de los persas en el combate o las condiciones inadecuadas de su indumentaria y su armamento para combatir con los griegos en pie de igualdad, por encima de los estereotipos imperantes que tachaban de cobardes o sencillamente inferiores a los enemigos desde el punto de vista humano o militar. Incluso planteó toda su obra desde una perspectiva mucho más amplia que la simple narración de las victorias griegas ofreciendo un extenso panorama del imperio en toda su potencia y esplendor, desde los límites orientales del imperio hasta sus intentos de expansión por las regiones europeas y africanas. De hecho, casi la mitad de su obra está dedicada a narrar la historia de la expansión del imperio persa y a describir los diferentes territorios conquistados con la finalidad de ofrecer las verdaderas dimensiones colosales del enemigo. Los diferentes monarcas persas ocupan así un lugar destacado como protagonistas activos de su historia y por lo general resultan bien tratados, a excepción de Cambises, que ejemplifica perfectamente las terribles consecuencias que implica el ejercicio del poder de modo contrario a los dictados de los dioses. Muchas de sus reflexiones y comportamientos resultan más propias de un griego que de auténticos persas de carne y hueso a los que Heródoto solo pudo conocer desde la distancia. Su historia iba dirigida, además, a un auditorio griego y su intención era ilustrarlo moralmente.

Para ello utilizó a los persas como protagonistas destacados del drama humano de su historia, prescindiendo en buena medida de todos los condicionantes étnicos e históricos.

Heródoto dispuso de todas formas de buenas fuentes de información sobre el imperio persa, tal y como van confirmando los diferentes hallazgos de la arqueología aqueménida y el estudio detallado de las escasas fuentes persas de que disponemos, como la famosa inscripción de Behistún. El núcleo de sus informaciones parece fidedigno, aunque sus objetivos predominantes, tanto literarios como ideológicos, introdujeran ciertas distorsiones en la narración resultante. Heródoto era un individuo perfectamente imbricado en las corrientes intelectuales de la época, como la medicina hipocrática o los sofistas, y su obra refleja en consecuencia el influjo evidente de todas estas tendencias y formas de pensar junto a su innato sentido de la curiosidad, que puede parecer a veces ingenua, de la admiración por todo lo que resultaba grandioso y monumental y de respeto por las grandes hazañas que tanto griegos como bárbaros habían llevado a cabo, tal y como había proclamado al inicio de su historia.

4.3.3. Tucídides, testigo de su tiempo

La historia de Tucídides constituye un testimonio de primera mano acerca del conflicto que enfrentó a las dos grandes potencias griegas en la última parte del siglo V a. C. Vivió los acontecimientos en primera fila de la actualidad dada su condición de estratego ateniense, pero esta circunstancia no le impidió demostrar una enorme capacidad de análisis y una cierta frialdad objetiva a la hora de enjuiciar

unos acontecimientos en los que se hallaba directamente implicado.

Su concepción de la historia es completamente diferente de la de Heródoto, aunque apenas existía una generación de separación entre ellos. Tucídides pretende marcar las distancias con la forma anterior de hacer historia que parecía más próxima al relato de los poetas y logógrafos, que pretendían sobre todo entretener a su auditorio. Su historia, en cambio, perseguía la búsqueda incesante de la verdad mediante un trabajo de investigación prolongado *(historía)* con ayuda de su propia observación de los hechos, el testimonio de otros y la confrontación crítica de tradiciones paralelas. Era bien consciente de las dificultades que entrañaba esta tarea dada la diversidad de relatos existentes y de puntos de vista enfrentados. Su objetivo final era explicar el comportamiento humano en toda clase de circunstancias y particularmente en un momento crítico como una guerra y convertir su obra en una adquisición para siempre *(ktéma es aeí)* más que en una pieza ocasional destinada al entretenimiento del auditorio.

Supo percibir el carácter global del conflicto a pesar de que su desenvolvimiento fuera gradual y pasara por diferentes etapas que desde la perspectiva contemporánea pueden parecer conflictos diferentes. Intentó establecer las causas verdaderas de la guerra distinguiendo cuidadosamente entre simples pretextos para la acción *(prófasis)* y los auténticos motivos de fondo que originaron el enfrentamiento *(aitíai).*

Sin embargo, a pesar de las apariencias, como señaló en su día la historiadora francesa Nicole Loraux, «Tucídides no es nuestro colega», es decir que no podemos equiparar su obra al resultado esencialmente académico de los trabajos de los historiadores actuales guiados por la objetividad

y una serie de pautas metodológicas. Tucídides forma parte plenamente de la historiografía antigua, con sus convenciones de género y sus pretensiones literarias, puestas de manifiesto en sus discursos y en el carácter retórico y moral de algunos pasajes más emblemáticos de su obra como el discurso de Pericles, el diálogo de los melios o la expedición a Sicilia. La distancia que separa a Tucídides del historiador moderno sigue siendo infranqueable a pesar de la aparente seriedad de sus planteamientos y de la sofisticación de sus aspectos metodológicos.

Tucídides no renunció, en efecto, a dotar de grandeza épica al tema que había elegido, como era una guerra que superaba en todas las dimensiones a las que habían sido objeto de atención en obras anteriores como la de Troya en Homero o la de los persas en Heródoto. No renunció tampoco a la elevación heroica de sus protagonistas, que adquieren en el curso de la acción tonos de grandeza épica o constituyen una fuente de ilustración moral. Tampoco desdeñó, por fin, la presencia de artificios literarios, patentes en la elaboración de sus discursos, que, en palabras del propio Tucídides, no reflejaban de forma puntual y precisa las palabras pronunciadas en aquel momento pero se adecuaban al carácter de sus personajes y a las circunstancias en las que se habían pronunciado. La historia de Tucídides no constituye un informe frío y distante de los acontecimientos, narrada por uno de sus protagonistas directos, sino que es el resultado de un extenso proceso de reelaboración literaria, realizado a posteriori, en el que el simple deseo de transmitir unos acontecimientos concretos estaba supeditado a otro tipo de intereses.

Su visión general de las cosas es pesimista, dada su valoración negativa de la naturaleza humana, que se mantiene

constante en su comportamiento a lo largo de los tiempos. Su filosofía de la historia se resume en algunas conclusiones como la de que algunos individuos y comunidades están llamados a ponerse a la cabeza de sus respectivos estados a causa de sus cualidades morales específicas, que el ejercicio del poder acaba corrompiendo y que en manos inadecuadas conduce de forma irremediable a una conducta inmoral, a la ruina del estado y al enfrentamiento civil. No eran ciertamente ideas originales, ya que de una u otra manera se hallaban ya presentes en la tradición griega y habían sido expresadas por filósofos y poetas. Como Moses Finley señaló en su día, su verdadero genio reside más bien en el esfuerzo por presentar estas ideas de una forma nueva, escribiendo la historia de su propio tiempo. Su obra resulta a la postre compleja y difícil, fruto de un alto grado de elaboración, pero, por encima de las aparentes dificultades que puede presentar su lectura, destacan la fuerza moral de sus planteamientos y la calidad literaria con que los desarrolló.

4.3.4. Otros testimonios

TEOPOMPO fue uno de los historiadores que trataron acerca de este período además de Heródoto y Tucídides. Fue el autor de unas *Helénicas* en las que continuaba la obra de Tucídides, que se vio bruscamente interrumpida en el año 411 a. C. Sin embargo, su obra no ha llegado completa hasta nosotros ni mucho menos y la mayor parte de los fragmentos conservados se refieren más bien a una segunda obra, la *Historia Filípica,* en la que el centro de atención preferente era, como su título indica, la figura del monarca macedonio Filipo II. Escribió además en un tiempo algo posterior a los

hechos y hubo de recurrir, por ello, a fuentes anteriores. Utilizó seguramente documentos originales de la época y otro tipo de testimonios contemporáneos, como las obras de la comedia antigua, los discursos de los oradores e incluso alguna historia de carácter local. Sin embargo, sus intereses históricos se hallaban condicionados también por otro tipo de limitaciones, como sus inclinaciones retóricas y su afición a los aspectos maravillosos y sensacionalistas, que le convierten en un claro precedente de la historiografía de la época helenística.

JENOFONTE fue otro historiador destacado. Autor de unas *Helénicas,* que si bien se centran de forma especial en la historia del siglo IV a. C., afectan de lleno a la parte final del siglo V a. C., durante los momentos de crisis que siguieron a la derrota de Atenas frente a Esparta. A diferencia de sus predecesores, Heródoto y Tucídides, Jenofonte escribió una obra variada y heterogénea que está en el origen de géneros literarios tan diversos como la biografía, la novela histórica o el relato de aventuras. Aunque era un hombre cultivado e inteligente, carecía de la hondura y profundidad de análisis de Tucídides y escribía seguramente por puro placer, como pasatiempo propio de un miembro de la clase dirigente retirado en su hacienda espartana. Su recuerdo de la muerte de Sócrates refleja esta aparente trivialidad, si se lo compara sobre todo con el impacto que el pensador produjo en Platón. No elaboró su historia en función de un tema principal, tal y como habían hecho sus predecesores, sino que se lanzó por el puro placer del relato a una narración continuada en la que se suceden los personajes y los acontecimientos casi de forma ininterrumpida. Su concepción limitada de la historia se pone, sin embargo, de manifiesto cuando comprobamos

que algunos acontecimientos de gran trascendencia y significado como la propia muerte de Sócrates no encontraron lugar en su historia y quedaron relegados, en cambio, a una monografía particular.

ÉFORO DE CUMAS fue también un historiador importante. Escribió una *Historia Universal,* la primera del género que se compuso en la Antigüedad, en el siglo IV a. C. Su obra se ha perdido, pero sabemos que sirvió de fuente de información a autores posteriores como Polibio o Diodoro. No parece que su actitud crítica a la hora de recopilar el material fuera la más adecuada ni tampoco destacaba por sus conocimientos técnicos en el terreno militar, tal y como le reprochaba Polibio. Sin embargo, la escala monumental de su obra –treinta libros que abarcaban desde la invasión doria hasta la Macedonia de Filipo II– revela la amplia gama de posibilidades que un griego ilustrado del siglo IV a. C. tenía todavía a su alcance a la hora de intentar conocer los acontecimientos del pasado más reciente, aunque fuera a base de explotar las tradiciones orales que circulaban todavía en las diferentes ciudades. Destacaba sin embargo por su interés en el establecimiento de una cronología precisa y por sus preocupaciones de carácter moral.

LOS HISTORIADORES LOCALES fueron otra fuente importante, como Helánico de Lesbos, que escribió una historia del Ática en el siglo V a. C., Ion de Quíos o Estesímbroto de Tasos, en cuyas obras pudo haber encontrado Plutarco materiales adecuados para sus biografías de los grandes políticos atenienses del siglo V a. C. En esta misma dirección hay que mencionar la corriente denominada de los «atidógrafos», activa en los siglos IV y III a. C., dentro de la que se escribieron historias de Atenas a la manera de anales que narraban los acontecimientos año por año. Su principal tarea era reunir y

clasificar las tradiciones familiares y sacerdotales así como todos los antiguos textos en los que se hubiera tratado de la historia de Atenas. Esta tradición, continuada por figuras como las de Cleidemo o Androción, culminó con la obra de Filocoro en diecisiete libros en los que aparecían mencionados los acontecimientos principales de la época. A pesar de que recogían en sus obras documentos que de otro modo se habrían perdido de forma irremediable, es igualmente cierto que incorporaban también como historia algunas tradiciones falsas o claramente partidistas que tienen poco de verdad o en las que predominaban otra clase de intereses.

Hay que mencionar igualmente dentro de este terreno de la historia local a los historiadores sicilianos Hipis de Regio, Antíoco y Filisto, estos dos últimos de Siracusa, que escribieron acerca de la historia de su isla natal. Filisto se centró al parecer en la sucesión continuada de tiranías que caracterizó la historia de la isla a lo largo del siglo V a. C. Su obra no se ha conservado, pero fue utilizada, al parecer, de manera extensiva por Éforo y quizá a través de esta vía ha dejado sus huellas en la historia de Diodoro de Sicilia. Esta misma tradición siciliana, que tiene sus orígenes en Filisto, es quizá la fuente que utilizó Plutarco en algunas de sus biografías que trataban de personajes de este ámbito geográfico, como el tirano Dion.

Aunque no es de carácter específicamente histórico, la obra atribuida a ARISTÓTELES sobre la *Constitución de los atenienses,* encontrada en un papiro en Egipto a finales del siglo XIX, resulta de enorme interés. Formaba parte de una serie de ciento cincuenta y ocho constituciones que fueron sometidas a estudio en la escuela aristotélica y supone una preciosa fuente de información al respecto. Encontramos en sus páginas una historia del desarrollo constitucional de

Atenas seguida de una exposición de la organización del estado ateniense en época de su autor. Para su composición su autor recurrió tanto a fuentes de carácter literario, como a las historias de sus predecesores, Heródoto, Tucídides o los atidógrafos, y a documentos oficiales a los que pudo tener acceso, sin descartar el uso de obras de carácter general como algunos tratados doctrinales de la época u obras de contenido literario como los poemas de Solón. Su autor, haciendo gala de su sentido crítico, no se limitó a yuxtaponer el material, sino que mediante la confrontación y el paralelismo intentó alcanzar algún tipo de conclusión válida que sirviera para conciliar los testimonios divergentes, y, al tiempo, trató de desvelar los motivos que podían haber conducido a la deformación o a la parcialidad manifiesta de muchas de estas fuentes.

Resta considerar por fin una curiosa obra que se atribuyó a Jenofonte acerca de la constitución ateniense, pero que fue escrita por un autor anónimo de tendencia política claramente oligárquica al que se suele denominar «Viejo Oligarca». Se trata al parecer de uno de los muchos panfletos que debieron de circular en los últimos años del gobierno de Pericles entre los medios aristocráticos relacionados con los gimnasios, en los que se reflejaban las severas críticas de los enemigos del sistema. La obra es de reducida extensión, está escrita con gracia e ironía y representa uno de los primeros ejemplos de la prosa ática. Se pasa revista a los diferentes «logros» de la democracia, que son convenientemente criticados desde la perspectiva aristocrática de su autor, que no deja de reconocer, sin embargo, la lógica pragmática que imperaba en los planteamientos populares por ser los beneficiarios directos de las ventajas del sistema.

Fuera ya del terreno estrictamente literario o documental, es preciso mencionar también la destacada importancia que tiene la iconografía de la época, expresada en las pinturas de la cerámica ática o en los programas escultóricos que adornaban los edificios públicos y los santuarios. Lejos del tiempo en que dichas obras constituían tan solo una mera ilustración artística, estudiosos de la iconografía como François Lisarrague han desarrollado toda una estrategia de lectura que permite descifrar el mensaje que contenían estas obras figurativas y penetrar más a fondo en el conocimiento de la época. Aspectos ideológicos como el triunfo sobre el caos y la barbarie que manifiestan las esculturas decorativas del Partenón, la exaltación de antiguos héroes como Teseo, aspectos puntuales de la historia social como la estética del banquete o de la caza y de la religión, según revelan ciertas escenas de sacrificio, son algunos de los ejemplos en los que esta nueva lectura de datos permite avanzar a los estudiosos de la época clásica con paso firme.

4.4. Bibliografía fundamental

a) Sobre el siglo V en general

BRIANT, P., LEVÊQUE, P., BRULE, P., DESCAT, R. y MACTOUX, M. M.: *Le monde grec aux temps classiques, T. I Le V siécle,* La nouvelle Clio, PUF, París, 1995.

DAVIES, J. K.: *La democracia y la Grecia clásica* (trad. cast.), Taurus, Madrid, 1988².

LEVY, E.: *La Grèce au V siècle. De Clisthéne à Socrate,* Nouvelle Histoire de l'Antiquité, Seuil, París, 1995.

KINZL, K. H. (ed.): *A Companion to the Classical Greek World,* Wiley Blackwell, Oxford, 2006.

OSBORNE, R.: *La Grecia clásica* (trad. cast.), Crítica, Barcelona, 2002.

RHODES, P. J.: *A History of the Classical Greek World 478-323 BC,* Blackwell, Oxford, 2006.

WILL, E.: *Le monde Grec et l'orient. Le V siècle (510-403),* Peuples et Civilisations, PUF, París, 1980.

b) Los griegos y el imperio persa

AUSTIN, M. M.: «Greek Tyrants and the Persians, 546-479 B.C.», *Classical Quaterly,* 40, 2, 1990, 289-306.

BILLOWS, R. A.: *Maratón. La leyenda* (trad. cast.) Ariel, Barcelona, 2011.

BRIANT, P.: *Darius, les perses et l'empire,* Découvertes Gallimard, París, 1992.

— *Histoire de l'empire perse. De Cyrus à Alexandre,* Fayard, París, 1996.

BRIDGES, E., HALL, E. y RHODES, P. J. (eds.): *Cultural Responses to the Persian Wars: Antiquity to the third Millenium,* Oxford, 2007.

BURASELIS, K. y KOULAKIOTIS, K. (eds.): *Marathon the Day After: Symposium Proceedings, Delphi 2-4 July 2010,* European Cultural Center of Delphi, Atenas, 2013.

CARTLEDGE, P.: *Termópilas* (trad. cast.), Ariel, Barcelona, 2007.

— *After Thermopylae: The Oath of Plataea and the End of the Persian Wars,* Oxford University Press, 2013.

CAWKWELL, G.: *The Greek Wars. The Failure of Persia,* Oxford University Press, 2005.

COOK, J. M.: *The Persian Empire,* Londres, 1983.

GILLIS, D.: *Greek Collaboration with the Persians,* Wiesbaden, 1979.

KRENTZ, P.: *The Battle of Marathon,* Yale University Press, New Haven-Londres, 2011.

LAZENBY, J. F.: *The Defense of Greece, 490-479 B.C.,* Warminster, 1993.
LENFANT, D.: *Les perses vus par les grecs. Lire les sources classiques sur l'empire achéménide,* Armand Colin, París, 2011.
LOW, P.: *Interstate Relations in Classical Greece. Morality and Power,* Cambridge University Press, 2007.
MATTHEW, C. y TRUNDEL, M.: *Beyond the Gates of Fire: New Perspectives on the Battle of Thermopylae,* Pen & Sword, Londres, 2013.
MILLER, M. C.: *Athens and Persia in the Fifth Century BC. A Study in Cultural Receptivity,* Cambridge University Press, 1997.
PODLECKI, A.: *The Life of Themistocles. A Critical Survey of the Literary and Archaeological Evidence,* McGill-Queens Univ. Press, Montreal-Londres, 1975.
SCHRADER, C.: «El mito de Maratón», *Cuadernos de Investigación Historia,* VII, 1 y 2, 1981, 17-54.
STRAUSS, B.: *La batalla de Salamina* (trad. cast.), Edhasa, Barcelona, 2006.
TOZZI, P.: *La rivolta ionica,* Pisa, 1978.

c) La hegemonía ateniense

BADIAN, E.: *From Plataea to Potidaea. Studies in the History and Historiography of the Pentecontaetia,* The John Hopkins Univ. Press, Baltimore, 1993.
BRUNT, P. A.: «The Hellenic League against Persia», *Historia,* 2, 1953, 135-163.
HORNBLOWER, S.: *El mundo griego 479-323 AC* (trad. cast.), Crítica, Barcelona, 1985.
MA, J., PAPAZAKARDAS, N. y PARKER, R. (eds.): *Interpreting the Athenian Empire,* Duckworth, Londres, 2009.
MEIGGS, R.: *The Athenian Empire,* Clarendon Press, Oxford, 1972.

POWELL, A.: *Athens and Sparta, Constructing Greek Political and Social History from 478 B.C.,* Londres, 1988.

TYRRELL, W. B. y BROWN, F. S.: *Athenian Myths & Institutions,* Nueva York, 1991.

d) La época de Pericles

AZOULAY, V.: *Périclès. La démocratie athénienne à l'épreuve du grand homme,* Armand Colin, París, 2010.

EASTERLING, P. E. (ed.): *The Cambridge Companion to Greek Tragedy,* Cambridge University Press, 1997.

FOSTER, E.: *Thucidides, Pericles and Periclean Imperialism,* Cambridge University Press, 2010.

GOODHILL, S.: «The Great Dionysia and Civic Ideology», *Journal of Hellenic Studies,* 107, 1987, 58-76.

IRIARTE, A.: *Democracia y tragedia: La era de Pericles,* Akal, Hipecu, Madrid, 1996.

KAGAN, D.: *Pericles and the Birth of Democracy,* Nueva York, 1991.

PODLECKI, A.: *Pericles and his Circle,* Londres, 1998.

SAMONS, L. J. (ed.): *The Cambridge Companion to the Age of Pericles,* Cambridge University Press, 2007.

STADTER, Ph.: «Pericles among the Intellectuals», *Illinois Classical Studies,* 16, 1/2, 1991, 111-136.

WEILL, Cl.: *Le siècle de Périclès,* CNRS Editions, París, 2010.

e) El estilo de vida ateniense

COHEN, D.: *Law, Sexuality, and Society, The Enforcement of Morals in Classical Athens,* Cambridge, 1991.

EVANS, N.: *Civic Rites: democracy and religion in Ancient Athens,* University of California Press, Berkeley-Los Ángeles, 2010.

FLACELIERE, R.: *La vida cotidiana en Grecia en el siglo de Pericles* (trad. cast.), Temas de Hoy, Madrid, 1989.
GARLAND, R.: *The Greek Way of Life. From Conception to Old Age,* Cornell Univ. Press, Ithaca, 1990.
GARLAN, Y.: *Les esclaves en Grèce ancienne,* París, 1982.
HERMAN, G.: *Morality and Behaviour in Democratic Athens. A Social History,* Cambridge University Press, 2010.
KAMEN, D.: *Status in Classical Athens,* Princeton University Press, 2013.
LACEY, W. K.: *The Family in Classical Greece,* Thames and Hudson, Londres, 1968.
LANNI, A.: *Law and Justice in the Courts of Classical Athens,* Cambridge University Press, 2008.
NEWETT, L. C.: *House and Society in the Ancient Greek World,* Cambridge University Press, 2001.
PARKE, H. W.: *The Festivals of the Athenians,* Londres, 1977.

f) La ciudad de Atenas

BARRINGER, J. M. y HURWITT, J. M. (eds.): *Periklean Athens and its Legacy: Problems and Perspectives,* University of Texas, Austin, 2005.
BEARD, M.: *The Parthenon,* Harvard University Press, Cambridge Mass., 2003.
COSMOPOULOS, M.: *The Parthenon and its Sculptures,* Cambridge University Press, 2004.
HILL, I. T.: *The Ancient City of Athens. Its Topography and Monuments,* Ares, Chicago, 1969.
HURWITT, J. M.:*The Athenian Acropolis: History, Mythology and Archaeology from the Neolithic Era to the Present,* Cambridge University Press, 2000.
TRAVLOS, J.: *Pictorial Dictionary of Ancient Athens,* Thames and Hudson, Londres, 1971.

g) Los griegos de Occidente

MUSTI, D.: *Magna Grecia. Il quadro storico,* Laterza, Roma-Bari, 2005.

PUGLIESE CARRATELLI, G. (ed.): *The Western Greeks,* Bompiani, Milán, 1996.

ROSS HOLLOWAY, F.: *The Archaeology of Ancient Sicily,* Routledge, Londres, 2000.

SMITH, C. J. y SERRATI, J.: *Sicily from Aeneas to Augustus,* Edinburgh University Press, Edimburgo, 2000.

h) La guerra del Peloponeso

ELLIS, W. M.: *Alcibiades,* Londres, 1989.

HANSON, V. D. : *A War Like No Other. How the Athenians and the Spartans Fought the Peloponnesian War,* Random House Trade Paperbacks, Nueva York, 2006.

KAGAN, D.: *The Outbreak of the Peloponnesian War,* Cornell Univ. Press, Ithaca, 1969.

PLÁCIDO, D.: *La sociedad ateniense. La evolución social en Atenas durante la guerra del Peloponeso,* Crítica, Barcelona, 1997.

POWELL, A.: *Athens and Sparta,* Londres, 1989.

RHODES, P. J.: *Alcibiades,* Pen & Sword Books, Londres, 2011.

STE. CROIX, G. E. M. de: *The Origins of the Peloponnesian War,* Londres, 1972.

TRITLE, L. A.: *A New History of the Peloponnesian War,* Wiley Blackwell, Oxford, 2010.

i) La democracia ateniense

BOWDEN, H.: *Classical Athens and the Delphic Oracle. Divination and Democracy,* Cambridge University Press, 2005.

CAREY, Ch.: *Trials from Classical Athens*, Routledge, Londres, 2011.

FARRAR, C.: *The Origins of Democratic Thinking. The Invention of Politics in Classical Athens,* Cambridge, 1988.
KAWALKO ROSELLI, D.: *Theater of the People. Spectators and Society in Ancient Athens,* University of Texas, Austin, 2011.
HANSEN, M.: *The Athenian Assembly,* Oxford, 1987.
MISSIOU, A.: *Literacy and Democracy In Fifth Century Athens,* Cambridge University Press, 2011.
MOSSE, Cl.: *Regards sur la démocratie athénienne,* Perrin, París, 2013.
OBER, J.: *Mass and Elite in Democratic Athens. Rhetoric, Ideology and Power of the People,* Princeton, 1989.
— *Democracy and Knowledge: Learning and Innovation in Classical Athens,* Princeton University Press, 2008.
OSBORNE, R.: *Athens and Athenian Democracy,* Cambridge University Press, 2010.
PICCIRILLI, L.: *Efialte,* Génova, 1988.
RHODES, P. J.: *The Athenian Boule,* Oxford, 1972.
— «Political Activity in Classical Athens», *Journal of Hellenic Studies,* 106, 1986, 132-144.
— *Ancient Democracy and Modern Ideology,* Duckworth, Londres, 2003.
ROMILLY, J. DE: *Los fundamentos de la democracia* (trad. cast.), Cupsa, Madrid 1977.
SANCHO ROCHER, L.: *Un proyecto democrático. La política en la Atenas del siglo V a. C.,* Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007.
SINCLAIR, R. K.: *Democracia y participación en Atenas* (trad. cast.) Alianza, Madrid, 1999.
WOOD, E. M.: *Peasant, Citizen & Slave. The Foundations of Athenian Democracy,* Nueva York, 1988.

j) La condición femenina en la mentalidad griega

BLUNDELL, S.: *Women in Ancient Greece,* British Museum Publications, Londres, 1995.

IRIARTE, A.: *Las redes del enigma. Voces femeninas en el pensamiento griego,* Taurus, Madrid, 1990.
JUST, R.: *Women in Athenians Law and Life,* Routledge, Londres, 1989.
KEULS, E.: *The Reign of the Phallus. Sexual Politics in Ancient Athens,* University of California Press, 1993.
LEFKOWITZ, M. R.: *Women in Greek Myth,* John Hopkins University Press, 1986.
LORAUX, N.: *Les enfants d'Athéna,* Ed. Maspero, París, 1981.
MOSSE, C.: *La mujer en la Grecia antigua* (trad. cast.), Nerea, Madrid, 1990.

k) La crisis moral y la revolución intelectual

EHRENBERG, V.: *The People of Aristophanes. The Sociology of Old Attic Comedy,* Basil Blackwell, Oxford, 1951.
GIL, L.: *Aristófanes,* Gredos, Madrid, 1997.
KERFERD, G. B.: *The Sophistic Movement,* Cambridge University Press, 1981.
MACDOWELL, D.: *Aristophanes and Athens,* Oxford University Press, 1995.
OSBORNE, R. (ed.): *Debating the Athenian Cultural Revolution: Art, Literature, Philosophy and Politics 430-380 B. C.,* Cambridge University Press, 2007.
ROMILLY, J. DE: *Los grandes sofistas en la Atenas de Pericles* (trad. cast.), Seix Barral, Barcelona, 1997.

l) La mentalidad aristocrática

CROTTY, K.: *Song and Action. The Victory Odes of Pindar,* The John Hopkins Univ. Press, Baltimore, 1982.
DOVER, K. J.: *Greek Homosexuality,* Duckworth, Londres, 1978.

LORAUX, N.: *La invencion de Atenas: Historia de l'oración fúnebre en la ciudad clásica,* Katz, Madrid, 2012.
POLIAKOFF, M. B.: *Combat Sports in the Ancient World. Competition, Violence and Culture,* Yale Univ. Press, New Haven, 1987.
RAUBITSCHEK, A.: «The Agonistic Spirit in Greek Culture», *The Ancient World,* 7, 1983, 3-7.
VICKERS, M.: *Greek Symposia,* The Joint Association of Classical Teachers.

m) Las fuentes

AMERICAN SCHOOL OF CLASSICAL STUDIES AT ATHENS: *Inscriptions from the Athenian Agora,* Princeton, 1966.
— *The Athenian Agora,* Princeton, 1971.
— *Graffiti in the Athenian Agora,* Princeton, 1974.
BRUN, P.: *Impérialisme et démocratie à Athènes. Inscriptions de l'époque classique,* Armand Colin, París, 2005.
BEARZOT, C., LANDUCCI, F. y PRANDI, L.: *L'Athenaion Politeis rivisitata: il punto su Pseudo-Senofonte. Contributi di storia antica, 9, Vita e pensiero,* Milán, 2011.
CAMP, J. M.: *The Athenian Agora. Excavations in the Heart of Classical Athens,* New Aspects of Antiquity, Thames and Hudson, Londres, 1986.
— *The Archaeology of Athens,* Yale University Press, New Haven, 2001.
CANFORA, L.: *Studi sul Athenaion Politeia pseudosenofontea,* Turín, 1980.
CAWKWELL, G.: *Thucydides and the Peloponnesian War,* Routledge, Londres, 1997.
CONNOR, W. R.: *Theopompus and Fifth Century Athens,* Harvard Univ. Press, Cambridge Mass., 1968.
DOVER, K. J.: *Thucydides,* Greece & Rome New Surveys in the Classics n.º 7, Oxford, 1973.

FOSTER, E.: *Thucydides, Pericles and Periclean Imperialism*, Cambridge University Press, 2010.

FRISCH, H.: *The Constitution of the Athenians. A Philological-Historical Analysis of Pseudo-Xenophon's Treatise de Re publica Atheniensium*, Copenhague, 1942.

HENRY, W. P.: *Greek Historical Writing. A Historiographical Essay based on Xenophon's Hellenica*, Ares, Chicago, 1967.

HORNBLOWER, S.: *Thucydides*, The John Hopkins University Press, Baltimore, 1987.

— *A Commentary on Thucydides, 3 vols.*, Oxford University Press, 2010.

LAGOGIANNI-GEORGAKARAKOS y BURASELIS, K.: *Athenian Democracy Speaking through its Inscriptions, Hellenic Foundation for Culture*, Atenas, 2009.

LISARRAGUE, F.: *Un flot des images. Une esthétique du banquet grec*, París, 1987.

MORRIS, I. (ed.): *Classical Greece. Ancient Histories and Modern Archaeologies*, Cambridge, 1994.

PEARSON, L.: *The Local Historians of Attica*, Filadelfia, 1942.

RENGAKOS, A. y TSAKMAKIS, A. (eds.): *Brill's Companion to Thucydides*, Brill, Leiden, 2006.

RHODES, P. J.: *A Commentary on the Aristotelian Athenaion Politeia*, Oxford, Clarendon Press, 1981.

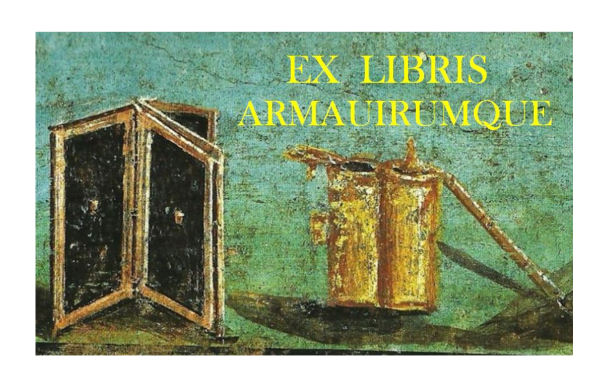
— «The Attidographers» en H. Verdin, G. Schepens y E. de Keyser (eds.), *Purposes of History. Studies in Greek Historiography from the 4th to the 2nd Centuries B.C.*, Lovaina, 1990, 73-81.

STADTER, Ph. A.: *A Commentary on Plutarch's Pericles*, The University of North California Press, Chapell Hill, 1989.

THOMAS, R.: *Oral Tradition and Written Record in Classical Athens*, Cambridge, 1989.

WALBANK, M. B.: *Athenian Proxenies of the Fifth Century B.C.*, Toronto, 1968.

5. El siglo IV a. C.



5.1. Panorama general

5.1.1. Una sucesión de hegemonías

El siglo IV a. C. ha sido considerado tradicionalmente como un apéndice de la gran época del siglo anterior y por tanto como un mero período de transición hacia la nueva época que se abrirá con las conquistas de Alejandro Magno en el último tercio del siglo. Sus dos grandes acontecimientos son la crisis de la polis y el surgimiento y consolidación de la hegemonía macedonia, primero con Filipo II y después con su hijo Alejandro. La desintegración política y la crisis socioeconómica fueron factores determinantes en la historia de este período. El mundo griego se desgarró en luchas faccionales internas que adquirieron ahora una virulencia especial, como revela la matanza que tuvo lugar en Argos en el 370 a. C. cuando la multitud dio muerte a garrotazos a un millar de miembros de la clase dirigente de la ciudad.

Todo el período aparece caracterizado por la turbulencia y la inestabilidad, por el cambio constante de alianzas y por los conflictos de clase, por la creciente desigualdad en la distribución de la riqueza, por el aumento del individualismo y por la notoria disminución de la lealtad cívica, y por un cierto escapismo en el arte y su utilización en ámbitos privados además de los públicos. De esta forma se ha tendido a considerar todo este período no por sí mismo, sino en función de los tiempos anteriores o posteriores.

Sin embargo, no se puede reducir todo un enorme lapso cronológico que abarca desde el 404 al 323 a. C. a un mero período de transición. La crisis y el declive de los grandes estados griegos no significaron su total extinción cultural y artística. El siglo IV a. C. es, a fin de cuentas, el siglo de Platón y Aristóteles y la gran época de la oratoria con Lisias, Isócrates y Demóstenes, el tiempo en el que se construyen grandes complejos arquitectónicos y espléndidos edificios públicos, el momento de fundación de nuevas ciudades y de la aparición de grandes artistas como escultores y pintores. La serenidad y el equilibrio que predominaban en el período anterior son sustituidos ahora por la inquietud y la tensión en las obras de arte. Sin embargo, a través de todos estos desequilibrios y contrastes, de estas luchas por la hegemonía y por la apertura de nuevos horizontes geográficos, filosóficos, científicos y artísticos, surge un mundo nuevo dotado de personalidad propia que sostiene perfectamente la comparación con el tan valorado siglo precedente.

El triunfo de Esparta en la guerra del Peloponeso tuvo consecuencias negativas importantes para el conjunto del mundo griego. En primer lugar, las ciudades griegas de Asia Menor pasaron de nuevo bajo el dominio persa a causa de los acuerdos de Esparta con el rey persa en los últimos años

de la guerra. El hundimiento del imperio ateniense, que con su flota aseguraba el mantenimiento del orden en los mares, significó la reaparición de la piratería, que comprometía gravemente la regularidad de los intercambios comerciales. Por último, a pesar de las promesas de la propaganda espartana sobre la liberación de las ciudades griegas del yugo ateniense, los espartanos impusieron su hegemonía a través del gobierno de sus partidarios apoyados por la presencia de guarniciones espartanas, que debían costear los propios ciudadanos, bajo el mando de un gobernador *(harmosta)*. Sin embargo, la rudeza del régimen espartano mostró su absoluta incapacidad para desempeñar este papel hegemónico. La tendencia marcadamente oligárquica de sus gobiernos y sus arbitrariedades resultaron completamente impopulares, como se aprecia en lo sucedido en Atenas, donde el régimen de los Treinta tuvo una corta duración y la democracia fue restablecida al año siguiente por los exiliados bajo el mando de Trasibulo. Plutarco pone de manifiesto la impopularidad general de la hegemonía espartana en su biografía de Lisandro, que fue el verdadero artífice de la victoria final sobre Atenas:

> Grecia se ve obligada a beber, después del dulce vino de la libertad, el aguachirle que le sirven los taberneros de Lacedemonia.

Esparta inició, además, una serie de movimientos de expansión, que la llevaron incluso a atacar a sus nuevos aliados, los persas, en Asia Menor. Esta circunstancia impulsó al rey persa, Artajerjes, a apoyar a sus enemigos en el mundo griego, que mediante la formación de una coalición hicieron la guerra a Esparta en la llamada guerra de Corinto, entre el 395 y el 394 a. C. Atenas, bajo el mando de Conón,

empezó a dar nuevas muestras de su poderío naval, como la victoria de Cnido en el 394 a. C., y reconstruyó los largos muros con ayuda del dinero persa. Algunas circunstancias como la política basculante del monarca persa, que buscaba debilitar el mundo griego con su continuo cambio de alianzas, el ascenso imparable del ideal panhelénico por todo el mundo griego, promovido por un orador como Isócrates, y el resurgimiento de Atenas y Tebas iban a dar al traste con la hegemonía espartana. La crisis interna de la sociedad espartana, desgarrada por conflictos entre los *homóioi* a causa de la creciente desigualdad socioeconómica, la rivalidad entre los altos dignatarios que trataban de eliminarse entre sí y la disminución del conjunto de los ciudadanos con plenos derechos políticos, con la consiguiente merma de su potencial militar, hicieron el resto. El contacto frecuente con el exterior de algunos de sus generales tuvo consecuencias negativas sobre su austero modo de vida, ya que introdujeron vicios como la venalidad y la corrupción. Su constitución arcaica y el inmovilismo social que suponía no resistieron y todo el sistema empezó a derrumbarse casi por sí solo.

Las fuerzas en el mundo griego volvían a equilibrarse con la reaparición de Atenas y la emergencia de nuevas potencias como Tebas o Tesalia, que se unificó bajo el mando de Jasón de Feras tras autodesignarse *tagós* (oficial supremo). Esta situación obligó a Esparta a buscar el apoyo político-militar del rey persa y a firmar una paz, la denominada Paz del Rey en el 386 a. C., que dejaba al monarca como su garante entre los griegos.

Sin embargo, el equilibrio de fuerzas no duró mucho tiempo. Atenas había sido capaz de reconstituir en parte su imperio con la formación de la segunda Liga ateniense en el año

378 a. C., aunque esta vez hubo de actuar con una mayor prudencia hacia sus aliados, tal y como revela el decreto llamado de Aristóteles conservado en una inscripción. Su almirante Cabrias ganó una importante batalla sobre Esparta en Naxos en el 376 a. C. que confirmó la supremacía ateniense en el Egeo. Tebas había conseguido un potencial militar considerable gracias a las reformas militares que introdujo su general Epaminondas. Así, en el 371 a. C., un ejército espartano tres veces superior fue derrotado estrepitosamente en Leuctra por los tebanos cuando acudía a restablecer el «orden» en Beocia. El general tebano reforzó el ala izquierda mediante una doble fila de soldados, ante la tendencia natural de la falange hoplítica a desplazarse hacia la derecha, dada la posición del escudo y la espada, y consiguió un éxito militar sin precedentes contra la hasta entonces invencible Esparta. Toda la confederación peloponesia se disolvió y Tebas consiguió agrupar toda la Grecia central a su alrededor. El desplazamiento de alianzas fue continuo a partir de entonces. Atenienses y espartanos pasaron al mismo bando frente a la emergente potencia tebana, que se vio además reforzada por el apoyo del monarca persa. La guerra se extendió por casi todas las partes del mundo griego, hasta que los tebanos fueron finalmente derrotados en Mantinea, en el 362 a. C., por toda una coalición enemiga en la que militaban Esparta, Atenas y algunos estados del Peloponeso. A la derrota se sumó la pérdida de su general Epaminondas, que murió en el combate. Esto significó el final de la hegemonía tebana, que había durado nueve años y había llevado a cabo importantes acciones tanto en Tesalia como en el Peloponeso, donde había conseguido la liberación de Mesenia y Arcadia del yugo espartano. La hegemonía de Tebas resultó desde el principio frágil y artificial, pues se basaba en la

continua intervención militar en otros territorios, sin ningún tipo de fundamento político, económico o cultural, y dependía, por tanto, del talento militar y de la pericia de sus dos grandes dirigentes, Pelópidas y Epaminondas. El primero pereció en combate en el norte y el segundo en el Peloponeso, y se sellaron de este modo todas las expectativas tebanas.

Todavía quedaba Atenas. Sin embargo, la penuria creciente de recursos financieros ocasionó numerosos problemas en el mantenimiento de la nueva confederación. Su hegemonía acabó siendo minada por las intrigas tebanas y tesalias, las ambiciones de los reyezuelos tracios en el norte del Egeo, las aspiraciones del sátrapa Mausolo de Caria de construir su propio poder en el Egeo y su necesidad de imponerse de nuevo como poder efectivo dentro de la Liga. En el 357 a. C. se produjo la sublevación de aliados como Rodas, Quíos y Cos, apoyada por Mausolo y se desató la denominada guerra social, que concluyó tras dos años de duración con la ruina definitiva de la confederación naval ateniense. La presencia sobre el trono persa de un nuevo soberano mucho más enérgico, Artajerjes III Oco, supuso también un serio golpe a las aspiraciones atenienses en la región anatolia y en el Egeo. En el 355 a. C. renovó la Paz del Rey y se vio obligada a reconocer la autonomía de las ciudades sublevadas. La guerra sagrada contra los focidios y las acciones de Filipo II de Macedonia impidieron cualquier intento ateniense de recuperar su hegemonía anterior. Concluía de esta forma un período caracterizado por una sucesión casi infernal de hegemonías sobre el mundo griego y de continuos y violentos enfrentamientos. Una gran parte del mundo griego se hallaba casi exhausta y no había ninguna potencia lo suficientemente fuerte dentro de este ámbito

para hacer frente a cualquier nuevo peligro procedente del exterior. La nueva amenaza procedía ahora del norte donde un poderoso reino macedonio apenas iba a encontrar dificultades en su proceso de expansión y hegemonía.

5.1.2. El ascenso de Macedonia

Macedonia era una vasta región situada al norte de Grecia que había permanecido al menos hasta el siglo V a. C. al margen de la historia griega. Sin embargo, ahora irrumpió con una fuerza y una energía imparables. Muchos griegos la consideraban como uno más de los países bárbaros situados hacia el norte, a pesar de los vínculos de carácter lingüístico, cultural o religioso que tenía con el resto de los griegos. En cambio, la dinastía reinante, los Argéadas, había intentado establecer ya en el siglo V a. C. una estrecha vinculación ideológica con el mundo griego alegando su supuesto origen argivo y remontando su genealogía hasta el mismísimo Heracles.

Ciertamente se trataba de un país atrasado con respecto al resto de las ciudades griegas, sobre todo a causa de su estructura política, basada en una monarquía de tipo semifeudal. El rey concedía tierras a sus principales vasallos a cambio de la prestación de sus servicios militares. No había poleis en su interior y solo podían considerarse ciudades algunos establecimientos griegos de la zona del Egeo que habían entrado en su órbita de influencia. Básicamente, se trataba de una sociedad rural, dominada por los hombres, en la que imperaban las tradiciones y costumbres de un pueblo fronterizo cuya supervivencia como comunidad dependía del uso continuado de las armas y de su capacidad de

resistencia ante las invasiones estacionales de las tribus del norte. De hecho, Macedonia siempre fue la frontera del mundo griego frente a los bárbaros, y esta circunstancia la convertiría en uno de los elementos decisivos de los tiempos venideros, ya que la presencia de un gobierno estable y fuerte garantizaba la seguridad del resto de la Hélade.

A lo largo del siglo V a. C. culminó su proceso de consolidación como un estado fuerte bajo la autoridad de monarcas enérgicos, como Alejandro I, que llegó incluso a ser admitido en los Juegos Olímpicos y reconocido como vencedor, o Arquelao. El país era rico en recursos y tenía una extensión considerable. Se había producido un importante progreso económico con la explotación de las minas, se había reforzado el papel del estado con el prestigio creciente de la monarquía y se había producido además una importante influencia griega entre los estratos dominantes de la población. Desde finales del siglo V a. C., la corte real ejerció su papel de mecenazgo y atrajo hasta la capital del reino a importantes filósofos, artistas y poetas como Eurípides, Agatón, Zeuxis, Quérilo, Teopompo y el propio Aristóteles. Incluso algunos actores prominentes desempeñaron papeles ocasionales como diplomáticos de la corte macedonia a lo largo de este período. Este proceso alcanzó su culminación con la figura de Filipo II, que accedió al poder en el año 356 a. C.

Según el historiador Teopompo, nunca Europa había producido un personaje de tal envergadura. No resulta fácil captar su personalidad histórica ya que nuestras noticias proceden sobre todo de la propaganda griega hostil a su persona o de los elogios de la literatura posterior, que vio en él un modelo de gobernante. La severidad de los juicios atenienses sobre su figura se comprende mejor a la vista de las grandes diferencias existentes entre los modos de vida de la

Atenas de aquel momento y el reino macedonio. Toda la propaganda griega se mueve de hecho entre diversos tópicos como el de la intemperancia, la embriaguez y la violencia desenfrenada. Filipo, sin embargo, era un hombre familiarizado desde hacía tiempo con la vida y la cultura griegas. Durante su estancia como rehén en Tebas había tenido ocasión de observar los entrenamientos militares y sus destrezas de carácter táctico y había tenido también tiempo para aprender y asimilar los comportamientos políticos que imperaban en el mundo griego. Supo valorar así la enorme importancia que la cultura tenía como instrumento de la acción política y, sin duda, lo llevó luego a la práctica en beneficio propio. Actuó así con un conocimiento sorprendente de la sociedad griega y de las relaciones que existían entre los diversos estados y supo explotar a su favor las habilidades políticas, militares y diplomáticas adquiridas.

Poseía sin duda un instinto político bien desarrollado y una capacidad para analizar el balance de poder existente en Macedonia y en los territorios de sus vecinos griegos y bárbaros. Con estos conocimientos trató de utilizar esa distribución de fuerzas a su favor e hizo uso tanto de la fuerza como de la diplomacia para conseguir sus objetivos. Contó, sin duda, con la circunstancia favorable del lamentable estado en que el mundo griego se hallaba en esos momentos. En tales condiciones no le fue muy difícil llevar a cabo una rápida campaña, tanto política como militar, que le otorgó el dominio sobre buena parte de la península griega.

Consiguió convertir al ejército en un formidable instrumento de guerra. Impulsó el desarrollo de la caballería, formada por la nobleza, y adiestró a la infantería, compuesta por los campesinos, para combatir dentro de una formación compacta denominada «falange». La asamblea de los

soldados era consultada con motivo de cualquier empresa y los beneficios de las conquistas y anexiones a través del reparto del botín o de la concesión de tierras recaían también sobre el conjunto del ejército. De esta forma creó un verdadero ejército nacional, cuyos componentes guardaban fidelidad al monarca y, hasta cierto punto, representaban a todo el país. Toda Macedonia fue, de hecho, dividida en cuatro circunscripciones que debían aportar obligatoriamente los contingentes militares correspondientes. Los principales puestos, tanto de la administración como del ejército, los ocupaban nobles estrechamente relacionados con el rey a quienes se denominaba *hetaíroi* (compañeros). El país contaba además con recursos considerables, tanto humanos (se calcula que su población pudo llegar a alcanzar cerca del millón de habitantes), como financieros, gracias a las rentas que le proporcionaban al reino las minas del Pangeo en Tracia o la reorganización de las aduanas, sobre todo, tras su control de toda la región al norte del Egeo. Su moneda, el filipo, una magnífica estatera de oro, llegó a competir con el dárico persa y la lechuza ateniense como instrumento de cambio y sirvió como forma de pago para todos aquellos griegos, sobre todo mercenarios y artistas, que llegaron a prestarle sus servicios.

Tras una primera fase de expansión hacia los territorios vecinos, como Peonia, Tracia, Iliria y el Epiro, y haber conseguido una salida al mar con su anexión de las ciudades griegas del golfo termaico, de la península calcídica y de la costa tracia, dirigió su mirada hacia las regiones de la Grecia central. El pretexto se lo proporcionó una guerra más de las muchas que se libraban en el mundo griego en aquellos momentos, pero que por sus especiales características, dado que se hallaba implicado el santuario de Apolo en Delfos, su

victoria en ella le supuso un prestigio adicional de carácter panhelénico. Con su intervención en la denominada «tercera guerra sagrada» contra los focidios reafirmó su estatus dentro del mundo griego y demostró al tiempo su supremacía moral.

Tras diferentes alternativas, Filipo consiguió anexionarse Tesalia y las importantes ciudades griegas de la costa. La toma y destrucción de Olinto, en el 348 a. C., constituye todo un símbolo de la marcha imparable del rey macedonio hacia la hegemonía completa. Todo estaba a su favor. En el panorama griego no existía por entonces ninguna fuerza capaz de oponerle una seria resistencia. Las tres grandes potencias, Atenas, Esparta y Tebas, tenían sus propios problemas internos que resolver y existía además un estado de ánimo generalizado a favor de la paz. El objetivo deseado era la consecución de una *koiné eiréne* (paz general) que terminara de una vez por todas con los conflictos y guerras que asolaban el mundo griego. Esta serie de circunstancias condujeron a la firma de un acuerdo de paz (la llamada paz de Filócrates), en el 346 a. C., cuyos términos mantenían las cosas como antes de la guerra, pero dejaban abierta a Filipo la puerta para su próxima y definitiva intromisión en los asuntos griegos. Con la victoria contra los focidios, iniciadores del conflicto a causa de su conducta sacrílega en Delfos, consiguió adueñarse de los escaños que les correspondían en el Consejo anfictiónico que regía el santuario. De esta forma, Filipo entraba a formar parte de uno de los organismos político-religiosos de mayor prestigio y tradición dentro de todo el mundo griego.

En los años siguientes, Filipo emprendió toda clase de preparativos en busca de su objetivo final, que era conseguir la dominación completa del mundo griego. Para lo-

grarlo utilizó la fuerza, la propaganda y el dinero. Sus partidarios empezaron a difundir la idea de una nueva coalición panhelénica contra Persia, pero esta vez bajo la dirección militar y política de Macedonia. Era difícil oponerse a tan gran demostración de recursos. Solo la energía inigualable de un patriota ateniense como Demóstenes fue capaz de llevar a cabo la empresa, aunque no con el éxito final que esperaba. Tuvo que afrontar no solo las calumnias e intrigas de los partidarios de Filipo, como su gran rival Esquines, sino la apatía y la falta de iniciativa de los propios atenienses. La buena gestión financiera de Eubulo había creado una sociedad adormecida por un breve período de paz y bienestar en medio de la incertidumbre de los tiempos y la precariedad general. Demóstenes, sin embargo, lo intentó y consiguió armar una Liga antimacedónica en torno a Atenas en la que militaban Eubea, Acaya, Corinto, Mégara y las regiones occidentales. Tras una serie de provocaciones de Filipo, la guerra se declaró en el 340 a. C. Demóstenes reorganizó y dio nuevos bríos a la marina y a las finanzas, haciendo funcionar al máximo la capacidad recaudatoria de los impuestos fijos y de las contribuciones de los más ricos. Sin embargo, la Liga helénica, a la que se habían sumado a última hora los tebanos, sufrió una derrota completa en la batalla decisiva que se libró en Queronea, una llanura de Beocia, en el 338 a. C. La superioridad militar y táctica de los macedonios resultó determinante. Algunos autores, con cierta exageración y un cierto tono de dramatismo, como Pierre Levêque, llegaron a afirmar que tras la batalla «la libertad griega expiró en los valles de Queronea».

Filipo supo también sacar partido a su victoria. Desplegó buenas dosis de diplomacia y trató con cierta moderación a los vencidos, con excepción de Tebas. Filipo preten-

día otorgar una cierta legitimación jurídica a su hegemonía y dotar a su dominio de un vasto programa panhelénico, que integrara a la mayor parte de las poleis y disfrazara su predominio total bajo la cobertura de una gran empresa histórica común como el ataque contra Persia. Algunas de las pautas a seguir ya se las había proporcionado el orador Isócrates, quien había llegado a señalar expresamente a Filipo como líder ideal de una tal operación. De esta forma, convocó un congreso panhelénico en Corinto con el objetivo de proceder a la pacificación y reordenación del agitado mundo griego y preparar la expedición contra Persia. En Corinto en el 337 a. C. se proclamó la paz general tan deseada, la autonomía de todas las ciudades y la constitución de una nueva Liga, cuya dirección pasaba ahora a las manos de Filipo. El monarca macedonio se convertía en *hegemón* (líder supremo) de la confederación griega y en *strategós autokrátor* (comandante militar plenipotenciario). La Liga estaba dirigida por un *sunédrion* (asamblea de delegados) que contaba con la representación proporcional de cada uno de los estados miembros. La habilidad de Filipo quedó una vez más patente ya que había conseguido la unificación de casi todo el mundo griego bajo un mismo organismo, que pudo haberse convertido en un gran estado de carácter federal. Filipo mantenía así su control sobre el pertinaz individualismo griego y se aseguraba además el control estratégico de cuatro puntos fundamentales como eran Tebas, Calcis, Corinto y Ampracia. Su gran empresa de la expedición contra Persia ya había dado sus primeros pasos con el envío de un contingente armado a Asia Menor cuando inesperadamente Filipo fue asesinado, en el año 336 a. C., víctima de una intriga de corte. Las esperanzas de sus tenaces oponentes, como Demóstenes, renacieron

de nuevo, pero su sucesor en el trono macedonio iba a demostrar una envergadura política y militar todavía mayor que la de su antecesor.

5.1.3. Siracusa, Cartago y Dionisio I

La victoria siracusana contra Atenas en la guerra del Peloponeso no significó el inicio de una era pacífica en la isla, ya que a la amenaza latente de los cartagineses se sumaban las disensiones internas de la ciudad que enfrentaban a Hermócrates, un veterano general que lideraba la democracia siracusana, y Diocles, un brillante orador que había desempeñado un papel destacado en el asedio de Atenas a la ciudad. El ataque de Selinunte contra Segesta, que había provocado la intervención de Atenas, volvió a repetirse en el año 410 a. C., pero esta vez quien salió en defensa de la ciudad atacada fueron los cartagineses, que se habían inhibido en la ocasión anterior. Aníbal, un antecesor del famoso enemigo de Roma, reunió un poderoso ejército con sus máquinas de asedio y partió hacia la isla. Selinunte fue tomada en apenas nueve días con terribles consecuencias para sus habitantes, que fueron masacrados sin ningún tipo de contemplación. Los siracusanos acudieron en defensa de la ciudad griega y combatieron junto a Hímera contra un ejército cartaginés que se había visto reforzado por un importante contingente indígena. Diocles decidió regresar a Siracusa por miedo de que la ciudad fuera atacada por los cartagineses y Aníbal entre tanto capturó la ciudad de Hímera, vengando así la derrota que había sufrido en este lugar un antepasado suyo setenta y un años antes. Los cartagineses se retiraron dejando libre Siracusa, pero los conflictos inter-

nos continuaron sin tregua. Hermócrates, que había sido exiliado por Diocles, trató de regresar a la ciudad utilizando la fuerza de un ejército de mercenarios pagados con el oro persa y a través de gestos de propaganda que pusieran en evidencia a su rival, como la retirada de los cadáveres de los caídos siracusanos en la batalla de Hímera. Fracasó en su tentativa al morir en una de las escaramuzas que se libraron. Sin embargo, las consecuencias de las acciones de Hermócrates volvieron a suscitar los temores de Cartago, ya que había atacado los establecimientos fenicios existentes al norte de Sicilia. Una nueva expedición cartaginesa se dirigió a Sicilia con el objetivo de acabar de una vez por todas con la amenaza que representaban los griegos de la isla para sus intereses.

En el 406 a. C. atacaron Acragante, que era quizá la más rica de las ciudades griegas, y tras un largo asedio de ocho meses cayó en poder de los cartagineses. El pánico cundió en toda la isla ante estos acontecimientos. Emergió entonces en Siracusa la figura excepcional de este período en la historia de Siracusa y de Sicilia, Dionisio, un antiguo partidario de Hermócrates que supo ganarse el apoyo de la asamblea de la ciudad, aprovechando su descontento con los generales que habían conducido a esta situación. Fue nombrado general plenipotenciario de la ciudad y se le asignó una guardia personal de seiscientos individuos, a la manera de los antiguos tiranos. El avance cartaginés provocaba un gran número de refugiados que fueron acogidos en Siracusa ante el mensaje de Dionisio que proclamaba la imposibilidad de defender sus patrias de origen. Los cartagineses asediaron la ciudad, pero la irrupción de una epidemia entre ellos les hizo abandonar su objetivo y en el 404 a. C. firmaron la paz con Siracusa. Dionisio quedaba así como

único dominador de la ciudad y Siracusa como la única potencia griega en toda la zona, sin ninguna otra ciudad que pudiera desafiar su hegemonía. Con el fin de asegurarse la defensa de la ciudad ante posibles nuevos ataques del exterior y reforzar también su propia posición en el interior de la ciudad, construyó imponentes murallas que rodearon por completo la antigua ciudad situada en la isla de Ortigia, que se hallaba separada del continente por un estrecho canal. Levantó también arsenales en el puerto con el fin de alojar una nueva flota y fortificó también la meseta adyacente a la ciudad. Controlaba los recursos de la mayor ciudad griega del momento y podía contratar grandes cantidades de mercenarios, a quienes además concedía la tierra confiscada a otros ciudadanos para tener así una reserva permanente por si fuera necesaria. Con estos preparativos se dispuso a una nueva confrontación con Cartago, recabando para ello todos los recursos posibles que se hallaban a su alcance. Construyó nuevas máquinas de guerra como catapultas y torres de asedio, fletó trescientas cincuenta naves de guerra, fabricó una ingente cantidad de armaduras y atrajo a los mejores mercenarios disponibles. Dionisio invadió en el 397 a. C. la Sicilia occidental que se hallaba en manos de los cartagineses y asoló el territorio en los alrededores de Segesta, que era la principal aliada de Cartago, y sometió a Motia, que cayó también en sus manos tras un corto asedio. El odio hacia los cartagineses se había agudizado después de la última campaña e incluso en la propia Siracusa se habían producido saqueos en las casas de los comerciantes cartagineses que residían en la ciudad. La falta de recursos le hizo retirarse de su campaña, pero no pudo evitar el contraataque cartaginés que volvió a asediar por tercera vez la ciudad de Siracusa. Una nueva epidemia hizo mella

entre los cartagineses y Dionisio aprovechó la circunstancia para derrotar a las tropas enemigas que habían sobrevivido. La guerra brutal entre ambas potencias continuó hasta el 393 a. C., año en el que se firmó finalmente la paz entre ellas, que reconocía el control cartaginés de la parte occidental de la isla y consagraba a Siracusa como la potencia griega indiscutible de toda la zona. Dionisio extendió sus dominios hacia el sur de Italia tras capturar la ciudad de Regio en el 388 a. C. y se convirtió en el protector de todos los griegos de Occidente. En el 385 a. C. amplió su radio de acción hacia el Adriático e incluso mostró su apoyo a Esparta para consolidar la denominada Paz del Rey. Como sus antecesores del siglo anterior, Dionisio trató de impresionar a los griegos orientales enviando a su hermano a competir en los juegos de Olimpia con varios equipos de carros finamente decorados y con cantores que proclamaran la gloria del tirano. Su derrota provocó la burla de los griegos, que llegaron a proponer incluso su expulsión de los juegos. Dionisio no cedió en sus intentos y promovió el teatro y el arte en su corte atrayendo a los intelectuales griegos más prestigiosos del momento, como el propio Platón, que visitó Siracusa en el 388 a. C. Siracusa se convirtió así en la ciudad más populosa del mundo griego y en un centro próspero y auténticamente cosmopolita. Incluso en 367 a. C. consiguió el triunfo como autor de tragedias en un festival ateniense. A su muerte le sucedió en el poder su hijo Dionisio II que entabló una contienda continuada con Dion, una de las primeras personalidades de Siracusa, vinculado por matrimonio con la familia del tirano y seguidor de Platón. El filósofo ateniense visitó de nuevo la ciudad en el 367 a. C. con el objetivo de convertir al joven Dionisio en el rey filósofo que proponía en su diálogo *La República,* pero sus intentos fra-

casaron de manera estrepitosa ante el carácter de Dionisio, poco propenso a las virtudes filosóficas, y su constante rivalidad con Dion, promotor del filósofo griego y sospechoso de haber establecido contactos con los cartagineses. Platón acabó siendo expulsado de Siracusa, Dion exiliado y Dionisio II se embarcó en un nuevo conflicto con los cartagineses y continuó la política expansionista de su padre por el sur de Italia, el Adriático y el Egeo, y consiguió de esta forma disminuir peligrosamente los recursos con que contaba al inicio de su gobierno. En el 357 a. C., Dion encabezó un golpe de estado que condujo a una década de conflictos civiles durante la cual Siracusa perdió su posición hegemónica sobre el resto de los griegos de Occidente. Aunque la última guerra contra Cartago concluyó en el año 366 a. C., la situación en Sicilia se tornó caótica hasta el extremo de que bandas de antiguos mercenarios deambulaban por la isla saqueando y destruyendo todo lo que podían y en el interior de las ciudades diferentes bandos opuestos se enfrentaban con el apoyo soterrado de Cartago a aquel de los contendientes que más le interesara como forma de debilitar el predominio griego en la isla. La situación apenas había cambiado de forma sustancial a lo largo del siglo, ya que se mantenían los antiguos enfrentamientos que habían asolado la historia de la isla. Cartago contra Siracusa, Siracusa contra los demás griegos, los tiranos y sus mercenarios contra el *démos,* ricos contra pobres y un mundo indígena que se agitaba constantemente entre los dos grandes contendientes. El caos continuó hasta que Agatocles, que supo ganarse el favor de la asamblea siracusana atizando el temor a los cartagineses y a los sículos y sacando partido del odio de los pobres hacia las gentes con recursos, se hizo con el poder en la última parte del siglo. Su audaz intento por atacar Cartago en su propio territorio

concluyó con una nueva paz con Cartago en el 304 a. C. y su proclamación como monarca a la manera de los nuevos reinos helenísticos que constituían por entonces el panorama político habitual del nuevo período.

5.1. 4. Un arte nuevo

Los cambios que se produjeron en casi todos los terrenos durante este período afectaron también a las manifestaciones artísticas. Los arquitectos de este período experimentaron nuevas formas para realzar la elegancia de sus edificios dejando atrás la serenidad y armonía de sus antecesores. Uno de los recursos utilizados fue construir un gran pedestal como soporte de todo el edificio. Eso fue lo que hicieron los arquitectos que construyeron un nuevo templo en Éfeso dedicado a la diosa Ártemis que se apoyaba en un basamento compuesto por catorce peldaños, o en Dídima, cerca de Mileto, donde además de un basamento similar, este de trece peldaños, se recurrió también a un auténtico bosque de columnas que daban acceso a una entrada interior por la que se accedía a su vez bajando una escalinata a una pequeña cella situada en un patio interior a cielo abierto, un esquema que cambiaba por completo el que se había venido utilizando hasta entonces en todo el mundo griego. Otra forma innovadora fueron los edificios de forma circular, los denominados *thóloi* como el que se construyó en Delfos en el 390 a. C. que pudo haber servido de espacio para el banquete ritual. Este tipo de edificaciones, que empleaban columnas dóricas en el exterior y corintias en el interior, fueron utilizadas también para honrar a grandes personalidades del período como el monarca macedonio Filipo II, que man-

dó construir un edificio de estas características en el santuario de Olimpia. Esta creciente difuminación entre los límites que separaban el mundo de los dioses y el de los mortales se aprecia igualmente en una obra de dimensiones colosales como el Mausoleo de Halicarnaso que figuró entre las siete maravillas del mundo. Mausolo que había sido designado sátrapa de toda la región por los persas hizo de su capital Halicarnaso una gran ciudad y mandó erigir en su memoria la que sería su tumba monumental, para la que requirió la colaboración de algunos de los artistas griegos más destacados de la época. El edificio consistía en un soporte masivo adornado con esculturas superiores al tamaño natural sobre el que se superponía un segundo cuerpo a la manera de un templo que culminaba su tejado piramidal con una grandiosa escultura de bronce que representaba al propio Mausolo y su esposa sobre una cuadriga.

Durante este período se procedió también a la remodelación de algunos importantes santuarios griegos como el de Epidauro en honor de Asclepio, cuyo programa de construcciones incluía un teatro, un estadio, el templo del dios y un *thólos,* o el de Nemea, donde destacaba especialmente el estadio con su entrada abovedada para el acceso de los atletas, que fue el primer ejemplo en el mundo griego de este tipo de construcción. Fue también durante este período cuando el urbanismo griego empezó a desarrollarse más intensamente, como puede apreciarse en la ciudad de Priene en Asia Menor, que fue reconstruida completamente entre los años 350 y 325 a. C. y pone de manifiesto cómo el templo que había sido hasta entonces la construcción más espectacular dentro de un tejido urbano relativamente modesto daba ahora paso a enormes pórticos *(stóas)* alrededor del ágora y otra serie de edificios públicos de carácter civil,

como la cámara del Consejo, el teatro, el gimnasio o el estadio, que compartían protagonismo con el templo y a veces lo superaban. Otro ejemplo destacado es la ciudad de Megalópolis en Arcadia, cuya arquitectura pretendía igualar en grandeza a su nombre con espléndidos edificios como el Thersilion que servía de sede al consejo federal arcadio y que tenía capacidad para acoger a diez mil representantes, o su espectacular teatro, el más grande de los conocidos, con capacidad para veintiún mil espectadores. Esta tendencia cambió por completo la fisonomía urbana de las ciudades griegas de la época.

En el campo de la escultura se produjo un fenómeno similar, con algunas muestras de continuidad con el período precedente y otras, más abundantes, de ruptura que parecían celebrar la progresiva desaparición de los marcos sociales que habían imperado durante el siglo anterior. El escultor más famoso de todo este período fue Praxíteles, autor quizá de la única estatua de mármol que ha llegado hasta nosotros de este período, el llamado Hermes con Dioniso niño, que se encuentra en el museo de Olimpia. Aunque no rompió con las formas clásicas, las utilizó para conseguir diferentes objetivos como la movilidad, fluidez y elegancia de sus ejecuciones. Su obra más célebre fue la Afrodita de Cnido, que constituye el primer desnudo femenino de la estatuaria griega, y que solo podemos conocer a partir de copias romanas. Se convirtió enseguida en la estatua más célebre del mundo griego y estaba hecha para ser observada desde cualquier ángulo de visión posible. Otra obra importante fue el Apolo sauróctono (matador de un lagarto), que permite apreciar las novedades introducidas por este artista como la superación de la ponderación impuesta por Policleto, la suavidad de los cuerpos y de las actitudes o la utiliza-

ción de un apoyo lateral que permitía crear figuras más sinuosas. Otros escultores de la época como Escopas y Lisipo se apartaron todavía más de la visión frontal de las estatuas. Escopas participó junto con otros grandes escultores de la época como Briaxis, Leocares y Timoteo en la decoración escultórica del Mausoleo, que incluía más de trescientas estatuas y tres frisos, de los que se ha conservado una amazonomaquia. Otra obra suya fue una ménade danzante que producía al espectador la impresión de ir enroscándose y expresaba la pasión en su rostro. Diseñó la decoración escultórica del gran templo de Atenea Alea en Tegea construido entre el 345 y el 335 a. C., del que se conservan algunas cabezas del frontón. Lisipo fue además del escultor personal de Alejandro, a quien representó en todas las poses, autor de unas mil quinientas esculturas. Se especializó en la representación de atletas con proporciones más alargadas que las de Policleto. El más conocido es el llamado Apoxiómeno (el que está raspándose), que le representa en el momento de limpiarse la piel de su antebrazo con el estrígilo (un raspador de metal). Destacó por cualidades como el carácter esbelto de las proporciones, las cabezas pequeñas, la cuidada representación del cabello, una gran atención al detalle y la complejidad y tridimensionalidad de la pose.

Hemos podido recuperar algunas muestras de la escultura en bronce de la época como los efebos de Maratón o Anticitera, encontrados ambos en el fondo del mar, que solo nos permiten hacernos una idea aproximada del imponente aspecto de algunos grandes grupos escultóricos de este período, como el dedicado por el espartano Lisandro en Delfos para glorificar su persona compuesto por treinta y siete figuras al menos dispuestas en dos filas, los monumentos erigidos en el mismo santuario por argivos y arcadios o el

del gobernante tesalio Daoco, que incluía nueve estatuas representativas de los miembros ilustres de su familia, también en Delfos. Habría que sumar asimismo en este apartado los dos monumentos encargados a Lisipo por Alejandro que fueron respectivamente dedicados en Dion y en Delfos, para conmemorar su victoria de Gránico el primero, con un grupo de veinticinco jinetes, o para retratar una escena de caza el segundo. Hay que destacar también las numerosas esculturas en relieve producidas en Atenas, especialmente las de carácter funerario, que fueron adquiriendo un tamaño monumental y un relieve destacado, como la estela de Dexileo, la cual ha sobrevivido intacta y que conmemora a un joven jinete muerto en la guerra de Corinto en el año 394 a. C. Destacan también los relieves de algunas tumbas licias que fueron encargados a artistas griegos, como el monumento de las Nereidas de Janto, construido hacia el 380 a. C., o el *heróon* de Trisa diez años después, que constituyen un ejemplo excelente de la aplicación de las técnicas escultóricas griegas para la representación de un tipo de iconografía oriental.

Sobre la pintura de la época estamos mejor informados que sobre períodos precedentes gracias a las copias de pinturas murales que se han conservado en los mosaicos, a las encontradas en las paredes de las tumbas macedonias y a los ejemplares hallados en Pompeya y Herculano, que parecen copias de obras de esta época. Dos artistas sobresalen especialmente: Zeuxis, que se hizo famoso por el sombreado y las delicadas gradaciones de color, y Parrasio por el uso sutil de los contornos para representar el volumen y como un maestro de la caracterización y de la atmósfera. Otro pintor destacado fue Apeles, que al parecer poseía del privilegio de retratar a Alejandro y gozó de un elevado estatus en la anti-

güedad, aunque apenas conocemos nada de sus obras. La pintura empezó también a ocupar espacios diferentes a los lugares públicos destacados y fueron muchos los ricos propietarios de mansiones que contrataron a estos artistas para embellecer sus paredes o sus suelos con mosaicos.

La aparición del dinero privado cambió el estatus de los artistas, que hasta entonces habían tenido más bien la consideración de simples artesanos que, aunque fueron admirados por la belleza de sus creaciones, nunca tuvieron los privilegios y el prestigio de otras actividades creativas como la poesía, la música o la filosofía. Eran considerados buenos artesanos, gentes que a fin de cuentas debían trabajar con sus manos y en el interior de sus talleres. No eran portadores de ninguna clase de inspiración divina como los poetas y no parece que sus retratos y efigies fuesen erigidos en las ciudades como sucedía con poetas como Homero, Píndaro o Sófocles u oradores como Demóstenes. Como señaló en su día el estudioso francés François Chamoux, «los griegos amaban el trabajo bello y no miraban el tiempo para realizarlo». Ahora en cambio nos encontramos con individuos que se enriquecieron con facilidad y mostraron su arrogancia en publico, como Parrasio, que se paseaba con un manto de purpura y una diadema de oro, o Zeuxis, que afirmaba el carácter divino de su arte, que no tenía precio. Ahora ya no dependían de la contratación pública y poseían patrones privados que hicieron subir el prestigio y el estatus de estos nuevos artistas.

La cerámica entró en una cierta decadencia a causa de la preferencia de los nuevos consumidores con recursos por las vajillas de metales preciosos. Aun así siguieron fabricándose sobre todo en el sur de Italia con productos más grandes y repletos de elaborados y a veces excesivamente compactos

motivos en los que se representaban santuarios, banquetes o escenas de tragedias a las que trataban de dar un cierto sentido de la profundidad. En la última parte del siglo V a. C. y a lo largo del IV a. C. surgió en el sur de Italia toda una escuela de ceramistas que compitió con éxito con la cerámica ática. Se desarrollaron estilos locales como el apulio, el lucanio, el campanio, el de Paestum o el siciliano. También en la zona de los establecimientos del mar Negro surgió el estilo llamado «de Kertsch», que se difundió rápidamente por toda la región. Sin embargo, al final del período la calidad de los vasos comenzó a decaer y las obras fueron cada vez más mediocres. La cerámica de figuras rojas acabará por desaparecer del todo. La mezcolanza de colores y la excesiva decoración de las cerámicas itálicas antes mencionadas, con esa obsesión por las guirnaldas, constituyen una verdadera prefiguración de lo que va a ser el período posterior. A diferencia de la cerámica ática, estos talleres itálicos se mantuvieron activos hasta bien entrado el siglo III a. C.

Hay que mencionar, por último, la rica variedad de las llamadas artes menores, en especial la serie de figurillas hechas de terracota. Producidas en Beocia, en la localidad de Tanagra, revelan el aumento de la elegancia y el refinamiento de la nueva época. Constituyen un magnífico testimonio de la vida cotidiana con su representación de todo tipo de gentes y su enorme variedad de ropas, formas y actitudes. Como señaló en su día Pierre Levêque, es posible que no hallemos ninguna otra representación de estos aspectos de la vida diaria tan amable y sonriente a la vez como estas pequeñas obras maestras de psicología y arte.

5.2. Problemas fundamentales

5.2.1. En busca del sistema político ideal

La crisis manifiesta del sistema democrático tras la guerra del Peloponeso impulsó a lo largo del siglo IV a. C. un amplio debate intelectual acerca del sistema político ideal. La guerra puso de manifiesto algunos de los principales defectos del sistema democrático, como dejar en manos de una multitud apasionada decisiones importantes que requerían un saber técnico y una capacidad de reflexión que no estaban al alcance de la mayoría. Un hecho como la condena a muerte de Sócrates no debió de suscitar precisamente ninguna sensación de confianza entre unos intelectuales desprestigiados por la crítica mordaz de la comedia aristofánica, que eran capaces ahora de comprobar las peligrosas consecuencias que podían derivarse de este descrédito popular.

La reflexión de los intelectuales se encaminó, por tanto, a la búsqueda de un sistema de gobierno alternativo capaz de afrontar con éxito los nuevos desafíos y de corregir las evidentes deficiencias que se habían detectado en la polis tanto en el ámbito interno como externo. Una primera opción era la vuelta a la monarquía, que aparece ya insinuada en los discursos de Isócrates y en los relatos de carácter casi hagiográfico que Jenofonte dedicó a reyes como el persa Ciro o el espartano Agesilao, que comienzan ya a perfilar la figura del monarca ideal. Era también necesaria la presencia del sabio en el poder, bien como consejero y educador de los nuevos dirigentes, bien ejerciendo por sí mismo el poder. Las especulaciones teóricas de Platón acerca del estado ideal responden sin duda a esta clase de

planteamientos. El impacto de sus ideas se dejó sentir de forma notoria en los tiempos posteriores hasta el punto de condicionar de manera inevitable toda nueva especulación en este sentido. Sin embargo, ya antes de Platón habían surgido algunas propuestas en esta dirección que influyeron posiblemente en la reflexión platónica acerca del estado ideal.

HIPODAMO DE MILETO fue un arquitecto y urbanista que por primera vez en el siglo V a. C. se dedicó a investigar sobre la mejor forma de gobierno sin estar directamente implicado en la práctica política. A juzgar por el testimonio de Aristóteles, su propuesta consistía en la construcción de una comunidad de reducidas dimensiones, capaz de acoger unos diez mil ciudadanos divididos en tres clases, la de los artesanos, la de los campesinos y la de los defensores armados. El territorio de este estado ideal quedaría igualmente dividido en tres partes. Una parte sagrada proporcionaría los dones debidos a los dioses, otra de carácter comunal pertenecería a los defensores, y finalmente una de carácter privado estaría en manos de los campesinos. Así mismo serían tres las clases de leyes que regirían la administración de justicia, en función de injurias, daños y perjuicios, y muerte. Un tribunal supremo compuesto por un cierto número de ancianos elegidos dirimiría los casos más complicados. Establecía también una ley que protegía a los que hubiesen llevado a cabo algún invento beneficioso para el estado y otra que asignaba al propio estado el cuidado de los huérfanos de guerra. Los cargos públicos elegidos por el pueblo debían mostrar una atención particular a los asuntos de la comunidad, a los extranjeros y a los huérfanos. En estas especulaciones teóricas se detectan ya algunos de los rasgos esenciales que van a presidir toda la especulación teórica

posterior, sin embargo, como señaló en su día John Ferguson, su sistema parece implicar en cierto modo una crítica de la práctica democrática ateniense llevada a su extremo, que sin duda disgustaba a un teórico de las características de Hipodamo.

Faleas de Calcedonia teorizó también sobre el sistema ideal de gobierno pero estaba más preocupado por la cuestión social, que era el origen de todas las revoluciones y que en el sistema de Hipodamo había sido pasada por alto. De nuevo según el testimonio de Aristóteles, Faleas fue el primero que introdujo los problemas sobre la propiedad y propuso que las posesiones de los ciudadanos fuesen iguales. Este procedimiento, fácil de llevar a cabo en las nuevas fundaciones, presentaba mayores dificultades en los estados ya consolidados desde antiguo. Sin embargo, Faleas proponía como solución para remediar este desequilibrio que los ciudadanos ricos concedieran dotes y no las recibieran, mientras que los ciudadanos pobres actuarían por lógica en sentido contrario, recibiéndolas sin tener que aportarlas. Independientemente de sus connotaciones idealistas, Faleas demostraba una buena dosis de realismo político al proponer que a la igualdad de propiedades debía acompañar necesariamente la igualdad de educación. Una sabia combinación de iniciativas extraídas de la experiencia política cotidiana con ciertos retoques idealistas procedentes de la elucubración teórica sobre la naturaleza y las condiciones del estado ideal.

Estas propuestas no pueden ser calificadas como utopías en sentido estricto, ya que sus promotores no descartaban la posibilidad de llevarlas a la práctica algún día, cuando las condiciones fueran favorables. La amarga experiencia del propio Platón en Sicilia, tras su complicada relación con los

tiranos de la isla, volvió a poner de manifiesto la completa inadecuación de tales teorías al contexto real de un estado concreto cuyos gobernantes distaban mucho en sus comportamientos del pretendido ideal del sabio en el poder.

PLATÓN tuvo una vida que fue fiel reflejo de las vicisitudes de aquellos tiempos. Recibió una buena educación, viajó por el mundo griego, llegó a instalarse por un tiempo en la corte de un tirano siciliano, de la que fue expulsado posteriormente, y a su regreso a Atenas fundó una escuela en los jardines del héroe Academo. El acontecimiento trascendental de su vida fue, sin embargo, su amistad con Sócrates. Se convirtió en el más fiel de sus discípulos y llegó a escribir su defensa ante el tribunal *(Apología)*. Dedicado de lleno a la filosofía, intentó diseñar la polis ideal, creando una comunidad totalmente estable y duradera basada sobre un sistema moral que fuera al tiempo invulnerable a toda crítica racionalista. Su escuela era una especie de institución académica (en el sentido moderno del término derivado de aquel), formada por colegas y discípulos en la que se debatían cuestiones de filosofía.

Además de numerosos *Diálogos,* en los que se plantean las cuestiones centrales que se debatían en la Academia, sus dos grandes obras son la *República* y *Las Leyes*. En la *República* describe un estado ideal en el que la clase dirigente está compuesta por filósofos que tienen como objetivo conseguir hacer mejores a sus ciudadanos. Dividía a los ciudadanos en tres clases diferentes que tenían asignada una función propia y específica. Los gobernantes debían dirigir el estado, los soldados serían los encargados de su defensa y protección, y por último el resto de los ciudadanos tenía que proporcionar todos los bienes y servicios necesarios. Los miembros de las dos primeras clases debían someterse

a un rígido proceso educativo que desarrollara las cualidades necesarias para el desempeño de su misión. Tenían prohibida la posesión de riquezas y no debían contraer vínculos familiares. Era así estrictamente necesario un proceso de crianza cuidadosamente programado con criterios eugenésicos. La comunidad de bienes y familia eliminaría de raíz toda posibilidad de conflictos. La vida de la tercera clase podía discurrir, en cambio, por caminos menos austeros, pues dispondrían de los recursos necesarios sin llegar a caer en la pobreza extrema ni adquirir una riqueza excesiva y peligrosa.

Estas tres clases se corresponden con los tres elementos que según Platón dominaban el alma individual. La clase gobernante correspondería a la inteligencia, la de los guerreros al valor y la tercera expresaría el poder de los apetitos. La salud política del estado requería la coexistencia armoniosa de las tres clases a través de una relación ordenada bajo el gobierno y control de la clase dominante. El objetivo de este estado ideal era conseguir la permanencia y la estabilidad tras haber minimizado toda fuente potencial de conflicto. Este estado ideal representaría, en suma, la encarnación social de la justicia, cuya naturaleza quedaría expresada en la división de funciones, ya que cada clase desempeñaría aquellas para las que se hallaba naturalmente preparada sin interferir para nada en las tareas de los demás.

Aunque este tipo de construcciones ideales presentan ciertos aspectos de carácter totalitario, hay que tener en cuenta que la propuesta platónica se produjo en medio de unos tiempos turbulentos en los que el antiguo ideal de la polis había sido derribado por la intrusión de grandes potencias hegemónicas o por las luchas civiles internas. El problema a resolver era hallar una estructura política y un tipo de legis-

lación capaces de proporcionar las mayores y mejores oportunidades de supervivencia para la comunidad.

En estas especulaciones influyó también una tendencia a idealizar el sistema espartano (filolaconismo), que se difundió sobre todo en Atenas a finales del siglo V y principios del IV a. C., motivada por la reciente victoria militar espartana en la guerra del Peloponeso que demostraba la superioridad de sus instituciones sobre las atenienses, y especialmente los aspectos más autoritarios del sistema eran los que suscitaban mayor admiración. En el origen de dicha tendencia se halla la oscura figura de Critias, de quien deriva posiblemente la *Constitución de los Lacedemonios*, escrita por Jenofonte. En esta obra se expresa la idea de que la superioridad de Esparta residía en sus particulares leyes acerca de la familia y la propiedad. Se miraban así con buenos ojos prácticas de carácter comunitario como las comidas en común, que obligaban a la moderación, facilitaban el adoctrinamiento de los jóvenes y producían mejores soldados. También contemplaban favorablemente el entrenamiento físico de las mujeres, pues se creía que podía tener consecuencias positivas desde un punto de vista eugenésico. Además, la homogeneidad en las formas de vida y las restricciones sobre la propiedad eliminaban las posibles diferencias entre ricos y pobres.

Esta idealización refleja el profundo malestar existente entre los medios intelectuales atenienses por determinadas carencias y defectos del sistema democrático propio, que se había mostrado incapaz de atajar las disputas sociales y había producido una generación de jóvenes descreídos e individualistas que ya no estaban dispuestos a afrontar los sacrificios necesarios que exigía la ciudad. Esparta se convirtió de esta forma en una especie de espejo invertido que mos-

traba otra cara diferente capaz de dar solución definitiva a los problemas de Atenas, sin importar que la imagen así obtenida tuviera una estricta correspondencia en la realidad.

Aristóteles, que fue la otra gran figura de la filosofía de estos momentos, reflexionó también acerca de los problemas de la estructura política y social del estado. Pasó casi veinte años de su vida en Atenas junto a Platón, viajó a la corte macedonia como tutor del joven Alejandro y a su regreso a Atenas fundó una nueva escuela en la localidad de Liceo denominada peripatética. Su enorme interés en toda clase de fenómenos observables y su deseo de explicarlos mediante sistemas de leyes físicas y biológicas le llevaron a escribir sobre toda clase de temas, desde la física a la poética, pasando por la lógica, la retórica, la ética, la biología y la política. La enorme influencia de su pensamiento, así como la de su antecesor, Platón, posiblemente supera a la de cualquier otro pensador en la historia, sobre todo si tenemos en cuenta la extensión y profundidad que ha tenido a lo largo de los tiempos.

A diferencia de Platón, Aristóteles se ciñó en su diseño del estado ideal a la realidad histórica y, para ello, decidió emprender un estudio de los principales sistemas de gobierno que había en el mundo griego. Tomó de nuevo el *oíkos* (la unidad familiar con todos sus miembros) como primer núcleo humano natural y defendió la propiedad, pues consideraba que era el motor principal de toda la vida económica. En armonía con su concepción de la vida moral, que definía la virtud como el ejercicio del justo medio, mostró su preferencia por la clase media, que se hallaba a resguardo de los excesos o desórdenes que agitaban tanto a las clases altas como a las bajas. Sin embargo, toda su teoría se mantuvo dentro del marco estrecho de la polis, al igual que

había sucedido con Platón. Con todo, la evolución de las cosas discurría en otra dirección hacia el triunfo de formas estatales más amplias como ligas y confederaciones o las poderosas monarquías helenísticas.

Isócrates trató también de aportar soluciones a la crisis política y social que afectaba en aquellos momentos al mundo griego. Se dedicó fundamentalmente a la oratoria y creó una escuela a la que acudieron las principales figuras de la intelectualidad de la época y su nombre aparece asociado sobre todo a la educación. Como señaló en su día el gran estudioso francés Henri Irenée Marrou, su propósito fue «formar a la elite intelectual de la que tenía necesidad la Grecia de su tiempo». Vio en la retórica la verdadera filosofía y el instrumento necesario para el progreso y la civilización. Sin embargo, se alejó de la mera elocuencia sofística y dio a su enseñanza un valor político y moral. Su programa educativo será el de los tiempos helenísticos y romanos y, por tanto, el de las humanidades futuras. A pesar de su nostalgia por un pasado ideal en el que las instituciones atenienses funcionaban, era consciente de los problemas del momento y propuso algunas soluciones. Una de ellas fue el proyecto de conquista de territorios bárbaros en los que fundar colonias a las que se enviaría a los individuos que vagaban entonces por el mundo griego sin oficio ni beneficio y ocasionaban serios problemas de orden público en sus ciudades. De esta forma conseguía dos objetivos importantes: por un lado, liberaba a los estados griegos de una carga potencialmente peligrosa para la estabilidad y el orden sociales, y por otro, estas colonias constituirían toda una barrera defensiva contra un posible ataque bárbaro del exterior. Defendió así el ideal panhelénico e insistió en la necesidad de emprender una campaña contra el bárbaro

bajo un solo poder monárquico, una vez conseguida la unidad de todo el mundo griego.

5.2.2. Causas socioeconómicas de la crisis

Los continuos enfrentamientos dentro del mundo griego y la sucesión de hegemonías provocaron importantes trastornos en casi todos los terrenos. Las devastaciones causadas en los campos habían sumido a los pequeños propietarios en una profunda crisis de la que apenas pudieron recuperarse. Muchos campesinos emigraron a las ciudades con el consiguiente desarraigo de sus costumbres tradicionales, que se veían ahora obligados a cambiar por unas pautas de conducta completamente diferentes. La clase social compuesta por los pequeños y medianos propietarios, que había constituido el fundamento principal de la polis clásica, quedó muy mermada o completamente destruida. La estabilidad política originada por este segmento sociológico se vino abajo y comenzaron a ser frecuentes las luchas fratricidas entre diferentes facciones, que se reducían en muchos casos a dos grandes bloques antitéticos, los ricos y los pobres. Los campos se llenaron de mojones hipotecarios, que indicaban la precariedad de muchas pequeñas propiedades, y reapareció con fuerza el lema revolucionario que propugnaba el reparto de tierras. Las grandes propiedades fundiarias empezaron a ser menos raras y cada vez más constituían un buen negocio. Los productos hortícolas tenían buena salida en las ciudades y el vino y el aceite siguieron produciéndose en buenas cantidades a pesar de las dificultades existentes para el comercio en unos tiempos de tanta confusión política.

La multitud urbana, que en cierto modo había vivido a costa de los ingresos que procuraba el imperio ateniense, comenzó también a notar la escasez como resultado de su supresión definitiva tras la derrota de Atenas. El mercenariado fue una de las salidas que muchos encontraron a su situación de desamparo; como muestra la célebre expedición de los diez mil en suelo asiático que siguió los pasos de un ambicioso príncipe persa, Ciro el Joven, que deseaba arrebatar el poder del imperio a su hermano. Sin embargo, esta medida afectó más a las regiones atrasadas que a estados como Atenas. Allí, al comienzo del siglo IV a. C., se habían creado algunas medidas especiales como el sueldo por asistir a la asamblea, el pago de los jueces o el restablecimiento del denominado *theorikón,* que ahora no tenía otra finalidad que servir de fondo para las diversiones del *démos.* La producción de objetos artesanales continuó al parecer con fuerza, e incluso en algunos aspectos Atenas experimentó un cierto resurgir económico. Sin embargo, la competencia de otros puertos y la creciente reducción del mercado exterior, ya que muchos otros lugares habían desarrollado su propia producción, constituyeron obstáculos insalvables. La producción de vasos itálicos o el florecimiento de estilos locales en muchas de las antiguas fundaciones de ultramar constituyeron un síntoma ilustrativo de este fenómeno. Atenas, en cambio, necesitaba seguir importando grano, para lo que tuvo que recurrir a una diplomacia aduladora para ganarse el apoyo y el favor de los reyezuelos y dinastas de la zona del mar Negro.

Atenas aparecía así como una ciudad dividida y con intereses cada vez más contrapuestos que distaban mucho del antiguo ideal ciudadano reivindicado en Maratón. Los ricos se hallaban agobiados por las contribuciones obligatorias,

como las *liturgías* y la *eisphorá,* y sometidos continuamente a la burla y el descalabro de los tribunales populares. Los pobres, apenas sin recursos, se veían obligados a competir con los esclavos a la hora de conseguir trabajo y debían acogerse como último refugio en las concesiones estatales. Esta ruptura económica y social que había producido la ruina de la polis, junto con los acontecimientos políticos, ofrecía la imagen de un mundo dividido y desintegrado al que desgarraban en su interior los más violentos conflictos. Ante este desolador panorama se explica relativamente bien la facilidad con que impuso su dominio Filipo de Macedonia, dado que era la única fuerza capaz de imponer orden y concordia en un mundo tan dislocado, y gracias a los numerosos partidarios que encontró entre las propias filas griegas.

5.2.3. Los otros griegos

El siglo IV a. C. significó también, entre otras cosas, la aparición en la escena histórica de esos otros estados griegos que hasta entonces habían permanecido en la sombra dando la falsa impresión de que la historia griega se reducía al constante enfrentamiento entre las grandes potencias expansionistas, como Atenas, Esparta o Tebas.

Desde el período arcaico coexistían al lado de las poleis otra clase de estados griegos denominados *éthnos,* una forma de comunidad cuyos miembros estaban unidos a través de vínculos étnicos y religiosos, ya que se agrupaban en torno a un culto común. Su área de difusión se extendía sobre todo por las regiones del centro y noroeste de la península balcánica y el norte del Peloponeso. Hasta el siglo IV a. C. permanecieron generalmente al margen de las ciudades más activas

y tuvieron, por tanto, una escasa o nula participación en los grandes acontecimientos de la historia griega, contribuyeron también relativamente poco al proceso de renacimiento cultural que se inició en la época arcaica y apenas desarrollaron formas propiamente urbanas ya que habitaban regiones montañosas y abruptas cuya forma mayoritaria de hábitat eran las aldeas fortificadas.

En algunos de estos estados de carácter tribal todavía subsistían monarcas, una forma de gobierno que apenas había dejado vestigios en el resto del mundo griego, contaban con una potencia militar destacable, dada la constante dedicación a las armas de una buena parte de su población, que se traduciría en su empleo habitual como mercenarios y en otros casos en la práctica de la piratería o del saqueo de los territorios vecinos. Contemplados desde la perspectiva de los griegos de la polis, aparecían como comunidades primitivas y bárbaras que llevaban siempre armas y se alimentaban y vestían de forma peculiar y exótica. El carácter nómada y pastoril de estas poblaciones y su escaso desarrollo urbano distanciaban su mundo y su forma de vida del de las poleis agrícolas y urbanas que predominaban en la mayor parte del Egeo.

Uno de estos estados que empezó a adquirir protagonismo a lo largo de este período fue la confederación etolia que ocupaba una de las regiones más montañosas y agrestes de las costas noroccidentales al norte del golfo de Corinto. Los escasos testimonios de época clásica hacen referencia a gentes semibárbaras que hablaban incluso un dialecto difícil de comprender, iban siempre armados y habitaban en aldeas. Su centro religioso era el santuario de Apolo en Thermon, donde se habían construido varios templos sucesivos desde época arcaica, alguno de ellos dotado de mues-

tras destacadas de decoración pictórica en sus metopas y en sus antefijas que ponen de manifiesto la presencia temprana de artesanos corintios en la zona. Sin embargo, la primera noticia que tenemos sobre la confederación etolia como tal hace referencia a la ruptura de una tregua sagrada, un acto injustificado y execrable a los ojos de la mayoría de los griegos. Esta valoración negativa de sus actividades se extendió más tarde debido a sus frecuentes razias sobre las regiones vecinas y sus numerosos actos de piratería, que hicieron necesaria la frecuente aparición de los etolios en casi todos los tratados de *asulía,* que implicaban el derecho de no ser objeto de saqueos y devastaciones y que se aplicaban sobre todo a los santuarios.

Este comportamiento resulta hasta cierto punto explicable a partir de diferentes factores tales como la propia configuración del territorio etolio, que no favorecía la práctica de la agricultura, una población numerosa que había que alimentar y cuya salida más habitual era el ejercicio de las armas y los sistemas arcaicos de comportamiento que una vida en estas condiciones propiciaba y estimulaba. Sin embargo, los prejuicios y la necesidad de defenderse de sus agresiones convirtieron a los etolios en una de las bestias negras de la historia griega más reciente, cuya mala imagen se perpetuaría a lo largo del período helenístico. Esta actitud de temor y desprecio puede apreciarse en noticias dispersas como la que menciona Plutarco acerca del recinto de Leucotea en Queronea, su ciudad natal, donde el guardián del templo proclamaba en voz alta con un látigo en la mano: «no entre esclavo ni esclava, ni etolio ni etolia». La equiparación con los esclavos pone de manifiesto la valoración negativa que los griegos de las poleis tenían de estas comunidades aparentemente más atrasadas.

Sin embargo, serían estos estados de carácter federal los que se iban a convertir en protagonistas, especialmente después del triunfo de Macedonia en Queronea. La actuación de los etolios a lo largo del siguiente período resultaría decisiva en muchos momentos, como su rechazo de la invasión de los galos a comienzos del siglo III a. C., que llegó nada menos que hasta el propio santuario de Delfos, del que se erigieron en orgullosos defensores, o su posterior alianza con los romanos o Antíoco III. Probablemente, la realidad y su percepción discurrían por caminos separados.

5.3. Las fuentes

5.3.1. Historiografía de la época

A pesar de que el siglo IV a. C. se ha presentado tradicionalmente como un período de crisis, disponemos de un número de testimonios quizá comparativamente superior a los del período precedente. Aunque no tenemos historiadores sobresalientes de la talla de un Heródoto o un Tucídides, contamos, en cambio, con la obra casi completa de Jenofonte, que nos proporciona una gran cantidad de informaciones. Disponemos también de los fragmentos de la obra de Teopompo de Quíos y podemos igualmente vislumbrar algunos de los contenidos de la historia universal de Éforo a través de la historia de Diodoro de Sicilia. A este panorama nada despreciable se vino a sumar a partir de 1906 una obra histórica más, recuperada en los papiros egipcios procedentes de Oxirrinco, de autor desconocido, que presenta un gran interés por su precisión y objetividad, a pesar de sus numerosas lagunas. Se la conoce como las HELÉNICAS

DE OXIRRINCO. De hecho, muestra un mejor cuidado en la aportación de los datos y en ocasiones también una mayor extensión de sus informaciones si la comparamos con Jenofonte. No limita su interés a la narración precisa de los acontecimientos militares, sino que lo extiende también a otras facetas como la forma de gobierno de las ciudades o las instituciones. Conocemos así algo acerca de la constitución federal beocia a finales del siglo V a. C. gracias a sus informaciones, y es consciente del importante papel que desempeñaron las luchas faccionales internas en la política exterior de aquellos momentos.

JENOFONTE es el principal historiador de este período debido al número de sus obras conservadas. En la *Anábasis* (retirada o expedición hacia el interior) plasmó su experiencia a la cabeza de una expedición militar compuesta por mercenarios griegos contratados por el príncipe Ciro, aspirante al trono persa, que llegó casi hasta el corazón del imperio persa. Nos ofrece una descripción puntual de los territorios y pueblos que fueron encontrando en su camino y la aventura que significó su retirada a las regiones desconocidas del norte, hacia las montañas de Armenia, después de la muerte en combate de su valedor, con el fin de salvar las numerosas amenazas que les rodeaban dentro de un territorio completamente hostil por el acoso de las tropas persas, la agresividad de las poblaciones montañesas y los terribles rigores del clima. Gracias a su relato podemos conocer algunos aspectos de la organización territorial del imperio persa, como la densidad de las aldeas distribuidas por todo el territorio, o el funcionamiento de un ejército en marcha con la celebración constante de asambleas a la hora de adoptar decisiones.

La *Ciropedia* o tratado sobre la educación de Ciro, el fundador del imperio persa, constituye esencialmente una no-

vela histórica, dado el papel destacado de la ficción, pero nos permite vislumbrar algunas de las tradiciones que circulaban acerca del imperio persa en aquellos momentos y nos proporciona también un claro ejemplo de la imagen del buen gobernante, que se convertirá más tarde en la figura modélica del rey a lo largo del período helenístico. Constituye también una buena reflexión sobre la conquista de un imperio y las implicaciones que comportaba una decisión de este tipo.

Las *Helénicas* tienen una incidencia directa en la historia de este período ya que pretendía continuar el relato donde lo había dejado Tucídides. Desde el punto de vista histórico, tiene defectos como su imprecisión cronológica, su atención a muchos acontecimientos de segunda fila mientras que deja al margen hechos fundamentales como la fundación de la segunda confederación ateniense, y, por último, su carácter partidista a favor de Esparta, aunque sutilmente expresado, hacia la que Jenofonte profesaba una reconocida admiración. Sin embargo, constituyen el relato narrativo más completo de los acontecimientos de este período y nos proporcionan numerosas noticias valiosas acerca de aspectos bien diversos de la cultura y la sociedad de la época.

Su biografía del monarca espartano *Agesilao* resulta también importante, ya que fue uno de los personajes más activos de la política exterior espartana de estos momentos y el iniciador de sus campañas en Asia Menor. Tienen también enorme interés su *Constitución de los Lacedemonios* y su biografía del tirano siciliano *Hierón,* en las que se hace eco de los debates contemporáneos acerca de la mejor forma de gobierno. La primera constituye un intento de análisis de los factores que han provocado la grandeza y la decadencia del sistema espartano. La segunda es una reflexión

general sobre las implicaciones psicológicas y morales de la tiranía.

Son asimismo interesantes obras más heterogéneas, como su *Económico,* en la que describe la organización ideal de un dominio familiar *(oíkos)* y nos permite conocer numerosos detalles de la vida diaria y de las costumbres sociales de la época, o sus *Recuerdos de Sócrates,* que reflejan los conflictos ideológicos en la Atenas de finales del siglo V a. C. que condujeron a la condena a muerte del filósofo. No poseía ideas profundas, pero escribía con estilo fácil y didáctico y gracias a la diversidad de sus intereses, Jenofonte se convirtió en un claro precursor de los nuevos tiempos del período helenístico.

Esta tendencia didáctica procedía de las escuelas retóricas de la época y en especial de la de Isócrates, uno de los más grandes oradores de este período. La historia comenzó a convertirse en una acumulación de anécdotas de carácter ejemplar que tenían como objetivo la ilustración moral del público. Los propios oradores utilizaban la historia en sus debates y discursos para los ejemplos de sus argumentos. A su vez la influencia de la retórica se dejó sentir de forma clara entre los historiadores de la época, como los antes citados Éforo y Teopompo.

ÉFORO era discípulo de Isócrates y parece que trasladó a su historia las enseñanzas de su maestro. Sin embargo, sus escasos fragmentos conservados nos impiden hacernos una idea precisa de sus inclinaciones y de la forma que afectaron a su descripción de los acontecimientos.

TEOPOMPO constituye otro ejemplo de la influencia de la retórica sobre la historia, que se aprecia sobre todo en su gusto por las descripciones ampulosas y repletas de detalles en las que la fantasía y la exageración priman claramente

sobre la veracidad histórica. En Teopompo aparecen ya de forma clara algunos rasgos característicos de la historia helenística posterior, como su gusto dramatizante y su afición a lo maravilloso y extraordinario. De hecho, parece que un libro de sus historias, el VIII, circuló por separado como un repertorio de hechos curiosos y maravillosos.

Su otra obra histórica *Historia de Filipo* revela el papel determinante que Teopompo atribuyó al monarca macedonio en la historia de estos momentos. La excesiva longitud de su obra y su carácter demasiado prolijo constituyeron serios impedimentos para su conservación posterior, y por ello pronto dejó de copiarse y quedó en el olvido.

TIMEO, un historiador siciliano de la segunda parte del siglo IV a. C., fue otro autor importante de esta época que compuso en Atenas, donde vivió casi cerca de cincuenta años, su historia del mundo griego occidental, que se centraba particularmente en Sicilia. Su obra tampoco se ha conservado, pero ha dejado sus huellas en la historia de Diodoro de Sicilia, que vivió en el siglo I a. C. y quizá también en las biografías de Plutarco como la del tirano Timoleón, que se refieren a personajes de la historia de Sicilia. Estaba interesado en las relaciones del mundo griego occidental con los pueblos bárbaros de la región y fue quizá el primero que destacó la importancia de Roma como potencia emergente dentro de este contexto. También sobresale FILISTO DE SIRACUSA, que dedicó aproximadamente la mitad de su obra a tratar de su propio tiempo, primera mitad del siglo IV a. C. Como ya se ha dicho en la sección anterior, sus huellas han quedado también en Diodoro, que pudo acceder a ella a través de Éforo, y en las biografías de Plutarco que afectan a este período y a este ámbito geográfico.

Algunos historiadores de este período se dedicaron a tratar aspectos importantes de la historia interna del imperio persa como Dinón y CTESIAS DE CNIDO. Este último fue un médico griego que vivió largo tiempo en la corte persa y escribió más tarde una *Historia de Persia* en la que abundan los elementos de carácter sensacionalista y maravilloso. Esta afición por lo fantástico aparece de manera especial en su obra *Sobre la India,* en la que introdujo leyendas populares que circulaban en el imperio persa sobre aquel país fabuloso y algunos elementos procedentes del rico repertorio imaginativo griego adaptados ahora a aquel territorio lejano. Sin embargo, solo tenemos de sus obras el resumen elaborado por el patriarca bizantino Focio en su *Biblioteca.* Gozó de gran popularidad y constituye el punto de partida de la imagen fantástica de la India que dominó la imaginación europea hasta el siglo XIX.

5.3.2. Otros testimonios

Contamos también con otra clase de testimonios que completan muchos aspectos de la época dejados de lado por los historiadores como los discursos de los oradores y la comedia. El desarrollo de la política en la democracia ateniense, con el protagonismo cada vez mayor de la asamblea o los tribunales, favoreció la proliferación de toda clase de discursos, desde el de carácter político pronunciado ante la asamblea, hasta el puramente judicial que se leía delante de los tribunales populares. Aunque se inició como género en pleno siglo V a. C., las obras principales conservadas pertenecen de lleno a este período. Sin embargo, la mayor parte de los discursos conservados no constituyen un fiel reflejo

de las alocuciones que se pronunciaron en su día ante los tribunales de Atenas, sino que representan más bien una serie de obras de carácter literario, que han pervivido en la tradición a causa precisamente de este motivo. Aun así nos proporcionan una visión de los problemas que afectaban a la sociedad ateniense de esos momentos y nos presentan una galería de personajes de carne y hueso, aunque en una forma algo estilizada y artificiosa, que pululaban entonces por los foros judiciales áticos.

LISIAS fue uno de los oradores más importantes. Era un meteco que vivió en Atenas durante la primera década del siglo IV a. C. Los discursos de Lisias constituyen nuestra mejor fuente de información sobre la vida privada de la Atenas de este período gracias a la simpleza efectiva y el «encanto» *(cháris)* de su estilo. ISEO fue otro orador interesante, ya que sus discursos nos proporcionan información acerca de las leyes relacionadas con la herencia de la Atenas de la época y, al tiempo, nos informa de manera indirecta sobre las actitudes y costumbres en el ámbito de las relaciones familiares.

ISÓCRATES es seguramente la figura más relevante por la enorme influencia que tuvo en la historiografía de la época y en la educación en general, ya que abrió una escuela de retórica en Atenas a comienzos de siglo. Sus discursos reflejan el debate intelectual del momento sobre la pertinencia de un determinado modelo educativo, el de la retórica, impulsado por Isócrates, o el de la filosofía que propugnaba Platón. Su obra refleja también las preocupaciones más candentes del momento, como la llamada a la cooperación entre las dos grandes potencias griegas, Atenas y Esparta, en un programa común de carácter panhelénico con el objetivo de emprender una campaña contra el bárbaro, encarnado sobre todo ahora en el imperio persa.

DEMÓSTENES fue, sin embargo, la personalidad más relevante de todo el período ya que su actividad oratoria se expresó en toda clase de discursos, tanto de carácter privado o público, como los de tipo más deliberativo o propiamente judicial. Su poderosa personalidad y su fuerza imponente a la hora de exponer sus ideas le hicieron implicarse de lleno en la vida política de aquellos momentos cruciales de la historia de Atenas. De sus discursos privados destaca el escrito *En favor de Formión,* que proporciona interesantes noticias acerca de la vida económica de esos momentos, así como sobre las actitudes atenienses sobre los esclavos y libertos. Dentro de este mismo campo hay que destacar también el discurso *Contra Aristócrates,* que constituye nuestra fuente principal de información sobre la complicada situación de las regiones del norte del Egeo, en especial de Tracia, a mediados del siglo. Del mismo modo, este discurso constituye una fuente fundamental de noticias acerca de las leyes áticas sobre el homicidio. Sin embargo, sus discursos más célebres son los que figuran reunidos bajo el título de *Filípicas,* en los que Demóstenes trató de advertir a sus conciudadanos acerca del peligro que Filipo representaba para la seguridad e independencia de Atenas. Reflejan los profundos debates entre diferentes facciones de la clase política ateniense a favor de un entendimiento con el monarca macedonio o en pro de una decidida y enconada resistencia. Sus obras constituyen una fuente de información histórica fundamental para todo este complejo período en el que se debatía la propia supervivencia de Atenas como comunidad política.

ESQUINES fue el principal rival y oponente de Demóstenes a causa de su defensa de una honrosa entente con Filipo

como única solución factible en aquellos momentos. Su discurso *Contra Timócrates* constituye una fuente de información acerca de la prostitución homosexual en la sociedad de entonces y sobre los procedimientos de la asamblea y las opiniones y actitudes de los oponentes de Demóstenes, que eran calificados de traidores en sus discursos.

HIPÉRIDES fue otro orador importante de este momento del que hemos podido recuperar sus discursos gracias a los hallazgos de papiros en Egipto a mediados del siglo XIX. Desempeñó también un papel muy activo en la política de aquel tiempo, y gracias al lenguaje utilizado en sus discursos, con palabras procedentes de la comedia y del lenguaje de la calle, conocemos algunos aspectos de la forma de hablar habitual de la gente, distinta por completo del lenguaje literario más estilizado. Su discurso *En favor de Euxenipo* nos ofrece detalles acerca de un asunto tan poco corriente y curioso como la incubación durante el sueño en los templos.

PLATÓN constituye también un importante testimonio para toda esta época ya que en su abundante producción han quedado reflejadas las tendencias intelectuales que predominaron en Atenas en estos momentos. Nuestra imagen fundamental de los sofistas procede de su aparición como personajes en los diálogos platónicos, que reflejan los problemas ideológicos y morales que eran objeto de debate tras el fracaso del sistema democrático y ante las negras perspectivas de futuro. La propuesta de soluciones de carácter utópico constituye el tema principal de la *República* platónica que nos informa también acerca de la historia de las tiranías sicilianas de esta época, dada la aventura personal que el propio filósofo vivió en la isla durante un tiempo. Los diálogos platónicos en general constituyen también una fuente

de información acerca de numerosos aspectos concretos de la vida cotidiana o de algunas actitudes individuales o colectivas, tal y como aparecen reflejados en el curso de la obra aunque sea de forma secundaria o colateral.

ARISTÓTELES también resulta fundamental en este sentido, tal como se ha visto ya anteriormente en algunas de sus obras como la *Política* o la *Constitución de los Atenienses* sobre las instituciones de la democracia ateniense y su desarrollo. Lo que hemos conservado de su extensa y variada producción literaria es solo la parte que iba dirigida a sus discípulos, dado que no tenemos las obras que escribió para el gran público, a diferencia de lo sucedido con Platón. Aun así estas obras constituyen un testimonio acerca de la vitalidad intelectual de aquellos momentos y del surgimiento de nuevos intereses y disciplinas que iban a consolidarse a lo largo del período helenístico.

Dos obras relacionadas directamente con la escuela aristotélica que tienen una enorme importancia para el historiador son el tratado conocido como el *Económico,* atribuido falsamente a Aristóteles, en el que aparecen interesantes reflexiones acerca de las actividades económicas y financieras de aquellos tiempos que son ilustradas con ejemplos históricos. En segundo lugar, una obra escrita por su discípulo TEOFRASTO, que le sucedió en la dirección de la escuela, titulada los *Caracteres,* nos presenta un repertorio de treinta clases de individuos que representan típicas desviaciones de la conducta habitual y nos permiten vislumbrar ciertos comportamientos sociales y las normas imperantes que regían la sociedad.

También la COMEDIA, en concreto las dos últimas obras de Aristófanes, como el *Pluto* y las *Asambleístas,* o los fragmentos de la comedia media que han llegado hasta noso-

tros, nos proporcionan algunas informaciones sobre la vida diaria de las gentes de entonces, sus inquietudes y desasosiegos o sobre la variada gama de individuos que empezaban a proliferar por entonces y que luego darían paso a los personajes tópicos y de género característicos de la comedia nueva de Menandro. Se trataba de un tipo de comedia más costumbrista con una clara tendencia a parodiar tipos y costumbres de una sociedad que se había cerrado sobre sí misma y había dejado a un lado las grandes cuestiones colectivas de la vida pública, que constituían el tema de la comedia antigua, para ocuparse casi en exclusiva de los asuntos privados de cada individuo. Una comedia, en suma, centrada sobre las realidades de la vida burguesa y doméstica de la clase media de pequeños propietarios que constituían una parte sustancial de la sociedad ateniense de esta época, cuyas preocupaciones principales eran la búsqueda del bienestar fácil y sin complicaciones y la consecución de un ascenso en la escala social gracias a un golpe inesperado de la fortuna.

De la comedia media, que floreció en la primera mitad del siglo IV a. C. no conservamos más que fragmentos que describen un cuadro obsesivo por la comida en forma de parodias de la edad de oro, que ahora presenta el aspecto de un paraíso culinario en el que se podía conseguir los alimentos o cocinarlos sin ningún esfuerzo. Esta obsesión refleja quizá las penurias que atravesó Atenas a comienzos del siglo en los años confusos que siguieron a la pérdida de la hegemonía sobre el Egeo y de su control sobre el tráfico marítimo, que garantizaba los suministros a la ciudad.

Otro testimonio importante fueron también las biografías de SÁTIRO dedicadas a personajes políticos de la época, como Filipo II o Demóstenes, que han llegado hasta noso-

tros de forma fragmentaria en las obras de autores como Diógenes Laercio, autor del siglo III d. C. que escribió unas *Vidas de filósofos,* o en la heterogénea y variada obra de Ateneo el *Banquete de los sabios,* también del siglo III d. C., que constituye nuestro repertorio más importante y completo de autores perdidos de toda la literatura griega. Destaca el fragmento sobre la política matrimonial de Filipo II en el que se mencionan por orden las sucesivas esposas con las que se casó el monarca macedonio. Otro testimonio importante es también la obra de ENEAS EL TÁCTICO, que escribió un tratado de estrategias militares en asedios donde proporciona interesantes noticias sobre la historia de la época. Comprobamos la importancia que tenía en aquellos momentos la lucha de facciones en el interior de cada ciudad, ya que constituía uno de los riesgos principales a tener en cuenta para protegerse de un asedio enemigo, dada la amenaza siempre latente de una traición interna en la ciudad que sufría el ataque.

LAS INSCRIPCIONES constituyen un testimonio irreemplazable que nos ilustra acerca de numerosos aspectos sobre la vida internacional de las ciudades a través de algunos tratados o decretos, sobre actividades diversas de la vida social o económica, como el juramento de los efebos atenienses o detalles concernientes a la exportación de algunos bienes como el miltos (un ocre rojo que servía como pintura impermeable para las naves). El testimonio de las inscripciones resulta también muy importante en el terreno de la vida religiosa de esta época. Nos proporcionan información acerca de las curaciones realizadas en el santuario de Epidauro, sobre la construcción de templos en algunos lugares como la isla de Chipre, sobre las leyes que regían determinadas comunidades de carácter religioso o sobre la exten-

sión y popularidad que alcanzaron algunas prácticas de tipo mágico-religioso como las tablillas de maldición del Ática o algunas otras de origen órfico-pitagórico halladas en el sur de Italia.

Son también especialmente importantes los restos arqueológicos dado que muchas de las ruinas arquitectónicas que hoy podemos contemplar todavía en muchos puntos de la geografía griega proceden de estos momentos. Es el caso de los teatros de Epidauro, Atenas y Vergina, en Macedonia, de partes importantes de algunos santuarios como el de Asclepio en Epidauro, el de Apolo en Delfos, que sufrió una profunda remodelación a consecuencia de los daños producidos por un terremoto, de los grandes edificios de Megalópolis, de grandes *stóas* como las de Olimpia, la del Anfiareo de Oropo y la de Megalopolis, de fortificaciones como las de algunos lugares de la frontera entre Beocia y el Ática o de algunas construcciones públicas de Atenas como la zona de la Pnyx, donde se celebraban las asambleas. Además, conocemos los esquemas básicos del urbanismo griego gracias a las ciudades que bien fueron fundadas en esta época, como Mesenia en el Peloponeso, que conserva sus sofisticadas y espléndidas fortificaciones, o bien fueron reconstruidas, como Priene en Asia Menor, o completamente arrasadas, como Olinto en el norte del Egeo, cuyas ruinas han permitido avanzar considerablemente en el conocimiento de las formas concretas de hábitat y de la manera de vivir de los griegos de este período gracias a la conservación del esquema de sus calles y casas, de los restos de pintura mural que adornaban las paredes de algunas de sus viviendas o de los suelos de mosaico con esplendidas representaciones.

5.4. Bibliografía fundamental

a) General

BUCKLER, J.: *Aegean Greece in the Fourth Century,* Brill, Leiden, 2003.

— *The Theban Hegemony,* Harvard University *Press,* Cambridge Mass., 1980.

— y BECK, H.: *Central Greece and the Politics of Power in the Fourth Century B. C.,* Cambridge University Press, 2008

CARLIER, P.: *Le IV siècle jusqu'à la mort d'Alexandre,* Nouvelle Histoire de l'Antiquité, Seuil, París, 1995.

FORNIS, C.: *Grecia exhausta. Ensayo sobre la guerra de Corinto,* Hypomnemata 175, Vandenhoen & Ruprecht, Gotinga, 2008.

PASCUAL GONZÁLEZ, J.: *Grecia en el siglo* IV *a. C.,* Síntesis, Madrid, 1997.

RYDER, T. T. B.: *Koiné Eirene. General Peace and Local Independence in Ancient Greece,* Oxford University Press, 1965.

STARR, Ch. G.: «Greeks and Persians in the Fourth Century B.C. A Study in Cultural Contacts before Alexander», *Iranica Antiqua,* 11, 1975, 39-99 y 12, 1977, 49-115.

TRITLE, L. A.: *The Greek World in the Fourth Century,* Routledge, Londres, 1997.

WILL, E., MOSSE, CL. y GOUKOWSKY, P.: *Le monde grec et l'orient. Le IV siècle et l'époque hellénistique,* Peuples et Civilisations, PUF, París, 1975.

b) Filipo II y Macedonia

BORZA, E. N.: *In the Shadow of Olympus. The Emergence of Macedon,* Princeton, 1990.

BUCKLER, J.: *Phillip II and the Sacred War,* Suppl. Mnemosyne, Brill, Leiden, 1989.

ELLIS, J. R.: *Phillip and Macedonian Imperialism,* Thames and Hudson, Londres, 1976.
HAMMOND, N. G. L.: *The Macedonian State. The Origins, Institutions and History,* Clarendon Press Oxford, 1989.
MOMIGLIANO, A.: *Filipo il Macedone,* ed. Anastática, Milán, 1987.
ROISMAN, R. y WORTHINGTON, I. (eds.): *A Companion to Ancient Macedonia,* Wiley Blackwell, Oxford, 2010
SQUILACE, G.: *Filippo il Macedone,* Laterza, Roma-Bari, 2009.
WORTHINGTON, I.: *Philip II of Macedon,* Yale University Press, New Haven-Londres, 2008.

c) Esparta

CARTLEDGE, P.: *Agesilaos and the Crisis of Sparta,* The John Hopkins Univ. Press, Baltimore, 1987.
LEWIS, D. M.: *Sparta and Persia,* Brill, Leiden, 1977.
OLIVA, P.: *Esparta y sus problemas sociales* (trad. cast.), Akal, Madrid, 1983.

d) Atenas

CARGILL, J. L.: *The Second Athenian League. Empire or Free Alliance?,* Berkeley University Press, 1981.
HANSEN, M. H.: *The Athenian Democracy in the Age of Demosthenes,* Blackwell's, Oxford, 1991.
MOSSE, C.: *La fin de la démocratie athénienne,* PUF, París, 1962.
STRAUSS, B. S., *Athens after the Peloponnesian War,* Londres, 1986.

e) Siracusa y Cartago

CAVEN, B.: *Dionysius I: Warlord of Sicily,* Yale University Press, New Haven, 1990.

SANDERS, L. J.: *Dionysios of Syracuse and Greek Tyranny,* Londres, 1987.

SORDI, M.: «Filisto e la propaganda dionisiana», en H. Verdin, G. Schepens y E. De Keyser (eds.), *Purposes of History. Studies in the Greek Historiography from the 4th to the 2nd Centuries B. C.,* Studia Hellenistica 30, Lovaina, 1990,159-171.

f) El debate ideológico

BARNES, J.: *Aristóteles* (trad. cast.), Cátedra, Madrid, 1987.

DOVER, K. J.: *Greek Popular Morality in the Times of Plato and Aristotle,* Univ. of California Press, Berkeley-Los Ángeles, 1974.

FERGUSON, J.: *Utopias of the Classical World,* Thames and Hudson, Londres, 1975.

MORROW, G. R.: *Plato's Cretan City. A Historical Interpretation of the Laws,* Princeton, 1960.

RAWSON, E.: *The Spartan Tradition in European Thought,* Oxford Clarendon Press, 1969.

REEVE, C. D. C.: *Philosopher-Kings. The Argument of Plato's Republic,* Princeton, 1988.

SZLEZAK, T. A.: *Reading Plato* (trad. ingl.), Routledge, Londres, 1999.

g) Las causas socioeconómicas de la crisis

FINLEY, M. I. (ed.): *Problemes de la terre en Grèce ancienne,* París-La Haya, 1973.

GAUTHIER, P.: *Symbola. Les étrangers et la justice dans les cités grecques,* Nancy, 1972.

GEHRKE, H. J.: *Stasis. Untersuchungen zu den inneren Kriegen in den griechischen Staaten des 5. und 4. Jahrhunderts v. Chr.,* Vestigia, Band 35, Múnich, 1985.

h) Los otros griegos

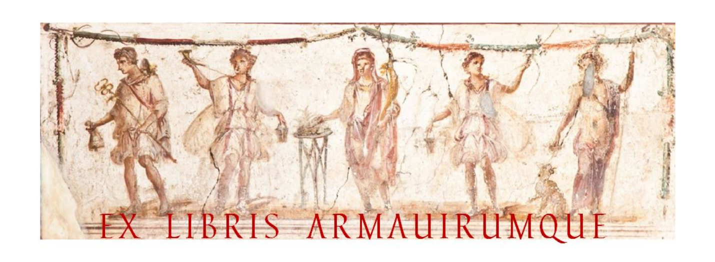
ANTONETTI, C.: *Les étoliens. Image et réligion,* París, 1990.
BROD, R. y HODKINSON, S. (eds.): *Alternatives to Athens. Varieties of Political Organization and Community in Ancient Greece,* Oxford University Press, 2000.
GERHKE, H. J.: *Jenseit von Athen und Sparta. Das Dritte Griechenland und seine Staatenwelt,* Beck, Múnich, 1986.
HORNBLOWER, S.: *Mausolus,* Clarendon Press, Oxford, 1982.
LARSEN, J. A. O.: *Greek Federal States. Their Institutions and History,* Clarendon Press Oxford, 1968.
ROBINSON, E. W.: *Democracy beyond Athens. Popular Government in the Classical Greek Age,* Cambridge University Press, 2011.

i) Las fuentes

ANDERSON, J. K.: *Xenophon,* Duckworth, Londres, 1974.
BARBER, G. L.: *Ephorus the Historian,* reimpr., Ares, Chicago, 1993.
BROWN, T. S.: *Timaeus of Tauromeniun,* Univ. of California, publ. in History 55, Berkeley-Los Ángeles, 1958.
BRUCE, I. A. F.: *An Historical Commentary on the Hellenica Oxyrhynchia,* Cambridge, 1967.
CARLIER, P.: *Demosthène,* Fayard, París, 1990.
DAVID, E.: *Aristophanes and Athenian Society of the Early Fourth Century B.C.,* Brill, Leiden, 1984.
DILLERY, J.: *Xenophon and the History of his Times,* Routledge, Londres, 1995.
DOVER, K. J.: *Aristophanic Comedy,* University of California Press, Berkley-Los Ángeles, 1972.
— *Lysias and the Corpus Lysiacum,* Berkeley, 1968.
DREWS, R.: *The Greek Accounts of Eastern History,* Harvard Univ. Press, Cambridge Mass., 1973 (sobre Ctesias de Cnido, 103-116).

FIELD, G. C.: *Plato and His Contemporaries. A Study in Fourth Century Life and Thought,* Londres, 3.ª ed., 1967.
FLOWER, M. A.: *Theopompus of Chios. History and Rhetoric in the Fourth Century B.C.,* Clarendon Press, Oxford, 1994.
HIRSCH, S. W.: *The Friendship of the Barbarians. Xenophon and the Persian Empire,* Univ. Press of New England, Hanover y Londres, 1985.
JACOB, Ch.: *The Web of Athenaeus,* Center for Hellenic Studies 61, Washington, 2013
LOMBARD, J.: *Isocrate,* Klincksieck, París, 1990.
MOMIGLIANO, A.: *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia* (trad. cast.), FCE, México, 1986.
PARMEGGIANI, G.: *Eforo di Cuma: Studi di storiografia greca,* Studi di storia 14, Patro, Editore, Bolonia, 2011.
POSNER, E.: *Archives in the Ancient World,* Harvard Univ. Press, Cambridge Mass., 1972, 91-117.
PROIETTI, G.: *Xenophon's Sparta. An Introduction,* Brill, Leiden, 1987.
RHODES, P. J. y OSBORNE, R.: *Greek Historical Inscriptions 404-323 BC,* Oxford University Press, 2003.
SEALEY, R.: *Demosthenes and His Time,* Berkeley Univ. Press, 1993.
SUTTON, D. F.: *Ancient Comedy. The War of Generations,* Nueva York, 1993.
TODD, S. C.: «The Use and Abuse of the Attic Orators», en *Greece & Rome,* 37, 1990, 159-178.
— *A Commentary on Lysias, Speeches 1-11,* Oxford University Press, 2007.
TUPLIN, Ch. (ed.): *Xenophon and his World,* Franz Steiner Verlag, Stuttgart, 2004
WEIL, R.: *Aristote et l'Histoire. Essai sur la politique,* Klincksieck, París, 1960.
WORTHINGTON, I. (ed.): *Demosthenes. Stateman and Orator,* Routledge, Londres, 2000

6. Alejandro y el nacimiento de un nuevo mundo (334-323 a. C.)



6.1. Panorama general

6.1.1. Alejandro el macedonio

La figura de Alejandro resulta ciertamente excepcional desde todos los puntos de vista. Hijo de Filipo II y de Olimpíade, una princesa del Epiro, heredó posiblemente los rasgos sobresalientes de ambos en su personalidad. El valor, la energía y la inteligencia política de su padre se mezclaron con una cierta predisposición mística y la sensibilidad desenfrenada de su madre. Fue educado a la griega bajo la tutela de Aristóteles y se familiarizó desde muy temprano con los grandes poetas griegos. Sin embargo, Alejandro fue educado también y seguramente de forma más intensa y continuada dentro de las tradiciones macedonias como la caza, la destreza militar o la desconfianza en el seno de una corte no siempre amigable y repleta de posibles rivales. Era,

a todas luces, un príncipe macedonio y esta naturaleza explica, en buena parte, muchos de sus comportamientos. Empezó muy pronto a tomar parte en las tareas de gobierno y a imbuirse, por tanto, de los ambiciosos proyectos de Filipo II. Su experiencia militar fue también temprana, ya que dirigió el ataque de la caballería en Queronea con solo dieciocho años.

El inesperado asesinato de su padre le llevó al trono antes de lo previsto y se vio obligado a hacer frente a la resistencia interna de ciertos sectores de la corte macedonia que no veían con buenos ojos su acceso al poder. Alejandro tuvo que afrontar el intento de rebelión de los griegos, que con la desaparición de Filipo y la presencia en el trono de un joven inexperto habían concebido esperanzas de liberación del yugo macedonio. Alejandro solventó con relativa facilidad, pero no sin costes, ambos obstáculos. Su campaña griega resultó arrolladora. La ciudad de Tebas, que había encabezado el inicio de la rebelión, fue completamente arrasada por las tropas macedonias, que solo dejaron en pie la casa del poeta Píndaro y los templos de los dioses. Con Atenas, sin embargo, que todavía era la ciudad más importante dentro del panorama griego, Alejandro se comportó con cierta magnanimidad, como había hecho su padre, seguramente con los mismos objetivos que aquel. Alejandro decidió llevar a término los planes de expansión en Asia que había concebido su padre, y para ello, necesitaba verse libre, al menos momentáneamente, de cualquier tensión interna en suelo griego.

Diseñó la expedición de conquista desde el punto de vista propagandístico como una auténtica campaña panhelénica antipersa, una guerra de represalias por las ofensas que los persas habían inferido a Atenas durante las guerras mé-

dicas. Sus objetivos eran probablemente mucho más ambiciosos que los de su padre y estaban concebidos además desde una perspectiva macedonia. Sin embargo, Alejandro, mediante esta campaña de propaganda, trató de convertir su aventura personal en un proyecto mucho más amplio capaz de implicar a una buena parte de las ciudades griegas.

6.1.2. La expedición oriental: un balance

Aunque Alejandro contaba solo con veintidós años cuando emprendió la campaña oriental en el año 334 a. C., su experiencia política y militar era ya considerable. La campaña contra el gigantesco y poderoso imperio persa abría las puertas de una nueva época e iniciaba la lenta transformación del mundo que había conocido hasta entonces. Era una hazaña de una envergadura excepcional sin precedentes con solo echar un vistazo al mapa. Desde su partida de Pela, la capital macedonia, Alejandro recorrió casi veinte mil kilómetros. Atravesó llanuras infinitas, regiones cenagosas y selváticas, montañas elevadas y pavorosos desiertos, tuvo que cruzar caudalosos ríos que impedían su avance, adentrarse por selvas y regiones desconocidas, y deambular por paisajes inhóspitos que pocos habían pisado antes. Se enfrentó en batallas ordenadas a los imponentes ejércitos persas, que contaban sus efectivos en decenas de miles de hombres, a un poderoso rajá indio que medía casi dos metros de altura y contaba con un temible batallón de elefantes, a hábiles y escurridizos líderes que capitaneaban la resistencia de las regiones más desoladas del Asia central y a reyezuelos residentes en fortalezas imposibles de tomar al asedio. Tuvo que hacer frente a infinitas complicaciones de

todas clases, desde situaciones militares delicadas, de las que dependía todo el futuro de la expedición y en alguna de las cuales estuvo incluso a punto de perder la vida, y marchas bajo el sol implacable con escasez de víveres, hasta conspiraciones y motines de sus propias tropas. A lo largo de la ruta fueron quedando muchos de sus allegados más próximos, algunos víctimas directas de su paranoia o de su ira, como su general Parmenión, el historiador Calístenes o su compañero Clito el Negro, y otros como su íntimo amigo Hefestión a causa de la enfermedad. Alejandro parecía imbatible y capaz de superar todas las dificultades e inconvenientes posibles hasta que la enfermedad detuvo bruscamente su camino un día caluroso de junio del año 323 a. C. en Babilonia, una ciudad que estaba destinada posiblemente a convertirse en la capital de su nuevo imperio.

La aventura oriental de Alejandro constituye, sin duda, un acontecimiento casi sin parangón en la historia. Se lanzó a la conquista de un imperio inmenso que tenía bajo su dominio multitud de pueblos y se hallaba perfectamente organizado. Contaba con recursos prácticamente ilimitados en dinero y en hombres y un extraordinario sistema de comunicaciones y puestos fortificados que contribuían al control de las provincias y territorios más alejados. Frente a todo esto, Alejandro solo disponía de modestos recursos financieros que apremiaban la necesidad de conseguir una victoria para obtener el correspondiente botín que rellenara las vacías arcas del tesoro real. En el momento de la partida solo disponía en caja de setenta talentos que apenas le permitían afrontar los primeros gastos de campaña. Dejaba además a sus espaldas una situación política complicada, tanto en Macedonia y sus fronteras del norte, donde todavía subsistían enemigos poderosos, como en el propio mun-

do griego, ya que una ciudad como Esparta no había secundado su campaña panhelénica y permanecía fuera de la Liga de Corinto. Un descomunal desafío, en suma, que solo la genialidad de Alejandro, y quizá también en parte su fortuna, como pensaban los antiguos, podía afrontar con perspectivas de éxito.

6.1.3. La conquista de Asia Menor

Nada más cruzar los estrechos, Alejandro desembarcó de manera solemne en tierra asiática y clavó su lanza en el suelo declarando esta tierra objeto de conquista *(chóra doríktetos)*. Inmediatamente después rindió visita obligada a la supuesta tumba de Aquiles, uno de los héroes a los que deseaba emular, y procedió a la reconstrucción del templo de Atenea en Ilión, la ciudad que ocupaba ahora el solar de la antigua Troya. Su primer enfrentamiento con el enemigo se produjo en las riberas del río GRÁNICO, si bien en esta primera ocasión el grueso de las tropas rivales lo formaban mercenarios griegos bajo las órdenes del general rodio Memnón, que estaba al servicio de Darío III. A pesar de las condiciones desfavorables en las que inició el combate, ya que debía cruzar el río con todo el ejército enemigo apostado en la ribera opuesta y a una cierta altura del agua, un error táctico le otorgó una ventaja decisiva y consiguió imponerse en la batalla de forma aplastante. Tras la victoria, envió trescientas panoplias del enemigo al mundo griego que llevaban la siguiente inscripción: «Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos con excepción de los lacedemonios sobre los bárbaros que habitan Asia». De esta forma, trataba de reavivar el antiguo espíritu panhelénico, incluso en el lenguaje, que ha-

bía imperado en los momentos que siguieron al triunfo griego sobre los persas en el siglo V a. C. Hizo erigir también en el santuario de Dion, al pie del Olimpo, veinticinco estatuas de jinetes con sus caballos en memoria de los compañeros que habían muerto en el combate.

A partir de este momento, marchó por la costa de Asia Menor hacia las ciudades griegas, en la mayoría de las cuales fue acogido favorablemente. A tono con su política de propaganda, emprendió la reconstrucción de algunos de sus templos y procedió a su liberación política de las tiranías propersas que las gobernaban, restableciendo en ellas la democracia. La realidad era, sin embargo, bien diferente. Las ciudades cambiaban simplemente de dominador, ya que las guarniciones macedonias sustituyeron a las persas y los tributos fueron a parar ahora a manos del nuevo administrador macedonio en lugar de al sátrapa persa de la zona. Cada una de las ciudades recibía, además, un trato diferente en función de la actitud más o menos entusiasta con la que habían acogido la llegada de Alejandro. Las que ofrecieron resistencia fueron castigadas de forma contundente, como Mileto o Halicarnaso, que había sido fortificada por Memnón. En Mileto licenció la flota griega y en el invierno entre los años 334-333 a. C. sometió las regiones de Licia, Panfilia y Pisidia, situadas al sur de Asia Menor.

Sin embargo, en lugar de proseguir su camino hacia Oriente, Alejandro dio un giro inesperado a su ruta y volvió a adentrarse de nuevo hacia el interior de Anatolia, donde aún quedaban importantes focos de resistencia persa. En el curso de esta etapa se produjo un acontecimiento de alto poder simbólico y propagandístico en la ciudad de Gordion, que era la antigua capital de Frigia. Alejandro se enfrentó al famoso nudo gordiano, un bloque enmarañado del

que no sobresalían los cabos que auguraba el dominio de Asia a quien consiguiera deshacerlo. El monarca macedonio lo cortó de un solo tajo y consiguió así cumplir con sus expectativas. A comienzos del verano del año 333 a. C., Alejandro emprendió ya la ruta de Cilicia con el propósito de seguir avanzando hacia Oriente, pero en Tarso sufrió por imprudencia una grave enfermedad que le tuvo al borde de la muerte. La incertidumbre provocada entre sus tropas puso claramente de manifiesto la fragilidad de toda la campaña, que dependía por completo del rey, el cual controlaba en persona todos los movimientos e informaciones acerca del avance y destino de la expedición. La afortunada intervención de un médico acarnanio consiguió devolverle la salud.

6.1.4. La marcha a través de Fenicia y Egipto

Alejandro consiguió atravesar las denominadas «Puertas Cilicias», que eran un estrecho desfiladero que comunicaba el sur de Asia Menor con las llanuras del norte de Siria. Inmediatamente después, Alejandro tuvo que librar una nueva batalla contra las tropas persas, que esta vez estaban comandadas por el propio monarca persa, Darío III Codomano, al frente de un enorme contingente de tropas. El combate tuvo lugar en Isos en noviembre del año 333 a. C. Alejandro volvió a conseguir la victoria gracias a un nuevo golpe de fortuna y a los errores tácticos cometidos por el enemigo, que libró batalla en un espacio completamente inadecuado para las dimensiones de sus numerosos efectivos. Alejandro no solo consiguió la victoria, sino que se apoderó además de toda la familia real y del tesoro depositado en Damasco. La moral de las tropas y las finanzas de la expe-

dición recibieron así una inyección de recursos muy importante. Su victoria le abría el camino hacia el sur y el este del imperio persa. Alejandro optó, sin embargo, por continuar hacia el sur, camino de Egipto, con el objetivo principal de establecer su control sobre los importantes puertos de la costa fenicia, que constituían las bases de la flota persa y amenazaban constantemente su dominio sobre el mar.

Tuvo que superar en el trayecto dos importantes obstáculos. El primero fue la ciudad fenicia de TIRO, que opuso una enconada resistencia durante seis meses, le causó graves pérdidas y le ocasionó importantes trastornos. Tras la captura de la ciudad, Alejandro ordenó masacrar a ocho mil de sus habitantes y vendió como esclavos a otros treinta mil. El segundo fue la ciudad de GAZA que también resistió durante dos meses de asedio. Al igual que en Tiro, impuso un castigo ejemplar al comandante de la plaza, arrastrándole de los tobillos a la manera de Aquiles con Héctor en torno a las murallas de la ciudad.

Entre tanto la ofensiva persa se había reanudado en Asia Menor con el reagrupamiento de las tropas bajo el mando de Memnón, que era un excelente estratega. Sin embargo, la situación mejoró considerablemente con la victoria de Antígono el Tuerto, uno de sus generales más destacados, en Capadocia y Paflagonia en el año 332 a. C., y la muerte imprevista del gran estratega rodio. En estos momentos, Darío envió una primera embajada que ofrecía a Alejandro unas condiciones de rendición aceptables. Su contundente rechazo ahondó todavía más la brecha, que se iría agrandando de forma progresiva, entre las expectativas aparentemente ilimitadas de Alejandro y las aspiraciones mucho más conservadoras y realistas de los miembros más veteranos de su Estado Mayor.

Su entrada en Egipto resultó un auténtico paseo triunfal. Alejandro apareció ante la población indígena como un auténtico liberador de la tiranía persa y fue coronado como rey del país adoptando la titulatura tradicional de los faraones. Mantuvo buenas relaciones con el clero egipcio, una de las claves para dominar el país, y prosiguió su política de restauración y reconstrucción de los templos. Fundó la ciudad de Alejandría en el delta del Nilo, junto al mar, y reorganizó la administración mediante la división del territorio en tres *nomarquías* gobernadas por egipcios, si bien el mando militar quedaba en manos macedonias.

Realizó más tarde una visita trascendental al santuario y oráculo de Ammón en el oasis de Siwah en pleno desierto, a unos trescientos kilómetros de la costa. Este episodio pudo haber tenido consecuencias ciertamente importantes en el comportamiento futuro de Alejandro, ya que fue reconocido como hijo de Zeus y se inició posiblemente el proceso de su divinización, pero nuestras fuentes se encuentran altamente contaminadas por la propaganda oficial, que afirmaba que los sacerdotes del dios habían proclamado su condición divina, y por la leyenda, ya que se afirmaba que había conseguido llegar hasta el oráculo gracias a la guía de unos cuervos o serpientes que le habrían indicado la ruta en medio del desierto cuando una tempestad había borrado las huellas del camino.

6.1.5. La conquista de las capitales aqueménidas

Durante el viaje de regreso hacia Siria a través de la costa siriopalestina, Alejandro realizó algunas importantes reformas administrativas que afectaban a la regularización de las relaciones entre las ciudades griegas de Asia Menor y los

administradores macedonios que había dejado al frente. Liberó también a los mercenarios atenienses que habían combatido en el bando persa como un acto más de su campaña de propaganda hacia el mundo griego. Sin embargo, la brecha que ya existía con los miembros más veteranos de su Estado Mayor se amplió todavía más con un nuevo rechazo de otra propuesta de Darío, esta vez todavía más tentadora, que le ofrecía el dominio de los territorios conquistados y la mano de una de sus hijas en matrimonio.

El monarca persa, de todas formas, se preparaba para un nuevo enfrentamiento y había conseguido reunir un contingente extraordinariamente numeroso procedente de las regiones más orientales de su imperio. El lugar para la gran batalla fue elegido cuidadosamente en la inmensa llanura de GAUGAMELA, situada al norte del Irán, que había sido además especialmente allanada para facilitar la acción de las tropas persas y en particular del escuadrón de carros falcados que podrían provocar auténticos estragos entre las filas macedonias. La batalla se desarrolló a comienzos del mes de octubre del 331 a. C. y Alejandro, mediante su táctica habitual de intentar abrir brecha entre las filas enemigas mediante la carga de la caballería, consiguió de nuevo una aplastante victoria sobre Darío, que logró escapar otra vez indemne de enfrentamiento. Alejandro avanzó así hacia Babilonia, donde hizo una entrada casi triunfal tras haber pactado con las autoridades locales y fue coronado rey de la ciudad. Mantuvo estrechos lazos con el clero local, procedió a la restauración del templo de Marduk, que era la divinidad protectora de la ciudad, e inició una política de colaboración con la aristocracia irania.

Prosiguió después su avance hacia el centro neurálgico del imperio y llegó hasta Susa, la capital que albergaba el te-

soro real, y obtuvo de esta forma cuantiosos recursos financieros que sobrepasaban todas las expectativas. Continuó después hacia otra de las capitales, Persépolis, pero en esta ocasión tuvo que superar importantes obstáculos como las denominadas Puertas Persas, un desfiladero bien fortificado, y la hostilidad de los uxios, con los que inició su política de sedentarización de las poblaciones nómadas que dificultaban su avance y el control de los territorios sometidos. Persépolis fue primero presa del saqueo de las tropas macedonias y luego víctima de un incendio intencionado que devastó los palacios persas a comienzos del año 330 a. C. Con este gesto, Alejandro pretendía demostrar a los griegos que había culminado la guerra de represalias en la que basaba su campaña desde el punto de vista propagandístico y, al mismo tiempo, proclamaba ante los persas el final del dominio aqueménida y el inicio de su propio imperio personal. Poco después, Alejandro se apoderó de Ecbatana, que era la última de las grandes capitales del imperio, hacia la que había huido Darío III tras la derrota de Gaugamela. Una vez allí, Alejandro licenció a las tropas griegas que habían militado en la expedición como aliados en virtud de la Liga de Corinto, de la que Alejandro era el *hegemón*. Así concluía la guerra de represalias pregonada por la propaganda y daba comienzo una nueva fase de la expedición, de carácter personal y exclusivamente macedonio, que aparentemente nada tenía que ver con lo sucedido hasta entonces.

6.1.6. De Persia hasta el Asia central

Alejandro continuó de manera compulsiva la persecución implacable del monarca persa Darío, que había escapado

hasta entonces de su captura, y se adentró hacia el norte del Irán en dirección a las regiones meridionales del mar Caspio. Las disensiones internas en el seno de la corte persa, promovidas por el desánimo de la derrota que había hecho mella en algunos de sus miembros más ilustres, se acentuaron con la persecución macedonia y provocaron el asesinato del monarca a manos de los sátrapas rebeldes Besós y Nabarzanes. Alejandro aceleró hasta el máximo la marcha de sus tropas, pero no pudo llegar a tiempo de encontrar todavía con vida a Darío III. Tributó los honores debidos al cadáver del rey persa y ordenó que se le trasladara a Persépolis para que se le rindieran las ceremonias apropiadas a su condición real.

A partir de entonces, la persecución frenética de Alejandro tenía como objetivo la captura de los líderes rebeldes, en particular de Besós, que se había proclamado sucesor oficial de Darío y había adoptado el nombre dinástico de Artajerjes. Alejandro inició la marcha a través de un territorio extraordinariamente agreste y montañoso, cuyos habitantes presentaban una dura resistencia a su avance con continuas rebeliones después de haber sido sometidos que le obligaban a volver sobre sus pasos para atajar el desafío prolongando constantemente el final de la conquista. Tuvo que hacer también frente al acoso continuo de las poblaciones nómadas que habitaban en los márgenes del imperio, los denominados sacas, que ahora colaboraban con los rebeldes en la resistencia contra las tropas macedonias. La campaña se convirtió en el episodio más difícil y dramático de toda la expedición de conquista, ya que a las condiciones extraordinariamente difíciles de la marcha a través de desiertos y montañas, en jornadas largas y agotadoras, se unían la escasez de suministros, las numerosas bajas entre

sus filas provocadas por la acción militar enemiga y por las duras condiciones externas y la creciente oposición de sus altos mandos, cada vez más descontentos y contrarios al desarrollo actual de la expedición.

La resistencia de Besós se concentró sobre todo en su propio territorio, Bactriana, en el que Alejandro irrumpió de forma inesperada en el 329 a. C. y provocó la apresurada retirada del líder rebelde hacia el río Oxo (actual Amu Daria), en Asia central. La excesiva presión macedonia hizo que los aliados de Besós lo abandonaran a su suerte y de esta forma el líder rebelde acabó cayendo en poder de Alejandro y fue sometido a un terrible suplicio como regicida. Sin embargo, la desaparición de Besós no significó la pacificación de la zona, sino que la campaña prosiguió con igual crudeza. A la cabeza de los rebeldes se hallaba ahora Espitámenes, el sátrapa de Sogdiana, la inmensa región que el Oxo separaba de Bactriana hacia el norte. Continuó la resistencia contra el avance macedonio mediante una guerra de acoso sostenido a las guarniciones macedonias, que causaba numerosos problemas a las tropas macedonias. Alejandro se vio obligado a adoptar una nueva estrategia de conquista imponiendo el terror a través de masacres indiscriminadas y destrucciones masivas a lo largo y ancho de los territorios en los que actuaba. Al mismo tiempo, reorganizó sus tropas en contingentes menores que resultaban mucho más eficaces y operativos en el terreno difícil en el que ahora se veían obligados a combatir. Finalmente, tras una dura e intensa campaña, que le condujo incluso a atravesar el Yaxartes (actual Sir Daria) para tratar de amedrentar a los nómadas que colaboraban con los rebeldes, Espitámenes fue asesinado por sus aliados nómadas en el 327 a. C. que entregaron su cabeza a Alejandro. La resistencia no cedió

del todo a pesar de la enorme importancia que tuvo la caída inesperada del líder rebelde. Alejandro hubo de tomar al asalto algunas imponentes fortalezas como la llamada Roca de los Sogdianos, donde se vio obligado a escalar una escarpada atalaya en una operación enormemente arriesgada para conseguir su captura final. La caída de esta fortaleza puso término a una etapa de inusitada crueldad que había tenido una duración excesiva. Alejandro consiguió la pacificación de la zona mediante su matrimonio con Roxana, una princesa local, que sellaba el acuerdo alcanzado por ambas partes en su aparente deseo de conseguir la paz.

Fue también en el curso de esta etapa cuando se produjeron una serie de acontecimientos decisivos que incidieron en la vida de Alejandro y en la suerte final de la expedición. Los miembros más veteranos de su Estado Mayor mostraban su descontento por el empeoramiento de las condiciones de vida de las tropas y por las numerosas pérdidas sufridas en el curso de la marcha, sobre todo en esta última fase de la campaña. La celeridad impuesta por Alejandro en el avance de la tropas provocó el abandono de muchos heridos y enfermos incapaces de resistir las duras condiciones del momento, que se veían condenados así a una muerte segura, entre los cuales debieron figurar numerosos familiares y amigos de los supervivientes. Otro motivo importante de descontento era la política de orientalización que Alejandro había impuesto mediante la adopción de ceremoniales y costumbres propios de la corte persa, como la denominada *proskúnesis,* que consistía en la inclinación respetuosa de los súbditos ante el monarca persa, que fue entendida por griegos y macedonios como un gesto solamente apropiado hacia los dioses. Alejandro, presa de la paranoia que comportaba una situación de tensión como esta, tuvo que abortar varias

conspiraciones contra su persona que desembocaron en la ejecución de su compañero Filotas y su padre Parmenión, o del historiador oficial de la campaña, el griego Calístenes. Otro episodio desafortunado de esta misma época fue el asesinato de su compañero de armas Clito el Negro a manos del propio Alejandro en medio de un banquete en el que la fuerza del vino elevó la tensión de la situación y las provocaciones mutuas hasta límites peligrosos.

Alejandro emprendió una política intensa de urbanización en toda la zona de las satrapías superiores, que comportaba el asentamiento obligado de las poblaciones nómadas de la región. El principal objetivo de esta política era facilitar el control y la dominación militar del territorio mediante la integración de sus habitantes dentro del circuito agrícola productivo y fiscal y la ubicación de guarniciones militares que asegurasen el mantenimiento del orden y la represión de posibles nuevas sublevaciones.

6.1.7. La expedición a la India

El último objetivo de la expedición fue la conquista de la India, el territorio casi mítico situado en los confines orientales del imperio aqueménida. Este término designaba en realidad a las regiones del actual Pakistán y a la zona del Punjab en torno a la cuenca del río Indo, ya que la península del Indostán era por completo desconocida para los griegos. Sobre la India circulaban los relatos fantásticos de Ctesias de Cnido, que describían un país repleto de maravillas y riquezas de todas clases, y es posible que de alguna forma influyeran en la decisión final de Alejandro. Sin embargo, su intenciones estaban mucho más condicionadas por otro

tipo de factores políticos y personales como la obsesión por alcanzar los límites de la dominación persa, que al menos durante el reinado de Darío I habían llegado hasta allí, al igual que ya había hecho anteriormente hacia el norte estableciendo el Yaxartes como su frontera, o económicos como el deseo de conseguir las cuantiosas riquezas de todo tipo que noticias mucho más fidedignas que las de Ctesias atribuían a aquella parte del orbe. Alejandro preparó la campaña a conciencia, reforzó sus tropas con contingentes iranios y estableció relaciones diplomáticas con algunos de los reyezuelos indios que se mostraban propicios a la sumisión. En su avance hacia el río Indo tuvo que superar la resistencia de una serie de plazas fuertes difíciles de capturar, como Aornos, donde se decía que había fracasado hasta el propio Heracles. Por fin, en la primavera del 326 a. C., la expedición macedonia alcanzó el río Indo y atravesó sus aguas gracias a un puente de barcas que había construido un contingente macedonio enviado con antelación a la zona. El momento decisivo de esta fase de la campaña fue su enfrentamiento con el rey Poro junto a la ribera del río Hidaspes (actual Jhelum), que era uno de los afluentes del Indo. El monarca indio contaba con un poderoso ejército en el que destacaba su división compuesta por doscientos elefantes y sus trescientos carros de guerra. Alejandro consiguió finalmente la victoria tras un planteamiento estratégico que desarboló por completo los planes iniciales previstos por Poro, que consistían básicamente en impedir a toda costa que Alejandro atravesara el río. Alejandro distrajo la atención de Poro mediante la repetición de una serie de operaciones y encontró finalmente la ocasión de cruzar el río durante una intensa tormenta que impidió que los enemigos se percataran de sus movimientos y pilló completamente por sor-

presa a su rival cuando ya se hallaba instalado en la otra orilla. Alejandro continuó adelante hasta el Hífasis (actual Beas), el último de los afluentes del Indo, con la intención de proseguir sus conquistas hasta el otro gran río de la India, el Ganges, sobre cuyos territorios le habían llegado informaciones que preocuparon seriamente a sus tropas a causa de la gran dificultad que comportaba esta nueva operación. Se produjo así un motín que obligó a Alejandro a regresar sobre sus pasos y a abandonar cualquier expectativa en esta dirección. Alejandro, persuadido a la fuerza, ordenó erigir doce altares a los dioses sobre la ribera izquierda del Hífasis, que servían para marcar los límites de la dominación macedonia y constituirían a partir de entonces un lugar emblemático de la geografía mítica griega que figuraba en los mapas posteriores de época romana y medieval.

6.1.8. El retorno a Babilonia

Alejandro emprendió el camino de vuelta en dirección hacia el sur siguiendo el curso del Indo gracias a una gran flota que había mandado construir poco antes. La campaña resultó también tremendamente dura y difícil, ya que las poblaciones locales mostraron una resistencia implacable contra el avance macedonio en la región y se produjeron violentos combates, difíciles asedios y un extraordinario número de bajas entre la población local, sometida a terribles represalias como respuesta a su actitud beligerante. En uno de estos episodios, Alejandro estuvo a punto de morir a causa de las graves heridas recibidas cuando se quedó aislado de sus tropas en el asalto a una ciudad de los malios, una población de la zona especialmente hostil. Su recuperación

fue lenta y complicada y una vez más se suscitó el pánico entre sus tropas ante la perspectiva de perder al que era su líder natural y su guía por aquellas remotas regiones. Alejandro llegó finalmente hasta la desembocadura del Indo y exploró por mar las inmediaciones de la costa con el fin de comprobar que efectivamente se trataba de las aguas del océano y no de un mar interior que conectaba las tierras de la India y las de Etiopía como algunos, como el propio Aristóteles, habían pensado hasta entonces. La definitiva ruta de retorno se llevó a cabo por tres caminos diferentes. Crátero se dirigiría por el norte con destino a Aracosia al frente de un contingente importante en el que figuraban los heridos y enfermos. Alejandro seguiría su ruta a lo largo de las costas del océano Índico con el objetivo principal de proporcionar suministros y protección a la flota, que bajo el mando del almirante cretense Nearco, uno de los compañeros de Alejandro, recorrería las aguas del océano hasta la desembocadura del Éufrates en el golfo Pérsico. La ruta seguida por Alejandro fue sin duda la más complicada y difícil ya que debía atravesar el inhóspito desierto de Gedrosia (actual Baluchistán). Tuvo que afrontar dificultades como la falta de agua y las numerosas bajas entre los expedicionarios que sucumbían al calor, a los alimentos inadecuados y a que fueron víctimas de los terribles efectos de una tormenta que arrasó con su corriente el lugar donde se hallaban acampados los macedonios. Tras muchas penalidades, la expedición llegó finalmente a Carmania en el 325 a. C., donde tras la confluencia allí de los tres contingentes se llevó a cabo una gran celebración. El regreso inesperado de Alejandro, pues muchos confiaban en que no volvería vivo de la India, desencadenó una cadena de represión imparable entre los sátrapas de la zona, que habían actuado al margen de sus ór-

denes provocando un amplio descontento entre la población local, o habían llegado hasta a rebelarse abiertamente con el propósito de reinstaurar la monarquía aqueménida. Incluso la tumba de Ciro en Pasargada había sido desmantelada y saqueada y Alejandro ordenó el castigo implacable de los responsables y su consiguiente restauración.

6.1.9. Los últimos años

Los últimos años de la vida de Alejandro no fueron precisamente fáciles. Alejandro se propuso organizar su extenso imperio y reforzar su autoridad dentro del mismo. Entre otras medidas, ordenó el regreso a sus patrias de origen de todos aquellos mercenarios griegos que habían actuado hasta entonces al servicio de los macedonios y que fueron contratados durante la ausencia del rey en la India por sus sátrapas más díscolos como ejércitos personales que habían sido licenciados tras su llegada. Su política de acercamiento a la aristocracia irania provocaba el descontento entre los macedonios. Había nombrado a miembros de la aristocracia irania para ocupar importantes cargos dentro de su Estado Mayor y les había integrado en el escuadrón privilegiado de sus compañeros. Fue creado también un contingente de tropas compuesto por jóvenes iranios que habían sido entrenados en la táctica y disciplina macedonias. En esta misma línea, organizó en Susa una suntuosa y multitudinaria ceremonia de boda entre los macedonios más ilustres y algunas princesas iranias, si bien en el festín celebrado los macedonios conservaban su posición hegemónica a la cabeza del imperio. Por ello, cuando decretó el retorno a Macedonia de los más veteranos, dio la impresión de que aban-

donaba a sus tropas y que confiaba más en los nuevos integrantes de su ejército de modo que se produjo el estallido de un motín en la localidad de Opis, cercana a Babilonia, que fue reprimido con una mezcla de dureza, que supuso la ejecución sumaria de los cabecillas, y diplomacia, mediante el perdón y la reconciliación con sus tropas. No abandonó sus grandes proyectos de conquista como una expedición hacia la península arábiga con el objetivo de apoderarse de las considerables ganancias que deparaba el comercio de las especias que controlaban los árabes de las regiones meridionales de la península. Sin embargo, en junio del 323 a. C., la enfermedad acabó definitivamente con su vida afectando sin remedio a un cuerpo ya muy debilitado por el esfuerzo continuado, por las heridas sufridas en combate y por los excesos inevitables que comportaba una vida tan apresurada e intensa. Con Alejandro desaparecía también la idea de un imperio universal que englobara toda la ecúmene, un proyecto que, al parecer, concebía al final de su vida, y, al mismo tiempo, cualquier esperanza de mantener en el futuro inmediato bajo un único dominio las conquistas realizadas.

Alejandro aparece ante nosotros, por tanto, como una figura singular, casi única en la historia, y de una extraordinaria complejidad. Diferentes y a veces contradictorias imágenes de su persona han ido configurando sucesivamente la interpretación del personaje. El enérgico rey de Macedonia, el conquistador incansable del orbe, el nuevo dios surgido en las arenas del desierto egipcio, el héroe de la tradición griega que trataba de emular a Aquiles, el filósofo en armas que superaba en sabiduría a los sabios indios, el individuo curioso educado por Aristóteles, impresionado por las maravillas de todo tipo que iban surgiendo ante sus ojos, el profeta vi-

sionario que auspiciaba grandes ideales de hermandad entre los pueblos, o el brillante estadista que había concebido una nueva forma de organización universal. A su lado emergen igualmente otras menos favorables como el borracho impenitente, el parricida impávido, el devastador de pueblos, el despiadado asesino o el depravado príncipe aficionado a toda clase de vicios. La figura de Alejandro se ha ido así construyendo a lo largo de la historia en una sucesión de capas diversas en las que se mezclan los ecos de la historia real, de la leyenda, de la propaganda o de la tradición popular. La gran dificultad estriba en conseguir alcanzar a través de todas ellas al personaje histórico que protagonizó uno de los momentos más destacados de la historia humana.

6.2. Problemas fundamentales

6.2.1. La personalidad de Alejandro

Uno de los problemas fundamentales con que se enfrenta el historiador es precisamente intentar acceder a la personalidad histórica de Alejandro, que ha sido constantemente deformada y empañada por los excesos de la propaganda y la leyenda. Seguramente, no es posible explicar su personalidad desde una perspectiva simplista como el papel jugado en ella por la herencia paterna o materna. Contamos con numerosas anécdotas de todo tipo que configuran una personalidad compleja que oscilaba entre la genialidad y la locura en casi todos sus actos. Sin embargo, hemos de reconocer la incidencia constante en este proceso de la mitificación que se inició ya en vida del propio Alejandro y que continuó luego a lo largo de las épocas posteriores.

Algunos estudiosos como Victor Ehrenberg han propuesto identificar el motivo fundamental de su conducta con el llamado *póthos,* que sería el deseo irracional e irrefrenable por conseguir sobrepasar todos los límites, espaciales y personales, en el que mediaba también un cierto componente nostálgico por conseguir igualar las hazañas de los antiguos héroes de la mitología griega. Ehrenberg llegó incluso a afirmar que esta confusa noción correspondía con una expresión favorita del propio monarca que resumía sus aspiraciones más difusas e inalcanzables. Consideraba que la expresión habría sido pronunciada en algunos discursos auténticos de Alejandro ante sus tropas, ya que su frecuente mención en las fuentes no se explica por las necesidades de estilo. El propio rey la habría elegido a conciencia para reflejar sus deseos más profundos y la habría dotado de un significado peculiar que la distinguía de los usos más habituales dentro de la lengua griega transformando el concepto de nostalgia en el anhelo constante por lo desconocido, lo distante o lo inalcanzable. Ehrenberg creyó también detectar que su empleo se habría hecho más frecuente a partir del año 327 a. C., un momento en el que Alejandro recurría al susodicho *póthos* para resolver los crecientes conflictos que se originaban entre sus decisiones irracionales y los consejos más racionales procedentes de su entorno inmediato.

Con esta clase de interpretaciones basadas en el análisis psicológico de la personalidad de Alejandro corremos el riesgo de dejarnos influenciar por los criterios de tipo personal y heroico de la historiografía antigua y de valorar la conquista de Oriente como una aventura personal confiada en el favor de la fortuna y en esta clase de impulsos irracionales. Sin embargo, contamos con criterios históricos más relevantes que pueden explicar la conducta del monarca,

como la influencia decisiva de los proyectos concebidos ya por su padre, su conocimiento de la logística del imperio persa, la habilidad estratégica que le hizo elegir el momento y el lugar oportunos para asestar los golpes decisivos al enemigo, el pragmatismo político que guiaba su conducta, el ejemplo de los modelos de dominación precedentes de los aqueménidas, la idea de un imperio universal basado en la colaboración interesada de las etnias dirigentes, especialmente la greco-macedonia y la irania, su política tendente a incrementar los ingresos fiscales mediante la exploración de nuevas rutas y el control de los circuitos comerciales ya establecidos, la resistencia ofrecida por un enemigo imponente y la oposición interna de buena parte del Estado Mayor macedonio que no compartía algunos de los proyectos del rey y, por último, una incuestionable inteligencia política, que demostró en todos los terrenos, tanto en circunstancias favorables como en otras mucho más adversas.

Los intentos de explicación en clave psicológica de la conducta de Alejandro no han cesado, como muestra una hipótesis relativamente reciente que atribuye al alcohol una importancia determinante como motor principal de sus acciones. La importancia de las anécdotas y de los juicios de carácter moral que caracterizan la literatura antigua al respecto y la atávica necesidad de encontrar héroes explican la frecuencia y la popularidad de esta clase de intentos explicativos.

6.2.2. Alejandro y los griegos

Otro de los problemas es el de las complejas relaciones que Alejandro mantuvo con los griegos. Alejandro era el co-

mandante supremo de la Liga de Corinto, como heredero en este terreno de la posición que ocupaba su padre, y los contingentes griegos que acompañaron a Alejandro en su expedición oriental marchaban, por tanto, en calidad de aliados, si bien parece que su entusiasmo no correspondió a las proclamas de la propaganda oficial o de las exigencias que el tratado establecía. En realidad, el contingente aliado griego tenía más la función de servir como rehenes que garantizaran el mantenimiento del orden y la estabilidad en el mundo griego que la de contribuir de forma efectiva a la campaña militar. De hecho, apenas tuvieron una actuación relevante en este terreno y fueron utilizados solamente como fuerzas de cobertura o refresco sin que llegaran a desempeñar un papel protagonista en los combates decisivos. Dentro de esta misma línea de actuación, Alejandro licenció a las tropas griegas en Ecbatana, una vez que había dado por concluido su objetivo propagandístico de la guerra de represalias y tenía ya la plena seguridad de que sus planes en Oriente no se verían perturbados por una posible rebelión en suelo griego una vez que la rebelde Esparta había sido derrotada por Antípatro.

Alejandro se presentó además como liberador de las ciudades griegas de Asia Menor, pero su comportamiento con ellas dependió siempre de la actitud favorable u hostil que demostraron a su llegada a la zona. No quedaron integradas en la Liga de Corinto como las demás ciudades griegas, y a la vista de algunos testimonios, como dos inscripciones procedentes de Priene y de Quíos, da la impresión de que dichas ciudades se hallaban en una situación de completa dependencia de la voluntad personal del monarca, a pesar de la adopción de algunas medidas de indudable corte propagandístico, como la restitución de la democracia y las le-

yes ancestrales, la devolución de su autonomía o la abolición de tributos. La mayoría de estas disposiciones era, además, en casi todos los casos simple papel mojado, ya que la autonomía real de estas ciudades se hallaba supeditada por completo a la voluntad personal de Alejandro, su libertad estaba condicionada por la presencia de una guarnición macedonia, y la abolición de impuestos no había hecho otra cosa que cambiar la figura de su perceptor, que pasaba del tesorero persa al macedonio. Estas ciudades se hallaban dentro del imperio persa y estaban, por ello, dentro del territorio que había sido objeto de conquista. Alejandro tuvo hacia ellas gestos de benevolencia personal que estaban siempre condicionados por la actitud que habían mantenido en los momentos previos a la conquista y por su disposición en el momento de la entrada macedonia en la ciudad. Sus concesiones no eran, por tanto, el resultado de una política general, sino un privilegio personal que cada una de ellas recibía por separado en función de su actitud y de las necesidades estratégicas del momento. A diferencia de las ciudades integradas en la Liga de Corinto, que eran, al menos sobre el papel, estados libres y verdaderamente autónomos que mantenían unas obligaciones, sobre todo de carácter militar, respecto al *hegemón* de la Liga, las ciudades griegas de Asia Menor habían sido incorporadas al imperio de Alejandro y, por tanto, a pesar de sus proclamas y de su propaganda prohelénica, carecían de la posibilidad de ejercer por sí mismas cualquier tipo de política exterior.

La actitud de la mayor parte de los griegos no fue favorable a Alejandro, ya que desde el principio fue percibido como un simple conquistador que había acabado con la independencia de sus ciudades, y solo la presencia de las guarniciones macedonias hizo que la situación se mantuvie-

ra en calma. Esta evidente hostilidad se pone de manifiesto en la persistencia de los gestos propagandísticos de Alejandro, que parecía empeñado en querer cambiar su mala imagen insistiendo en el carácter liberador y panhelénico de su campaña, y en las rebeliones que estallaron una vez conocida su muerte allá donde los griegos se encontraran en un número considerable, como era el caso de las llamadas satrapías superiores del Asia central. Se creó además toda una auténtica leyenda negra sobre Alejandro que ponía el acento en sus excesos y destacaba los numerosos defectos de toda clase que caracterizaban su conducta. Era seguramente una especie de venganza simbólica a posteriori que reflejaba el rencor y la frustración que su dominación había provocado por todas partes. Algunos acontecimientos como la destrucción de Tebas, la resistencia heroica de algunas ciudades como Mileto, Halicarnaso o Aspendos, y el heroísmo personal de individuos como el rodio Memnón, que murió combatiendo contra Alejandro, o el propio Calístenes, que fue ejecutado por haberse opuesto a la *proskúnesis,* contribuyeron a alimentar, sin duda, esta clase de sentimientos.

6.2.3. Alejandro y los persas

Otro de los temas que han suscitado debate y discusión entre los estudiosos es la supuesta política de orientalización impulsada en su momento por el propio Alejandro. En la primera mitad del siglo XX, el historiador británico William Woodthorpe Tarn interpretó esta política como un intento de llevar a la práctica la idea de concordia universal según la cual griegos y bárbaros convivirían unos con otros en

constante armonía. Sin embargo, esta interpretación ha sido desmantelada por completo con los alegatos contundentes del estudioso británico Brian Bosworth, que ofreció una explicación mucho más realista y pragmática de esta conducta. Demostró que la mayoría de los argumentos esgrimidos a favor de la tesis de la política de fusión de las razas son el resultado de la interpolación de interpretaciones posteriores, como la de las escuelas de retórica de época imperial romana, que podemos apreciar en autores como Plutarco y Quinto Curcio, o la consecuencia de una interpretación parcial de la evidencia disponible sin tener en cuenta el contexto histórico particular en el que se pusieron en práctica tales disposiciones. Así, Alejandro habría mantenido en todo momento la distinción entre macedonios y persas, a pesar de la adopción de algunas prácticas cortesanas de origen persa, y habría conservado también la posición privilegiada de los macedonios respecto a los persas. Bosworth nos recuerda que Alejandro adoptó dichas medidas en unos momentos cruciales de la campaña, como el año 330 a. C., en el que sus aspiraciones a la realeza como heredero legítimo de los aqueménidas se veían desafiadas por la aparición en escena de Besós, que se había proclamado sucesor de Darío III y había asumido incluso el nombre dinástico de Artajerjes. Alejandro deseaba mostrar con tales medidas que el legado aqueménida le correspondía ostentarlo a él frente a un simple usurpador que había asesinado al monarca anterior. Sin embargo, dentro de su espíritu pragmático, supo combinar esta clase de aspiraciones con una cierta prudencia a la vista de la oposición que suscitaba entre los macedonios cualquier tipo de acercamiento a los persas. Consiguió así una especie de compromiso mixto que quedaba reflejado incluso en el propio atuendo real, en

el que coexistían los símbolos orientales con elementos tradicionales de la casa real macedonia. De igual modo, algunos de los excesos que se le atribuyen en este terreno tuvieron lugar en el curso de los años 325/324 a. C., cuando Alejandro se encontraba viajando por las capitales aqueménidas y necesitaba, por tanto, presentarse como el nuevo rey que esperaban sus súbditos persas, especialmente tras las usurpaciones e insurrecciones que había propiciado su larga ausencia en la India.

Alejandro supo también utilizar a los iranios con otra finalidad política. Con su estrategia de acercamiento pretendía neutralizar el descontento creciente entre los macedonios por las medidas que iba adoptando y por la excesiva duración de la campaña. Con esta táctica consiguió desactivar el motín de Opis. Alejandro era, de cualquier manera, bien consciente de que necesitaba la colaboración y el apoyo de la nobleza irania en su objetivo de mantener unido un imperio de estas dimensiones tan excepcionales. A fin de cuentas, las estructuras básicas del poder aqueménida se mantuvieron vigentes bajo la dominación macedonia. Con esta política reforzaba también de paso su aspiración a consolidar su poder autocrático y personal, que parecía más cercana al estilo oriental y chocaba, en cambio, frontalmente con la tradición macedonia, más propensa a establecer cierto control sobre las decisiones reales a través de la asamblea.

Tampoco los famosos matrimonios mixtos de Susa pueden ser utilizados para sostener la teoría de la fusión étnica. El matrimonio con Roxana sirvió para cerrar un período de hostilidades difícil y complicado y para recalcar las pretensiones de Alejandro a convertirse en el soberano legítimo de toda la región. Las bodas masivas de Susa, todas ellas unila-

terales, ya que se casaron macedonios con princesas iranías y no en sentido inverso, como señaló Bosworth, tenían como finalidad la legitimación de sus compañeros como nuevos señores del imperio mediante su matrimonio con princesas de la aristocracia irania. De igual forma, los contingentes militares de carácter mixto cumplían otras importantes funciones de tipo político y estratégico, como servir de rehenes, ya que eran utilizados fuera de sus respectivos territorios, y para proporcionar los refuerzos que cada vez costaba más hacer llegar desde Macedonia. Alejandro quería resaltar su absoluta independencia, desde el punto de vista político y militar, con la admisión de miembros de la aristocracia irania entre sus compañeros y dentro del cuerpo privilegiado del *ágema* (la guardia personal del rey). Demostraba, así, a los macedonios que, en caso de defección por su parte, todavía podía contar con el correspondiente apoyo de los contingentes persas.

Para construir un gran imperio oriental, Alejandro necesitaba crear un ejército de carácter indígena y mixto, que no tuviera raíces europeas y, por tanto, que no pusiera reparos a su permanencia indeterminada en suelo asiático. Además, su lealtad estaría reservada, en exclusiva, a la persona de Alejandro, ya que era él quien había creado dicho cuerpo (los llamados *epígonos).* En resumen, todas las decisiones que Alejandro fue adoptando a lo largo de su campaña se explican siempre como reacciones a los diferentes desafíos que iban surgiendo a cada paso y por su deseo de afianzar su poder personal y autocrático. La idea de la fusión de las razas quedaba para los filósofos. En realidad, la fusión étnica solo se produjo en los niveles inferiores de la población, en la inevitable mezcla de soldados con mujeres indígenas, dada la falta de mujeres macedonias en aquellos

territorios. Sin embargo, en los estratos dirigentes, dichas medidas fueron tan solo un acto político condicionado a la voluntad del monarca tal y como exigían las circunstancias del momento.

6.2.4. La organización del imperio

Nuestras fuentes proporcionan pocos datos de forma sistemática sobre la organización administrativa y financiera del imperio de Alejandro, debido fundamentalmente a la perspectiva adoptada en la narración como una gesta heroica personal y a la falta de interés en la cuestión. Debemos recordar, en primer lugar, la enorme diversidad de situaciones que existían en el imperio de Alejandro, heredero en este aspecto de la complejidad que caracterizaba al antiguo imperio persa. Alejandro conservó en lo fundamental la estructura administrativa aqueménida, ya que la división del imperio en satrapías facilitaba la tarea de control sobre tan enormes territorios. Ello no le impidió modificar algunas situaciones, de acuerdo con las circunstancias, como el reparto de las atribuciones entre diferentes titulares o la concentración de las competencias militares en manos macedonias como una forma más de garantizar la lealtad y el control sobre determinados territorios. Alejandro ejercía todo el control rodeado de un grupo de fieles colaboradores, como el archicanciller Éumenes de Cardia, el *quiliarca,* cargo que desempeñaba su amigo y compañero Hefestión, o Hárpalo, el encargado general de las finanzas del imperio. En algunos territorios, Alejandro ejerció su dominio de manera indirecta y mantuvo en el poder a sus antiguos dirigentes, que conservaron así la autonomía de la que ya habían disfruta-

do anteriormente bajo el dominio aqueménida. Sus obligaciones se limitaban a veces a proporcionar ciertos contingentes militares o a aportar un número determinado de contribuciones al tesoro real. Las situaciones iban variando, de cualquier modo, según avanzaba el proceso de conquista, y no debemos olvidar en ningún momento que el imperio de Alejandro era, como ha señalado Pierre Briant, un estado en construcción permanente, supeditado, en suma, a los desplazamientos constantes del ejército y a la persona del rey. Esta circunstancia garantizaba el control (en caso de su presencia cercana) o facilitaba las revueltas y defecciones (en caso de ausencia).

Alejandro se preocupó de mejorar las vías de recaudación fiscal por todos los medios a su alcance. Mantuvo así intactas las viejas estructuras económicas del imperio aqueménida y trató de desarrollar nuevas vías comerciales que garantizasen el control y la percepción de nuevos ingresos. Esta preocupación esencialmente fiscal explica en buena medida la mejora de canales y puertos o los intentos de exploración de territorios lejanos cuyo mejor conocimiento podía redundar en una mayor obtención de beneficios. Esa misma finalidad tuvo también, al menos en parte, la fundación de ciudades a lo largo de su ruta por las satrapías orientales. Las poblaciones asentadas en ellas quedaban sometidas de esta forma a su control y podían aportar, a partir de ese momento, su contribución fiscal en forma de tributo al tesoro real.

En realidad, dejando a un lado las concepciones heroicas o románticas que nos ha transmitido la historiografía antigua, la campaña de Alejandro constituyó una impresionante expedición de saqueo de todo el imperio persa. Cada operación de conquista comportaba la obtención del

correspondiente botín de guerra, incluidos los tesoros reales persas que capturaron en Damasco o en las grandes capitales persas, y, una vez concluida la conquista, se procedió a la exacción fiscal continuada de los inmensos territorios sometidos. Los sátrapas eran los encargados de recaudar para el tesoro real hasta seis tipos de impuestos diferentes que gravaban la producción agrícola de unas tierras que eran por definición propiedad del rey. Este derecho absoluto sobre la tierra se extendía también a las personas que la trabajaban en calidad de campesinos dependientes, que estaban obligados desde antiguo a aportar una buena parte de su producción y su trabajo a las arcas reales. La percepción de impuestos iba acompañada de pillajes, extorsiones, chantajes y especulación sobre los alimentos. Las cosas en este sentido no habían cambiado mucho con la llegada de Alejandro.

6.2.5. El ejército de Alejandro

El estudio de la composición y estructura del ejército de Alejandro presenta especial importancia si tenemos en cuenta que este poderoso instrumento fue el factor determinante del éxito de la conquista. La base principal era la falange macedonia, una creación de su padre, Filipo II, que aprovechó su estancia como rehén en Tebas para tomar buena nota de las innovaciones de carácter estratégico y táctico que fundamentaron la hegemonía de la ciudad beocia. Filipo fue también, al parecer, el introductor de su arma esencial, la *sarisa,* una lanza hecha de madera de cornejo que tenía una longitud superior a los cuatro metros e impedía así el acercamiento de las filas enemigas en el combate cuerpo

a cuerpo. Los miembros de la falange procedían del reclutamiento realizado entre el campesinado de los diferentes distritos que componían el reino macedonio.

Algunas de sus unidades fundamentales presentan algunos problemas de interpretación. Uno de estos cuerpos es el de los denominados *pezétairoi* (compañeros de a pie). En un principio habría sido un cuerpo selecto de elite que formaba la guardia de palacio y que habrían constituido más tarde el núcleo germinal del que se desarrolló el gran ejército macedonio, tras haber sido entrenados en la táctica de la falange. Tras la extensión del nombre a toda la infantería macedonia, este cuerpo habría conservado algún signo exterior que pusiera de manifiesto su estrecha relación con el rey, asumiendo quizá el nombre de *hipaspistas*. Por fin, está el cuerpo de los llamados *asthetaíroi,* un término que presenta ya de por sí ciertos problemas de interpretación. Correspondería a la misma falange o, en concreto, a alguna de sus unidades que habría recibido este título honorífico a causa de sus destacadas actuaciones en batallas señaladas. Posiblemente, todos estos cuerpos y distinciones responden a la necesidad evidente que tenía Alejandro de vincularse a los macedonios mediante estrechas relaciones personales a la vista de las dificultades que ensombrecieron su acceso al poder en medio de luchas dinásticas y territoriales entre los diferentes clanes que componían el reino macedonio.

Otra cuestión importante es el propio estudio del desarrollo de la campaña desde un punto de vista puramente militar y logístico. Resulta fundamental, por ejemplo, entender el papel que jugaron los refuerzos necesarios a la hora de reponer las pérdidas sufridas a lo largo de los diferentes enfrentamientos. Existe al respecto una guerra de ci-

fras entre las noticias que proporcionan las fuentes y una interpretación de ellas que resulte adecuada al contexto histórico.

Otra de las cuestiones clave es determinar la precisa composición del ejército y la diferente estructuración y funciones de las distintas unidades que lo componían, como los denominados *agrianes,* la caballería, la falange, los aliados, los mercenarios y las tropas auxiliares. Son también importantes en este terreno las posibles reformas que Alejandro llevó a cabo a lo largo de la campaña, especialmente en los momentos más difíciles en el curso de su avance por las satrapías superiores, para las que no existe evidencia detallada en nuestras fuentes. Es posible que más que verdaderas reformas fueran tan solo el resultado de la readaptación a las circunstancias precisas del momento, lo que demostraría una vez más el gran talento táctico de Alejandro y la flexibilidad y operatividad que le permitía su ejército en este sentido a la hora de adaptarse a una nueva situación.

Tiene igualmente gran importancia el estudio estratégico del desarrollo de las batallas, que han sido analizadas por auténticos profesionales como los generales John Frederik Charles Fuller o Sir John Hackett, grandes expertos en esta clase de asuntos. Podemos así apreciar el talento táctico de Alejandro en sus aspectos más técnicos en la medida que el relato de nuestras fuentes de información nos permite reconstruir con exactitud el desarrollo de las batallas y traducirlas a planos y gráficos ilustrativos. Destaca también la importancia de los aspectos logísticos de la expedición, que han sido estudiados con cierto detalle por Donald Engels, si bien parece que el buen conocimiento que Alejandro tenía de las rutas y enclaves del imperio persa facilitó ampliamente su labor en este terreno.

6.2.6. Una perspectiva oriental

La expedición de Alejandro ha sido casi siempre considerada desde la perspectiva de los vencedores, como suele ser habitual en la historia, que constituyen además nuestras principales y casi únicas fuentes de información, que han enfocado la conquista desde el protagonismo casi exclusivo del propio Alejandro dejando en un segundo plano a los vencidos. La imagen del imperio persa que se ha tenido hasta hace bien poco se hallaba deformada por las concepciones griegas, que nos ofrecen la imagen de un imperio en decadencia gobernado por un monarca débil y cobarde que siempre trató de huir ante el avance implacable de Alejandro. Gracias a nuestro mejor conocimiento de la historia y la administración del imperio persa podemos intentar contemplar el curso de los acontecimientos desde una perspectiva algo más equilibrada.

Sabemos así que el imperio persa en época de Alejandro no era un estado en descomposición, presa fácil, por tanto, de la conquista del monarca macedonio. Poseía un potencial ciertamente impresionante en todos los terrenos y más si lo comparamos con el reino macedonio de aquellos momentos. Un simple vistazo a las cantidades en efectivos militares o en recursos que eran capaces de movilizar unos y otros constituye un argumento contundente en esta dirección. Alejandro tenía a su disposición menos de cuarenta mil hombres, mientras que Darío III era capaz de poner en movimiento varias decenas de miles de hombres procedentes de todos los rincones del imperio. El número de mercenarios griegos de que disponían unos y otros resulta igualmente significativo, ya que Alejandro solo pudo contratar a cinco mil, en tanto que Darío tuvo a su disposición nada

menos que cincuenta mil efectivos. Se ha insistido en algunos factores desfavorables a los persas como las tensiones internas que desgarraban el imperio o la heterogeneidad de sus tropas, pero dichas circunstancias aparentemente desfavorables se daban igualmente en el bando macedonio a la vista de la enorme fragilidad de la alianza griega y el continuo peligro de defección que representaba la independencia de Esparta de la Liga de Corinto o el carácter no menos heterogéneo de las tropas auxiliares del ejército macedonio en el que militaban tribus del norte como ilirios, tracios o peonios, al lado de unos aliados griegos que se sumaron a la expedición más a la fuerza que movidos por el entusiasmo por la causa.

Desde la perspectiva persa, la expedición de Alejandro no fue contemplada al principio como una seria amenaza para la continuidad del imperio, ya que otras aventuras, sobre todo espartanas, habían fracasado poco antes en sus intentos de conquista en Asia Menor. La suma de sus efectivos tampoco hacía presagiar grandes peligros para un imperio que podía contrarrestar con facilidad tales contingentes. También estaban bien informados acerca de las debilidades en la retaguardia de la expedición, tanto en el mundo griego como en la propia Macedonia, a través de las noticias que sus legados y espías les proporcionaban. Seguramente uno de los graves errores cometidos por el Estado Mayor persa fue subestimar a Alejandro, algo que intentaron corregir cuando ya era quizá demasiado tarde. Solo así se explican los errores estratégicos y tácticos que cometieron los generales persas en las primeras batallas. Contemplado desde la perspectiva persa, Darío III fue un monarca competente que hizo lo que estuvo en sus manos. Acudió con todo su ejército cuando Alejandro había derrotado a sus mercenarios en Gránico, combatió

con valor en todo momento y escapó de la batalla para evitar así caer en manos de Alejandro, lo que hubiera significado el final del imperio. Las ofertas realizadas al rey macedonio tampoco constituyen una muestra temprana de capitulación ante el invasor, ya que ofreció a Alejandro la mano de su hija y, como dote, los territorios que ya tenía en su poder, pero con ello pretendía que, de alguna manera, continuaran bajo la órbita de dependencia persa, ya que podían ser recuperados en cualquier momento, una vez que el matrimonio se diera por concluido.

También resultan fundamentales algunas informaciones que obtenemos de fuentes orientales como los diarios astronómicos babilonios conservados en el templo de Marduk, que nos permiten datar con precisión algunos acontecimientos como la batalla de Gaugamela o la propia muerte del rey. Sabemos también así que la entrada en Babilonia no fue tan triunfal como se describe en nuestras fuentes, sino que fue el resultado de diferentes acuerdos logrados entre las clases dirigentes de la ciudad y el propio Alejandro, al igual que ya había sucedido antes en Sardes y después en Susa, Persépolis o Ecbatana. Gracias a su testimonio, poseemos información sobre los precios de los alimentos durante la estancia de Alejandro en la ciudad, noticias acerca de una invasión de tribus árabes hasta ahora desconocida o sobre la actitud de las tropas persas en Gaugamela, que presas del desánimo habrían huido abandonando a su rey en plena campaña. La abundancia de testimonios cuneiformes y de archivos procedentes de diferentes centros como Borsippa, Sipar, Uruk, Susa o Persépolis que todavía permanecen sin publicar hace albergar la esperanza de que con el tiempo y la mejora de las condiciones políticas en la zona nos permitan conocer nuevos detalles acerca de una campaña que has-

ta hace poco se había reconstruido tan solo a partir de las fuentes de los vencedores. Existen también tradiciones orientales persas que han podido quedar reflejadas en la literatura avéstica relacionada con el culto a Zoroastro que hacen referencia al «maldito Alejandro» que habría quemado textos sagrados de esta religión. Aunque sin duda dichas tradiciones contienen flagrantes anacronismos e historias de carácter milagroso, es también probable que contengan informaciones más fiables desde un punto de vista histórico. Asimismo resultan reveladores de la conducta de Alejandro en Persépolis, que aparece de manera contradictoria descrita en las fuentes, algunos indicios procedentes de la excavación del complejo palacial en el que se aprecian los diferentes niveles de destrucción alcanzados y las zonas que resultaron especialmente afectadas por el incendio. Esta perspectiva diferente de la campaña sitúa también dentro de su contexto adecuado algunas informaciones dispersas que se han deslizado hacia el interior de la tradición literaria grecorromana conservada y han sido interpretadas en consecuencia a la luz de su propia forma de entender la campaña, como el tratamiento de la familia real persa por Alejandro, la correspondencia mantenida entre los dos Estados Mayores, su respeto aparente por el cadáver de Darío, su castigo ejemplar del regicida Besós, su interés en conservar la tumba de Ciro o la represión de algunos intentos de rebelión que tenían un claro contenido de restauración dinástica. Todos ellos constituyen una serie de incidentes que encuentran mejor acomodo dentro de una perspectiva diferente de la campaña en la que los fenómenos de aculturación, asimilación o resistencia desempeñan un papel más destacado dentro del enfrentamiento de dos potencias, una invasora y otra a la defensiva, que libraron la contienda por la hegemonía.

La conquista de Alejandro debe ser, por tanto, convenientemente contextualizada dentro de la historia del Próximo Oriente del primer milenio antes de Cristo, de la que forma íntegramente parte. Solo dentro de este marco encuentran explicación una serie de acontecimientos decisivos en la marcha de la expedición y se comprenden mejor algunas de las medidas adoptadas a lo largo de la campaña.

6.3. Las fuentes

6.3.1. La tradición perdida

El problema fundamental para el estudio de Alejandro Magno es que su figura fue ya objeto de un importante proceso de mitificación durante su propio tiempo y prosiguió después en los momentos que siguieron a su muerte, que es precisamente la época a la que pertenecen la mayoría de los testimonios que sirvieron como fuentes de información a los relatos que han llegado hasta nosotros. La mayoría de los autores que escribieron sobre Alejandro lo hicieron desde su visión particular, subjetiva y limitada de las acciones que llevó a cabo. Unos viajaron en su compañía en la expedición e hicieron el balance necesariamente parcial en función de su posición, de sus relaciones o de la imagen que habían concebido a lo largo de su experiencia. Otros se limitaron a recoger el testimonio de sus protagonistas en toda la variedad de sus posibilidades, desde altos mandatarios a simples soldados, haciéndose inconscientemente eco de las perspectivas adoptadas por sus testimonios y del grado mayor o menor de aproximación que guardaban con la realidad de lo sucedido. Cada uno reconstruyó así su pro-

pia imagen de Alejandro, hecha a la medida de sus propias aspiraciones, deseos y limitaciones personales. El resultado final fue una curiosa amalgama de personalidades diversas que a veces encajan con dificultad dentro de un mismo personaje real en la que el posible núcleo histórico del que parten todas estas visiones quedó además deformado en función de las ideas filosóficas o morales que se habían aplicado en su construcción.

No poseemos además ninguna de las historias contemporáneas que se escribieron. El relato conservado más antiguo que tenemos es el de Diodoro de Sicilia, que escribió durante el siglo I a. C., es decir casi trescientos años después de la desaparición de Alejandro. Esta *tradición primaria* ha dejado inevitablemente sus huellas en la tradición posterior que ha llegado hasta nosotros, a pesar de que el proceso de derivación entre una y otra dista mucho de ser claro y perfectamente reconstruible en sus líneas de relación precisa.

CALÍSTENES DE OLINTO fue el historiador oficial de la campaña, que elaboró, a instancias del propio Alejandro, una obra de propaganda que tenía como objetivo proporcionar a la opinión pública griega la imagen que el rey deseaba transmitir de su expedición, la de una campaña de venganza emprendida contra los persas por los agravios recibidos durante las guerras persas de comienzos del siglo V a. C. Calístenes presentaba a Alejandro como el campeón de la causa helénica frente al bárbaro persa y como un individuo privilegiado protegido continuamente por los dioses. Alejandro aparecía como un nuevo héroe que intentaba emular e incluso superar las grandes hazañas de los antiguos héroes de la mitología griega como Heracles, Perseo o Aquiles. La expedición estuvo jalonada de gestos sim-

bólicos, como el escudo capturado como primer botín de guerra, que fue enviado como ofrenda a los atenienses, o de acontecimientos de carácter milagroso, como su episodio en el mar de Panfilia, que separó para facilitarle el paso, o su visita al oráculo de Amón hasta el que llegó conducido por la divinidad. Como buen discípulo de Aristóteles –era su sobrino–, Calístenes demostró gran interés por los aspectos zoológicos y botánicos, que dejaron sus ecos en algunos libros de la *Historia Natural* de Plinio el Viejo. Sin embargo, su obra adolecía del gusto por la retórica propio de la historiografía de la época y quedó inacabada, ya que debió de alcanzar tan solo hasta la batalla de Gaugamela en el 331 a. C. a causa de su temprana muerte, cuando fue ajusticiado por Alejandro en el 327 a. C. tras ser acusado de haber participado en una conspiración.

TOLOMEO fue uno de los compañeros *(hetaíroi)* de Alejandro que participó en la campaña como uno de sus generales más destacados. Dada su actividad, nos presenta a Alejandro bajo la perspectiva dominante de un líder militar que poseía en su grado máximo las virtudes marciales más importantes. A lo largo de su relato debió de destacar el valor, la rapidez, la previsión y el factor sorpresa que Alejandro demostró en todas sus acciones. Su atención preferente debió concentrarse en aquellos episodios en los que su propia actuación personal había desempeñado un papel relevante o decisivo. En este sentido, debió de reflejar su recelo sobre los éxitos de los demás compañeros, dejando quizá en un segundo plano algunas de sus hazañas más señaladas. Tampoco la psicología era su fuerte y, por ello, no debió de profundizar en el trasfondo de los acontecimientos que iba narrando. No arroja, por tanto, ninguna luz sobre las tragedias personales que rodearon el entorno de Alejandro en

los últimos años con la sucesión casi ininterrumpida de conspiraciones y asesinatos. Debió de resaltar, igualmente, como viejo macedonio que era, su falta de simpatía por la política orientalizante de Alejandro. Sin embargo, destacó la piedad y religiosidad de Alejandro como algunos de los principales factores en el comportamiento del monarca. Su historia debió de descender al detalle en los acontecimientos militares, con frecuentes descripciones de batallas y asedios, gracias al conocimiento de primera mano que tuvo de algunos de ellos en los que fue protagonista destacado. Pero tenía también limitaciones importantes a causa de sus intereses personales y de sus reconocidas pretensiones de ocupar el primer lugar entre los sucesores.

ARISTOBULO fue una especie de técnico del Estado Mayor macedonio que estuvo también presente en la campaña oriental. Tuvo que ofrecer una versión de la historia diferente de la de Tolomeo, ya que demostró mayor interés por los sufrimientos y penalidades de la tropa en pasajes tan importantes como la travesía del Hindu-Kush o la del desierto de Gedrosia. Presenta, por tanto, un Alejandro más humano, que se comportaba de modo caballeresco con las mujeres, disfrutaba de los frecuentes actos sociales, como banquetes y fiestas en el campamento real, se preocupaba de la suerte de sus súbditos y demostraba hacia ellos comprensión y benevolencia. Es posible que hiciera, incluso, una cierta apología frente a la acusación de intemperancia en su contra, mostrando su faceta más sensible. Dada su competencia técnica, hubo de mostrar un interés especial por las construcciones arquitectónicas que jalonaban la ruta de la expedición, como la tumba de Ciro en Pasargada, el templo de Bel en Babilonia o el puerto de la misma ciudad, por las vías comerciales que atravesaba o por las que se

iban abriendo para el futuro o por la regulación del caudal de los ríos. Tuvo que destacar también por su evocación de los paisajes como observador atento y detenido del imponente espectáculo que ofrecían a sus ojos los nuevos escenarios de la naturaleza. Esta mayor capacidad de análisis hubo de quedar reflejada también en la descripción de los momentos finales de Alejandro en Babilonia, que hicieron de su relato una de las versiones más fiables de este acontecimiento.

ONESÍCRITO fue una especie de piloto del navío real, que, por su formación filosófica de carácter cínico, tuvo unos intereses más concretos y limitados. Le interesó la figura de Alejandro desde esta perspectiva de filósofo en armas que marchaba a la conquista del orbe con su *Ilíada* anotada por su maestro Aristóteles en el zurrón y que era capaz de conversar con los sabios indios, los denominados «gimnosofistas», considerados por entonces como la máxima expresión de la sabiduría. Se vio precisado a destacar sobre todo la formación intelectual de Alejandro, su gran curiosidad como descubridor de nuevos territorios y países y su espíritu civilizador. Como discípulo de Aristóteles que era, no pudo sino mostrar también interés por los aspectos naturalistas de la expedición que posiblemente reflejó en su obra, como las observaciones sobre la fauna del Indo o sobre los árboles de tamaño descomunal, como el banián. Sin embargo, la tradición posterior no le tuvo en muy alta consideración y se le tachó de mentiroso y fabulador como autor de fantasías y exageraciones sin venir a cuento, como las enormes serpientes de la India, sus tremendos elefantes o el célebre encuentro de Alejandro con la reina de las Amazonas.

NEARCO fue el almirante cretense de la flota que Alejandro mandó construir para el regreso desde el Indo hasta el

golfo pérsico. Escribió un relato sobre su navegación en el que debieron de abundar las alusiones a hechos destacados de la campaña, sobre todo en sus momentos finales. Sin embargo, predominaba el influjo literario de sus modelos (la *Odisea* y Heródoto) y el deseo de sorprender y divertir a su auditorio mediante el relato de aventuras marinas disparatadas, como el célebre encuentro con las ballenas, o de carácter misterioso, como la presencia de islas encantadas a lo largo de la ruta. De todas formas, su obra debió de proporcionar abundantes informaciones de carácter etnográfico acerca de los diferentes pueblos costeros que encontraron a lo largo de la ruta y, quizá también, diferentes observaciones de carácter naturalista sobre el océano Índico y la fauna marina que podía encontrarse en sus aguas.

Otros historiadores, ya de menor importancia, que también escribieron sobre Alejandro durante su tiempo fueron los siquientes:

CARES DE MITILENE, un oficial encargado de las audiencias que centró su atención en todas aquellas anécdotas que ilustraban las diferencias en la conducta del monarca y en la magnificencia y lujo de los escenarios orientales.

EFIPO DE OLINTO fue una especie de supervisor que escribió con una actitud claramente hostil a Alejandro, comentando la extravagancia de su mesa o los excesos de todas clases a los que se entregaba con frecuencia.

MEDIO DE LARISA fue uno de los trierarcas de la flota, que fue catalogado como uno de los mayores aduladores del monarca macedonio haciendo de contrapartida a la obra de Efipo.

POLICLITO DE LARISA concentró su atención sobre aquellos aspectos maravillosos o sensacionales de la expedición, como los ríos de Asia o la India.

Todos ellos no representan en el fondo más que un ejemplo de la propaganda favorable u hostil hacia la figura de Alejandro, un simple recuerdo anecdótico de carácter personal sin mayor trascendencia o una forma sofisticada del cotilleo originado por sus andanzas.

CLITARCO fue quizá el historiador más célebre y popular de todos los que se ocuparon de Alejandro. Se encuentra a medio camino entre las «fuentes primarias», que fueron estrictamente contemporáneas a los acontecimientos, y la tradición secundaria posterior que las utilizó como fuentes, ya que quizá no formó parte de la expedición y por tanto no fue testigo directo de los hechos, pero todavía tuvo posibilidad de acceder a informaciones de primera mano como a algunos de los historiadores mencionados o a testimonios personales de veteranos ilustres que le pusieron al corriente de lo sucedido. Sin embargo, tuvo fama por su escasa credibilidad a pesar de su reconocido ingenio, tal y como el orador latino Quintiliano reflejó en su afirmación *Clitarchi probatur ingenium, fides infamatur*. De su obra derivan muy probablemente algunos pasajes tan significativos desde el punto de vista fantástico como las descripciones de animales y aves de la India, los episodios de carácter mítico, como el encuentro de Alejandro con la reina de las Amazonas o su deseo de seguir los pasos de Dioniso durante su viaje a la India, o las historias con cierto sabor romántico, como el protagonismo de la cortesana ateniense Taide en el incendio de Persépolis. Su popularidad se basaba muy posiblemente en la atención prestada al elemento personal de la figura de Alejandro y al tratamiento sensacionalista que dio a la cuestión, muy en consonancia con los requerimientos de una época en la que empezaban a primar esta clase de consideraciones.

JERÓNIMO DE CARDIA, un historiador ya de época helenística pero que vivió también en tiempos de Alejandro, pudo haber escrito también en su historia acerca del conquistador macedonio usando fuentes de primera mano como su familiar y amigo Éumenes de Cardia que participó en la expedición o incluso su propio testimonio dado que se plantea la posibilidad de que marchara también junto con la expedición al lado de Éumenes.

El DIARIO REAL o EPHEMÉRIDES constituye otra posible fuente de enorme importancia que no ha llegado hasta nosotros. Debió de constituir el diario oficial de corte redactado por el griego Éumenes de Cardia, que ocupaba el puesto de canciller. Pudo haber sido utilizado como fuente por algunos de los historiadores mencionados, especialmente sobre los últimos momentos de la vida de Alejandro. Si juzgamos por los ecos que ha dejado en la tradición existente, el diario debió de tener un cierto aire propagandístico que, en los últimos tiempos, pudo haber derivado en un interés manifiesto por resaltar la legendaria intemperancia de Alejandro.

Las CARTAS de Alejandro tampoco se han conservado a pesar de que fueron muy pronto objeto de una serie de recopilaciones en las que se entremezclaban los documentos auténticos con falsificaciones manifiestas. Ambos documentos, el diario y las cartas, constituyen una mezcla entre el reportaje veraz, basado en un conocimiento inmediato de los hechos, y la ficción que el paso del tiempo les fue añadiendo, ya que fueron utilizados fuera de su contexto original, que era el uso interno de la propia corte y la cancillería real.

Los llamados BEMATISTAS constituyen también un testimonio importante desde el punto de vista geográfico ya que fueron los encargados de medir las distancias de la expedición y dejaron constancia de la duración y extensión de los

trayectos. Sirvieron de fuente a la geografía de Eratóstenes y es posible que contuvieran también noticias acerca de la flora y fauna locales que pudieron contemplar en el curso de los itinerarios. Conocemos los nombres de Baetón, Diogneto y Amintas.

6.3.2. Las fuentes conservadas

La denominada «tradición secundaria» consiste en las obras conservadas que utilizaron como fuentes de información a los autores antes mencionados.

ARRIANO DE NICOMEDIA constituye nuestra fuente de información principal y más completa acerca de Alejandro. Fue un senador romano de origen griego que escribió hacia mediados del siglo II d. C. la *Anábasis de Alejandro* en ocho libros. Su propia experiencia como militar y administrador al servicio de Roma constituyó seguramente un buen punto de partida para toda su historia, que centra preferentemente su interés en el aspecto militar de la campaña. Utilizó como fuentes fundamentales las historias de Tolomeo y Aristobulo, si bien recurrió también a otra clase de testimonios de diversa procedencia, quizá las obras de Calístenes y Clitarco, principalmente, que consideraba dignos de interés. Arriano deseaba convertirse en el Homero de Alejandro, reflejando la grandeza heroica de sus hazañas de una forma que no se había hecho hasta entonces.

PLUTARCO DE QUERONEA fue el gran biógrafo de toda la Antigüedad y dedicó también a Alejandro la primera de sus biografías comparadas *(Vidas paralelas)*. Su intención no era hacer historia, como él mismo confiesa, sino escribir biografías con un claro objetivo moralizante. Se interesó por ello

más en ciertos rasgos personales que evidenciaban el carácter de sus personajes que por establecer la secuencia definida de los acontecimientos. Debió de utilizar diversas fuentes, aunque mostró especial predilección por la historia de Aristobulo, que ofrecía abundantes observaciones sobre la conducta y el carácter de Alejandro, y por la tradición que se remonta a Clitarco.

QUINTO CURCIO RUFO escribió también una historia de Alejandro en una época mal definida, que quizá hay que situar en el siglo I d. C. Su obra era de carácter retórico y sus fuentes proceden de la tradición centrada en la obra de Clitarco.

DIODORO DE SICILIA consagró un libro entero (el XVII) de su historia universal a la figura de Alejandro, y sus fuentes de información hay que situarlas también dentro de la tradición derivada de Clitarco.

TROGO POMPEYO fue también autor de una historia universal en el siglo I a. C., y aunque no se ha conservado tenemos el resumen realizado por Justino en el siglo III d. C. Los capítulos dedicados a Alejandro derivan igualmente de la tradición de Clitarco, pero su carácter general y abreviado presenta un relato incompleto de la expedición.

ESTRABÓN fue autor de una *Geografía* en el siglo I a. C., y en los libros dedicados a Egipto o la India encontramos algunas noticias sobre las campañas de Alejandro en aquellos territorios.

ATENEO DE NÁUCRATIS recogió también dentro de su obra el *Banquete de los sabios* algunos episodios de carácter sensacionalista procedentes de las fuentes primarias ya mencionadas.

Los estudiosos de la retórica utilizaron la vida de Alejandro como una auténtica cantera en la que hallar aspectos de

su conducta que se prestaban de forma idónea a ser desarrollados en los ejercicios retóricos que tenían como objetivo agudizar el ingenio de sus discípulos y desarrollar técnicas adecuadas de argumentación. Destaca sobre todo la discusión acerca de las causas del éxito sin precedentes de Alejandro, un debate que ha dejado sus ecos en obras como la de Plutarco *Acerca de la fortuna de Alejandro*. También las escuelas filosóficas encontraron en Alejandro un tema adecuado para sus reflexiones sobre los excesos del comportamiento humano y la forma de conducta más adecuada. Su afición a la bebida o la intemperancia de su carácter dieron pie a la circulación de ciertas reflexiones entre los peripatéticos, que explicaron los cambios experimentados en su carácter por su sorprendente éxito y su afición al lujo oriental. Los estoicos, por su lado, consideraron el caso de Alejandro como el ejemplo clásico del triunfo de un individuo bajo la protección de la fortuna.

6.3.3. De la historia a la ficción

A lo largo del período helenístico se fue constituyendo toda una tradición literaria sobre Alejandro en la que los posibles ecos de veracidad histórica dejaron paso al claro predominio de la fantasía y los aspectos maravillosos que se ha denominado la *novela de Alejandro (Alexander Romance)*. Algunos de sus contenidos ya se encontraban en los escritores contemporáneos, como Onesícrito o Clitarco. Muy pronto empezaron a circular versiones completamente ficticias de algunos episodios de la campaña, supuestas entrevistas de Alejandro con otros personajes, como los filósofos indios, supuestas cartas destinadas a Olimpíade o a Aristóteles, ci-

tas literales supuestamente extraídas de los diarios reales e incluso aventuras completamente imaginarias que habrían sucedido en los lugares más extraños y remotos. La literatura helenística se encargó de desarrollar estos temas y motivos dentro de un contexto literario que primaba el gusto por lo sensacional y lo exótico. Esta tradición de carácter legendario y fabuloso se remonta a una obra compuesta posiblemente en Alejandría en los últimos siglos de la época helenística, con seguridad posteriormente al 200 a. C., que se atribuyó a Calístenes sin ningún fundamento. Se utilizaron fuentes literarias ya existentes y tradiciones de carácter oral que habían alcanzado una enorme difusión en aquellos momentos. La versión original de esta obra fue reelaborada más tarde y ampliada con la adición de nuevos materiales, como las cartas atribuidas a Alejandro, y ciertos elementos de propaganda procedentes de la filosofía cínica. El texto que conservamos se encuentra dividido en cinco versiones diferentes, todas ellas ya de época imperial, que consta de tres componentes esenciales: una biografía de Alejandro escrita posiblemente en época helenística en un tono sensacionalista, una novela de carácter epistolar en la que los diferentes episodios de la conquista se veían reflejados en los comentarios personales de algunos de los principales protagonistas y, por último, un conjunto de cartas dirigidas a Olimpíade, la madre de Alejandro, o a su maestro Aristóteles, en las que se daba cuenta de las aventuras maravillosas del héroe que habían tenido lugar en la India y de otros acontecimientos claramente fabulosos, como su viaje a la tierra de los afortunados o sus intentos de alcanzar el cielo ayudado por unos pájaros o su descenso al fondo del mar provisto de una escafandra de buzo.

La obra está repleta de incongruencias de tipo geográfico y cronológico, y probablemente las intenciones de su autor

solo eran entretener a su público mostrando las increíbles andanzas de su héroe, conquistador del mundo y explorador de regiones desconocidas. Fue traducida a treinta y cinco lenguas y alcanzó gran popularidad en la Edad Media a través de ilustraciones que figuraban en los diferentes manuscritos. Estas ilustraciones provienen posiblemente de un ciclo pictórico antiguo que pudo haberse añadido a la novela en Alejandría hacia el siglo IV d. C.

Hay que mencionar dentro de esta tradición legendaria, surgida al amparo de los hechos históricos reales, un curioso texto conocido como el *Epítome de Metz,* que es la versión latina de un texto griego original compuesto a los pocos años de la muerte de Alejandro dentro del contexto político de las luchas por la sucesión entre Antípatro y Perdicas. Se narran sus conquistas entre Hircania y la India y se describen los últimos momentos de su vida además de exponer su testamento final. Contiene informaciones que no se encuentran en otra parte, y en su visión de Alejandro se combinan la tradición derivada de Clitarco y otras de procedencia más problemática.

6.3.4. Los testimonios materiales

La evidencia material con que contamos para el conocimiento de la expedición de Alejandro no es, desgraciadamente, muy abundante. Apenas tenemos unas cuantas inscripciones que pueden datarse con relativa seguridad en el período contemporáneo a los acontecimientos. La mayoría de ellas contienen cartas de Alejandro dirigidas a las ciudades griegas de Asia Menor en las que expone la política a seguir con cada una de ellas. Algunas otras, como un decre-

to hallado en la ciudad de Filipos que contiene el arbitraje de Alejandro entre esta ciudad y las comunidades tracias vecinas acerca de una disputa territorial, presentan un interés más local, pero nos informan acerca de algunos aspectos de la conducta del rey dentro de sus territorios. Hay que señalar también las diferentes inscripciones y relieves egipcios en los que Alejandro aparece como faraón.

Las monedas constituyen también un importante testimonio acerca de la imagen que Alejandro deseaba transmitir al mundo griego acerca de su persona y de su aventura. A través de sus emisiones se expresan en efecto algunos de sus ideales propagandísticos, como su descendencia divina de Zeus a través de Heracles o su pretensión de llevar a cabo una guerra de represalias contra el imperio persa. Tenemos así los famosos tetradracmas con la cabeza de Heracles y Zeus, en los que aparece sentado en el trono, junto a otros en los que figura la cabeza de Atenea y una Victoria alada. En un principio, solo las cecas macedonias produjeron las monedas, pero más tarde fueron extendiéndose por todas las tierras del imperio, reflejando sus deseos de constituir una monarquía de alcance universal que abarcara todo el orbe conocido. Sin embargo, el valor financiero de estas emisiones, que se hallaban bajo el control directo del tesorero central, Harpalo, y no de Alejandro, que se hallaba lejos de los centros de emisión durante su expedición al Oriente, se nos escapa, en buena medida debido a la escasez de testimonios a este respecto.

La arqueología de la campaña de Alejandro se limita por ahora a los posibles restos de las numerosas ciudades que fundó en las satrapías superiores, como la actual Kandahar en Afganistán o los alrededores de la actual Samarkanda, a las fortalezas construidas en lugares espectaculares, como

una hallada recientemente en tierras de Uzbekistán, y a ciudades y regiones de la India por las que pasó, identificadas con acierto por el arqueólogo Sir Aurel Stein. Plutarco le atribuye nada menos que setenta nuevas fundaciones. Sin embargo, la más célebre de todas ellas, la Alejandría egipcia, no puede ser recuperada en su integridad por encontrarse bajo la ciudad actual y haberse producido un notorio hundimiento del terreno en el mar que dificulta la recuperación total de sus restos originales. Muchas de estas fundaciones permanecen aún sin identificar o no se han descubierto en medio de la meseta irania o de las estepas del Asia Central. Un claro ejemplo de las posibilidades que todavía aguardan en este campo es el hallazgo de la ciudad griega de Ai-Khanum, en Afganistán, que aunque algunos la han identificado con la Alejandría del Oxo, es más probable que se trate de una fundación algo posterior.

A medio camino entre los restos materiales y la tradición literaria se encuentran las crónicas babilonias halladas en tablillas cuneiformes que nos permiten reconstruir algunos aspectos y detalles inéditos o diferentes de la campaña.

6.3.5. Limitaciones de la evidencia

Toda la evidencia con que contamos presenta una serie de importantes limitaciones. En primer lugar, el interés principal de los historiadores antiguos, cuando no el exclusivo, era la personalidad de Alejandro y la grandeza de sus acciones de conquista militar. Dejaron, así, a un lado otro tipo de informaciones que, desde nuestra perspectiva actual, adquieren enorme importancia y suscitan nuestro interés. Desearíamos saber, en efecto, muchas más cosas sobre la adminis-

tración del imperio, sobre sus disposiciones financieras o sobre el nivel de aceptación que encontró Alejandro entre las poblaciones indígenas tras la conquista militar. En segundo lugar, la perspectiva adoptada con escasísimas excepciones es la de los vencedores. No conocemos la visión de las cosas desde el lado persa y solo podemos vislumbrar algunos aspectos a través de las leyendas populares de tradición oriental que presentan la figura de Alejandro, que es denominado aquí Iskander, desde una visión mucho menos favorable como el gran bandido que fue saqueando y arrasando todas las tierras de Oriente, una imagen que ha subsistido más o menos distorsionada a lo largo de los tiempos en la tradición folclórica de los pueblos asiáticos.

En tercer lugar, predominan claramente en nuestra tradición los elementos de carácter mítico, como la manera de presentar el desarrollo de los acontecimientos, la forma que adoptaban los distintos episodios o las características atribuidas a la persona de Alejandro, que aparecen diseñados sobre una tradición literaria que tenía en la épica homérica sus modelos a imitar. Esta fidelidad de los autores antiguos a los esquemas narrativos tradicionales y a los modelos creados por ellos hace que en muchas ocasiones nos preguntemos si la descripción corresponde a un acontecimiento reciente o se está recreando, con nuevos aderezos extraídos de la actualidad, uno de aquellos modelos. Han interferido también en nuestra tradición intereses y preocupaciones ajenos a la propia época de Alejandro, debido al lapso de tiempo transcurrido entre el desarrollo de los acontecimientos y su relato muy posterior.

Se trataba además de un tema inédito que apenas contaba con precedentes, pues ningún personaje había acaparado por sí mismo toda la atención de los historiadores con-

temporáneos a pesar de la importancia que el elemento personal había tenido siempre en la historiografía griega, como se aprecia en los casos de Creso, Darío o Jerjes en Heródoto, Pericles y Cleón en Tucídides, Agesilao en Jenofonte o Filipo en Teopompo. El tema de la expedición oriental presentaba, además, motivos de atracción suficientes en todos los aspectos, desde el puramente militar hasta los de carácter exótico y maravilloso. La figura de Alejandro tenía también, finalmente, un enorme interés político, ya que se había convertido en el gran modelo a imitar por todos los monarcas y emperadores sucesivos.

Por último, debemos destacar la gran importancia que tuvo y todavía tiene la suma interminable de interpretaciones sucesivas que se han ido acumulando desde la propia Antigüedad hasta nuestros días. Sabemos que el incendio de Persépolis fue un hecho indiscutible, pero ¿cuáles fueron sus verdaderas causas?, o ¿hasta dónde llegó Alejandro en su política de orientalización?, o ¿qué papel otorgamos al uso de la crueldad o a la simple labor de prevención en las conspiraciones sucesivas que fueron abortadas? Cada autor que ha abordado estas cuestiones, antiguos y modernos, ha tratado de responder de una manera determinada en función de la información disponible, de su actitud personal hacia la figura de Alejandro y de sus propios juicios morales o de sus intenciones literarias. Como señaló en su día el estudioso norteamericano Ernst Badian, cada autor ha construido su propio Alejandro a la medida de sus propias inquietudes y ensoñaciones. Una historia, en suma, difícil, si no imposible, de llevar a cabo, en la que resulta impensable desprenderse en la práctica del peso imponente y arrollador, en forma de noticias, simples apreciaciones o una mezcla indistinguible de ambas, de toda la tradición anterior.

6.4. Bibliografía fundamental

a) Historias generales

BARCELÓ, P.: *Alejandro Magno* (trad. cast.), Alianza, Madrid, 2011.

BOSWORTH, A. B.: *Alejandro Magno* (trad. cast.), Akal, Madrid, 2005.

BRIANT, P.: *Alejandro Magno, de Grecia a Oriente* (trad. cast.), Aguilar, Madrid, 1990.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J.: *Alejandro Magno, rey de Macedonia y de Asia,* Sílex, Madrid, 2013.

DROYSEN, G.: *Alejandro Magno* (trad. cast.), FCE, México, 1989.

GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: *La leyenda de Alejandro. Mito, historiografía y propaganda,* Universidad de Alcalá, 2007.

GREEN, P.: *Alexander the Great,* Weidenfeld Nicholson, Londres, 1970.

GUZMÁN, A. y GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: *Alejandro Magno, del mito a la historia,* Alianza, Madrid, 1997.

HAMMOND, N. G. L.: *Alejandro Magno* (trad. cast.), Alianza, Madrid, 1992.

HECKEL, W. y TRITLE, L. (eds.): *Alexander the Great. A New History,* Wiley Blackwell, Oxford, 2009.

KRAFT, K.: *Der «rationale»Alexander,* Frankfurter Althistorische Studien V, Kallmunz, 1971.

LANE FOX, R.: *Alexander the Great,* Penguin Books, Londres, 1986.

LEVI, M. A.: *Alessandro Magno,* Rusconi, Milán, 1977.

RADET, G.: *Alexandre le Grand,* L'Artisan du Livre, París, 1950.

ROISMAN, J. (ed.): *The Brill Companion to Alexander the Great*, Brill, Leiden, 2003.

SCHACHERMEYR, F.: *Alexander der Grosse: das Problem seiner persönlichkeit und seines Wirkens,* Viena, 1973.

TARN, W. W.: *Alexander the Great,* Beacon Press, Boston, 1956.

WILCKEN, U.: *Alexander the Great* (trad. ingl.), Norton Library, Nueva York-Londres, 1967.

b) La campaña

EGGERMONT, P. H. L.: *Alexander's Campaign in Sind and Baluchistan and the Siege of the Brahmin City of Harmatelia,* Leuven University Press, 1975.

— *Alexander's Campaign in Southern Punjab,* Peeters, Lovaina, 1993.

ENGELS, D. W.: *Alexander the Great and the Logistic of the Macedonian Army,* University of California Press, Berkeley-Los Ángeles, 1978.

FULLER, J. F. C.: *The Generalship of Alexander the Great,* A Da Capo, Nueva Jersey, 1960.

HECKEL, W.: *Las conquistas de Alejandro Magno* (trad. cast.), Gredos, Madrid, 2010.

HOLT, F. L.: *Alexander the Great and Bactria,* Mnemosyne Supp. Brill, Leiden, 1988.

— *Into the Land of Bones. Alexander the Great in Afghanistan,* University of California Press, Berkeley, 2005.

MARSDEN, E. W.: *The Campaign of Gaugamela,* Liverpool University Press, 1964.

STEIN, A.: *On Alexander Track to the Indus,* Ares, Chicago, 1974.

c) Alejandro y los griegos

EHRENBERG, G. V.: *Alexander and the Greeks,* Basil Blackwell, Oxford, 1938.

GRIFFITH, G. T. (ed.): *Alexander the Great: the Main Problems,* Cambridge, 1966.

d) Alejandro y los persas

BOSWORTH, A. B.: *Alexander and the East. The tragedy of triumph,* Oxford, 1996.

BRIANT, P.: *Darius dans l'ombre d'Alexandre,* Fayard, París, 2003.
JAMZADEH, P.: *Alexander Histories and Iranian Reflections. Remnants of Propaganda and Resistance*, Brill, Leiden, 2012.
WALZER, G.: *Hellas und Iran,* Darmstadt, 1984.

e) El mito de Alejandro

Alexandre le Grand. Image et réalité. Entretiens de la Fondation Hardt 22, Vandœuvres, Ginebra, 1976.
BRACCESI, L.: *L'Alessandro Occidentale. Il Macedone e Roma,* L'Erma di Bretschneider, Roma, 2006.
BRIDGES, M., y BURGEL, J. Ch. (eds.): *The Problematics of Power. Eastern and Western Representations of Alexander the Great,* Berna, 1996.
CARY, G.: *The Medieval Alexander,* Cambridge, 1956.
DAHMEN, K.: *The Legend of Alexander the Great on Greek and Roman Coins,* Routledge, Londres, 2007.
GOUKOWSKY, P.: *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre,* 2 vols., Nancy, 1978-1981.
JOUANNO, C.: *Naissance et métamorphoses du Roman d'Alexandre,* CNRS Editions, París, 2002.
SPENCER, D.: *The Roman Alexander. Reading a Cultural Myth,* University of Exeter Press, 2002.
STONEMAN, R.: *Legends of Alexander the Great,* Londres, 1994.
— *Alexander the Great. A Life in Legend,* Yale University Press, New Haven-Londres, 2008.

f) Las fuentes

ATKINSON, J. E.: *A Commentary on Q. Curtius Rufus' Historiae Alexandri Magni Books 3 and 4,* London Studies in Classical Philology, 4, Ámsterdam, 1980.

AUBERGER, J.: *Historiens d'Alexandre,* Les Belles Lettres, París, 2001.

BAYNHAM, E.: *Alexander the Great. The Unique History of Quintus Curtius,* University of Michigan Press, Ann Arbor, 1998.

BELLINGER, A. R.: *Essays on the Coinage of Alexander the Great,* American Numismatic Society, Numismatic Studies, 11, Nueva York, 1963.

BIEBER, M.: *Alexander the Great in Greek and Roman Art,* Chicago, 1964.

BOSWORTH, A. B.: *From Arrian to Alexander,* Clarendon Press, Oxford, 1988.

— *A Historical Commentary on Arrian's History of Alexander,* vol. Y, I-III, Clarendon Press, Oxford, 1980.

— *A Historical Commentary on Arrian's History of Alexander,* vol. II, IV-V, Oxford, 1995.

BROWN, T. S.: *Onesicritus. A Study in Hellenistic Historiography,* Berkeley, 1949.

GUNDERSON, Ll. L.: «Quintus Curtius Rufus: On his Historical Methods in the Historiae Alexandri», en W. L. Adams y E. N. Borza (eds.), *Philip II, Alexander the Great and the Macedonian Heritage,* Washington, 1982, 177-196.

HAMILTON, J. R.: *Plutarch: Alexander. A Commentary,* Oxford, 1969.

HAMMOND, N. G. L.: *Three Historians of Alexander the Great,* Cambridge, 1983.

— *Sources for Alexander the Great,* Cambridge, 1993.

HEISSERER, A. J.: *Alexander the Great and the Greeks: The Epigraphic Evidence,* Norman, 1982.

KORNEMANN, E.: *Die Alexandergeschichte des Königs Ptolemaios I von Aegypten,* Leipzig, 1934.

MERKELBACH, R.: *Die Quellen des griechischen Alexanderromans,* Zetemata 9, 2.ª ed., Múnich, 1977.

PEARSON, L.: *The Lost Histories of Alexander the Great,* Londres, 1960.

PEDECH, P.: *Historiens Compagnons d'Alexandre,* Les Belles Lettres, París, 1984.

ROBINSON, Ch. A.: *The History of Alexander the Great,* 2 vols., Providence, 1953-1963.
ROBINSON, J. R. Jr.: *The Ephemerides of Alexander's Expedition,* Providence, 1932.
STADTER, P. A.: *Arrian of Nicomedia,* Chapel Hill, 1980.
YARDLEY, J. C. y HECKEL, W.: *Justin Epitome of the Philippic History of Pompeius Trogus, vol. 1, Books 11-12. Alexander the Great,* Clarendon Press, Oxford, 1997.

g) Repertorios bibliográficos

BADIAN, E.: «Alexander the Great 1948-1967», *Classical World,* 1971, 37-55 y 77-83.
CARLSEN, J.: «Alexander the Great (1970-1990)», en J. Carlsen *et alii* (eds.), *Alexander the Great. Reality and Myth,* Roma, 1993, 41-52.
SEIBERT, J.: *Alexander der Grosse,* Darmstadt, 1972.

7. El mundo helenístico (323-31 a. C.)

7.1. Panorama general

7.1.1. La época de los diádocos

La temprana desaparición de Alejandro en el año 323 a. C. abrió el interrogante de la sucesión al trono de un imperio inmenso que abarcaba entonces desde Macedonia hasta la India. En el momento de la muerte del rey no existía un heredero adecuado, ya que su hermanastro Arrideo no se hallaba mentalmente capacitado y el hijo de Roxana acababa de nacer, su legitimidad era discutida desde el punto de vista macedonio y en cualquier caso sería necesario un regente hasta su mayoría de edad. Se suscitó así el debate entre los principales generales de Alejandro, alguno de los cuales aspiraba a heredar el dominio total del imperio, como Perdicas, y algunos otros tenían puestas sus miras en las regiones que ya controlaban o deseaban dominar, como Tolomeo en

Egipto, con el fin de instalar allí una dinastía de carácter personal.

La primera etapa de esta escalada de tensión en la lucha por el poder fue el establecimiento de un cierto compromiso de realeza colegiada. A su frente figuraba de hecho un triunvirato compuesto por PERDICAS, el *quiliarca* que había permanecido en Asia, ANTÍPATRO, que era *estratego* en Europa y encarnaba la lealtad a la dinastía reinante, y finalmente CRATERO, que era uno de los personajes más respetados del entorno personal de Alejandro, el representante visible de los reyes y quien ejercía el control supremo del ejército y de las finanzas del imperio. Se procedió a continuación a la división de las satrapías entre algunos de los generales más destacados, que no solo sembró las semillas de la futura discordia, sino que significó de hecho el comienzo de la desintegración del legado de Alejandro. Egipto cayó en manos de TOLOMEO, LISÍMACO se hizo con el control de Tracia, Asia Menor fue compartida entre ANTÍGONO EL TUERTO, que gobernó Frigia, Licia y Panfilia, y ÉUMENES, que se hizo cargo de Capadocia y Paflagonia. El conflicto entre la idea unitaria, que alentaban todavía algunos de los generales de Alejandro como Perdicas y Antígono, y la que abogaba por la repartición, suscrita de forma manifiesta por todos los demás, estaba por tanto a punto de estallar.

Las características principales de todo este período inicial son una continuada sucesión de guerras y una serie de coaliciones, que tenían como objetivo la lucha contra quien mostrase mayores ambiciones de dominio, a la vista del serio peligro que representaba para el mantenimiento del acuerdo establecido de forma precaria en el primer reparto de satrapías. A estas luchas incesantes por el poder se

añadieron también otros factores de inestabilidad interna, como la complicada situación de la casa real macedonia con Olimpíade ahora a la cabeza y su intento de eliminar cualquier otra posible alternativa, como la que encarnaban Filipo Arrideo y su ambiciosa esposa, Eurídice. Otro importante factor de inestabilidad era la situación de rebelión del mundo griego tras la muerte de Alejandro con el estallido de la denominada GUERRA LAMÍACA, que mostraba el descontento, dirigido desde Atenas y Etolia como principales protagonistas, contra el decreto real que ordenaba el retorno de todos los exiliados a sus ciudades de origen. Este descontento generalizado contra Macedonia se vio además incentivado por el elevado número de mercenarios estacionados por aquel entonces en los alrededores de Atenas, bajo el mando de Leóstenes, que representaba una fuerza importante para la rebelión, y las disputas políticas internas entre algunos políticos atenienses como los oradores Hipérides o Demóstenes. Aunque los rebeldes consiguieron un primer éxito al sitiar a Antípatro en la ciudad de Lamia (de ahí el nombre de la guerra), la llegada final de Cratero con los refuerzos pertinentes supuso la derrota final de los sublevados en Cranón (Tesalia) y la posterior rendición de Atenas en el 322 a. C. La ciudad se vio obligada a aceptar la presencia de una guarnición macedonia en el Pireo y a entregar a los líderes de la rebelión. Sufrió además algunas pérdidas territoriales en la cercana Beocia, se le impuso el pago de una fuerte indemnización de guerra y, por último, se abolió de manera oficial el sistema democrático imperante.

La primera coalición entre los diádocos se hizo en contra de Perdicas, que se hallaba asociado ahora con Éumenes, el único griego que había figurado en el entorno de Alejandro,

aislado ahora en sus dominios de Asia Menor. Perdicas fue así la primera víctima de la larga lista de muertes violentas que se iban a suceder de forma ininterrumpida entre los diádocos, con la única excepción de Tolomeo. Perdicas fracasó en su intento de atacar Egipto ya que sus tropas hicieron defección y él resultó asesinado. En ese mismo año, 321 a. C., tuvo lugar el acuerdo de TRIPARADISOS, por el que se reorganizaba lo que quedaba del imperio de Alejandro. Macedonia quedó reducida ahora a sus dimensiones estrictamente europeas y balcánicas bajo el gobierno de Antípatro, mientras que Asia quedó desmembrada entre Seleuco, que se hizo cargo de Babilonia, y Antígono, que asumió la inacabada guerra contra Éumenes en el interior de Asia Menor. Antígono fue nombrado además *estratego* de las fuerzas reales, si bien se trataba de un título completamente ficticio que ya nadie aceptaba en sus implicaciones efectivas en medio de un contexto en el que predominaban los intereses territoriales de cada uno de los contendientes.

La muerte de Antípatro abrió un segundo frente entre los diádocos, ya que designó como sucesor a POLIPERCONTE en contra de las aspiraciones de su hijo CASANDRO. Se estableció así una segunda coalición contra Poliperconte, que en su intento por contrarrestar las fuerzas rivales, puso en marcha un eslogan propagandístico consistente en proclamar oficialmente la libertad de las ciudades griegas, que será luego utilizado también por sus rivales. Casandro buscó también sus apoyos dentro del mundo griego y llegó a un pacto con Atenas, donde impuso la tiranía de un personaje singular, el filósofo aristotélico Demetrio de Falero, que gobernó durante una década la ciudad, tratando de organizar la administración interna y conseguir un cierto orden moral en las costumbres sociales.

Las contiendas continuaron y fueron cayendo en el curso de los enfrentamientos algunos de los protagonistas como Éumenes o Poliperconte. Sin embargo, el nuevo objetivo de los coaligados fue la figura de Antígono el Tuerto, que contaba además con el apoyo de su hijo DEMETRIO POLIORCETES, un verdadero genio de las tácticas de asedio. El viejo general contraatacó no solo en el terreno militar, sino que utilizó también el mismo instrumento de propaganda que había enarbolado antes Poliperconte con aparente éxito. Antígono lanzó un manifiesto desde la ciudad fenicia de Tiro en el que declaraba la libertad de las ciudades griegas en un claro intento por ganarlas para su causa y sustraerlas al tiempo del área de influencia de sus rivales. Las campañas se sucedieron casi de forma ininterrumpida y las fuerzas de Antígono sufrieron algunos descalabros importantes como la derrota en Gaza de Demetrio Poliorcetes o su incapacidad para tomar Rodas. Finalmente, en medio de este estado de confusión, cada uno de los diádocos decidió asumir el título real. Se daba así por finalizado ese estado de provisionalidad que todavía enmascaraban algunos títulos, como el de *epimeletés* del rey que había adoptado Antígono en Tiro, que recordaban la vieja ficción de una sola dinastía, o algunas actitudes falsamente conciliadoras que perseguían un acuerdo imposible ante las ambiciones de unos y otros. El intento desesperado de Antígono por conseguir frenar la tendencia centrífuga y buscar para sí el antiguo dominio universal tan deseado concluyó en la batalla contra la coalición compuesta por todos los demás diádocos supervivientes, librada en Ipsos, en el 301 a. C., en la que Antígono sufrió la derrota y perdió la vida.

7.1.2. La formación de las grandes monarquías

Con la muerte de Antígono desaparecía definitivamente la ilusa pretensión de volver a aunar todo el imperio bajo un solo liderazgo y se abandonaba toda tentativa unitaria. A partir de entonces se impuso un cierto pragmatismo que invitaba a los diádocos que todavía quedaban con vida a mantener los dominios que cada uno había ido asegurándose a lo largo de estos últimos y confusos años del siglo IV a. C. Tolomeo reafirmó su dominio sobre Egipto y Seleuco quedó como único dueño y señor de Asia. Existían ciertamente zonas de conflicto territorial entre ambos reinos como la región costera de Celesiria, que se convirtió en motivo de conflicto constante entre las dos nuevas monarquías, pero había un acuerdo tácito en el reconocimiento de sus respectivos dominios. Quedaba el reino de Macedonia, cuyo trono se hallaba vacante tras la desaparición de Casandro, que representaba a fin de cuentas una vieja aspiración de todos los diádocos por el carácter de legitimidad dinástica que otorgaba y el control que ejercía sobre el Egeo. Los aspirantes a asumir la corona eran diversos. En primer lugar estaba Lisímaco, que se había instalado hasta entonces en la región de Tracia y los estrechos, y tras su victoria en Ipsos albergaba la aspiración de crear un reino hegemónico que mantuviera bajo su dominio todas las costas del Egeo. Otro posible aspirante era Demetrio Poliorcetes, que había escapado con vida de Ipsos y conservaba el dominio del mar gracias a su flota. Por fin, estaba Pirro, un monarca del Epiro de espíritu aventurero, que mostraba claras ambiciones de conseguir el trono macedonio. Cada uno de ellos trataba de servir a sus propios intereses, pero al mismo tiempo era consciente de la necesidad imperiosa de conseguir alianzas coyuntura-

les que contribuyeran a ir eliminando obstáculos dentro de este proceso de autodestrucción que se había iniciado con la muerte de Alejandro. En esta complicada coyuntura entraron también en juego otros elementos, como la inestabilidad de los estados griegos, que se veían sometidos a un continuo vaivén de hegemonías a cargo de unos u otros sin que suscitasen ninguna clase de adhesión entusiasta por su parte, o las turbulentas relaciones dinásticas que provocaron la ruina final de algunas de estas figuras, como Lisímaco. Hicieron su aparición en escena personajes ambiciosos como Tolomeo Cerauno (el rayo), un hijo de Tolomeo I, que había quedado desplazado del trono egipcio y buscó su oportunidad al lado de los otros diádocos. Así impulsó la campaña de Seleuco contra Lisímaco que culminó en la derrota y muerte del viejo general macedonio en Corupedión en el año 281 a. C. y asesinó después a Seleuco cuando percibió que sus aspiraciones al trono de Macedonia se hallaban en peligro.

El reino de Macedonia vio de esta forma pasar fugazmente por el trono a todos estos protagonistas. En primer lugar, Demetrio Poliorcetes, que instauró su dinastía y fundó incluso una nueva capital en el golfo de Pagasas a la que dio su nombre, Demetríade. A continuación, el epirota Pirro, que se benefició de la oposición frontal que Demetrio suscitaba entre los demás monarcas. Y, por fin, el ya mencionado Cerauno, que se hizo con el trono tras su exitosa campaña junto a Seleuco y su traición final sobre este último. La desaparición de Lisímaco supuso el final de la estabilidad en las fronteras del norte, que constituían un punto decisivo de la seguridad del reino macedonio frente a la penetración de las tribus bárbaras, y fueron precisamente estas las que acabaron con el fugaz reinado de Cerauno en el país.

Esta circunstancia desfavorable representó, sin embargo, la gran oportunidad para el hijo de Demetrio, Antígono Gónatas, que, a pesar de las desventuras paternas que culminaron con su captura a manos de Seleuco y su inmediata muerte en tierras asiáticas, mantuvo en su poder determinadas plazas fuertes en Grecia que le aseguraron un lugar dentro de esta lucha implacable por la supervivencia. Su resonante éxito contra los galos, que habían invadido Grecia y Asia Menor a comienzos del siglo III a. C. y llegaron a penetrar en sus incursiones hasta el mismísimo santuario de Delfos, le condujo directamente al trono de Macedonia, donde fue acogido como un verdadero salvador.

De esta forma, con la desaparición de Lisímaco y Seleuco, se había consumido la vieja generación de los diádocos que habían pasado toda su vida en medio de incesantes luchas por el poder tratando de aprovechar el inmenso vacío dejado por Alejandro. Se habían agotado también las aspiraciones de epígonos brillantes e impulsivos como Demetrio Poliorcetes o Pirro, que trataron desesperadamente de hacerse con un lugar bajo el sol en medio de este marasmo. Sin embargo, sus ambiciones y sus formas de comportamiento, en línea con un cierto carácter aventurero y expansionista, chocaban frontalmente con el nuevo pragmatismo imperante en esos momentos, un ejemplo del cual era el reino tolemaico, en el que sus monarcas impulsaban cualquier clase de iniciativas contra sus rivales en el escenario egeo desde su cómodo retiro en tierras de Egipto. Había culminado también sin éxito la tentativa extradinástica de un Tolomeo Cerauno que aspiraba a sacar partido de las rivalidades imperantes y conseguir así lejos de su patria el trono que tenía vedado en ella. A comienzos de los años setenta del siglo III a. C. encontramos de este modo ya establecidas las tres grandes dinastías

que van a ocupar la historia de este período, la de los Tolomeos en Egipto, la de los Seléucidas en Asia y la de los Antigónidas en Macedonia.

7.1.3. El Egipto tolemaico

La monarquía tolemaica es la que mejor conocemos de todos los reinos helenísticos gracias a la abundante documentación de tipo papirológico que tenemos a nuestra disposición. Gracias a ella podemos conocer con cierto detalle algunos aspectos del funcionamiento de la poderosa maquinaria burocrática y administrativa mediante la cual la dinastía grecomacedonia de los Tolomeos ejerció su dominio sobre Egipto. No debemos olvidar, sin embargo, algunas limitaciones importantes como el carácter local de las informaciones, que impide extrapolar sus conclusiones al contexto general de todo el territorio egipcio, y su restringido ámbito cronológico, ya que la mayoría de los documentos pertenecen a una época determinada del período de dominación tolemaica.

Egipto era además el reino helenístico más homogéneo desde el punto de vista étnico, territorial o cultural. La dinastía grecomacedonia reinante apoyada en un colectivo de funcionarios y soldados impuso su dominio sobre una población egipcia que no presentaba grandes diferencias desde el punto de vista étnico o cultural. Los nuevos dominadores apenas introdujeron además cambios sustanciales en sus estructuras político-administrativas, que habían estado vigentes a lo largo de todo el período faraónico anterior. Desde un punto de vista territorial, el reino tenía unas fronteras naturales que permitían su fácil defensa de la agresión

exterior. Desde un punto de vista cronológico fue también el reino que tuvo una mayor duración, desde la instalación de Tolomeo poco después de la muerte de Alejandro hasta el año 31 a. C., cuando la última representante de la dinastía, la célebre Cleopatra VII, cayó derrotada ante Octavio Augusto en la batalla de Accio. Hubo también una continuidad en la línea sucesoria, ya que no se produjeron usurpaciones y siempre ocuparon el trono los miembros de la casa real de los Lágidas.

Todo el poder se ejercía desde la corte instalada en Alejandría. La ciudad, fundada en su día por Alejandro, se convirtió enseguida en la capital del reino sustituyendo a la antigua Menfis, que había sido hasta entonces la residencia tradicional de los faraones. El rey tenía la propiedad de toda la tierra con excepción de la que pertenecía a los templos o había sido concedida como donación a los personajes más influyentes de la corte o del ejército. Fuera de Alejandría apenas existían ciudades, salvo el caso de una nueva fundación dinástica como Tolemaida. El territorio estaba organizado en un conjunto de comunidades aldeanas en las que habitaban los campesinos *(laoí)* que cultivaban los dominios reales en régimen de arrendamiento. Sobre esta población pesaban importantes cargas de tipo fiscal que gravaban el trabajo y todas las actividades de la vida cotidiana de los egipcios. Para ello, la monarquía contaba con toda una impresionante red de funcionarios y almacenes cuya función principal era recaudar y atesorar los beneficios en manos del rey.

La complejidad de dicho engranaje y la presión correspondiente que ejercía sobre la producción no tenían sin embargo una finalidad económica. El objetivo principal era de carácter fiscal, es decir recaudar el mayor número de ingre-

sos posible para el tesoro real. Se trataba de una economía de tesorización destinada a sufragar los gastos de una corte opulenta, el costoso mantenimiento del ejército, compuesto básicamente por mercenarios, y todo el aparato de propaganda real. La imagen del monarca que se promocionaba era la del salvador y benefactor de su pueblo, el que ejercía la generosidad con sus súbditos y protegía sus haciendas y sus vidas. La rivalidad con las demás monarquías incrementaba todavía más estas necesidades financieras dado que había que superar, en pujanza y magnificencia, a los reinos rivales, seléucidas y antigónidas, y defender la integridad territorial del país y su independencia ante la política expansionista de aquellos. Las manifestaciones públicas del poder real constituían, por tanto, un hecho frecuente de la vida egipcia a través de procesiones de carácter religioso y desfiles de todas clases.

Los Tolomeos presentaban, además, una doble imagen. De cara al exterior, aparecían como los verdaderos defensores del helenismo. Animaban a los griegos a emigrar hacia Egipto, con la promesa de grandes oportunidades de hacer fortuna, y gozaban en el Egeo de una posición hegemónica frente a sus rivales, en especial los Antigónidas, con los que pugnaban por la influencia y el predominio sobre los estados griegos. Fueron, por tanto, frecuentes sus intervenciones en los conflictos internos del mundo griego, especialmente en su colaboración con los atenienses contra el dominio macedonio. El imperio exterior de los tolomeos abarcaba desde la cercana isla de Chipre hasta las ciudades próximas a los estrechos del Bósforo, pasando por algunas regiones costeras de Asia Menor. Estas posesiones constituían un importante dispositivo de defensa contra las aspiraciones hegemónicas de sus rivales y un espacio importan-

te de intercambios comerciales donde regía un único patrón monetario y circulaban las riquezas obtenidas en el valle del Nilo. Dicho mercado constituía una de las mayores fuentes de riqueza y poder de la dinastía.

De cara al interior, sin embargo, los Tolomeos se presentaban ante la población indígena como los herederos de los antiguos faraones y ostentaban de forma manifiesta ante sus súbditos la titulatura y los símbolos tradicionales. Mantuvieron buenas relaciones con el clero sacerdotal, ya que eran conscientes de que constituía el principal soporte de la monarquía ante la población local, y realizaron grandes concesiones a los templos en forma de donaciones de tierras o exenciones de impuestos. Trataron además de mantener la figura del monarca por encima de toda la administración y potenciaron para ello la ficción del rey como protector de sus súbditos ante los abusos y extorsiones de los funcionarios. Esta imagen ideal del monarca aparece reflejada en las numerosas peticiones *(enteúxeis)* que los campesinos y colonos dirigían al rey solicitando su protección y se vio también reforzada mediante los decretos de amnistía *(philánthropa)* que proclamaban el perdón generalizado en momentos especiales de crisis y prometían importantes medidas de redención fiscal ante la insumisión generalizada de los contribuyentes. El reino tolemaico se hallaba de cualquier forma irremediablemente escindido en dos partes a las que separaba una barrera infranqueable. Por un lado, estaban el rey y su corte, compuesta fundamentalmente por griegos y macedonios, que residían en Alejandría y eran los beneficiarios principales de la explotación del país. Por otro, estaba la población egipcia nativa que sufría las consecuencias de dicho dominio, a excepción de los miembros de las capas dirigentes, que habían mantenido sus pri-

vilegios a cambio de su helenización real o fingida, y de la clase sacerdotal. Resulta efectivamente significativo el hecho de que ninguno de los monarcas tolemaicos aprendiera la lengua egipcia hasta la última reina, Cleopatra VII, en una clara demostración de la distancia enorme que separaba las proclamas de la propaganda real y la cruda realidad de los hechos.

El Egipto tolemaico vivió un período de expansión y apogeo hasta mediados del siglo III a. C., cuando comenzaron a perderse las posesiones exteriores en el Egeo y el proceso de explotación del país se intensificó con el fin de acrecentar los ingresos de la corte. El descontento general por estas medidas se tradujo en frecuentes rebeliones en el campo e intentos de secesión en el sur. A partir de Tolomeo VI se iniciaron también ciertas disputas en el seno de la corte, debidas al protagonismo creciente de las reinas, y aumentó la inestabilidad del país en un proceso de declive y deterioro que se acentuó todavía más con la entrada de Roma en escena. Los últimos años de la monarquía fueron, de hecho, una parte de la propia historia interna de Roma, con el protagonismo destacado de los principales dirigentes de la última parte de la República como Julio César, Pompeyo y Marco Antonio. Este último compartió bando al lado de la última reina egipcia en la batalla final de Accio, que sellaba el destino definitivo del reino de los Tolomeos y marcaba el final del mundo helenístico.

7.1.4. El imperio seléucida

Nuestro conocimiento del reino seléucida es desde luego mucho más escaso y fragmentario que el de los Tolomeos.

El territorio que los Seléucidas gobernaban equivalía casi al antiguo imperio asiático de Alejandro y, por tanto, abarcaba una enorme variedad de entidades sociopolíticas, culturales e incluso lingüísticas. Dado que las escasas fuentes literarias con que contamos son griegas, su interés no sobrepasó nunca las regiones más occidentales del imperio, Asia Menor y Siria, por lo que quedan casi en silencio y en la oscuridad regiones tan extensas como las grandes mesetas iranias o del Asia Central, donde también ejercieron su dominio los Seléucidas, aunque con desigual fortuna. A diferencia de lo que sucedió en Egipto, entre los Seléucidas fueron frecuentes los actos de usurpación y las luchas entre ramas diferentes de la dinastía. Estas acciones dieron lugar a diversos conflictos de importancia como el que enfrentó a Antíoco III contra su pariente Aqueo, que había conseguido hacerse con el dominio de Asia Menor. Las disputas internas provocaron, además, la progresiva decadencia de la monarquía a lo largo del último siglo del reino. Sus dominios fueron también reduciéndose de forma progresiva e imparable ante el avance de los partos en Oriente o el surgimiento de ciertas formas de nacionalismo que acabaron en casos claros de secesión, como Armenia, o degeneraron en un conflicto permanente, como los judíos.

También los Seléucidas practicaron una cierta continuidad con las antiguas estructuras del imperio aqueménida. Algunas de las medidas adoptadas en esta línea fueron la implantación de colonias militares, que servían para el control del territorio, o la fundación de ciudades en lugares estratégicos con objetivos militares y fiscales. El centro neurálgico del imperio seléucida se situaba en la zona de Siria junto al Mediterráneo, que era también donde se hallaban sus principales capitales, como Antioquía del Orontes, lo

que les implicaba de lleno en la política del Egeo. Sin embargo, los grandes monarcas de la dinastía tuvieron siempre presente su vocación oriental y prestaron particular atención a estas regiones más remotas como revela la famosa expedición de Antíoco III en un intento de rememorar los pasos de Alejandro. La derrota sufrida frente a Roma en Magnesia del Sipilo en el 189 a. C. y la capitulación final firmada en Apamea marcan una auténtica línea divisoria en la historia del reino. A partir de entonces quedaron fuera de su esfera de influencia las regiones más occidentales, y en particular Asia Menor, que se convirtió en el ámbito de expansión del nuevo reino de Pérgamo, auténtico artífice de la ruina de los dominios seléucidas en toda esta zona.

7.1.5. Macedonia y los Antigónidas

La dinastía antigónida no consiguió imponerse sobre el trono de Macedonia de forma estable hasta la llegada de Antígono Gónatas, el hijo de Demetrio Poliorcetes en 276 a. C. Gobernar en Macedonia tenía una gran importancia simbólica ya que a la postre era el trono que había ocupado antes Alejandro, pero además comportaba también ventajas más palpables como el control del mundo griego a través de los denominados cuatro «cerrojos» de Grecia que eran Demetríade, Calcis en Eubea y la fortaleza del Acrocorinto, a las que se añadía el Pireo, en manos de los Antigónidas desde Demetrio Poliorcetes. Su victoria sobre los gálatas en el año 277 a. C. le reportó un gran prestigio y fue saludado como salvador, recuperando la gloria que sus antepasados inmediatos habían malbaratado con sus aventuras. Recuperó el poder en Macedonia, que se hallaba sumida en el caos,

y consolidó allí su posición tras la muerte de Pirro, que era su principal adversario en este objetivo, en el 272 a. C. Sin embargo, tuvo que superar la resistencia y oposición de una alianza entre Atenas y Esparta que contó con la ayuda tolemaica y culminó con la capitulación de Atenas en el 262 a. C. y la victoria de Antígono sobre la flota tolemaica en Cos en ese mismo año. De esta forma reafirmó su autoridad sobre el mundo griego con la imposición de un duro castigo a Atenas y la instalación de varias tiranías promacedonias en diferentes ciudades del Peloponeso como Argos, Megalópolis o Sición. Todavía tuvo que sufrir la hostilidad de los etolios y de la naciente confederación aquea bajo el mando de Arato de Sición, que perseguía la expulsión de las tropas macedonias del Peloponeso y contaba con el apoyo y sostén económico y logístico de los Tolomeos.

A la muerte de Antígono Gónatas le sucedió su hijo Demetrio II, que contempló el declive de la influencia macedonia en el Peloponeso y murió combatiendo contra los dardanios, uno de los pueblos del norte que amenazaban la seguridad de Macedonia. Le sucedió como regente Antígono Dosón, pero recibió más tarde el título real a pesar de que nunca se comportó como un usurpador. Restableció la dominación macedonia sobre la Grecia central y meridional en detrimento de los etolios y consiguió derrotar al monarca espartano Cleómenes III, que había conseguido restaurar temporalmente el poder de Esparta gracias a sus audaces reformas sociales, en la batalla de Selasia en el año 222 a. C. a la cabeza de una nueva alianza helénica, que restauró las instituciones tradicionales abolidas por Cleómenes.

A su muerte le sucedió el hijo de Demetrio II, Filipo V, que se convertiría en uno de los grandes monarcas helenís-

ticos. Encabezó de nuevo la alianza helénica esta vez contra la coalición de etolios y espartanos. Tuvo como consejero a Demetrio de Faros, que se había ya enfrentado a los romanos en aguas del Adriático, e inició una política claramente expansionista que suscitó los recelos de muchos estados griegos, sobre todo de los etolios, y de Roma, alentada por aquellos. Sus miras iban dirigidas hacia el Egeo, Tracia, las regiones del Helesponto y Asia Menor, donde tuvo que enfrentarse con las dos potencias de la zona, Pérgamo y Rodas. La insistencia de Atenas, Pérgamo y Rodas inclinó a Roma hacia la guerra declarada contra Filipo V, que estalló finalmente en el 200 a. C. Los romanos, que acababan de derrotar a Aníbal, temían la conjunción de fuerzas entre Filipo y Antíoco III y optaron por una rápida intervención armada en suelo griego que concluyó con la derrota de Filipo en Cinoscéfalas en el 197 a. C. Filipo se convirtió a la fuerza en aliado de los romanos y tuvo que renunciar a sus proyectos de expansión y a una gran cantidad de sus posesiones en beneficio de Pérgamo y Rodas, además de verse obligado a pagar una enorme indemnización de guerra. A pesar de la derrota reciente, aprovechó el conflicto que enfrentó de nuevo a Roma con el seléucida Antíoco para rehacer su posición hegemónica en Tracia y Tesalia y dejó como legado a su hijo Perseo un reino fuerte y próspero.

Perseo continuó la política seguida por su padre al final de su reinado y consiguió una gran popularidad entre los griegos además de consolidar su posición mediante varias alianzas matrimoniales con otras monarquías como Tolomeos y Bitinios. El papel agitador de Roma corrió esta vez a cargo del monarca de Pérgamo Éumenes II, que a su vuelta de Roma sufrió un atentado en Delfos del que acusó a Perseo. Los romanos declararon una nueva guerra a pesar

de que Perseo había respetado los tratados hechos con Roma. El conflicto arrastró a casi todo el mundo griego en una u otra dirección y concluyó de forma definitiva en Pidna en el 168 a. C. cuando Paulo Emilio consiguió derrotar a las tropas macedonias. Perseo fue capturado y llevado prisionero a Roma y la monarquía antigónida abolida.

7.1.6. El mundo griego

En estos momentos resultaba prácticamente imposible encontrar una potencia importante en el mundo griego que pudiera contrarrestar de forma clara las aspiraciones macedonias a la hegemonía. Atenas había pasado de un poderoso imperio marítimo a una simple ciudad que conservaba su prestigio gracias a las escuelas filosóficas y al peso de la tradición en este sentido. Luchó contra el dominio macedonio en la medida de sus posibilidades con la ayuda de los Tolomeos pero fracasó en sus tentativas. Solo la derrota de Filipo V contra los romanos, a quienes había contribuido a atizar para que intervinieran en la guerra, supuso un cierto respiro para la ciudad.

Esparta había sufrido desde finales del siglo IV a. C. un importante proceso de decadencia que había mermado considerablemente su potencial militar. Solo de forma temporal recuperó sus antiguas aspiraciones hegemónicas sobre el Peloponeso con las reformas revolucionarias que emprendieron en el curso del siglo III a. C. sus monarcas Agis IV y Cleómenes III, que suprimió el eforado y aumentó el cuerpo cívico hasta los cuatro mil efectivos mediante la integración en él de periecos y extranjeros que recibieron sus lotes de tierras correspondientes. Canceló las deudas y procedió a la

redistribución de la tierra, extendiendo por el Peloponeso un fervor revolucionario que luego no cumplió con sus expectativas. La derrota de Selasia supuso el final del breve experimento real que dejó una Esparta más debilitada todavía.

Las dos grandes potencias que dominaban ahora el panorama griego eran dos confederaciones o *koiná*. La AQUEA agrupaba a las ciudades del norte del Peloponeso y aspiraba a conseguir la hegemonía sobre toda la península bajo la dirección de un político de talla como Arato de Sición, que supo jugar sus bazas al lado de las grandes potencias en función de las circunstancias. Casi siempre como enemiga de los aqueos estuvo la LIGA ETOLIA, una confederación de carácter militar que había conservado su independencia de Macedonia y había adquirido un cierto prestigio por su victoria sobre los gálatas cuando invadieron el territorio griego a comienzos del siglo III a. C. Los etolios se enfrentaron en solitario al resto de las ciudades griegas y establecieron el primer pacto de alianza con Roma en un intento de protegerse ante un posible ataque macedonio. Más tarde, incitaron a Antíoco III para que interviniera en el mundo griego y provocaron con sus acciones una nueva guerra que afectó de lleno a toda la Hélade. La Liga aquea, por su parte, miraba con suspicacia las ansias expansionistas de los monarcas macedonios, pero se alineó con ellos en las confrontaciones con los etolios y trató de mantener un inestable equilibrio durante la intervención romana que la acabó conduciendo al desastre final. De hecho, la derrota sufrida en Corinto en el año 145 a. C. supuso el final de un mundo griego independiente, que quedó integrado a partir de entonces como una provincia más dentro del nuevo Imperio de Roma.

La situación del mundo griego fue empeorando por momentos a causa de las continuas guerras y de las terribles secuelas económicas que tenían en la población. El intervencionismo creciente de las grandes monarquías azuzó todavía más los conflictos internos en cada uno de los estados y dio lugar a una situación de crispación política y social constante que anegaba la vida diaria de las ciudades griegas. Sin embargo, la opinión pública griega continuó siendo un elemento a tener en cuenta dentro del tablero de la política internacional. Tanto los monarcas helenísticos primero como los generales romanos después trataron de ganarse el favor popular mediante proclamas de carácter propagandístico que tenían como motivo el antiguo lema de la libertad de los griegos. Esta táctica, que ya fue utilizada por los primeros diádocos, fue empleada incluso por Roma, en un intento de justificar la mala imagen que había adquirido tras su intervención en suelo griego durante la llamada primera guerra macedonia.

7.1.7. Otros reinos helenísticos

PÉRGAMO fue efectivamente uno de los reinos que desempeñó un importante papel en la historia del mundo helenístico y especialmente en la entrada de Roma en la escena oriental. Su base fundamental era la antigua ciudad de Pérgamo situada en el valle del río Caico, que gozaba de unas condiciones defensivas excepcionales gracias a su imponente ciudadela. Su artífice fue un personaje llamado Filetero, un alto oficial macedonio al que Lisímaco había confiado la custodia de parte de su tesoro. A partir de 281 a. C. se pasó a los Seléucidas a causa del odio que la reina Arsínoe le pro-

fesaba, pero tras el asesinato de Seleuco comenzó a ejercer una política muy activa de evergetismo (acción realizada en beneficio de la comunidad por un particular) hacia las ciudades griegas que le convertía de hecho en un auténtico monarca independiente, ya que protegía celosamente su territorio y proyectaba su imagen hacia el mundo griego como *sotér* y *euergétes*. El carácter defensivo de su ciudadela, un ejército experimentado y un tesoro considerable constituyeron las bases fundamentales sobre las que se asentó el nuevo reino, que comenzó su andadura efectiva con la persona de Éumenes I, sobrino de Filetero, que accedió al poder tras la muerte de este en el 263 a. C. Tuvo que mantener su independencia de los intentos de Antíoco I por recuperar sus antiguos dominios y consiguió finalmente una importante victoria en Sardes sobre su rival que impulsó de manera definitiva sus aspiraciones. Se inició así una fase de expansión hacia el territorio circundante y se acuñaron monedas con la imagen de Filetero que sustituían a las de Seleuco que habían circulado con antelación. Logró resistir los asaltos a sus nuevos dominios de Antíoco II y de los gálatas, que se habían instalado en el centro de Asia Menor y constituían un foco de inestabilidad importante en la zona, contra los que el reino de Pérgamo se erigiría como bastión defensor del helenismo en los reinados sucesivos, si bien inicialmente Éumenes I se vio obligado a pagarles tributo como forma de conservar su independencia como reino. Su sucesor, Átalo I, consiguió una importante victoria sobre los gálatas que tuvo una amplia resonancia en toda Asia Menor y se tradujo en la construcción de importantes monumentos de carácter conmemorativo en la ciudad. A partir de entonces asumió el titulo real con el epíteto de *sotér* y supo sacar partido a los enfrentamientos internos del impe-

rio seléucida para ampliar todavía más sus dominios llegando a apoderarse tras algunas importantes victorias de casi toda Asia Menor, que se hallaba en poder de los Seléucidas. En su política griega, Átalo se situó en el mismo bando que los romanos contra el monarca macedonio Filipo V y debió resistir los ataques contra su territorio de macedonios, Bitinios y Seléucidas. La invasión de Antíoco III, que pretendía recuperar los antiguos dominios de Seleuco I, puso en peligro la propia existencia del reino de Pérgamo. El sucesor de Átalo I, Éumenes II, vio su reino salvado cuando Antíoco III fue derrotado por Roma en el 189 a. C. y se encontró como el principal beneficiario de la recomposición territorial gracias a su alianza con los romanos, que eran ahora los nuevos dominadores del contexto internacional. Éumenes II recibía ahora toda el Asia Menor seléucida al norte del Tauro, que era la frontera infranqueable que los romanos habían impuesto a los Seléucidas, y algunas importantes ciudades griegas como Éfeso o Trales. El reino parecía así completamente consolidado. El último monarca de la dinastía, Átalo III, legó finalmente el reino a Roma en el momento de su muerte en el 133 a. C., y provocó con ello la intervención directa y legitimada de Roma en el escenario oriental helenístico.

BITINIA fue otro reino que desempeñó un activo papel dentro de la política helenística. Era una región escasamente helenizada que había quedado al margen de las conquistas de Alejandro y donde gobernaba una dinastía indígena que había estado bajo la tutela persa. Tras la caída del imperio aqueménida y las disputas de los diádocos, dicha dinastía consolidó no sin dificultades su posición y creó una nueva monarquía que se inició con Zipoites tras una victoria conseguida en el 297/6 a. C. contra alguno de los diádocos en

lucha. Su sucesor, Nicomedes I, estableció incluso una nueva capital con su propio nombre, Nicomedia, acuñó monedas a imitación de las de Antíoco I, proyectó su imagen hacia el mundo griego con el envío de una efigie suya hecha en marfil al santuario de Olimpia y continuó su política de expansión por la zona, que prosiguió sobre todo su sucesor en el trono, Prusias I. La buena relación que hasta entonces había existido con las ciudades griegas circundantes, como Heraclea Póntica, se debilitó con la política agresiva llevada a cabo por Prusias, pero la oposición de las mismas dirigió su expansión hacia el interior, en Frigia y Paflagonia. El reinado de Prusias significó la verdadera entrada de Bitinia dentro del marco internacional griego, con refundaciones y ofrendas a los principales santuarios griegos.

BACTRIANA, que había permanecido bajo el dominio de los Seléucidas, fue el escenario en el que surgió otro importante reino griego de este período. La existencia de importantes contingentes griegos instalados en la zona, como guarniciones de mercenarios o como colonos de las nuevas fundaciones de Alejandro, que llegaron hasta las dos docenas, y la irrupción de los parni, que a mediados del siglo III a. C. invadieron la zona de Partia y dejaron aislada del resto del imperio seléucida a esta región, favorecieron la formación de un nuevo reino independiente bajo la iniciativa del sátrapa local Diódoto en el 230 a. C. Los monarcas griegos de Bactriana, cuya historia desconocemos ya que no se han conservado fuentes literarias al respecto y tan solo podemos echar mano del testimonio de las magníficas monedas acuñadas en la región para establecer la secuencia de sus dirigentes, construyeron un reino próspero gracias a la extraordinaria riqueza agrícola de la región, que estaba regada por los dos grandes ríos, Oxo y Yaxartes, y contaba

además con un impresionante sistema de regadío, y a las numerosas ciudades ya existentes. Los restos arqueológicos más espectaculares corresponden al establecimiento encontrado en Ai-Khanum, junto a la confluencia del río Oxo con uno de sus afluentes, que ha revelado la existencia de una importante ciudad griega en la zona con todos los edificios apropiados e incluso con la presencia de una máxima délfica inscrita en uno de los santuarios locales. Su principal monarca fue seguramente Eutidemo, que mantuvo el poder tras la expedición oriental de Antíoco III, que buscaba recuperar el dominio seléucida en todas estas regiones orientales. Sin embargo, las invasiones de pueblos nómadas procedentes del norte fueron desplazando progresivamente los límites del reino bactriano hacia el sur a lo largo del siglo II y hacia el oeste durante el I a. C., hasta que finalmente el reino acabó sucumbiendo a estas amenazas.

EL PONTO fue otro reino importante en el curso de la historia helenística y el último que resistió el avance de Roma en toda la zona. Surgió de la mano del persa Mitrídates a comienzos del siglo III a. C. en la denominada Capadocia póntica, al noreste de Asia Menor. Los primeros reyes se apoyaron en la aristocracia irania implantada en la zona y en los poderosos santuarios de la región como el de Ma en Comana, que gozaban de una completa autonomía. Adoptó pronto el modelo de la realeza helenística con la puesta en marcha de una jerarquía áulica y mediante la expresión del poder real a través de la acuñación de monedas de tipo helenístico. Su política de expansión por estas regiones chocó con las ciudades griegas instaladas en ellas, que debieron someterse. Su principal monarca, Mitrídates VI Eupátor extendió sus dominios hacia las regiones del norte del mar Negro tras acudir en ayuda de las ciudades griegas de este

ámbito que estaban amenazadas por los escitas. Controlaba también las regiones más orientales como la pequeña Armenia y la Cólquide. La integración de numerosos greco-macedonios en su corte le permitió proclamarse defensor del helenismo, y en esta condición intentó suscitar la guerra contra la dominación romana, que concluiría en un rotundo fracaso tras tres campañas casi sucesivas que terminarían con la propia muerte del rey.

COMAGENE fue un reino surgido de la desintegración del imperio seléucida a partir del siglo II a. C. y de la buena disposición de los romanos hacia sus gobernantes en una región montañosa estratégica situada entre Capadocia, Siria y Armenia que controlaba las rutas que unían el sur de Asia Menor con el norte de Siria. Fue el reinado de Antíoco I (69-36 a. C.) el que afirmó la consolidación política del reino dentro del contexto de la reorganización de toda la región que llevó a cabo Pompeyo tras su victoria sobre Tigranes de Armenia. Considerado como amigo del pueblo romano *(philoromáios)* pudo extender ampliamente sus dominios territoriales hacia una parte del norte de Mesopotamia y se convirtió en una zona esencial del oriente romano que entonces se hallaba en plena construcción. Antíoco desarrolló una ideología real que se inscribía al tiempo dentro de las tradiciones irania y grecorromana, ya que se proclamaba como descendiente de Darío I por parte de padre y del mismísimo Alejandro por parte de madre. Su titulatura «Gran rey Antíoco dios justo manifiesto filoromano y filoheleno» marcaba su integración dentro de las tradiciones helenísticas recientes y de la órbita de influencia romana. Instauró un culto real y dinástico a través de numerosos santuarios funerarios erigidos a la gloria de sus antepasados y de santuarios que asociaban el culto del monarca a divini-

dades de carácter mixto, grecoiranio, como Zeus Oromazdes o Apolo Mitra. Uno de estos santuarios es el de Nimrud Dag, situado a más de dos mil metros de altitud en un túmulo artificial en el que una vía procesional bordeada de estatuas y relieves de carácter monumental enlazaba tres terrazas consecutivas que simbolizaban a través de este impresionante conjunto la potencia real. El reino de Comagene se convirtió así a lo largo del siglo I a. C. en un enclave original que englobaba una doble tradición cultural, política y administrativa en una corte real compuesta por una elite indígena junto a la que también se contaba un grupo notable de grecomacedonios. Constituye un claro ejemplo de los resultados de los procesos de helenización en todo el oriente helenístico, de la pervivencia de una fuerte tradición cultural indígena y de la reivindicación orgullosa del recuerdo de la antigua dominación persa, que se mantuvo en pie gracias al deseo romano de preservar la estabilidad en una región estratégica hasta su definitiva integración dentro del Imperio, que se produciría en el año 72 d. C.

7.1.8. La civilización helenística

Las conquistas de Alejandro y el mundo que surgió de ellas introdujeron una serie de cambios significativos en todas las formas y modos de vida. Las fronteras del mundo griego se dilataron de forma extraordinaria pues a partir de entonces podían encontrarse griegos instalados desde Macedonia a la India, a través del inmenso espacio resultante de las conquistas, a las que muchos habían emigrado en busca de mejores condiciones de vida acudiendo en masa a la llamada de los nuevos monarcas de estos reinos, que requerían un per-

sonal cualificado para el funcionamiento de sus nuevos estados, tanto en la administración como en el ejército. Las nuevas ciudades fundadas, sobre todo en el imperio seléucida, adoptaron patrones griegos y por todas partes se levantaron templos, teatros, ágoras y *gimnasios*. Las grandes capitales helenísticas como Alejandría, Antioquía o Pérgamo llenaron sus espacios públicos de monumentos espectaculares como la denominada tumba de Alejandro o *sema* y el Faro en Alejandría, la estatua monumental de *Túche* en Antioquía o el magnífico altar de Zeus en Pérgamo. Las estatuas del conquistador macedonio debieron de llenar las ciudades en conmemoración de quien todos sin excepción consideraban el fundador de sus respectivas dinastías. Los grandes santuarios recibieron también espléndidas ofrendas como el escaparate de gloria que continuaban siendo todavía en esta época. Los grandes palacios que servían de residencia a los reyes y a una parte de su Estado Mayor debieron de resultar igualmente espectaculares a pesar del escaso rastro arquitectónico que han dejado, a excepción del de Egas (Vergina), del que podemos apreciar sus cimientos y valorar sus dimensiones. También debieron de abundar las grandes mansiones de las gentes con mayores recursos que adornaban además sus paredes con imponentes pinturas murales, sus suelos con mosaicos y sus estancias con muebles y objetos de lujo, que solo podemos vislumbrar lejanamente a través de algunos ejemplares sueltos como el vaso de vidrio procedente de Begram, en Afganistán, que reproduce el faro de Alejandría. La espectacularidad de la época se reflejaba igualmente en las fiestas de sus reyes y en las procesiones ceremoniales como la que organizó Tolomeo II en memoria de su padre, de la que tenemos noticia a través de la descripción de un tal Calíxeno de Rodas que nos ha conservado Ateneo.

Sin embargo, toda esta fastuosidad quedaba por lo general restringida a los ambientes urbanos de las nuevas ciudades con sus edificios institucionales más representativos y su vida política propia de acuerdo a los patrones tradicionales griegos con importantes cambios. La realidad de las extensas zonas rurales, que seguían constituyendo el espacio más amplio de estos reinos y en el que vivía la población indígena, continuó aferrada a la cultura tradicional de estos territorios. Una minoría grecomacedonia, que ocupaba los puestos de relevancia en la administración real, poseía las tierras y disfrutaba de los derechos políticos, ejercía el dominio casi absoluto sobre la inmensa mayoría de la población nativa, que trabajaba en los campos y permanecía completamente ajena a los intereses y formas de vida griega. Existía así una barrera prácticamente infranqueable entre ambos mundos. La población de los nuevos reinos no constituía un conjunto homogéneo desde un punto de vista sociológico. Ni siquiera la dicotomía entre ciudad y campo constituía la única barrera que separaba a unos individuos de otros. En las ciudades, y sobre todo en las capitales, vivían las elites dirigentes y los que habían sido favorecidos por la marcha de los negocios o por su ascenso en la carrera administrativa. Habitaban casas lujosas, podían acceder a un nivel de consumo elevado y disponían del ocio necesario para dedicarlo a actividades de todo tipo. Sin embargo, también vivían en las ciudades otros colectivos que no ocupaban puestos de importancia en la administración o realizaban tareas y funciones artesanales o comerciales, incluso muchos desheredados que debían hacinarse en los barrios de los alrededores, sometidos a un inevitable proceso de mestizaje por la fuerza de las circunstancias, y que debían recurrir para su sustento a la generosidad del monarca de turno, que pro-

porcionaba de forma gratuita alimentos a una multitud desocupada, en una práctica que buscaba evitar revueltas que luego en Roma recibiría el nombre ilustrativo de *panem et circenses* (pan y circo).

En las zonas rurales y en las numerosas aldeas dispersas por todo el territorio vivían también algunos grecomacedonios, como los oficiales de la administración o las guarniciones militares, que se vieron de igual modo obligados al contacto cada vez más estrecho con la población indígena y eran testigos más o menos conscientes de su nivel de abuso y explotación. Sin embargo, la mayor parte de la población era de origen indígena y estaba abocada a trabajar sus campos y a pagar las onerosas tasas y prestaciones que a veces se les reclamaban.

Dentro de las propias ciudades, el abismo entre unos y otros se fue haciendo más grande. Por un lado, existía una elite acomodada, que disfrutaba con el sutil ingenio de sofisticados poetas en círculos cortesanos y contemplaba, instalada en un cierto confort urbano, el mundo exterior con curiosidad y exotismo. Por otro, una multitud abigarrada completamente ajena a las exquisiteces de los cenáculos literarios o al ansia de nuevos saberes, aficionada a las fiestas y celebraciones que promovía la corte con motivo de una coronación o de la deificación de una reina. De un lado, el mundo elegante de la literatura y el arte, amante de la novedad y del golpe de efecto, que encargaba para sus mansiones costosas obras de escultura o de pintura, muy lejanas ya en sus formas a los antiguos esquemas de austeridad clásica. Del otro, un público mayoritario que prefería la parodia y lo grotesco y buscaba sobre todo la evasión de unas condiciones de vida que le resultaban poco satisfactorias. Esta diversidad de públicos explica la aparición de géneros tan diversos como la

poesía épica de carácter erudito y mitológico, como la de Apolonio de Rodas, la poesía pastoral de Teócrito, la comedia nueva de Menandro con su enredos, o tratados tan variopintos como los paradoxográficos (relatos de cosas raras y curiosas), los relatos de viaje fantásticos y la novela.

La situación había cambiado enormemente, ya que el individuo ya no era un ciudadano que participaba directamente en las decisiones de la comunidad, sino tan solo un simple súbdito más de un inmenso estado que regía los destinos de la mayoría desde la lejanía de la corte emplazada en la capital de la monarquía. El culto al soberano organizado en estos nuevos reinos reflejaba la prosperidad y magnificencia de la monarquía, pero no satisfacía las necesidades individuales de una población que no tenía homogeneidad étnica, lingüística o cultural. Posiblemente, a pesar de los esfuerzos y recursos que se utilizaron en la promoción de dicho culto y en su propaganda, la mayoría de la población no dejó nunca de ver a los viejos y toscos generales macedonios, que habían adquirido su posición privilegiada gracias a la fortuna y a la fuerza de las armas, transmutados ahora en monarcas de sus respectivos reinos. La mayoría de los ciudadanos de estos reinos encontraron respuesta a la situación de soledad e indefensión crecientes que experimentaban en las nuevas formas de culto, en las que las ansias de salvación personal y la idea de una vida futura después de la muerte desempeñaban un papel fundamental.

Esta impronta crecientemente individualista se reflejó también en las nuevas corrientes filosóficas, que incidían en el individuo siguiendo los pasos de Sócrates en su enfrentamiento a un orden del mundo que no terminaba de satisfacerles del todo. Este enfrentamiento adquirió tonos violentos y desafiantes en el movimiento de los CÍNICOS, que se

mostraban contrarios a toda costumbre establecida y perseguían una pureza moral que rayaba en el primitivismo. Por su parte, los ESTOICOS parecían más propensos al entendimiento colectivo estimulando el sentimiento de la concordia entre los individuos que formaban parte de un mismo *kósmos* (universo ordenado). La escuela aristotélica se mantuvo vigente, si bien se veía cada vez más limitada a reductos intelectuales que tenían como objetivo la consecución y ordenación del conocimiento.

El MUSEO DE ALEJANDRÍA fue quizá el resultado más brillante y espectacular de esta última tendencia. Fue fundado por Tolomeo II, que convocó para este fin los servicios del filósofo ateniense Demetrio de Falero, discípulo de Aristóteles. El Museo (Casa de las Musas) reunía a una serie de sabios y estudiosos procedentes de todas las partes del mundo griego, que vivían organizados en comunidad y contaban con la financiación del rey. Se dedicaron a catalogar y recopilar todas las formas del saber existente. La famosa biblioteca del Museo daba acogida a todos los textos que el gobierno egipcio podía adquirir, utilizando a veces procedimientos tan poco ortodoxos como la confiscación de los ejemplares que había a bordo de los numerosos barcos que atracaban en el puerto de Alejandría o la devolución a las ciudades que habrían prestado para su copia un ejemplar original bajo una fuerte fianza de la copia realizada y no del original. Esta labor de copia y el trabajo filológico posterior que se realizó dentro del Museo contribuyó de forma decisiva a la conservación de la literatura antigua y salvó de la desaparición o el abandono a muchos textos que ya entonces se encontraban marginados o dispersos. También fue importante la tarea de traducción de algunas obras representativas de otras culturas, como el

Antiguo Testamento de los judíos, que fue traducido al griego con el nombre de los *Setenta* por el número de sabios que intervinieron. En el Museo se desarrolló igualmente una importante labor de investigación científica, ya que contaba con un jardín botánico y un pequeño zoológico. Quizá el estudioso más célebre asociado al Museo fue Eratóstenes, que era un individuo tremendamente polifacético capaz de practicar al nivel de la excelencia casi todas las disciplinas, desde la geografía con su realización de un mapa del orbe y su medición del perímetro de la tierra, hasta la astronomía, pasando por la crítica literaria homérica y el estudio de la cronología. Otro estudioso ilustre fue el matemático Euclides, que compuso sus famosos *Elementos* de geometría que se mantuvieron en vigor casi hasta finales del siglo XIX. Destacaron también algunos avances producidos en el terreno de la mecánica, como los de Ctesibio, que utilizó por vez primera la fuerza peumática, o de Arquímedes en la hidráulica, o en la medicina, con los tratados de Herófilo, que avanzó de forma considerable en sus investigaciones sobre los órganos del cuerpo y descubrió el ritmo de la circulación sanguínea.

Un mundo en definitiva extraordinariamente diverso, complejo y globalizado al mismo tiempo, con grandes variaciones entre ciudad y campo y entre diferentes regiones y territorios, con considerables diferencias socioeconómicas entre ricos y pobres, entre grecomacedonios e indígenas, con amplios horizontes geográficos por explorar y conocer, como las regiones más orientales de la India o las zonas situadas al sur del Nilo; un espacio en suma estimulante y abierto por el que discurrían las gentes, los productos y las ideas con una intensidad y continuidad que no se habían alcanzado hasta entonces.

7.2. Problemas fundamentales

7.2.1. El carácter del mundo helenístico

El concepto de helenismo, tal y como lo utilizamos para calificar a este período, fue acuñado por el historiador alemán Johann Gustav Droysen en el siglo XIX, que consideraba este período la edad moderna de la Antigüedad. Se basaba para ello en la aparición de grandes estados, en el notable desarrollo de las ciudades, en la existencia de una cultura literaria reducida a una elite intelectual y de una ciencia ya desvinculada del todo de la filosofía. También le llamaba la atención el gran paralelismo que creía detectar con su propio tiempo, ya que ambos períodos de la historia ofrecían un cuadro paralelo en el que una minoría portadora de una cultura superior había invadido, dominado y tratado de asimilar grandes territorios que estaban a su vez habitados por poblaciones más antiguas cuya civilización se hallaba entonces en declive. Dentro de esta línea de comparaciones con la historia contemporánea, el propio impulso de su nación, Prusia, le hizo poner el acento en el gran desarrollo que alcanzaron los nuevos estados monárquicos de la época.

Las circunstancias favorecieron ciertamente el interés de Droysen por este período de la historia del mundo griego, ya que a lo largo del siglo XIX se produjo una imponente labor de recopilación de inscripciones que proporcionaron nuevos materiales de estudio y en sus años finales se consolidó la nueva ciencia de la papirología, que permitía el planteamiento de cuestiones relacionadas con la economía o el derecho. También se llevaron a cabo excavaciones en importantes centros del Oriente helenístico como Pérgamo, Priene, Mileto, Éfeso o la isla de Delos, y gracias a los tra-

bajos del también alemán Wolfgang Helbig comenzaron a apreciarse las posibilidades de que las excavaciones de Pompeya, y en particular el estudio de sus pinturas, podían tener para una mejor comprensión del mundo helenístico desde un punto de vista artístico y social. Sin embargo, el auténtico interés histórico de Droysen no era el mundo helenístico en sí, ya que su principal objetivo era el estudio de la situación cultural en la que surgió el cristianismo, como resultado de la mezcla de elementos griegos y orientales. No obstante, tuvo la audacia de escribir una síntesis de conjunto sobre unos siglos que hasta esos momentos se hallaban casi en una situación de olvido y supo ver en ellos una etapa decisiva entre el mundo clásico de las ciudades griegas y el nacimiento del cristianismo.

Esta concepción moderna del helenismo se acentuó con los estudios del también alemán Julius Beloch, que a comienzos del siglo XX mostró especial interés por el fenómeno colonizador. Partía de la idea de Alejandro como un visionario y centraba su atención en el impulso económico que la conquista supuso para el mundo oriental, destacando los aspectos relativos al comercio, al fisco o a la economía monetaria. Sin embargo, se hallaba plenamente convencido de la absoluta superioridad de la civilización griega y mostraba, por tanto, un cierto desprecio por las masas indígenas. Esta concepción del mundo helenístico como una sociedad colonial ya la había señalado también, pocos años antes, el gran historiador de la Antigüedad Barthold Niebuhr, que había convertido el encuentro ideal que Droysen proponía entre los dos mundos en una relación entre dominadores y dominados.

Sin embargo, en los años siguientes, se impuso la visión idealista que convirtió a Alejandro en un auténtico apóstol

del helenismo, que habría extendido incansablemente por los territorios de Asia impulsando el progreso material y la cultura de las civilizaciones indígenas mediante la continuada fundación de ciudades. Esa fue la tesis del historiador escocés Willian Woodthorpe Tarn, que veía en Alejandro un personaje visionario e idealista cuyo objetivo final era conseguir la fraternidad universal. Durante la primera mitad del siglo XX, esa fue la imagen del mundo helenístico que los historiadores más importantes ofrecieron en sus obras, desde la monografía del francés Pierre Jouguet, hasta las obras más generales del alemán Eduard Meyer o del británico Arnold Hugh Martin Jones, quien, en su obra sobre la ciudad griega, la presentó como el vehículo del helenismo en su proceso de difusión por Oriente.

Las cosas cambiaron de forma notable con la aparición en escena del historiador ruso Mihail Rostovtzeff, que publicó en el año 1941 su gran *Historia social y económica del mundo helenístico*. Gracias a su enorme erudición y a su extraordinaria capacidad para manejar toda clase de fuentes, pudo aportar datos e ilustraciones concretas a lo que en la obra de Beloch eran solo meras abstracciones sobre los grandes fenómenos económicos que caracterizaron aquel período. Su visión casi exclusivamente urbana dejaba sin embargo de lado los problemas relativos al mundo rural en un mundo que continuaba siendo rural de forma predominante a pesar de las muchas ciudades existentes. Destacaba no obstante el aspecto burgués de la civilización helenística, que ya había sido puesto de manifiesto respecto a su literatura por el gran filólogo alemán Ulrich von Willamowitz. La obra imponente de Rostovtzeff ponía también el acento en la gran variedad de manifestaciones sociales que caracterizaron este período, como las agitaciones revolu-

cionarias, o en la sorprendente riqueza de fenómenos religiosos con un desarrollo notable de la magia y la superstición.

Con todo, el acercamiento a la realidad histórica de la ciudad helenística se hizo de la mano del gran epigrafista francés Louis Robert, que con sus estudios sobre las ciudades de Asia Menor reveló la unidad cultural y lingüística de este mundo, al tiempo que puso de manifiesto la enorme variedad local en costumbres e instituciones.

Las perspectivas variaron de forma sustancial tras la Segunda Guerra Mundial, en medio de un cierto ambiente intelectual anticolonialista. La supremacía política grecomacedonia, que había sido objeto de elogio e idealización en las décadas anteriores, se consideraba ahora el origen de los problemas. Las conflictivas relaciones entre griegos e indígenas centraban ahora la atención preferencial de estudiosos como la belga Claire Préaux. Se prestó a partir de entonces una mayor atención al elemento indígena, que dejó de ser concebido como un mero receptor pasivo de la influencia cultural griega, y se estudiaron los fenómenos de resistencia al helenismo dentro de las culturas orientales.

La imagen de un mundo colonial terminó por fin de imponerse con los trabajos del francés Pierre Briant, que estudió las ciudades desde un punto de vista socioeconómico y las interpretó como un elemento más dentro de una estrategia global de la conquista y de la colonización de los territorios orientales, en lugar de como el marco ideal donde tenía lugar la integración social y cultural de los indígenas. Esta perspectiva socioeconómica se vio completada más recientemente por los planteamientos de tipo sociológico del historiador francés Eduard Will, que destacó la contradicción existente entre la visión ideal que nos transmite la propaganda regia y

la propia realidad socioeconómica de los países conquistados, pero insistió también en la necesidad de estudiar las condiciones sociales reales en las que se produjo la política de explotación económica o en las que se difundieron las ideas y corrientes religiosas. Para ello propuso la utilización de los estudios antropológicos acerca de la sociología de la dependencia, que ofrecían en su opinión un marco teórico adecuado para la comprensión de aquella realidad lejana, si bien advertía también sobre el peligro de generalizar o extrapolar al mundo antiguo los resultados que se habían obtenido en sociedades más modernas. Señaló asimismo la importancia metodológica que podían adquirir algunas obras de ficción elaboradas en el seno de sociedades coloniales más recientes, como la inglesa en la India o la española en América latina, a la hora de ayudarnos a entender las condiciones reales en las que se produjeron los intercambios y relaciones entre las etnias dominante y dominada. Las novelas de Edward Morgan Forster sobre la India, las de Lawrence Durrell sobre Egipto o las de algunos escritores latinoamericanos como Ciro Alegría o Carlos Fuentes podrían convertirse en un instrumento metodológico en la tarea del historiador del mundo helenístico, dado que nos permiten acceder al marco general de actitudes y sentimientos reales de los sometidos en este tipo de situaciones que nos está completamente vedado en nuestra documentación. Sin embargo, Will insistió también sobre las dos grandes diferencias que separaban el mundo helenístico del mundo colonial moderno. En primer lugar, el carácter esencialmente económico de la colonización de los siglos XIX y XX, que tenía como objetivo la conquista de las materias primas y de los mercados de exportación. Sus efectos sobre las poblaciones locales fueron devastadores, como la destrucción de

algunas etnias, la ruptura de las antiguas estructuras sociales, la grave alteración de la ecología y de los modos de vida o la adulteración de las culturas tradicionales. El mundo helenístico no presentaba un panorama tan excesivo y desolador. La diferencia radica sobre todo entre la civilización capitalista y técnica de la época moderna y el carácter arcaico que desde un punto de vista económico y técnico caracterizó al mundo helenístico a pesar de sus innovaciones. La explotación de los territorios conquistados tuvo una finalidad política, la de asegurar la potencia y el prestigio del soberano a través de su riqueza, y se llevó a cabo por medio de medidas de carácter fiscal. En segundo lugar, la diferencia en el terreno religioso, ya que frente al carácter misionero de la colonización moderna, no se produjo nada parecido en el mundo helenístico. Las coacciones se ejercieron dentro del marco social y mental, pero no llegaron nunca al terreno religioso salvo en muy contadas ocasiones, como el conflicto entre el monarca seléucida Antíoco IV y los judíos.

Más recientemente se ha criticado esta visión estrictamente colonial por parte de Roger Bagnall, que ha argumentado que algunas circunstancias importantes relacionadas con las relaciones de poder escapan al modelo, si bien ha mantenido su validez como herramienta interpretativa general. Un nuevo modelo explicativo es la aplicación al mundo helenístico del concepto de transferencia cultural, adoptado del vocabulario del psicoanálisis de los años ochenta del siglo XX como método de análisis de las interacciones de mundos autónomos y asimétricos, que se interesa por la circulación de los objetos, de los saberes y de los hombres, si bien es necesario conocer con antelación y precisión la esfera cultural de origen, la de llegada, y el momento, los vectores y las razones de la transferencia.

7.2.2. Relaciones entre griegos e indígenas

Uno de los principales problemas a la hora de abordar el estudio de una época de carácter colonial como el período helenístico es el complejo de relaciones que se establecieron entre los griegos y las poblaciones indígenas. Algunos estudiosos han propuesto la idea de que en lugar de hablar de fenómenos como la helenización de la población indígena o la orientalización de los griegos, deberíamos utilizar el concepto de *aculturación,* que englobaría el conjunto de fenómenos resultante del contacto continuo y directo entre grupos de individuos que pertenecen a culturas diferentes y que desemboca en transformaciones que afectan a los modelos culturales originales de uno o ambos grupos. Los monarcas helenísticos favorecieron y estimularon una corriente migratoria hacia sus reinos a partir de los últimos años del siglo IV hasta finales del siglo III a. C. Estos inmigrantes griegos fueron quienes asumieron las principales funciones dentro del aparato administrativo de los nuevos estados, recibieron lotes de tierra, desempeñaron las tareas más lucrativas, como la recaudación de impuestos que se efectuaba por el sistema de concesión, o realizaron los principales trabajos de interés público. La población indígena quedó así marginada de las tareas principales del poder y se encontró, por tanto, en una manifiesta relación de dependencia con los recién llegados, ya que sus posibilidades quedaron reducidas a las escalas más bajas de la administración, a las labores manuales o al trabajo en los campos.

Ante esta manifiesta situación de desequilibrio creada por la dominación extranjera, los indígenas podían adoptar diferentes actitudes, que según la clasificación propuesta

por el sociólogo francés Georges Balandier podrían quedar resumidas en los cuatro tipos siguientes:

a) En primer lugar, la *aceptación activa* o colaboración con los nuevos dominadores. Dentro de este primer grupo habría que incluir a aquellos miembros de las clases dirigentes indígenas que deseaban salvaguardar su estatus anterior y también a otro tipo de gentes, menos favorecidas por la situación política anterior, que veían ahora con las nuevas circunstancias una ocasión para conseguir el prestigio y el poder que antes se les había negado. Esta situación comportaba necesariamente un alto grado de aculturación, que iba desde la adopción de la lengua dominante (el griego en este caso), hasta la de ciertos usos religiosos, pasando también a veces por aspectos externos como la indumentaria o la dieta alimentaria. Por lo general, afectaba siempre a una minoría.

b) La *aceptación pasiva* habría sido la actitud que por lógica adoptó la mayoría de la población. De hecho, a la vista de la situación de dependencia atávica en la que ya se encontraban, para las masas campesinas de Egipto o de las mesetas iranias, la acomodación a la nueva situación debió de resultar relativamente fácil siempre que no se produjera un agravamiento en las condiciones de trabajo o un cierto intervencionismo en sus usos y creencias tradicionales. En este sentido, la política que siguieron los Tolomeos con el clero egipcio, de concesiones frecuentes y el mantenimiento de sus privilegios tradicionales, estuvo encaminada en esta dirección.

Por otro lado, no hemos de olvidar los diferentes medios de control con que contaba el poder establecido. En primer lugar, la presencia de un ejército bien entrenado y profesional, compuesto básicamente por mercenarios, instalado en colonias militares y guarniciones a lo largo y ancho del terri-

torio. En segundo lugar, un imponente aparato de propaganda oficial que tenía como objetivo la difusión entre los súbditos de una imagen idealizada del soberano en la que se mezclaban motivos tradicionales extraídos de la propia cultura indígena. Por último, todo un engranaje de control administrativo que dominaban los grecomacedonios a través del cual se realizaba directamente la explotación del país.

c) La *oposición pasiva* fue la actitud que adoptó en ocasiones de crisis una parte de la población indígena frente a sus nuevos dominadores. En este terreno debemos incluir los casos de *anachóresis* (alejamiento, una especie de huelga) en el Egipto tolemaico. Cuando las exigencias fiscales superaban su capacidad de resistencia, el campesino recurría a la huida de los campos a los que se hallaba adscrito y buscaba refugio en el desierto, en los templos o en la propia ciudad de Alejandría. Esta clase de movimientos expresaban la sensación de impotencia y la desesperanza de unas gentes que habían agotado ya todas sus posibilidades.

Esta misma actitud explica quizá los éxitos conseguidos por las nuevas doctrinas de salvación o el auge de fenómenos como la mántica o los mesianismos. La mentalidad de los colonizados caracterizada por la ansiedad y un sentimiento de desajuste sociopsicológico con la nueva situación se ajustaba a esta clase de actitud con claros componentes religiosos.

d) Por último la *oposición activa* se traducía en la rebelión abierta contra el poder dominante. Este tipo de acciones tienen por lo general una triple vertiente. En primer lugar, un carácter político, ya que pretendía la expulsión de los extranjeros del territorio propio. En segundo lugar, un importante componente económico, pues se buscaba también poner término a la explotación de los indígenas. Y por

fin, un claro componente de carácter sociocultural que se expresaba mediante un fenómeno de contraculturación, que consistía en el rechazo de la cultura dominante y la rehabilitación de la cultura indígena pero con la utilización de ciertos aspectos de la cultura dominante reinterpretados como armas de liberación vueltos en contra de aquella. Todo era además sancionado desde un punto de vista religioso.

Se incluyen aquí claramente los movimientos de resistencia de carácter nacionalista que se produjeron en Judea contra la dominación seléucida o las revueltas egipcias en el campo que culminaban en el saqueo de los templos y aldeas. El carácter religioso de esta clase de movimientos se dejó sentir en la influencia ideológica que ejercieron algunos textos de características apocalípticas y proféticas, como la *Crónica demótica* o el *Oráculo del Alfarero.* La primera de ellas corresponde a una profecía surgida en el medio sacerdotal de Herishef, y su carácter nacionalista es claro si tenemos en cuenta que califica como perros a los grecomacedonios, se encuentra escrita en demótico, que era la forma de escritura popular de los egipcios, y se anunciaba además el retorno de una monarquía nacional. El *Oráculo del Alfarero* procede también de un medio sacerdotal, en este caso el de Khnoum, en el Alto Egipto, y anunciaba la destrucción de la ciudad de Alejandría y la vuelta al pasado con el triunfo definitivo de un rey procedente del sur. Su carácter nacionalista se pone también de manifiesto a través de la calificación de impíos contra los grecomacedonios, que con sus acciones habían provocado un caos pernicioso en la propia naturaleza y en los ciclos de la vida que solo retornarían a sus ciclos habituales con la destrucción final de aquellos.

Como señaló en su día el estudioso belga Willy Peremans, uno se imagina con cierta dificultad la naturaleza exacta de las relaciones entre indígenas y extranjeros. Posiblemente unas relaciones llenas de miramientos, de desprecios soterrados y resentimiento profundo semejante al que podía observarse entre los ingleses y aquellos nativos que habían adoptado la forma de vida inglesa en los dominios británicos en el curso del siglo XIX. Podemos así intentar comprender los móviles profundos, llenos de complejos y ambigüedades, que empujaron a representantes distinguidos de una antigua y venerable civilización a adherirse a la cultura de sus nuevos dominadores extranjeros no sin segundas intenciones y ciertas dudas. Necesitaríamos tener a nuestra disposición el equivalente helenístico del *Pasaje a la India* de Forster para los dominios seléucidas o en el caso de Egipto algo parecido a las novelas de Durrell.

7.2.3. La imagen ideal de la monarquía

Una de las grandes novedades del período helenístico fue el régimen adoptado en los diferentes territorios que surgieron tras las conquistas de Alejandro. La monarquía no era un sistema de gobierno habitual entre los griegos, con la excepción de Esparta y de algunas regiones marginales como el Epiro, sino propia de territorios limítrofes al propio mundo griego, como los tracios o los ilirios. Sin embargo, a lo largo del siglo IV a. C. las cosas empezaron a cambiar de forma radical en los planteamientos intelectuales ante la crisis de la polis y se comenzó a mirar con simpatía esta forma de gobierno que hasta entonces era considerada patrimonio de los bárbaros.

Esta nueva actitud favorable hacia la monarquía se deja sentir en las obras de Jenofonte, bien en sus biografías de carácter laudatorio, como las del espartano Agesilao o del tirano siciliano Hierón, bien en obras de miras más amplias como la *Ciropedia,* en la que la figura mítica de Ciro el Grande encarnaba las cualidades del buen gobernante. El monarca ideal aparece representado como la encarnación de la justicia, un rey-filósofo preocupado por garantizar la paz a sus súbditos, que son además objeto de su generosidad y de su protección. Algunas de estas virtudes se expresaban en los diversos epítetos que se utilizaron para calificar a los reyes, tales como *sotér* (salvador), *euergétes* (benefactor), *theós epiphanés* (dios manifiesto) o *poimén laón* (pastor de multitudes). De igual modo se enfatiza también el aspecto militar y se destacan sus cualidades como general, su presencia en las primeras líneas de combate, la importancia de su educación en la caza o su generosidad a la hora del reparto del botín.

Esta ideología del buen monarca se intensificó a lo largo de los primeros momentos del período helenístico por medio de la propaganda real y con la instauración del culto dinástico. La propaganda iba encaminada generalmente en dos direcciones bien distintas. Hacia el mundo griego, los reyes se presentaban como la encarnación de la defensa de la civilización frente al peligro bárbaro y como los garantes de la paz y la prosperidad de sus habitantes. Estas proclamas iban acompañadas por acciones más concretas, como donaciones de trigo, donativos a los templos, establecimiento de fundaciones culturales, reducciones de impuestos o tareas de reconstrucción y restauración en murallas y edificios públicos. Su objetivo era doble. Por un lado, pretendían aumentar su influencia política y captar bajo la órbita de su dominio el mayor número posible de ciudades griegas y sus-

traerlas así al influjo de sus rivales. Por otro, no renunciaban tampoco a granjearse un prestigio más duradero en la inmortalidad del recuerdo que quedaría reflejado a través de la adopción del culto a su persona o en la erección de estatuas o monumentos conmemorativos. La existencia de esta rivalidad entre los diferentes reinos se puso de manifiesto con motivo del terremoto de Rodas, cuando unos monarcas trataron de superar a los otros en sus muestras de generosidad y ayuda hacia la ciudad griega.

Hacia el mundo indígena, los reyes se presentaban ataviados con todos los símbolos de la realeza tradicional de sus respectivos territorios y trataban de buscar el apoyo sistemático del clero, tal y como sucedió en Egipto, donde los Tolomeos recibían los títulos tradicionales de los faraones y fueron representados de esta forma en los monumentos conmemorativos, hasta el punto de que apenas es posible distinguir al no especialista entre los relieves que pertenecen a la época faraónica y los que datan del período tolemaico.

La respuesta popular a estas manifestaciones de la propaganda regia fue diversa. En unos casos, podemos apreciar una aparente devoción en las cofradías de soldados o en el culto rendido a la figura del rey en el *gimnasio*. En otras ocasiones se impuso una actitud más realista y pragmática, como podemos comprobar en el himno que los atenienses dedicaron a Demetrio Poliorcetes considerándole un dios, ya que

> los demás dioses o bien están lejos o no existen o no nos prestan atención. Pero tú estás aquí, nosotros te vemos. No eres de madera ni de piedra. Tú eres real.

Posiblemente, la ambigüedad y el cinismo fueron los sentimientos mayoritarios, en un intento por sacar el máximo

partido a la situación en forma de sacerdocios del culto real o en importantes subvenciones a los artistas, que dejaban a fin de cuentas sus beneficios sobre la ciudad.

7.2.4. Las ciudades helenísticas

El fenómeno de la urbanización masiva es, sin duda, uno de los acontecimientos fundamentales de la historia del mundo helenístico. El historiador hebreo Victor Tcherikover, en un estudio publicado en el año 1927, listaba cerca de cuatrocientos establecimientos urbanos en Asia Menor y Siria. Existe sin embargo un cierto desequilibrio en la distribución territorial de estos nuevos establecimientos, ya que, frente a este elevado número de fundaciones en el imperio seléucida, en Egipto solo encontramos dos ciudades de nueva planta. Las causas de este proceso de urbanización son, como ya se ha señalado, muy diversas. Las razones de carácter militar fueron las más frecuentes, pues muchas de estas ciudades habían tenido su origen en fortalezas destinadas a controlar una región determinada. También hubo motivaciones económicas, ya que desde las ciudades se ejercía el dominio fiscal de todo el territorio circundante. Sin embargo, hay que apuntar también razones de tipo comercial, sobre todo en aquellas que estaban situadas en una posición estratégica para esta clase de actividad. No fueron menos importantes las causas de tipo ideológico, puesto que la fundación de ciudades acrecentaba el prestigio de los soberanos correspondientes. Por último, es muy posible que intervinieran también ciertos condicionantes psicológicos, ya que, de esta forma se intentaba estimular un vínculo sentimental de identificación con el lugar entre los habitan-

tes de estos nuevos centros urbanos, creando el sentimiento patriótico indispensable en unos estados que deseaban construir una nueva identidad nacional.

Otro de los aspectos fundamentales es la composición de sus habitantes. Tres elementos diferentes entraron a formar parte, desde el principio, de estas nuevas fundaciones. En primer lugar, los griegos llegados a consecuencia de la masiva corriente emigratoria del comienzo del período helenístico. Eran, por lo general, gentes emprendedoras dispuestas a intentar la aventura, bien por las facilidades que se les ofrecían desde las propias cortes, interesadas en atraer una emigración cualificada, bien movidas por la ausencia de cualquier otra clase de expectativas en el suelo patrio. Constituían la minoría de estas nuevas ciudades. En segundo lugar, los veteranos macedonios a los que se habían concedido lotes de tierras provistos de una serie de ventajas fiscales y con todos los instrumentos necesarios para iniciar las labores de cultivo. Por último, la población indígena era sin duda el elemento mayoritario y procedía en su mayor parte de las regiones cercanas a la nueva fundación. No en vano la gran mayoría de estos establecimientos se fundaron en la proximidad de regiones en las que existía una densa red de aldeas indígenas, ya que los nuevos centros requerían una mano de obra barata y al tiempo especializada. Otra parte importante del contingente procedía de ciudades indígenas vecinas o de enclaves que habían sido destruidos en el proceso de conquista. Ejemplos representativos son Seleucia del Tigris, que se levantó cerca de la antigua Babilonia, de Seleucia del Euleo, que lo hizo cerca de Susa, o Alejandría del Yaxartes, cuyos habitantes procedían de tres ciudades más antiguas que habían sido fundadas por Ciro y de los prisioneros de la campaña de Sogdiana.

Son también importantes los problemas que comportaba la configuración del territorio de la nueva ciudad –su *chóra*– con respecto al estatus de las poblaciones indígenas de la zona. La tierra, confiscada a los indígenas, pasaba a posesión de la ciudad y de sus habitantes y aquellos se convertían en población campesina dependiente que era controlada directamente por los cargos públicos de la ciudad. Esta circunstancia suponía un proceso de remodelación del tejido social que implicaba una seria ruptura de los vínculos espaciales y sociales de las comunidades aldeanas preexistentes.

El estudio de los planos urbanísticos de estas nuevas fundaciones urbanas revela también algunos de sus rasgos socioeconómicos. El planteamiento inicial era sin duda igualitario en la distribución de los nuevos lotes de tierra para los colonos, que eran siempre los grecomacedonios. Sin embargo, *la población indígena permanecía segregada a pesar de su inclusión dentro de los muros de la ciudad*. Los citados planos confirman la existencia de barrios separados en los que se puede apreciar la diferencia entre la ciudad nueva ocupada por los colonos y la antigua aglomeración indígena. No hay que olvidar que el disfrute pleno de los derechos cívicos iba asociado a la posesión del lote de tierra *(kléros)* y por tanto quedaba reservado por completo a los grecomacedonios.

Ya los persas, y quizá con anterioridad otros imperios orientales, habían utilizado la fundación de ciudades como un instrumento de conquista y como la piedra angular del sistema de dominación política y control económico. En la ciudad residía el gobernador, era la sede del contingente militar que controlaba la región colindante y desde ella se efectuaba la administración del territorio. Alejandro continuó con esta misma estrategia y, si bien sus fundaciones

respondían sobre todo a preocupaciones de tipo militar, es igualmente evidente que siempre se buscaba un enclave que permitiera dominar y reunir una fuerza de trabajo agrícola que pudiera proporcionar a la ciudad sus medios de vida. Existe, por tanto, una línea de continuidad en la política de urbanización desde los Aqueménidas a los Seléucidas pasando por el propio Alejandro.

Esta misma estrategia aparece también en la literatura griega del siglo IV a. C. Aristóteles proponía que las tierras de la ciudad deberían ser cultivadas por esclavos o periecos de raza bárbara, y Jenofonte había ya observado en su famosa *Anábasis* que existían numerosas aldeas en estas zonas cuya fuerza de trabajo podría ser aprovechada por los griegos. El esquema ideal que hacía de la fundación de ciudades un signo claro de la extensión de la civilización griega por las regiones de Oriente tenía en la realidad intereses y objetivos mucho más pragmáticos. El propósito fundamental era una política de segregación consciente cuya finalidad era conseguir la dominación política y socioeconómica. El ideal de expansión cultural quedó en un simple eslogan de la propaganda y la retórica griegas que muchos historiadores modernos acogieron más tarde con gran entusiasmo, dejándose llevar por sus propios ideales más que por un examen atento de la evidencia histórica.

7.2.5. El clero egipcio y sus fuentes de riqueza

La abundante documentación papirológica procedente del Egipto tolemaico nos permite abordar ciertos problemas de carácter socioeconómico que resultan inaccesibles en otros períodos de la historia antigua. Este es el caso, por ejemplo,

del importante papel económico que desempeñó el clero egipcio dentro del reino tolemaico. Los templos aparecen como uno de los factores principales en la economía del reino, incluso en los textos de origen griego. Gozaban, en efecto, de amplios dominios, disfrutaban de concesiones especiales, como la exención de impuestos, o tenían la posibilidad de producir aceite contraviniendo el monopolio real existente en todo el país. Otro dato a tener en cuenta es el hecho de que el grueso de la documentación egipcia fue elaborado por gente asociada a los templos o eran estos sus destinatarios principales. También las estelas funerarias y la mayor parte de la estatuaria privada fueron encargadas por sacerdotes, lo que constituye un claro indicio del alto estatus y de la riqueza de que disfrutaban.

Sin embargo, son los documentos de tipo papirológico los que han confirmado esta impresión mediante el análisis de los denominados «contratos de matrimonio», unos documentos cuya finalidad era garantizar el apoyo económico a la esposa y asegurar la herencia futura de las propiedades por parte de los hijos habidos en el matrimonio. De cincuenta y nueve contratos publicados, los porcentajes hablan por sí solos ya que veintisiete de ellos están realizados por sacerdotes, otros dieciocho por gente asociada con un templo y de los catorce restantes nueve corresponden a personas que ostentan títulos militares, dos de tipo administrativo, uno a un mercader y otro más al hijo de un sacerdote. Esa misma conclusión se obtiene de otros ciento veintidós documentos, procedentes de la región de Tebas, que están relacionados con operaciones económicas como alquileres, ventas o préstamos, entre los que también se dan algunos contratos de matrimonio. El grupo mayoritario corresponde a aquel en el que las dos partes implicadas en el

trato son sacerdotes. A continuación viene un segundo grupo en el que una de las partes al completo o varios de los individuos que las componen son también sacerdotes. En tercer lugar viene un grupo en el que en una o ambas partes aparecen implicadas personas relacionadas con los templos aunque no son sacerdotes. Por fin, solo el grupo final y el más minoritario implica a gentes que no guardan relación alguna con los templos. Los sacerdotes y las gentes asociadas de alguna manera con los templos constituyen, por tanto, el grupo dominante en todo tipo de transacciones de riqueza, lo que vine a indicar que eran los miembros privilegiados de una elite dirigente que había conservado su estatus a pesar de la conquista e incluso lo había potenciado en algún caso, manteniéndose como la clase más rica de la sociedad egipcia.

También los documentos nos informan acerca del tipo de riqueza que poseía esta elite indígena y su cantidad. Gracias a ellos sabemos que la propiedad fundiaria representaba solo un porcentaje relativamente pequeño de la riqueza de los egipcios. Su principal fuente de ingresos procedía, en cambio, del desempeño de los oficios y cargos relacionados con los templos, cuya variedad resulta ciertamente sorprendente. Aparecen así cargos y funciones tales como la de encargado de la apertura del templo de Hathor o la de sacerdote-lector y escriba de los rollos divinos en la necrópolis de Siut. Estas tareas proporcionaban una serie de ingresos, como la posesión de pequeñas parcelas, raciones de pan diarias, de aceite o de carne. El servicio en las capillas funerarias comunales y la ejecución de los ritos funerarios representaba también una fuente importante de ingresos. Sabemos también por los documentos que estas tareas eran legadas más tarde a sus descendientes, que las distribuían en

partes y una misma persona podía acumular muchos de estos oficios y funciones. Sin duda, el control y ejercicio de los oficios sacerdotales reportaba un incremento directo de la riqueza y por ello es muy probable que fuesen las familias más ricas las que trataran por todos los medios de seguir controlando el poder de dicha fuente de ingresos.

7.2.6. La influencia de los cultos orientales

Si la pretendida helenización de las masas orientales no se produjo, sí tuvo lugar en cambio la corriente opuesta, una cierta *orientalización* de los modos de vida entre los griegos, sobre todo en el terreno de las ideas y los cultos religiosos. El abandono de la religiosidad tradicional vinculada a la vida de la polis significó el triunfo definitivo de la religión individual. El individuo se hallaba ahora en medio de territorios inmensos, sometido por completo a la voluntad lejana del monarca de turno y convertido, de hecho, en un simple número más que debía afrontar en *solitario* todas sus necesidades espirituales sin la protección corporativa que representaba la polis en este terreno, como afirmó en su día el estudioso francés André Jean Festugière. Esta clase de necesidades individuales y trascendentes se traducía en el deseo de adquirir algunas certezas sobre la vida futura en un universo en el que los dioses tradicionales habían dejado ya de tener vigencia y sentido. Anteriormente, ya habían empezado a dar respuesta a esta clase de ansiedades los cultos de carácter mistérico, como los que se celebraban en Eleusis en honor de Deméter o los rituales báquicos en honor de Dioniso, que iban siendo cada vez más populares entre la población.

Con la ampliación de horizontes, que para muchos supuso la apertura de fronteras y la marcha a las tierras de Asia o Egipto, estas necesidades empezaron también a encontrar respuesta en cultos orientales que aunque podían resultar extraños al principio a la mentalidad griega, poseían un enorme atractivo para los recién llegados a causa de su colorido y del aparente espíritu de solidaridad y seguridad que proporcionaban a sus fieles. Cultos como los de Isis, la denominada Afrodita siria o la Gran Madre frigia comenzaron a ganar seguidores entre los nuevos habitantes de los reinos helenísticos. Sin duda, en la adopción de estos cultos incidieron diferentes factores, como la frialdad del culto oficial dinástico que imperaba en estos reinos promovido por sus monarcas, que parecía incapaz de suscitar emociones profundas y despertar en sus adeptos sentimientos de seguridad o consuelo, tan necesarios en una época de convulsiones y crisis continuas como la de estos tiempos. Pero seguramente intervino también de forma decisiva el proceso de mestizaje que se produjo en los estratos más bajos de la población, un nivel hasta el que habían ido a parar los griegos menos favorecidos por la fortuna. Al verse obligados desde entonces a llevar el mismo tipo de vida que los indígenas, es muy probable que se sintieran afectados por aquellas corrientes religiosas que, desde tiempo inmemorial, habían ejercido su labor balsámica y de consuelo a las fatigas y miserias cotidianas entre aquellas poblaciones orientales. Otra vía de contagio y extensión de este tipo de cultos y creencias fue sin duda el ejército, acantonado en guarniciones lejanas y en continuo contacto con las poblaciones locales. En esta corriente se introdujeron también otra clase de inclinaciones seudorreligiosas, como el gusto por la astrología o la magia, que alcanzaron tam-

bién una difusión enorme a lo largo y ancho del mundo helenístico.

El interés del problema no reside tan solo en las formas que adoptaron estos cultos en el medio griego o en las vías de transmisión desde el medio oriental o en las adaptaciones y transformaciones que estas mismas ideas experimentaron a través de este proceso. Son igualmente importantes sus consecuencias, ya que prepararon el terreno en el que, más tarde, haría su aparición el cristianismo. De esta forma se comprende mejor su triunfo y propagación, no como un fenómeno repentino e inesperado, sino como el resultado final de un proceso mucho más largo y complejo que había preparado las condiciones para que esta clase de religiones de salvación, que implicaban un fuerte sentimiento de solidaridad entre sus miembros y una cierta esperanza de tipo escatológico, encontrasen el adecuado caldo de cultivo en el que implantarse. Un proceso histórico que se inicia con la descomposición de la religión cívica de la polis y se extiende y amplía a lo largo del período helenístico con la entrada en escena de otros cultos de esta clase, todos ellos de origen oriental.

7.3. Fuentes e historiografía de la época

7.3.1. Un inmenso vacío histórico

El estudio del período helenístico presenta grandes dificultades debido a la escasez de fuentes coetáneas. A pesar de la enorme importancia de la época y de su duración –casi trescientos años–, nos enfrentamos con la pérdida casi total de la mayor parte de los grandes historiadores de este pe-

ríodo con muy contadas excepciones. No han llegado hasta nosotros ni Jerónimo de Cardia, que escribió una historia del período que siguió a la muerte de Alejandro, ni Duris de Samos, que escribió acerca del mismo período desde una perspectiva diferente, ni Filarco de Atenas, que continuó la historia de Jerónimo hasta los últimos años del siglo III a. C., ni tampoco Timeo de Tauromenio, el primer historiador del Occidente griego que trató además de establecer un marco cronológico general basado en el cómputo de las Olimpíadas.

A la pérdida irremediable de estas grandes figuras se une también la de algunas obras de carácter personal y apologético escritas por protagonistas destacados de este período, como Arato de Sición, que fue el fundador de la Liga aquea y compuso unas memorias en las que trataba de corregir la visión de las cosas del proespartano Filarco, Pirro, el célebre monarca del Epiro que emprendió un intento de conquista en la península itálica y se enfrentó a Roma, autor también de sus memorias, o el monarca tolemaico Tolomeo Evérgetes II, que con sus memorias trató de defenderse de los ataques que los autores griegos lanzaron en su contra. Nos falta igualmente toda la historiografía local, tan productiva a lo largo de este período, de la que destacan figuras como la de Memnón de Heraclea Póntica o los historiadores de Rodas Zenón y Antístenes. De la misma forma, hemos perdido las obras de aquellos historiadores que tomaron partido por las monarquías helenísticas frente a Roma, figuras casi desconocidas como Mnesiptólemo, que escribió a favor de Antíoco III, o la historia de Timágenes de Alejandría. Tampoco se han conservado las obras originales escritas por ilustres personajes de la aristocracia o el clero indígena, como Manetón sobre Egipto o el babilonio

Beroso sobre su país, en un intento de explicar al mundo griego el prestigio y la antigua grandeza de sus respectivas civilizaciones.

A la vista de este impresionante naufragio de la literatura histórica helenística, debemos recurrir, a la hora de reconstruir dicho período, a testimonios de naturaleza fragmentaria o de derivación problemática que en el mejor de los casos constituyen meros destellos de luz momentáneos en medio de un espacio inmenso que aparece repleto de sombras y oscuridad. Sirva de ejemplo el reino del segundo de los Tolomeos en Egipto, que fue posiblemente el monarca más importante de toda la dinastía, y a la hora de estudiar su reinado debemos echar mano de testimonios exclusivamente literarios, como alguno de los *Idilios* de Teócrito, un poeta cortesano y sofisticado en extremo que alude en sus obras a determinadas realidades de la época, como sucede en su «Idilio XVII», conocido también como el *Elogio de Tolomeo.* Contamos también con un largo fragmento de Calíxeno de Rodas, que nos ha conservado Ateneo, en el que se describe minuciosamente el impresionante cortejo de la fiesta en honor de Tolomeo celebrada en Alejandría, o con la *Carta de Aristeas a Filócrates,* un texto de carácter problemático que nos ofrece una idea de la concepción de la monarquía según la propaganda real de la corte tolemaica. A estos contados textos se añaden millares de fragmentos de papiros que revelan aspectos puntuales y concretos de la vida en Egipto durante este mismo período. La imagen que se desprende de todo esto es la de un reino gobernado con fastuosidad y lujo exhibicionista que sometía a Egipto a una explotación intensa y sistemática. Sin embargo, nada se nos dice en ellos de la política exterior de los Tolomeos en el Egeo, que constituía, sin lugar a dudas, el aspecto más im-

portante de una monarquía que trataba de incidir política e ideológicamente en el ámbito griego. Al respecto tan solo podemos contar con algunos testimonios alusivos que presentan grandes incertidumbres desde el punto de vista cronológico.

No resultan mejor libradas las otras monarquías. Para el reino seléucida debemos recurrir a la *Historia de Siria* de Apiano, que posiblemente deriva en parte de fuentes proseléucidas, a algunas anécdotas existentes en la colección de estratagemas de Polieno, un autor de época imperial, o a las fuentes judías, como los libros I y II de los Macabeos, o al historiador Flavio Josefo, que reflejan una visión claramente partidista de las cosas, dado el enfrentamiento de los judíos con los seléucidas a partir sobre todo de Antíoco IV. El caso de Macedonia es todavía peor pues debemos echar mano del resumen de Justino, lleno de lagunas e imprecisiones y desesperadamente alusivo en la mayoría de los casos, para tratar de reconstruir los reinados de los primeros monarcas de la dinastía.

La epigrafía nos proporciona, en cambio, un material considerable sobre todo acerca de la vida de las ciudades griegas de Asia Menor. Sin embargo, estas inscripciones presentan una gran discontinuidad desde el punto de vista histórico ya que resulta enormemente problemático enlazar estas noticias locales con las de carácter más general que aparecen mencionadas en los textos literarios. Como ha recalcado la gran estudiosa belga Claire Préaux, tenemos una historia de ciudades y otra paralela de reyes que solo de forma fortuita y ocasional vienen a coincidir en momentos muy determinados. Hay regiones, sin embargo, en las que las inscripciones faltan por completo, como la meseta irania o las regiones más septentrionales de Bactriana o la India.

En este caso nos enfrentamos a un vacío casi total de noticias o a importantes lagunas, como la pérdida durante cincuenta años a partir del 283 a. C. de toda traza de la presencia seléucida en Irán. Regiones más próximas desde un punto de vista geográfico, como Capadocia o el Ponto, en Asia Menor, ofrecen también importantes lagunas en este campo, pues apenas contamos con algunas inscripciones en las que se hace mención de la labor de mecenas locales preocupados por la suerte de sus conciudadanos, como Protógenes de Olbia en el mar Negro.

Las causas de esta desaparición hay que buscarlas sobre todo en la suerte corrida por los historiadores de la época y su forma de concebir la historia. La complejidad excesiva de la época, la longitud consiguiente de sus obras, su estilo rebuscado y barroco y, sobre todo, su deseo de introducir elementos de carácter novelesco y fantástico fueron factores decisivos que explican la desaparición de sus obras. La existencia de resúmenes más generales en forma de historias universales, como la de Diodoro de Sicilia o algunas otras que no han llegado hasta nosotros como la de Nicolás de Damasco, provocó el abandono progresivo de aquellas obras más concretas. De hecho, ya en el siglo II d. C., tal y como afirma Pausanias, no se leía a los historiadores de los reinos tolemaico y pergameno. La separación creciente de los géneros literarios, que tuvo lugar a lo largo del período helenístico, contribuyó también a la pérdida paulatina de la literatura histórica. Estas historias contenían en su interior elementos novelescos y fabulosos que ahora encontraban acomodo mejor en otra clase de obras mucho más ligeras y específicas, como los relatos de viaje fantásticos, los tratados utópicos o la literatura paradoxográfica dedicada a aquellos aspectos raros y curiosos del mundo natural. La presencia

de largos discursos, la precisión puntillosa y la oscuridad del estilo alejaban de estas obras a la mayoría de los lectores de la época, que se sentían atraídos en cambio por géneros mucho más ligeros, como las biografías o las enciclopedias por partes. La ausencia casi absoluta de restos de estas obras entre los papiros hallados en Egipto viene a confirmar esta tendencia progresiva al olvido y la desaparición de unos autores que se enfrentaron con un cambio de gustos en un público cada vez menos dispuesto a ocupar su tiempo en prolijas y prolongadas lecturas.

Por otro lado, los grandes historiadores del período, como Polibio y Agatárquides, en su intento por separar estrictamente la historia propiamente dicha de los relatos de ficción, contemplaron con escasa simpatía una forma de hacer historia que primaba los aspectos dramáticos, sensacionalistas y fabulosos y arremetieron duramente contra los autores de la época, como Filarco, Duris o Timeo. Todo el libro XII de Polibio era una airada crítica contra los métodos de Timeo y a lo largo de las páginas de su historia abundan también los alegatos en contra de Filarco. Esta actitud excesivamente crítica y demoledora contribuyó también de forma decisiva al olvido y marginación de los historiadores helenísticos. La minoría intelectual y dirigente demandaba obras más consistentes desde un punto de vista pragmático o moralizante, como la historia de Polibio, la gran masa de lectores que habitaba las nuevas ciudades requería géneros más frívolos y ligeros, adecuados a las nuevas necesidades de la época, y, por último, las poblaciones indígenas que habitaban los inmensos territorios de los nuevos reinos, separadas por la barrera casi infranqueable de carácter étnico y lingüístico del mundo de los nuevos dominadores grecomacedonios, vivían completamente ajenas a la cultura griega. Se trataba, por tanto, de una

literatura que carecía del público apropiado y estaba abocada por ello desde el principio a su desaparición.

7.3.2. Los grandes historiadores de la época

JERÓNIMO DE CARDIA fue un historiador serio que pretendía ofrecer una visión coherente y completa del tiempo que le tocó vivir, un período crucial en el que se estaban formando las grandes monarquías del nuevo mundo surgido de las conquistas de Alejandro. Fue testigo privilegiado de los acontecimientos, ya que sirvió sucesivamente bajo las órdenes de Éumenes de Cardia, Antígono el Tuerto, su hijo Demetrio Poliorcetes y, por último, Antígono Gónatas, el auténtico fundador de la dinastía macedonia. Contó así con su experiencia personal, ya que ocupó una posición de primer plano al lado de los protagonistas mencionados, y tuvo además acceso a numerosos documentos. Sus informaciones debieron de ser extraordinariamente precisas y detalladas e incluso dio también entrada en su obra, a la manera de Heródoto, a algunas digresiones de carácter anticuarista o etnográfico, como la descripción del carruaje fúnebre de Alejandro o sus noticias acerca del país de los árabes nabateos. Su estilo, sin embargo, no fue del agrado de los críticos literarios antiguos, que le consideraron un autor de difícil lectura para un espíritu refinado. Fue criticado también por su descarada parcialidad a favor de los Antigónidas en detrimento de sus rivales. La historia de Jerónimo está en el origen de los libros XVIII-XX de la historia de Diodoro, que se basan en buena parte en su obra, de las informaciones que encontramos en algunas de las *Vidas* de Plutarco, como las de Éumenes, Pirro o Demetrio Poliorcetes, en la

historia de los diádocos de Arriano, conservada tan solo en fragmentos, y en la historia de Trogo Pompeyo resumida por Justino.

DURIS DE SAMOS escribió también acerca de la historia de este mismo período. Fue tirano en su patria a la vez que un hombre ilustrado a la manera de algunos personajes de esta época, como el ateniense Demetrio de Falero. Escribió una historia de Macedonia y una biografía del tirano siciliano Agatocles en las que prestaba particular atención a los aspectos sensacionalistas y de carácter dramático como forma de suscitar la emoción de los lectores. Su interés por las artes plásticas se dejó notar también en su obra histórica a la hora de presentar algunos de los caracteres de sus protagonistas más destacados o de llevar a cabo algunas descripciones de efecto teatral. Su gusto por lo exótico y lo maravilloso se reflejó en sus digresiones etnográficas y fabulosas. Representa junto con Filarco la típica manera de hacer historia que caracterizó a este período. Fue utilizado por Plutarco en las biografías antes mencionadas, debido a su interés por los retratos morales de sus personajes, y también por Diodoro. Su obra reflejaba quizá una cierta actitud hostil hacia Macedonia.

FILARCO DE ATENAS constituye otra de las fuentes fundamentales para la historia perdida del siglo III a. C. Escribió una historia en dieciocho libros que continuaba la de Jerónimo. Se iniciaba así con la muerte de Pirro en el 272 a. C. y concluía con la muerte del monarca espartano Cleómenes III en el 219 a. C. Filarco mostró su abierta simpatía por las reformas del rey espartano y se ganó así la declarada animadversión de Polibio, que era un decidido partidario y seguidor de Arato de Sición, que representaba la política opuesta a las aspiraciones hegemónicas de Esparta. Su forma de hacer

historia era parecida en buena medida a la de Duris de Samos, ya que prestaba también especial atención a los aspectos dramatizantes y sensacionalistas de los acontecimientos. Con su búsqueda de lo patético pretendía, a la manera aristotélica, suscitar la piedad y el temor en sus lectores. Este aspecto ha sido la causa de que algunos hayan denominado su historia como trágica, si bien tal denominación no parece hoy la más adecuada, ya que los historiadores que criticaban esta manera de proceder optaron igualmente por esta clase de recursos narrativos, aunque con menor intensidad. Al igual que Duris, era aficionado a las digresiones de todo tipo, tal como revela la utilización que hicieron de algunas partes de su obra los autores del género paradoxográfico. Su postura favorable a los reyes espartanos Agis IV y Cleómenes III, verdaderos héroes de su historia, hizo que mirara con escasa simpatía los reinos de sus enemigos, en especial Macedonia, contra la que demostró una particular hostilidad. Encontramos ecos más o menos claros de su obra en las biografías de Plutarco sobre los dos monarcas espartanos mencionados, en las que la huella de Filarco parece clara, en la historia de Polibio, a pesar de su postura crítica hacia su forma de hacer historia, en las numerosas anécdotas que nos ha conservado Ateneo y, por último, en algunos pasajes del resumen de Justino.

POLIBIO DE MEGALÓPOLIS fue sin duda el historiador más importante de todo el período helenístico gracias al cual poseemos además una narración continuada de la segunda parte del siglo III a. C. Polibio fue miembro de una de las familias dirigentes de la confederación aquea y llegó a ocupar el cargo de comandante de la caballería *(hiparco)*. Tuvo un conocimiento de primera mano de los acontecimientos más destacados de su tiempo, en algunos de los cuales participó

como protagonista. Tras la tercera guerra macedonia y las consecuencias fatídicas para la confederación aquea que supuso la victoria romana en el conflicto, Polibio figuró entre los rehenes exigidos que marcharon hacia Roma y allí tuvo la suerte de contar con la protección y el apoyo del clan de los Escipiones. Acompañó a uno de ellos, Escipión Emiliano, en sus campañas por la península ibérica y el norte de África y fue, por tanto, testigo privilegiado de las mismas. Regresó a su patria diecisiete años después para concluir su obra. El objetivo principal de su historia era dar a conocer a los lectores griegos las razones que explicaban el imparable ascenso de Roma y su inesperado dominio del mundo en tan reducido espacio de tiempo. Su historia es una historia pragmática, de acontecimientos, que era necesario conocer y explicar de forma racional para incitar a la reflexión y a la acción a sus lectores, un público seguramente reducido compuesto por estadistas y miembros de las clases dirigentes griegas y romanas. Concede una atención preferencial a las personalidades más destacadas de la época, como los monarcas helenísticos Filipo V, Perseo, Antíoco III, o a estadistas griegos de la talla de Arato, cuyas *Memorias* utilizó como fuente, Filopemén o el rey espartano Cléomenes III.

Su concepción de la historia era, sin embargo, unitaria. El triunfo final de Roma marcaba el momento en el que confluían los diferentes escenarios, europeos y asiáticos, en los que se desarrollaba la acción de la historia. Esta convergencia *(sumploké)* se vio también favorecida por la *Túche* (la fortuna), que configuraba también el desarrollo de los acontecimientos y su resolución definitiva, por encima de las decisiones y designios de los protagonistas. Sin duda, Polibio utilizó como fuentes de información a sus predecesores Filarco o Timeo, pero pudo consultar también una gran can-

tidad de documentos en los archivos griegos y romanos, a los que tuvo fácil acceso dada su posición. Por otro lado, su gran experiencia y sus numerosos contactos personales tanto en el mundo griego como después en Roma contribuyeron de forma destacada al desarrollo de su obra. A pesar de estas evidentes cualidades, su historia no se halla tampoco exenta de defectos, como su excesivo patriotismo aqueo que le condujo a pintar con negras tintas a todos los rivales de la confederación, especialmente etolios y espartanos. Tampoco es completamente objetiva su visión de los grandes monarcas que se enfrentaron a Roma, especialmente Filipo V, a quien describe con trazos sombríos destacando la evolución negativa de su carácter. De igual modo, su historia no es todo lo seria que pretenden sus proclamas metodológicas y sus ataques contra sus predecesores, ya que también afectó a su obra esa forma particular de hacer historia que consistía en destacar la faceta trágica de los acontecimientos o prestar atención a lo exótico y extraordinario. Solo conservamos enteros los cinco primeros libros de su historia, ya que los treinta y cinco restantes han quedado reducidos a una buena cantidad de fragmentos que han llegado hasta nosotros a través de la selección efectuada por orden del emperador bizantino Constantino Porfirogéneta *(Excerpta Constantiniana)*. También podemos reconstruir partes de su obra perdida gracias a Tito Livio, que utilizó la historia de Polibio (libros XXI-XLV) como fuente principal para los asuntos de Oriente, a Diodoro (libros XXVIII-XXXII) y, por último, a Plutarco o Apiano, estos últimos ya en menor medida y en un proceso de derivación que resulta mucho más complicado de establecer.

AGATÁRQUIDES de CNIDO fue otro de los grandes historiadores del período, que ejerció labores de tutor real en

la corte tolemaica en el último cuarto del siglo II a. C. Compuso dos grandes obras históricas, una sobre *Asia* en diez libros en la que trataba el período subsiguiente a la muerte de Alejandro, y otra mucho más amplia en cuarenta y nueve libros sobre *Europa,* en la que narraba los acontecimientos desde aquellos tiempos hasta el final de la monarquía macedonia. No se ha conservado ninguna de las dos. Sí ha llegado hasta nosotros, al menos en parte, otra de sus obras, un tratado *Sobre el Mar Rojo* que podemos reconstruir a través del resumen que realizó de ella el patriarca bizantino Focio en el siglo IX d. C. y a la utilización que hizo Diodoro para su descripción de aquellas regiones. Contiene interesantes informaciones sobre determinados aspectos del reino tolemaico, como las cacerías de elefantes o el trabajo en las minas al sur del país. Su oposición a determinados aspectos del dominio lágida en las regiones del sur limítrofes con el mar Rojo, por su alteración de los patrones de vida indígenas y de la propia naturaleza, resultan ciertamente interesantes a la hora de entender los problemas que la expansión imperialista de estas grandes monarquías y después de Roma iban ocasionando en los territorios conquistados.

POSIDONIO DE APAMEA fue la otra gran personalidad de la historiografía helenística de la última parte del período. Posidonio fue un filósofo estoico además de historiador y decidió continuar la historia allí donde la había concluido Polibio, y llegó muy posiblemente en su desarrollo hasta la dictadura de Sila, aunque también es probable que incluyera las campañas de Pompeyo en Oriente. Su obra histórica, ciertamente muy influenciada por sus concepciones filosóficas, a las que servía como ejemplificación práctica, no ha llegado hasta nosotros. Sin embargo, ha dejado huellas visi-

bles en algunos historiadores posteriores, como Apiano, aunque posiblemente utilizó su obra a través de otros intermediarios. Gracias a la transmisión indirecta, citado por Ateneo, nos ha llegado también un fragmento sobre las tiranías atenienses de comienzos de los ochenta en los momentos precedentes a la guerra mitridática. Su preocupación por los temas sociales, como las revueltas de esclavos, o su interés por los pueblos sometidos al Imperio romano, en un intento por explicar sus formas de vida, nos permiten vislumbrar algunos aspectos poco privilegiados por la historiografía dominante, más interesada en resaltar las virtudes heroicas y morales de los grandes personajes, que marginaba a las clases inferiores y a los pueblos bárbaros a una posición secundaria de meros testigos mudos o simples objetos de conquista y opresión.

DIODORO constituye también una fuente importante para la última parte de este período. Diodoro vivió en época de Julio César y Augusto y tuvo todavía acceso a muchos de los historiadores mencionados, a los que utilizó abundantemente a lo largo de los libros de su obra que trataban de esta época (libros XVIII-XL). Esta parte de su obra tampoco se ha conservado entera y tan solo poseemos algunos fragmentos en el resumen de Focio, en los ya citados *Excerpta Constantiniana* y en un manuscrito que fue publicado en el siglo XVII y se perdió más tarde, conocido como *Eclogae Hoeschelianae*. Dadas estas lamentables condiciones de conservación, resulta muy difícil determinar la procedencia concreta de sus informaciones, si bien sabemos que utilizó de forma fundamental a Polibio y Posidonio como fuentes para este período.

NICOLÁS DE DAMASCO escribió una *Historia universal* gigantesca que constaba de ciento cuarenta y cuatro libros, encargada por el monarca judío Herodes, en la que el pueblo

judío adquiría un papel preponderante en el desarrollo de los acontecimientos y en la que encontramos informaciones destacadas sobre esta última parte del período helenístico.

TIMÁGENES DE ALEJANDRÍA escribió más o menos en la misma época que Nicolás de Damasco un libro titulado *Sobre los Reyes* en el que la historia del mundo helenístico aparecía organizada por reinos y dinastías y en la que desempeñaban un papel fundamental las biografías de los sucesivos monarcas. Fue una de las fuentes utilizadas por Trogo Pompeyo y quizá sirvió también de fuente de información a Apiano sobre los Seléucidas y los Antigónidas. Su pretendida actitud antirromana ha sido puesta en duda últimamente debido a la falta de testimonios directos que la confirmen y a las vicisitudes de su biografía, ya que vivió en Roma y estuvo vinculado al círculo de Asinio Polión. Quizá no contempló con demasiadas simpatías el surgimiento del nuevo régimen de Augusto, que significaba el final definitivo de cualquier intento de renacimiento de su ciudad natal, que se vería relegada a partir de entonces ante la nueva capital imperial, Roma.

FLAVIO JOSEFO fue un historiador judío que en sus obras de carácter claramente apologético acerca de su pueblo, *Guerra de los Judíos*, *Antigüedades judaicas* o *Contra Apión*, reunió una gran cantidad de noticias que afectan a la historia de este período, en particular al imperio seléucida, a pesar de que Josefo escribió en el siglo I d. C. y le tocó vivir en primera línea el enfrentamiento de su pueblo con Roma.

7.3.3. Los testimonios materiales

Disponemos de una enorme cantidad de INSCRIPCIONES para este período, especialmente procedentes de las ciuda-

des de Asia Menor. Se trata de un tipo de documentación contemporánea a los hechos y de carácter local que nos informa acerca de numerosos fenómenos de carácter político, social o económico. Nos hablan así de la importancia de la piratería, la extensión del mercenariado, las relaciones internacionales con decretos de *isopoliteía* (concesión de derechos cívicos paritarios por parte de varias comunidades) o concesiones de *asulía* (derecho a la inviolabilidad del santuario), sobre la actuación de jueces extranjeros en disputas territoriales, sobre festivales internacionales nuevos y su forma de celebración, sobre una serie de doctores itinerantes que iban de una ciudad a otra al igual que poetas y músicos, o sobre la generosidad de algunos ciudadanos destacados que eran objeto de gratitud por sus acciones en pro de la comunidad como el rescate de prisioneros, la financiación de festivales o incluso el pago del tributo exigido por pueblos vecinos bárbaros. Conocemos también a través de ellas otros aspectos importantes como las actividades que los efebos llevaban a cabo en los *gimnasios*, el estatus de las ciudades griegas dentro de los nuevos reinos, las diferentes manifestaciones del culto al soberano, o las condiciones socioeconómicas de algunos de los grandes santuarios como Delos. Las inscripciones nos aportan también ciertas precisiones cronológicas a través de listas de magistrados, como las de los *arcontes* atenienses o la célebre crónica de Paros, que nos permiten datar los acontecimientos. En algunos casos las inscripciones aportan documentos esenciales sobre determinados acontecimientos como el decreto ateniense de Cremónides del 268 a. C. (SIG 434/435) acerca de la guerra que enfrentó a una alianza entre Atenas y Esparta contra Antígono Dosón de Macedonia que apenas ha encontrado eco en la tradición literaria.

Los PAPIROS constituyen otra importante fuente de información, aunque referida casi en exclusiva al Egipto tolemaico, donde se han conservado gracias a las particulares condiciones climáticas de Egipto. Nos permiten conocer las diferentes formas en las que el peso de la imponente maquinaria administrativa tolemaica afectaba la vida de los súbditos del reino, especialmente de los campesinos y colonos. Gracias a los papiros conocemos los precios y salarios, las raciones de comida necesarias para subsistir, los límites extremos de pobreza y riqueza, el tamaño de los dominios de tierras, la composición de las familias, los derechos de aduana, el tiempo empleado en el transporte por el río y su coste, las tasas de interés vigentes, las rentas que se pagaban en granjas y aldeas y las diversas facetas de la vida cotidiana como algunos problemas matrimoniales o vecinales. La gran riqueza de este material nos permite establecer estadísticas y nos ayuda a comprender mejor las precarias y conflictivas relaciones existentes entre griegos e indígenas. También gracias a la información de los papiros podemos conocer mejor algunos medios como el ejército, o aspectos como la impartición de la justicia y el funcionamiento de algunos cultos religiosos. Sin embargo, también presentan algunas limitaciones, como su condición claramente fragmentaria o su carácter local y sobre todo rural. Apenas afectan a la vida de la capital, Alejandría, donde residía la corte y donde es de imaginar que tenían lugar los actos administrativos y judiciales más importantes. A la vista de la enorme diversidad de las situaciones, tampoco resulta factible extrapolar la información así obtenida de unos lugares a otros. Por último, se trata por lo general de documentos de carácter analítico, ya que sus autores elaboraban la información sabedores de que sus destinatarios se hallaban al corriente de todos los deta-

lles del asunto tratado sin necesidad de proceder a explicitarlos. Por ello resulta necesario integrar cada papiro dentro de un conjunto homogéneo que permita la reconstrucción de un archivo completo como el de Zenón, uno de los más importantes que poseemos. Zenón era un griego de Asia Menor que actuó como administrador de los dominios personales del máximo encargado de las finanzas tolemaicas *(dioceta)*, Apolonio, en tiempos de Tolomeo II y clasificó metódicamente sus registros, sus cuentas y su correspondencia entre los años 261 y 229 a. C. Otro archivo importante es el de Menches que nos permite acceder a la gestión de un secretario de una aldea, la de Kerkeosiris en el Fayum. No debemos olvidar en definitiva que lo que ha llegado hasta nosotros no es otra cosa que el contenido del cesto de los papeles de empleados civiles de segunda categoría, que estaban destinados en las zonas rurales del interior del país, tal y como señaló en su día el estudioso británico Frank Walbank. La abundancia de material en demótico, que era la forma de escritura popular de los egipcios, y su progresiva publicación nos están permitiendo conocer también las escalas más bajas de la administración tolemaica, en las que los tratos se realizaban ya solo entre indígenas. Se completa, de esta forma, la perspectiva correcta de las cosas, que se hallaba algo deformada hasta ahora por la procedencia exclusivamente griega del material estudiado.

Las MONEDAS representan una importante fuente de información para todo este período. Nos sirven entre otras cosas para conocer cuáles eran las pretensiones de los monarcas sobre las ciudades griegas y el tipo de culto que recibían en ellas. Constituyen también un medio imprescindible para el estudio de la propaganda real, ya que como señaló en su día Filippo Coarelli, eran como la televisión de

la época. Por fin, constituyen también un testimonio fundamental para determinar las líneas esenciales de la política económica y monetaria tanto de las propias ciudades griegas como de los reinos en las que se hallaban integradas. Sabemos así que el oro era objeto de tesorización, mientras que la plata constituía el metal habitual que servía al comercio internacional y el bronce cubría las necesidades locales dentro de un área limitada. La existencia de dos sistemas diferentes, el patrón ático, que fijaba el tetradracma en unos diecisiete gramos y era el utilizado por Antigónidas y Seléucidas, así como en todo el mundo griego, y el fenicio o cireneo, que lo hacía en catorce con veinticinco gramos y era el utilizado en Egipto y toda la zona del norte de África y la costa sirio-fenicia, complica ciertamente las cosas a la hora de determinar la procedencia. La utilización de las monedas no solo resulta fundamental a la hora de establecer una datación más precisa de los acontecimientos, sino que puede servir incluso para precisar el desarrollo de un período concreto de la historia de esta época, como los momentos finales de la dinastía seléucida, ante la falta de otros testimonios, tal y como demostró en su día un importante trabajo al respecto del estudioso numismático Alfred Bellinger, o para conocer lo que sabemos del reino griego de Bactriana.

Los RESTOS ARQUEOLÓGICOS con que contamos resultan francamente decepcionantes, a pesar de la enorme difusión de las formas de vida urbana y del gran desarrollo alcanzado en las construcciones públicas como templos, teatros, *gimnasios*, en la arquitectura suntuaria y palacial, en las obras de fortificación y en instalaciones portuarias o en el propio esquema urbanístico de las ciudades, que eran trazadas ahora en forma de redes. La posibilidad de recuperar algunas de las grandes urbes como Alejandría de Egipto resulta com-

plicada, ya que una parte importante de la ciudad antigua se encuentra sumergida por el mar y la otra se halla bajo la actual metrópolis moderna. Las excavaciones en el lugar, que dieron lugar a la creación del museo grecorromano se han continuado en las labores de investigadores como Jacques Yves Empereur y Frank Goddio, que con sus trabajos de arqueología submarina nos han permitido conocer algo mejor una parte importante de la topografía de la ciudad y algunos de sus más significativos monumentos. Destaca también la excavación francesa de un lugar en pleno Afganistán como Ai-Khanum, de Dura Europos en el norte de Siria, que presenta un plano hipodámico riguroso, de Apamea del Eúfrates o de Seleucia-Zeugma sobre el mismo río. Ya en Asia Menor, hay que señalar el ejemplo excepcional de Priene, que gracias a la ocupación del lugar por una basílica episcopal en el siglo VII d. C. nos ha conservado casi intacto el trazado de la ciudad helenística reconstruida en el 350 a. C., y el de la acrópolis de Pérgamo, donde se hallaron los restos del gran altar que hoy alberga el museo de Berlín. En Macedonia se han realizado también importantes progresos en el conocimiento de las ciudades del reino, como su capital Pela o la antigua Egas, además de otros establecimientos como Filipos. Sin embargo, en este terreno han pesado de forma importante circunstancias desfavorables como las labores de destrucción y pillaje causadas por las continuas guerras y la posterior conquista romana, la ocupación continuada de los lugares y la reutilización constante de sus materiales de construcción para nuevos usos, o en el caso de las fundaciones más orientales, su temprana desaparición por el avance de poblaciones nómadas como los partos.

Aun así, todavía resulta posible utilizar los datos obtenidos por la arqueología para resituar a las gentes en sus cua-

dros de vida urbana o rural, para desvelar los movimientos de población y ocupación del suelo mediante prospecciones de superficie, para percibir las relaciones entre las ciudades y su entorno, para trazar las rutas de comercio terrestre o marítimo o para recuperar algunas de las formas de vida a través de los objetos extraordinarios o cotidianos que aparecen en las excavaciones de lugares como Delos o figuran aislados en los museos. Estos objetos, especialmente la cerámica, tanto la que hacía la función de contenedores de vino, aceite u otro tipo de sustancias, como la vajilla de mesa y aseo, las lámparas o los vasos decorados nos permiten comprender el desarrollo de la actividad artesanal, el nivel de vida de las poblaciones y las corrientes comerciales a través del estudio de las formas de los vasos, de los lugares de fabricación y de la geografía de su dispersión. El hecho de que muchas de estas ánforas de transporte estuvieran selladas y figurase en ellas el nombre del fabricante y el nombre del sacerdote epónimo con indicación del mes han permitido establecer cronologías precisas y establecer con cierta seguridad las rutas entre las regiones productoras y los centros de consumo principales. Gracias al estudio de las formas y al análisis de la pasta utilizada para su fabricación se ha conseguido también la localización de algunos talleres de producción, que aparecen hoy en día mucho más dispersos y diversificados que antes, cuando se atribuía la mayoría de estos objetos a los artesanos alejandrinos. El estudio de los mosaicos descubiertos en Pompeya y Herculano, que fueron hechos siguiendo el modelo de grandes pinturas murales que hoy han desaparecido de forma definitiva, nos permite también acceder a una parte importante del arte helenístico. También resulta enormemente productivo, cuando ello es posible, la comparación entre los retratos de los monarcas,

los camafeos y las efigies reales de las monedas para refinar la cronología y comprender mejor las constantes ideológicas que caracterizaban a una dinastía.

7.3.4. Nuevas perspectivas

El estudio del período helenístico se ha venido basando hasta hace muy poco, casi de forma exclusiva, en las fuentes de origen griego. Sin embargo, esta perspectiva ha variado de forma sustancial en los últimos años gracias a la publicación de numerosas fuentes de procedencia oriental, que muestran las cosas desde otra perspectiva, y a la creciente colaboración de estudiosos de disciplinas tan diversas como la filología semítica, la asiriología, los estudios bíblicos, la iranología o la egiptología. La cantidad considerable de papiros en demótico, los diarios astronómicos babilonios, una gran masa de textos en cuneiforme que incluyen crónicas, listas de reyes, tratados astronómicos, literarios o matemáticos, instrucciones rituales, himnos religiosos y profecías y toda clase de documentos legales constituyen la base de un nuevo enfoque, sesgado esta vez hacia el Oriente, de toda la civilización helenística que puede corregir de forma notable la visión preponderantemente griega y, por tanto, limitada de una realidad histórica mucho más rica, compleja y diversa.

También la mejor ordenación y catalogación de los materiales griegos ha significado en este terreno un avance considerable. La publicación sistemática de las inscripciones de las ciudades de Asia Menor, emprendida por la Universidad de Colonia, constituye uno de los repertorios fundamentales en este sentido. De este modo, tanto por la mayor cobertura

(el empleo de materiales de origen oriental), como por la mejora y amplitud de los materiales empleados como fuentes de información, las perspectivas que se abren en el estudio del mundo helenístico son ciertamente considerables, si bien esta extensión de los dominios de estudio exige una superespecialización creciente o una capacidad de manipulación mucho más amplia que hasta ahora de los diferentes campos de información (epigrafía, textos literarios, arqueología, papirología), que resultan indispensables a la hora de acercarse con rigor a la compleja y variada realidad histórica de este período. Hoy se abren interesantes perspectivas en el estudio de algunos aspectos que hasta ahora habían quedado en segundo plano como la composición y evolución del círculo de *amigos* del monarca, que actuaban como sus consejeros, el papel de las mujeres en los círculos de poder, el lenguaje de los decretos y cartas reales, la propia continuidad de la vida institucional en las ciudades, el papel como agentes económicos de los reyes, las ciudades o los santuarios o el impacto efectivo de las nuevas ciudades.

7.4. Bibliografía fundamental

a) General

BUGH, G. R. (ed.): *The Cambridge Companion to the Hellenistic Age*, Cambridge University Press, 2006.

ERRINGTON, R. M.: *The History of the Hellenictic World,* Wiley Blackwell, Oxford, 2008.

ERSKINE, A.: *A Companion to the Hellenictic World,* Blackwell, Oxford, 2003.

GREEN, P.: *Alexander to Actium. The Hellenistic Age,* Londres, 1990.

— *Hellenistic History and Culture,* Berkeley-Los Ángeles, 1993.
LOZANO, A.: *El mundo helenístico,* Síntesis, Madrid, 1994.
PRÉAUX, Cl.: *El mundo helenístico. Grecia y Oriente* (trad. cast.), Labor, Nueva Clio, Barcelona, 1984.
ROSTOVZEFF, M.: *Historia social y económica del mundo helenístico,* 2 vols. (trad. cast.), Espasa Calpe, Madrid, 1967.
SHIPLEY, G.: *El mundo griego después de Alejandro 323-30 a. C.* (trad. cast.), Crítica, Barcelona, 2001.
WALBANK, F. W. y ASTIN, A. S. (eds.): *The Cambridge Ancient History VII part I, The Hellenistic World,* Cambridge, 1984.
WALBANK, F. W.: *El mundo helenístico* (trad. cast.), Taurus, Madrid, 1985.
WILL, E.: *Histoire politique du monde hellénistique,* 2 vols., Nancy, 1979 y 1982.

b) Los Diádocos

ALONSO TRONCOSO, V. y ANSON, E. (eds.): *After Alexander. The Time of the Diadochi 323-281 BC,* Oxbow Books, Oxford, 2013.
ANSON, E. M.: *Eumenes of Cardia. A Greek among Macedonians,* Brill, Leiden, 2004.
BILLOWS, R. A.: *Antigonus the One-Eyed and the Creation of the Hellenistic State,* Berkeley-Los Ángeles, 1990.
BOIY, T.: *Between High and Low. A Chronology of the Early Hellenistic Period,* Verlag Antike, Fráncfort, 2007.
BOSWORTH, A. B.: *The Legacy of Alexander. Politics, Warfare and Propaganda in the Age of Successors,* Oxford University Press, 2002.
BRIANT, P.: *Antigone le Borgne,* París, 1973.
ELLIS, W. M.: *Ptolemy of Egypt,* Routledge, Londres, 1994.
GRAINGER, J. D.: *Seleukos Nikator. Constructing a Hellenistic Kingdom,* Routledge, Londres, 1990.

HECKEL, W.: *The Marshals of Alexander's Empire,* Routledge, Londres, 1992.
LANDUCCI GATTINONI, F.: *Lisimaco di Tracia nella prospettiva del primo ellenismo,* Jaca Book, Milán, 1992.
— *L'arte del potere. Cassandro di Macedonia,* Historia Einzelschriften, Franz Steiner Verlag, Stuttgart, 2003.
LEVÊQUE, P.: *Pyrrhos,* París, 1957.
LUND, H. S.: *Lysimachus. A Study in Early Hellenistic Kingship,* Routledge, Londres, 1992.
MANNI, E.: *Demetrio Poliorcete,* Roma, 1952.
ROMM, J.: *Ghost on the Throne. The Death of Alexander the Great and the War for Crown and Empire,* Alfred. A. Knopf, Nueva York, 2011.
SEIBERT, J.: *Das Zeit der Diadochenzeit,* Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1983.
WEHRLI, C.: *Antigone et Demetrios,* Ginebra, 1968.

c) El Egipto tolemaico

BAGNAL, R. S.: *The Administration of the Ptolemaic Possessions Outside Egypt,* Leiden, 1976.
BAUSCHATZ, J.: *Law and Enforcement in Ptolemaic Egypt,* Cambridge University Press, 2013.
CRAWFORD, D. J.: *Kerkeosiris. An Egyptian Village in the Ptolemaic Period,* Cambridge University Press, 2007.
HEINEN, H.: «Aspects de la monarchie ptolémaïque», *Ktema,* 3, 1978, 177-199.
HÖLBL, G.: *A History of the Ptolemaic Empire,* Routledge, Londres, 2000.
LEWIS, N.: *Greeks in Ptolemaic Egypt,* Oxford, Clarendon Press, 1986.
MANNING, J. G.: *Land and Power in Ptolemaic Egypt. The Structure of Land Tenure,* Cambridge University Press, 2003.
— *The Last Pharaohs: Egypt under the Ptolemies 305-30 B. C.,* Princeton University Press, 2009.

MCKECHNIE, P. y GUILLAUME, Ph. (eds.): *Ptolemy II Philadelphus and his World,* Mnemosyne supplements 300, Brill, Leiden, 2006.
ORRIEUX, Cl.: *Les papyrus de Zenon. L'horizon d'un grec en Egypte au III siècle avant J. C.,* París, 1983.
PRÉAUX, Cl.: *L'economie royale des Lagides,* Bruselas, 1939.
SAMUEL, A. E.: *The Shifting Sands of History: Interpretations of Ptolemaic Egypt,* Publ. of the Association of Ancient Historians, 2, Lanham, 1989.
THOMPSON, D. J.: *Memphis under the Ptolemies,* Princeton, 1988.
VON REDEN, S.: *Money in Ptolemaic Egypt. From the Macedonian Conquest to the End of the Third Century B. C.,* Cambridge University Press, 2010.
WHITEHORNE, J.: *Cleopatras,* Routledge, Londres, 1994.

d) El imperio seléucida

BELLINGER, A.: «The End of the Seleucids» en *Transactions of the Connecticut Academy of Art and Sciences,* 38, 1949, 55-102.
BICKERMANN, E.: *Institutions des Seleucides,* París, 1938.
BILDE, P. *et alii* (eds.): *Religion and Religious Practice in the Seleucid Kingdom,* Aarhus University Press, 1990.
CAPDETREY, L.: *Le pouvoir séleucide. Territoire, administration, finances d'un royaume hellénistique (312-129 avant J.-C.),* Presses Universitaires de Rennes, 2007.
COHEN, G. M.: *The Seleucid Colonies. Studies in Founding, Organisation and Administration,* Wiesbaden, 1978.
KUHRT, A. y SHERWIN-WHITE, S.: *Hellenism in the East: The Interaction on Greek and non-Greek Civilizations from Syria to Central Asia after Alexander,* Londres, 1987.
MORKHOLM, O.: *Antiochus IV of Syria,* Copenhague, 1966.
SHERWIN-WHITE, S. y KUHRT, A.: *From Samarkhand to Sardis. A New Approach to the Seleucid Empire,* Duckworth, Londres, 1993.

e) Grecia y Macedonia

AYMARD, A.: *Les assemblées de la confédération achaienne. Étude critique d'institutions et d'histoire,* Burdeos-París, 1938.
BERTHOLD, R.: *Rhodes in the Hellenistic Age,* Cornell University Press, Ithaca, 1984.
HABICHT, Ch.: *Athens from Alexander to Antony,* Harvard University Press, Cambridge Mass., 1997.
GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: «Estrategia política y supervivencia. Consideraciones sobre una valoración histórica del fenómeno etolio en el siglo III a. C.», *Polis,* 1, 1989, 63-80.
HAMMOND, N. S. y WALBANK, F. W.: *A History of Macedon,* vol. III, 336-167 B. C., Oxford, 1988.
LE BOHEC, S.: *Antigone Doson roi de Macedoine,* Nancy, 1993.
SCHOLTEN, J. B.: *The Politics of Plunder. Aetolians and their Koinon in the Early Hellenistic Era 279-217 BC,* University of California Press, Berkeley, 2000.
TRITTLE, L. A.: *Phocion the Good,* Croom Helm, Londres, 1988.
WALBANK, F. W.: *Aratos of Sicyon,* Cambridge, 1933.
— *Philip of Macedon,* Oxford, 1940.

f) Otros reinos helenísticos

ALLEN, R. E.: *The Attalid Kingdom: A Constitutional History,* Oxford, 1983.
CALLATAY, Fr. DE: *L'histoire des guerres mitridatiques par les monnaies,* Lovaina la Nueva 1997.
COLORU, O.: *Da Alessandro a Menandro: Il regno greco di Battriana,* Studi ellenistici 21, Pisa-Roma, 2009.
EVANS, R.: A *History of Pergamum. Beyond Hellenistic Kingship,* Nueva York, 2012.
FACELLA, M.: *La dinastia degli Orontidi nella Commagena ellenistico-romana,* Pisa, 2006.

HANSEN, E. V.: *The Attalids of Pergamon,* Ithaca y Londres, 1971.
HOJTE, J. M.: *Mithridates VI and the Pontic Kingdom,* Aarhus University Press, 2009.
HOLT, F. L.: *Thundering Zeus: The Making of Hellenistic Bactria,* University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1999.
— *Lost World of the Golden King. In Search of Ancient Afghanistan,* University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 2012.
SARTRE, M.: *L'Anatolie hellénistique. De l'Égée au Caucase (334-31 av. J.-C),* Armand Colin, París, 2003.

g) La civilización helenística

BULLOCH, A. W. *et alii* (eds.): *Images and Ideologies: Self-Definition in the Hellenistic World,* Los Ángeles, 1993.
CANFORA, L.: *La véritable histoire de la bibliothèque d'Alexandrie* (trad. fr.), Desjonquères, París, 1988.
CARTLEDGE, P. *et alii* (eds.): *Hellenistic Constructs. Essays in Culture, History and Historiography,* University of California, Berkeley-Los Ángeles, 1997.
CHAMOUX, F.: *La civilisation hellénistique,* París, 1985.
DARAKI, M. y ROMEYER-DHERBEY, G.: *El mundo helenístico: cínicos, estoicos y epicúreos* (trad. cast.), Akal, Madrid, 1996.
ERSKINE, A. W.: *The Hellenistic Stoa. Political Thought and Action,* Ithaca, Nueva York, 1990.
— «Culture and Power In Ptolemaic Egypt: The Museum and Library of Alexandria», en *Greece & Rome,* 42, 1995 38-48.
FRASER, P. M.: *Ptolemaic Alexandria,* 3 vols., Oxford, 1972.
GARCÍA GUAL, C.: *Los orígenes de la novela,* Madrid, 1972.
— *La secta del perro,* Alianza, Madrid, 1987.
HUGHES FOWLER, B.: *The Hellenistic Aesthetic,* Bristol, 1989.
LONG, A. A.: *La filosofía helenística* (trad. cast.), Alianza, Madrid, 1975.

ONIANS, J.: *Arte y pensamiento en la época helenística* (trad. cast.), Alianza, Madrid, 1996.
POLLIT, J. J.: *El arte helenístico* (trad. cast.), Nerea, Madrid, 1989.
SIRINELLI, J.: *Les enfants d'Alexandre: La littérature et la pensée grecque 334 av. J.-C- 529 ap. J.-C*, París, 1993.

h) Definición del helenismo

BAGNA, L. S.: «Decolonizing Ptolemaic Egypt», en P. Cartledge *et alii, Hellenistic Constructs. Essays in Culture, History and Historiography,* Berkeley, 1997, 225-241.
BICHLER, R.: *Hellenismus: Geschichte und Problematik eines Epochenbegriffs,* Darmstadt, 1983.
CANFORA, L.: *Ellenismo,* Bari, 1987.
COUVENHES, J. Ch. y LEGRAS, B. (eds.): *Transferts culturels et politiques dans le monde hellénistique,* París, 2006.
SHIPLEY G.: «Distance, Development, Decline? World Systems Analysis and the Hellenistic World», en P. Bilde *et alii* (eds.), *Centre and Periphery in Hellenistic World,* Aarhus, 1994, 271-284.
WILL, E.: «Le monde hellénistique et nous», *Ancient Society,* 10, 1979, 79-95.
— «Pour une anthropologie coloniale du monde hellénistique», en *Historica Graeco-Hellenistica,* París, 1998, 773-794.

i) La monarquía helenística

AUSTIN, M. M.: «Hellenistic Kings, War and the Economy», *Classical Quaterly,* 36, 2, 1986, 450-466.
BILDE, P. *et alii* (eds.): *Aspects of Hellenistic Kingship,* Aarhus, 1996.
FARBER, J. J.: «The Cyropaedia and the Hellenistic Kingship», *American Journal of Philology,* 100, 1979, 497-514.

GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: «¿Reyes y Dioses? La percepción de la monarquía en el Egipto helenístico» en L. A. García Moreno y A. Pérez Largacha (eds.), *De Narmer a Ciro (3150 a. C.-642 d. C.),* Aegyptiaca Complutensia I, Alcalá de Henares, 1991, 131-143.

GOODENOUGH, V. E. R.: «The Polical Philosophy of Hellenistic Kingship», *Yale Classical Studies,* 1, 1928, 53-102.

HAZZARD, R. A.: *Imaginations of a Monarchy: Studies in Ptolemaic Propaganda,* Toronto, 2000.

MOOREN, L.: «The Nature of the Hellenistic Monarchy», en E. Van't Dack *et alii* (eds.), *Egypt and the Hellenistic World. Proceedings of the International Colloquium Leuven, 24-26 May,* Lovaina, 1983, 205-232.

OGDEN, D.: *Polygamy, Prostitutes and Death: The Hellenistic Dinasties,* Londres, 1999.

SMITH, R. R. R.: *Hellenistic Royal Portraits,* Oxford, Clarendon Press, 1988.

VIRGILIO, B.: *Lancia, diadema e porpora. Il re e la regalità ellenistica,* 2.ª ed. Studi Ellenistici 14, Giardini, Pisa, 2003.

j) Relaciones griegos-indígenas

BINGEN, J.: «Les tensions structurelles de la société ptolémaïque», *Atti del XVII Congresso internazionale di papirologia,* III, Nápoles, 1984, 921-937.

DUNAND, F.: «Grecs et égyptiens en Egypte Lagide», en *Forme di contatto e processi di trasformazione nelle società antiche,* Pisa-Roma, 1983, 45-87.

LLOYD, A. B.: «Nationalist Propaganda in Ptolemaic Egypt», *Historia,* 31, 1982, 33-55.

MOMIGLIANO, A.: *La sabiduría de los bárbaros. Los límites de la helenización* (trad. cast.), FCE, Méjico, 1999.

PRÉAUX, Cl.: «Esquisse d'une histoire des révolutions égyptiennes sous les lagides», *Chronique d'Egypte,* 22, 1936, 522-552.

k) Las ciudades helenísticas

BRIANT, P.: «Colonisation hellénistique et populations indigènes. La phase d'installation», *Klio,* 60, 1978, 57-92.

— «Colonisation hellénistique et populations indigènes. II Renforts grecs dans les cités hellénistiques», en *Rois, Tributs et Paysans,* París, 1982, 263-279.

COHEN, G. M.: *The Hellenistic Settlements in Europe, the Islands and Asia Minor,* University of California Press, Berkeley, 1996.

— *The Hellenistic Settlements in Syria, the Red Sea Basin and North Africa,* University of California Press, Berkeley, 2006.

— *The Hellenistic Settlements in the East from Armenia and Mesopotamia to Bactria and India,* University of California Press, Berkeley, 2013.

FRASER, P. M.: *Cities of Alexander the Great,* Oxford, 1996.

JONES, A. H. M.: *The Greek City from Alexander to Justinian,* Oxford, 1940.

l) Aspectos socioeconómicos

DAVIES, J. K.: «Hellenistic Economies in the Post Finley Era», en Z. H. Archibald, J. K. Davies, V. Gabrielsen y G. J. Oliver (eds.), *Hellenistic Economies,* Londres, 11-62.

JOHNSON, J. H.: «The Role of Egyptian Priesthood in Ptolemaic Egypt», en *Egyptological Studies in honour of R. A. Parker,* Londres, 1986, 70-84.

REEKMANS, T.: «Economic and Social Repercussions of the Ptolemaic Copper Inflation», *Chronique d'Egypte,* 24, 1949, 324-342.

m) La influencia de los cultos orientales

BRUNEAU, D.: *Recherches sur les cultes de Delos à l'époque hellénistique et à l'époque imperial,* París, 1970.

BURKERT, W.: *Ancient Mystery Cults,* Cambridge Mass., 1987.
FESTUGIÈRE, A. J.: *Études de religion grecque et hellénistique,* París, 1972.
FOWDEN, G.: *The Egyptian Hermes,* Princeton, 1986.
MARTIN, L. H.: *Hellenistic Religions. An Introduction,* Nueva York, 1987.
WITT, R. E.: *Isis in the Ancient World,* Londres, 1971.

n) Las fuentes

ABEL, F. M.: *Les livres des Maccabées,* París, 1949.
AFRICA, Th. W.: *Phylarchus and the Spartan Revolution,* University of California Publications in History, 68, Berkeley-Los Ángeles, 1961.
BAGNAL, R. S.: *Reading Papyri. Writing Ancient History,* Londres-Nueva York, 1995.
BARON, C. A.: *Timaeus of Tauromenium and Hellenistic Historiography,* Cambridge University Press, 2013.
BEARZOT, C.: *Storia e storiografia ellenistica in Pausania il Periegeta,* Venecia, 1992.
BROWN, T. S.: *Timaeus of Tauromenium,* University of California Publications in History 55, Berkeley-Los Ángeles, 1958.
DANCY, J. C.: *A Commentary on I Maccabees,* Oxford, 1954.
DAVIS, N. y KRAAY, C. M.: *The Hellenistic Kingdoms. Portrait Coins and History,* Londres, 1973.
DEL MONTE, G.: *Testi della Babilonia ellenistica,* I, Pisa, 1997.
ECKSTEIN, A. M.: *The Moral Vision in the Histories of Polybius,* University of California, Berkeley, 1995.
GABBA, E.: «Studi su Filarco. Le biografie plutarchee di Agide e di Cleomene», *Athenaeum,* 35, 1957, 3-55 y 193-239.
GOZZOLI, S.: «Etnografia e politica in Agatarchide», *Athenaeum,* 56, 1978, 54-79.
HORNBLOWER, J.: *Hieronymus of Cardia,* Oxford, 1981.
KEBRIC, R. B.: *In the Shadow of Macedon. Duris of Samos,* Historia Einzelschriften, 29, Wiesbaden, 1977.

LANDUCCI GATTINONI, F.: *Duride di Samo,* L'Erma di Bretchsneider, Roma, 1997

MALITZ, J.: *Die Historien des Poseidonius,* Zetemata, Heft 79, Múnich, 1983.

MARASCO, G.: *Appiano e la storia dei Seleucidi fino all ascesa al trono di Antioco III,* Florencia, 1982.

MCGING, B.: *Polybius'Histories,* Oxford University Press, 2010.

MELONI, P.: *Il valore storico e le fonti del libro Macedonico di Appiano,* Roma, 1955.

MORETTI, L.: *Iscrizioni storiche ellenistiche,* 2 vols., Florencia, 1967 y 1976.

PEARSON, L.: *The Greek Historians of the West. Timaeus and his Predecessors,* American Philological Association, Atlanta, 1987.

PEDECH, P.: *La méthode historique de Polybe,* París, 1964.

— *Trois historiens méconnus. Théopompe, Duris, Phylarque,* París, 1989.

PEREMANS, W.: «Diodore de Sicile et Agatarchide de Cnide», *Historia,* 16, 1967, 432-455.

— «De la valeur des papyrus comme source d'histoire», en *Romanitas Christianitas. Untersuchungen zur Geschichte und Literatur der römischen Kaiserzeit,* Berlín-Nueva York, 1982, 82-97.

PESTMAN, P. W. *et alii: A Guide to the Zenon Archive,* Leiden, 1981.

PRÉAUX, Cl.: «La place des papyrus dans les sources de l'histoire hellénistique», en *Münchener Beitrage,* 66, 1974, 1-26.

— «Sur le naufrage de la littérature historique de l'âge hellénistique», en *Miscellanea in honorem J. Vergotte,* Lovaina, 1975-76, 455-462.

PRIMO, A.: *La storiografia sui Seleucidi. Da Megastene a Eusebio di Cesarea,* Studi ellenistici 10, Pisa-Roma, 2009.

RICHTER, H.-D.: *Untersuchungen zur hellenistischen Historiographie. Die Vorlagen des Pompeius Trogus für die Darstellung der nachalexandrischenhellenistischen Geschichte (Just. 13-40),* Fráncfort, 1987.

ROBERT, L.: *Études Anatoliennes. Recherches sur les inscriptions grecques d'Asie Mineure,* París, 1937.
— *Documents de l'Asie Mineure méridionale. Inscriptions, monnaies et géographie,* Ginebra-París, 1966.
SACKS, K.: *Polybius and the Writing of History,* University of California Publ. in Classical Studies, 24, Berkeley-Los Ángeles, 1981.
— «Rhetoric and Speeches in Hellenistic Historiography», *Athenaeum,* 73, 1986, 383-395.
SCHUBERT, R.: *Die Quellen zur Geschichte des Diadochenzeit,* Leipzig, 1914.
TOHER, M.: «On the Use of Nicolaus' Historical Fragments», *Classical Antiquity,* 8, 1, 1989, 159-172.
WACHOLDER, N.: *Nicolaus of Damascus*, University of California Press Publ. in History, 75, Berkeley-Los Ángeles, 1962.
WALBANK, F. W.: «History and Tragedy», *Historia,* 9, 1960, 216-234.
— *A Historical Commentary on Polybius,* 3 vols., Oxford, 1957(I); 1967 (II); 1979 (III).
— *Polybius,* Berkeley-Los Ángeles, 1972.
WELLES, C. B.: *Royal Correspondence in the Hellenistic Period: A Study in Greek Epigraphy,* New Haven, 1934.



8. Griegos y romanos

8.1. Panorama general

La historia de las relaciones entre el mundo griego y Roma se remonta posiblemente a los tiempos de Rómulo y Remo, como recordó en su momento la estudiosa británica Elisabeth Rawson, si tenemos en cuenta que desde el siglo VIII a. C. existían establecimientos griegos en la península itálica con los que los fundadores de la ciudad del Lacio pudieron haber entrado en contacto o haber sufrido de una u otra manera sus influencias. Sin embargo, aunque es cierto que las comunidades griegas de la Magna Grecia ejercieron una influencia considerable sobre los primeros tiempos de Roma como comunidad ya organizada en casi todos los terrenos, no lo es menos que la presencia romana en el mundo griego del Egeo fue prácticamente anecdótica hasta finales del siglo III a. C., y por tanto, los romanos apenas entraron en el ángulo de percepción griego hasta aquellos precisos momentos. Hasta entonces, los romanos se confundieron muy

probablemente entre el sinfín de poblaciones bárbaras que habitaban las regiones del Occidente mediterráneo con las que los griegos de aquella parte del mundo habían entrado en contacto al establecerse en la zona o realizar tímidas tentativas de expansión territorial o comercial hacia las tierras del interior.

En las dos últimas décadas del siglo III a. C., los romanos cruzaron el Adriático con propósitos militares como parte del acuerdo al que habían llegado con la confederación etolia en el año 212/11 a. C. con el objetivo de contrarrestar el avance del rey de Macedonia, Filipo V, en las regiones occidentales de Iliria que daban al Adriático. Las intenciones romanas no iban más allá de obstaculizar dentro de su propio terreno griego a un enemigo potencial que había entrado en tratos con los cartagineses y conseguir al tiempo una cantidad respetable de botín y esclavos a bajo precio. De esta forma, sus violentas acciones contra gentes y ciudades les granjearon una considerable mala fama dentro de la opinión pública griega, que veía en ellos a unos simples bárbaros saqueadores que colaboraban en este tipo de empresas con gentes como los etolios, que desde antiguo tenían bien ganada en el mundo griego una negra reputación en este sentido. La falta de preocupaciones y escrúpulos quedó puesta de manifiesto con la temprana retirada de sus tropas del territorio griego y el abandono de los etolios a su suerte, lo que les obligó a capitular de inmediato ante el imparable avance macedonio hacia sus posiciones.

Las cosas fueron bien diferentes en los momentos del cambio de siglo, cuando Roma declaró la guerra a Filipo V, cediendo a las presiones de algunos estados destacados como Atenas y Rodas, que contaban con el respaldo del reino de Pérgamo. El conflicto se presentó como una demostración

más del carácter «justo y vindicativo» *(bellum iustum)* que tenían todas las campañas romanas, tal y como se encargaba de recordar la propaganda oficial que ha dejado sus ecos en los historiadores romanos de la época. La apuesta resultó en esta ocasión mucho más fuerte, pero tampoco deseaban implicarse por completo en la política del mundo griego. De hecho, cuando los intentos de amedrentar al monarca macedonio para que cediera en sus tentativas de expansión por el Egeo fallaron repetidamente y solo quedó abierto el camino de la guerra, que probablemente ninguno de los dos bandos quería, como ha señalado con acierto Erich Gruen, una vez conseguida la victoria, los romanos no mostraron intenciones de ocupar el lugar de Filipo, como potencia hegemónica, que habría implicado la conquista de las antiguas posesiones macedonias y la imposición de una forma de control bajo su dominio directo. Roma buscó más bien un equilibrio de fuerzas en la región que evitase los peligros de una supremacía indiscutible del reino macedonio en todo el Egeo.

Esta política de no implicación directa en el mundo griego varió de forma considerable con la aparición en escena del cónsul TITO QUINTIO FLAMININO, que fue el vencedor de Filipo V en Cinoscéfalas en el 197 a. C. Era un personaje ciertamente singular, dotado de gran habilidad política y diplomática, que supo interpretar adecuadamente el curso de los acontecimientos en el mundo griego gracias a su buen conocimiento de la manera de ser griega y de su cultura, de la que era además un rendido admirador. Consciente de la enorme importancia que el apoyo incondicional de la opinión pública griega tenía para la buena marcha de los acontecimientos, forzó las cosas instando a los enviados de Roma, que portaban órdenes más o menos precisas

sobre el restablecimiento de la situación, a que cedieran en algún punto. Con ello pretendía atraer hacia Roma una corriente de opinión favorable que sustituyera a la animadversión que había desde su intervención anterior. Esta situación corría además ahora serio peligro de empeorar todavía más a causa de la propaganda hostil de los etolios, que habían quedado decepcionados con las disposiciones romanas tras la derrota de Filipo, ya que esperaban recuperar con su alianza la supremacía perdida. Flaminino proclamó la libertad de los griegos en los Juegos Ístmicos de Corinto del año 196 a. C., y con ello consiguió despertar el mayor de los entusiasmos entre la multitud asistente al estadio. Polibio relata cómo Flaminino estuvo a punto de perecer a manos de un gentío alborozado que deseaba abrazarle para mostrar su agradecimiento o simplemente acercarse a él para tocar su ropa, olvidándose por completo del desarrollo de los juegos que se estaban celebrando en el estadio. El golpe de efecto consiguió su objetivo y de esta forma Flaminino aseguró las posiciones romanas en el mundo griego en unas circunstancias delicadas, ya que era previsible una inminente invasión del rey seléucida Antíoco III, que estaba llevando a cabo por entonces una política de expansión territorial a gran escala en cuyo horizonte inmediato figuraba también Europa.

Los etolios fueron, de nuevo, los responsables de la entrada de Roma en un conflicto a gran escala que implicaba al mundo griego en su práctica totalidad. Tras su descontento con Roma consiguieron que Antíoco interviniera de manera directa en el mundo griego y arrastraron así a Roma y a todo el mundo griego a un nuevo conflicto, que culminó otra vez con una victoria romana sin paliativos en el 189 a. C. Con este triunfo, el ámbito de los intereses romanos en

Oriente se amplió de forma considerable al haberse creado en toda la zona un vacío de poder con la sucesiva derrota de las dos grandes potencias helenísticas, Macedonia y los Seléucidas, y el trastorno consiguiente de sus potenciales aliados griegos. El poder de la confederación etolia, por ejemplo, que era una de las grandes potencias griegas de esos momentos, quedó seriamente debilitado con la derrota de su valedor Antíoco. La cada vez mayor injerencia romana en el mundo griego hacía necesaria la adopción de posicionamientos bien definidos a su favor o en su contra, que marcaran con claridad la línea divisoria de las alianzas y las hostilidades.

Dentro de este cuadro general marcado por la confusión, se desató un tercer conflicto a gran escala, la tercera guerra macedonia, que liquidó de manera definitiva las aspiraciones de esta monarquía helenística. El predominio de los antiguos esquemas localistas que habían presidido desde siempre la política griega y las ambiciones, cada vez más evidentes, de algunos círculos romanos a ocupar una posición hegemónica en el mundo oriental resultaron igualmente factores determinantes. Perseo, el hijo de Filipo, fue derrotado en Pidna en el 168 a. C. y con él otros muchos estados griegos que habían preferido permanecer a la expectativa sin llegar a inmiscuirse de forma clara en el conflicto en la confianza de que tuviera lugar un arreglo final que devolviera las cosas a su cauce. Pero la situación había sufrido ya un brusco giro desde mucho antes, y a pesar de los buenos deseos de neutralidad de algunos estados prósperos como la isla de Rodas o de aquellos que disfrutaban todavía de cierto poder en su ámbito territorial, como la confederación aquea, a la que pertenecía Polibio, Roma impuso de forma taxativa su voluntad tras su victoria.

La reacción romana fue brutal con aquellos que no se habían pronunciado de manera inequívoca de su lado en el conflicto con Macedonia. Rodas fue desposeída de todo su potencial marítimo y comercial con la declaración por iniciativa romana de la condición de puerto franco para la isla de Delos. La confederación aquea hubo de capitular ante la exigencia romana de que se le entregaran mil rehenes reclutados entre los miembros de las clases dirigentes. Hubo también de renunciar al libre ejercicio de su hegemonía sobre el Peloponeso sin interferencias ajenas que pusieran en peligro la cohesión interna y la integridad territorial de la confederación. La intromisión romana en los asuntos internos de los estados griegos fue cada vez más descarada, y este estado de cosas no hizo sino agudizar las tensiones políticas y sociales que estaban latentes en muchos de ellos, con el resultado del estallido de conflictos abiertos que costaron un gran derramamiento de sangre y deportaciones en masa de aquellos que salían derrotados por no haber contado a su favor con el apoyo romano. Las antiguas rencillas políticas griegas entre unos estados y otros se mantenían vigentes, y a ellas se vino a sumar ahora la especial virulencia que alcanzaron las disputas de carácter socioeconómico en un mundo poco a poco más empobrecido por las guerras continuas y agobiado por unas cargas económicas que eran cada vez más imposibles de soportar de forma pacífica.

Este cúmulo de tensiones y conflictos desembocó en la última tentativa de un estado griego por recuperar el sentido de la dignidad y la independencia política frente a unos dictados de Roma, que resultaban cada vez más oprobiosos y arbitrarios. Este fue el motivo que desató la denominada «guerra aquea» –*Bellum Achaicum*– a mediados del siglo II a. C. La confederación aquea, en manos de unos po-

líticos no demasiado competentes y desconocedores de hasta dónde podía llegar el poder de Roma, decidió rebelarse contra este dominio por la decisión romana de separar a Esparta del seno de la confederación. La derrota final se concretó en la destrucción total de la ciudad de Corinto en el 145 a. C. y puso término de manera definitiva a toda tentativa en esta dirección y dejó por completo los destinos políticos de las ciudades griegas en manos de Roma.

Cuando todo parecía ya decidido en Oriente, con algunas de las monarquías helenísticas simplemente desaparecidas como Macedonia y otras en un estado de decadencia tal que apenas representaban ya otra cosa que estados títeres en manos de los designios romanos, el mundo griego tuvo todavía que sufrir una importante sacudida que afectó de lleno a Atenas y a la mayoría de las ciudades griegas de Asia Menor. Un ambicioso rey del Ponto, un reino situado al norte de Asia Menor, MITRÍDATES VI EUPÁTOR, lanzó una gran ofensiva contra Roma con la esperanza de agrupar en su contra toda la resistencia y el odio que se habían ido acumulando entre los asiáticos, sometidos a las crueldades y expoliaciones de los publicanos y funcionarios romanos. La llamada a la rebelión del rey póntico tuvo un gran éxito en los primeros momentos y muchas ciudades de la región asiática se sumaron con entusiasmo a su proclama de Éfeso, que declaraba la aniquilación en el mismo día de todos los romanos que habitaban la zona. El suceso, conocido como las «vísperas asiáticas», ocasionó la muerte de casi ochenta mil romanos entre los que se encontraban también numerosos itálicos, que habían sido confundidos por la multitud con los odiados opresores. La oleada antirromana alcanzó también a Atenas, donde se impuso un gobierno tiránico sostenido en principio por la multitud y los intereses de

ciertos grupos de presión que deseaban la independencia política de Roma. La respuesta romana no se hizo esperar y tuvo consecuencias terribles para todas aquellas ciudades que se habían implicado en el movimiento rebelde a favor de Mitrídates. Uno de los grandes generales romanos, Sila, fue el encargado de volver las cosas a su cauce, y tras el asedio y captura de Atenas derrotó al ejército póntico en Beocia en el 88 a. C. Atenas fue saqueada y se impusieron severos castigos sobre todas las ciudades que habían apoyado al rey póntico o habían perpetrado masacres contra los romanos. El terror y la confusión reinaron por momentos en una buena parte del mundo griego, que vio de esta forma sellada definitivamente cualquier expectativa de recuperar las libertades y la independencia política. Quizá ello tampoco habría sucedido de haber triunfado Mitrídates, dada la fuerte personalidad de dicho monarca y sus proyectos de establecer un amplio dominio sobre todas las regiones orientales que se hallaban todavía a su alcance.

Tras las guerras mitridáticas –hubo otras dos más que afectaron en menor medida al mundo griego–, volvieron de nuevo durante un tiempo el caos y la confusión a causa de las guerras civiles romanas, que trasladaron el campo de batalla hasta el suelo griego e implicaron de forma directa en la contienda a numerosas ciudades y personajes destacados de las clases dirigentes y de la intelectualidad griega. Marco Antonio había establecido en Oriente toda una red de clientelas y alianzas que implicaba a numerosos reinos y ciudades del ámbito griego. Tras su victoria en Accio sobre la última de las reinas helenísticas en el 31 a. C., el nuevo Augusto mantuvo esa misma red convencido de su solidez y del papel estabilizador que desempeñaba en la política oriental. El mundo griego se incorporó ya por completo al nuevo impe-

rio romano, pero continuó ocupando una posición destacada por su prestigio cultural y por la gran cantidad de individuos ilustres procedentes de este ámbito que pasaron al servicio directo de la administración romana. Al sentimiento de nostalgia por la grandeza pasada y por la libertad perdida, ya de forma definitiva, le sustituyó una sensación de alivio en la mente de muchos griegos que veían cómo sus ciudades y campos podían desarrollarse ahora en paz y prosperidad y se había puesto término a un larguísimo período de luchas continuadas, de decadencia ininterrumpida y de incertidumbre que habían caracterizado la historia del mundo griego desde los primeros años del siglo IV a. C. De hecho, el mundo griego todavía tuvo la ocasión de vivir un nuevo período de florecimiento cultural a comienzos del siglo II d. C. coincidiendo con el gobierno de emperadores filohelenos como Adriano que dejaron huellas imperecederas de su actividad en el mundo griego que todavía pueden contemplarse hoy en día en algunos lugares como Atenas.

8.2. Problemas fundamentales

8.2.1. Rebeliones contra Roma: Aristónico

Uno de los casos más interesantes de las rebeliones que se produjeron contra el dominio romano fue la que encabezó un pretendiente al trono de Pérgamo llamado Aristónico en el año 133 a. C. después de que el último monarca de la dinastía atálida legase el reino a Roma como su última voluntad. La complejidad del asunto y la escasa información con que contamos al respecto han hecho correr ríos de tinta entre los estudiosos modernos, que han tratado de determinar

las motivaciones fundamentales de una rebelión que presenta ciertamente numerosos interrogantes. Sus interpretaciones van desde un intento más de usurpación por parte de un descendiente ilegítimo de la dinastía, hasta un movimiento de corte milenarista que agrupaba a todos los desheredados en pro de una sociedad más justa de carácter utópico.

Sabemos que las cosas no iban bien en Pérgamo en los momentos previos al estallido de la rebelión gracias al testimonio de un decreto conservado en una inscripción (OGIS 338) en el que se adoptan una serie de medidas de emergencia, como la concesión del derecho de ciudadanía a colectivos que no lo poseían hasta entonces y la invitación para que regresaran a sus antiguas posesiones con la promesa de unas mejores condiciones de vida a muchos que habían huido de la ciudad. Es posible que la decisión de Átalo III estuviera motivada por el temor de que a su muerte la ciudad fuera presa de disturbios y conflictos sociales. Era una situación de cambio institucional favorable para llevar a cabo las ambiciones de un aspirante al trono sin muchas posibilidades y se diera acogida a toda clase de reivindicaciones. Un epigrama funerario de un tal Demetrio procedente de la ciudad de Amizon y datado en el siglo II a. C. revela la tensión de aquellos momentos, ya que Demetrio fue asesinado por su esclavo y su casa quemada. El esclavo fue capturado por los habitantes de la ciudad y castigado con la crucifixión.

Aristónico intentó primeramente su reconocimiento como heredero legítimo de Átalo III y trató de ganarse el apoyo de las ciudades del reino, que habían constituido desde siempre los pilares esenciales de la monarquía atálida. Con el apoyo de la flota real, intentó ocupar las principales bases marítimas del reino, pero fue derrotado por la escuadra de

Éfeso en aguas de Cime. Este fracaso naval y la declarada hostilidad de las ciudades transformaron lo que en principio no era más que un intento de restaurar la antigua dinastía por un aspirante al trono de dudosa legitimidad en un movimiento mucho más amplio y complejo que incluía ya otra clase de descontentos y aprovechaba la oposición entre oprimidos y opresores, entre las ciudades y las zonas rurales, y entre los esclavos y sus propietarios. Así, cuando Aristónico se vio obligado a retirarse hacia el interior, trató de explotar a su favor el descontento de las poblaciones rurales no griegas e incluso llegó a contar con el apoyo de bandas de esclavos liberados.

Sin embargo, su movimiento no incluía solo a los desesperados. También debió de contar con partidarios entre las clases dirigentes de las ciudades, ya que se confiscaron los bienes de los que habían abandonado la ciudad a la muerte de Átalo III y se les desposeyó de sus derechos cívicos *(átimoi)*. Contó igualmente con el apoyo de algunos mercenarios y colonos militares de la *chóra*. Probablemente se trataba de los partidarios de la restauración de la monarquía frente al dominio romano a los que se sumaron después esclavos y campesinos como último recurso desesperado para reforzar los efectivos rebeldes.

Es probable que las ciudades griegas negaran su apoyo a Aristónico a causa del tipo de propaganda del pretendiente al trono entre las clases bajas del reino o por el temor a una intervención romana. Así, numerosas ciudades del reino permanecieron leales a Roma salvo Cime, Focea y la propia Pérgamo. En esta se produjo una intentona de los partidarios de Aristónico para hacerse con el control de la ciudad que fue sofocada por las medidas enérgicas del rey Mitrídates del Ponto, el padre del futuro Eupátor, que, al igual que

los demás monarcas de la zona, había adoptado sin dudar el bando romano.

Aristónico había tratado de fundar en el interior de Misia un estado denominado Heliópolis de carácter utópico e igualitario que explica el tono milenarista de la rebelión. Algunos estudiosos consideran la posibilidad de que Aristónico se inspirase en ciertas teorías sociales y políticas de carácter semifilosófico, como las que aparecen en relatos de viaje de carácter utópico como los de Evémero o Jámbulo, que gozaron de gran popularidad en época helenística. La presencia junto a Aristónico del filósofo estoico Blosio de Cumas, que había sido antes consejero de Tiberio Graco, reforzaría esta idea. Sin embargo, las obras mencionadas no son de inspiración estoica y la presencia de Blosio podría explicarse como un intento de influir en la tarea de reorganización del nuevo estado. El nombre de «heliopolitas» podría tener que ver con creencias religiosas de procedencia oriental relacionadas con el culto al sol, al que en algunas de estas religiones se veneraba como el dios supremo de la justicia y como el protector de los que sufrían injusticias. Quizá Aristónico utilizó los sentimientos religiosos de una parte de sus seguidores como propaganda política a través de la cual prometía una vida feliz bajo su gobierno presidido por la justicia.

La zona controlada por Aristónico estaba situada en la cuenca del alto Caico, donde llegó incluso a acuñar moneda con el nombre dinástico de Éumenes.

Posiblemente se trató de un conglomerado compuesto de diversos elementos, difíciles de delimitar con precisión, en el que diferentes intereses, que podían resultar incluso a veces contradictorios, acabaron confluyendo en una causa común, como la defensa de la independencia política del reino frente a Roma.

8.2.2. La literatura antirromana

La presencia de Roma y su papel hegemónico en el mundo griego tras la destrucción de las monarquías helenísticas suscitó una oposición que apenas ha dejado huellas en la tradición literaria conservada. Hasta nosotros solo han llegado, a través de un filtro de control que estaba precisamente en manos romanas, aquellas historias que expresaban una visión favorable de la conquista romana en el este griego, en las que solo se permitía la crítica al sistema en forma de reproches puntuales a la acción de gobierno de determinados personajes individuales. Este es el cuadro que nos presenta Polibio, en buena medida también Posidonio y, sin ningún género de dudas, toda la historiografía posterior del siglo I a. C. o de plena época imperial.

Sin embargo, conocemos la existencia de algunos historiadores que adoptaron una postura favorable hacia los monarcas helenísticos y tuvieron, por tanto, una perspectiva bastante diferente de la que tenemos, pero sus obras no han sobrevivido hasta nosotros. Conocemos el nombre del historiador Mnesiptólemo de Rodas, que escribió una historia favorable a Antíoco III, de algunos otros que escribieron para la casa real macedonia y de la presencia junto a Mitrídates del Ponto de un historiador llamado Metrodoro de Escepsis. Algunos opinan que esta historiografía favorable a las monarquías helenísticas ha podido dejar sus ecos en la obra de Apiano, cuyas fuentes concretas resulta casi imposible determinar con exactitud. De hecho, tanto los fragmentos de su *Historia de Macedonia* como los libros ya completos de su *Historia de Siria* o de *Mitrídates* reflejan sin duda una perspectiva algo diferente a la que encontramos en Polibio o Livio. Se ha sugerido incluso la posibili-

dad de que el origen de esta actitud supuestamente contraria a Roma sea la obra de Timágenes de Alejandría, del que Apiano habría tomado, de manera más o menos directa, la parte fundamental de sus informaciones sobre aquellos reinos. Sin embargo, no existen razones fundadas para atribuir una postura decididamente antirromana a este autor, del que por otra parte sabemos muy poco con ciertas garantías como para situarle en el punto de partida de toda esta tradición hostil a Roma. Otros han identificado esta tradición en la historia de Trogo Pompeyo, de la que conservamos el resumen escrito por Justino.

Ciertamente, Timágenes era de Alejandría y en esta ciudad debieron de existir a comienzos del siglo I a. C. círculos hostiles a Roma entre la intelectualidad griega que mostraran su inquietud y su preocupación ante la posible hegemonía e injerencia romana en los asuntos internos de Egipto durante el gobierno de Tolomeo XII Auletes, que había hipotecado prácticamente el país en manos de los más poderosos e influyentes personajes de Roma. Sin embargo, nada parece vincular directamente a Timágenes con estos medios.

En cambio, existe la posibilidad de que surgiera en este medio un personaje enigmático llamado Antístenes, al que se atribuye una profecía contra Roma pronunciada nada más y nada menos que por uno de sus más eximios generales, como Publio Cornelio Escipión. En ella se anunciaba la destrucción definitiva de Roma a manos de un ejército procedente de Asia que vengaría las ofensas y crueldades que había inferido a Oriente. Conocemos este curioso testimonio gracias a Flegón de Trales, un autor del género paradoxográfico de época imperial romana. Otra posibilidad sería que este tipo de literatura tuviera su origen en Etolia, dado su descontento con Roma. Sin embargo, Jean Louis Ferrary

se ha inclinado por su origen en Asia, dada la preeminencia de los asuntos sirios y el olvido aparente de las hazañas etolias.

Este origen asiático parece confirmarse por la utilización posterior de toda esta literatura esotérica y de carácter oracular por parte de Mitrídates VI Eupátor. Sin embargo, dada su ascendencia irania, el monarca póntico utilizó también en su campaña de propaganda contra Roma viejos oráculos persas que aunque tenían en principio un carácter antimacedonio fueron luego reelaborados por Mitrídates para emplearlos contra Roma. Se trata del llamado *Oráculo de Histaspes,* que predecía la destrucción de Roma y la devolución del dominio a Asia, o del *Bahman Yasht,* que anunciaba la llegada de un rey salvador procedente de Oriente cuyo nacimiento estaría marcado por una estrella que caería a la tierra. Era un medio muy popular en la cultura oriental que fue también utilizado en Egipto contra la dominación macedonia en el mencionado *Oráculo del Alfarero.*

Los dos temas principales de la propaganda utilizados por Mitrídates, que luego pasaron a formar parte de los tópicos más comunes de esta clase de literatura, eran la destrucción de todos los reyes y la avaricia romana. Ambos se encuentran desarrollados en los dos ejemplos de este tipo de literatura que han llegado hasta nosotros, como la carta de Mitrídates a los partos que se menciona en Salustio y el discurso del mismo monarca póntico que figura en Justino. El pasaje de Salustio pone el acento sobre el ansia romana de poder y de dinero, mientras que el de Justino pasa revista a todos los que ya han vencido antes a los romanos, como Pirro o Aníbal, e insiste en la hostilidad generalizada de Roma hacia todos los reyes, explicando su forma de comportamiento brutal por su descendencia de una loba.

Algunos han señalado al mencionado Metrodoro de Escepsis, que compartía con Mitrídates su odio hacia Roma, como uno de los posibles instigadores ideológicos de estas invectivas, pero apenas tenemos fragmentos de su obra que justifiquen tales atribuciones. Lo cierto es que el comportamiento romano en Asia Menor le granjeó el odio de muchas gentes, lo que explica el éxito inmediato de las proclamas mitridáticas, a las que se sumaron también algunos filósofos e intelectuales como Diodoro de Adramitio. En estos medios ilustrados se había ido fraguando ya desde tiempo atrás una animadversión profunda que Mitrídates luego utilizó a su favor combinando los motivos más propiamente griegos con otros más antiguos de procedencia oriental. La «literatura antirromana» constituye, por tanto, un conjunto de elementos heterogéneos, de distintas procedencias, griega y oriental, en el que intervinieron también aspectos de carácter esotérico y religioso, como los oráculos y profecías, que en el mundo oriental habían ya sido utilizados como vehículo de expresión para objetivos muy similares.

8.2.3. Griegos y romanos

Uno de los temas fundamentales de este período así como de toda la historia cultural de Occidente es el de las relaciones entre griegos y romanos desde el punto de vista cultural, en el terreno de la percepción y valoración que unos tenían de otros. La influencia griega sobre Roma se dejó sentir desde época muy temprana ya que, no lo olvidemos, al sur de la península itálica existían importantes comunidades griegas que habían alcanzado además un importante desarrollo cultural y artístico. Por el norte, también la pro-

pia cultura etrusca había experimentado la influencia griega y, aunque en grado menor, es muy posible que también se dejase sentir desde esta dirección el peso de la cultura griega sobre la naciente comunidad romana, que poseía entonces una cultura mucho más primitiva y atrasada.

Sin embargo, fue a raíz de la conquista de la península itálica, y en particular de las comunidades griegas del sur, cuando empezaron a notarse los efectos de la influencia griega sobre Roma. Desde estas ciudades, y sobre todo desde la siciliana Siracusa, empezaron a llegar hasta Roma numerosos objetos de arte que fueron exhibidos en los templos como demostración de las victorias conseguidas y pudieron ser contemplados por muchos. Con ellos empezaron también a llegar a la ciudad del Tíber esclavos griegos que desempeñaron un papel considerable como maestros. Pero fue la conquista del mundo griego del Egeo lo que supuso el punto de partida efectivo de la corriente de influencias más decisiva. Con las primeras victorias sobre Macedonia y las posteriores sobre Antíoco empezaron a afluir a Roma abundantes riquezas en forma de botín y fueron también cada vez más numerosos los miembros de su clase militar y dirigente que empezaron a familiarizarse en directo con la propia manera de ser griega, así como con sus manifestaciones culturales más significativas.

A Roma llegaron con frecuencia embajadas procedentes del mundo griego compuestas por miembros ilustres de la cultura griega de la época, como el filósofo Carnéades o el gramático Crates, que dejaron una profunda impresión en la opinión pública romana. Importantes personalidades como Polibio se instalaron en Roma, bien es cierto que a la fuerza, y constituyeron un punto de apoyo decisivo para la formación de una capa filohelena dentro de los círculos diri-

gentes de la aristocracia romana. Un proceso que se intensificó todavía más con las guerras mitridáticas, ya que fueron muchos los griegos ilustres que decidieron huir de sus ciudades de Asia Menor hacia Roma en busca de refugio y convirtieron a la ciudad del Tíber en un verdadero hervidero de escuelas de retórica y filosofía cuyos maestros se movían con comodidad entre los círculos más distinguidos de la aristocracia romana. Este proceso tuvo su culminación con la definitiva absorción del mundo oriental por Roma y la llegada del imperio.

Sin embargo, muy pronto surgió también la reacción ante la creciente influencia griega en la vida romana. Algunas voces destacadas como Catón el Censor manifestaron públicamente su disgusto por la adopción de determinadas costumbres griegas a causa del grave perjuicio que suponían para la formación varonil y severa de la juventud romana, que se hallaba además poco habituada a los refinamientos de la cultura griega, considerados decadentes y nocivos. En muchos casos, esta reacción mostraba aspectos contradictorios, pues los que en público lanzaban sus invectivas contra la cultura griega seguían en privado sus dictados en mayor o menor medida. El propio Catón, creador de la prosa latina, siguió en parte los modelos que habían trazado los griegos. Quizá el ejemplo más conspicuo de esta clase de reacciones lo encontramos en Cicerón, que de forma clara mostró su interés por la cultura griega sin dejar de manifestar, sin embargo, en muchos momentos su malestar por esta situación de dependencia. Por ejemplo, siempre se negó a reconocer la inferioridad de la lengua latina respecto al griego.

Esta influencia se dejó sentir en casi todos los terrenos. En el propiamente literario, hay que recordar que la prime-

ra obra de la literatura latina fue la traducción de la *Odisea* hecha además por un griego, llamado Livio Andrónico. En el terreno religioso se adoptaron ritos, ceremonias y hasta los propios dioses y sus representaciones iconográficas. Esta misma influencia se manifestó también con fuerza en innumerables actividades tanto de la vida pública romana como de la privada. Como ha señalado un especialista en Roma como Ramsay MacMullen, cuando se hace el inventario de las importaciones griegas en la vida romana resulta sorprendente lo poco que uno podría descubrir en las calles o en las casas de los hombres ricos de Roma que pudiera ser calificado de estrictamente romano sin que hubiera sufrido ningún roce de la influencia griega. Así, la arquitectura doméstica y monumental, las ceremonias funerarias, las formas de los memoriales y de los propios decretos senatoriales, la acuñación de moneda, la forma de vestir, los refinamientos culinarios y hasta el propio lenguaje, utilizado no solo en cada uno de estos ámbitos, sino empleado incluso como lengua de cortesía y flirteo entre las damas elegantes de la aristocracia. Eso por no hablar de campos enteros cuyo lenguaje técnico era de exclusiva acuñación griega, como el del comercio y los viajes por mar, el de la ciencia y la mecánica, el de las artes visuales o el de la cosmética y los adornos femeninos. En un momento dado, incluso el término «griego» resultó casi irrelevante, ya que todos estos elementos venían a definir simplemente lo que todos consideraban una forma de civilización superior que era necesario adoptar sin preocuparse demasiado de su precisa procedencia o de quiénes habían sido sus introductores en territorio latino.

Sin embargo, había ciertos aspectos de esta civilización superior que nunca fueron bien acogidos por los romanos y

tuvieron incluso una responsabilidad directa en el rechazo que la cultura griega experimentó en determinados medios de Roma. Así, las transformaciones sufridas por el culto báquico, en cuyas celebraciones, reservadas en principio a las mujeres, se habían mezclado también los hombres, provocaron el célebre decreto del Senado en el 186 a. C. que prohibía de forma taxativa dichas celebraciones. Algo similar sucedió con la violación de las costumbres sexuales en los *simpósia*. Este tipo de prácticas pederásticas despertaron la alarma entre algunos sectores de los *patres* senatoriales, que vieron en serio peligro las tradicionales virtudes romanas de virilidad y frugalidad. Los austeros principios que habían sido hasta entonces los pilares de la educación romana se vieron desafiados por las nuevas formas de comportamiento y su rechazo puntual se extendió también a otros terrenos que eran asociados de una forma u otra con esta clase de conductas. Así, los filósofos epicúreos fueron expulsados de la ciudad en el 173 a. C., y este tipo de acciones represivas se extendieron más tarde también a los maestros de retórica en el 161 a. C., para concluir con la expulsión final de tres filósofos famosos que gozaban al parecer de gran audiencia entre los jóvenes aristócratas romanos.

En este proceso de «demonización» creciente de todo lo griego, que se consideraba opuesto y por tanto perjudicial para lo puramente romano, intervinieron muy posiblemente ciertos estereotipos vigentes entre la mayoría a la hora de percibir una cultura extranjera. Como ocurre siempre en estos casos, estas actitudes de rechazo reflejaban un cierto complejo de inferioridad respecto a la cultura que se consideraba superior. Se trataba así de una reacción de carácter defensivo que buscaba superar dicho complejo mediante la demostración constante y autocomplaciente de las virtudes propias,

unida al desprecio manifiesto por la cultura rival. Aunque este proceso de percepción colectiva a base de estereotipos funcionó en ambas culturas, quizá las reacciones más complejas se produjeron en el lado romano. Para los griegos, la cosa era relativamente simple. Los romanos eran uno más de los muchos pueblos bárbaros circundantes del mundo griego y como tales fueron tratados por la opinión pública griega. Indudablemente, cuando se produjo la victoria de Roma fue necesario modificar algo el esquema y se admitió a la fuerza una cierta participación de los nuevos dominadores en los beneficios de la civilización, que habían sido considerados hasta entonces patrimonio exclusivo de los griegos. El dilema fue solucionado sin demasiados problemas mediante el ejercicio de un cierto cinismo de carácter oportunista. Sin embargo, tras el advenimiento del imperio, fueron muchos los griegos que miraron con simpatía la llegada de un largo período de paz continuada, en el que las ciudades podían desarrollarse con armonía y prosperidad. Tampoco fueron pocos los que además sintieron cierta envidia y admiración por un logro como este, que los propios griegos habían sido incapaces de conseguir a lo largo de su historia a pesar de que desde el siglo IV a. C. eran numerosas las voces que abogaban por una manera de gobierno diferente de la polis que tenía mucho en común con el nuevo sistema monárquico que se había impuesto en Roma.

Desde el lado romano, la cosa era mucho más compleja. La atracción irresistible de la cultura griega se dejó sentir a todos los niveles, tal como nos muestran las obras de la comedia latina. Sin embargo, un poso de amargura por la actitud despectiva de los griegos suscitó la reacción enérgica contra una forma de vida que chocaba completamente contra los esquemas tradicionales romanos. De ahí que se co-

menzara a utilizar el propio lenguaje como recurso defensivo contra el «invasor cultural», con la acuñación de términos que tenían un claro valor despectivo, como el de *Graeculus* (grieguecillo, dado que es un diminutivo) con el que designaban a los que mostraban afición por lo griego. Se estableció también todo un muestrario de defectos griegos que se contraponían con las tradicionales virtudes romanas. Los griegos fueron así acusados de pereza, refinamiento excesivo, falta de interés, adulación e inconveniencia. Se les consideraba unos simples charlatanes sin que mostraran apenas capacidad de acción, unos degenerados que pasaban su vida en medio de banquetes y celebraciones, o unos mentirosos compulsivos que no merecían fiabilidad alguna en tratados o juramentos. Quizá la forma más contundente de esta imagen negativa se expresaba en la oposición entre la tradicional *gravitas* (austeridad) del pueblo romano frente a la *levitas* (ligereza) griega, que venía a resumir todos los defectos griegos señalados.

El reconocimiento de la dependencia cultural que el poeta Horacio afirmaba en sus versos

Graecia capta ferum uictorem cepit et artes intulit agresti Latio,

(la Grecia conquistada conquistó a su inculto vencedor e introdujo las artes en el salvaje Lacio)

fue quizá solo la actitud de un poeta inconformista como era Horacio, descontento con su propio tiempo y desarraigado en cierta medida de su contexto cultural. En medios intelectuales latinos encontramos más bien ecos evidentes de la reacción orgullosa de autoafirmación romana, que van desde el *graeculus esuriens* (grieguecillo glotón) de Juvenal

y las *portentosa Graeciae mendacia* (las fantasiosas mentiras de Grecia) de Plinio el Viejo, hasta los célebres versos de Virgilio que constituyen todo un emblema en este sentido a la hora de marcar las diferencias profundas que separaban una cultura de otra:

Labrarán otros con más gracia bronces animados
(no lo dudo), sacarán rostros vivos del mármol,
dirán mejor sus discursos, y los caminos del cielo
trazarán con su compás y describirán el orto de los astros:
tú, romano, piensa en gobernar bajo tu poder a los pueblos
(estas serán tus artes) y a la paz ponerle normas,
perdonar a los sometidos y abatir a los soberbios.

Ciertamente, existían profundas diferencias entre una cultura y otra, y los tópicos así generados no hacían más que traducir de manera enfática esta realidad. El carácter pragmático latino no estaba hecho para la especulación abstracta sin objetivo concreto ni para los artificios literarios tendentes al disfrute del ingenio. No en vano, la creación más propiamente romana fue el derecho, que apenas tuvo importancia como ciencia o disciplina en el mundo griego. La severidad de las costumbres de un pueblo campesino que accedió muy tarde a la vida urbana chocaba también con el carácter más abierto de quienes se habían habituado a vivir en ciudades desde una época muy temprana y a entrar en contacto con culturas dispares a través de sus expediciones de ultramar o sus fundaciones en el exterior. Tampoco la rudeza de algunas de sus formas de diversión, como los juegos de gladiadores, encajaba bien con otras maneras menos virulentas, como los juegos atléticos –aunque no estaban exentos del todo de la violencia– o actividades algo más in-

telectuales como el teatro. Desde el otro lado, los griegos no fueron capaces de entender tampoco la ritualización que dominaba todas las manifestaciones de la vida pública romana ni el carácter recíproco de los vínculos contraídos y las obligaciones que implicaban. La forma de hacer política y de entenderla era por tanto muy dispar y el choque entre ambas resultaba así completamente inevitable. Un ejemplo ilustrativo de esta falta de entendimiento mutuo se produjo con motivo de la rendición definitiva de los etolios, cuando decidieron aceptar la *deditio in fidem* (la entrega a discreción del vencedor) sin saber exactamente las implicaciones que un acto semejante comportaba, según lo relata Livio. La brutal demostración del cónsul romano que ordenó que encadenaran de la cabeza a los pies a los embajadores etolios con el objeto de que comprendieran de una vez por todas que se hallaban a disposición de su voluntad sin más alternativas, ilustra a las claras las consecuencias trágicas que este mal entendimiento tuvo para el mundo griego.

Sin embargo, fue gracias precisamente a la adopción romana de la cultura griega, con todos sus condicionantes y limitaciones, como la civilización griega se ha conservado hasta nosotros. El legado de nuestra civilización sigue siendo griego debido a que los romanos, a diferencia por ejemplo de cómo procedieron con los etruscos o los cartagineses, que fueron casi borrados completamente del mapa y cuyas culturas nos resultan mucho más enigmáticas, conservaron la cultura griega a pesar de ejercer su dominio sobre su mundo. Algunos de los procedimientos seguidos para su conservación fueron sin duda traumáticos, como las acciones de saqueo que trajeron hasta Roma y las ciudades itálicas numerosos objetos de arte que fueron luego exhibidos e imitados de forma continuada, o la sujeción prolonga-

da, no exenta a veces de cierta humillación, de muchos filósofos e intelectuales griegos que impartieron sus lecciones en Roma y extendieron la influencia de su propia cultura. En otros casos, esta labor de conservación fue más el resultado del mecenazgo o la protección ejercida desde instancias superiores, como los grandes clanes aristocráticos o el propio emperador. De una u otra forma, la cultura griega ha llegado a nosotros sin duda alguna gracias a la acción de Roma, que, con la creación del imperio, impuso una civilización mixta en la que participaban elementos procedentes de ambas culturas, auténticamente bilingüe y que tenía en el latín la lengua del poder y en el griego la de la cultura.

8.2.4. Paganismo, cristianismo y cultura griega

Es bien sabida la enorme importancia que la cultura griega tuvo en la formación del cristianismo, tanto en el ámbito de las propias ideas como en la utilización de conceptos, términos y formas de expresión procedentes de aquella. De hecho, la mayor parte de los autores cristianos fueron individuos profundamente impregnados de cultura griega que intentaron llevar a cabo una labor de adaptación a todos los niveles y presentaron el cristianismo como el resultado natural y más perfecto de esta civilización. Se produjo, sin embargo, una cierta reacción por parte de la intelectualidad griega en contra de la nueva religión, y podemos así asistir a una interesante polémica entre unos autores y otros en la que se ponen de manifiesto los términos del debate ideológico existente por aquel entonces entre los adeptos de la nueva religión, que aspiraba a legitimarse intelectualmente gracias a su aspecto helenizante, y quienes rechazaban di-

cha operación y reafirmaban la superioridad cultural del helenismo. Destaca especialmente en este proceso de influencia y adaptación la importancia de la filosofía neoplatónica y la evolución seguida por algunos cultos arcaicos como el culto a los héroes, que terminó derivando en el culto cristiano a los santos.

Sin embargo, el triunfo final del cristianismo no significó ni mucho menos la desaparición definitiva del paganismo, que se mantuvo con enorme vigencia en casi todos los rincones del mundo griego. Los cultos locales en Asia Menor, hasta aquellos que tenían claras raíces indígenas, sobrevivieron al triunfo cristiano incluso cuando este fue declarado religión oficial del imperio, aunque desde un punto de vista formal utilizaban ya un ropaje plenamente griego en todos los sentidos. Vistas las cosas desde el lado pagano, nunca existió una oposición frontal con el cristianismo, a excepción del intento fracasado del emperador Juliano, que trató de resucitar los viejos cultos imitando las estructuras y modelos cristianos. Juliano había sido educado como un cristiano y esta circunstancia personal explica ciertamente su reacción posterior al triunfo de la nueva religión. El paganismo no tenía iglesia y, por tanto, entendía toda nueva forma religiosa como una manifestación más de piedad hacia la divinidad, expresada de maneras diferentes. De esta forma, los cultos ancestrales mantuvieron su vitalidad a lo largo del Imperio romano aunque apoyados ahora en la lengua y cultura griegas, que se habían convertido en vehículos universales de transmisión por todo el mundo conocido, especialmente en Oriente. Como ha señalado Glen Bowersock, el helenismo era un lenguaje y una cultura de la que los pueblos de origen más diverso podían sentirse partícipes. Representaba un lenguaje, un pensamiento, una mito-

logía y unas imágenes que constituían un medio de expresión extraordinariamente flexible tanto desde el punto de vista cultural como religioso. En lugar de presentarse como algo antitético a las tradiciones indígenas locales, la cultura griega les proporcionó en cambio una forma nueva y más elocuente de darse a conocer a los demás y por ello de pervivir en el tiempo a lo largo de los siglos.

8.3. Las fuentes

POLIBIO constituye nuestro testimonio principal para el estudio de las relaciones entre el mundo griego y Roma dado que fue testigo de excepción de los momentos determinantes en los que Roma se implicó de manera definitiva en el Oriente helenístico. El principal objetivo de su historia era explicar a su auditorio griego la razón del ascenso de Roma a la hegemonía total del orbe habitado, que en su opinión residía en el carácter mixto de la constitución romana, a la que consagró todo el libro VI de su Historia.

Su experiencia personal fue, como ya vimos, especialmente significativa al haber figurado entre los rehenes aqueos exigidos por Roma después de su victoria en la tercera guerra macedonia en el 168 a. C. Tuvo, sin embargo, la gran fortuna de que su destino final fue la propia ciudad de Roma, al lado del clan de los Escipiones, a diferencia del resto de sus compatriotas de destierro que consumieron sus días en las provincias itálicas. Polibio actuó como preceptor de uno de los miembros más jóvenes y prometedores del clan como era Escipión Emiliano y pudo así participar en algunos de los acontecimientos decisivos de la época acompañando a Escipión en sus campañas en la península

ibérica y el norte de África, donde pudo haber asistido a la captura de Numancia y a la destrucción de Cartago. Roma se convirtió para él en una segunda patria a la que siempre mostró su admiración y respeto, sin dejar por ello de intentar comprender los mecanismos fundamentales que explicaban su actuación política y social.

Para Polibio, la historia tenía ante todo un valor pragmático, ya que podía servir como ejemplo para la acción futura de los hombres de estado y de las gentes de armas. Se preocupaba, por tanto, por establecer la cadena causal de los acontecimientos a la manera de Tucídides. Sin embargo, a pesar de estas pretensiones, Polibio dista mucho de ser un historiador objetivo y veraz como algunos han llegado a creer. Fue claramente partidista, a favor de la confederación aquea, que era su propio estado, en su narración de los acontecimientos del mundo griego y demostró igualmente sus simpatías prorromanas en su relato de los enfrentamientos de Roma con las grandes monarquías helenísticas, particularmente Macedonia y el reino seléucida. Intentó conseguir, de todos modos, un cierto equilibrio en el balance final del relato. Polibio se dejó seducir por la aparente solidez de las tradiciones romanas y por la fuerza imperturbable de su genio, que les había conducido al dominio del orbe después de innumerables esfuerzos. En contraposición el mundo griego solo le ofrecía el deplorable espectáculo de las divisiones y los conflictos de siempre, que habían sido la causa de su situación de debilidad actual y de su posición secundaria a merced del capricho y la voluntad de otras potencias hegemónicas desde los tiempos de Filipo II.

POSIDONIO es otro de los testimonios fundamentales para este período de transición, pero su obra histórica no ha llegado hasta nosotros. Una vez más, por tanto, debemos ras-

trear su huella a través de autores posteriores que lo utilizaron como fuente de información en algunos pasajes como Ateneo o en partes fundamentales de sus obras como Tito Livio o Salustio. Su formación filosófica, de la que la historia no era más que una parte y no la más importante, le hizo interesarse por los problemas sociales con mayor profundidad, preocupándose por la situación en que quedaban los pueblos sometidos y el grado de responsabilidad en su bienestar o descontento que adquirían los nuevos gobernantes del imperio. Abogó así por un tratamiento humanitario de los vencidos que facilitase el proceso de adaptación e integración dentro de la nueva realidad política a la que habían accedido por la fuerza.

Se mostró profundamente crítico con algunos de los comportamientos romanos e incluso explicaba la progresiva decadencia moral de Roma como consecuencia del creciente proceso de expansión y conquista que a menudo se había llevado a cabo con enorme brutalidad y menosprecio por la suerte de los vencidos. A pesar de que, como Polibio, tuvo importantes contactos con personajes romanos de primera fila y pudo conocer en directo la realidad romana, Posidonio mostró una actitud más crítica hacia Roma que ponía de manifiesto las consecuencias negativas que la dominación imperial iba produciendo entre los pueblos bárbaros. Sin dejar de admirar la grandeza de las hazañas romanas, Posidonio, como buen filósofo que era, estaba más preocupado por la forma en que los hombres ejercían su gobierno, aprovechando las lecciones que una adecuada formación filosófica podía depararles, que por el éxito aparente logrado por sus ejércitos.

ESTRABÓN constituye otro testimonio fundamental para este período gracias al carácter completo de su obra geográ-

fica que nos presenta el panorama del orbe conocido hasta aquellos momentos. Fue también un rendido admirador del Imperio romano –escribió en época de Augusto– y equipara el avance imparable de la civilización por las tierras bárbaras con la conquista militar romana. Escribió también con objetivos pragmáticos para que sirviera a las clases dirigentes como motivo de reflexión acerca del significado y alcance de sus conquistas. Destacaba así los cambios profundos que la intervención romana había introducido por todas partes sacando de la oscuridad y la barbarie a numerosos pueblos que habían sido progresivamente incorporados a los beneficios de la civilización mediante la acción pacificadora y urbanizadora de Roma. Estrabón se hacía eco en muchas ocasiones de la propaganda oficial del imperio, impulsada por Augusto, y revela su adhesión sincera a la idea de un gobierno unificado y fuerte de toda la tierra habitada. Como otros muchos griegos, quizá veía en Roma el agente de un proceso universal de orden, paz y prosperidad que no se había producido en ningún momento de la historia griega a causa del particularismo y la desunión que caracterizaban a la cultura griega.

DIODORO DE SICILIA tiene también cierta importancia para la reconstrucción de esta época. Aunque escribió también a lo largo del siglo I a. C., cuando el proceso de conquista romano había ya prácticamente concluido, Diodoro se interesó más por el pasado que por su propio tiempo. Sin embargo, a lo largo de su historia podemos vislumbrar algunas actitudes hacia el fenómeno incontrastable de la hegemonía romana que tienen gran interés para nosotros.

PLUTARCO, como otros autores que escribieron sus obras en época ya imperial, sigue teniendo importancia ya que el mundo griego continuaba siendo su centro de referencia

principal. Plutarco admiraba las virtudes romanas, pero era también consciente de sus defectos, ya que su interés principal eran los retratos morales y el valor ejemplarizante que podían contener. Sin renunciar al cosmopolitismo de los nuevos tiempos, Plutarco permaneció aferrado a su tierra y sus tradiciones. Se quedó a vivir en Beocia, su patria natal, y desempeñó importantes funciones de sacerdote en Delfos.

PAUSANIAS, en su *Descripción de Grecia,* escrita a comienzos del siglo II d. C., nos retrata el estado en que había quedado el mundo griego y sus lugares más emblemáticos después de la conquista romana y tras su integración en el imperio como una provincia más. Al hilo de sus descripciones de los lugares visitados, alude de forma esporádica al grave proceso de deterioro que habían sufrido a causa de los saqueos y las destrucciones que se habían producido durante la conquista romana.

DIONISIO DE HALICARNASO formaba parte de aquellos historiadores griegos que escribieron Historias de Roma. La mayoría eran ya miembros de las clases dirigentes, se habían incorporado plenamente a la dinámica del imperio y eran, en consecuencia, declarados partidarios de la hegemonía romana. Dionisio fue maestro de retórica en Roma en tiempos de Augusto y escribió sobre la historia más antigua de la ciudad una obra titulada *Antigüedades Romanas.* Era un panegírico escrito en clave moralizante de Roma, a la que consideraba la culminación de la historia universal. Defendía los orígenes griegos de Roma y proclamaba que su dominio había propiciado un nuevo renacimiento de la cultura griega. Su formación retórica le hizo conceder un gran espacio en su obra a los discursos, muchos de los cuales son resultado de su propia invención.

Apiano de Alejandría escribió una *Historia de Roma* un tanto peculiar. Preocupado por la claridad de su exposición y por la comprensión fácil de sus lectores ante la complejidad del tema, desarrolló la historia de la conquista romana ajustando su narración a los escenarios geográficos respectivos de forma que cada libro contuviera el relato seguido de la actuación romana en cada uno de ellos. Su obra se ha conservado en buena medida y nos permite apreciar el avance de Roma en cada una de las provincias posteriores de una manera secuencial, si bien concentra su atención tan solo en algunos hechos destacados y deja en la sombra el resto de los acontecimientos o alude a ellos de manera resumida. Apiano, como probo funcionario imperial, era un encendido admirador de Roma. Sin embargo, es muy probable que su condición de griego alejandrino le hiciera sentir nostalgia en más de una ocasión por el glorioso pasado de su patria, el Egipto tolemaico, que había quedado absorbida ahora dentro del imperio de Roma, y de la que además se sentía ciertamente orgulloso. En cierto modo refleja ese sentimiento contradictorio de muchos griegos ilustrados de la época que sin dejar de mostrar abiertamente su agradecimiento a la labor unificadora y pacificadora de Roma, seguían todavía sintiendo sobre sus espaldas el peso de la tradición griega a la que pertenecían con su correspondiente adhesión a los antiguos ideales de libertad y autonomía.

Dion Casio escribió una *Historia de Roma* que nos ha llegado solo parcialmente a través del resumen de autores posteriores de época ya bizantina como Zonaras. Fue cónsul en dos ocasiones y, por tanto, su implicación personal en el dominio romano parece evidente a todas luces. Esta identificación con Roma resalta quizá todavía más en un momento, la segunda parte del siglo II d. C., en la que se había producido

un resurgimiento del sentimiento griego. A lo largo de una narración continuada, Dion Casio hace gala en algunos discursos de ciertas posiciones doctrinales sobre la monarquía como sistema de gobierno, un aspecto ciertamente significativo de su actitud hacia Roma y de su postura personal respecto de la realidad concreta del imperio en aquellos momentos.

HERODIANO escribió a comienzos del siglo III d. C. una historia de los sucesores de Marco Aurelio de carácter moralizante y retórico cuya superficialidad general solo se ve compensada por su valor como testimonio contemporáneo.

Una buena parte de los autores latinos tienen también enorme interés a la hora de calibrar las actitudes que la cultura griega en general y los griegos en concreto suscitaron en el mundo romano. De hecho, muchas de estas obras reflejan la influencia griega, que a veces reconocen abiertamente, mientras que en otras ocasiones se combate con tenacidad cualquier sospecha en este sentido. Los discursos y cartas de Cicerón o algunas de las alusiones de Catón, Marcial o Juvenal resultan ciertamente significativas de las actitudes, contradictorias en buena medida, ante lo griego que se dieron dentro de los medios intelectuales romanos, algunos de los cuales reflejaban en cierto modo un sentimiento popular más generalizado a este respecto.

PLINIO EL VIEJO merece una mención especial aparte a causa de su monumental y enciclopédica *Historia Natural,* que nos proporciona una gran cantidad de noticias sobre toda clase de aspectos, desde la geografía hasta la historia del arte, un terreno en el que sus informaciones resultan del mayor interés, ya que gracias a ellas podemos seguir la pista de muchas de las obras de arte griegas que pasaron luego a Roma o de la importante labor de copia que se llevó

a cabo impulsada por el gusto y la afición suscitada entre las clases altas romanas por los objetos y obras de arte griegos.

En este mismo terreno, también resulta fundamental el testimonio de la arqueología a través de los hallazgos realizados en Pompeya o en la misma Roma, que ponen de manifiesto la extensión del gusto por lo griego entre los romanos, que inundaban sus *villae* de objetos artísticos de factura griega y decoraban sus estancias con pinturas que imitaban claramente los estilos griegos, cuando no habían sido directamente ejecutadas por artistas griegos que vivían y trabajaban en suelo itálico. El propio estudio urbanístico de muchas ciudades griegas atestigua el importante proceso de remodelación que fue llevado a cabo durante la época romana. Algunas, como Corinto, que habían sido completamente arrasadas por Roma fueron luego reconstruidas y, por ello, los restos que hoy podemos contemplar son claramente de factura romana. En otras, como la misma Atenas, los edificios de época romana han dejado sus huellas en el trazado de la ciudad y resultan hoy en día evidentes las importantes mejoras que el emperador Adriano llevó a cabo en este terreno.

8.4. Bibliografía fundamental

a) General

BOWERSOCK, G. W.: *Augustus and the Greek World,* Oxford Univ. Press, 1965.

DUPONT, F. y VALETTE-CAGNAC, E. (eds.): *Façons de parler grec à Rome,* Belín, París, 2005.

ECKSTEIN, A.: *Rome enters the Greek East: From Anarchy to Hierarchy in the Hellenistic Mediterranean, 230-170 BC.,* Blackwell, Oxford, 2008.
GRUEN, E. S.: *The Hellenistic World and the Coming of Rome,* 2 vols., University of California Press, Berkeley-Los Ángeles, 1984.
KALLET-MARX, R. M.: *Hegemony to Empire. The Development of Romanum Imperium in the East from 148-62 BC.,* University of California Press, Berkeley, 1995.
MCGING, B. C.: *The Foreign Policy of Mithridates VI Eupator, King of Pontus,* Brill, Leiden, 1986.
SHERWIN-WHITE, A. N.: *Roman Foreign Policy in the East,* Duckworth, Londres, 1984.
SPAWFORTH, A. J. S.: *Greece and the Augustan Cultural Revolution,* Cambridge University Press, 2011.

b) La rebelión de Aristónico

CARRATA TOMES, F.: *La rivolta di Aristonico e le origini della provincia de Asia*, Turín, 1968.
DELPLACE, Ch.: «Le contenu sociale et économique du soulèvement d'Aristonikos: oppsition entre riches et pauvres?», *Athenaeum,* 56, 1978, 20-54.
LENS, J.: «Crisis en Pérgamo en el siglo II a. C.», *Boletín del Instituto de Estudios Helénicos,* 6, 1972, 63-73.
VAVRINEK, V.: *La révolte d'Aristonicos,* Praga, 1957.

c) La literatura antirromana

FERRARY, J. L.: *Phihellénisme et impérialisme. Aspects idéologiques de la conquête romaine du monde hellénistique,* École Francaise de Rome, Roma, 1988.
FUCH, H.: *Der geistige Widerstand gegen Rom in der antiken Welt,* Walter de Gruyter, Berlín, 1938.

d) Griegos y romanos

ASTIN, A. E.: *Cato the Censor,* Oxford, Clarendon Press, 1978.

FORTE, B.: *Rome and the Romans as the Greek Saw Them,* Papers and Monographs of American Academy of Rome, 24, 1972.

GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: «Política griega y maniobras romanas: Un balance político de las relaciones entre Roma y la confederación etolia», *Latomus,* 48, 3, 1989, 532-547.

GRUEN, E.: *Studies in Greek Culture and Roman Policy,* Berkeley-Los Ángeles, 1996.

MACMULLEN, R.: «Hellenizing the Romans (2nd Century B.C.)», *Historia,* 40, 4, 1991, 419-438.

OSTENFELD, N.: *Greek Romans and Roman Greeks. Studies in Cultural Interaction,* Aarhus University Press, 2004.

PETROCHILOS, N. K.: *Roman Attitudes to the Greeks,* Atenas, 1974.

RAWSON, E.: *Intellectual Life in the Late Roman Republic,* The John Hopkins University Press, Baltimore, 1985.

ROMAN ROME, D. y Y.: *L'identité romaine et la culture hellénistique (218-31 av. J.-C.),* SEDES, París, 1994.

VEYNE, P.: «L'hellénisation de Rome et la problematique de l'acculturation», *Diogène,* 6, 1979, 3-29.

WARDMAN, A.: *Rome's Debt to Greece,* Londres, 1976.

e) Paganismo, cristianismo y cultura griega

JAEGER, W.: *Cristianismo primitivo y paideia griega* (trad. cast.), FCE, México, 1974.

ATHANASIADI-FOWDEN, P.: *Julian and Hellenism. An Intelectual Biography,* Oxford Clarendon Press, 1981.

BOWERSOCK, G. W.: *Hellenism in Late Antiquity,* University of Michigan Press, Ann Arbor, 1990.

f) Las fuentes

BOULOGNE, J.: *Plutarque. Un aristocrate grec sous la domination romaine,* Presses Université de Lille, 1994.
DUECK, D.: *Strabo of Amasia. A Greek Man of Letters in Augustan Rome,* Routledge, Londres, 2000.
ELSNER, J.: «Pausanias: A Greek Pilgrim in the Roman World», en *Past and Present,* 135, 1992, 3-29.
GABBA, E.: «Storici greci dell'impero romano da Augusto ai Severi», *Rivista Storica Italiana,* 71, 1959, 361-381.
GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: «Contradicciones y conflictos de identidad en Apiano», *Gerión,* 27, 1, 2009, 231-250.
— «Appian's Iberike. Aims and Attitudes of a Greek Historian of Rome», en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt,* II, 34, 1, 1993, 403-427.
MILLAR, F.: *A Study of Cassius Dio,* Oxford University Press, 1964.
LASERRE, F.: «Strabon devant l'empire romain», en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt,* II, 30, 1, 1983, 867-896.
SACKS, K. S.: *Diodorus Siculus and the First Century,* Princeton, 1990.
STRASBURGER, H.: «Poseidonios on the Problems of the Roman Empire», *Journal of Roman Studies,* 55, 1965, 40-53.
WALBANK, F. W.: «Polybius between Greece and Rome», en E. Gabba (ed.), *Polybe,* Entretiens sur l'Antiquité clasique, tomo XX, Ginebra, 1974, 3-31.

Bibliografía general

a) Repertorios de fuentes

ARNAOUTOGLOU, I.: *Ancient Greek Laws. A Sourcebook,* Routledge, Londres, 1998.

AUSTIN, M. M. y VIDAL NAQUET, P.: *Economía y sociedad en la antigua Grecia* (trad. cast.), Paidós, Barcelona, 1986.

AUSTIN, M. M.: *The Hellenistic World from Alexander to the Roman Conquest. A Selection of Ancient Sources in Translation,* Cambridge University Press, 1981.

BAGNALL, R. S. y DEROW, P.: *The Hellenistic Period: Historical Sources in Translation,* Oxford, 1981.

BERTRAND, J. M.: *L' Hellénisme 323-31 av. J.C., Rois, Cités et peuples,* Armand Colin, París, 1992.

— *Inscriptions historiques grecques,* La Roue à livres, Les Belles Lettres, París, 1992.

BRODERSEN, K., GÜNTHER, W. y SCHMITT, H.: *Historische Griechische Inschriften in Übersetzung,* 2 vols., Darmstadt, 1992 y 1996.

BUCKLEY, T.: *Aspects of Greek History. A Source-based Approach,* Routledge, Londres, 1996.

BURSTEIN, S. M.: *The Hellenistic Age from the Battle of Ipsus to the Death of Kleopatra VII, Translated Documents of Greece & Rome,* Cambridge University Press, 1985.
CALERO SECALL, I.: *Leyes de Gortina,* Ediciones Clásicas, Madrid, 1997.
CLAIRMONT, C. W.: *Patrios Nomos. Public Burial in Athens during the Fifth and Fourth Centuries BC: The Archaeological, Epigraphic-Literary and Historical Evidence,* Oxford, 1983.
CRAWFORD, M. y WHITEHEAD, D.: *Archaic and Classical Greece. A Selection of Ancient Sources in Translation,* Cambridge University Press, 1983.
DELORME, J.: *Le monde hellénistique (323-133 av. J. C.). Événements et institutions,* Sedes, París, 1975.
DILLON, M. y GARLAND, L.: *Ancient Greece. Social and Historical Documents from Archaic Times to the Death of Socrates,* Routledge, Londres, 1984.
DOMÍNGUEZ MONEDERO, A., PLÁCIDO SUÁREZ, D. y GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: *Historia del mundo clásico a través de sus textos, 1. Grecia,* Alianza, Madrid, 1999.
FONTENROSE, J.: *The Delphic Oracle: Its Responses and Operations, with a Catalogue of Responses,* University of California, Berkeley, 1978.
FORNARA, Ch. W.: *Archaic Times to the End of the Peloponnesian War, Translated Documents of Greece & Rome,* Cambridge University Press, 1985.
FRIEDLÄNDER, P.: *Epigrammata. Greek Inscriptions in Verse. From the Beginnings to the Persian Wars,* Ares, Chicago, 1987.
GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: *Historia de Grecia. Planteamientos y recursos didácticos,* Universidad de Alcalá, 2012.
HARDING, Ph.: *From the End of the Peloponnesian War to the Battle of Ipsus, Translated Documents of Greece & Rome,* Cambridge University Press, 1985.
KUHRT, A.: *The Persian Empire. A Corpus of Sources from Achaemenid Empire,* Londres, 2007.

LEFKOWITZ, M. R. y FANT, M. B.: *Women Life in Greece and Rome: A Source Book in Translation*, Baltimore, 1992.
LUPU, E.: *Greek Sacred Laws. A Collection of New Documents,* Leiden, 2005.
MEIGGS, R. y LEWIS, D.: *A Selection of Greek Historiacal Inscriptions to the End of the Fifth Century B.C.,* Oxford Clarendon Press, 1969.
MEIJER, F. y VAN UNF, O.: *Trade, Transport and Society in the Ancient World: A Source Book,* Londres, 1992.
MILLER, S. G.: *Areté. Ancient Writers, Papyri and Inscriptions on the History and Ideals of Greek Athletics and Games,* Ares, Chicago, 1979.
MILLIGAN, G.: *Selections from the Greek Papyri,* Ares, Chicago, 1980.
MORETTI, L.: *Iscrizioni storiche ellenistiche, 2 vols.,* La Nuova Italia, Florencia, 1967.
MOSSE, Cl.: *Les institutions grecques,* Armand Colin, París, 1967.
NAGLE, D. B. y BURSTEIN, S. M.: *Readings in Greek History. Sources and Interpretations,* Oxford University Press, Nueva York, 2007.
RAUBITSCHEK, A. E.: *Dedications from the Athenian Akropolis: A Catalogue of the Inscriptions of the Sixth and Fifth Centuries BC.,* Cambridge, 1949.
REBUFFAT, F.: *La Grèce archaïque. Documents (750-450),* Sedes, París, 1996.
RHODES, P. J. y LEWIS, D. M.: *The Decrees of the Greek States,* Oxford, 1997.
RHODES, P. J.: *The Greek City States: A Sourcebook,* Cambridge University Press, 2.ª ed., Londres, 2007.
— y OSBORNE, R.: *Greek Historical Inscriptions 404-323 BC,* Oxford University Press, 2007.
ROISMAN, J. y YARDLEY, J. C.: *Ancient Greece from Homer to Alexander. The Evidence,* Oxford, 2011.
SAGE, M. M.: *Warfare in Ancient Greece: A Source Book,* Londres, 1996.

SHERK, R. K.: *Rome and the Greek East to the Death of Augustus, Translated Documents of Greece & Rome,* Cambridge University Press, 1984.
STANTON, G. R.: *Athenian Politics c. 800-500 B.C., A Sourcebook,* Londres, 1990.
TOD, M. N.: *Greek Historical Inscriptions,* Ares, Chicago, 1985.
VAN EFFENTERRE, H.: *L'histoire en Grèce,* Armand Colin, París, 1993.
WICKERSHAM, J. y VERBRUGGHE, G. (eds.): *Greek Historical Documents: The Fourth Century BC.,* Toronto, 1973.

b) Historias generales

BETALLI, M. (ed.): *Storia greca,* Carozzi, Roma, 2006.
BLÁZQUEZ, J. M., SAYAS, J, J. y LÓPEZ MELERO, R.: *Historia de Grecia,* Cátedra, Madrid, 1989.
BOARDMAN, J., GRIFFIN, J. y MURRAY, O.: *Historia Oxford del mundo clásico, vol. I, Grecia* (trad. cast.), Alianza, Madrid, 1988.
BOYS-STONES, G., GRAZIOSI, B., y VASUNIA, Ph. (eds.): *The Oxford Handbook of Hellenic Studies,* Oxford, 2009.
CARTLEDGE, P.: *The Greeks. A Portrait of Self and Others,* Oxford University Press, Nueva York, 1993.
— *Cambridge Illustrated History of Ancient Greece,* Cambridge University Press, 1998.
DEMAND, N.: *A History of Ancient Greece in its Mediterranean Context,* Conwall on Hudson, Nueva York, 2006.
FAURE, P. y GAIGNEROT, M. J.: *Guide grec antique,* Hachette, París, 1980.
GARCÍA MORENO, L. A.: *La Antigüedad clásica,* EUNSA, Pamplona, 1980.
GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: *Historia de Grecia en la Antigüedad,* Akal, Madrid, 2011.
HAMMOND, N. G. L.: *A History of Greece to 322 B.C.,* Oxford Clarendon Press, 2.ª ed., 1967.

HIDALGO DE LA VEGA, M. J., SAYAS, J. J. y ROLDÁN, J. M.: *Historia de la Grecia antigua,* Historia Salmanca de la Antigüedad, 1998.

MAGNELLI, A.: *Guida alla storia greca,* Carozzi, Roma, 2002.

MORRIS, I. y POWELL, B. B.: *The Greeks. History, Culture and Society,* Pearson Education, Nueva Jersey, 2010.

MOSSE, Cl. y SCHNAPP-GOURBEILLON, A.: *Précis d'histoire grecque,* Armand Colin, París, 2009.

MUSTI, D.: *Storia greca. Linee di sviluppo dall'eta micenea all'eta romana,* Laterza, Roma-Bari, 1989.

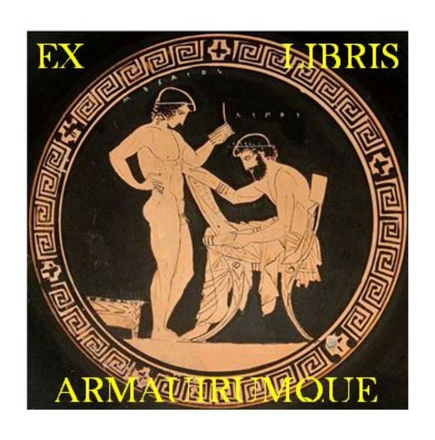
ORRIEUX, Cl. y SCHMITT-PANTEL, P.: *Histoire grecque,* París, 2004.

OSBORNE, R.: *Greek History,* Londres, 2004.

POMEROY, S., BURSTEIN, S. M., DONLAN, W. y TOLBERT ROBERTS, J.: *La antigua Grecia. Historia política, social y cultural* (trad. cast.), Crítica, Barcelona, 2011.

SEALEY, R.: *A History of the Greek City States, 700-338 B.C.,* University of California Press, Berkeley-Los Ángeles, 1976.

SETTIS, S. (ed.): *I Greci. Storia, Cultura, Arte, Società,* 6 vols. Einaudi, Turín, 1996-2002.



Mapas



1. Grecia.


Cízico
Abidos
Troya
TROADE
MISIA
LESBOS
R. Caico
Pérgamo
LIDIA
R. Hermo
Sardes
Esmirna
MAR EGEO
Éfeso
SAMOS
Priene
Mileto
CARIA
COS
RODAS

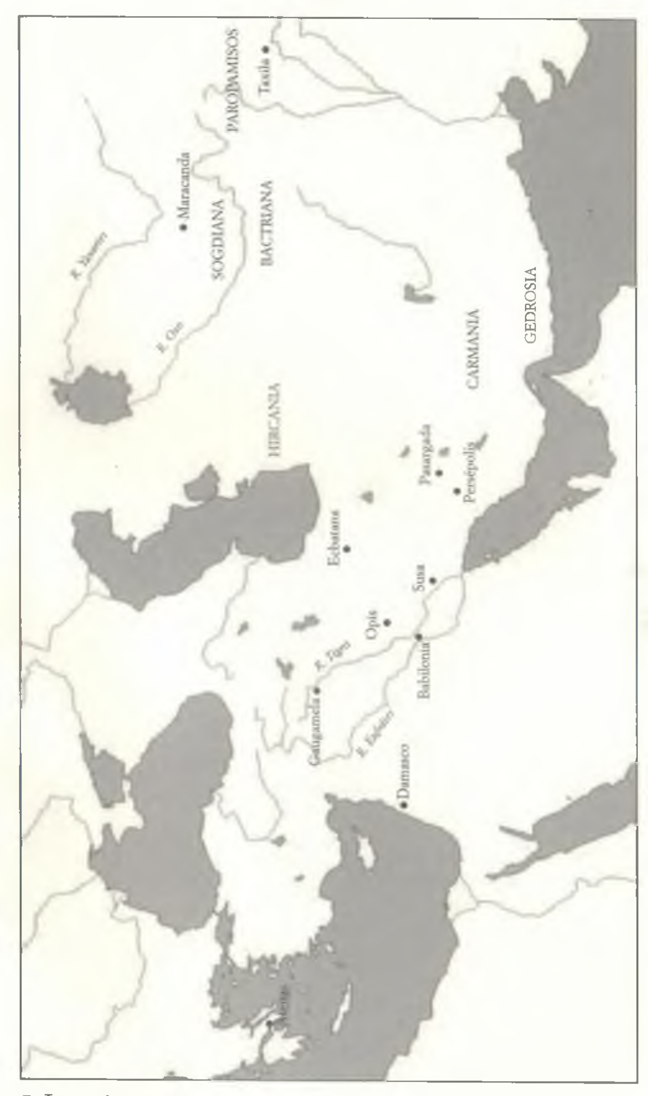
2. Asia Menor.



3. Magna Grecia.



4. Cuenca Mediterránea.



5. Imperio persa.